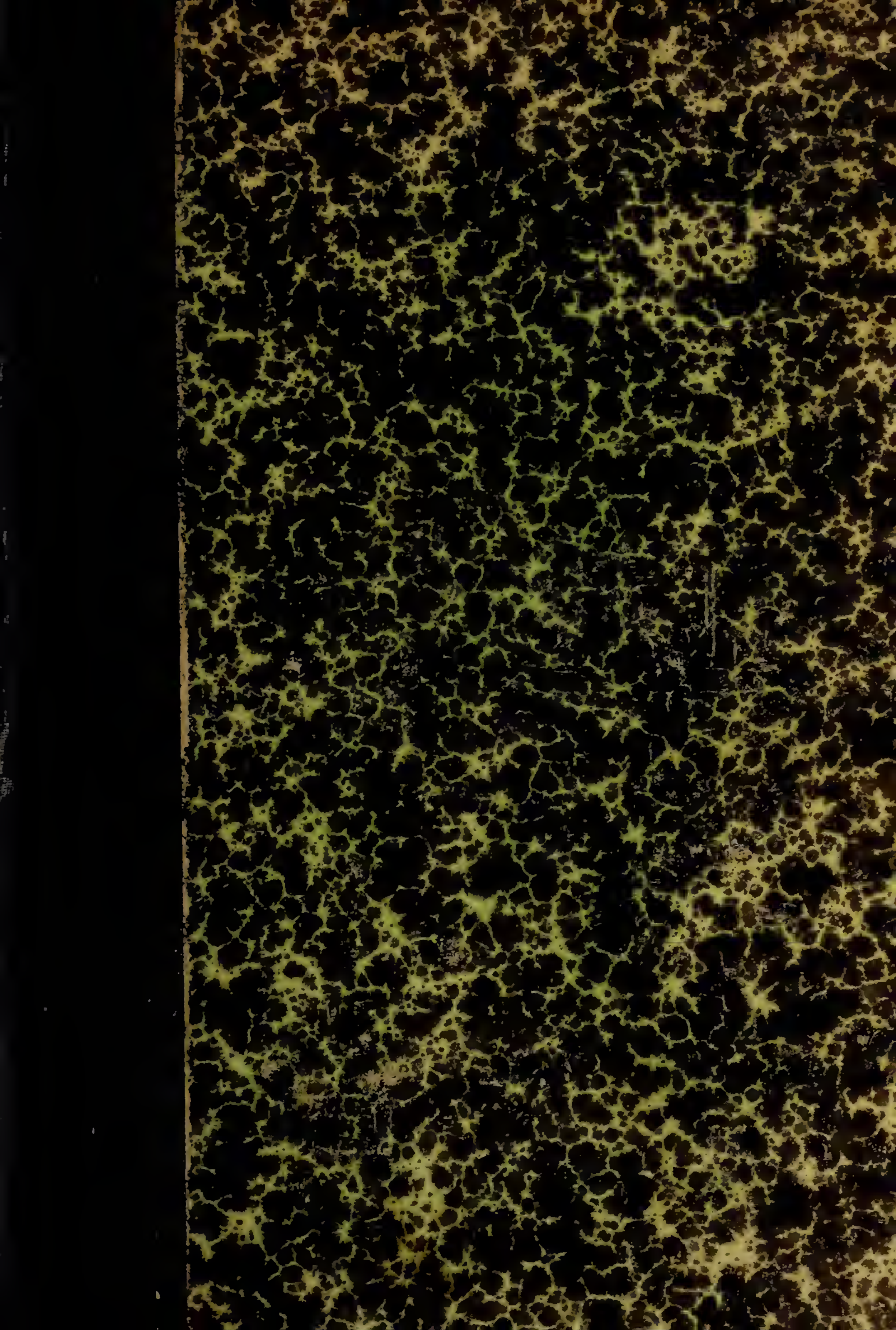
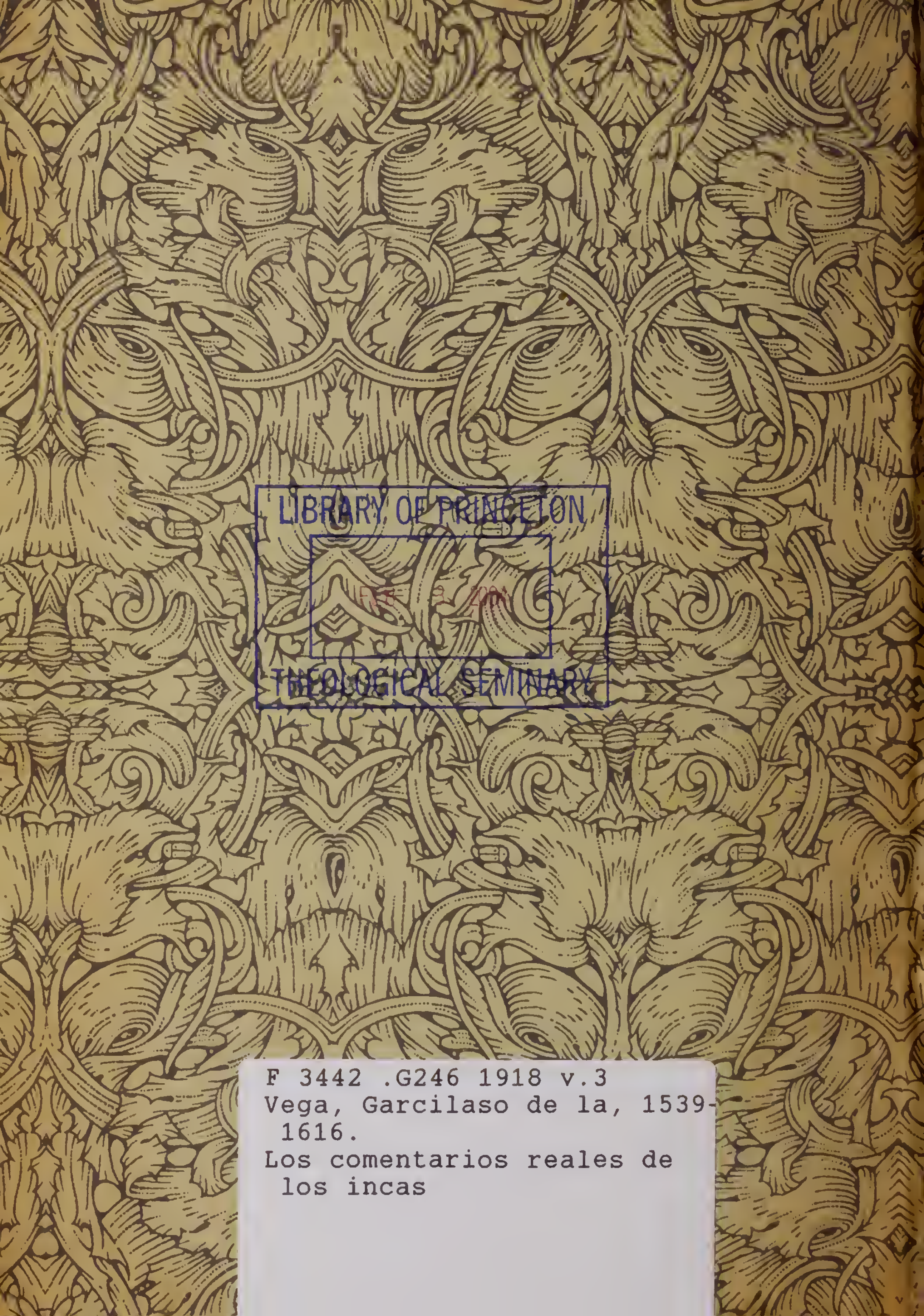
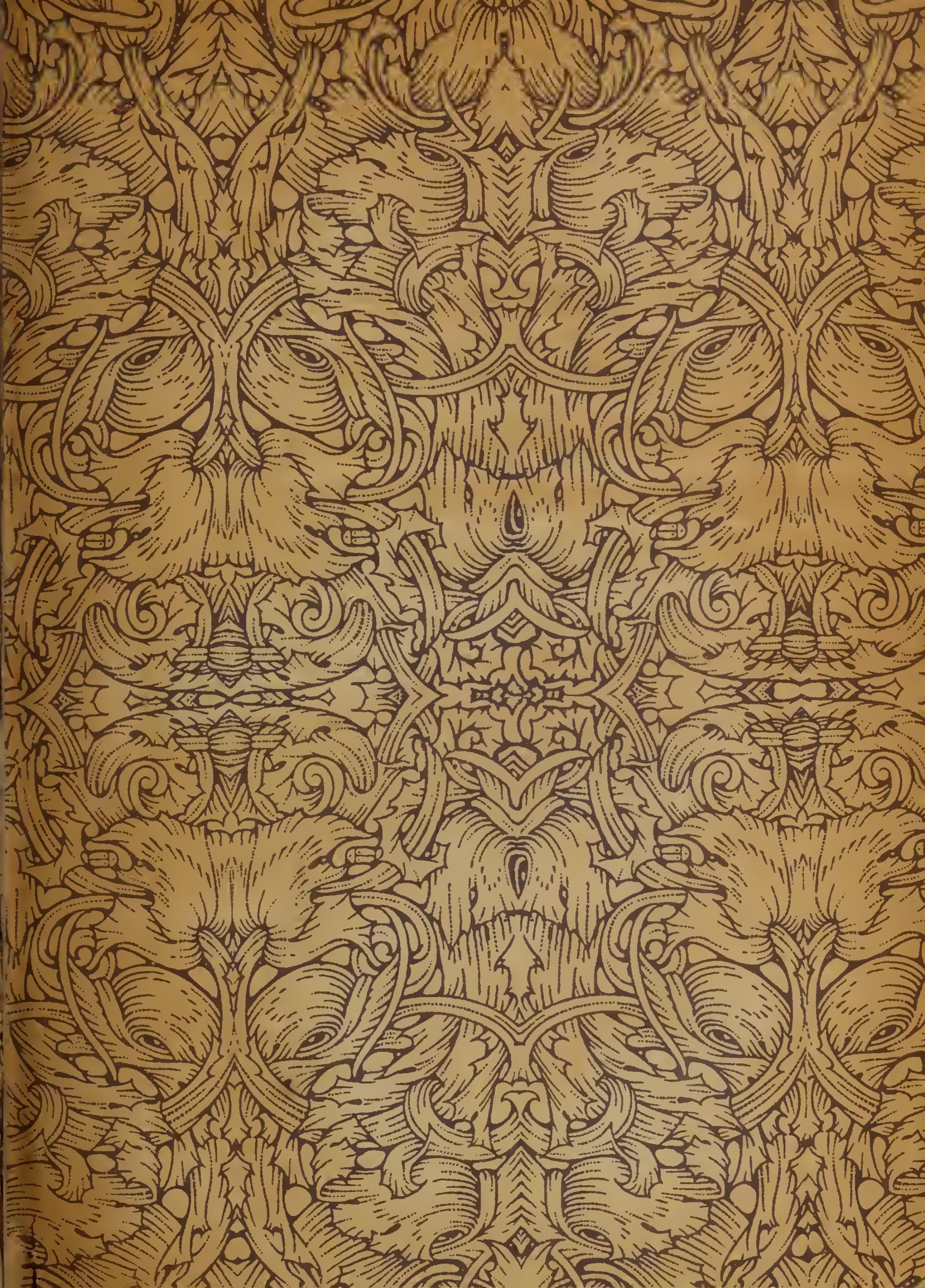






COLECCION D HISTORIADORES CLASICOS DEL PERV

TOMO III

LOS COMENTARIOS REALES D LOS INCAS

ESCRITOS



LIMA
IMP. y LIBRERIA SANMARTI y Ca.
MCMXIX

ARTE PERUANO



SOLEMNE ENTRADA DE UN VIRREY Á LIMA

Cuadro del Pintor Nacional
TEOFILO CASTILLO

Propiedad del Dr. URTEAGA

Tricromía.—Sanmartí y Co.

COLECCION DE HISTORIADORES CLASICOS
DEL PERU, T. III.

LOS
COMENTARIOS REALES
DE LOS INCAS

POR

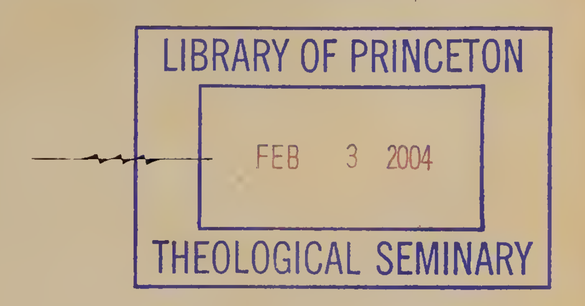
GARCILASO DE LA VEGA

TOMO III

Anotaciones y Concordancias con las Crónicas de Indias

por

HORACIO H. URTEAGA
MIEMBRO DE NUMERO DEL INSTITUTO HISTORICO DEL PERÚ.



LIMA
IMPRENTA Y LIBRERIA SANMARTI Y Ca.
MCMXIX

PRIMERA PARTE

DE

LOS COMENTARIOS REALES

DEL INCA

GARCILASO DE LA VEGA



TOMO III

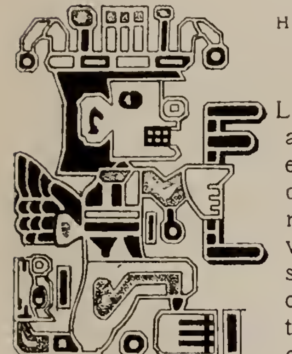


LIBRO NOVENO

Contiene las grandezas y managnimidades de Huaina Capac. Las conquistas que hizo. Los castigos en diversos rebelados. El perdón de los Chachapuyas. El hacer rey de Quitu a su hijo Atahuallpa. La nueva que tuvo de los españoles. La declaración del pronóstico que dellos tenían. Las cosas que los castellanos han llevado al Perù que no había antes dellos, y las guerras de los dos hermanos reyes Huáscar y Atahuallpa. Las desdichas del uno y las crueldades del otro.—Contiene cuarenta capítulos.

CAPITULO I

HUAINA CAPAC MANDA HACER UNA MAROMA DE ORO, POR QUE Y PARA QUE



EL poderoso Huaina Capac, quedando absoluto señor de su imperio, se ocupó el primer año en cumplir las obsequias de su padre. Luego salió a visitar sus reinos con grandísimo aplauso de los vasallos, que por do quiera que pasaba salían los curacas e indios a cubrir los caminos de flores y juncias, con arcos triunfales que de las mismas cosas hacían. Recebíanle con grandes aclamaciones de los renombres reales, y el que más veces repetían era el nombre del mismo Inca diciendo: Huaina Capac, Huaina Capac, como que era el nombre que más lo engrandecía por haberlo merecido desde su niñez; con el cual le dieron también la adoración (como a Dios) en vida. El P. José de Acosta hablando deste príncipe, entre otras grande-

zas que en su loa escribe dice estas palabras. libro sesto, capítulo veinte y dos. Este Huaina Capac fué adorado de los suyos por dios en vida. Cosa que afirman los viejos que con ninguno de sus antecesores se hizo, &c. Andando en esta visita a los principios della, tuvo el Inca Huaina Capac nueva que era nacido el príncipe heredero que después llamaron Huascar Inca. Por haber sido este príncipe tan deseado quiso su padre hallarse a las fiestas de su nacimiento; y así se volvió al Cosco con toda la priesa que le fué posible, donde fué recebido con las ostentaciones de regocijo y placer que el caso requería. Pasada la solemnidad de la fiesta, que duró más de veinte días, quedando Huaina Capac muy alegre con el nuevo hijo, dió en imaginar cosas grandes y nunca vistas que se inventasen para el día que le destetasen y trasquilasen el primer cabello, y pusiesen el nombre propio que como en otra parte dijimos, era fiesta de las más solemnes que aquellos reyes celebraban, y al respecto de allí abajo hasta los más pobres, porque tuvieron en mucho los primogénitos: Entre otras grandezas que para aquella fiesta se inventaron, fué una la cadena de oro tan famosa en todo el mundo, y hasta ahora aún no vista por los extraños, aunque bien deseada. Para mandarla hacer tuvo el Inca la ocasión que diremos. Es de saber que todas las provincias del Perú, cada una de por sí, tenía manera de bailar diferente de las otras; en la cual se conocía cada nación también como en los diferentes tocados que traían en las cabezas. Y estos bailes eran perpetuos que nunca los trocaban por otros. Los Incas tenían un bailar grave y honesto. sin brincos, ni saltos, ni otras mudanzas como los demás hacían. Eran varones los que bailaban, sin consentir que bailasen mugeres entre ellos: asíanse de las manos dando cada uno las suyas por delante no a los primeros que tenía a sus lados sino a los segundos, y así las iban dando de mano en mano hasta los últimos, de manera que iban encadenados. Bailaban doscientos y trescientos hombres juntos y más, según la solemnidad de la fiesta. Empezaban el baile apartados del príncipe ante quien se hácia. Salían todos juntos, daban tres pasos en compás, el primero hácia atrás y los otros dos hácia delante, que como eran los pasos que en las danzas españolas llaman dobles y represas: con estos pasos yendo y viniendo iban ganando tierra siempre para adelante, hasta llegar en medio cerco a donde el Inca estaba: iban cantando a veces ya unos ya otros, por no cansarse si cantasen todos juntos. Decían cantares al compás del baile, compuestos en loor del Inca presente y de sus antepasados, y de otros de la misma sangre que por sus hazañas hechas en paz o en guerra eran famosas. Los Incas circunstantes ayudaban al canto porque

la fiesta fuese de todos. El mismo rey bailaba algunas veces en las fiestas solemnes por solemnizarlas más.

Del tomarse las manos para ir encadenados tomó el Inca Huaina Capac ocasión para mandar hacer la cadena de oro; porque le pareció que era más decente, más solemne y de mayor magestad que fuesen bailando asidos a ella y no a las manos. Este hecho en particular sin la fama común, lo oí al Inca viejo, tío de mi madre, de quien al principio desta historia hicimos mención, que contaba las antiguallas de sus pasados. Preguntándole yo, qué largo tenía la cadena, me dijo: que tomaba los dos lienzos de la plaza mayor del Cosco, que es el ancho y el largo della, donde se hacían las fiestas principales, y que (aunque para el bailar no era menester que fuera tan larga) mandó hacerla así el Inca para mayor grandeza suya, y mayor ornato y solemnidad de la fiesta del hijo, cuyo nacimiento quiso solemnizar en estremo. Para los que han visto aquella plaza que los indios llaman Huacaipata, no hay necesidad de decir el grandor della; para los que no la han visto me parece que tendrá de largo, Norte Sur, doscientos pasos de los comunes, que son de a dos pies; y de ancho, Leste Ueste, tendrá ciento cincuenta pasos hasta el mismo arroyo, con lo que toman las casas que por el largo del arroyo hicieron los españoles año de mil quinientos y cincuenta y seis, siendo Garcilaso de la Vega, mi señor, corregidor de aquella gran ciudad. De manera que a esta cuenta tenía la cadena trescientos y cincuenta pasos de largo, que son setecientos pies. Preguntando yo al mismo indio por el grueso della, alzó la mano derecha y señalando la muñeca dijo: que cada eslabón era tan grueso como ella. El contador general Agustín de Zárate, libro primero, cap. catorce, (1) ya por mí otra vez alegado, cuando hablamos de las increíbles riquezas de las casas reales de los Incas, dice cosas muy grandes de aquellos tesoros. Parecióme repetir aquí lo que dice en particular de aquella cadena, que es lo que se sigue sacado a la letra: al tiempo que le nació un hijo mandó hacer Guainacaba una maroma de oro, tan gruesa (según hay muchos indios vivos que lo dicen) que asidos a ella doscientos indios orejones, no la levantaban muy fácilmente; y en memoria desta señalada joya llamaron al hijo Huasca, que en su lengua quiere decir soga, con el sobrenombre de Inga, que era de todos los reyes, como los emperadores romanos se llamaban Augustos, &c. Hasta aquí es de aquel caballero historiador del Perú. Esta pieza tan rica y soberbia escondieron los indios con el demás tesoro,

(1) En su obra *Historia del Perú*. De esta obra se han hecho varias ediciones siendo las más populares la francesa de Ternaux Compans y la española de Vedia, en HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS.

que desaparecieron luego que los españoles entraron en la tierra, y fué de tal suerte que no hay rastro della. Pues como aquella joya tan grande, rica y soberbia se estrenase al tresquilar y poner el nombre al niño príncipe heredero del imperio, demás del nombre propio que le pusieron, que fué Inti Cusi Huallpa, le añadieron por renombre el nombre Huáscar, para dar más ser y calidad a la joya, Huasca quiere decir soga; y porque los indios del Perú no supieron decir cadena la llamaban soga, añadiendo el nombre del metal de que era la soga, como acá decimos cadena de oro, o de plata, o de hierro y porque en el príncipe no sonase mal el nombre Huasca por su significación, para quitársela le disfrazaron con la r añadida en la última sílaba; porque con ella no significaba nada, y quisieron que retuviese la denominación de Huasca, pero no la significación de soga: desta suerte fué impuesto el nombre Huáscar a aquel príncipe, y de tal manera se le apropió, que sus mismos vasallos le nombraban por el nombre impuesto y no por el propio que era Inti Cusi Huallpa, quiere decir Huallpa sol de alegría: que ya como en aquellos tiempos se veían los Incas tan poderosos, y como la potencia por la mayor parte incite a los hombres a vanidad y soberbia, no se preciaron de poner a su príncipe algún nombre de los que hasta entonces tenían por nombres de grandeza y magestad, sino que se levantaron hasta el cielo y tomaron el nombre del que honraban y adoraban por dios, y se lo dieron a un hombre llamándole Inti, que en su lengua quiere decir sol: Cusi quiere decir alegría, placer, contento y regocijo: y esto baste de los nombres y renombres del príncipe Huáscar Inca. Y volviendo a su padre Huaina Capac, es de saber, que habiendo dejado el orden y traza de la cadena y de las demás grandezas, y que para la solemnidad de el tresquilar y poner nombre a su hijo se debían de hacer, volvió a la vista de su reino que dejó empezada, y anduvo en ella más de dos años, hasta que fué tiempo de destetar el niño: entonces volvió al Cosco, donde se hicieron las fiestas y regocijos que se pueden imaginar, poniéndole el nombre propio y el renombre Huáscar.

———∿———

CAPITULO II

REDUCENSE DE SU GRADO DIEZ VALLES DE LA COSTA, Y TUMPIS SE RINDE.

UN año después de aquella solemnidad mandó Huaina Capac levantar cuarenta mil hombres de guerra, y con ellos fué al reino de Quitu, y de aquel viaje tomó por concubina la hija primogénita del rey que perdió aquel reino, la cual estaba días había en la casa de las escogidas. Hubo en ella Atahuallpa y a otros hermanos suyos que en la historia veremos. De Quitu bajó el Inca a los Llanos, que es la costa de la mar, con deseo de hacer su conquista. Llegó al valle llamado Chimu, que es ahora Trujillo, hasta donde su abuelo el buen Inca Yupanqui dejó ganado y conquistado a su imperio, como queda dicho. De allí envió los requerimientos acostumbrados de paz o de guerra a los moradores del valle de Chacma y Pacasmayu, que está más adelante: los cuales como había años que eran vecinos de los vasallos del Inca, y sabían la suavidad del gobierno de aquellos reyes habían muchos días que deseaban el señorío dellos; y así respondieron que holgaban mucho ser vasallos del Inca, y obedecer sus leyes y guardar su religión. Con el ejemplo de aquellos valles hicieron lo mismo otros ocho que hay entre Pacasmayu y Tumpis, que son Saña, Collque, Cintu, Tucmi, Sayanca, Mutupi, Puchiu, Sullana: en la conquista de los cuales gastaron dos años, más en cultivarles las tierras y sacar acequias para el riego, q' no en sujetarlos, porque los más se dieron de muy buena gana. En este tiempo mandó el Inca renovar su ejército tres o cuatro veces, que como unos veniesen se fuesen otros, por el riesgo que de su salud los mediterráneos tienen andando en la costa, por ser esta tierra caliente y aquella fria.

Acabada la conquista de aquellos valles se volvió el Inca a Quitu, donde gastó dos años ennobleciendo aquel reino con

suntuosos edificios, con grandes acequias para los riegos y con muchos beneficios que hizo a los naturales. Pasado aquel espacio de tiempo mandó apercibir un ejército de cincuenta mil hombres de guerra, y con ellos bajó a la costa de la mar hasta ponerse en el valle de Sullana, que es el mar cercano a Tumpis, de donde envió los requerimientos acostumbrados de paz o de guerra. Los de Tumpis era gente más regalada y viciosa q' toda la demás, que por la costa de la mar hasta allí habían conquistado los Incas: traía esta nación por divisa en la cabeza un tocado como guirnalda que llaman Pillu. Los caciques tenían truhanes, chocarreros, cantores y bailadores, que les daban solaz y contento. Usaban el nefando. adoraban tigres y leones, sacrificándoles corazones de hombres y sangre humana. Eran muy servidos de los suyos y temidos de los agenos: más con todo eso no osaron resistir al Inca temiendo su gran poder. Respondieron que de buena gana le obedecían y recebían por señor. Lo mismo respondieron otros valles de la costa y otras naciones de la tierra adentro que se llaman, Chunana, Chintuy, Collonche, Yaquall y otras muchas que hay por aquella comarca.

CAPITULO III

EL CASTIGO DE LOS QUE MATARON LOS MINISTROS DE TUPAC INCA YUPANQUI.

EL Inca entró en Tumpis, y entre otras obras reales, mandó hacer una hermosa fortaleza, donde puso guarnición de gente de guerra: hicieron templo para el sol y casa de sus vírgenes escogidas: lo cual concluído, entró en la tierra adentro a las provincias que mataron los capitanes y los ministros de su ley, y los ingeniosos y maestros; que su padre Tupac Inca Yupanqui les había enviado para la doctrina y enseñanza de aquellas gentes, como atrás queda dicho: las cuales provincias estaban atemorizadas con la memoria de su delito. Huaina Capac les envió mensageros mandándoles viniesen luego a dar razón de su mal hecho y a recebir el castigo merecido. No osaron resistir aquellas naciones, porque su ingratitud y traición les acusaba, y el gran poder del Inca les amedrentaba; y así vinieron rendidos a pedir misericordia de su delito.

El Inca mandó que se juntasen todos los curacas, y los embajadores, y consejeros, capitanes y hombres nobles, que se hallaron en consultar y llevar la embajada que a su padre hicieron, cuando le pidieron los ministros que le mataron; porque quería hablar con todos ellos juntos. Y habiéndose juntado, un maese de campo por orden del Inca, les hizo una plática, vituperando su traición, alevosía y crueldad, que habiendo de adorar al Inca y a sus ministros por los beneficios que les hacían en sacarlos de ser brutos y hacerlos hombres, los hubiesen muerto tan cruelmente y con tanto desacato del Inca hijo del sol; por lo cual eran dignos de castigo,

digno de su maldad: y que habiendo de ser castigados como ellos lo merecían, no había de quedar de todas sus naciones sexo ni edad. Empero el Inca Huaina Capac, usando de su natural clemencia, y preciándose del nombre Huacchacuyac, que es amador de pobres. perdonaba toda gente común, y que a los presentes que habían sido autores y ejecutores de la traición, los cuales merecían la muerte por todos los suyos, también se les perdonaba, con que para memoria y castigo de su delito, degollasen solamente la décima parte dellos. Para lo cual de diez en diez echasen suerte entre ellos, y que muriesen los más desdichados; porque no tuviesen ocasión de decir que con enojo y rencor habían elegido los más odiosos. Asímismo mandó el Inca que a los curacas y a la gente principal de la nación Huancavillca, que habían sido los principales autores de la embajada y de la traición, sacasen a cada uno dellos y a sus descendientes para siempre dos dientes de los altos y otros dos de los bajos, en memoria y testimonio de que habían mentido en las promesas que al gran Tupac Inca Yupanqui su padre habían hecho, de fidelidad y vasallage.

La justicia y castigo se ejecutó, y con mucha humildad lo recibieron todas aquellas naciones, y se dieron por dichosos; porque habían temido los pasaran a cuchillo por la traición que habían hecho; porque ningún delito se castigaba con tanta severidad como la rebelión, después de haberse sujetado al imperio de los Incas; porque aquellos reyes se daban por muy ofendidos, de que en lugar de agradecer los muchos beneficios que les hacían, fuesen tan ingratos que habiéndo los esperimentado, se rebelasen y matasen a los ministros del Inca. Toda la nación Huancavillca (de por sí) recibió con más humildad y sumisión el castigo que todos los demás; porque como autores de la rebelión pasada, temían su total destruición: más cuando vieron el castigo tan piadoso, y ejecutado en tan pocos, y que el sacar los dientes era en particular a los curacas y capitanes, lo tomó toda la nación por favor no por castigo: y así todos los de aquella provincia, hombres y mugeres, de común consentimiento tomaron por blasón e insignia la pena que a sus capitanes dieron, solo porque lo había mandado el Inca, y se sacaron los dientes, y de allí en adelante los sacaban a sus hijos e hijas, luego que los habían mudado: de manera que como gente bárbara y rústica, fueron más agradecidos a la falta del castigo que a la sobra de los beneficios.

Una india desta nación conocí en el Cosco en casa de mi padre que contaba largamente esta historia. Los Huancavillcas, hombres y mugeres, se horadaban la ternilla de las nari-

ces para traer un joyelito de oro o de plata colgado a ella. Acuérdome haber conocido en mi niñez un caballo castaño, que fué de un vecino de mi pueblo que tuvo indios, llamado Fulano de Coca: el caballo era muy bueno, y porque le faltaba aliento, le horadaron las narices por cima de las ventanas. Los indios se espantaron de ver la novedad, y por escelencia llamaban al caballo Huancavillca, por decir que tenía horadadas las narices.

CAPITULO IV

VISITA EL INCA SU IMPERIO. CONSULTA LOS ORACULOS. GANA LA ISLA PUNA.

EL Inca Huaina Capac, habiendo castigado y reducido a su servicio aquellas provincias, y dejado en ellas la gente de guarnición necesaria, subió a visitar el reino de Quitu y desde allí revolvió al Mediodia, y fué visitando su imperio hasta la ciudad del Cosco, y pasó hasta las Charcas que son más de setecientas leguas de largo. Envió a visitar el reino de Chile, de donde a él y a su padre trajeron mucho oro; en la cual visita gastó casi cuatro años. Reposó otros dos en el Cosco. Pasado este tiempo, mandó levantar cincuenta mil hombres de guerra de las provincias del distrito Chinchasuyu, que son al Norte del Cosco; mandó que se juntasen en los términos de Tumpis, y él bajó a los Llanos, visitando los templos del sol que había en las provincias principales de aquel paragé. Visitó el rico templo de Pachacamac, que ellos adoraban por dios no conocido. Mandó a los sacerdotes consultasen al demonio que allí hablaba, la conquista que pensaba hacer: fuéle respondido que hiciese aquella, y más las que quisiese, que de todas saldría victorioso, porque lo había elegido para señor de las cuatro partes del mundo. Con esto pasó al valle de Rimac do estaba el famoso ídolo hablador; mandó consultarle su jornada por cumplir lo que su bisabuelo capituló con los yuncas, que los Incas tendrían en veneración aquel ídolo: y habiendo recebido su respuesta, que fué de muchas bachillerías y grandes lisonjas, pasó adelante visitando los valles que hay hasta Tumpis. Llegado allí envió los apercibimientos acostumbrados de paz o de guerra a los naturales de la isla llamada Puna, q' está no lejos de Tierra-Firme, fértil y abundante de toda cosa. Tiene la isla de contorno 12 leguas (60 Kms.) cuyo señor había por nombre Tumpalla, el cual estaba soberbio, porque nunca él ni sus pasados habían recono-

cido superior, antes lo presumían ser de todos sus comarcanos los de Tierra-Firme; y así tenían guerra unos con otros; la cual discordia fué causa que no pudiesen resistir al Inca, que estando todos conformes pudieran defenderse largo tiempo. Tumpalla (que demás de su soberbia era vicioso, regalado, tenía muchas mugeres y bardajes, sacrificaba corazones y sangre humana a sus dioses, que eran tigres y leones, sin el dios común, que los indios de la costa tenían, que era la mar y los peces, que en más abundancia mataban para su comer) recibió con mucho pesar y sentimiento el recaudo del Inca; y para responder a él llamó a los más principales de su isla y con gran dolor les dijo: la tiranía agena tenemos a las puertas de nuestras casas, que ya nos amenaza quitárnoslas y pasarnos a cuchillo, si no le recebimos de grado; y si le admitimos por señor nos ha de quitar nuestra antigua libertad, mando y señorío, que tan de atrás nuestros antepasados nos dejaron: y no fiando de nuestra fidelidad nos han de mandar labrar torres y fortalezas, en que tenga su presidio y gente de guarnición, mantenida a nuestra costa, para que nunca aspiremos a la libertad. Hános de quitar las mejores posesiones que tenemos, y las mugeres y hijas más hermosas que tuviéremos; y lo que es más de sentir, que nos han de quitar nuestras antiguas costumbres y darnos leyes nuevas, mandarnos adorar dioses agenos, y echar por tierra los nuestros proprios y familiares. Y en suma ha de hacernos vivir en perpétua servidumbre y vasallage: lo cual no sé si es peor que morir de una vez: y pues esto va por todos, os encargo miréis lo que nos conviene, y me aconsejéis lo que os pareciere más acertado. Los indios platicaron gran espacio unos con otros entre sí, lloraron las pocas fuerzas que tenían para resistir las de un tirano tan poderoso, y que los comarcanos de la Tierra-Firme antes estaban ofendidos que obligados a socorrerlos por las guerrillas, que unos a otros se hacían. Viéndose desamparados de toda esperanza de poder sustentar su libertad, y que habían de perecer todos si pretendían defenderla por armas, acordaron elegir lo que les pareció menos malo, y sujetarse al Inca con obediencia y amor fingido y disimulado, aguardando tiempo y ocasión para librarse de su imperio cuando pudiesen. Con este acuerdo, el curaca Tumpalla no solamente respondió a los mensageros del Inca con toda paz y sumisión, más envió embajadores propios con grandes presentes, que en su nombre y de todo su estado le diesen la obediencia y vasallaje que el Inca pedía, y le suplicasen tuviese por bien de favorecer sus nuevos vasallos y toda aquella isla con su real presencia, que para ellos sería toda la felicidad que podían desear.

El Inca se dió por bien servido del curaca Tumpalla mandó tomar la posesión de su tierra, y que aderezasen lo necesario para pasar el ejército a la isla. Todo lo cual proveído con la puntualidad que ser pudo, conforme a la brevedad del tiempo, más no con el aparato y ostentación que Tumpalla y los suyos quisieran, pasó el Inca a la isla, donde fué recebido con mucha solemnidad de fiestas y bailes, cantares, compuestos de nuevo en loor de las grandezas de Huaina Capac. Aposentáronle en unos palacios nuevamente labrados, a lo menos lo que fué menester para la persona del Inca; porque no era decente a la persona real dormir en aposento en que otro hubiese dormido. Huaina Capac estuvo algunos días en la isla, dando órden en el gobierno della conforme a sus leyes y ordenanzas. Mandó a los naturales della y a sus comarcanos, los que vivían en Tierra-Firme, que era una gran behetría de varias naciones y diversas lenguas (que también se habían rendido y sujetado al Inca), que dejasen sus dioses no sacrificasen sangre ni carne humana, ni la comiesen, ni usasen el nefando; adorasen al sol por universal dios, viviesen como hombres en ley de razón y justicia. Todo lo cual les mandaba como Inca hijo del sol, legislador de aquel gran imperio, que no lo quebrantasen en todo, ni en parte, so pena de la vida. Tumpalla y sus vecinos dijeron que así lo cumplirían como el Inca lo mandaba.

Pasada la solemnidad y fiesta del dar la ley y preceptos del Inca, considerando los curacas más despacio el rigor de las leyes, y cuán en contra eran de las suyas, y de todos sus regalos y pasatiempos, haciéndoseles grave y riguroso el imperio ageno, deseando volverse a sus torpezas, se conjuraron los de la isla con todos sus comarcanos los de la Tierra-Firme, para matar al Inca y a todos los suyos debajo de traición, a la primera ocasión que se les ofreciese. Lo cual consultaron con sus dioses desechados, volviéndolos de secreto a poner en lugares decentes, para volver a la amistad dellos y pedir su favor. Hiciéronles muchos sacrificios y grandes promesas, pidiéndoles orden y consejo, para emprender aquel hecho, y la respuesta del suceso si sería próspero o adverso. Fuéles dicho por el demonio que lo acometiesen, que saldrían con su empresa, porque tendrían el favor y amparo de sus dioses naturales; con lo cual quedaron aquellos bárbaros tan ensoberbecidos, que estuvieron por acometer el hecho sin más dilatarlo, si los hechiceros y adevinos no lo estorbaran con decirles que se aguardase alguna ocasión para hacerlo con menos peligro, y más seguridad; que esto era consejo y aviso de sus dioses.

CAPITULO V.

MATAN LOS DE PUNA A LOS CAPITANES DE HUAINA CAPAC

ENTRE tanto que los curacas maquinaban su traición, el Inca Huaina Capac y su consejo entendían en el gobierno y vida política de aquellas naciones, que por la mayor parte se gastaba más tiempo en esto que en sujetarlos. Para lo cual fué menester enviar ciertos capitanes de la sangre real a las naciones que vivían en Tierra-Firme, para que como a todas las demás de su imperio las doctrinasen en su vana religión, leyes y costumbres: mandóles llevasen gente de guarnición para presidios, y para lo que se ofreciese en negocios de guerra. Mandó a los naturales llevasen aquellos capitanes por la mar en sus balsas, hasta la boca de un río donde convenía se desembarcasen para lo que iban a hacer. Dada esta orden, el Inca se volvió a Tumpis a otras cosas importantes al mismo gobierno, que no era otro el estudio de aquellos príncipes, sino cómo hacer bien a sus vasallos; que muy propiamente le llama el P. M. Blas Valera padre de familias y tutor solícito de pupilos. Quizá les puso estos nombres, interpretando uno de los que nosotros hemos dicho que aquellos indios daban a sus Incas, que era llamarles amador y bienhechor de pobres.

Los capitanes, luego que el rey salió de la isla, ordenaron de ir donde les era mandado. Mandaron traer balsas para pasar aquel brazo de mar: los curacas que estaban confederados, viendo la ocasión que se les ofrecía para ejecutar su traición, no quisieron traer todas las balsas que pudieran; para llevar los capitanes Incas en dos viages, para hacer dellos más a su salvo lo que habían acordado, que era matarlos en la mar. Embarcóse la mitad de la gente con parte de los capitanes: los unos y los otros eran escogidos en toda la milicia que en-

tonces había. Llevaban muchas galas y arreos, como gente que andaba más cerca de la persona real, y todos eran Incas o por sangre o por el privilegio del primer Inca: llegando a cierta parte de la mar donde los naturales habían determinado ejecutar su traición, desataron y cortaron las sogas con que iban atados los palos de las balsas, y en un punto echaron en la mar los capitanes y toda su gente que iba descuidada, y confiada en los mareantes, los cuales con los remos y con las mismas armas de los Incas, convirtiéndolas contra sus dueños, los mataron todos sin tomar ninguno a vida: y aunque los Incas querían valerse de su nadar para salvar las vidas, porque los indios comunmente saben nadar, no les aprovechaba, porque los de la costa, como tan ejercitados en la mar, hacen a los mediterráneos encima de el agua y debajo della la misma ventaja que los animales marinos a los terrestres. Así quedaron con la victoria los de la isla, y gozaron de los despojos que fueron muchos y muy buenos, y con gran fiesta y regocijo, saludándose de unas balsas a otras, se daban el parabien de su hazaña, entendiendo, como gente rústica y bárbara, que no solamente estaban libres del poder del Inca, pero que eran poderosos para quitarle el imperio. Con esta vana presunción volvieron con toda la disimulación posible por los capitanes y soldados que habían quedado en la isla, y los llevaron donde habían de ír, y en el mismo puesto y en la misma forma que a los primeros, mataron a los segundos. Lo mismo hicieron en la isla y en las demás provincias confederadas, a los q' en ellas habían quedado por gobernadores y ministros de la justicia y de la hacienda del sol y del Inca: matáronlos con gran crueldad y mucho menosprecio de la persona real. Pusieron las cabezas a las puertas de sus templos, sacrificaron los corazones y la sangre a sus ídolos, cumpliendo con esto la promesa que al principio de su rebelión les habían hecho, si los demonios les diesen su favor y ayuda para la traición.

CAPITULO VI

EL CASTIGO QUE SE HIZO EN LOS REBELADOS

SABIDO por el Inca Huaina Capac todo el mal suceso, mostró mucho sentimiento por la muerte de tantos varones de su sangre real, tan esperimentados en paz y en guerra, y que hubiesen quedado sin sepultura para manjar de peces. Cubrióse de luto para mostrar su dolor. El luto de aquellos reyes era el color pardo, que acá llaman bellori. Pasado el llanto mostró su ira. Hizo llamamiento de gente, y teniendo la necesaria, fué con gran presteza a las provincias rebeladas que estaban en Tierra-Firme; fuélas sujetando con mucha facilidad, porque ni tuvieron ánimo militar, ni consejo ciudadano para defenderse, ni fuerzas para resistir las del Inca.

Sujetadas aquellas naciones pasó a la isla: los naturales della hicieron alguna resistencia por la mar, más fué tan poca, que luego se dieron por vencidos. El Inca mandó prender todos los principales autores y consejeros de la rebelión, y a los capitanes y soldados de más nombre que se habían hallado en la ejecución y muerte de los gobernadores, y ministros de la justicia y de la guerra, a los cuales hizo una plática un maese de campo de los del Inca, en que les afeó su maldad y traición, y la crueldad q' usaron con los que andaban estudiando en el beneficio dellos, y procurando sacarlos de su vida ferina, y pasarlos a la humana. Por lo cual, no pudiendo el Inca usar de su natural clemencia y piedad, porque su justicia no le permitía, ni la maldad del hecho era capaz de remisión alguna, mandaba el Inca fuesen castigados con pena de muerte, digna de su traición y alevosía. Hecha la notificación de la sentencia, la ejecutaron con diversas muertes (como ellos las dieron a los ministros del Inca) que a unos echaron en la mar con

grandes pesgas, a otros pasaron por las picas, en castigo de haber puesto las cabezas de los Incas a las puertas de sus templos en lanzas y picas; a otros degollaron y hicieron cuartos; a otros mataron con sus propias armas, como ellos habían hecho a los capitanes y soldados; a otros ahorcaron. Pedro de Cieza de León habiendo contado esta rebelión y su castigo más largamente que otro hecho alguno de los Incas, sumando lo que atrás a la larga ha dicho, dice estas palabras, que son del capítulo cincuenta y tres. Y así fueron muertos con diferentes especies de muertes muchos millares de indios, y empalados y ahogados no pocos de los principales que fueron en el consejo. Después de haber hecho el castigo bien grande y temeroso, Huaina Capac mandó que en sus cantares en tiempos tristes y calamitosos, se refiriese la maldad que allí se cometió. Lo cual con otras cosas recitan ellos en sus lenguas, como a manera de endechas; y luego intentó de mandar hacer por el río de Guayaquile, que es muy grande, una calzada, que cierto según parece por algunos pedazos que della se ven, era cosa soberbia; más no se acabó ni se hizo por entero lo que él quería, y llámase esto que digo el Paso de Huaina Capac; y hecho este castigo, y mandado que todos obedeciesen a su gobernador que estaba en la fortaleza de Tumpis, y ordenadas otras csas, el Inca salió de aquella comarca: hasta aquí es de Pedro de Cieza de León. (2)

(2) En la *Crónica del Perú*, o sea la Primera Parte de su obra histórica.

CAPITULO VII

MOTIN DE LOS CHACHAPUYAS, Y LA MAGNANIMIDAD DE HUAINA CAPAC.

ANDANDO el rey Huaina Capac dando orden en volverse al Cosco, y visitar sus reinos, vinieron muchos caciques de aquellas provincias de la costa, que había reducido a su imperio con grandes presentes de todo lo mejor que en sus tierras tenían; y entre otras cosas le trujeron un león y un tigre fierísimos, los cuales el Inca estimó en mucho, y mandó que se los guardasen y mantuviesen con mucho cuidado. Adelante contaremos una maravilla que Dios nuestro Señor obró con aquellos animales en favor de los cristianos por la cual, los indios los adoraron diciendo que eran hijos del sol. El Inca Huaina Capac salió de Tumpis, dejando lo necesario para el gobierno de la paz y de la guerra, fué visitando a la ida la mitad de su reino a la larga, hasta los Chichas, que es lo último del Perú, con intenciones de volver visitando la otra mitad que está más al Oriente. Desde los Chichas envió visitadores al reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán; también los envió al reino de Chile. Mandó que los unos y los otros llevasen mucha ropa de vestir de la del Inca, con otras muchas preseas de su persona, para los gobernadores, capitanes y ministros regios de aquellos reinos, y para los curacas naturales dellos, para que en nombre del Inca les hiciesen merced de aquellas dádivas, que tan estimadas eran entre aquellos indios. En el Cosco, a ida y vuelta, visitó la fortaleza, que ya el edificio della andaba en acabanzas, puso las manos en algunas cosas de la obra, para dar ánimo y favor a los maestros mayores, y a los demás trabajadores que en ella andaban. Hecha la visita en que se ocupó más de cuatro años, mandó levantar gente para hacer la conquista adelante de Tumpis, la costa de la mar hácia el Norte, hallándose el

Inca en la provincia de los Cañaris, que pensaba ir a Quitu, para de allí bajar a la conquista de la costa, le trujeron nuevas que la gran provincia de los Chachapuyas, viéndole ocupado en guerras y conquista de tanta importancia, se había rebelado confiada en la aspereza de su sitio, y en la mucha y muy belicosa gente que tenía, y que debajo de amistad habían muerto los gobernadores y capitanes del Inca, y que de los soldados habían muerto muchos y preso otros muchos, con intención de servirse dellos como de esclavos. De lo cual recebió Huaina Capac grandísimo pesar y enojo, y mandó que la gente de guerra, que por muchas partes caminaba a la costa, revolviese hácia la provincia Chachapuya, donde pensaba hacer un rigoroso castigo; y él se fué al parage donde se habían de juntar los soldados. Entretanto que la gente se recogía, envió el Inca mensageros a los chachapuyas que les requiriesen con el perdón, si se reducían a su servicio. Los cuales en lugar de dar buena respuesta, maltrataron a los mensageros con palabras desacatadas, y los amenazaron de muerte; con lo cual se indignó el Inca del todo, y dió más priesa a recoger la gente. Caminó con ella hasta un río grande, donde tenían apercebidas muchas balsas de una madera muy ligera, que en la lengua general del Perú llaman Chuchau.

El Inca, pareciéndole que a su persona y ejército era indecente pasar el río en cuadrillas de seis en seis, y de siete en siete, en las balsas, mandó que dellas hiciesen una puente, juntándolas todas como un zarzo echado sobre el agua. Los indios de guerra y los de servicio, pusieron tanta diligencia, que un día natural hicieron la puente. El Inca pasó con su ejército en escuadrón formado, y a mucha priesa caminó hácia Cassamarquilla, que es uno de los pueblos principales de aquella provincia; iba con propósito de los destruir y asolar, porque este príncipe se preció siempre de ser tan severo y riguroso con los rebeldes y pertinaces, como piadoso y manso con los humildes y sujetos.

Los amotinados, habiendo sabido el enojo del Inca, y la pujanza de su ejército, conocieron tarde su delito, y temieron el castigo, que estaba ya muy cerca. Y no sabiendo qué remedio tomar, porque les parecía que demás del delito principal la pertinacia y el término que en el responder a los requirimientos del Inca habían usado, tendrían cerradas las puertas de su misericordia y clemencia, acordaron desamparar sus pueblos y casas, y huir a los montes; y así lo hicieron todos los que pudieron. Los viejos que quedaron con la demás gente inutil, como más esperimentados, trayendo a la memoria la generosidad de Huaina Capac, que no negaba petición que

mujer alguna le hiciese, acudieron a una matrona chachapuya, natural de aquel pueblo Cassamarquilla, que había sido muger del gran Tupac Inca Yupanqui, una de sus muchas concubinas, y con el encarecimiento y lágrimas que el peligro presente requería, le dijeron que no hallaban otro remedio ni esperanza para que ellos y sus mugeres y hijos, y todos sus pueblos y provincias no fuesen asolados, sino que ella fuese a suplicar al Inca su hijo los perdonase.

La matrona, viendo que también ella y toda su parentela, sin escepción alguna, corrían el mismo riesgo, salió a toda diligencia acompañada de otras muchas mugeres de todas edades, sin consentir que hombre alguno fuese con ellas y fué al encuentro del Inca, al cual halló casi dos leguas de Cassamarquilla; y postrada a sus piés con grande ánimo y valor, le dijo: solo, señor, ¿dónde vas?; ¿no ves que vas con ira y enojo a destruir una provincia que tu padre ganó y redujo a tu imperio?; ¿no adviertes que vas contra tu misma clemencia y piedad?; ¿no consideras que mañana te ha de pesar de haber ejecutado hoy tu ira y saña, y quisieras no haberlo hecho?; ¿porqué no te acuerdas del renombre Huacchacuyac, que es Amador de Pobres, del cual te precias tanto?; ?porqué no has lástima de estos pobres de juicio, pues sabes que es la mayor pobreza y miseria de todas las humanas? Y aunque ellos no lo merezcan, acuérdate de tu padre que los conquistó para que fuesen tuyos. Acuérdate de tí mismo que eres hijo del sol: no permitas que un accidente de la ira manche tus grandes loores pasados, presentes y por venir, por ejecutar un castigo inútil, derramando sangre de gente que ya se te ha rendido. Mira q' cuanto mayor hubiere sido el delito y la culpa destos miserables, tanto más resplandecerá tu piedad y clemencia. Acuérdate de la que todos tus antecesores han tenido, y cuanto se preciaron de ella: mira que eres la suma de todos ellos. Suplícote por quien eres, perdones estos pobres; y si no te dignas de concederme esta petición, a lo menos concédeme, que pues soy natural desta provincia, que te ha enojado, sea yo la primera en quien descargues la espada de tu justicia, porque no vea la total destruición de los míos.

Dichas estas palabras calló la matrona. Las demás indias que con ella habían venido, levantaron un alarido y llanto lastimero, repitiendo muchas veces los renombres del Inca, diciéndole: solo señor, hijo del sol, amador de pobres, Huaina Capac, ten misericordia de nosotras y de nuestros padres, maridos, hermanos y hijos.

El Inca estuvo mucho rato suspenso, considerando las razones de la Mamacuna; y como a ellas se añadiese el clamor

y lágrimas, que con la misma petición las otras indias derramaban, doliéndose de ellas, y apagando con su natural piedad y clemencia los fuegos de su justa ira, fué a la madrastra, y levantándola del suelo, le dijo: bien parece que eres Mamanchic, que es madre común (quiso decir: madre mía, y de los tuyos) pues de tan lejos miras y previenes lo que a mi honra, y a la memoria de la magestad de mi padre conviene, yo te lo agradezco muy mucho: que no hay duda, sino que, como has dicho, mañana me pesará de haber ejecutado hoy mi saña. También hiciste oficio de madre con los tuyos, pues con tanta eficacia has redimido sus vidas y pueblos; y pues a todos nos has sido tan buena madre, hágase lo que mandas, y mira si tienes más que mandarme. Vuélvete en hora buena a los tuyos, y perdónales en mi nombre, y hazles cualquiera otra merced y gracia que a tí te parezca; y diles que sepan agradecértela; y para mayor certificación de que quedan perdonados, llevarás contigo cuatro Incas, hermanos míos y hijos tuyos, que vayan sin gente de guerra, no más de con los ministros necesarios, para ponerlos en toda paz y buen gobierno. Dicho esto se volvió el Inca con todo su ejército: mandó encaminarlo hácia la costa, como había sido su primer intento.

Los Chachapuyas quedaron tan convencidos de su delito, y de la clemencia del Inca que de allí adelante fueron muy leales vasallos; y en memoria y veneración de aquella magnanimidad que con ellos se usó, cercaron el sitio donde pasó el coloquio de la madrastra con su alnado Huaina Capac, para que como lugar sagrado (por haberse obrado en él una hazaña tan grande) quedase guardado, para que ni hombres, ni animales, ni aún las aves, si fuese posible, no pusiesen los piés en él. Echáronle tres cercas al derredor. La primera fué de cantería muy pulida, con su cornija por lo alto. La segunda de una cantería tosca, para que fuese guarda de la primera cerca. La tercera cerca fué de adobes, para que guardase las otras dos. Todavía se ven hoy algunas reliquias dellas. Pudieran durar muchos siglos, según su labor, más no lo consintió la cudicia, que buscando tesoros en semejantes puestos, las echó todas por tierra.

CAPITULO VIII

DIOSES Y COSTUMBRES DE LA NACION MANTA, Y SU REDUCION Y LAS DE OTRAS MUY BARBARAS.

HUAINA Capac enderezó su viage a la costa de la mar, para la conquista que allí deseaba hacer. Llegó a los confines de la provincia que há por nombre Manta, en cuyo distrito está el puerto que los españoles llaman Puerto Viejo: por qué lo llamaron así, dijimos al principio desta historia. Los naturales de aquella comarca, en muchas leguas de la costa hácia el Norte, tenían unas mismas costumbres y una misma idolatría. Adoraban la mar y los peces que más en abundancia mataban para comer. Adoraban tigres y leones, y las culebras grandes, y otras sabandijas, como se les antojaba: entre las cuales adoraban en el valle de Manta, que era como metrópoli de toda aquella comarca, una gran esmeralda, que dicen era poco menor que un huevo de avestruz. En sus fiestas mayores la mostraban, poniéndola en público: los indios venían de muy lejos a le adorar, y sacrificar, y traer presentes de otras esmeraldas menores, porque los sacerdotes y el cacique de Manta les hacían entender, que era sacrificio y ofrenda muy agradable para la diosa esmeralda mayor; que le presentasen las otras menores porque eran sus hijas. Con esta avarienta doctrina juntaron en aquel pueblo mucha cantidad de esmeraldas, donde las hallaron don Pedro de Alvarado y sus compañeros, que uno dellos fué Garcilaso de la Vega, mi señor, cuando fueron a la conquista del Perú, y quebraron en una bigornia la mayor parte dellas, diciendo (como no buenos lapidarios) que si eran piedras finas no se habían de quebrar, por grandes golpes que las diesen; y si se quebraban, eran vidrios, y no piedras finas: la que adoraban por diosa desaparecieron los indios luego que los españoles entraron en aquel reino; y de tal manera la escondieron, que por muchas diligencias y amenazas que después acá por ella se han hecho, jamás ha parecido, como ha sido de otro infinito tesoro, que en aquella tierra se ha perdido.

Los naturales de Manta y su comarca, en particular los de la costa (pero no los de la tierra adentro, que llaman serranos) usaban la sodomía más al descubierto, y más desvergonzadamente que todas las demás naciones que hasta ahora hemos notado deste vicio. Casábanse debajo de condición, que los parientes y amigos del novio gozaban primero de la novia, que no el marido. (3) Desollaban los que cautivaban en sus guerras, y henchían de cenizas los pellejos de manera que parecían lo que eran; y en señal de victoria los colgaban a las puertas de sus templos, y en las plazas donde hacían sus fiestas y bailes.

El Inca les envió los requirimientos acostumbrados, que se apercibiesen para la guerra, o se rindiesen a su imperio. Los de Manta, de mucho atrás, tenían visto, que no podían resistir al poder del Inca; y aunque habían procurado aliarse a defensa común con las muchas naciones de su comarca, no habían podido reducirlos a unión y conformidad, porque las más eran behetrías, sin ley ni gobierno; por lo cual los unos y los otros se rindieron con mucha facilidad a Huaina Capac. El Inca los recibió con afabilidad, haciéndoles mercedes y regalos, y dejando gobernadores y ministros que les enseñasen su idolatría, leyes y costumbres, pasó adelante en su conquista a otra gran provincia, llamada Caranque. En su comarca hay muchas naciones, todas eran behetrías, sin ley ni gobierno. Sujetáronse fácilmente, porque no aspiraron a defenderse, ni pudieran aunque quisieran, porque ya no había resistencia para la pujanza del Inca, según era grande: con estos hicieron lo mismo que con los pasados, que dejándoles maestros y gobernadores, prosiguieron en su conquista, y llegaron a otras provincias de gente más bárbara y bestial, q' toda la demás, que por la costa hasta allí habían conquistado: hombres y mugeres se labraban las caras con puntas de pedernal; deformaban las cabezas a los niños en naciendo; poníanles una tablilla en la frente y otra en el colodrillo, y se las apretaban de día en día, hasta que eran de cuatro o cinco años, para que la cabeza quedase ancha del un lado al otro, y angosta de la frente al colodrillo; y no contentos de darles el anchura que habían podido, tresquilaban el cabello, que hay en la mollera, corona y colodrillo, y dejaban lo de los lados; y aquellos cabellos tampoco habían de andar peinados ni asentados, sino crespos y levantados, por aumentar la monstruosidad de sus rostros. Manteníanse de su pesquería, que son grandísimos

(3) Costumbre muy generalizada entre los indios del norte del Perú. Véase lo que nos dice al respecto la *Relación del Primer Descubrimiento de la Costa y mar del Sur* de Miguel Estete. *Boletín de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos*. Quito 1919.

pescadores, y de yerbas y raíces, y frutas silvestres. Andaban desnudos. Adoraban por dioses las cosas que hemos dicho de sus comarcanos. Estas naciones se llamaban Apichiqui, Pichunsi, Sava, Pecllansimiqui, Pampahuasi, y otras que hay por aquella comarca. Habiéndolas reducido el Inca a su imperio, pasó adelante a otra llamada Saramissu y de allí a otra que llaman Passau, que está debajo de la linea Equinoccial perpendicularmente. Los de aquella provincia son barbarísimos sobre cuantas naciones sujetaron los Incas; no tuvieron dioses, ni supieron qué cosa era adorar; no tenían pueblo, ni casa; vivían en huecos de árboles de las montañas que las hay por allí bravísimas. No tenían mugeres conocidas ni conocían hijos: eran sodomitas muy al descubierto; no sabian labrar la tierra, ni hacer otra cosa alguna en beneficio suyo: andaban desnudos, demás de traer labrados los labios por de fuera y de dentro: traían las caras embijadas a cuarteles de diversos colores, un cuarto de amarillo, otro de azul, otro de colorado, y otro de negro, variando cada uno las colores como más gusto le daban: jamás peinaron sus cabezas: traían los cabellos largos y crespos, llenos de paja y polvo, y de cuanto sobre ellos caía: en suma eran peores que bestias; yo los ví por mis ojos cuando vine a España el año de 1560, que paró allí nuestro navío tres días a tomar agua y leña. Entonces salieron muchos dellos en sus balsas de enea a contratar con los del navío y la contratación era venderles los peces grandes que delante dellos mataban con sus fisgas, que para gente tan rústica lo hacían con destreza y sutileza, tanta, que los españoles, por el gusto de verlos matar, se los compraban antes que los matasen; y lo que pedían por el pescado era bizcocho y carne, y no querían plata: traían cubiertas sus vergüenzas con pañetes, hechos de cortezas o hojas de árboles; y esto más por respeto de los españoles, que no por honestidad propia; verdaderamente eran selvages (*sic*) de los más selváticos que se pueden imaginar.

Huaina Capac Inca después que vió y reconoció la mala disposición de la tierra, tan triste y montuosa, y la bestialidad de la gente tan sucia y bruta, y que sería perdido el trabajo que en ellos se emplease, para reducirlos a pulicía y urbanidad, dicen los suyos que dijo: volvámonos, que estos no merecen tenernos por señor; y que dicho esto mandó volver su ejército, dejando los naturales de Passau tan torpes y brutos, como antes se estaban. (4)

(4) Esta frase pudo ser manifestación de desprecio o de impotencia. Véase *Los reinos preincáicos del norte del Perú y el Curacasgo de los Casamarcas.* EL PERU—BOCETOS HISTORICOS. t. II Lima 1919.

CAPITULO IX

DE LOS GIGANTES QUE HUBO EN AQUELLA REGION, Y LA MUERTE DELLOS.

ANTES que, salgamos desta región, será bien demos cuenta de una historia notable y de grande admiración que los naturales della tienen por tradición de sus antepasados, de muchos siglos atrás, de unos gigantes que dicen fueron por la mar a aquella tierra, y desembarcaron en la punta que llaman de Santa Elena: llamáronla así, porque los primeros españoles la vieron en su día, y porque de los historiadores españoles que hablan de los gigantes. Pedro de Cieza de León es el que más largamente lo escribe, como hombre que tomó la relación en la misma provincia donde los gigantes estuvieron, me pareció decir aquí lo mismo que él dice, sacado a la letra: que aunque el P. M. José Acosta, (5) y el contador general Agustín de Zárate (6) dicen lo mismo, lo dicen muy breve y sumariamente. Pedro de Cieza, alargándose más, dice lo que se sigue, capítulo cincuenta y dos. (7) Porque en el Perú hay fama de los gigantes que vinieron a desembarcar a la costa en la punta de Santa Elena, que es en los términos desta ciudad de Puerto Viejo, me pareció dar noticia de lo q' oí de ellos, según q' yo lo entendí, sin mirar las opiniones del vulgo, y sus dichos varios, que siempre engrandece las cosas más de lo que fueron: cuentan los naturales por relación que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenían de muy atrás, que vinieron por la mar en unas balsas de juncos, a manera de grandes barcas, unos hombres tan grandes que tenían tanto uno dellos de la rodilla abajo, como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena esta-

(5) En su *Historia Natural y Moral de las Indias.*
(6) Zárate. *Historia del Perú*, en HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS.
(7) Cieza de León. Ob. cit.

tura, y que sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos tan disformes, que era cosa monstruosa ver las cabezas, según eran grandes, y los cabellos que les allegaban a las espaldas. Los ojos, señalaban, q' eran tan grandes como pequeños platos: afirman que no tenían barbas, y que venían vestidos algunos dellos con pieles de animales, y otros con la ropa que les dió natura, y que no trajeron mugeres consigo; los cuales.como llegasen a esta punta, después de haber en ella hecho su asiento a manera de pueblo, (que aún en estos tiempos hay memoria de los sitios destas cosas que tuvieron) como no hallasen agua, para remediar la falta que della sentían, hicieron unos pozos hondísimos, obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres como se presume que serían aquellos, pues era tanta su grandeza. Y cavaron estos pozos en peña viva, hasta q' hallaron el agua, y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra: de tal manera que durará mucho tiempo y edades: en los cuales hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fría que es gran contento beberla.

Habiendo pues hecho sus asientos estos crecidos hombres o gigantes, y teniendo estos pozos o cisternas de donde bebían, todo el mantenimiento que hallaban en la comarca de la tierra que ellos podían hollar, lo destruían, y comían tanto, que dicen que uno dellos comía más vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra; y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescado en la mar con sus redes y aparejos, que según razón tenían. Vivieron en grande aborrecimiento de los naturales, porque por usar con sus mugeres, las mataban, y a ellos hacían lo mismo por otras causas. Y los indios no se hallaban bastantes para matar a esta nueva gente que había venido a ocuparles su tierra y señorío, aunque se hicieron grandes juntas para platicar sobre ello, pero no las osaron acometer. Pasados algunos años estando todavía estos gigantes en esta parte, como les faltasen mugeres, y a los naturales no les cuadrasen por su grandeza, o porque sería vicio usado entre ellos, por consejo e inducimiento del maldito demonio, usaban unos con otros el pecado nefando de la sodomía, tan grandísimo y horrendo, el cual usaban y cometían pública y descubiertamente sin temor de Dios y poca vergüenza de sí mismos; y afirman todos los naturales que Dios nuestro Señor, no siendo servido de disimular pecado tan malo, les envió el castigo conforme a la fealdad del pecado; y así dicen que estando todos juntos envueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo, temeroso y muy espantable, haciendo gran

ruido del medio del cual salió un ángel resplandeciente con una espada tajante y muy refulgente, con la cual de un solo golpe los mató a todos, y el fuego los consumió, que no quedó sino algunos huesos y calaveras que por memoria del castigo quiso Dios que quedasen sin ser consumidas del fuego. Esto dicen de los gigantes, lo cual creemos que pasó, porque en esta parte que dicen se han hallado y se hallan huesos grandísimos, e yo he oído a españoles que han visto pedazo de muela, que juzgaban que a estar entera, pesara más de media libra carnicera: y también que habían visto otro pedazo de hueso de una canilla, que es cosa admirable contar cuán grande era, lo cual hace testigo haber pasado, porque sin esto se ve a donde tuvieron los sitios de los pueblos, y los pozos o cisternas que hicieron. Querer afirmar o decir de qué parte, o por qué camino vinieron estos, no lo puedo afirmar porque no lo sé.

Este año de mil y quinientos y cincuenta oí yo contar, estando en la ciudad de los reyes, que siendo el ilustrísimo don Antonio de Mendoza, visorey y gobernador de la Nueva España, se hallaron ciertos huesos en ella de hombres tan grandes como los de estos gigantes, y aún mayores; y sin esto también he oído antes de agora q' en un antiquísimo sepulcro se hallaron en la ciudad de México, o en otra parte de aquel reino, ciertos huesos de gigantes. Por donde se puede tener, pues tantos lo vieron y lo afirman, que hubo estos gigantes, y aún podrían ser todos unos.

En esta punta de Santa Elena (que como tengo dicho está en la costa del Perú, en los términos de la ciudad de Puerto Viejo) se vé una cosa muy de notar: y es que hay ciertos ojos y mineros de alquitrán tan perfecto, que podrían calafetear con ellos a todos los navíos que quisiesen porque mana. Y este alquitrán debe ser algún minero que pasa por aquel lugar, el cual sale muy caliente &c. (8) Hasta aquí es de Pedro de Cieza, que lo sacamos de su historia, porque se vea la tradición que aquellos indios tenían de los gigantes, y la fuente manantial de alquitrán que hay en aquel mismo puesto que también es cosa notable.

(8) Véase así mismo lo que respecto a la tradición de los gigantes en Puerto Viejo, cuenta Gutierres de Santa Clara en su obra: *Historia de las querras Civiles del Perú* t. III c. LVI Edi. Victoriano Suarez, Madrid.

CAPITULO X

LO QUE HUAINA CAPAC DIJO ACERCA DEL SOL

EL rey Huaina Capac, como se ha dicho. mandó volver su ejército de la provincia llamada Passau, y la cual señaló por término y límite de su imperio, por aquella banda, que es al Norte: y habiéndolo despedido se volvió hácia el Cosco, visitando sus reinos y provincias, haciendo mercedes y administrando justicia a cuantos se la pedían. Deste viaje en uno de los años que duró la visita, llegó al Cosco, a tiempo que pudo celebrar la fiesta principal del sol que llaman Raimi. Cuentan los indios que un día de los nueve que la fiesta duraba con nueva libertad de la que solían tener de mirar al sol (que les era prohibido por parecerles desacato) puso los ojos en él, o cerca donde el sol lo permite, y estuvo así un espacio de tiempo mirándole. El sumo sacerdote, que era uno de sus tíos, y estaba a su lado, le dijo: ¿qué haces Inca, no sabes que no es lícito hacer eso?

El rey por entonces bajó los ojos, más dende a poco volvió a alzarlos con la misma libertad, y los puso en el sol. El sumo sacerdote replicó diciendo: mira, solo señor, lo que haces, que demás de sernos prohibido el mirar con libertad a nuestro padre el sol, por ser desacato, das mal ejemplo a toda tu corte, y a todo tu imperio que está aquí cifrado para celebrar la veneración y adoración que a tu padre deben hacer, como a solo y supremo señor. Huaina Capac volviéndose al sacerdote le dijo: quiero hacerte dos preguntas para responder a lo que me has dicho. Yo soy vuestro rey y señor universal, ¿habría alguno de vosotros tan atrevido que por su gusto me mandase levantar de mi asiento, y hacer un largo camino? Respondió el sacerdote: !quién habría tan desatinado como eso! Replicó el Inca: ¿y habría algún curaca de mis vasallos, por más rico y poderoso que fuese, que no me obede-

ciese, si yo le mandase ir por la posta de aquí a Chili? Dijo el sacerdote: no Inca, no habría alguno que no lo obedeciese, hasta la muerte, todo lo que le mandases.

El rey dijo entonces: pues yo te digo, que este nuestro padre el sol debe tener otro mayor señor y más poderoso que no él, el cual le manda hacer este camino que cada día hace sin parar; porque si él fuera el supremo señor, una vez que otra dejara de caminar, y descansara por su gusto aunque no tuviera necesidad alguna. Por este dicho y otros semejantes que los españoles oyeron contar a los indios deste príncipe, decían que si alcanzara a oír la doctrina cristiana, recibiera con mucha facilidad la fé católica, por su buen entendimiento y delicado ingénio. Un capitán español que entre otros muchos debió de oír este cuento de Huaina Capac, que fué público en todo el Perú, lo ahijó para sí, y lo contó por suyo al P. M. Acosta, y pudo ser que también lo fuese: su paternidad lo escribe en el libro quinto de la historia del Nuevo Orbe, capítulo quinto, y luego en pos deste cuento escribe el dicho Huaina Capac, sin nombrarle, que también llegó a su noticia, y dice estas palabras: refiérese de uno de los reyes Ingas, hombre de muy delicado ingenio, que viendo como todos sus antepasados adoraban al sol, dijo que no le parecía a él que el sol era dios, ni lo podía ser; porque Dios es gran Señor, y con gran sociego y señorío hace sus cosas, y que el sol nunca para de andar, y que cosa tan inquieta no le parecía ser dios. Dijo muy bien, y si con razones suaves, y que se dejen percibir les declaran a los indios sus engaños y cegueras, admirablemente se convencen y rinden a la verdad. Hasta aquí es del P. Acosta, con que acaba aquel capítulo. Los indios como tan agoreros y tímidos en su idolatría, tomaron por mal pronóstico la novedad que su rey había hecho en mirar al sol con aquella libertad: Huaina Capac la tomó por lo que oyó decir del sol a su padre Tupac Inca Yupanqui, que es casi lo mismo según se refirió en su vida.

CAPITULO XI.

REBELION DE LOS CARANQUES Y SU CASTIGO.

ANDANDO el Inca Huaina Capac, visitando sus reinos, que fué la última visita que hizo, le trujeron nuevas, que la provincia de Caranque. que dijimos había conquistado a los últimos fines del reino de Quitu, de gente bárbara y cruel, que comía carne humana, y ofrecía en sacrificio la sangre, cabezas y corazones de los que mataba, no pudiendo llevar el yugo del Inca, particularmente la ley que les prohibía comer carne humana, se alzaron con otras provincias de su comarca, que eran de las mismas costumbres, y temían el imperio del Inca, que lo tenían ya a sus puertas, que les había de prohibir lo mismo que a sus vecinos, que era lo que ellos más estimaban para su regalo y vida bestial. Por estas causas se conjuraron con facilidad, y en mucho secreto apercibieron gran número de gente para matar los gobernadores y ministros del Inca, y la gente de guarnición que consigo tenían; y entretanto que llegaba el tiempo señalado para ejecutar su traición, le servían con la mayor sumisión y ostentación de amor que fingir podían, para cogerlos más descuidados y degollarlos más a su salvo. Llegado el día, los mataron con grandísima crueldad, y ofrecieron las cabezas, corazones y la sangre a sus dioses, en servicio y agradecimiento de que les hubiesen libertado del dominio de los Incas, y restituídoles sus antiguas costumbres, comieron la carne dellos con mucho gusto y gran voracidad, tragándosela sin mascar, en venganza de que se la hubiesen prohibido tanto tiempo había, y castigado a los que habían delinquido en comerla: hicieron todas las desvergüenzas y desacatos que pudieron; lo cual sabido por Huaina Capac le causó mucha pena y enojo. Mandó apercibir gente y capitanes que fuesen a castigar el delito y la maldad de aquellas fieras, y él fué en pos dellos, para estar a la mira de lo que sucediese. Los capitanes fueron a los Caranques

y antes que empezasen a hacer la guerra enviaron mensageros en nombre del Inca, ofreciéndoles el perdón de su delito, si pedían misericordia y se rendían a la voluntad del rey. Los rebelados, como bárbaros, no solamente no quisieron rendirse, más antes respondieron muy desvergonzadamente, y maltrataron los mensageros, de manera que no faltó sino matarlos. Sabiendo Huaina Capac el nuevo desacato de aquellos brutos, fué a su ejército por hacer la guerra por su persona. Mandó que la hiciesen a fuego y a sangre, en la cual murieron muchos millares de hombres de ambas partes; porque los enemigos como gente rebelada peleaban obstinadamente, y los del Inca por castigar el desacato hecho a su rey, se habían como buenos soldados; y como a la potencia del Inca no hubiese resistencia, enflaquecieron los enemigos en breve tiempo; dieron en pelear no en batallas descubiertas, sino en rebatos y asechanzas, defendiendo los malos pasos, sierras y lugares fuertes; más la pujanza del Inca lo venció todo, y rindió los enemigos: prendieron muchos millares de ellos; y de los más culpados que fueron autores de la rebelión hubieron dos mil personas, parte dellos fueron los Caranques que se rebelaron y parte de los aliados; que aún no eran conquistados por el Inca. En todos ellos se hizo un castigo rigoroso y memorable: mandó que los degollasen todos dentro de una gran laguna, que está entre los términos de los unos y de los otros, para que el nombre que entonces le pusieron guardase la memoria del delito y del castigo: llamáronla Yahuarcocha, quiere decir lago, o mar de sangre, porque la laguna quedó hecha sangre con tanta como en ella se derramó. Pedro de Cieza, tocando brevemente este paso, capítulo treinta y siete, dice que fueron veinte mil los degollados: debiólo de decir por todos los que de una parte y de otra murieron en aquella guerra, que fué muy reñida y porfiada.

Hecho el castigo, el Inca Huaina Capac se fué a Quitu bien lastimado, y quejoso de que en su reino acaeciesen delitos tan atroces e inhumanos, que forzosamente requiriesen castigos severos y crueles contra su natural condición y la de todos sus antecesores, que se preciaron de piedad y clemencia: dolíase de que los motines acaeciesen en sus tiempos para hacerlos infelices, y no en los pasados, porque no se acordaban que hubiese habido otro alguno, sino el de los Chancas en tiempo del Inca Viracocha. Más, bien mirado, parece que eran agüeros y pronósticos, que amenazaban habría muy aína otra rebelión mayor, que sería causa de la enagenación y pérdida de su imperio, y de la total destruición de su real sangre como veremos presto,

CAPITULO XII

HUAINA CAPAC HACE REY DE QUITU A SU HIJO ATAHUALLPA

EL Inca Huaina Capac, como atrás dejamos apuntado, hubo en la hija del rey de Quitu (sucesora que había de ser de aquel reino) a su hijo Atahuallpa. El cual salió de buen entendimiento, y de agudo ingenio, astuto, sagaz, mañoso y cauteloso, y para la guerra belicoso y animoso, gentil hombre de cuerpo, y hermoso de rostro, como lo eran comunmente todos los Incas y Pallas: por estos dotes del cuerpo y del ánimo lo amó tiernamente su padre, y siempre lo traía consigo: (9) quisiera dejarle en herencia todo su imperio; más no pudiendo quitar el derecho al primogénito y heredero legítimo que era Huascar Inca, procuró contra el fuero y estatuto de todos sus antepasados, quitarle siquiera el reino de Quitu, con algunas colores y apariencias de justicia y restitución. Para lo cual envió a llamar al príncipe Huáscar Inca, que estaba en el Cosco. Venido que fué, hizo una gran junta de los hijos, y de muchos capitanes y curacas que consigo tenía, y en presencia de todos ellos habló al hijo legítimo y le dijo: notorio es, príncipe, que conforme a la antigua costumbre, que nuestro primer padre el Inca Manco Capac nos dijo que guardásemos, este reino de Quitu, es de vuestra corona, que así se ha hecho siempre hasta ahora, que todos los reinos y provincias que se han conquistado, se han vinculado y anexado a vuestro imperio, y sometido a la jurisdicción y dominio de nuestra imperial ciudad del Cosco. Más porque yo quiero mucho a vuestro hermano Atahuallpa, y me pesa de verle pobre, holgaría tuviésedes por bien, que todo lo que yo he ganado para vuestra corona, se le quedase en herencia y su-

(9) Cieza de Leon nos cuenta (Señorio *de los Incas*) que tanto apreciaba el Inca a Atahuallpa que siempre comian en el mismo plato el padre y el hijo.

cesión el reino de Quitu (que fué de sus abuelos maternos, y lo fuera hoy de su madre) para que pueda vivir en estado real, como lo merecen sus virtudes, que siendo tan buen hermano como lo es, y teniendo con qué, podré serviros mejor en todo lo que le mandáredes que no siendo pobre; y para recompensa y satisfacción de esto poco que ahora os pido, os quedan otras muchas provincias y reinos muy largos y anchos en contorno de los vuestros que podréis ganar; en cuya conquista os servirá vuestro hermano de soldado y capitán, y yo iré contento deste mundo cuando vaya a descansar con nuestro padre el Sol.

El príncipe Huáscar Inca respondió con mucha facilidad, holgaba en estremo de obedecer al Inca su padre en aquellos y en cualquier otra cosa que fuese servido mandarle; y que si para su mayor gusto era necesario hacer dejación de otras provincias, para que tuviese más que dar a su hijo Atahuallpa también lo haría a trueque de darle contento. Con esta respuesta quedó Huaina Capac muy satisfecho; ordenó que Huáscar se volviese al Cosco; trató de meter en la posesión del reino a su hijo Atahuallpa. Añadióle otras provincias, sin las de Quitu. Dióle capitanes esperimentados, y parte de su ejército que le sirviesen y acompañasen. En suma, hizo en su favor todas las ventajas que pudo aunque fuese en perjuicio del príncipe heredero. Húbose en todo como padre apasionado, y rendido de amor a su hijo. Quiso asistir en el reino de Quitu y en su comarca en los años que le quedaban de vida. Tomó este acuerdo tanto por favorecer y dar calor al reinado de su hijo Atahuallpa, como por sosegar y apaciguar aquellas provincias marítimas y mediterráneas nuevamente ganadas, que como gente belicosa, aunque bárbara y bestial, no se aquietaban debajo del imperio y gobierno de los Incas; por lo cual tuvo necesidad de trasplantar muchas naciones de aquellas en otras provincias y en lugar dellas traer otras de las quietas y pacíficas, que era el remedio que aquellos reyes tenían para asegurarse de rebeliones, como largamente dijimos cuando hablamos de los trasplantados, que llaman Mitmac.

CAPITULO XIII

DOS CAMINOS FAMOSOS QUE HUBO EN EL PERU

SERA justo que en la vida de Huaina Capac, hagamos mención de los dos caminos reales que hubo en el Perú a la larga Norte Sur, porque se los atribuyen a él. El uno que vá por los llanos, que es la costa de la mar, y el otro por la sierra, que es la tierra adentro, de los cuales hablan los historiadores con todo buen encarecimiento; pero la obra fué tan grande que excede a toda pintura que della se puede hacer; y porque yo no puedo pintarlos también como ellos los pintaron; diré lo que cada uno dellos dicen, sacado a la letra. Agustín de Zárate, libro primero, capítulo trece, hablando del origen de los Incas dice lo que se sigue: Por la sucesión destos Incas, vino el señorio a uno dellos, que se llamó Guainacava (quiere decir mancebo rico) que fué el que más tierras ganó y acrecentó a su señorío, y el que más justicia y razón tuvo en la tierra, y la redujo a policía y cultura, tanto que parecía cosa imposible que una gente tan bárbara y sin letras regirse con tanto concierto y órden, y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú, tan señalados, que no es justo que se queden en olvido: porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras más señaladas del mundo, se hizo con tanta dificultad y trabajo, y costa como estas. Cuando este Guainacava fué desde la ciudad del Cosco con su ejército a conquistar la provincia de Quitu, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por sierra, tuvo grande dificultad en el pasage por causa de los malos caminos, y grandes quebradas y despeñaderos que había en la sierra por do iba. Y así pareciéndoles a los indios que era justo hacerle camino nuevo, por donde volviese victorioso de la

conquista, porque había sujetado la provincia, hicieron un camino por toda la cordillera, muy ancho y llano, rompiendo e igualando las peñas, donde era menester, e igualando y subiendo las quebradas de mampostería, tanto q' algunas veces subían la labor desde quince y veinte estados de hondo, y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que este era tan llano cuando se acabó que podía ír una carreta por él, aunque después acá con las guerras de los indios y de los cristianos en muchas partes se han quebrado las mamposterías destos pasos, por detener a los que vienen por ellos que no pueden pasar. Y verá la dificultad de esta obra quien considerare el trabajo y costas que se han empleado en España en allanar dos leguas de sierra que hay entre el Espinar de Segovia y Guadarrama; y como nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario por donde tan contínuamente los reyes de Castilla pasan con sus casas y corte todas las veces que van o vienen del Andalucía o del reino de Toledo a esta parte de los puertos. Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guainacava quiso volver a visitar la provincia de Quitu, a que era muy aficionado, por haberla él conquistado, tornó él por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otros caminos de tanta dificultad como el de la sierra: porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los ríos y arboledas, que como arriba está dicho, comunmente ocupaba una legua, hicieron un camino que casi tiene cuarenta pies de ancho, con muy gruesas tapias de un cabo y del otro, y cuatro o cinco tapias en alto; y en saliendo de los valles continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel para que no se pudiesen perder el camino, ni torcer un cabo y a otro el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra: y aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles en tiempo de guerra y de paz, hacían con ellos lumbre; pero las paredes de los valles se están el día de hoy en las más partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza del edificio; y así fué por el uno y vino por el otro Guainacava, teniéndosele siempre por donde había de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de muy suave olor. Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Pedro de Cieza de León hablando en el mismo propósito, dice del camino q' va por la sierra, lo que se sigue, capítulo treinta y siete. De Ipiales se camina hasta llegar a una provincia pequeña que há por nombre Guaca, y antes de llegar a ella se ve el camino de los Incas, tan famoso en estas partes, como el q' Aníbal hizo por los Alpes, cuando bajó a la Ita-

lia. y puede ser tenido éste en más estimación, así por los grandes aposentos y depósitos que había en todo él, como por ser hecho con mucha dificultad, por tan ásperas y fragosas sierras, que pone admiración verlo. No dice más Pedro de Cieza del camino de la sierra. Pero adelante en el capítulo sesenta, dice del camino de los llanos, lo q' se sigue: por llevar con toda órden mi escritura quise, antes de volver a concluir con lo tocante a las provincias de la sierra, declarar lo que se me ofrece de los Llanos; pues como se ha dicho en otras partes, es cosa tan importante. Y en este lugar daré noticia del gran camino que los Incas mandaron hacer por mitad dellos; el cual aunque por muchos lugares está ya desbaratado y deshecho, dá muestra de la grande cosa que fué, y de el poder de los q' lo mandaron hacer. Guainacapa y Topainga Yupangue su padre, fueron a lo que los indios dicen, los que abajaron por toda la costa visitando los valles y provincias de los Ingas aunque también cuentan algunos dellos, que Inga Yupangue abuelo de Guaïnacapa, y padre de Topa Inca, que fué el primero que vió la costa y anduvo por los llanos della. Y en estos valles y en la costa los caciques y principales por su mandado, hicieron un camino tan ancho como quince pies. Por una parte y por la otra dél iba una pared mayor que un estado, bien fuerte, y todo el espacio de este camino iba limpio y echado por debajo de arboledas; y destos árboles por muchas partes caían sobre el camino ramos dellos llenos de fruta. Y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros y papagayos, y otras aves &c. Poco más abajo, habiendo dicho de los pósitos y de la provisión que en ellos había para la gente de guerra, que lo alegamos en otra parte, dice: por este camino duraban las paredes que iban por una y otra parte dél, hasta que los indios con la muchedumbre de arena no podían armar cimiento. Desde donde para que no se errase y se conociese la grandeza del que aquello mandaba, hincaban largos y cumplidos palos a manera de vigas, de trecho a trecho. Y así como se tenía el cuidado de limpiar por los valles el camino, y renovar las paredes si se ruinaban y gastaban, lo tenían en mirar si algún horcón o palo largo, de los que estaban en los arenales, se caía con el viento, de tornarlo a poner. De manera que este camino cierto fué gracosa, aunque no tan trabajoso como el de la sierra. Algunas fortalezas y templos del sol había en estos valles, como iré declarando en su lugar &c. Hasta aquí es de Pedro de Cieza de León, sacado a la letra: Juan Botero Benes también hace mención destos caminos, y los pone en sus relaciones por cosa maravillosa, y aunque en breves palabras los pin-

ta muy bien, diciendo: desde la ciudad del Cosco hay dos caminos o calzadas reales de dos mil millas de largo, que una va guíada por los llanos, y la otra por las cumbres de los montes, de manera que para hacerlas como están fué necesario alzar los valles, tajai las piedras y peñascos vivos y humillar la alteza de los montes. Tenían de ancho veinti-y cinco pies; obra que sin comparación hace ventaja a las fábricas de Egipto y a los romanos edificios &c. Todo esto dicen estos tres autores de aquellos dos famosos caminos que merecieron ser celebrados en los encarecimientos que a cada uno de los historiadores le pareció mayores; aunque todos ellos no igualan a la grandeza de la obra, porque basta la continuación de quinientas leguas, donde hay cuestas de dos tres y cuatro leguas y más de subida, para que ningún encarecimiento le iguale. Demás de lo que della dicen es de saber, que hicieron en el camino de la sierra en las cumbres más altas, de donde más tierra se descubría, unas placetas altas a un lado o a otro del camino, con sus gradas de cantería para subir a ellas, donde los que llevaban las andas descansasen, y el Inca gozase de tender la vista a todas partes por aquellas sierras altas y bajas, nevadas y por nevar, que cierto es una hermosísima vista, porque de algunas partes, según la altura de las sierras por do va el camino, se descubren cincuenta, sesenta, ochenta y cien leguas de tierra, donde se ven puntas de sierras tan altas que parece que llegan al cielo, y por el contrario, valles y quebradas tan hondas que parece que van a parar al centro de la tierra. De toda aquella gran fábrica no ha quedado sino lo que el tiempo y las guerras no han podido consumir. Solamente en el camino de los llanos, en los desiertos de los arenales, que los hay muy grandes, donde también hay cerros altos y bajos de arena, tienen hincados a trechos maderos altos, que del uno se vea el otro, y sirvan de guía para que no se pierdan los caminantes, porque el rastro del camino se pierde con el movimiento que la arena hace con el viento, porque lo cubre y lo ciega; y no es seguro guíarse por los cerros de arena, porq' también ellos se pasan y mudan de una parte a otra, si el viento es recio; de manera que son muy necesarias las vigas hincadas por el camino para el norte de los viandantes, y por esto se han sustentado, porque no podrían pasar sin ellas.

CAPITULO XIV

TUVO NUEVAS HUAINA CAPAC DE LOS ESPAÑOLES QUE ANDABAN EN LA COSTA

HUAINA Capac, ocupado en las cosas dichas, estando en los reales palacios de Tumipampa, que fueron de los más soberbios que hubo en el Perú, le llegaron nuevas que gentes extrañas y nunca jamás vistas en aquella tierra, andaban en un navío por la costa de su imperio procurando saber qué tierra era aquella; la cual novedad despertó a Huaina Capac a nuevos cuidados, para inquirir y saber qué gente era aquella y de dónde podía venir. Es de saber que aquel navío era de Blasco Núñez de Balboa, primer descubridor de la mar del Sur, y aquellos españoles fueron los que (como al principio dijimos) impusieron el nombre Perú a aquel imperio, que fué el año mil quinientos y quince, y el descubrimiento de la mar del Sur fué dos años antes. Un historiador dice que aquel navío y aquellos españoles eran don Francisco Pizarro y sus trece compañeros, que dicen fueron los primeros descubridores del Perú. En lo cual se engañó, que por decir primeros ganadores dijo primeros descubridores; y también se engañó en el tiempo, porque de lo uno a lo otro pasaron diez y seis años, sino fueron más; porque el primer descubrimiento del Perú, y la impusición deste nombre fué año de mil y quinientos y quince; y don Francisco Pizarro y sus cuatro hermanos, y don Diego de Almagro, entraron en el Perú para le ganar año de mil quinientos y treinta y uno, y Huaina Capac murió ocho años antes, que fué el año de mil y quinientos y veinte y tres, habiendo reinado cuarenta y dos años, según lo testifica el P. Blas Valera en sus rotos y destrozados papeles, donde escribía grandes antiguallas de aquellos reyes, que fué muy gran inquiridor dellas.

Aquellos ocho años que Huaina Capac vivió después de la nueva de los primeros descubridores, los gastó en gobernar

su imperio en toda paz y quietud. No quiso hacer nuevas conquistas, por estar a la mira de lo q' por la mar viniese; porque la nueva de aquel navío le dió mucho cuidado, imaginando en un antiguo oráculo que aquellos Incas tenían, que pasados tantos reyes, habían de ir gentes estrañas y nunca vistas, y quitarles el reino, y destruir su república y su idolatría: cumplíase el plazo en este Inca, como adelante veremos. Asímesmo es de saber, que tres años antes que aquel navío fuese a la costa del Perú, acaeció en el Cosco un portento y mal agüero, que escandalizó mucho a Huaina Capac, y atemorizó en estremo a todo su imperio, y fué, que celebrándose la fiesta solemne que cada año hacían a su dios el sol, vieron venir por el aire un águila real, que ellos llaman Anca, que la iban persiguiendo cinco o seis cernícalos y otros tantos halconcillos de los que, por ser tan lindos, han traído muchos a España, y en ella les llaman aletos, y en el Perú, Huáman. Los cuales trocándose ya los unos, ya los otros, caían sobre el águila, que no la dejaban volar, sino que la mataban a golpes. Ella, no pudiendo defenderse, se dejó caer en medio de la plaza mayor, de aquella ciudad entre los Incas, para que la socorriesen. Ellos la tomaron y vieron que estaba enferma, cubierta de caspa, como sarna, y casi pelada de las plumas menores. Diéronle de comer y procuraron regalarla; más nada le provechó, que dentro de pocos días se murió sin poderse levantar del suelo. El Inca y los suyos lo tomaron por mal agüero; en cuya interpretación dijeron muchas cosas los adivinos, que para semejantes casos tenían elegidos; y todas eran amenazas de la pérdida de su imperio, de la destruición de su república y de su idolatría: sin esto hubo grandes terremotos y temblores de tierra, que aunque el Perú es apasionado de esta plaga, notaron que los temblores eran mayores que los ordinarios, y que caían muchos cerros altos. De los indios de la costa supieron, que la mar con sus crecientes y menguantes, salía muchas veces de sus términos comunes; vieron que en el aire se aparecían muchas cometas muy espantosas y temerosas. Entre estos miedos y asombros vieron, que una noche muy clara y serena tenía la luna tres cercos muy grandes. El primero era de color de sangre. El segundo que estaba más afuera, era de un color negro que tiraba a verde. El tercero parecía que era de humo. Un adivino o mágico, que los indios llaman Llayca, habiendo visto y contemplado los cercos que la luna tenía, entró donde Huaina Capac estaba, y con un semblante muy triste y lloroso, que casi no podía hablar, le dijo: solo señor, sabrás que tu madre la luna, como madre piadosa te avisa, que el Pachacamac, criador y sustentador

del mundo, amenaza a tu sangre real y a tu imperio con grandes plagas que ha de enviar sobre los tuyos; porque aquel primer cerco que tu madre tiene de color de sangre, significa que después que tu hayas ido a descansar con tu padre el sol, habrá cruel guerra entre tus descendientes, y mucho derramamiento de tu real sangre. De manera que en pocos años se acabará toda; de lo cual quisiera reventar llorando. El segundo cerco negro nos amenaza que de las guerras y mortandad de los tuyos se causará la destruición de nuestra religión y república y la enagenación de su imperio, y todo se convertirá en humo, como lo significa el cerco tercero que parece de humo. El Inca recibió mucha alteración; más, por no mostrar flaqueza, dijo al mágico: anda, que tú debes de haber soñado esta noche esas burlerías, y dices que son revelaciones de mi madre. Respondió el mágico: para que me creas Inca, podrás salir a ver las señales de tu madre por tus propios ojos, y mandarás que vengan los demás adivinos, y sabrás lo que dicen destos agüeros. El Inca salió de su aposento y habiendo visto las señales, mandó llamar todos los mágicos que en su corte había; y uno de ellos que era de la nación Yauyu, a quien los demás reconocían ventaja, que tambien había mirado y considerado los cercos, le dijo lo mismo que el primero. Huaina Capac, porque los suyos no perdiesen el ánimo con tan tristes pronósticos, aunque conformaban con el que tenía en su pecho, hizo muestras de no creerlos, y dijo a los adivinos: me lo dice el mismo Pachacamac, yo no pienso dar crédito a vuestros dichos; porque no es de imaginar que el sol mi padre aborrezca tanto su propia sangre, que permita la total destruición de sus hijos. Con esto despidió los adivinos; empero considerando lo que le habían dicho, que era tan al propio del oráculo antiguo, que de sus antecesores tenía, y juntando lo uno y lo otro con las novedades y prodigios que cada día se aparecían en los cuatro elementos; y que sobre todo lo dicho se aumentaba la ida del navío con la gente nunca vista ni oída, vivía Huaina Capac con recelo, temor y congoja. Estaba apercibido siempre de un buen ejército escogido de la gente más veterana y plática que en las guarniciones de aquellas provincias había. Mandó hacer muchos sacrificios al sol, y que los agoreros y hechiceros, cada cual en sus provincias, consultasen a sus familiares demonios, particularmente al gran Pachacamac y al diablo Rimac, que daba respuestas a lo que le preguntaban, que supisen dél, lo que de bien o de mal pronosticaban aquellas cosas tan nuevas que en la mar y en los demás elementos se habían visto. De Rimac y de las otras partes le trujeron respuestas oscuras y confusas, que ni dejaban de

prometer algún bien, ni dejaban de amenazar mucho mal; y los más de los hechiceros daban malos agüeros, con que todo el imperio estaba temeroso de alguna grande adversidad: más como en los primeros tres o cuatro años no hubiese novedad alguna de las que temían, volvieron a su antigua quietud, y en ella vivieron algunos años hasta la muerte de Huaina Capac. La relación de los pronósticos que hemos dicho, demás de la fama común, que hay dellos por todo aquel imperio, la dieron en particular dos capitanes de la guarda de Huaina Capac, que cada uno dellos llegó a tener más de ochenta años; ambos se bautizaron, el más antiguo se llamó don Juan Pechuta; tomó por sobrenombre el nombre que tenía antes del bautismo, como lo han hecho todos los indios generalmente; el otro se llamaba Chauca Rimachi, el nombre cristiano ha borrado de la memoria el olvido. Estos capitanes, cuando contaban estos pronósticos y los sucesos de aquellos tiempos, se derretían en lágrimas llorando, que era menester divertirles de la plática para que dejasen de llorar. El testamento y la muerte de Huaina Capac, y todo lo demás que después della sucedió, diremos de relación de aquel Inca viejo que había nombre Cusi Huallpa y mucha parte dello, particularmente las crueldades que Atahuallpa en los de la sangre real hizo, diré de la relación de mi madre, y de un hermano suyo q' se llamó don Fernando Huallpa Tupac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de menos de diez años, y se hallaron en la furia dellas dos años y medio, que duraron, hasta que los españoles entraron en la tierra; y en su lugar diremos cómo se escaparon ellos, y los pocos que de aquella sangre escaparon de la muerte, que Atahuallpa les daba, que fué por beneficio de los mismos enemigos.

CAPITULO XV

TESTAMENTO Y MUERTE DE HUAINA CAPAC, Y EL PRONOSTICO DE LA IDA DE LOS ESPAÑOLES

ESTANDO Huaina Capac en el reino de Quitu, un dia de los últimos de su vida se entró en un lago a bañar por su recreación y deleite, de donde salió con frío, que los indios llaman Chucchu, que es temblar; y como sobreviniese la calentura, la cual llaman Rupa (r blanda) que es quemarse, y otro día y los siguientes se sintiese peor y peor, sintió que su mal era de muerte; porque de años atrás tenía pronósticos della, sacados de las hechicerías y agüeros, y de las interpretaciones que largamente tuvieron aquellos gentiles; los cuales pronósticos, particularmente los que hablaban de la persona real, decían los Incas que eran revelaciones de su padre el sol, para dar autoridad y crédito a su idolatría.

Sin los pronósticos que de sus hechicerías habían sacado y los demonios les habían dicho, aparecieron en el aire cometas temerosas, y entre ellas una muy grande de color verde, muy espantosa, y el rayo que dijimos, que cayó en casa de este mismo Inca, y otras señales prodigiosas que escandalizaron mucho a los amautas, que eran los sabios de aquella república, y a los hechiceros y sacerdotes de su gentilidad; los cuales, como tan familiares del demonio, pronosticaron, no solamente la muerte de su Inca Huaina Capac, más también la destruición de su real sangre, la pérdida de su reino y otras grandes calamidades y desventuras que dijeron habían de padecer todos ellos en general, y cada uno en particular; las cuales cosas no osaron publicar por no escandalizar la tierra, en tanto estremo, que la gente se dejase morir de temor, según era tímida y facilísima a creer novedades y malos prodigios.

Huaina Capac, sintiéndose mal. hizo llamamiento de sus hijos y parientes que tenía cerca de sí. y de los gobernadores y capitanes de la milicia de las provincias comarcanas que pudieron llegar a tiempo. y les dijo: yo me voy a descansar al cielo con nuestro padre el sol, que días há me reveló que de lago o de río me llamaría; y pues yo salí del agua con la indisposición que tengo. es cierta señal que nuestro padre me llama. Muerto yo abriréis mi cuerpo. como se acostumbra hacer con los cuerpos reales. Mi corazón y entrañas, con todo lo interior mando se entierre en Quitu. en señal del amor que le tengo. y el cuerpo llevaréis al Cosco para ponerlo con mis padres y abuelos. Encomiéndoos a mi hijo Atahuallpa, que yo tanto quiero, el cual queda por Inca en mi lugar en este reino de Quitu y en todo lo demás que por su persona y armas ganare y aumentare a su imperio, y a vosotros los capitanes de mi ejército os mando en particular le sirváis con la fidelidad y amor que a vuestro rey debéis, que por tal os lo dejo, para que en todo y por todo le obedezcáis y hagáis lo que él os mandare, que será lo que yo le revelare por orden de nuestro padre el sol. También os encomiendo la justicia y clemencia para con los vasallos; porque no se pierda el renombre que nos han puesto de amador de pobres; y en todo os encargo hagáis como Incas hijos del sol. Hecha esta plática a sus hijos y parientes, mandó llamar los demás capitanes y curacas que no eran de la sangre real, y les encomendó la fidelidad y buen servicio que debían hacer a su rey; y a lo último les dijo: muchos años há que por revelación de nuestro padre el sol tenemos, que pasados doce reyes de sus hijos, vendrá gente nueva y no conocida en estas partes, y ganará y sujetará a su imperio todos nuestros reinos y otros muchos: yo me sospecho que serán de los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar: será gente valerosa que en todo os hará ventaja. También sabemos que se cumple en mí el número de los doce Incas. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva, y cumplirá lo que nuestro padre el sol nos ha dicho, y ganará nuestro imperio, y serán señores dél. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja: que su ley será mejor que la nuestra, y sus armas poderosas e invencibles más que las vuestras. Quedaos en paz, que yo me voy a descansar con mi padre el sol que me llama.

Pedro de Cieza de León, capítulo cuarenta y cuatro, toca este pronóstico que Huaina Capac dijo de los españoles, que después de sus días había de mandar el reino gente estraña y semejante a la que venía en el navío. Dice aquel autor que

INSIGNIAS REALES EN EL IMPERIO INCAICO



Los incas usaban como insignias reales: una gorra o turbante llamado *llauto*, de finísima piel de vicuña; de este *llauto* caía, de sien a sien, una borla encarnada que casi le cubría la frente, y que, a estar a lo aseverado por los crónistas, daba a la fisonomía del soberano un aspecto "magestuoso y severo" (Jerés, Pedro Pizarro, Gutierrez de Santa Clara), usaba como vestido principal una camiseta con mangas cortas, de varios dibujos y colores. Una especie de capa o manto, que le caía hasta los muslos, llamada *yakolla* o *yakollka*, sandalias parecidas a las de los romanos y sujetas a los tobillos por cordones de hilo de vucuña, con adornos de piedras preciosas: esmeraldas, y piezas de oro y conchaperla, Signos de dignidad eran también el hacha real, *champi* las orejeras y los brazaletes de oro, y algunas veces un escudo corto *qquerara*, chapeado en oro y plata, en donde se grababan las figuras de los totémenes incas: el sol, (Inti) la sierpe, (amaro), el león (puma), y el alcón (huaman).

En la lámina se ha dibujado, al fondo, el suplicio del *garrote;* es un tabladillo sobre el que se ve elevarse el poste o rollo, una escalera conduce a él, delante del rollo se vé el asiento donde se colocaba al reo, cuyo cuello, cayendo sobre el rollo, era enlasado por una cuerda que lo oprimía a medida que se acortaba, por la torsión, que con un mango de palo, le imprimía el verdugo. En este suplicio murió el Inca Atahuallpa.

dijo esto el Inca a los suyos en Tumipampa, que es cerca de Quitu, donde dice que tuvo nueva de los primeros españoles, descubridores del Perú.

Franciso Lopez de Gomara, capítulo ciento y quince, contando la plática que Huáscar Inca tuvo con Hernando de Soto (gobernador que después fué de la Florida) y con Pedro del Barco, cuando fueron los dos solos dende Cassamarca hasta el Cosco, como se dirá en su lugar, entre otras palabras que refiere de Huáscar, que iba preso, dice éstas que son sacadas a la letra: y finalmente le dijo, como él era derecho señor de todos aquellos reinos, y Atabaliba, tirano: que por tanto quería informar y ver al capitán de cristianos, que deshacía los agravios, y le restituiría su libertad y reinos: á su padre Huaina Capac le mandára al tiempo de su muerte fuese amigo de las gentes blancas y barbudas que viniesen, porque habían de ser señores de la tierra. &. De manera que este pronóstico de aquel rey fué público en todo el Perú, y así lo escriben estos historiadores.

Todo lo que arriba se ha dicho dejó Huaina Capac mandado en lugar de testamento, y así lo tuvieron los indios en suma veneración, y lo cumplieron al pié de la letra: acuérdome que un día hablando aquel Inca viejo en presencia de mi madre, dando cuenta destas cosas, y de la entrada de los españoles, y de cómo ganaron la tierra, le dije: Inca, ¿cómo siendo esta tierra de suyo tan áspera y fragosa y siendo vosotros tantos, y tan belicosos y poderosos para ganar y conquistar tantas provincias y reinos agenos, dejásteis perder tan presto vuestro imperio, y os rendísteis a tan pocos españoles? Para responderme, volvió a repetir el pronóstico acerca de los españoles que días antes lo había contado y dijo cómo su Inca les había mandado que los obedeciesen y sirviesen, porque en todo se les aventajarían. Habiendo dicho esto se volvió a mí con algún enojo de que les hubiese motejado de cobardes y pusilánimos, y respondió a mi pregunta, diciendo: estas palabras que nuestro Inca nos dijo, que fueron las últimas que nos habló fueron más poderosas para nos sujetar y quitar nuestro imperio, que no las armas, que tu padre y sus compañeros trujeron a esta tierra: dijo esto aquel Inca por dar a entender cuánto estimaban lo que sus reyes les mandaban, cuanto más lo que Huaina Capac les mandó a lo último de su vida, que fué el más querido de todos ellos.

Huaina Capac murió de aquella enfermedad: los suyos, en cumplimiento de lo que les dejó mandado, abrieron su cuerpo, y lo embalsamaron y llevaron al Cosco, y el corazón dejaron enterrado en Quitu. Por los caminos donde quiera

que llegaban, celebraban sus obsequias con grandísimo sentimiento de llanto, clamor y alaridos, por el amor que le tenían. Llegando a la imperial ciudad hicieron las obsequias por entero, que según la costumbre de aquellos reyes duraron un año. Dejó más de doscientos hijos y hijas, y más de trescientos, según afirmaban algunos Incas, por encarecer la crueldad de Atahuallpa que los mató casi todos. Y porque se propuso decir aquí las cosas que no había en el Perú, que después acá se han llevado, las diremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVI

DE LAS YEGUAS Y CABALLOS, Y COMO LOS CRIABAN A LOS PRINCIPIOS Y LO MUCHO QUE VALIAN.

PORQUE a los presentes y venideros será agradable saber las cosas que no había en el Perú, antes que los españoles lo ganaran, me pareció hacer capítulo dellas aparte, para que se vea y considere con cuántas cosas menos (y al parecer) cuán necesarias a la vida humana, se pasaban aquellas gentes, y vivían muy contentos sin ellos. Primeramente es de saber que no tuvieron caballos ni yeguas pra sus guerras, o fiestas, ni vacas, ni bueyes para romper la tierra, y hacer sus sementeras, ni camellos, ni asnos, ni mulas para sus acarretos, ni ovejas de las de España burdas, ni merinas para lana y carne. ni cabras, ni puercos para cecina y corambre, ni aún perros de los castizos para sus cacerías, como galgos, podencos, perdigueros, perros de agua ni de muestra; ni sabuezos de traílla o monteros, ni lebreles, ni aún mastines para guardar sus ganados, ni gozquillos de los muy bonicos, que llaman perrillos de falda: de los perros que en España llaman gozques había muchos, grandes y chicos.

Tampoco tuvieron trigo, ni cebada, ni vino, ni aceite, ni frutas, ni legumbres de las de España. De cada cosa iremos haciendo distinción, de cómo y cuando pasaron a aquellas partes. Cuanto a lo primero, las yeguas y caballos llevaron consigo los españoles, y mediante ellos han hecho las conquistas del Nuevo Mundo: q' para huir, y alcanzar, y subir y bajar, y andar a pie por la aspereza de aquella tierra, mas ágiles son los Indios, como nacidos y criados en ella: la raza de los caballos y yeguas que hay en todos los reinos y provincias de las Indias, que los españoles han descubierto y ganado, desde el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos hasta ahora, es de la raza de las yeguas y caballos de España, particularmen-

te del Andalucía. Los primeros llevaron a la isla de Cuba y de Santo Domingo, y luego a las demás islas de Barlovento. como las iban descubriendo y ganando. Criáronse en ellas en gran abundancia, y de allí los llevaron a la conquista de México y a la del Perú, &. A los principios, parte por descuido de los dueños, y parte por la mucha aspereza de las montañas de aquellas islas, que son increíbles, se quedaban algunas yeguas metidas por los montes, que no podían recogerlas, y se perdían: desta manera de poco en poco se perdieron muchas, y aún sus dueños, viendo que se criaban bien en los montes, y que no había animales fieros que les hiciesen daño, dejaban ír con las otras las que tenían recogidas. Desta manera se hicieron bravas y montaraces las yeguas y caballos en aquellas islas, que huían de la gente como venados; empero por la fertilidad de la tierra caliente y húmida, que nunca falta en ella yerba verde, multiplicaron en gran número.

Pues como los españoles que en aquellas islas vivían, viesen que para las conquistas que en adelante se hacían, eran menester caballos, y que los de allí eran muy buenos, dieron en criarlos por grangería, porque se los pagaban muy bien. Había hombres que tenían en sus caballerizas a treinta, cuarenta, cincuenta caballos, como dijimos en nuestra Historia de la Florida, hablando dellas. Para prender los potros hacían corrales de madera en los montes, en algunos callejones por donde entraban y salían a pacer en los navazos limpios de monte, que los hay en aquellas islas, de dos, tres leguas más y menos de largo y ancho, que llaman cavanas, donde el ganado sale a sus horas del monte a recrearse: las atalayas que tienen puestas por los árboles hacen señal: entonces salen quince o veinte de a caballo y coren el ganado, y lo aprietan hácia donde tienen los corrales. En ellos se encierran yeguas y potros como aciertan a caer: luego echan lazos a los potros de tres años, y lo atan a los árboles y sueltan las yeguas: los potros quedan atados tres o cuatro días dando saltos y brincos, hasta que de cansados y de hambre no pueden tenerse, y algunos se ahogan: viéndolos ya quebrantados les echan las sillas y frenos, y suben en ellos sendo mozos, y otros los llevan guiando por el cabestro. Desta manera los traen tarde y mañana, quince o veinte días, hasta que los amansan. Los potros, como animales que fueron criados para que sirviesen de tan cerca al hombre, acuden con mucha nobleza y lealtad a lo que quieren hacer de ellos; tanto que a pocos días después de domados juegan cañas en ellos: salen muy buenos caballos. Después acá, como han faltado las conquistas, faltó el criarlos como antes hacían: pasóse la grangería a los cueros de vacas

como adelante diremos. Muchas veces imaginando lo mucho que valen los buenos caballos en España, y cuán buenos son los de aquellas islas, de talle, obra y colores, me admiro de que no lo traigan de allí, siquiera en reconocimiento del benefico que España les hizo en enviárselos; pues para traerlos de la isla de Cuba tienen lo más del camino andado, y los navíos por la mayor parte vienen vacíos: los caballos del Perú se hacen más temprano que los de España, que la primera vez que jugué cañas en el Cosco, fué en un caballo tan nuevo, que aún no había cumplido tres años.

A los principios, cuando se hacía la conquista del Perú, no se vendían los caballos; y si alguno se vendía por muerte de su dueño, o porq' se venía a España, era por precio excesivo de cuatro, cinco o seis mil pesos. El año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, yendo el mariscal don Alonso de Alvarado en busca de Francisco Hernandez Giron, antes de la batalla que llamaron de Chuquinca, un negro llevaba de diestro un hermoso caballo muy bien aderezado, a la brida, para que su amo subiera en él: un caballero rico aficionado al caballo, dijo al dueño que estaba con él: por el caballo y por el esclavo así como vienen os doy diez mil pesos, que son doce mil ducados. No los quiso el dueño diciendo, que quería el caballo para entrar en él, en la batalla que esperaban dar al enemigo, y así se lo mataron en ella, y él salió muy mal herido. Lo que más se debe notar es, que el que lo compraba era rico, tenía en los Charcas un buen repartimiento de indios: más el dueño del caballo no tenía indios, era un famoso soldado y como tal por mostrarse el día de la batalla, no quiso vender su caballo, aunque se lo pagaban tan escesivamente: yo los conocí, ambos eran hombres nobles, hijosdalgo. Después acá se han moderado los precios en el Perú, porque han multiplicado mucho, que un buen caballo vale trescientos y cuatrocientos pesos, y los rocines valen a veinte, y a treinta pesos. Comunmente los indios tienen grandísimo miedo a los caballos: en viéndolos correr se desatinan de tal manera, que por ancha que sea la calle, no saben arrimarse a una de las paredes y dejarle pasar sino que les parece que donde quiera que estén (como sea en el suelo) los han de trompillar, y así viendo venir el caballo corriendo, cruzan la calle dos y tres veces de una parte a otra huyendo dél, y tan presto como llegan a la una pared, tan presto les parece que estaban más seguros a la otra, y vuelven corriendo a ella. Andan tan ciegos y desatinados del temor, que muchas veces acaeció (como yo los ví) irse a encontrar con el caballo por huir dél. En ninguna manera les parecía que estaban seguros, sino era teniendo algún español delante, y aún

no se daban por asegurados del todo. Cierto que no se puede encarecer lo que en esto había en mis tiempos,: ya ahora por la mucha comunicación es menos el miedo: pero no tanto que indio alguno se haya atrevido a ser herrador; y aunque en los demás oficios que de los españoles han aprendido hay muy grandes oficiales, no han querido enseñarse a herrar, por no tratar los caballos de tan cerca; y aunque es verdad que en aquellos tiempos había muchos indios, criados de españoles que almohazaban y curaban los caballos, más no osaban subir en ellos: digo verdad, que yo no ví indio alguno a caballo; y aún el llevarlos de rienda no se atrevían, sino era algún caballo tan manso que fuese como una mula; y esto era por ir el caballo retozando por no llevar antojos, que tampoco se usaban entonces, que aún no habian llegado allá, ni el cabezon para domarlos y sujetarlos: todo se hacía a más costa y trabajo del domador y de sus dueños: más también se puede decir que por allá son los caballos tan nobles que fácilmente, tratándolos con buena maña sin hacerles violencia, acuden a lo que les quieren. Demás de lo dicho, a los principios de las conquistas, en todo el Nuevo Mundo, tuvieron los indios q' el caballo y el caballero era todo de una pieza, como los centauros de los poetas Dícenme que ya ahora hay algunos indios que se atreven a herrar caballos, mas que son muy pocos; y con esto pasemos adelante a dar cuenta de otras cosas que no había en aquella mi tierra.

CAPITULO XVII

DE LAS VACAS Y BUEYES, Y SUS PRECIOS ALTOS Y BAJOS

LAS vacas se cree que las llevaron luego después de la conquista, y que fueron muchos los que las llevaron, y así se derramaron presto por todo el reino. Lo mismo debía de ser de los puercos y cabras, porque muy niño me acuerdo yo haberlas visto en el Cosco.

Las vacas tampoco se vendían a los principios cuando había pocas; porque el español que las llevaba (por criar y ver el fruto dellas) no las quería vender, y así no pongo el precio de aquel tiempo hasta más adelante cuando hubieron ya multiplicado. El primero que tuvo vacas en el Cosco fué Antonio de Altamirano, natural de Estremadura, padre de Pedro y Francisco Altamirano, mestizos, condiscípulos míos, los cuales fallecieron temprano con mucha lástima de toda aquella ciudad, por la buena espectación que dellos se tenía de habilidad y virtud.

Los primeros bueyes que ví arar fué en el valle de el Cosco, año de mil y quinientos y cincuenta, uno más o menos, y eran de un caballero llamado Juan Rodriguez de Villalobos, natural de Cáceres: no eran más de tres yuntas, llamaban a uno de los bueyes Chaparro, a otro Naranjo, y a otro Castillo: llevóme a verlos un ejército de indios, que de todas partes iban a lo mismo, atónitos y asombrados de una cosa tan monstruosa y nueva para ellos y para mí. Decían que los españoles de haraganes por no trabajar, forzaban a aquellos grandes animales a que hiciesen lo que ellos habían de hacer. Acuérdome bien de todo esto, porque la fiesta de los bueyes me costó dos docenas de azotes: los unos me dió mi padre porque no fuí a la escuela; los otros me dió el maestro porque falté della. La tierra que araban era un andén hermosísimo que está encima

de otro donde ahora está fundado el convento del señor San Francisco; la cual casa, digo lo que es el cuerpo de la iglesia, labró a su costa el dicho Juan Rodriguez de Villalobos, a devoción del señor San Lázaro, cuyo devotísimo fué: los frailes franciscos compraron la iglesia y los dos andenes de tierra, años después: que entonces cuando los bueyes no había casa ninguna en ellos, ni de españoles ni de indios. Ya en otra parte hablamos largo de la compreda de aquel sitio: los gañanes que araban eran indios, los bueyes domaron fuera de la ciudad en un cortijo, y cuando los tuvieron diestros los trujeron al Cosco, y creo que los más solemnes triunfos de la grandeza de Roma, no fueron más mirados que los bueyes aquel día. Cuando las vacas empezaron a venderse valían a docientos pesos, fueron bajando poco a poco como iban multiplicando, y después bajaron de golpe a lo que hoy valen. Al principio del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, un caballero que yo conocí llamado Rodrigo de Esquivel, vecino del Cosco, natural de Sevilla, compró en la ciudad de los Reyes diez vacas por mil pesos, que son mil y docientos ducados. El año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, las ví comprar en el Cosco a diez y siete pesos, que son veinte ducados y medio, antes menos que más; y lo mismo acaeció en las cabras, ovejas y puercos, como luego diremos, para q' se vea la fertilidad de aquella tierra. Del año de quinientos y noventa acá me escriben del Perú que valen las vacas en el Cosco a seis y a siete ducados, compradas una o dos: pero comprandas en junto valen a menos.

Las vacas se hicieron montaraces en las islas de Barlovento, también como las yeguas, y casi por el mismo término: aunque también tienen algunas recogidas en sus hatos, solo por gozar de la leche, queso y manteca dellas: que por lo demás en los montes las tienen en más abundancia Han multiplicado tanto que fuera increíble si los cueros que dellas cada año traen a España no lo testificaran, que según el P. M. Acosta dice, libro cuarto, capítulo treinta y tres. En la flota del año de mil y quinientos y ochenta y siete, trujeron de Santo Domingo treinta y cinco mil y cuatrocientos y cuarenta y cuatro cueros; y de la Nueva-España trujeron aquel mismo año sesenta y cuatro mil y trescientos y cincuenta cueros vacunos, que por todos son noventa y nueve mil y setecientos y noventa y cuatro. En Santo Domingo y en Cuba, y en las demás islas multiplicáran mucho más, si no recibieran tanto daño de los perros lebreles, alanos y mastines que a los principios llevaron; que también se han hecho montaraces, y multiplicado tanto, que no osan caminar los hombres

sino van diez, doce juntos: tiene premio el que los mata como si fueran lobos. Para matar las vacas aguardan a que salgan a las savanas a pacer: córrenlas a caballo con lanzas, que en lugar de hierro llevan unas medias lunas que llaman desjarretaderas, tienen el filo adentro, con las cuales alcanzando la res, le dán en el corvejón y la desjarretan. Tiene el jinete que las corre necesidad de ir con advertencia, que si la res que lleva por delante va a su mano derecha la hiera en el corvejón derecho, y si va a su mano izquierda la hiera en el corvejón izquierdo, porque la res vuelve la cabeza a la parte que la hieren; y si el de a caballo no va con la advertencia dicha, su mismo caballo se enclava en los cuernos de la vaca o del toro, porque no hay tiempo para huir dellos. Hay hombres tan diestros en este oficio, que una carrera de dos tiros de arcabuz derriban, veinte, treinta, cuarenta reses. De tanta carne de vaca como en aquellas islas se desperdicia, pudieran traer carnage para las armadas de España: más temo que no se puedan hacer los tasajos por la mucha humidad y calor de aquella región, que es causa de corrupción. Dícenme que en estos tiempos andan ya en el Perú algunas vacas desmandadas por los despoblados, y que los toros son tan bravos que salen a la gente a los caminos: A poco más habrá montaraces como en las islas; las cuales en el particular de las vacas, parece que reconocen el beneficio que España les hizo en enviárselas, y que en trueque y cambio le sirven con la corambre que cada año le envían en tanta abundancia.

CAPITULO XVIII

DE LOS CAMELLOS, ASNOS Y CABRAS Y SUS PRECIOS Y MUCHA CRIA

TAMPOCO hubo camellos en el Perú y ahora los hay aunque pocos. El primero que los llevó (y creo que después acá no se han llevado) fué Juan de Reinaga, hombre noble natural de Bilbao, que yo conocí capitán de infantería contra Francisco Hernandez Girón y sus secuaces, y sirvió bien a su magestad en aquella jornada Por seis hembras y un macho que le llevó, le dió don Pedro Portocarrero, natural de Trujillo siete mil pesos que son ocho mil y cuatrocientos ducados: los camellos han multiplicado poco o nada.

El primer borrico que ví fué en la jurisdicción del Cosco año de mil y quinientos y cincuenta y siete: compróse en la ciudad de Huamanga; costó cuatrocientos y ochenta ducados de a trescientos y setenta y cinco maravedís: mandólo comprar Garcilaso de la Vega, mi señor, para criar muletos de sus yeguas. En España no valía seis ducados, porque era chiquillo y ruinejo. Otro compró después Gaspar de Sotelo, hombre noble, natural de Zamora, que yo conocí, en ochocientos y cuarenta ducados. Mulas y mulos se han criado después acá muchos para las récuas, y gástanse mucho por la aspereza de los caminos.

Las cabras a los principios cuando las llevaron, no supe a como valieron: años después las ví vender a ciento y a ciento y diez ducados. Pocas se vendían y era por mucha amistad y ruegos, una o dos, a cual y cual; y entre diez o doce juntaban una manadita para traellas juntas. Esto que he dicho fué en el Cosco año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco. Después acá han multiplicado tanto, que no hacen caso dellas sino para la corambre. El parir ordinario de las cabras era a tres y a cuatro cabritos, como yo las ví. Un caballero me certificó que en Huanucu, donde él residía, vió parir muchas a cinco cabritos.

CAPITULO XIX

DE LAS PUERCAS Y MUCHA FERTILIDAD

EL precio de las puercas a los principios cuando las llevaron fué mucho mayor que el de las cabras, aunque no supe certificadamente qué tan grande fué. El coronista Pedro de Cieza de León, natural de Sevilla, en la demarcación que hace de las provincia del Perú, capítulo veinte y seis, dice: que el mariscal don Jorge Robledo compró de los bienes de Cristóbal de Ayala, que los indios mataron, una puerca y un cochino en mil y seiscientos pesos, que son mil y novecientos y veinte ducados; y dice más, que aquella misma puerca se comió pocos dís después en la ciudad de Cali en un banquete en que él se halló; y que en los vientres de las madres compraban los lechones a cien pesos (que son ciento y veinte ducados) y a más. Quien quisiere ver precios escesivos de cosas que se vendían entre los españoles, lea aquel capítulo y verá en cuán poco tenían entonces el oro y la plata por las cosas de España. Estos eccesos y otros semejantes han hecho los españoles con el amor de su patria en el Nuevo Mundo en sus principios, que como fuesen cosas llevadas de España no paraban en el precio para las comprar y criar, que les parecía que no podían vivir sin ellas.

El año de mil y quinientos y sesenta valía un buen cebon en el Cosco diez pesos; por este tiempo valen a seis y a siete y valieran menos si no fuera por la manteca, que la estiman para curar la sarna del ganado natural de aquella tierra, y también porque los españoles, a falta de aceite (por no poderlo sacar) guisan de comer con ella los viernes y la cuaresma; las puercas han sido muy fecundas en el Perú. El año de mil

y quinientos y cincuenta y ocho ví dos en la plaza menor del Cosco con treinta y dos lechones, que habían parido a diez y seis cada una: los hijuelos serían de poco más de treinta días cuando los ví. Estaban tan gordos y lúcios que causaba admiración cómo pudiesen las madres criar tantos juntos y tenerlos tan bien mantenidos. A los puercos llaman los indios Cuchi, y han introducido esta palabra en su lenguage para decir puerco, porque oyeron decir a los españoles, coche coche cuando les hablaban.

CAPITULO XX.

OVEJAS Y GATOS CASEROS.

LAS ovejas de Castilla, que las llamamos así, a diferencia de las del Perú, pues los españoles con tanta impropiedad las quisieron llamar ovejas, no asemejándoles en cosa alguna como dijimos en su lugar: no sé en qué tiempo pasaron las primeras, ni qué precio tuvieron, ni quién fué el primero que las llevó. Las primeras que ví fué en el término del Cosco el año de mil y quinientos y cincuenta y seis, vendíanse en junto a cuarenta pesos cada cabeza, y las escogidas a cincuenta, que son sesenta ducados. También las alcanzaban por ruegos, como las cabras. El año de mil y quinientos y sesenta, cuando yo salí del Cosco, aún no se pesaban carneros de Castilla en la carnicería. Por cartas del año de mil y quinientos y noventa a esta parte, tengo relación que en aquella gran ciudad vale un carnero en el rastro ocho reales, y diez cuando mucho. Las ovejas, dentro de ocho años, bajaron a cuatro ducados y menos. Ahora por este tiempo hay tantas que valen muy poco. El parir ordinario dellas ha sido a dos corderos, y muchas a tres. La lana también es tanta que casi no tiene precio, que vale a tres y cuatro reales la arroba. Ovejas burdas no sé que hasta ahora hayan llegado allá. Lobos no los había, ni al presente los hay, que como no son de venta ni provecho no han pasado allá.

Tampoco había gatos de los caseros antes de los españoles: ahora los hay, y los indios los llaman Micitu porque oyeron decir a los españoles, miz, miz, cuando los llamaban. Y tienen ya los indios introducidos en su lenguage este nombre micitu para decir gato. Digo esto porque no entienda el español que por darles los indios nombre diferente de gato los tenían antes, como han querido imaginar de las gallinas

que porque los indios les llaman Atahuallpa, piensan que las había antes de la conquista, como lo dice un historiador haciendo argumento. Que los indios tuvieron puestos nombres en su lenguage a todas las cosas que tenían antes de los españoles, y que a las gallinas llaman hualpa; luego habíalas antes que los españoles pasaran al Perú. El argumento parece que convence a quien no sabe la deducción del nombre hualpa, que no les llaman hualpa sino atahuallpa. Es un cuento gracioso: decirlo hemos cuando tratemos de las aves domésticas que no había en el Perú, antes de los españoles.

CAPITULO XXI

CONEJOS Y PERROS CASTIZOS.

TAMPOCO había conejos de los campesinos que hay en España, ni de los que llaman caseros; después que yo salí del Perú los han llevado. El primero que los llevó a la jurisdicción del Cosco fué un clérigo llamado Andrés Lopez, natural de Estremadura, no pude saber de qué ciudad o villa. Este sacerdote llevaba en una jaula dos conejos, macho y hembra; al pasar de un arroyo que está diez y seis leguas del Cosco, que pasa por una heredad llamada Chinchapucyu, que fué de Garcilaso de la Vega, mi señor, el indio que llevabä la jaula se descargó para descansar y comer un bocado; cuando volvió a tomarla para caminar halló menos uno de los conejos, que se había salido por una verjilla rota de la jaula y entrádose en un monte bravo que hay de alisos o álamos por todo aquel arroyo arriba, y acertó a ser la hembra, la cual iba preñada, y parió en el monte; y con el cuidado que los indios tuvieron después que vieron los primeros conejos de que no los matasen, han multiplicado tanto, que cubren la tierra. De allí los han llevado a otras partes: críanse muy grandes con el vicio de la tierra, como ha hecho todo lo demás que han llevado de España.

Acertó aquella coneja a caer en buena región de tierra templada, ni fría ni caliente; subiendo el arroyo arriba, van participando de tierra, más y más fria, hasta llegar donde hay nieve perpétua, y bajando el mismo arroyo van sintiendo más y más calor. hasta llegar al río llamado Apurimac, que es la región más caliente del Perú. Este cuento de los conejos me contó un indiano de mi tierra, sabiendo que yo escribía estas cosas, cuya verdad remito al arroyo, que dirá si es así o no, si los tiene o le faltan. En el reino de Quitu hay conejos casi

como los de España. salvo que son mucho menores de cuerpo y más oscuros de color, que todo el cerro del lomo es prieto, y en todo lo demás son semejantes a los de España. Liebres no las hubo, ni sé que hasta ahora las hayan llevado.

Perros castizos de los que atrás quedan nombrados no los había en el Perú, los españoles los han llevado. Los mastines fueron los postreros que llevaron, que en aquella tierra por no haber lobos ni otras salvaginas dañosas no era menester; más viéndolos allá los estimaron mucho los señores de ganado, no por la necesidad, pues no la había sino porque los rebaños de los ganados remedasen en todo a los de España; y era esta ansia y sus semejantes tan ansiosa en aquellos principios, que con no haber para qué, no más de por el bien parecer, trujo un español desde el Cosco hasta los Reyes que son ciento y veinte leguas de camino asperísimo, un cachorrillo mastín que apenas tenía mes y medio. Llevábalo metido en una alforja que iba colgada en el arzón delantero; y a cada jornada tenía nuevo trabajo, buscando leche que comiese el perrillo. Todo esto ví, porque venimos juntos aquel español y yo. Decía que lo llevaba para presentarlo por joya muy estimada a su suegro, que era señor de ganado, y vivía cincuenta o sesenta leguas más acá de la ciudad de los Reyes. Estos trabajos y otros mayores costaron a los principios las cosas de España a los españoles, para aborrecerlas después como han aborrecido muchas dellas.

CAPITULO XXII

DE LAS RATAS Y LA MULTITUD DELLAS

RESTA decir de las ratas, que también pasaron con los españoles, que antes dellos no las había. Francisco Lopez de Gomara en su Historia general de las Indias, entre otras cosas (que escribió con falta o sobra de relación verdadera que le dieron) dice, que no había ratones en el Perú, hasta en tiempo de Blasco Nuñez de Vela. Si dijera ratas (y quizá lo quiso decir) de las muy grandes que hay en España, había dicho bien, que no las hubo en el Perú. Ahora las hay por la costa en gran cantidad, y tan grandes que no hay gato que ose mirarlas, cuanto más acometerlas. No han subido a los pueblos de la sierra, si se teme que suban por las nieves y mucho frío que hay en medio, si ya no hallan como ir abrigadas.

Ratones de los chicos, hubo muchos, llámanles Ucucha. En Nombre de Dios y Panamá, y otras ciudades de la costa del Perú, se valen del tósigo contra la infinidad de las ratas que en ellas se crían. Apregonan a ciertos tiempos del año que cada uno en su casa eche rejalgar a las ratas. Para lo cual guardan muy bien todo lo que es de comer y beber, principalmente el agua, porque las ratas no la atosiguen; y en una noche todos los vecinos a una echan rejalgar en las frutas y otras cosas que ellos apetecen a comer. Otro día hallan muertas tantas que son innumerables.

Cuando llegué a Panamá viniendo a España, debía de haber poco que se había hecho el castigo, que saliendo a pasearme una tarde por la ribera del mar, hallé a la lengua del agua tantas muertas, q' en más de cien pasos de largo, y tres o cuatro de ancho, no había donde poner los pies: que con el fuego del tósigo van a buscar el agua, y la de la mar les ayuda a morir más presto.

De la multitud dellas se me ofrece un cuento estraño, por el cual se verá las que andan en los navíos, mayormente si son navíos viejos: atrévome a contarlo en la bondad y crédito de un hombre noble llamado Hernan Bravo de Laguna, de quien se hace mención en las historias del Perú, que tuvo

indios en el Cosco, a quien yo se lo oí que lo había visto; y fué que un navío que iba de Panamá ó los Reyes, tomó un puerto de los de aquella costa, y fué el de Trujillo. La gente que en él venía saltó en tierra a tomar refresco y a holgarse aquel día y otro que el navío había de parar allí: en el cual no quedó hombre alguno, si no fué un enfermo que por no estar para caminar dos leguas que hay del puertoa la ciudad, se quiso quedar en el navío, el cual quedaba seguro, así de la tempestad de la mar, que es mansa en aquella costa, como de los corsarios, que aún no había pasado Francisco Drac. que enseñó a navegar por aquel mar y a que se recatasen de los corsarios. Pues como las ratas sintiesen el navío desambarazado de gente, salieron a campear, y hallando al enfermo sobre cubierta, le acometieron para comérselo; porque es así verdad, que muchas veces ha acaecido en aquella navegación, dejar los enfermos vivos a prima noche, y morirse sin que los sientan por no tener quien les duela y hallarles por la mañana comidas las caras y partes del cuerpo, de brazos y piernas, que por todas partes los acometen. Así quisieron hacer con aquel enfermo, el cual temiendo el ejército que contra él venía, se levantó como pudo, y tomando un asador del fogón, se volvió a su cama, no para dormir, que no le convenía, sino para velar y defenderse de los enemigos que le acometían; y así veló el resto de aquel día, y la noche siguiente, y otro día hasta bien tarde que vinieron los compañeros: Los cuales al derredor de la cama y sobre la cubierta, y por los rincones que pudieron buscar, hallaron trecientas y ochenta y tantas ratas que con el asador había muerto, sin otras muchas que se le fueron lastimadas.

El enfermo, o por el miedo que había pasado, o con el regocijo de la victoria alcanzada sanó de su mal, quedándole bien que contar de la gran batalla que con las ratas había tenido. Por la costa del Perú en diversas partes y en diversos años hasta el año de mil y quinientos y setenta y dos, por tres veces hubo grandes plagas causadas por las ratas y ratones, que criándose innumerables dellos, corrían mucha tierra y destruían los campos, así las sementeras como las heredades, con todos los árboles frutales que desde el suelo hasta los pimpollos les roían las cortezas: de manera que los árboles se secaron, q' fué menester plantarlos de nuevo, y las gentes temieron desamparar sus pueblos; y sucediera el hecho según la plaga se extendía, sino que Dios por su misericordia la apagaba cuando más encendida andaba la peste. Daños increíbles hicieron que dejamos de contar en particular por huir de la proligidad.

CAPITULO XXIII

DE LAS GALLINAS Y PALOMAS

SERA razón hagamos mención de las aves, aunque han sido pocas, que no se han llevado sino gallinas y palomas caseras de las que llaman duendes. Palomas de palomar que llaman zuritas o zuranas, no sé yo que hasta ahora las hayan llevado. De las gallinas escribe un autor que las había en el Perú antes de su conquista, y hácenle fuerza para certificarlo ciertos indicios que dicen que hay para ello, como son, que los indios en su mismo lenguage llaman a la gallina Hualpa, y al huevo Ronto; y que hay entre los indios el mismo refrán que los españoles tienen de llamar a un hombre, gallina para notarle de cobarde. A los cuales indicios satisfaremos con la propiedad del hecho.

Dejando el nombre hualpa para el fin del cuento, y tomando el nombre ronto, que se ha de escrebir Runtu, pronunciando ere sencilla, porque en aquel lenguage como ya dijimos, ni en principio de parte, ni en medio della, no hay rr. duplicada; decimos que es nombre común, significa huevo, no en particular de gallina, sino en general de cualquier ave brava o doméstica, y los indios en su lenguage cuando quieren decir de qué ave es el huevo, nombran juntamente el ave y el huevo, también como el español que dice, huevo de gallina, de perdiz o paloma &c., y esto baste para deshacer el indicio de el nombre runtu.

El refrán de llamar a un hombre gallina por motejarle de cobarde, es que los indios lo han tomado de los españoles por la ordinaria familiaridad y conversación que con ellos tienen; y también por remedarles en el lenguage, como acaece de ordinario a los mismos españoles, que pasando a Italia, Francia, Flandes y Alemania, vueltos a su tierra, quieren luego entremeter en su lenguage castellano, las palabras o refranes que de los estrangeros traen aprendidos, y así lo han hecho

los indios; porque los Incas para decir cobardes, tienen un refran más apropiado que el de los españoles: dicen Huarmi, que quiere decir muger, y lo dicen por vía de refran: y para decir cobarde en propia significación de su lenguage, dicen Campa: y para decir pusilánime y flaco de corazón dicen Llanclla. De manera que el refrán, gallina, para decir cobarde, es hurtado del lenguage español, que en el de los indios no lo hay, y yo como indio, doy fé desto.

El nombre hualpa que dicen que los indios dan a las gallinas, está corrupto en las letras, y sincopado o cercenado en las sílabas que han de decir Atahuallpa, y no es nombre de gallina, sino del postrer Inca que hubo en el Perú, que como diremos en su vida, fué con los de su sangre cruelísimo sobre todas las fieras y basiliscos del mundo. El cual siendo bastardo con astucia y cautelas, prendió y mató al hermano mayor, legítimo heredero, llamado Huáscar Inca, y tiranizó el reino, y con tormentas y crueldades nunca jamás vistas ni oídas, destruyó toda la sangre real, así hombres como niños y mugeres, en las cuales por ser más tiernas y flacas, ejecutó el tirano los tormentos más crueles que pudo imaginar; y no hartándose con su propia carne y sangre, pasó su rabia, inhumanidad y fiereza, a destruir los criados más allegados de la casa real, que como en su lugar dijimos, no eran personas particulares, sino pueblos enteros que cada uno servía de su particular oficio, como porteros, barrenderos, leñadores, aguadores, jardineros, cocineros de la mesa de estado y otros oficios semejantes. A todos aquellos pueblos que estaban al derredor del Cosco en espacio de cuatro, cinco, seis y siete leguas, los destruyó y asoló por tierra los edificios, no contentándose con haberles muerto los moradores: y pasaran adelantes sus crueldades si no las atajaran los españoles que acertaron a entrar en la tierra en el mayor hervor dellas.

Pues como los españoles luego que entraron prendieron al tirano Atahuallpa, y lo mataron en breve tiempo con muerte tan afrentosa, como fué darle garrote en pública plaza, dijeron los indios que su dios el sol, para vengarse dél traidor, y castigar al tirano matador de sus hijos, y destruidor de su sangre, había enviado los españoles para que hiciesen justicia dél. Por la cual muerte, los indios obedecieron los españoles como a hombres enviados de su dios el sol, y se les rindieron de todo punto, y no les resistieron en la conquista, como pudieran. Antes los adoraron por hijos y descendientes de aquel su dios Vīracocha hijo del sol, que se apareció en sueños a uno de sus reyes, por quien llamaron al mismo rey Inca Viracocha: y así dieron su nombre a los españoles.

A esta falsa creencia que tuvieron de los españoles se añadió otra burlería mayor, y fué que como los españoles llevaron gallos y gallinas, que de las cosas de España fué la primera que entró en el Perú, y como oyeron cantar los gallos, dijeron los indios que aquellas aves, para perpetua infamia del tirano y abominación de su nombre, lo pronunciaban en su canto diciendo: Atahuallpa, y lo pronunciaban ellos contrahaciendo el canto del gallo.

Y como los indios contasen a sus hijos estas ficciones, como hicieron todas las que tuvieron, para conservarlas en su tradición, los indios muchachos de aquella edad, en oyendo cantar un gallo, respondían cantando al mismo tono y decían: Atahuallpa. Confieso verdad, que muchos condiscípulos míos y yo con ellos, hijos de españoles y de indias, lo cantamos en nuestra niñez por las calles juntamente con los indiezuelos.

Y para que se entienda mejor cuál era nuestro canto, se pueden imaginar cuatro figuras o puntos de canto de órgano en dos compases; por los cuales se cantaba la letra Atahuallpa, que quien las oyere, verá que se remeda con ellos el canto ordinario del gallo; y son dos semínimas y una mínima y un semibreve, todas cuatro figuras en un signo. Y no solo nombraban en el canto al tirano, más también a sus capitanes más principales, como tuviesen cuatro sílabas en el nombre: como Challchuchima, Quilliscacha, y Rumiñavi, que quiere decir ojo de piedra: porque tuvo un berrueco de nube en un ojo. Esta fué la impusición del nombre Atahuallpa, que los indios pusieron a los gallos y gallinas de España. El P. Blas Valera habiendo dicho en sus destrozados y no merecidos papeles, la muerte tan repentina de Atahuallpa, y habiendo contado largamente sus escelencias, que para con sus vasallos las tuvo muy grandes como cualquiera de los demás Incas, aunque para sus parientes tuvo crueldades nunca oídas y habiendo encarecido el amor que los suyos le tenían, dice en su elegante latín estas palabras: de aquí nació, que cuando su muerte fué divulgada entre sus indios, porque el nombre de tan gran varon no viniese en olvido, tomaron por remedio y consuelo decir, cuando cantaban los gallos, que los españoles llevaron consigo, que aquellas aves lloraban la muerte de Atahuallpa, y q' por su memoria nombraban su nombre en su canto: por lo cual llamaron al gallo y a su canto, Atahuallpa: (10) y de tal manera ha sido recebido este nombre en todas naciones y lenguas de los indios, que no solamente ellos más también los

(10) Concordante con lo aseverado por Juan Santa Cruz Pachacuti. Véase TRES RELACIONES &. p. 325. Urteaga. REVISTA HISTORICA t. II Artículo *¿Atahuallpa?*

españoles y los predicadores usan siempre dél &c. Hasta aquí es del P. Blas Valera, el cual recibió esta relación en el reino de Quitu, de los mismos vasallos de Atahuallpa, que como aficionados de su rey natural, dijeron que por su honra y fama le nombraban los gallos en su canto, y yo la recibí en el Cosco, donde hizo grandes crueldades y tiranías; y los que las padecieron, como lastimados y ofendidos decían que para eterna infamia y abominación de su nombre, lo pronunciaban los gallos cantando: cada uno dice de la feria como le va en ella. Con lo cual creo se anulan los tres indicios propuestos, y se prueba largamente, cómo antes de la conquista de los españoles no había gallinas en el Perú. Y como se ha satisfecho esta parte, quisiera poder satisfacer otras muchas que en las historias de aquella tierra hay que quitar y que añadir por flaca relación que dieron a los historiadores. Con las gallinas y palomas que los españoles llevaron de España al Perú, podemos decir que también llevaron los pavos de tierra de México, que antes dellos tampoco los había en mi tierra. Y por ser cosa notable, es de saber que las gallinas no sacaban pollos en la ciudad del Cosco, ni en todo su valle, aunque les hacían todos los regalos posibles, porque el temple de aquella ciudad es frío. Decían los que hablaban desto, que la causa era ser las gallinas estrangeras en aquella tierra, y no haberse connaturalizado con la región de aquel valle; porque en otras más calientes como Y-ucay y Muina, que están a cuatro leguas de la ciudad, sacaban muchos pollos. Duró la esterilidad del Cosco más de treinta años, que el año de mil quinientos sesenta, cuando yo salí de aquella ciudad, aún no los sacaban. Algunos años después entre otras nuevas, me escribió un caballero que se decía Garci Sanchez de Figueroa, que las gallinas sacaban ya pollos en el Cosco en gran abundancia.

El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, un caballero natural de Salamanca, que se decía don Martín de Guzman, que había estado en el Perú, volvió allá, llevó muy lindos jaeces y otras cosas curiosas, entre las cuales llevó en una jaula un pajarillo de los que acá llaman canarios, porque se crian en las Islas de Canaria; fué muy estimado, porque cantaba mucho y muy bien: causó admiración que una avecilla tan pequeña pasase dos mares tan grandes, y tantas leguas por tierra como hay de España al Cosco. Damos cuenta de cosas tan menudas, porque a semejanza dellas se esfuercen a llevar otras aves de más estima y provecho, como serían las perdices de España, y otras caseras que no han pasado allá, que se darían como todas las demás cosas.

CAPITULO XXIV

DEL TRIGO

YA que se ha dado relación de las aves, será justo la demos de las mieses, plantas y legumbres de que carecía el Perú. Es de saber, que el primero que llevó trigo a mi patria (yo llamo así a todo el imperio que fué de los Incas) fué una señora, noble, llamada María de Escobar, casada con un caballero que se decía Diego de Chavez, ambos naturales de Trujillo. A ella conocí en mi pueblo, que muchos años después que fué al Perú se fué a vivir a aquella ciudad; a él no conocí porque falleció en los Reyes.

Esta señora, digna de un gran estado, llevó el trigo al Perú, a la ciudad del Rimac. Por otro tanto adoraron los gentiles, a Ceres por diosa, y desta matrona no hicieron cuenta los de mi tierra: qué año fuese no lo sé; más de que la semilla fué tan poca, que la anduvieron conservando, y multiplicando tres años, sin hacer pan de trigo, porque no llegó a medio almud lo que llevó, y otros lo hacen de menor cantidad: es verdad que repartían la semilla aquellos primeros tres años a veinte y a treinta granos por vecino; y aún habían de ser los más amigos, para que gozasen todos de la nueva mies.

Por este beneficio que esta valerosa muger hizo al Perú, y por los servicios de su marido que fué de los primeros conquistadores, le dieron en la ciudad de los Reyes un buen repartimiento de indios, que pereció con la muerte dellos El año de mil y quinientos y cuarenta y siete, aún no había pan de trigo en el Cosco (aunque ya había trigo) porque me acuerdo que el obispo de aquella ciudad, don Fray Juan Solano, domínico, natural de Antequera, (11) viniendo huyendo de

(11) Fué el segundo Obispo del Cuzco, sucediendo en la Sede al Obispo Fr. Vicente Valverde. Fr. Juan Solano gobernó su diócesis de 1545 a 1562 renunció el Obispado y murió en Roma en 14 de enero de 1580,

la batalla de Huarina, se hospedó en casa de mi padre con otros catorce o quince de su camarada, y mi madre los regaló con pan de maiz; y los españoles venían tan muertos de hambre, que mientras les aderezaron de cenar tomaban puñados de maíz crudo, que echaban a sus cabalgaduras, y se lo comían, como si fueran almendras confitadas; la cebada no se sabe quién la llevo; creése que algún grano della fué entre el trigo, porque por mucho que aparten estas dos semillas, nunca se apartan del todo. (12)

---

(12) Una valiosa monografía sobre el cultivo del trigo en el Perú debemos a la erudita pluma de nuestro malogrado maestro el Dr. Pablo Patrón.

CAPITULO XXV

DE LA VID, Y EL PRIMERO QUE METIO UVAS EN EL COSCO.

DE la planta de Noe dán la honra a Francisco de Caravantes, antiguo conquistador de los primeros del Perú, natural de Toledo, hombre noble. Este caballero, viendo la tierra con algún asiento y quietud envió a España por planta, y el que vino por ella por llevarla más fresca, la llevó de las islas de Canaria, de uva prieta, y así salió casi toda la uva tinta, y el vino es todo aloque, no del todo tinto, y aunque han llevado ya otras muchas plantas, hasta la moscatel, más con todo eso aún no hay vino blanco.

Por otro tanto como este caballero hizo en el Perú, adoraron los gentiles por dios al famoso Baco, y a él se lo han agradecido poco o nada. Los indios, aunque ya por este tiempo vale barato el vino, lo apetecen poco, porque se contentan con su antiguo brebage hecho de sara y agua. Juntamente con lo dicho, oí en el Perú a un caballero fidedigno, que un español curioso había hecho almácigo de pasas llevadas de España y que prevaleciendo algunos granillos de las pasas nacieron sarmientos; empero tan delicados, que fué menester conservarlos en el almácigo tres o cuatro años, hasta que tuvieron vigor para ser plantados; y que las pasas acertaron a ser de uvas prietas, y que por eso salía todo el vino del Perú tinto o aloque, porque no es del todo prieto como el tinto de España: pudo ser que hubiese sido lo uno y lo otro; porque las ansias que los españoles tuvieron por ver cosas de su tierra en las Indias, han sido tan vascosas y eficaces, que ningún trabajo ni peligro se les ha hecho grande, para dejar de intentar el efecto de su deseo.

El primero que metió uvas de su cosecha en la ciudad del Cosco, fué el capitan Bartolomé de Terrazas, de los primeros conquistadores del Perú, y uno de los que pasaron a Chili con el adelantado don Diego de Almagro. Este caballero conocí yo. fué nobilísimo de condición, magnífico, liberal, con las demás virtudes naturales de caballero. Plantó una viña en su repartimiento de indios, llamado Achanquillo, en la provincia de Cuntisuyu, de donde año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, por mostrar el fruto de sus manos y la liberalidad de su ánimo, envió treinta indios, cargados de muy hermosas uvas, a Garcilaso de la Vega, mi señor, su íntimo amigo, con orden que diese su parte a cada uno de los caballeros de aquella ciudad. para que todos gozasen del fruto de su trabajo. Fué gran regalo, por ser fruta nueva de España, y la magnificencia no menor, porque si se hubieran de vender las uvas, se hicieran dellas más de cuatro o cinco mil ducados. Yo gocé buena parte de las uvas, porque mi padre me eligió por embajador del capitan Bartolomé de Terrazas y con dos pajecillos indios, llevé a cada casa principal dos fuentes dellas.

CAPITULO XXVI

DEL VINO Y DEL PRIMERO QUE HIZO VINO EN EL COSCO, Y DE SU PRECIO

EL año de mil y quinientos y sesenta, viniéndome a España, pasé por una heredad de Pedro Lopez de Cazalla, natural de Llerena, vecino del Cosco, secretario que fué del presidente Gasca, (13) la cual se dice Marcahuasi, nueve leguas de la ciudad, y fué a 21 de enero donde hallé un capataz portuguez, llamado Alfonso Vaez, que sabía mucho de agricultura, y era muy buen hombre. El cual me paseó por toda la heredad, que estaba cargada de muy hermosas uvas, sin darme un gajo dellas; que fuera gran regalo para un huésped caminante, y tan amigo como yo lo era suyo y dellas, más no lo hizo: y viendo que yo habría notado su cortedad, me dijo que le perdonase, que su señor le había mandado que no tocase ni un grano de las uvas, porque quería hacer vino dellas, aunque fuese pisándolas en una artesa, como se hizo (según me dijo después en España un condiscípulo mío, porque no había lagar ni los demás adherentes, y vió la artesa en que se pisaron) porque quería Pedro Lopez de Cazalla ganar la joya que los reyes católicos y el emperador Carlos Quinto habían mandado se diese de su real hacienda, al primero que en cualquier pueblo de españoles sacase fruto nuevo de España, como trigo, cebada, vino y aceite, en cierta cantidad. Y esto mandaron aquellos príncipes de gloriosa memoria, porque los españoles se diesen a cultivar aquella tierra, y llevasen a ella las cosas de España que en ella no había.

La joya eran dos barras de plata de a trescientos ducados cada una, y la cantidad del trigo o cebada, había de ser medio cahiz, y la del vino o aceite había de ser cuatro arrobas. No quería Pedro Lopez de Cazalla hacer el vino por la codicia de

---

(13) También lo había sido del Marquez Pizarro, después que Pedro Sandio dejó el cargo. Vease Jesús. *Conquista del Perú*. Col. URTEAGA--ROMERO. t. V. Nota No. 1.

los dineros de la joya. que mucho más pudiera sacar de las uvas, sino por la honra y fama de haber sido el primero que en el Cosco hubiese hecho vino de sus viñas. Esto es lo que pasó acerca del primer vino que se hizo en mi pueblo. Otras ciudades de el Perú, como fué Huamanca, y Arequepa, lo tuvieron mucho antes y todo era haloquillo. Hablando en Córdoba con un canónigo de Quitu destas cosas que vamos escribiendo, me dijo que conoció en aquel reino de Quitu un español curioso en cosas de agricultura, particularmente en viñas, que fué el primero que de Rimac llevó la planta a Quitu, que tenía una buena viña, riberas del río, que llaman de Mira, que está debajo de la línea Equinoccial, y es tierra caliente: díjome que le mostró toda la viña; y porque viese la curiosidad que en ella tenía, le enseñó doce apartados que en un pedazo della había, que podaba cada mes el suyo, y así tenía uvas frescas todo el año, y que la demás viña la podaba una vez al año, como todos los demás españoles sus comarcanos. Las viñas se riegan en todo el Perú y en aquel río es la tierra caliente, siempre de un temple, como las hay en otras muchas partes de aquel imperio; y así no es mucho que los temporales hagan por todos los meses del año sus efectos en las plantas y mieses, según q' les fueren dando y quitando el riego, que casi lo mismo ví yo en algunos valles en el maiz: que en una haza lo sembraban y en otra estaba ya nacido a media pierna, y en otra para espigar, y en otra ya espigado. Y esto no hecho por curiosidad sino por necesidad, como tenían los indios el lugar y la posibilidad para beneficiar sus tierras.

Hasta el año de 1560 que yo salí del Cosco y años después, no se usaba dar vino a la mesa de los vecinos (que son los que tienen indios) a los huéspedes ordinarios (si no era alguno que había menester para su salud) porque el beberlo entonces, más parecía vicio que necesidad: que habiendo ganado los españoles aquel imperio tan sin favor del vino ni de otros regalos semejantes, parecen que querían sustentar aquellos buenos principios en no beberlo. También se comedían los huéspedes a no tomarlo, aunque se lo daban, por la carestía dél; porque cuando más barato, valía a treinta ducados el arroba: yo lo ví así después de la guerra de Francisco Hernandez Girón. En los tiempos de Gonzalo Pizarro y antes llegó a valer muchas veces, trescientos, y cuatrocientos, y quinientos ducados una arroba de vino: los años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cinco, hubo mucha falta de él en todo el reino. En la ciudad de los Reyes llegó a tanto estremo, que no se hallaba para decir misa. El arzobispo don Gerónimo de Loayza, natural de Trujillo, hizo cala y cata, y en

una casa hallaron media botija de vino y se guardó para las misas. Con esta necesidad estuvieron algunos días y meses, hasta que entró en el puerto un navío de dos mercaderes que yo conocí, que por buenos respetos a la descendencia dellos, no los nombro, que llevaban dos mil botijas de vino; y hallando la falta dél, vendieron las primeras a trescientos y sesenta ducados, y las postreras no menos de a docientos. Este cuento supe de el piloto q' llevó el navío, porque en el mismo me trujo de los Reyes a Panamá; por los cuales excesos no se permitía dar vino de ordinario. Un día de aquellos tiempos convidó a comer un caballero que tenía indios a otro que no los tenía Comiendo media docena de españoles en buena conversación, el convidado pidió un jarro de agua para beber: el señor de la casa mandó que le diesen vino; y como el otro le dijese que no lo bebía, le dijo: pues si no bebéis vino, veníos acá a comer y a cenar cada día. Dijo esto, porque de toda la demás costa, sacado el vino, no se hacía cuenta; y aún la del vino no se miraba tanto por la costa, como por la total falta que muchas veces había de él, por llevarse de tan lejos como España, y pasar dos mares tan grandes, por lo cual en aquellos principios se estimó en tanto como se ha dicho.

CAPITULO XXVII

DEL OLIVO, Y QUIEN LO LLEVO AL PERU

EL mismo año mil y quinientos y sesenta, don Antonio de Rivera, vecino que fué de los Reyes, habiendo años antes venido a España, por procurador general del Perú, volviéndose a él, llevó plantas de olivos de los de Sevilla; y por mucho cuidado y diligencia que puso es las que llevó en dos tinajones, en que iban más de cien posturas, no llegaron a la ciudad de los Reyes más de tres estacas vivas, las cuales puso en una muy hermosa heredad cercada, que en aquel valle tenía, de cuyos frutos de uvas y higos, granadas, melones, naranjas, y limas, y otras frutas y legumbres de España, vendidas en la plaza de aquella ciudad por fruta nueva, hizo gran suma de dinero que se cree por cosa cierta que pasó de docientos mil pesos. En esa heredad plantó los olivos don Antonio de Rivera y porque nadie pudiese haber, ni tan solo una hoja dellos para plantar en otra parte, puso un gran ejército que tenía de más de cien negros y treinta perros que de día y de noche velasen en guarda de sus nuevas y preciadas posturas. Acaeció que otros que velaban más que los perros, o por consentimiento de alguno de los negros que estaría cohechado (según se sospechó) le hurtaron una noche una planta de las tres, la cual en pocos días amaneció en Chili, seiscientas leguas de la ciudad de los Reyes, donde estuvo tres años criando hijos con tan próspero suceso de aquel reino, que no ponían renuevo por delgado que fuese que no prendiese, y que en muy breve tiempo no se hiciese muy hermoso olivo.

Al cabo de los tres años, por las muchas cartas de excomunión, que contra los ladrones de su planta don Antonio de Ribera había hecho leer, le volvieron la misma que le habían

llevado y la pusieron en el mismo lugar de donde la habían sacado. con tan buena maña y secreto, que ni el hurto ni la restitución supo su dueño jamás quien la hubiese hecho. En Chili se han dado mejor los olivos que en el Perú: debe de ser por no haber estrañado tanto la constelación de la tierra, q' está en treinta grados hasta los cuarenta. casi como la de España. En el Perú se dan mejor en la sierra que en los llanos. A los principios se daban por mucho regalo y magnificencia tres aceitunas a cualquier convidado. y no más. De Chili se ha traído ya por este tiempo aceite al Perú. Esto es lo que ha pasado acerca de los olivos que se han llevado a mi tierra: y con esto pasaremos a tratar de las demás plantas y legumbres que no había en el Perú.

CAPITULO XXVIII

DE LAS FRUTAS DE ESPAÑA Y CAÑAS DE AZUCAR

ES así que no había higos, ni granadas, ni cidras, ni naranjas, ni limas dulces ni agrias, ni manzanas, peros, ni camuesas, membrillos, duraznos, melocoton, albérchigo, albaricoque, ni suerte alguna de ciruelas, de las muchas que hay en España, sola una manera de ciruelas había diferente de las de acá, aunque los españoles las llaman ciruelas, y los indios Ussun; y esto digo, porque no la metan entre las ciruelas de España: no hubo melones, ni pepinos de los de España, ni calabazas de las que se comen guisadas. Todas estas frutas nombradas y otras muchas que ahora no me vienen a la memoria, las hay por este tiempo en tanta abundancia, que ya son despreciables, como los ganados, y en tanta grandeza mayor que la de España, que pone admiración a los españoles que han visto la una y la otra.

En la ciudad de los Reyes, luego que se dieron las granadas, llevaron una en las andas del Santísimo Sacramento en la procesión de su fiesta, tan grande, que causó admiración a cuantas la vieron. Yo no oso decir qué tamaña me la pintaron, por no escandalizar los ignorantes que no creen que haya mayores cosas en el mundo que las de su aldea; y por otra parte es lástima que por temer a los simples se dejen de escrebir las maravillas que en aquella tierra ha habido de las obras de naturaleza; y volviendo a ellas decimos, que han sido de estraña grandeza, principalmente las primeras, que la granada era mayor que una botija de las que hacen en Sevilla para llevar aceite a Indias, y muchos racimos de uvas se han visto de ocho y diez libras, y membrillos como la cabeza de un hombre, y cidras como medios cántaros; y baste esto acer-

ca del grandor de las frutas de España, que adelante diremos de las legumbres, que no causarán menos admiración.

Quiénes fueron los curiosos que llevaron estas plantas, y en qué tiempo y años, holgará mucho saber para poner aquí sus nombres y tierras, porque a cada uno se les dieron sus nombres y bendiciones que tales beneficios merecen. El año de mil y quinientos y ochenta llevó al Perú planta de guindas y cerezas un español, llamado Gaspar de Alcocer, caudaloso mercader de la ciudad de los Reyes, donde tenía una muy hermosa heredad. Después acá me han dicho que se perdieron por demasiadas diligencias que con ellos hicieron para que prevalecieran. Almendras han llevado; nogales no sé hasta ahora que los hayan llevado. Tampoco había cañas de azúcar en el Perú: ahora en estos tiempos por la buena diligencia de los españoles, y por la mucha fertilidad de la tierra hay tanta abundancia de todas estas cosas, que ya dan hastío; y donde a los principios fueron tan estimadas, son ahora menospreciadas, y tenidas en poco o nada.

El primer ingenio de azúcar que en el Perú se hizo fué en tierras de Huanucu, fué de un caballero que yo conocí. Un criado suyo, hombre prudente y astuto, viendo que llevaban al Perú mucho azúcar del reino de Méjico, y que el de su amo, por la multitud de lo que llevaban no subía de precio, le aconsejó que cargase un navío de azúcar, y lo enviase a la Nueva-España, para que viendo allá que lo enviaba del Perú, entendiesen que había sobra dél, y no lo llevasen más· así se hizo, y el concierto salió cierto y provechoso; de cuya causa se han hecho después acá los ingenios que hay, que son muchos

Han habido españoles tan curiosos en la agricultura (según me han dicho) que han hecho engertos de árboles frutales de España con los frutales del Perú, y que sacan frutas maravillosas con grandísima admiración de los indios, de ver que a un árbol hagan llevar al año dos, tres, cuatro frutas diferentes; admíranse destas curiosidades, y de cualquier otra menor, porque ellos no trataron de cosas semejantes. Podrían también los agricultores (sino lo han hecho ya) engerir olivos en los árboles que los indios llaman quishuar, cuya madera y hoja es muy semejante al olivo: que yo me acuerdo que en mis niñeces me decían los españoles (viendo un quishuar) el aceite y aceitunas que traen de España, se cogen de unos árboles como estos. Verdad es que aquel árbol no es frutuoso: llega a echar la flor como la del olivo, y luego se le cae: con sus renuevos jugábamos cañas en el Cosco por falta dellas porque no se crian en aquella región por ser tierra fría.

CAPITULO XXIX

DE LAS HORTALIZAS Y YERBAS, Y DE LA GRANDEZA DELLAS

De las legumbres que en España se comen no había ninguna en el Perú, conviene a saber, lechugas, escarolas, rábanos, coles, nabos, ajos, cebollas, berengenas, espinacas, acelgas, yerba buena, culantro, perejil, ni cardos hortense ni campestre, ni espárragos; (verdolagas había y poleo) tampoco había visnagas ni otra yerba alguna de las que hay en España de provecho. De las semillas tampoco había garbanzos, ni habas, lentejas, anís, mostaza, oruga, alcaravea, ajonjolí, arroz, alhucema, cominos, orégano, ajenuz, avenate, ni adormideras trébol, ni manzanilla hortense ni campestre. Tampoco había rosas ni clavelinas, de todas las suertes que hay en España, ni jazmines, ni azucenas, ni mosquetas.

De todas estas flores y yerbas que hemos nombrado, y otras que no he podido traer a la memoria, hay ahora tanta abundancia que muchas dellas son ya muy dañosas, como nabos, mostaza, yerba buena y manzanilla que han cundido tanto en algunos valles, que han vencido las fuerzas y la diligencia humana, toda cuanta se ha hecho para arrancarlas, y han prevalecido de tal manera que han borrado el nombre antiguo de los valles, y forzádolos que se llamen de su nombre, como el valle de la Yerba Buena en la costa de la mar, que solía llamarse Rucma, y otros semejantes. En la ciudad de los Reyes crecieron tanto las primeras escarolas y espinacas que sembraron, que apenas alcanzaba un hombre con las manos los pimpollos dellas; y se cerraron tanto que no podía hender un caballo por ellas: la monstruosidad en grandeza y abundancia que algunas legumbres y mieses a los principios sacaron fué increíble. El trigo en muchas partes acudió a los principios a trecientas hanegas y a más por hanega de sembradura

En el valle de Huarcu, en un pueblo que nuevamente mandó poblar allí el visorey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, pasando yo por el, año de mil quinientos sesenta, viniéndome a España, me llevó a su casa un vecino de aquel pueblo, que se decía Garci-Vásquez, que había sido criado de mi padre, y dándome de cenar, me dijo: comed de ese pan que acudió a más de trecientas hanegas porque llevéis qué contar a España. Yo me hice admirado de la abundancia, porque la ordinaria que yo antes había visto, no era tanta ni con mucho, y me dijo el Garci-Vásquez: no se os haga duro de creerlo, porque os digo verdad, como cristiano que sembré dos hanegas y media de trigo, y tengo encerradas seiscientas y ochenta, y se me perdieron otras tantas por no tener con quien las coger.

Contando yo este mismo cuento a Gonzalo Silvestre, de quien hicimos larga mención en nuestra historia de la Florida, y la haremos en ésta, si llegamos a sus tiempos, me dijo que no era mucho, porque en la provincia de Chuquisaca cerca del río Pillcumayu en unas tierras que allí tuvo los primeros años q' las sembró, le habían acudido a cuatrocientas y a quinientas hanegas por una. El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, yendo por gobernador a Chili, don García de Mendoza, hijo del visorey ya nombrado, habiendo tomado el puerto de Arica, le dijeron que cerca de allí; en un valle llamado Cusapa, había un rábano de tan estraña grandeza, que a la sombra de sus hojas estaban atados cinco caballos, que lo querían traer para que lo viese. Respondió el don García que no lo arrancasen, que lo quería ver por propios ojos para tener qué contar· y así fué con otros muchos que le acompañaron, y vieron ser verdad lo q' les habían dicho. El rábano era tan grueso que apenas lo ceñía un hombre con los brazos, y tan tierno, que después se llevó a la posada de don García, y comieron muchos dél. En el valle que llaman de la Yerba Buena han medido muchos tallos della de a dos varas y media en largo. Quien las ha medido tengo hoy en mi posada, de cuya relación escribo esto.

En la santa iglesia catedral de Córdova, el año de mil y quinientos noventa y cinco, por el mes de mayo, hablando con un caballero que se dice don Martin de Contreras, sobrino del famoso gobernador de Nicaragua, Francisco de Contreras, diciéndole yo como iba en este paso de nuestra historia, y que temía poner el grandor de las cosas nuevas de mieses y legumbres, que se daban en mi tierra, porque eran increíbles para los que no habían salido de las suyas, me dijo: no dejéis por eso de escrebir lo que pasa, crean lo que quisieren, basta de-

cirles verdad. Yo soy testigo de vista de la grandeza del rábano del valle de Cusapa, porque soy uno de los que hicieron aquella jornada con don García de Mendoza, y doy fé como caballero hijodalgo que ví los cinco caballos atados a sus ramas, y después comí del rábano con los demás. Y podéis añadir, que en esa misma jornada vi en el valle de Ica un melón que pesó cuatro arrobas y tres libras, y se tomó por fé y testimonio ante escribano, porque se diese crédito a cosa tan monstruosa. Y en el valle de Yucay comí de una lechuga que pesó siete libras y media. Otras muchas cosas semejantes de mieses y frutas, y legumbres me dijo este caballero, que las dejo de escribir por no hastiar con ellas a los que las leyeren.

El P. M. Acosta, en el libro cuarto, capítulo diez y nueve donde trata de las verduras, legumbres y frutas del Perú, dice lo q' se sigue, sacado a la letra: yo no he hallado que los indios tuviesen huertos diversos de hortalizas, sino que cultivaban la tierra a pedazos para legumbres, que ellos usan, como las que llaman frijoles y pallares, que sirven como acá garbanzos, habas y lentejas· y no he alcanzado que éstos ni otros géneros de legumbres de Europa los hubiese antes de entrar los españoles, los cuales han llevado hortalizas y legumbres de España, y se dán allá estremadamente, y aún en partes hay que escede mucho la fertilidad a la de acá, como si dijésemos de los melones que se dan en el valle de Ica en el Perú, de suerte que se hace cepa la raiz, y dura años, y dá cada uno melones, y la podan como si fuese árbol, cosa que no sé que en parte ninguna de España acaesca &c. Hasta aquí es del P. Acosta, cuya autoridad esfuerza mi ánimo, para que sin temor diga la gran fertilidad que aquella tierra mostró a los principios con las frutas de España, que salieron espantables e increíbles; y no es la menor de sus maravillas ésta que el P. M. escribe, a la cual se puede añadir que los melones tuvieron otra escelencia entonces, que ninguno salía malo como lo dejasen madurar; en lo cual también mostraba la tierra su fertilidad, y lo mismo será ahora si se nota; y porque los primeros melones que en la comarca de los Reyes se dieron, causaron un cuento gracioso, será bien lo pongamos aquí, donde se verá la simplicidad que los indios en su antigüedad tenían, y es que un vecino de aquella ciudad, conquistador de los primeros, llamado Antonio Solar, hombre noble, tenía una heredad en Pachacamac, cuatro leguas de los Reyes, con un capataz español que miraba por su hacienda, el cual envió a su amo diez melones que llevaron dos indios a cuestas, según la costumbre dellos con una carta. A la partida les dijo el capataz,

no comáis ningún melon de estos, porque si lo coméis lo ha de decir esta carta. Ellos fueron su camino, y a media jornada se descargaron para descansar. El uno dellos, movido de la golosina, dijo al otro: ¿no sabríamos a qué sabe esta fruta de la tierra de nuestro amo? El otro dijo, no, porque si comemos alguno, lo dirá esta carta, que así nos lo dijo el capataz. Replicó el primero: buen remedio, echemos la carta detrás de aquel paredon, y como no nos vea comer, no podrá decir nada. El compañero, se satisfizo del consejo, y poniéndolo por obra comieron un melon. Los indios en aquellos principios, como no sabían lo que eran letras, entendían que las cartas que los españoles se escrebían unos a otros eran como mensageros que decían de palabra lo que el español les mandaba, y que eran como espías que también decían lo que veían por el camino; y por esto dijo el otro, echémosla trás el paredón para que no nos vea comer. Queriendo los indios proseguir su camino, el que llevaba los cinco melones en su carga dijo al otro: no vamos acertados, conviene que emparejemos las cargas, porque si vos lleváis cuatro y yo cinco, sospecharán q' nosotros hemos comido el que falta. Dijo el compañero, muy bien decís, y así por encubrir un delito, hicieron otro mayor, que se comieron otro melon: los ocho que llevaban presentaron a su amo, el cual habiendo leído la carta les dijo: ¿qué son de dos melones que faltan aquí? Ellos a una respondieron: señor, no nos dieron más de ocho. Dijo Antonio Solar: porque mentís vosotros, que esta carta dice que os dieron diez, y que os comísteis los dos. Los indios se hallaron perdidos de ver que tan al descubierto les hubiese dicho su amo lo que ellos habían hecho en secreto; y así confusos y convencidos no supieron contradecir a la verdad. Salieron diciendo que con mucha razón llamaban dioses a los españoles con el nombre Viracocha, pues alcanzaban tan grandes secretos. Otro cuento semejante refiere Gomara que pasó en la isla de Cuba a los principios cuando ella se ganó; y no es maravilla que una misma ignorancia pasase en diversas partes y en diferentes naciones, porque la simplicidad de los indios del Nuevo Mundo, en los que ellos no alcanzaron todo fué una. Por cualquiera ventaja que los españoles hacían a los indios, como correr caballos, domar novillos, y romper la tierra con ellos, hacer molinos y arco de puente en río grandes, tirar con un arcabuz, y matar con él a ciento, y a docientos pasos, y otras cosas semejantes, todas las atribuían a divinidad; y por ende les llamaron dioses como lo causó la carta.

CAPITULO XXX

DEL LINO, ESPARRAGOS, VISNAGAS Y ANIS.

TAMPOCO había lino en el Perú. Doña Catalina de Retes, natural de la villa de San Lucar de Barrameda, suegra que fué de don Francisco de Villafuerte, conquistador de los primeros, y vecino del Cosco, muger noble y muy religiosa, que fué de las primeras pobladoras del convento de Santa Clara del Cosco del año de mil y quinientos y sesenta, esperaba en aquella ciudad linaza, que la había enviado a pedir a España para sembrar, y un telar para tejer lienzos caseros· y como yo salí aquel año del Perú, no supe si lo llevaron o no. Después acá he sabido que se coge mucho lino, más no sé cuán grandes hilanderas hayan sido las españolas, ni las mestizas, mis parientas, porque nunca las ví hilar, sino labrar y coser que entonces no tenían lino; aunque tenían muy lindo algodón y lana riquísima, que las indias hilaban a las mil maravillas: la lana y el algodón carmenan con los dedos, que los indios no alcanzaron cardas, ni las indias torno, para hilar a él. De que no sean grandes hilanderas de lino tienen descargo, pues no pueden labrarlo.

Volviendo a la mucha estima que en el Perú se ha hecho de las cosas de España, por viles que sean, no siempre, sino a los principios, luego que allá se llevaron, me acuerdo que el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, o el de cincuenta y seis, García de Melo, natural de Trujillo, tesorero que entonces era en el Cosco de la hacienda de su magestad, envió a Garcilaso de la Vega, mi señor, tres espárragos de los de España, que allá no los hubo: no supe donde hubiesen nacido, y le envió a decir que comiese de aquella fruta de España, nueva en el Cosco, que por ser la primera se la enviaba: los espárragos eran hermosísimos, los dos eran gruesos como los

dedos de la mano, y largos de más de una tercia: el tercero era más grueso y más corto, y todos tres tan tiernos, que se quebraban de suyo. Mi padre, para mayor solemnidad de la yerba de España, mandó que se cociesen dentro en su aposento al brasero que en él había, delante de los siete u ocho caballeros que a su mesa cenaban. Cocidos los espárragos trujeron aceite y vinagre, y Garcilaso, mi señor repartió por su mano los dos más largos, dando a cada uno de los de la mesa un bocado, y tomó para sí el tercero, diciendo que le perdonasen, que por ser cosa de España quería ser aventajado por aquella vez. Desta manera se comieron los espárragos con más regocijo y fiesta que si fuera el ave Feni', y aunque yo serví a la mesa, y hice traer todos los adherentes, no me cupo cosa alguna.

En aquellos mismos días envió el capitán Bartolomé de Terrazas a mi padre (por gran presente) tres visnagas, llevadas de España; las cuales se sacaban a la mesa cuando había algún nuevo convidado y por gran magnificencia se les daba una pajuela dellas.

También salió por este tiempo el anis en el Cosco, el cual se echaba en el pan por cosa de mucha estima como si fuera el nectar o la ambrosía de los poetas. Desta manera se estimaron todas las cosas de España a los principios, cuando se empezaron a dar en el Perú, y escríbense, aunque son de poca importancia; porque en los tiempos venideros, que es cuando más sirven las historias, quizá holgarán saber estos principios. Los espárragos no sé que hayan prevalecido, ni que las visnagas hayan nacido en aquella tierra. Empero las demás plantas, mieses y legumbres, y ganados han multiplicado en la abundancia que se ha dicho. También han plantado morales y llevado semilla de gusanos de seda, que tampoco la había en el Perú; más no se puede labrar la seda, por un inconveniente muy grande que tiene.

CAPITULO XXXI

NOMBRES NUEVOS PARA NOMBRAR DIVERSAS GENERACIONES

LO mejor de lo que ha pasado a Indias se nos olvidaba, que son los españoles y los negros, que después acá han llevado por esclavos para servirse dellos, que tampoco los había antes en aquella mi tierra. Destas dos naciones se han hecho allá otras, mezcladas de todas maneras, y para las diferenciar las llaman por diversos nombres para entenderse por ellos. Y aunque en nuestra historia de la Florida dijimos algo desto, me pareció repetirlo aquí por ser este su propio lugar. Es así, que al español o española que vá de acá llaman español o castellano, que ambos nombres se tienen allá por uno mismo y así he usado yo de ellos en esta historia y en la de la Florida. A los hijos de español y de española nacidos allá dicen criollo o criolla, por decir, que son nacidos en Indias. Es nombre que lo inventaron los negros, y así lo muestra la obra. Quiere decir entre ellos, negro nacido en Indias: inventáronlo para diferenciar los que van de acá, nacidos en Guinea de los que nacen allá, porque se tienen por más honrados y de más calidad, por haber nacido en la patria, que no sus hijos, porque nacieron en la agena, y los padres se ofenden si les llaman criollos. Los españoles por la semejanza han introducido este nombre en su lenguage para nombrar los nacidos allá. De manera que al español y al guineo nacidos allá les llaman criollos y criollas. Al negro que va de acállanamente le llaman negro o guineo. Al hijo de negro y de india o de indio y de negra, dicen mulato y mulata. A los hijos destos llaman cholo,es vocablo de las islas de Barlovento, quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozones; y los españoles usan dél por infamia y vituperio. A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos,

por decir que somos mezclados de ambas naciones; fué impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él. Aunque en Indias si a uno dellos le dicen sois un mestizo o es un mestizo, lo toman por menosprecio. De donde nació q' hayan abrazado con grandísimo gusto el nombre montañés, que entre otras afrentas y menosprecios que dellos hizo un poderoso, les impuso en lugar del nombre mestizo. Y no consideran que aunque en España el nombre montañés sea apellido honroso, por los privilegios que se dieron a los naturales de las montañas de Asturias y Vizcaya, llamándoselo a otro cualquiera que no sea natural de aquellas provincias, es nombre vituperoso: porque en propia significación quiere decir nombre de montaña como lo dice en su vocabulario el gran maestro Antonio de Lebrija, acreedor de toda la buena latinidad que hoy tiene España. Y en la lengua general del Perú para decir montañés dicen Sacharuna, que en propia significación quiere decir salvage; y por llamarles aquel buen hombre disimuladamente, salvages, les llamó montañeses: y mis parientes no entendiendo la malicia del imponedor, se precian de su afrenta, habiéndola de huir y abominar, y llamarse como nuestros padres nos llamaban, y no recebir nuevos nombres afrentosos &c. A los hijos de español y de mestiza, o de mestizo y española, llaman cuatralbos; por decir que vienen cuarta parte de indio y tres de español. A los hijos de mestizo y de india, o de indio y de mestiza, llaman tresalbos, por decir que tiene tres partes de indio y una de español. Todos estos nombres y otros, que por escusar hastío dejamos de decir, se han inventado en mi tierra para nombrar las generaciones que ha habido después que los españoles fueron a ella; y podemos decir que ellos los llevaron con las demás cosas que no había antes; y con esto volveremos a los reyes Incas, hijos del gran Huaina Capac, que nos están llamando, para darnos cosas muy grandes que decir.

CAPITULO XXXII

HUASCAR INCA PIDE RECONOCIMIENTO DE VASALLAGE A SU HERMANO ATAHUALLPA.

MUERTO Huaina Capac, reinaron sus dos hijos cuatro o cinco años, en pacífica posesión y quietud entre sí, el uno con el otro, sin hacer nuevas conquistas ni aún pretenderlas, porqe el rey Huáscar quedó atajado por la parte Setentrional con el reino de Quitu, que era de su hermano, por donde había nuevas tierras que conquistar, que por las otras tres partes estaban ya todas ganadas desde las bravas montañas de los Antis hasta la mar, que es de Oriente a Poniente, y al Mediodía: tenían sujetado hasta el reino de Chili. El Inca Atahuallpa tampoco procuró nuevas conquistas por atender al beneficio de sus vasallos y al suyo propio. Habiendo vivido aquellos pocos años en esta paz y quietud, como el reinar no sepa sufrir igual ni segundo, dió Huáscar Inca en imaginar que había hecho en consentir lo que su padre le mandó acerca del reino de Quitu, que fuese de su hermano Atahuallpa; porque demás de quitar y enagenar de su imperio un reino tan principal, vió que con él quedaba atajado para no poder pasar adelante en sus conquistas: las cuales quedaban abiertas y dispuestas para que su hermano las hiciese y aumentase su reino; de manera que podía venir a ser mayor que el suyo, y que él, habiendo de ser monarca, como lo significa el nombre Capac Inca, que es solo señor, vendría por tiempo a tener otro igual, y quizás superior, y que según su hermano era ambicioso e inquieto de ánimo, podría, viéndose poderoso, aspirar a quitarle el imperio.

Estas imaginaciones fueron creciendo de día en día más y más, y causaron en el pecho de Huáscar Inca tanta congoja,

que no pudiéndola sufrir envió un pariente suyo por mensagero a su hermano Atahuallpa, diciendo que bien sabía que por antigua constitución del primer Inca Manco Capac, guardada por todos sus descendientes, el reino de Quitu y todas las demás provincias que con él poseía, eran de la corona e imperio del Cosco; y que haber concedido lo que su padre le mandó, más había sido forzosa obediencia de hijo, que rectitud de justicia, porque era en daño de la corona y perjuicio de sus sucesores della, por lo cual ni su padre lo debía mandar, ni él estaba obligado a lo cumplir. Empero que ya que su padre lo había mandado y él lo había consentido, holgaba pasar por ello. con dos condiciones La una, que no había de aumentar un palmo de tierra a su reino, porque todo lo que estaba por ganar era del imperio. Y la otra que ante todas cosas le había de reconocer vasallage y ser su feudatario.

Este recaudo recibió Atahuallpa con toda la sumisión y humildad que pudo fingir, y dende a tres días, habiendo mirado lo q' le convenía, respondió con mucha sagacidad, astucia y cautela, diciendo que siempre en su corazón había reconocido y reconocía vasallage al Capac Inca su señor; y que no solamente no aumentaría cosa alguna en el reino de Quitu más que si su magestad gustaba dello, se desposeería dél, y se lo renunciaría, y viviría privadamente en su corte como cualquiera de sus deudos, sirviéndole en paz y en guerra como debía, a su príncipe y señor y en todo lo que le mandase. La respuesta de Atahuallpa envió el mensagero del Inca por la costa como le fué ordenado; porque no se detuviese tanto por el camino, si la llevase el propio, y él se quedó en la corte de Atahuallpa para replicar y responder lo que el Inca enviase a mandar. El cual recibió con mucho contento la respuesta, y replicó diciendo, que holgaba grandemente que su hermano poseyese lo que su padre le había dejado, y que de nuevo se lo confirmaba de que dentro de tal término fuese al Cosco a darle la obediencia y hacerle el pleito homenage que debía, de fidelidad y lealtad. Atahuallpa respondió que era mucha felicidad para él saber la voluntad del Inca para cumplirla, que él iría dentro del plazo señalado a dar su obediencia; y que para que la jura se hiciese con más solemnidad y más cumplidamente. suplicaba a su magestad le diese licencia, para que todas las provincias de su estado fuesen juntamente con él, a celebrar en la ciudad del Cosco las obsequias del Inca Huaina Capac su padre, conforme a la usanza de el reino de Quitu y de las otras provincias; y que cumplida aquella solemnidad harían la jura él y sus vasallos juntamente. Huáscar

Inca concedió todo lo q' su hermano le pidió, y dijo q' a su voluntad ordenase todo lo que para las obsequias de su padre quisiese, que él holgaba mucho se hiciesen en su tierra conforme a la costumbre agena, y que fuese al Cosco cuando bien le estuviese. Con estos quedaron ambos hermanos muy contentos; el uno muy ageno de imaginar la máquina y traición que contra él se armaba, para quitarle la vida y el imperio: y el otro muy diligente y cauteloso, metido en el mayor golfo della, para no dejarle gozar de lo uno y de lo otro.

CAPITULO XXXIII

ASTUCIAS DE ATAHUALLPA PARA DESCUIDAR AL HERMANO

EL rey Atahuallpa mandó echar bando público por todo su reino, y por las demás provincias que poseía, que toda la gente útil se apercibiese para ir al Cosco dentro de tantos días para celebrar las obsequias del gran Huaina Capac su padre, conforme a las costumbres antiguas de cada nación, y hacer la jura y homenage que al monarca Huáscar Inca se había de hacer, y que para lo uno y para lo otro llevasen todos los arreos, galas y ornamentos que tuviesen, porque deseaba que la fiesta fuese solemnísima. Por otra parte mandó en secreto a sus capitanes que cada uno en su distrito escogiese la gente más útil para la guerra, y les mandase que llevasen sus armas secretamente, porque más lo quería para batallas que no para obsequias. Mandó que caminasen de cuadrillas de a quinientos y a seiscientos indios, más y menos; q' se disimulasen de manera que pareciesen gente de servicio, y no de guerra; que fuese cada cuadrilla dos, tres leguas una de otra. Mandó que los primeros capitanes, cuando llegasen diez o doce jornadas del Cosco, las acortasen para que los que fuesen en pos dellos los alcanzasen más aína; y a los de las últimas cuadrillas mandó que llegando a tal parage doblasen las jornadas para juntarse en breve con los primeros. Con esta orden fué enviando el rey Atahuallpa más de treinta mil hombres de guerra, que los más dellos eran de la gente veterana y escogida que su padre le dejó, con capitanes esperimentados y famosos que siempre traía consigo. Fueron por caudillos y cabezas principales dos maeses de campo, el uno llamado Challcuchima y el otro Quisquis, y el Inca echó fama, que iría con los últimos.

Huáscar Inca fiado en las palabras de su hermano, y mucho más en la esperiencia tan larga, que entre aquellos indios había, del respeto y lealtad, que al Inca tenían sus vasallos, cuanto más sus parientes y hermanos, como lo dice por estas palabras el P. M. Acosta, libro sesto, capítulo doce. Sin duda era grande la reverencia y afición que esta gente tenía a sus Incas, sin que se halle jamás haberles hecho ninguno de los suyos traición &c. Por lo cual, no solamente no sospechó Huáscar Inca cosa alguna de la traición, más antes con gran liberalidad mandó que les diesen bastimentos, y les hiciesen toda buena acogida, como a propios hermanos que iban a las obsequias de su padre, y a hacer la jura que le debían. Así se hubieron los unos con los otros; los de Huáscar con toda la simplicidad y bondad que naturalmente tenían, y los de Atahuallpa con toda la malicia y cautela que en su escuela habían aprendido.

Atahuallpa Inca usó de aquella astucia y cautela de ir desfrazado y disimulado contra su hermano, porque no era poderoso para hacerle guerra al descubierto. Pretendió y esperó más en el engaño que no en sus fuerzas; porque hallando descuidado al rey Huáscar, como le halló, ganaba el juego, y dándole lugar que se apercibiese, lo perdía.

CAPITULO XXXIV

AVISAN A HUASCAR, EL CUAL HACE LLAMAMIENTO DE GENTE.

CON la orden que se ha dicho caminaron los de Quitu casi cuatrocientas leguas, hasta llegar cerca de cien leguas del Cosco. Algunos Incas viejos, gobernadores de las provincias por do pasaban, que habían sido capitanes y eran hombres esperimentados en paz y en guerra, viendo pasar tanta gente no sintieron bien dello, porque les parecía que para las solemnidades de las obsequias bastaban cinco o seis mil hombres, y cuando mucho diez mil; y para la júra no era menester la gente común, que bastaban los curacas que eran los señores de vasallos, y los gobernadores y capitanes de guerra, y el rey Atahuallpa, que era el principal, de cuyo ánimo inquieto, astuto y belicoso no se podía esperar paz ni buena hermandad. Con esta sospecha y temores, enviaron avisos secretos a su rey Huáscar Inca, suplicándole se recatase de su hermano Atahuallpa, que no les parecía bien que llevase tanta gente por delante.

Con estos recaudos, despertó Huáscar Inca del sueño de la confianza y descuido en que dormía. Envió a toda diligencia mensageros a los gobernadores de las provincias de Antisuyu, Collasuyu y Cuntisuyu: mandóles, que con la brevedad necesaria acudiesen al Cosco, con toda la más gente de guerra que pudiesen levantar. Al distrito Chinchasuyu, que era el mayor y de gente más belicosa, no envió mensageros, porque estaba atajado con el ejército contrario que por él iba caminando. Los de Atahuallpa, sintiendo el descuido de Huáscar y de los suyos, iban de día en día cobrando más animo y creciendo en su malicia, con la cual llegaron los primeros a cuarenta leguas del Cosco, y de alli fueron acortando las jornadas, y los segundos y últimos las fueron alargando; de

manera que en espacio de pocos días se hallaron más de veinte mil hombres de guerra, al paso del río Apurimac, y lo pasaron sin contradicción alguna, y de allí fueron como enemigos declarados, con las armas y banderas e insignias militares descubiertas: caminaron poco a poco en dos tercios de escuadrón, que eran la vanguardia y la batalla, hasta que se les juntó la retroguardia, que era de más de otros diez mil hombres: llegaron a lo alto de la cuesta de Villacunca, que está seis leguas de la ciudad. Atahuallpa se quedó en los confines de su reino, q' no osó acercarse tanto, hasta ver el suceso de la primera batalla, en la cual tenía puesta toda su esperanza, por la confianza y descuido de sus enemigos, y por el ánimo y valor de sus capitanes y soldados veteranos.

El rey Huáscar Inca, entre tanto que sus enemigos se acercaban, hizo llamamiento de gente, con toda la priesa posible: más los suyos, por la mucha distancia del distrito Collasuyu, que tiene más de docientas leguas de largo, no pudieron venir a tiempo, q' fuesen de provecho; y los de Antisuyu fueron pocos, porque de suyo es la tierra mal poblada por las grandes montañas que tiene; de Cuntisuyu por ser el distrito más recogido y de mucha gente, acudieron todos los curacas con más de treinta mil hombres; pero mal usados en las armas, porque con la paz tan larga que habían tenido no las habían ejercitado. Eran visoños, gente descuidada de guerra. El Inca Huáscar, con todos su parientes y la gente que tenía recogida, que eran casi diez mil hombres, salió a recibir los suyos al Poniente de la ciudad, por donde venían para juntarlos consigo, y esperar allí la demás gente que venía. (10)

(10) La batalla final fué en *Quepaipan.*

CAPITULO XXXV

BATALLA DE LOS INCAS. VICTORIA DE ATAHUALLPA, Y SUS CRUELDADES.

LOS de Atahuallpa como gente plática, viendo que en la dilación arriesgaban la victoria, y con la brevedad la aseguraban, fueron en busca de Huáscar Inca para darle la batalla, antes que se juntase más gente en su servicio: halláronle en unos campos grandes que están dos o tres leguas al Poniente de la ciudad, donde hubo una bravísima pelea, sin que de una parte a otra hubiese precedido apercibimiento ni otro recaudo alguno: pelearon cruelísimamente; los unos por haber en su poder al Inca Huáscar, q' era una presa inestimable, y los otros por no perderla, que era su rey y muy amado. Duró la batalla todo el dia con gran mortandad de ambas partes. Más al fin, por la falta de los collas y porque los de Huáscar eran visoños y nada pláticos en la guerra, vencieron los del Inca Atahuallpa, que como gente ejercitada y esperimentada en la milicia, valía uno por diez de los contrarios. En el alcance prendieron a Huáscar Inca por la mucha diligencia que sobre él pusieron, porque entendían no haber hecho nada si se les escapaba. Iba huyendo con cerca de mil hombres que se lo habían recogido, los cuales murieron todos en su presencia, parte que mataron los enemigos, y parte que ellos mismos se mataron viendo su rey preso: sin la persona real prendieron muchos curacas, señores de vasallos, muchos capitanes y gran número de gente noble, que como ovejas sin pastor andaban perdidos, sin saber huir ni adonde acudir. Muchos dellos, pudiendo escaparse de los enemigos, sabiendo que su Inca estaba preso, se vinieron a la prisión con el amor y lealtad que le tenían.

Quedaron los de Atahuallpa muy contentos, y satisfechos con tan gran victoria y tan rica presa, como la persona imperial de Huáscar Inca y de todos los más principales de su ejército, pusiéronle a grandísimo recaudo: eligieron para su guar-

da cuatro capitanes, y los soldados de mayor confianza que en su ejército había, que por horas le guardasen, sin perder de vista ni de día ni de noche. Mandaron luego echar bando que publicase la prisión del rey Huáscar para que se divulgase por todo su imperio; porque si alguna gente hubiese hecha para venir en su socorro, se deshiciese sabiendo que ya estaba preso. Enviaron por la posta el aviso de la victoria y de la prisión de Huáscar a su rey Atahuallpa.

Esta fué la suma y lo más esencial de la guerra que hubo entre aquellos dos hermanos, últimos reyes del Perú. Otras batallas y recuentros, que los historiadores españoles cuentan della, son lances que pasaron en los confines del un reino y del otro entre los capitanes y gente de guarnición que en ellos había, y la prisión que dicen de Atahuallpa, fué novela que él mismo mandó echar para descuidar a Huáscar y a los suyos; y el fingir luego después de la prisión, y decir que su padre el sol lo había convertido en culebra, para que se saliese della por un agujero que había en el aposento, fué para con aquella fábula autorizar y abonar su tiranía, para que la gente común entendiese que su dios el sol favorecía su partido, pues lo libraba del poder de sus enemigos, que como aquellas gentes eran tan simples, creían muy de veras cualquiera patraña que los Incas publicaban del sol, porque eran tenidos por hijos suyos. (11)

Atahuallpa usó cruelísimamente de la victoria, porque disimulando y fingiendo que quería restituir a Huáscar en su reino, mandó hacer llamamiento de todos los Incas que por el imperio había, así gobernadores y otros ministros en la paz, como maeses de campo, capitanes y soldados en la guerra que dentro en cierto tiempo se juntasen en el Cosco, porque dijo que quería capitular con todos ellos ciertos fueros y estatutos que de allí adelante se guardasen entre los dos reyes, para que viviesen en toda paz y hermandad. Con esta nueva acudieron todos los Incas de la sangre real, que no faltaron sino los impedidos por enfermedad o por vejez, y algunos que estaban tan lejos, que no pudieron o no osaron venir a tiempo, ni fiar del victorioso. Cuando los tuvieron recogidos envió Atahuallpa a mandar que los matasen todos con diversas muertes, por asegurarse dellos, porque no tramasen ningún levantamiento.

---

(11) No fué novela la relacion que hicieron los cronistas Balboa, Sarmiento de Gamboa, Cieza, &. de las diferentes batallas y encuentros entre las tropas de Atahuallpa y las de Huáscar ni menos lo fué la prisión de Atahuallpa después de la batalla de Ambato. Véase respecto a éste punto la crítica del Dr. Riva Agüero a los errores del Inca historiador. Riva Agüero *La Historia en el Perú*, p.160

CAPITULO XXXVI

CAUSAS DE LAS CRUELDADES DE ATAHUALLPA Y SUS EFECTOS CRUELISIMOS.

ANTES que pasemos adelante, será razón que digamos la causa que movió a Atahuallpa a hacer las crueldades que hizo en los de su linage; para lo cual es de saber, que por los estatutos y fueros de aquel reino, usados e inviolablemente guardados desde el primer Inca Manco Capac hasta el gran Huaina Capac, Atahuallpa su hijo, no solamente no podía heredar el reino de Quitu, porque todo lo que se ganaba era de la corona imperial, más antes era incapaz para poseer el reino de el Cosco porque para lo heredar había de ser hijo de la legítima muger, la cual, como se ha visto, había de ser hermana del rey, porque le perteneciese la herencia del reino, tanto por la madre como por el padre: faltando lo cual había de ser el rey, por lo menos legítimo en la sangre real, hijo de Palla, q' fuese limpia de sangre alienígena, los cuales hijos tenían por capaces de la herencia del reino; pero de los de sangre mezclada no hacían tanto caudal, a lo menos para suceder en el imperio, ni aún para imaginarlo. Viendo pues Atahuallpa que le faltaban todos los requisitos necesarios para ser Inca, porque ni era hijo de la Coya, que es la reina, ni de Palla, que es muger de la sangre real, porque su madre era natural de Quitu, (12) ni aquel reino se podía desmembrar del imperio, le pareció quitar los inconvenientes que el tiempo adelante podían suceder en su reinado tan violento; porque temió que sosegadas las guerras presentes había de reclamar todo el imperio, y de común consentimiento pedir un Inca que tuviese las partes dichas, y elegirlo y levantarlo ellos de suyo; lo cual no podía estorbar Atahuallpa, porque lo tenían fundado los indios en su idolatría y vana religión, por la predi-

(12) La vida posterior de esta mujer infeliz que murió al fin asaeteada por los españoles punde leerse inextenso en la Relación del Inca Tito Cussi Véase COL. URTEAGA-ROMERO t. II, p. 90.

cación y enseñanza q' les hizo el primer Inca Manco Capac, y por la observancia y ejemplo de todos sus descendientes. Por todo lo cual no hallando mejor medio, se acogió a la crueldad y destruición de toda la sangre real, no solamente de la que podía tener derecho a la sucesión del imperio, que eran los legítimos en sangre: más también de toda la demás que era incapaz a la herencia, como la suya, porque no hiciese alguno dellos lo que él hizo, pues con su mal ejemplo les abría las puertas a todos ellos. Remedio fué éste que por la mayor parte lo han usado todos los reyes, que con violencia entran a posee· los reinos agenos, porque les parece que no habiendo legítimo heredero del reino, ni los vasallos tendrán a quien llamar, ni ellos a quien restituir, y que quedan seguros en conciencia y en justicia; lo cual nos dan largo testimonio las historias antiguas y modernas, que por escusar prolijidad las dejaremos. Bástenos decir el mal uso de la casa Otomana, que el sucesor del imperio entierra con el padre todos los hermanos varones, por asegurarse dellos.

Mayor y más sedienta de su propia sangre que la de los otomanos fué la crueldad de Atahuallpa, que no hartándose con la de docientos hermanos suyos, hijos del gran Huaina Capac, pasó adelante a beber la de sus sobrinos, tíos y parientes, dentro y fuera del cuarto grado, que como fuese de la sangre real, no escapó ninguno legítimo ni bastardo. Todos los mandó matar con diversas muertes; a unos degollaron; a otros ahorcaron; a otros echaron en ríos y lagos con grandes pesgas al cuello porque se ahogasen, sin que el nadar les valiese; otros fueron despeñados de altos riscos y peñascos; todo lo cual se hizo con la mayor brevedad que los ministros pudieron, porque el tirano no se aseguraba hasta verlos todos muertos o saber que lo estaban; porque con toda su victoria no osó pasar de Sausa, que los españoles llaman Jauja, noventa leguas del Cosco. Al pobre Huáscar Inca reservó por entonces de la muerte, porque lo quería para la defensa de cualquiera levantamiento que contra Atahuallpa se hiciese, porque sabía que con enviarles Huáscar a mandar que se aquietasen le habían de obedecer sus vasallos. Pero para mayor dolor del desdichado Inca le llevaban a ver la matanza de sus parientes, por matarle en cada uno dellos, que tuviera él por menos pena ser el muerto, que verlos matar tan cruelmente.

No pudo la crueldad permitir que los demás prisioneros quedasen sin castigo, porque en ellos escarmentasen todos los demás curacas y gente noble del imperio aficionada a Huáscar; para lo cual los sacaron maniatados a un llano en el valle de Sacsahuana, donde estaban, (donde fué después la batalla

del presidente Gasca y Gonzalo Pizarro) y hicieron dellos una calle larga: luego sacaron al pobre Huáscar Inca cubierto de luto, atadas las manos atrás, y una soga al pescuezo, y lo pasearon por la calle que estaba hecha de los suyos,los cuales viendo a su príncipe en tal caída,con grandes gritos y alaridos se postraban en el suelo a le adorar y reverenciar, ya que no podían librarle de tanta desventura. A todos los que hicieron esto mataron con unas hachas y porras pequeñas de una mano que llaman Champi; otras hachas y porras tienen grandes para pelear a dos manos. Así mataron delante de su rey casi todos los curacas y capitanes, y la gente noble que habían preso, que apenas escapó hombre dellos. (13)

---

(13) Concordante con Cieza. *Señorío de los Incas*, c. V. *Informaciones de los quipocamayos a Vaca de Castro*. UNA ANTIGUALLA PERUANA. TRES RELACIONES & 3a. *Relación*, p. 326. Gutierres de Santa Clara, *Historia de las guerras civiles*, &. t. III c. LI. Cabello Balboa. Ob. cit. El Palentino. *Historia del Perú*, 2a. Parte, lib. III, c. V. *Informaciones de Toledo*. Información en el Cuzco el 17 de enero de 1572. Sarmiento de Gamboa. Ob' cit. párrafos 65 y 66.

CAPITULO XXXVII

PASA LA CRUELDAD A LAS MUGERES Y NIÑOS DE LA SANGRE REAL

HABIENDO muerto Atahuallpa los varones que tenía, así los de la sangre real como de los vasallos y súbditos de Huáscar, (como la crueldad no sepa hartarse, antes tenga tanta más hanbre y más sed cuanta más sangre y carne humana coma y beba) pasó adelante a tragar y sorber la que quedaba por derramar de las mugeres y niños de la sangre real: la cual, debiendo merecer alguna misericordia, por la ternura de la edad y flaqueza del sexo, movió a mayor rabia la crueldad del tirano: que envió a mandar que juntasen todas las mugeres y niños que de la sangre real pudiesen haber, de cualquiera edad y condición que fuesen reservando las que estaban en el convento del Cosco, dedicadas para mugeres del sol, y que las matasen poco a poco fuera de la ciudad, con diversos y crueles tormentos, de manera que tardasen mucho en morir. Así lo hicieron los ministros de la crueldad, que donde quiera se hallan tales; juntaron todas las que pudieron haber por todo el reino, con grandes pesquisas y diligencias que hicieron, porque no se escapase alguno: de los niños recogieron grandísimo número de los legítimos y no legítimos, porque el linage de los Incas, por la licencia que tenían de tener cuantas mugeres quisiesen, era el linage más amplio y estendido que había en todo aquel imperio. Pusiéronlos en el campo llamado Yahuarpampa, que es campo de sangre. El cual nombre se le puso por la sangrienta batalla que en él hubo de los Chancas y Coscos, como largamente en su lugar dijimos. Está al norte de la ciudad casi una legua della.

Allí los tuvieron, y porque no se les fuese alguno, los cercaron con tres cercas, la primera fué de la gente de guerra que alojaron en derredor dellos, para que a los suyos les fuese guarda, y presidio y guarnición contra la ciudad, y a los contrarios temor y asombro. Las otras dos cercas fueron de centinelas, puestas unas más lejos que otras, que velasen de día

y de noche, porque no saliese ni entrase alguien sin que lo viesen. Ejecutaron su crueldad de muchas maneras; dábanles a comer no más de maiz crudo y yerbas crudas, en poca cantidad; era el ayuno riguroso, que aquella gentilidad guardaba en su religión. A las mugeres, hermanas, tías, sobrinas, primas, hermanas, y madrastas de Atahuallpa, colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas q' hicieron: a unas colgaron de los cabellos; a otras por debajo de los brazos, y a otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: dábanles sus hijuelos que los tuviesen en brazos; teniánlos hasta que se les caían y se aporreaban, a otras colgaban de un brazo, a otras de ambos brazos, a otras de la cintura, porque fuese más largo el tormento y tardasen más en morir, porque matarlas brevemente fuera hacerles merced; y así la pedían las tristes con grandes clamores y ahullidos. A los muchachos y muchachas fueron matando poco a poco, tantos cada cuarto de luna, haciendo en ellos grandes crueldades, también como en sus padres y madres, aunque la edad dellos pedía clemencia: muchos dellos perecieron de hambre. Diego Fernandez en la historia del Perú, parte segunda, libro tercero, capítulo quinto, toca brevemente la tiranía de Atahuallpa, y parte de sus crueldades por estas palabras, que son sacadas a la letra: entre Huáscar Inca y su hermano Atabalipa, hubo muchas diferencias sobre mandar el reino, y quien había de ser señor. Estando Huáscar Inca en el Cosco, y su hermano Atabalipa en Cajamalca envió Atabalipa dos capitanes suyos muy principales, q' se nombraban, el uno Chalcuchiman y el otro Quisquis: los cuales eran valientes, y llevaron muchísimo número de gente, e iban de propósito de prender a Huáscar Inga, porque así se había concertado y se les había mandado para efecto, que siendo Huáscar preso, quedase Atabalipa por señor, e hiciese de Huáscar lo que por bien tuviese. Fueron por el camino conquistando caciques e indios, poniéndolo todo debajo el mando y servidumbre de Atabalipa; y como Huáscar tuvo noticia desto y de lo q' venían haciendo, aderezóse luego, y salió del Cosco, y vínose para Quipaipan (que es una legua del Cosco) donde se dió la batalla; y aunque Huáscar tenía mucha gente al fin fué vencido y preso Murió mucha gente de ambas partes, y fué tanta, que se dice por cosa cierta serían más de ciento y cincuenta mil indios; después que entraron con la victoria en el Cosco, mataron mucha gente, hombres y mugeres, y niños; porque todos aquellos que se declaraban por servidores de Huáscar, los mataban, y buscaron todos los hijos que Huáscar tenía, y los mataron: y así mismo las mugeres que decían estar dél preñadas; y una muger de Guascar que se

llamaba Mama Varcay, puso tan buena diligencia, que se escapó con una hija de Huáscar, llamada Coya Cusi Varcay, que ahora es muger de Saire Topa Inca, que es de quien habemos hecho mención, principalmente en esta historia &c.(14) Hasta aquí es de aquel autor; luego sucesivamente dice el mal tratamientoque hacían al pobre Huáscar Inca en la prisión: en su lugar pondremos sus mismas palabras que son muy lastimeras. La Coya Cusi Varcay, que dice que fué muger de Saire Topa se llamaba Cusi Huarque: adelante hablaremos della. El campo do fué la batalla que llaman Quipaipan, está corrupto el nombre, ha de decir Quepaipa, es genitivo quiere decir, de mi trompeta, como q' allí hubiese sido el mayor sonido de la de Atahuallpa, según el frasis de la lengua. Yo estuve en aquel campo dos o tres veces con otros muchachos, condiscípulos mios de gramática, que nos íbamos a casa con los halconcillos de aquella tierra que nuestros indios cazadores nos criaban.

De la manera que se ha dicho estinguieron y apagaron toda la sangre real de los Incas en espacio de dos años y medio que tardaron en derramarla; y aunque pudieron acabar en más breve tiempo, no quisieron, por tener en quien ejercitar su crueldad con mayor gusto. Decían los indios que por la sangre real que en aquel campo se derramó, se le confirmó el nombre Yahuarpampa, que es Campo de Sangre; porque fué mucha más en cantidad, y sin comparación alguna en calidad, la de los Incas, que la de los Chancas, y que causó mayor lástima y compasión, por la tierna edad de los niños y naturaleza flaca de sus madres. (15)

---

(14) La Coya Cusi Huarcay, tomó en el bautismo el nombre de Beatriz, de su union con el principe Sayre Tupac, nació doña Beatriz Clara Coya, que casó con el capitán Martín García de Loyola, hérce en Vilcabamba, tuvieron éstos una hija llamada Ana, que a la muerte de sus padres, fué llevada a España, donde el rey Felipe III le dió el título de marquesa de Oropesa. Casó doña Ana con don Juan Enriquez de Borja, hijo del marquez de Alcañices, y nieto, por la linea materna, de San Francisco de Borja, duque de Gandia.

(15) De los ant guos cronistas que relatan los acontecimientos de la guerra civil entre Huascar y Atahuallpa, ninguno como Cabello Balboa, ha extremado la descripción de las sangrientas y crueles ejecuciones que realizaron los capitanes de Atahuallpa en los miembros de la familia imperial. Leyendo el relato de este cronista, a las mujeres de Huascar que se haliaban en cinta se les extrajo el fruto de sus entrañas para sacrificarlos en presencia de la madre agonizante. Véase ob. cit. c. XXI. Concordante con el relato que hicieron los Quipocamayos a Toledo «Y luego sacaron de la prisión todas las mujeres de Huáscar, paridas y preñadas; las mandó ahorcar (Quizquiz) de aquellos palos con sus hijos, y a las preñadas les hizo sacar los hijos de los vientres y colgárselos de los brazos etc.» Sarmiento de Gamboa *Historia Indica*, párrafo 66 p. 122. Ed. alemana, 1906.

CAPITULO XXXVIII

ALGUNOS DE LA SANGRE REAL ESCAPARON DE LA CRUELDAD DE ATAHUALLPA.

ALGUNOS se escaparon de aquella ciudad; unos q' no vinieron a su poder, y otros, que la mesma gente de Atahuallpa, de lástima de ver perecer la sangre que ellos tenían por divina, cansados ya de ver tanta fiera carnicería, dieron lugar a que se saliesen del cercado en que los tenían, y ellos mismos los echaban fuera, quitándoles los vestidos reales, y poniéndoles otros de la gente común, porque no los conociesen: q' como queda dicho, en la estofa del vestido, conocían la calidad del que lo traía. Todos los que así faltaron fueron niñas y niños, muchachos y muchachas, de diez a once años abajo, una dellas fué mi madre y un hermano suyo, llamado don Francisco Huallpa Tupac Inca Yupanqui, que yo conocí, y que después que estoy en España me ha escrito; y de la relación que muchas veces les oí, es todo de lo que desta calamidad y plaga voy diciendo: sin ellos conocí otros pocos, que escaparon de aquella miseria. Conocí dos Auquis, que quiere decir infantes, eran hijos de Huaina Capac, el uno llamado Paullu, que era ya hombre en aquella calamidad, de quien las historias de los españoles hacen mención. El otro se llamaba Titu, era de los legítimos en sangre, era muchacho entonces: del bautismo dellos y de sus nombres cristianos, dijimos en otra parte. De Paullu quedó sucesión mezclada con sangre española, que su hijo don Carlos Inca, mi condiscípulo de escuela y gramática, casó con una muger noble, nacida allá, hija de padres españoles, de la cual hubo a don Melchor Carlos Inca, que el año pasado de seiscientos y dos, vino a España, así a ver la corte della, como a recebir las mercedes, que allá le propusieron se le harían acá, por los servicios

que su abuelo hizo en la conquista y pacificación del Perú, y después contra los tiranos, como se verá en las historias de aquel imperio: más principalmente se le deben por ser bisnieto de Huaina Capac por línea de varón; y que de los pocos que hay de aquella sangre real, es el más notorio y el más principal. El cual está al presente en Valladolid, esperando las mercedes que se le han de hacer, que por grandes que sean, se les deben mayores.

De Titu no sé que haya sucesión. De las Ñustas que son infantas, hijas de Huaina Capac, legítimas en sangre conocidas, la una se llamaba doña Beatriz Coya; (16) casó con Martín de Mustincia, hombre noble, que fué contador o factor en el Perú, de la hacienda del emperador Carlos V: tuvieron tres hijos varones, q' se llamaron los Mustincias, y otro sin ellos, que se llamó Juan Sierra de Leguizamo, que fué mi condiscípulo en la escuela y en el estudio: la otra ñusta se decía doña Leonor Coya; (17) casó primera vez con un español, que se decía Juan Balsa, que yo no conocí, porque fué en mi niñez; tuvieron un hijo del mismo nombre, que fué mi condiscípulo en la escuela. Segunda vez casó con Francisco de Villacastín, que fué conquistador del Perú de los primeros, y también lo fué de Panamá y de otras tierras. Un cuento historial digno de memoria, se me ofrece dél, y es, que Francisco Lopez de Gomara, dice en su historia, capítulo sesenta y seis, estas palabras que son sacadas a la letra: pobló Pedrarias, el Nombre de Dios, y a Panamá. Abrió el camino que va de un lugar a otro con gran fatiga y maña, por ser de montes muy espesos y peñas; había infinitos leones, tigres, osos y onzas, a lo que cuentan, y tanta multitud de monas de diversa hechura y tamaño, que enojadas gritaban de tal manera, que ensordecían los trabajadores, subían piedras a los árboles y tiraban al que llegaba. Hasta aquí es de Gomara (18). Un conquistador del Perú tenía marginado de su mano un libro q' yo ví de los deste autor, y en este paso decía estas palabras: una hirió con una piedra a un ballestero, que se decía Villacastin, y le derribó dos dientes: después fué conquistador del Perú y señor de un buen repartimiento, que se dice Ayaviri; murió pre-

---

(16) Beatriz Coya fue hermana de Manco II y caso con el conquistador Mancio Sierra de Leguizamo tuvo de esta unión un hijo llamado Juan. También de este nombre hubieron dos princesas ilustres doña Beatriz Cussi-huarcay, mujer de Sayri-Tupac y doña Beatriz Clara Coya hija de estos. Véase nota N.º 14.

(17) Leonor Coya, quiza si fué la esposa de Francisco Villacastin.

(18) De su obra HISPANIA VICTRX. *Historia General de México y del Perú.*

so en el Cosco, porque se halló de la parte de Pizarro, en Xaquisahuana, donde le dió una cuchillada en la cara, después de rendido, uno que estaba mal con él. Fué hombre de bien y que hizo mucho bien a muchos, aunque murió pobre y despojado de indios y hacienda. El Villacastin mató la mona que el hirió, porque a un tiempo acertaron a soltar él su ballesta y la mona la piedra. Hasta aquí es del conquistador, e yo añadiré, que los ví los dientes quebrados, y eran los delanteros altos, y era pública voz y fama en el Perú, habérselos quebrado la mona: puse esto aquí con testigos, por ser cosa notable, y siempre que los hallare holgaré presentarlos en casos tales. Otros Incas y Pallas, que no pasarían de docientos, conocí de la misma sangre real de menos nombre que los dichos: de los cuales he dado cuenta porque fueron hijos de Huaina Capac. Mi madre fué su sobrina, hija de un hermano suyo legítimo de padre y madre llamado Huallpa Tupac Inca Yupanqui.

Del rey Atahuallpa conocí un hijo y dos hijas, la una dellas se llamaba doña Angelina, (19) en la cual hubo el marqués don Francisco Pizarro un hijo que se llamó don Francisco, gran émulo mío y yo suyo; porque de edad de ocho a nueve años, que éramos ambos, nos hacía competir en correr y saltar su tío Gonzalo Pizarro. Hubo asímismo el marqués una hija, que se llamó doña Francisca Pizarro, salió una valerosa señora, casó con su tío Hernando Pizarro; su padre el marqués la hubo en una hija de Huaina Capac que se llamaba doña Inés Huaillas Nusta (20); la cual casó después con Martin de Ampuero, vecino que fué de la ciudad de los Reyes. Estos dos hijos del marqués, y otro de Gonzalo Pizarro que se llamaba don Fernando, trujeron a España, donde los varones fallecieron temprano, con gran lástima de los que les conocían, porque se mostraban hjos de tales padres. El nombre de la otra hija de Atahuallpa, no se me acuerda bien, si se decía doña Beatriz

(19) Jimenes de la Espada asegura que Doña Angelina no fué hija de Atahuallpa sino su hermana (Una *Antigualla Peruana*. Declaración Preliminar). Aun cuando fué Doña Angelina, después, manceba del Marquéz Pizarro y en la cual tuvo un hijo que llevó el mismo nombre de Pizarro, Quintana niega la existencia de este hijo del Marquez. y Mendiburu parece seguir, en esta opinión, al ilustre escritor español; la existencia de tal hijo está corroborada, después de la publicación de la obra de Pedro Gutierres de Santa Clara. *Historia de las guerras civiles*. Para mayores datos léase su relato del t. II. c. XV. En cuanto a los hijos de Atahuallpa, está probado, que fueron D. Diego Illaquita, D. Francisco Nina-Coro y D. Juan Quispe Tupac. Véase Tres Relaciones etc. p. 226 nota N°. 14.

(20) Doña Inés Huala, fué primero mujer del Marqués Pizarro del que tuvo a su hija doña Francisca. Casó después con el conquistador Francisco Ampuero vecino y regidor de la Ciudad de los Reyes.

o doña Isabel, casó con un español estremeño, que se decía Blas Gómez; (21) segunda vez casó con un caballero mestizo, que se decía Sancho de Rojas. El hijo se decía don Francisco Atahuallpa, era lindo mozo de cuerpo y rostro, como lo eran todos los Incas y Pallas, murió mozo. Adelante diremos un cuento, que sobre su muerte me pasó con el Inca viejo, tío de mi madre, a propósito de las crueldades de Atahuallpa, que vamos contando. Otro hijo varón quedó de Huaina Capac, q' yo no conocí: llamóse Manco Inca, era legítimo heredero del Imperio; porque Huáscar murió sin hijo varón: adelante se hará larga mención dél.

(21) Doña Beatriz, véase la nota N°. 19.

CAPITULO XXXIX

PASA LA CRUELDAD A LOS CRIADOS DE LA CASA REAL

VOLVIENDO a las crueldades de Atahuallpa decimos, que no contento con las que había mandado hacer en la sangre real y en los señores de vasallos, capitanes y gente noble, mandó que pasasen a cuchillo los criados de la casa real, los que servían en el ministerio y los oficios de las puertas adentro; los cuales como en su lugar dijimos, cuando hablamos de los criados della, no eran personas particulares sino pueblos que tenían cargo de enviar los tales criados y ministros, que remudándose por sus tiempos, servían en sus oficios, a los cuales tenía odio Atahuallpa, así porque eran criados de la casa real, como porque tenían el apellido de Inca, por el privilegio y merced que les hizo el primer Inca Manco Capac. Entró el cuchillo de Atahuallpa en aquellos pueblos con más y menos crueldad, conforme como ellos servían, y más y menos cerca de la persona real; que los que tenían oficios más allegados a ella, como porteros, guarda joyas, botilleros, cocineros y otros tales, fueron los peores librados; porque no se contentó con degollar todos los moradores de ambos sexos y de todas edades, sino con quemar y derribar los pueblos, y las casas, y edificios reales que en ellos había: los que servían de más lejos, como leñadores, aguadores, jardineros y otros semejantes, padecieron menos; más con todo eso, a unos pueblos diezmaron, que mataron la décima parte de sus moradores, chicos y grandes, y a otros quintaron y a otros terciaron, de manera que ningún pueblo de los que había cinco, y seis y siete leguas en derredor de la ciudad del Cosco, dejó de padecer particular persecución de aquella crueldad y tiranía, sin la general que todo el imperio padecía, porque en todo él había derramamiento de sangre, incendio de pueblos, robos,

fuerzas, y estupros y otros males, según la libertad militar los suele hacer cuando toma la licencia de si mesma. Tampoco escaparon desta calamidad los pueblos y provincias alejadas de la ciudad de el Cosco, porque luego q' Atahuallpa supo la prisión del Huáscar, mandó hacer guerra a fuego y a sangre a las provincias comarcanas a su reino, particularmente a los Cañaris, porque a los principios de su levantamiento no quisieron obedecerle; después cuando se vió poderoso hizo cruelísima venganza en ellos, según lo dice también Agustín de Zárate, capítulo quince, por estas palabras: y llegando a la provincia de los Cañaris mató sesenta mil hombres dellos, porque le habían sido contrarios, y metió a fuego y a sangre, y asoló la población de Tumibamba, situado en un llano, ribera de tres grandes ríos; la cual era muy grande y de allí fué conquistando la tierra, y de los q' se le defendían, no dejaba hombre vivo &c. Lo mismo dice Francisco Lopez de Gomara, casi por las mismas palabras. Pedro de Cieza lo dice más largo y más encarecidamente, que habiendo dicho la falta de varones y sobra de mugeres que en su tiempo había en la provincia de los Cañaris: y que en las guerras de los españoles daban indias en lugar de indios para que llevasen las cargas del ejército. Diciendo porqué lo hacían, dice estas palabras, capítulo cuarenta y cuatro: algunos indios quieren decir que más hacen esto por la gran falta que tienen de hombres y abundancia de mugeres, por causa de la gran crueldad que hizo Atabalipa en los naturales desta provincia al tiempo que entró en ella, después de haber en el pueblo de Ambato muerto y desbaratado al capitán general de Huáscar Inca su hermano, llamado Antoco, que afirman, que no embargante que salieron los hombres y niños con ramos verdes y hojas de palma a pedir misericordia, con rostro airado, acompañado de gran severidad, mandó a sus gentes y capitanes de guerra que los matasen a todos, y así fueron muertos gran número de hombres y niños, según que yo trato en la tercera parte de la historia. Por lo cual los que agora son vivos, dicen que hay quince veces más mugeres que hombres (22) &c. Hasta aquí es de Pedro de Cieza, con lo cual se ha dicho harto de las crueldades de Atahuallpa: dejaremos la mayor dellas para su lugar. Destas crueldades nació el cuento que ofrecí decir de don Francisco hijo de Atahuallpa, y fué q' murió pocos meses antes q' yo me viniese a España. El día siguiente a su muerte, bien de mañana, antes de su entierro, vinieron los pocos parientes Incas que había

(22) La tercera parte de la obra de Cieza comprendía la Historia de la Conquista que hasta hoy no ha sido publicada, pero de la que dió noticia D. Marcos Jimenes de la Espada.

a visitar a mi madre, y entre ellos vino el Inca viejo de quien otras veces hemos hecho mención. El cual en lugar de dar el pésame, porque el difunto era sobrino de mi madre, hijo de primo hermano, le dió el pláceme diciéndole: que el Pachacamac la guardase muchos años, para que viese la muerte y fin de todos sus enemigos, y con esto dijo otras muchas palabras semejantes con gran contento y regocijo. Yo no advirtiendo por qué era la fiesta le dije: Inca ¿cómo nos hemos de holgar de la muerte de don Francisco siendo tan pariente nuestro? El se volvió a mí con gran enojo, y tomando el cabo de la manta que en lugar de capa traía, lo mordió, (que entre los indios es señal de grandísima ira) y me dijo: ¿tú has de ser pariente de un Auca, hijo de otro Auca, que es tirano traidor de quien destruyó nuestro imperio?, ¿de quien mató nuestro Inca?, ¿de quien consumió y apagó nuestra sangre y descendencia?, ¿de quien hizo tantas crueldades, tan agenas de los Incas nuestros padres? Démenlo así muerto como está que yo me lo comeré crudo sin pimiento: que aquel traidor de Atahuallpa su padre no era hijo de Huaina Capac, nuestro Inca, sino de algún indio quitu con quien su madre haría traición a nuestro rey: que si él fuera Inca no solo no hiciera las crueldades y abominaciones que hizo, más no las imaginara; que la doctrina de nuestros pasados nunca fué que hiciésemos mal a nadie, ni aún a los enemigos, cuanto más a los parientes, sino mucho bien a todos: por tanto no digas que es nuestro pariente el q' fué tan en contra de todos nuestros pasados: mira que a ellos y a nosotros, y a tí mesmo te haces mucha afrenta en llamarnos parientes de un tirano cruel que de reyes hizo siervos, a esos pocos que escapamos de su crueldad. Todo esto y mucho más me dijo aquel Inca, con la rabia que tenía de la destruición de todos los suyos, y con la recordación de los males que las abominaciones de Atahuallpa les causaron, trocaron en grandísimo llanto el regocijo que pensaban tener de la muerte de don Francisco, el cual mientras vivió, sintiendo este odio que los Incas y todos los indios en común le tenían, no trataba con ellos ni salía de su casa. Lo mismo hacían sus dos hermanas, porque a cada paso oían el nombre Auca, tan significativo de tiranías, crueldades y maldades, digno apellido y blason de los que lo pretendían.

CAPITULO XL.

LA DESCENDENCIA QUE HA QUEDADO DE LA SANGRE REAL DE LOS INCAS.

MUCHOS días después de haber dado fin a este libro nono, recibí ciertos recaudos del Perú, de los cuales saqué el capítulo que se sigue, porque me pareció que convenía a la historia, y así lo añadí aquí: de los pocos Incas de la sangre real que sobraron de las crueldades y tiranías de Atahuallpa, y de otras que después acá ha habido, hay sucesión más de la que yo pensaba; porque al fin del año de seiscientos y tres escribieron todos ellos a don Melchor Carlos Inca y a don Alonso de Mesa, hijo de Alonso de Mesa, vecino que fué del Cosco, y a mí también, pidiéndonos que en nombre de todos ellos suplicásemos a su magestad se sirviese de mandarlos exentar de los tributos que pagan, y de otras vejaciones que como los demás indios comunmente padecen. Enviaron poder *in solidum* para todos tres y probanza de su descendencia, quienes y cuántos (nombrados por sus nombres) descendían de tal rey, y cuántos de tal, hasta el último de los reyes: y para mayor verificación y demostración, enviaron pintado en vara y media de tafetan blanco de la China, el arbol real, descendiendo desde Manco Capac hasta Huaina Capac y su hijo Paullu. Venían los Incas pintados en su traje antiguo. En las cabezas traían la borla colorada, y en las orejas sus orejeras; y en las manos sendas partesanas en lugar de cetro real. Venían pintados de los pechos arriba y no más. Todo este recaudo vino dirijido a mí, y yo lo envié a don Melchor Carlos Inca y a don Alonso de Mesa, que residen en la corte de Valladolid que yo por estas ocupaciones no pude solicitar esta causa, que holgara emplear la vida en ella, pues no se podía emplear mejor. La carta que me escribieron los Incas es de letra de uno dellos, y muy linda, el frasis o lenguage en que hablan, mucho dello

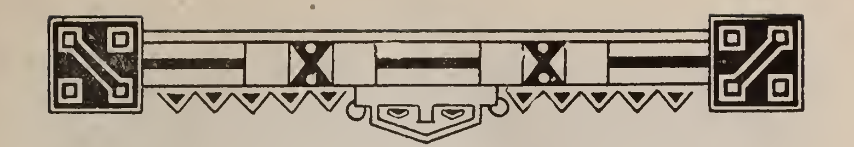
es conforme a su lenguage y otro mucho a lo castellano, que ya están todos españolados: la fecha de diez y seis de abril de mil y seiscientos y tres. No la pongo aquí por no causar lástima con las miserias que cuentan de su vida. Escriben con gran confianza (y así lo creemos todos) que sabiéndolas su magestad católica, los mandará remediar y les hará otras muchas mercedes, porque son descendientes de reyes. Habiendo pintado las figuras de los reyes Incas, ponen a lado de cada uno dellos su descendencia, con este título, Capac Ayllu, que es generación augusta o real, que es lo mismo. Este título es a todos en común, dando a entender que todos descienden del primer Inca Manco Capac. Luego ponen otro título en particular a la descendencia de cada rey, con nombres diferentes para q' se entienda por ellos los que son tal o tal rey. A la descendencia de Manco Capac llaman Chima Panaca: son cuarenta Incas los que hay de aquella sucesión. A la de Sinchi Roca llaman Rauraua Panaca: son sesenta y cuatro Incas. A la de Lloque Yupanqui, tercero Inca, llaman Hahuanina Ayllu: son sesenta y tres Incas. A los de Capac Yupanqui llaman Apu Maita: son cincuenta y seis. A los de Maita Capac, quinto rey, llaman Usca Maita: son treinta y cinco. A los de Inca Roca dicen Vicaquirau: son cincuenta. A los de Yahuar Huaca, séptimo rey, llaman Aylli Panaca: son cincuenta y uno. A los de Viracocha Inca dicen Socso Panaca: son sesenta y nueve. A la descendencia del Inca Pachacutec y a la de su hijo Inca Yupanqui, juntándolas ambas, llaman Inca Panaca; y así es doblado el número de los descendientes, porque son noventa y nueve. A la descendencia de Tupac Inca Yupanqui llaman Capac Ayllu, que es descendencia imperial, por confirmar lo que arriba dijo con el mismo nombre, y no son más de diez y ocho. A la descendencia de Huaina Capac llaman Tumipampa, (23) por una fiesta solemnísima que Huaina Capac hizo al sol en aquel campo, que está en la provincia de los Cañaris, donde había palacios reales y depósitos para la gente de guerra, y casa de escogidas, y templo del sol, todo tan principal y aventajado y tan lleno de riquezas y bastimento, como donde más aventajado lo había, como lo refiere Pedro de Cieza, con todo el encarecimiento que puede, capítu-

(23) En la época de las informaciones de Toledo sobrevivían descendientes de cada uno de estos ayllos. Sus nombres pueden leerse en el Apéndice C de la obra de Molina. *Fábulas y Ritos de los Incas.* Col. Urteaga-Romero t. I. p. 201. También se puede leer en *La fe de la provanza de la Historia Indica* de Gamboa. p. 131. Edi. cit. Respecto a los nombres de los ayllos ilustres citados por Garcilaso, se pueden leer con ligeras variantes en la obra de Sarmiento de Gamboa, escrita sobre las *Informaciones de Toledo. Historia Indica.* Edi. alemana 1906.

lo cuarenta y cuatro; y por parecerle que todavía se había acortado acaba diciendo: en fin no puedo decir tanto que no quede corto en querer engrandecer las riquezas que los Incas tenían en estos sus palacios reales, &c.

La memoria de aquella fiesta tan solemne quiso Huaina Capac que se conservase en el nombre y apellido de su descendencia, que es Tumipampa, y no son más de veinte y dos; que como la de Huaina Capac y la de su padre Tupac Inca Yupanqui eran las descendencias más propincuas al árbol real, hizo Atahuallpa mayor diligencia para extirpar estas que las demás, y así se escaparon muy pocos de su crueldad, como lo muestra la lista de todos ellos; la cual sumada hace número de quinientas y sesenta y siete personas; y es de advertir que todos son descendientes por línea masculina; que de la femenina como atrás queda dicho, no hicieron caso los Incas, sino eran hijos de los españoles, conquistadores y ganadores de la tierra, porque a estos también les llamaron Incas, creyendo que eran descendientes de su dios el sol. La carta que me escribieron firmaron once Incas, conforme a las once descendencias, y cada uno firmó por todos los de la suya con los nombres del bautismo, y por sobrenombres los de sus pasados. Los nombres de las demás descendencias, sacadas estas dos últimas, no sé qué signifiquen, porque son nombres de la lengua particular que los Incas tenían para hablar ellos entre sí unos con otros, y no de la general que hablaban en la corte. Resta decir de don Melchor Carlos Inca, nieto de Paullu, y bisnieto de Huaina Capac, de quien dijimos que vino a España el año de seiscientos y dos a recebir mercedes. Es así que a principios deste año de seiscientos y cuatro salió la consulta en su negocio, de que se le hacía merced de siete mil y quinientos ducados de renta perpétuos, situados en la caja real de su magestad en la ciudad de los Reyes, y q' se le daría ayuda de costa para traer su muger de España, y un hábito de Santiago y esperanza de plaza de asiento en la casa real, y que los indios que en el Cosco tenía heredados de su padre y abuelo, se pusiesen en la corona real, y que él no pudiese pasar a las Indias. Todo esto me escribieron de Valladolid que había salido de la consulta. No sé que hasta ahora (que es fin de marzo), se haya efectuado nada para poderlo escribir aquí: y con esto entraremos en el libro décimo a tratar de las heroicas e increíbles hazañas de los españoles que ganaron aquel imperio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



PROLOGO

A LOS INDIOS MESTIZOS Y CRIOLLOS DE LOS REINOS Y PROVINCIAS DEL GRANDE Y RIQUISIMO IMPERIO DEL PERU.

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA, SU HERMANO, COMPATRIOTA Y PAISANO. SALUD Y FELICIDAD.

POR tres razones entre otras, señores y hermanos míos, escribí la primera, y escribo la segunda parte de los Comentarios reales de esos reinos del Perú. La primera por dar a conocer al universo nuestra patria, gente y nación, no menos rica al presente con los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, de su fé y ley evangélica, que siempre por las perlas y piedras preciosas de sus ríos y mares, por sus montes de oro y plata, bienes, muebles y raíces suyos, que tienen raíces sus riquezas: ni menos dichosa por ser suejtada de los fuertes, nobles y valerosos españoles, y sujeta a nuestros reyes católicos, monarcas de lo más y mejor del orbe, que por haber sido poseída y gobernada de sus antiguos príncipes los Incas peruanos: césares en felicidad y fortaleza. Y porque de virtud, armas y letras suelen preciarse las tierras en cuanto remedan al cielo: Destas tres prendas puede loarse la nuestra, dando a Dios las gracias y gloria: pues sus conterráneos son de su natural dóciles, de ánimos esforzados, entendimientos prestos, y voluntades afectas a piedad y religión, desde que la cristiana posée sus corazones trocados por la diestra de muy alto, de q son testigos abonados en sus Cartas Annuas los padres de la Compañía de Jesús, que haciendo oficio de apóstoles entre indios, esperimentan su singular devoción, reforma de costum-

bres, frecuencia de sacramentos, limosnas y buenas obras: argumento del aprecio y estima de su salvación. En fé de lo cual atestiguan estos varones apostólicos, que los fieles indianos sus feligreses, con las primicias del espíritu hacen a la de Europa casi la ventaja que los de la iglesia primitiva a los cristianos de nuestra era, cuando la católica fué desterrada de Inglaterra y del Septentrion, su antigua colonia, se vá de un poco a otro a residir con los antípodas. De cuyo valor y valentía hice larga mención en el primer volumen destos Reales Comentarios, dando cuenta de las gloriosas empresas de los Incas, que pudieran competir con los Daríos de Persia Ptolomeo de Egipto, Alejandro de Grecia, y Cipiones de Roma. Y de las armas peruanas más dignas de loar, que las griegas y troyanas, haré breve relación en este tomo cifrando las hazañas y proezas de algunos de sus Hectores y Achiles; y baste por testimonio de sus fuerzas y esfuerzo, lo que han dado en que entender a los invencibles castellanos, vencedores de ambos mundos. Pues ya de sus agudos y sutiles ingenios, hábiles para todo género de letras, valga el voto del doctor Juan de Cuellar, canónigo de la santa iglesia catedral de la imperial Cosco, que siendo maestro de los de mi edad y suerte, solía con tiernas lágrimas decirnos: *¡Oh hijos! y cómo quisiera ver una docena de vosotros en la universidad de Salamanca.* Pareciéndole podían florecer las nuevas plantas del Perú en aquel jardín y verjel de sabiduría. Y por cierto, que tierra tan fértil de ricos minerales y metales preciosos, era razón criase venas de sangre generosa y minas de entendimientos despiertos para todas artes y facultades. Para los cuales no falta habilidad a los indios naturales y sobra capacidad a los mestizos hijos de indias y españoles, o de españolas e indios. Y a los criollos oriundos de acá, nacidos, y connaturalizados allá. A los cuales todos como a hermanos y amigos, parientes y señores míos, ruego y suplico se animen y adelanten en el ejercicio de virtud, estudio y milicia. volviendo por sí y por su buen nombre, con que lo harán famoso en el suelo y eterno en el cielo. Y de camino es bien que entienda el Mundo Viejo y político, que el Nuevo (a su parecer bárbaro) no lo es, ni ha sido sino por falta de cultura. De la suerte que antiguamente los griegos y romanos, por ser la nata y flor del saber y poder a las demás regiones, en comparación suya llamaban bárbaras: entrando en esta cuenta la española, no por serlo de su natural, más por faltarle lo artificial; pues luego con el arte dió naturaleza muestras heróicas, del ingenio en letras, de ánimo en armas y en ambas cosas hizo raya entonces en el imperio romano, con los sabios Sénecas de Córdoba, flor de saber y caba-

llería y con los augustísimos Trajano y Teodosios de Itálica o Sevilla, llave de los tesoros de Occidente: ya levanta la cabeza entre sus émulas naciones, y sobre ellas que así te dá la prima y palma la nuestra, antes inculta, hoy por tu medio cultivada, y de bosque de gentilidad e idolatría, vuelta en paraíso de Cristo. De que no resulta pequeña gloria a España, en haberla el Todo Poderoso escogido por medianera, para alumbrar con lumbre de fé a las regiones que yacían en la sombra de la muerte; porque verdaderamente la gente española, como herencia propia del Hijo de Dios, heredada del Padre Eterno, que dice en un salmo de David: *Postula a me, et dabo tibi gentes haereditatem tuam, et possesssionem tuam terminos terrae.* Reparte con franca mano del celestial mayorazgo de la fé y Evangelio, con los indios, como con hermanos menores, a los cuales alcanza la paternal bendición de Dios; y aunque vienen a la viña de su iglesia a la hora undécima, por ventura les cabrá jornal y paga igual a los que *portarunt pondus diei, et æstus.*

El segundo respeto y motivo de escribir esta Historia fué celebrar (si no digna al menos debidamente) las grandezas de los heróicos españoles, que con su valor y ciencia militar ganaron para Dios, para su rey y para sí, aqueste rico imperio cuyos nombres dignos de cedro, viven en el libro de la vida y vivirán inmortales, en la memoria de los mortales. Por tres fines se eternizan en escritos los hechos hazañosos de hombres, en paz y letras, o en armas y guerras, señalados. por premiar sus merecimientos con perpétua fama. Por honrar su patria, cuya honra ilustre, son ciudadanos y vecinos tan ilustres; y para ejemplo e imitación de la posteridad, que avive el paso en pos de la antiguedad, siguiendo sus batallas, para conse guir sus victorias. A este fin por leyes de Solon y Licurgo, legisladores de fama, afamaban tanto a sus héroes las repúblicas de Atenas y Lacedemonia. Todos tres fines creo y espero se conseguirán con esta historia; porque en ellas serán premiados con honor y loor, premio digno de sola la virtud, por la suya esclarecida, los clarísimos conquistadores del Nuevo Orbe, que son gozo y corona de España, madre de la nobleza y señora del poder y haberes del mundo: la cual juntamente será engrandecida y ensalzada, como madre y ama de tales, tantos y tan grandes hijos, criados a sus pechos con leche de fé y fortaleza, mejor que Rómulo y Remo. Y finalmente, los hidalgos pechos de los descendientes y sucesores, nunca pecheros a cobardía, afilarán sus aceros con nuevo brío y denuedo, para imitar las pisadas de sus mayores, emprendiendo grandiosas proezas en la milicia de Palas y Marte, y en la escuela de Mercurio y Apolo, no degenerando de su nobilísima pro-

sapia y alcurnia; antes llevando adelante el buen nombre de su linage, que parece traer su orígen del cielo; adonde como a patria propia y verdadera, deben caminar por este destierro y valle de lágrimas, y poniendo la mira en la corona de gloria que les espera, aspirar a llevársela, entrando por picas y lanzas, soprepujando dificultades y peligros; para que así como han, con su virtud, allanado el paso y abierto la puerta a la predicación y verdad evangélica, en los reinos del Perú, Chile, Paraguay, Nueva España y Filipinas, hagan lo mismo en la Florida y en la tierra Magallánica, debajo del Polo Antártico, y habida victoria de los infieles enemigos de Cristo, a fuer de los emperadores y cónsules romanos, entren los españoles triunfando con los trofeos de la fé, en el empíreo capitolio.

La tercera causa de haber tomado entre manos esta obra ha sido lograr bien el tiempo con honrosa ocupación, y no malograrlo en ociosidad, madre de vicios, madrastra de la virtud, raíz, fuente y origen de mil males que se evitan, con el honesto trabajo del estudio; digno empleo de buenos ingenios, de nobles ánimos, de estos para entretenerse ahidalgadamente, según su calidad y ganar los días de su vida en loables ejercicios; y de aquellos para apacentar su delicado gusto en pastos de ingenio, y adelantar el caudal en fineza de sabiduría, que rentan y montan más al alma que al cuerpo los censos, ni que los juros, las perlas de Oriente y plata, de nuestro Potocsi. A esta causa escribí la Coronica de la Florida, de verdad florida, no con mi seco estilo. más con la flor de España, que trasplantada en aquel páramo y eriazo, pudiera dar fruto de bendición desmontando a fuerza de brazos, la maleza del fiero paganismo, y plantando con riego del cielo, el árbol de la cruz y estandarte de nuestra fé, vara florida de Aaron y Jesé. También por aprovechar los años de mi edad y servir a los estudiosos, traduje de italiano en romance castellano, los diálogos de Filosofía entre Filon y Sophia, libro intitulado: *Leon Hebreo*, que anda traducido en todas lenguas hasta en lenguage peruano (para que se vea a do llega la curiosidad y estudiosidad de los nuestros,) y en latin corre por el orbe latino, con esceptión y concepto de los sabios y letrados que lo precian y estiman, por la alteza de su estilo y delicadeza de su materia. Por lo cual, con justo acuerdo la santa y general inquisición destos reinos, en este último espurgatorio de libros prohibidos, no vedándolo en otras leguas, lo mandó recoger en la nuestra vulgar, porq' no era para vulgo; y pues consta de su prohibición, es bien se sepa la causa, aunque, después acá, he oído decir que ha habido réplica sobre ello, y porque estaba dedicado al rey nuestro señor don Felipe Segundo, que Dios haya en su gloria,

SEGUNDA PARTE

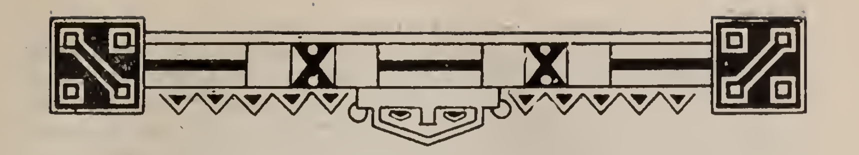
DE

LOS COMENTARIOS REALES

DEL INCA

GARCILASO DE LA VEGA

TOMO III

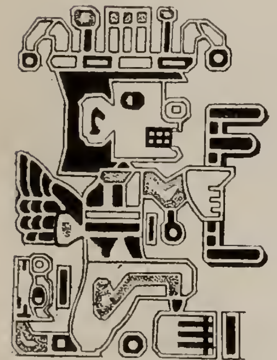


LIBRO PRIMERO

Donde se verá un Triunvirato que tres españoles hicieron para ganar el imperio del Perú. Los provechos de haberse ganado. Los trabajos q' pasaron en el descubrimiento. Como desampararon los suyos a Piazrro y quedaron solo trece con él. Cómo llegaron a Tumpis. Un milagro que allí hizo Dios nuestro Señor por ellos. La venida de Francisco Pizarro a España a pedir la conquista. Su vuelta al Perú. Los trabajos de su viaje. Las embajadas que entre indios y españoles se hicieron. La prisión de Atahualpa. El rescate que prometió. Las diligencias que por él hicieron los españoles. La muerte de los dos reyes Incas. La veneración que tuvieron los españoles. Contiene cuarenta y uno capitulos.

CAPITULO PRIMERO

TRES ESPAÑOLES, HOMBRES NOBLES, ASPIRAN A LA CONQUISTA DEL PERU.



N las cosas que hemos dicho en el libro nono de la primera parte de los Comentarios Reales, se ocupaba el bravo Atahuallpa tan contento y ufano de pensar que con sus crueldades y tiranías iba asegurando su imperio, cuán ageno y descuidado de imaginar que mediante ellas mismas, se lo habían de quitar muy presto gentes estrañas no conocidas, que en tiempo tan próspero y favorable como él se prometía, llamaron a su puerta para derribarle de su trono y quitarle la vida y el imperio, que fueron los españoles. Cuya historia para haberla de contar como pasó, será necesario volvamos algunos años atrás para tomar de sus primeras fuentes la corriente della: Decimos que los españoles después que descubrie-

ron el Nuevo Mundo, andaban tan ganosos de descubrir nuevas tierras y otras más y más nuevas, que aunque muchos dellos estaban ricos y prósperos, no contentos con lo que poseían, ni cansados de los trabajos, hambres y peligros, heridas, enfermedades, malos días y peores noches, que por mar y por tierra habían pasado, volvían de nuevo a nuevas conquistas y mayores afanes, para salir con mayores hazañas que eternizasen sus famosos nombres. Así acaeció en la conquista del Perú, que viviendo en Panamá, Francisco Pizarro, natural de Trujillo, de la muy noble sangre que deste apellido hay en aquella ciudad; y Diego de Almagro, natural de Malagón, según Agustín de Zárate, aunque Gomara dice que de Almagro, que es más verisimil por el nombre, no se sabe de qué linage, más sus obras tan hazañosas y generosas dicen que fué nobilísimo; porque ese lo es, que las haces tales, y por el fruto se conoce el árbol. Eran hombres ricos y famosos por las hazañas que en otras conquistas habían hecho, particularmente Francisco Pizarro que había sido capitán y teniente de gobernador. año de mil y quinientos y doce en la ciudad de Uraba, cuando la conquistó y pobló el mismo con cargo de teniente general, por el gobernador Alonso de Ojeda, y fué el primer capitán español que en aquella provincia hubo, donde hizo grandes hechos y pasó muchos y muy grandes afanes, como lo dice muy breve y compendiosamente Pedro de Cieza de León, capítulo sesto, por estas palabras: Y después desto pasado, el gobernador Ojeda, fundó un pueblo de cristianos en la parte que llaman de Uraba, donde puso por su capitán y lugar-teniente a Francisco Pizarro, que después fué gobernador y Marqués; y en esta ciudad o villa de Uraba pasó muchos trabajos este capitán Francisco Pizarro, con los indios de Uraba, y con hambres y enfermedades que para siempre quedará dél fama, &c. Hasta aquí es de Pedro de Cieza. También se halló en el descubrimiento del mar del Sur, con el famoso sobre los famosos, Vasco Nuñez de Balboa; y en la conquista de Nombre de Dios y Panamá se halló con el gobernador Pedro Arias de Avila, como lo dice Gomara al fin del capítulo ciento y cuarenta y cinco de la historia de las Indias.

Pues no contento Francisco Pizarro y Diego de Almagro de los trabajos pasados, se ofrecieron a otros mayores; para lo cual, movidos de la fama simple que entonces había del Perú, hicieron compañía y hermandad entre sí estos dos ilustres y famosos varones, y con ellos Hernando de Luque, maestre-escuela de Panamá, señor de la Taboga, juraron todos tres en público, y otorgaron escritura de obligación de no deshacer la compañía por gastos ni desgracias que en la empresa

que pretendían de la conquista del Perú les sucediesen; y que partirían hermanablemente cualquiera ganancia que hubiese Concertaron que Hernando de Luque se quedase en Panamá a beneficiar las haciendas de todos tres, (24) y q' Francisco Pizarro tomase la empresa de ir al descubrimiento y conquista de la tierra que hallase: y que Diego de Almagro fuese y viniese del uno al otro con gente, armas y caballos, y bastimento para socorrer los compañeros que anduviesen en la conquista. Llamaron al maestre-escuela Hernando de Luque, Hernando el Loco, por decírselo a todos tres; porque siendo hombres ricos y habiendo pasado muchos y grandes trabajos, y siendo ya hombres de mucha edad, que cualquiera dellos pasaba de los cincuenta años, se ofreciesen de nuevo a otros mayores afanes, y tan a ciegas, que ni sabían a donde, ni a qué tierra iban, ni si era rica, ni pobre, ni lo que era menester para la ganar. Más la buena dicha de los que hoy la gozan les llamaba y aún esforzaba a que emprendiesen lo que no sabían. Pero lo principal era que Dios había misericordia de aquellos gentiles, y quería por este camino enviarles su evangelio, como lo veremos en muchos milagros que en favor dellos hizo en la conquista.

(24) La participación de Luque en el contrato para la conquista del Perú fué más aparente que real, el verdadero proveedor y capitalista fué el Licenciado Gaspar de Espinosa. Véase al respecto las pruebas de este aserto en los Documentos que publicó Quintana. Españoles Célebres t. II. Apéndice Nº. 2. nota. Véase también Prescott *Conquista del Perú*. Lib. I. c. II.

CAPITULO II

LAS ESCELENCIAS Y GRANDEZAS QUE HAN NACIDO DE LA COMPAÑIA DE LOS TRES ESPAÑOLES

EL Triunvirato que hemos dicho otorgaron todos tres españoles en Panamá, en cuya comparación se me ofrece el que establecieron los tres emperadores romanos en Laino, lugar cerca de Bolonia; pero tan diferente el uno del otro, que parecerá disparate querer comparar el nuestro con el ageno; porque aquel fué de tres emperadores y este de tres pobres particulares. Aquel para repartir entre ellos todo el Mundo Viejo que los romanos ganaron, y para gozarlos ellos pacíficamente y este para trabajar y ganar un imperio del Nuevo Mundo, que no sabían lo que les había de costar, ni cómo lo habían de conquistar. Empero si bien se miran y consideran los fines y efectos del uno y del otro, se verá que aquel Triunvirato fué de tres tiranos que tiranizaron todo el mundo, y el nuestro de tres hombres generosos, que cualquiera dellos merecía por sus trabajos, ser dignamente emperador; aquel fué para destruir todo el mundo, como lo hicieron, y este para enriquecerle, como se ha visto y se vé cada día, como lo probaremos largamente en los primeros capítulos siguientes. Aquel Triunvirato fué para dar y entregar los valedores, amigos y parientes en trueque y cambio de los enemigos y contrarios por vengarse dellos: y éste para morir ellos, en demanda del beneficio ageno ganando a su costa nuevos imperios, para amigos y enemigos, sin distinción alguna, pues gozan de sus trabajos y ganancias los cristianos, gentiles, judíos, moros, turcos, y hereges; que por todos ellos se derraman las riquezas que cada año vienen de los reinos q' nuestro Triunvirato ganó, demás de la predicación del santo Evangelio, que es lo más que se debe estimar, pues fueron los primeros cristianos que lo

predicaron en aquel gran imperio del Perú, y abrieron por aquella parte las puertas de la iglesia católica romana, madre nuestra, para que hayan entrado y entren en su gremio tanta multitud de fieles, cuya muchedumbre ¡quién podrá numerar¡ ¿Y quién podrá decir la grandeza de solo este hecho? ¡O nombre y genealogía de Pizarros, cuánto te deben todas las naciones del Mundo Viejo, por las grandes riquezas que del Mundo Nuevo les has dado! ¡Y cuánto más te deben aquellos dos imperios Peruano y Mejicano, por tus dos hijos Hernando Cortéz, Pizarro, y Francisco Pizarro y los demás sus hermanos Hernando Pizarro, Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, los cuales mediante sus grandes trabajos e increíbles hazañas les quitaron las infernales tinieblas en q' morían, y les dieron la luz evangélica en q' hoy viven! ¡O descendencia de Pizarros!, bendígante las gentes de siglo en siglo por padre y madre de tales hijos, y la fama engrandezca el nombre de Sancho Martinez de Añasco Pizarro, padre de Diego Hernandez Pizarro, antecesor de todos estos heróicos varones, q' tantos y tales beneficios han hecho a entrambos mundos; a este con riquezas temporales y a aquel con la espirituales, por las cuales merece nuestro Triunvirato, tanto de fama, honra y gloria, cuanto aquel de infamia, abominación y vituperio, que jamás podrán los presentes ni venideros loar este como él merece, ni blasfemar de aquel a igual de su maldad y tiranía: Del cual el gran doctor en ambos derechos, y gran historiador de sus tiempos, y gran caballero de Florencia, Francisco Guichardino, hijo digno de tal madre, en el libro nono de su galana historia dice estas palabras:

«Laino, lugar famoso por la memoria de haberse juntado en él, Marco Antonio, Lepido y Otaviano, los cuales, debajo del nombre Triunvirato, establecieron y firmaron allí las tiranias que en Roma ejecutaron, y aquella proscripción, y encartamiento nunca jamás bastantemente abominado. Esto dice aquel famoso caballero de aquel nefando Triunvirato, y del nuestro hablan en sus historias largamente los dos ministros imperiales, el capellán Francisco Lopez de Gomara, y el contador Agustín de Zárate, (25) y otros más modernos, los cuales citaremos siempre que se nos ofrezca.

---

(25) Francisco Lopez de Gomara fué compañero de Hernan Cortez en la conquista de México, en recompensa de sus servicios el Gran Conquistador lo nombró su capellan. Gomara escribió entonces su *Historia de Nueva España y del Perú* que es una apologia de su héroe.

CAPITULO III

LA POCA MONEDA QUE HABIA EN ESPAÑA ANTES DE LA CONQUISTA DEL PERU.

PARA probar como ha enriquecido nuestro Triunvirato a todo el mundo, me conviene hacer una larga digresión, trayendo a la memoria algunos pasos de historias, de las rentas que algunos reinos tenían antes de la conquista del Perú, y de las que ahora tienen. Séame lícito discurrir por ellas, que yo procuraré ser breve lo más que pudiere. Juan Bodino, francés, en su libro de la República, libro sesto, capítulo segundo, habla muy largo en el propósito de que tratamos: dice en común y en particular, cuán poco valían las rentas de las repúblicas y de los príncipes, antes que los españoles ganaran el Perú, y lo que al presente valen. Hace mención de muchos estados, que fueron empeñados o vendidos en muy poco precio. Refiere los sueldos tan pequeños que ganaban los soldados, y los salarios tan cortos que los príncipes daban a sus criados, y los precios tan bajos que todas las cosas tenían, donde remito al que lo quisiere ver más largo. En suma dice que el que entonces tenía cien reales de renta, tiene ahora mil de las mismas cosas; y que las posesiones valen ahora veinte veces más que antes valían; trae a cuenta el rescate que el rey de Francia, Luis Noveno, pagó por sí al Soldan de Egipto, que dice que fueron quinientos mil francos, y lo coteja con el que el rey Francisco Primero pagó al emperador Carlos Quinto, que dice, fueron tres millones. También dice que en vida del rey Carlos Sesto, el año de mil y cuatrocientos y cuarenta y nueve, valió la renta de la corona de Francia cuatrocientos mil francos; y que el año que murió el rey Carlos Noveno francés, que fué el año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, valió catorce millones; y a este respecto dice de otros grandes

potentados. Todo lo cual es bastante prueba de lo que el Perú ha enriquecido a todo el mundo. Y porque desta materia tenemos mucha abundancia en nuestra república de España, no hay para qué busquemos cosas que decir en las agenas; sino q' digamos de las nuestras y no de muchos siglos atrás; sino desde el rey don Fernando, llamado el Santo, que ganó a Córdova y a Sevilla, de quien la historia general de España, escrita por el rey don Alonso el Sabio, en la cuarta parte de la Corónica, capítulo décimo, dice que don Alonso Nono, rey de León, padre del rey don Fernando el Santo, le hizo guerra, y que el hijo le envió una embajada por escrito, diciendo, que como hijo obediente no le había de resistir, que le dijese el enojo que contra él tenía para darle la enmienda; y que el don Alonso respondió, que porque no le pagaba diez mil maravedís que le debía le hacía la guerra; y que sabiéndolo el rey don Fernando se los pagó y cesó la guerra. Por ser larga la carta del hijo al padre, no la ponemos aquí, y ponemos su respuesta que lo contiene todo; la cual sacada a la letra dice así: Entonces el rey de León envió esta respuesta, sin carta. Que facie guerra por diez mil maravedís q' el debíe el rey don Enrique, por el camio de Santivañez de la Mota; e si ge los él diese non farie guerra. E entonces el rey don Fernando non quiso haber guerra con su padre por diez mil maravedís, e mandógelos luego dar. Hasta aquí es de la Corónica General; y en particular la del mismo rey don Fernando, capítulo once, se lee lo que se sigue, sacado a la letra.

Poco tiempo después desto, un caballero cruzado para la demanda de la Tierra Santa, que se llamaba Ruy Díaz de los Camareros, comenzó a hacer muchos agravios. E como desto viniesen muchas quejas al rey don Fernando, mandole llamar a cortes, para que respondiese por sí a las cosas que contra él ponían, y para que satisfaciese los agravios que él había hecho. E Ruy Díaz vino a la corte, a Valladolid, el cual hubo grande enojo cuando supo las quejas que dél se habían dado. Y así por este enojo, como por consejo de malos hombres partióse luego de la corte sin licencia del rey; y como el rey don Fernando supo que Ruy Díaz se había así partido sin su licencia, hubo mucho enojo dél, y quitóle la tierra, por cortes, y Ruy Díaz no quería dar las fortalezas, más al fin las hubo de dar, con condición que le diese el rey catorce mil maravedí en oro, y recibidos los dichos catorce mil maravedís, entregó luego las fuerzas al noble rey don Fernando &c.. En la misma historia, capítulo diez y seis, cuando el rey tomó la posesión del reino de León, dice lo que se sigue: el rey don Fernando

aún no tenía la posesión del reino, puesto que tuviese la más parte, según cuenta la historia, partió de Mansilla y fué para León, que es cabeza del reino, a donde fué muy honradamente recebido y con mucho placer, y allí fué alzado por rey de León por el obispo de la misma ciudad, que se llamaba don Rodrigo, e por todos los caballeros e ciudadanos, y puesto en la silla real, cantando la clerecía *Te-Deum Laudamus* solemnemente. Y todos quedaron muy contentos y alegres con su rey; y desde entonces fué llamado rey de Castilla y de León. Los cuales dos reinos, legítimamente heredó de su padre y de su madre. Y así como estos dos reinos se habían dividido después del emperador, en don Sancho rey de Castilla, y en don Fernando rey de León, y así estuvieron algunos tiempos, así se juntaron otra vez en este noble rey don Fernando el Tercero. Después desto la reina doña Teresa, madre de doña Sancha, e doña Dulce, hermanas del rey don Fernando, como viese que estaba apoderado en el reino, no pudiendo resistirle, envió al rey don Fernando a demandarle partido y conveniencia, de lo cual pesó a algunos grandes de Castilla, que deseaban, por su dañada voluntad, que hubiese guerra y revuelta entre León y Castilla. Empero la noble reina doña Berenguela, oída la embajada de doña Teresa, temiendo los daños y peligros que se recrescen de las discordias y guerras, movida con buen celo, trabajó mucho de dar algún concierto entre su hijo el rey y sus hermanas doña Sancha y doña Dulce, e hizo con su hijo que quedase allí en León, y que ella iría a Valencia a verse con la reina doña Teresa y con las infantas lo cual concedió el rey. Entonces doña Berenguela se partió para Valencia, y habló con doña Teresa y las infantas, e finalmente se concertaron que las infantas dejasen al rey don Fernando en paz el reino, y que partiesen mano de cualquiera acción y derecho que tuviesen al reino de León, y le entregasen todo lo que tenían que perteneciese a la corona real, sin pleito ni contienda, y que el rey don Fernando diese a la infantas cada año, por su vida dellas, treinta mil maravedís de oro. Esto así concertado y asentado, vínose el rey para Benavente, y asimismo las infantas vinieron allí, y otorgose de ambas partes lo que estaba asentado, e hicieron sus escrituras, e firmáronlas el rey y las infantas, y el rey les libró los dichos treinta mil maravedís en lugar donde los tuviesen bien parados y seguros: de aquesta manera poseyó el reino de León en paz y sociego. En el capítulo veinte y nueve de la misma historia dice así.

Después de casado el rey don Fernando con doña Juana, andando visitando su reino vino a Toledo, y estando allí supo

cómo la ciudad de Córdova y los otros lugares de la frontera estaban en grande estrecho por falta de mantenimientos, de lo cual mucho le pesó, y sacó veinte y cinco mil maravedís en oro y enviólos a Córdova, y otros tantos a los lugares y fortalezas &c. Estas partidas tan pequeñas se hallan en la Corónica del rey don Fernando el Santo. En el capítulo siguiente, diremos las que hay escritas en las de los reyes sucesores suyos.

CAPITULO IV

PROSIGUE LA PRUEBA DE LA POCA MONEDA QUE EN AQUELLOS TIEMPOS HABIA. Y LA MUCHA QUE HAY EN ESTOS.

La historia del rey don Enrique segundo, manuescrita, que la tenía un hermano del coronista, y doctor Ambrosio de Morales, hablando de las rentas reales, decían que valían cada año treinta cuentos de maravedís de renta, que son ochenta mil ducados; y es de advertir que era rey de Castilla y de León. Otras cosas decía a propósito de las rentas, que por ser odiosas no las digo. En la Corónica del rey don Enrique tercero, que está al principio de la de su hijo el rey don Juan el Segundo, que fué el año de mil y cuatrocientos y siete se leen cosas admirables acerca de lo que vamos diciendo, del poco dinero que entonces había en España, y del sueldo tan corto que los soldados ganaban, y del precio tan bajo que todas las cosas tenían, que por ser cosas que pasaron tan cerca del tiempo que se ganó el Perú, será bien que saquemos algunas dellas, como allí se leen, a lo menos las que hacen a nuestro propósito. El título del capítulo segundo de aquella historia dice, capítulo segundo: De la habla que el infante hizo a los grandes del reino. Este infante, decimos que fué don Fernando que ganó a Antequera, y después fué rey de Aragón: la habla dice así. Prelados, condes, ricos hombres, procuradores, caballeros y escuderos que aquí sois ayuntados, ya sabéis como el rey mi señor está enfermo, de tal manera, que no pue de ser presente a estas cortes, y mandó que de su parte vos dijese el propósito con que él era venido a esta ciudad. El cual es porque el rey de Granada le haber quebrantado la tregua, que con él tenía, y no le haber querido restituir el castillo de Ayamonte, ni le haber pagado en tiempo las parias que le debía, él le entendía hacer cruda guerra, y entrar en su reino

muy poderosamente por su propria persona; y quiere haber vuestro parecer y consejo. Principalmente quiere que veáis, que esta guerra que su merced quiere hacer, es justa; y esto visto, queráis entender en la forma que ha de tener, así en el número de la gente de armas y peones que le convenía llevar, para que el honor y preeminencia suya se guarde, como para las artillerías, y pertrechos y vituallas que para esto son menester; y para hacer el armada que conviene para guardar el estrecho, y para haber dinero para las cosas ya dichas, y para pagar el sueldo de seis meses a la gente que les parecerá ser necesaria para esta entrada. Todo esto contiene el capítulo segundo de aquella historia. En los demás que se siguen se cuenta la competencia sobre cuál de las dos ciudades había de hablar primero, si Burgos o Toledo, si León o Sevilla; y lo que respondieron los procuradores a la demanda, y como ellos no quisieron señalar el número de la gente y lo demás necesario para la guerra, sino que lo señalase el rey, y así lo señaló en el capítulo décimo, por estas palabras, sacadas a la letra: Diez mil hombres de armas y cuatro mil ginetes, y cincuenta mil peones ballesteros y lanceros, allende de la gente del Andalucía, y treinta galeras armadas, y cincuenta naos, y los peltrechos siguientes: seis gruesas lombardas, y otros cien tiros de pólvora, no tan grandes y dos ingenios y doce trabucos, y picos y azadones y azadas, y doce pares de fuelles grandes de herrero y seis mil paveses y carretas y bueyes para llevar lo susodicho, y sueldo para seis meses para la gente. Y para esto vos manda y ruega trabajéis como se reparta en tal manera, como se pueda pagar lo que asi montare dentro de los seis meses, de forma que los reinos no reciban daño. Hasta aquí es del capítulo décimo: lo que se sigue es del undécimo. Sacamos los capítulos como están, porque en sus particularidades y menudencias hay mucho que notar para lo que pretendemos probar y averiguar: dice así en el capítulo once. Visto por los procuradores lo que el rey les enviaba a mandar. parecióles grave cosa de lo poder cumplir en tan breve tiempo. Acordaron de hacer cuenta de lo q' todo podía montar, y de lo enviar así al rey, para que su merced viese lo que a su servicio y a bien de sus reinos cumplía. Y la cuenta hecha hallaron por diez mil lanzas pagadas a diez maravedís cada día, que montaba el sueldo de seis meses veinte y siete cuentos. Y cuatro mil ginetes a diez maravedís cada día, siete cuentos y docientos mil maravedís. Y 50,000 hombres de a pié, a cinco maravedís cada día, cuarenta y cinco cuentos. El armada de cincuenta naos y treinta galeras, que montarían quince cuentos, y los peltrechos de la tierra, de lombardas, e ingenios y

carretas, que podría montar seis cuentos. Así que montaría todo esto cien cuentos y docientos mil maravedís. Y vista esta cuenta, los procuradores hallaron que en ninguna manera esto se podía cumplir, ni estos reinos bastarían a pagar número tan grande en tan breve tiempo. Y suplicaron al señor infante que quisiese suplicar al rey le pluguiese para esta guerra tomar una parte de sus alcabalas y almojarifazgo y otros derechos, que montaban bien sesenta cuentos, y otra parte del tesoro que en Segovia tenía; y sobre esto q' el reino cumpliría lo que faltase &. Hasta aquí es del capítulo alegado; y porque va largo y fuera de nuestro propósito no lo saqué todo: más de que en el capítulo siguiente, que es el doceno, dice: que el rey tuvo por bien de que el reino le sirviese, y socorriese con cuarenta y cinco cuentos de maravedís para la guerra que determinaba hacer al rey de Granada; y lo cual se asentó y pagó llanamente. En el testamento del mesmo rey don Enrique Tercero, entre otras mandas que hace hay dos; la una es que manda erigir siete capellanías en la santa iglesia de Toledo, y señala diez mil y quinientos maravedís de renta para ellas, a mil y quinientos maravedís cada capellanía. Luego sucesive manda que en la dicha iglesia se le hagan cada año doce aniversarios. uno cada mes, que dén por cada aniversario docientos maravedís: los cuales manda y quiere que se repartan por los señores del cabildo que se hallaren presentes a cada aniversario. Adelante, en el capítulo ciento y ocho dice: que estando el infante don Fernando muy necesitado en el cerco de Antequera, envió a pedir socorro de dineros a la reina doña Catalina, su cuñada, la cual sacó del tesoro del rey, su hijo, seis cuentos de maravedís, con los cuales aquel buen infante acabó de ganar la ciudad de Antequera. Llegándonos más a nuestros tiempos, es de saber y de advertir, que los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, tenían tasado el gasto de su mesa y plato, en doce mil ducados cada año, con ser reyes de Castilla, de León, de Aragon, y de Navarra, y de Sicilia &c. Y porque este capítulo no sea tan largo que canse, lo dividimos en dos partes, siguiendo todavía nuestra intención.

CAPITULO V

LO QUE COSTO A LOS REYES DE CASTILLA EL NUEVO MUNDO

VINIENDO a lo último de nuestra pretensión para mayor prueba della, que es averiguar la poca moneda que había en España, antes que se ganara aquella mi tierra, diremos el precio tan bajo y la partida tan pequeña que costó, no solamente el grande y riquísimo imperio del Perú, sino todo el Mundo Nuevo, hasta entonces no conocido, que lo escribe Francisco Lopez de Gomara, en el capítulo quince de su General Historia de las Indias, donde escribe cosas notables; y porque lo son tales, diré aquí parte dellas, sacándolas en suma por no ser tan largo; y lo que hace más a nuestro propósito lo diré sacado a la letra: habiendo dicho aquel autor lo mal que para el descubrimiento de las Indias negoció el gran Cristóbal Colón con el rey de Inglaterra, Enrique Séptimo; y con el de Portugal, Alfonso Quinto; y con los duques de Medina Sidonia, don Enrique de Guzman, y el de Medina Celi, don Luis de la Cerda; dice q' Fr. Juan Perez de Marchena, fraile francisco de la Rábida, cosmógrafo y humanista, le animó a q' fuese a la corte de los reyes católicos (hasta aquí es dicho en suma, lo que se sigue, es sacado a la letra) que holgaban de semejantes avisos, y escribió con él, a Fray Fernando de Talavera, confesor de la reina doña Isabel. Entró pues Cristóbal Colón en la corte de Castilla el año de mil y cuatrocientos y ochenta y seis, y dió petición de su deseo y de su negocio a los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, los cuales curaron poco della, como tenían los pensamientos en echar los moros del reino de Granada. Habló con los que decían privar y valer con los reyes en los negocios. Más como era extrangero y andaba pobremente vestido y sin otro mayor crédito, q' de el de un fraile

menor, ni le creían ni aún escuchaban; de lo cual sentía él gran tormento en la imaginación. Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa, y le oía de buena gana las cosas que prometía de tierras nunca vistas, que le era un entretenimiento, para no perder esperanza de negociar bien algún día, con los reyes católicos. Por medio, pues de Alonso de Quintanilla, tuvo Colón, entrada y audiencia con el cardenal don Pedro Gonzales de Mendoza, arzobispo de Toledo, que tenía grandísima cabida y autoridad con la reina y con el rey. El cual lo llevó delante dellos, después de haberle muy bien examinado y entendido. Los reyes oyeron a Colón por esta vía, y leyeron sus memoriales; y aunque al principio tuvieron por vano y falso cuanto prometía, le dieron esperanza de ser bien despachado, en acabando la guerra de Granada q' tenían entre manos. Con esta respuesta comenzó Cristóbal Colón a levantar el pensamiento mucho más que hasta entonces, y a ser estimado y graciosamente oído de los cortesanos, que hasta allí burlaban dél. Y no se descuidaba punto en su negocio cuando hallaba coyuntura. Y así apretó el negocio tanto, en tomándose Granada q' le dieronlo q' pedía, para ir a las nuevas tierras q' decía a traer oro, plata, piedras, especies y otras cosas ricas. Diéronle así mesmo los reyes la docena parte de las rentas y derechos reales en todas las tierras que descubriese y ganase sin perjuicio del rey de Portugal como él certificaba. Los capítulos deste concierto se hicieron en Santa Fé, y el previlegio de la Merced, en Granada, en treinta de abril del año q' se ganó aquella ciudad. Y porque los reyes no tenían dinero para despachar a Colón, les prestó Luis de Sant Angel, su escribano de ración, seis cuentos de maravedís, que son en cuenta más gruesa, diez y seis mil ducados. Dos cosas notaremos aquí; una que con tan poco caudal se hayan acrecentado las rentas de la corona real de Castilla, en tanto como valen las Indias. Otra, que en acabándose la conquista de los moros, que había durado más de ochocientos años, se comenzó la de las Indias, para que siempre peleasen los españoles con infieles, y enemigos de la Santa Fé de Jesucristo. Hasta aquí es de Gomara, con que acaba el capítulo alegado. De manera que la porfía de siete u ocho años, que gastó el buen Colón en su demanda, y los diez y seis mil ducados prestados, han enriquecido a España y a todo el Mundo Viejo de la manera que hoy está. Y porque de las cosas reales para probar lo que pretendemos, bastarán las que se han dicho, será bien nos bajemos a decir algunas de las comunes y particulares porque la prueba se haga entera por la una vía y por la otra,

CAPITULO VI

EL VALOR DE LAS COSAS COMUNES, ANTES DE GANAR EL PERU

DE las cosas comunes, diremos en particular solas tres, que bastarán para que sean testigos de lo que vamos probando, y no diré más, porque se escuse la proligidad que causarían las inumerables que deste jaez pudiéramos decir. El primer testigo sea que una dehesa que hoy es mayorazgo de los buenos de Estremadura, en la ciudad de Trujillo, que vale cada año más de ocho mil ducados de renta, la compraron los antecesores de los que hoy la poséen en docientos mil maravedís de principal, y esto fué poco antes que se ganara el Perú. El segundo testigo sea, que en esta ciudad de Córdova, un hombre noble que falleció en ella pocos años antes que se descubrieran las Indias, en su testamento, entre otras cosas, manda q' se haga cierta fiesta a Ntra. Sra, y q' la misa sea cantada, y q' predique a ella un religioso de la Orden del divino San Francisco, y que se le dé de limosna para que coma aquel día el convento, treinta maravedís. La renta de las posesiones que para esta obra pía y para otras que dejó mandadas, valía entonces cuatrocientos y cincuenta maravedís. Los cofrades de aquella fiesta, que son los escribanos reales, viendo lo mucho que la renta ha crecido, dan de limosna al convento (de más de cincuenta años a esta parte) cantidad de veinte a treinta ducados, subiendo unos años al número mayor, y otros bajando al número menor; y ha habido año de dar cuarenta escudos en oro, que son diez y seis mil maravedís, en lugar de los treinta maravedis que el testador mandó; porque ha crecido tanto la renta, que este año de mil y seiscientos y tres, rentan las posesiones en dineros y en dádivas, más de novecientos ducados. El testigo tercero sea que en la ciudad de Badajoz, naturaleza de mi padre, hay cuatro mayo-

razgos, entre otros muchos que allí hay, los cuales fundó después de viuda una muger noble, en cuatro hijos, la cual fué señora de una villa cercada con siete leguas de término, y de muchas dehesas muy buenas. La villa le quitó el rey don Enrique Tercero, por buen gobierno, a título de que por ser muger, y haber guerras entonces entre Portugal y Castilla, y estar la villa cerca de la raya, no podía defenderla dióle en juro perpetuo cuarenta y cinco mil maravedís de renta, que en aquel tiempo rentaba la villa. Habrá sesenta años que se vendió en ciento y veinte mil ducados, y hoy vale más de trecientos mil. Dirá el que ahora la posée con título de señor, lo que vale de renta, que yo no lo sé. Aquella señora dejó este juro al hijo mayor por mejorarle, y a los otros tres dejó a cuatro y a cinco mil maravedís de renta en dehesas: hoy les vale a sus dueños, ducados por maravedís, y antes más que menos; y al que fué mejorado por ser su mayorazgo en juro, no le ha crecido una blanca, que si fuera en posesiones fuera lo mismo. De la propia manera ha crecido el valor y precio de todas las demás cosas que se gastan en la república, así de bastimento como de vestido y calzado, que todo ha subido de precio de la manera que se ha dicho: y todavía sube, que el año de mil quinientos sesenta que entré en España, me costaron los dos primeros pares de zapatos de cordobán que en Sevilla rompía real y medio cada par, y hoy que es año de mil seiscientos trece, valen en Córdova los de aquel jaez, que eran de una suela, cinco reales, con ser Córdova ciudad más barata que Sevilla. Y subiendo de lo más bajo que es el calzado, a lo más alto de las cosas que se contratan, que son los censos, digo que aquel año de mil quinientos sesenta se daban los dineros a censo a diez mil maravedís, por mil de renta: y aunque cuatro años después por buena gobernación, los mandaron subir a catorce mil el millar, este año no los quiere tomar nadie (si son en cantidad, y han de ser bien impuestos) menos de a veinte mil el millar; y muchos hombres, señores de vasallos, viendo la barata, han tomado y toman censos a veinte mil el millar para redimir los que tenían de a catorce mil. Demás de lo que se ha dicho es cosa cierta y notoria, que dentro de pocos días que la armada del Perú entra en Sevilla, suena su voz hasta las últimas provincias del Viejo Orbe; porque como el trato y contrato de los hombres se comunique, y pase de una provincia a otra, y de un reino a otro, y todo esté colgado de la esperanza del dinero, y aquel imperio sea un mar de oro y plata, llegan sus crecientes a bañar y llenar de contento y riquezas a todas las naciones del mundo, mercedes que nuestro Triunvirato les ha hecho.

CAPITULO VII

DOS OPINIONES DE LA RIQUEZA DEL PERU, Y EL PRINCIPIO DE SU CONQUISTA.

YA que hemos dicho lo que en tiempos pasados valía la renta de España, fuera de mucho contento decir lo que en los presentes vale, para dar entera razón de todo; pero aunque lo hemos procurado y nos han dado noticia de muy grande parte della, no me ha sido posible haberla por entero, porque no tengo trato ni comunicación con los oficiales de la hacienda real: ni me es lícito entrar a saber los secretos della, ni creo que los mismos ministros pudiesen decirlo aunque quisiesen; porque es una masa tan grande, que aún a ellos que la amasan y comen della, creo les será dificultoso el comprenderla, cuanto más a quien no sabe de qué color es la harina. Solo podré afirmar porque es público y notorio, que por el año que recibió la armada que enviaron a Inglaterra, año de mil y quinientos ochenta y nueve, sirvió el reino de Castilla, al rey don Felipe Segundo con ocho millones, que son ochenta veces cien mil ducados, pagados en seis años; demás de todas las rentas reales que cada año se pagaban. Después se dió orden que se pagasen en tres años, y así se hizo. También es público y notorio que poco después que heredó el rey don Felipe Tercero, le ofreció el reino otro servicio de diez y ocho millones, que son ciento y ochenta veces, cien mil ducados, pagados en seis años, los cuales se van pagando en estos, que corren ahora, sin todas las demás rentas reales que antes se pagaban. Por estas partidas y por lo que se ha dicho que han crecido las rentas particulares, se podrá imaginar lo que habrán subido las rentas reales, y tanto más cuanto que las reales tienen más cosas en qué crecer, que las particulares

que son tantas, que también llegan a ser dificultosas de contar. Por lo cual podremos concluir con decir que es de pobres poder contar su caudal; y si este dicho cabe en un rico particular, que hará en un monarca, en cuyo imperio (según los cosmógrafos) nunca se pone el sol. Todas son grandezas y beneficios de nuestro Triunvirato.

Aunque es verdad lo que atrás dije, que no tengo trato ni comunicación con los ministros de la hacienda de su magestad, todavía tengo amistad con algunas personas de su corte, entre las cuales, por más inteligente elegí un hidalgo, que se dice Juan de Morales, natural de Madrid, escribano de su magestad, y portero de su real cámara, en el supremo consejo de las Indias; a quien encomendé con mucho encarecimiento procurase saber lo que valían las rentas reales para ponerlo en esta historia en prueba de lo que vamos diciendo. Y porque él se detuvo muchos días en responderme, pasé adelante en este mi ejercicio, y escribí lo que atrás dije de las rentas reales, cuán dificultoso me parecía saber la precisa cantidad dellas. Al cabo de tres meses, que Juan de Morales gastó en hacer las diligencias, me respondió lo que se sigue, sacado a la letra de su carta: mandó vuesa merced, que para cierta ocasión deseaba saber lo que las rentas de su magestad, de todos sus estados les valen. Es negocio que jamás se ha podido ajustar, ni aún a poco ni a mucho más o menos; y para sabello el rey, que lo ha deseado mucho, en ciertas ordenanzas que ha poco que se hicieron, para el consejo de Hacienda y sus contadurías, se mandó por ellas se hiciese libro particular para ello: y aún no se ha empezado, ni se entiende que se empezará, cuanto más acabarle: porque todo tiene tan grandes altos y bajos, que no hay tomarle tiento. Y como corre con tan diferentes caminos parece cosa imposible juntarlo. Pues decirlo a bulto no se puede, sino es haciendo un muy gran borron. Hasta quí es de Juan de Morales, con lo cual recibí muy gran contento, por ser tan conforme con lo que yo de mi parecer y de otros había escrito: y por serlo tanto, aunque había pasado adelante, volví atrás y lo puse aquí por autorizar mi trabajo: que cierto hago todas las diligencias que puedo por escrebir con fundamento y verdad. Para mayor prueba de que es dificultosísimo decir las sumas de lo q' valen las rentas del rey de España emperador del Nuevo Mundo, se me ofrece la autoridad de Juan Botero Benes, grande y universal relator de las cosas del Mundo. El cual habiendo dicho en sus relaciones lo que vale la renta del rey de la China, y las rentas que Galicia, Asturias y Portugal daban al imperio Romano; y lo que vale la renta del rey de Navarra, la del rey de Francia,

la del emperador, la del rey de Polonia, la del rey de Inglaterra, la del duque de Lorena, la del rey de Escocia, la de Suecia y Gothia, la de la casa de Austria, la del rey de Narsinga, la de Tarife, y la del Gran Turco, no dice lo que valen las rentas de nuestro rey de España. Debió ser que el autor o su traductor,no tuvo ánimo ni se atrevió a poder juntar la muchedumbre dellas, ni a sumar tan gran número como yo imagino, q' será el tributo que tantos y tan grandes reinos, y entre ellos el Perú, le pagan.

Para confirmación desta grandeza y de lo que el Perú ha enriquecido a todo el mundo, se me ofrece un dicho, que el reverendísimo don Paulo de Laguna, que fué presidente del consejo de la Hacienda Real de su magestad,y después fué presidente del Consejo de Indias, y monarca de aquel Nuevo Mundo, y fué electo obispo de Córdoba el año de mil y seiscientos tres,hablandoun día de los deste año de mil y seiscientos cuatro de las riquezas del Perú, delante de su provisor y de su confesor, y de uno de sus capellanes, llamado el licenciado Juan de Morales, y de su secretario, el licenciado Pedro Cuadrado, natural de Toledo, dijo: de solo un cerro de los del Perú han traído a España hasta el año de mil seiscientos dos, docientos millones de pesos de plata registrados; y se tiene por cierto que los que han venido por registrar, son más de otros cien millones;y en solo una armada de las de mi tiempo, trujeron del Perú veinte y cinco millones de pesos de plata y de oro. Los circunstantes le respondieron, si V. S. no las dijera, no se podían creer cosas tan grandes. El obispo replicó: pues yo las digo, porque son verdades y las sé bien; y más os digo, que todos los reyes de España dende el rey don Pelayo acá, todos ellos juntos no han tenido tanta moneda, como solo el rey don Felipe Segundo. Bastará el dicho de un tan insigne varón para última prueba de lo que hemos propuesto.

Los que miran con otros ojos,que los comunes,las riquezas del Perú que ha enviado al Mundo Viejo y derramándolas por todo él, dicen que antes lo han dañado que aprovechado, porque dicen que las riquezas comunmente, antes son causas de vicios que de virtudes; porque a sus poseedores los inclinan a la soberbia, a la ambición,a la gula y lujuria, y que los hombres criándose con tantos regalos como hoy tienen, salen afeminados, inútiles para el gobierno de la paz, y mucho más para el de la guerra; y que como tales emplean todo su cuidado en inventar comidas y bebidas, galas y arreos; y que de inventarlos cada día, tantos y tan estraños, ya no saben qué inventar: e inventan torpezas en lugar de galas; que más son hábitos de mugeres que de hombres, como hoy se ven; y que

si han crecido las rentas de los ricos para que ellos vivan en abundancias y regalos, también han crecido las miserias de los pobres para que ellos mueran de hambre y desnudez, por la carestía que el mucho dinero ha causado en los mantenimientos y vestidos: que aunque sea pobremente, ya los pobres el día de hoy no se pueden vestir, ni comer, por la mucha carestía, y que esta es la causa de haber tantos pobres en la república, que mejor lo pasaban cuando no había tanta moneda: que aunque entonces por la falta della, eran las limosnas más cortas que las de ahora, les eran más provechosas, por la mucha barata que había en todo De manera que concluyen con decir que las riquezas del Nuevo Mundo, si bien se miran, no han aumentado las cosas necesarias para la vida humana (que son, el comer y el vestir,y por ende provechosas) sino encarecídolas y amugerado los hombres en la fuerza del entendimiento, y en las del cuerpo, y en sus trages y hábito y costumbres; y que con lo que antes tenían vivían más contentos y eran temidos de todo el mundo.

Destas dos opiniones podrá cada uno seguir la que mejor le pareciere, que yo como parte, no me atreveré a condenar esta última, porque es en mi favor, ni a favorecer aquella primera, aunque sea en honra y grandeza de mi patria; y con esta perplegidad me sea licito volverme donde dejamos el hilo de nuestra historia,para que con el favor divino demos cuenta de los principios, medios y fines de aquel famoso Triunvirato.

Decimos que aquellos tres grandes varones, habiendo concertado su compañía, y señalado entre sí los cargos que cada uno había de tener lo primero que para su jornada hicieron, fué fabricar con mucho trabajo y costa, dos naos. En la una salió de Panamá, Francisco Pizarro, año de mil y quinientos y veinte y cinco,con ciento y catorce hombres, con licencia del gobernador Pedro Arias de Avila, y a cien leguas q' navegaron, saltaron en una tierra de montañas bravísimas, increíbles a quien no las ha visto, y la región tan lloviosa que casi nunca escampa: los naturales no se mostraron menos bravos, salieron en gran número y pelearon con los españoles y mataron algunos dellos, y a Francisco Pizarro en cuatro refriegas, le dieron siete heridas de flecha, que por ir bien armado no fueron mortales: dejaron la tierra mal que les pesó, y no menos les pesó de haber tomado la empresa. Diego de Almagro salió de Panamá poco después, y fué en rastro dellos, y llegó a la misma tierra, donde los indios ya cebados en españoles, salieron a ellos, y peleando quebraron un ojo a Diego de Almagro, y hirieron a otros muchos, y mataron algunos, y les forzaron a que les dejasen la tierra. Estas ganancias saca-

ron de la primera tierra, que los españoles vieron en aquella conquista. Los historiadores españoles no dicen qué tierra era aquella. Almagro fué en busca de Pizarro, y habiéndolo hallado en Chinchama, acordaron ir ambos a la conquista: no les fué mejor en la otra tierra q' tomaron, no menos montuosa y lloviosa que la pasada, ni de gente menos belicosa, la cual salió en gran número y con las armas les forzaron a que se embarcasen, y se fuesen de su tierra: y les dijeron palabras de mucha infamia, como largamente las escribe Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y ocho, con otras cosas que sucedieron en esta jornada, donde remito al lector si las quisiere ver a la larga.

CAPITULO VIII

ALMAGRO VUELVE DOS VECES A PANAMA POR SOCORRO.

DIEGO de Almagro volvió por más gente a Panamá, y llevó ochenta hombres: más con todos los que tenían no se atrevieron los dos capitanes a conquistar tierra alguna. porque hallaron mucha resistencia en los naturales. Andando en su naval peregrinación, llegaron a una tierra, que llaman Catamez, tierra limpia de montañas y de mucha comida, donde se rehicieron de bastimento, y cobraron grandes esperanzas de mucha riqueza, porque vieron aquellos indios con clavos de oro en la caras, que se las agujereaban para ponerlos, y sin los clavos traían turquesas y esmeraldas finas; con que los españoles se tuvieron por dichosos y bien andantes, imaginando ser riquísimos, más en breve tiempo perdieron las riquezas y las esperanzas dellas, porque vieron salir de la tierra adentro tanto número de gente y tan bien apercibida de armas, y gana de pelear, que los españoles no osaron trabar pelea con ellos, ni se tuvieron por seguros de estar allí, con ser mas de docientos y cincuenta hombres; fuéronse de común consentimiento a una isla q' llaman del Gallo. (26) Así anduvieron muchos días, ya confiados ya desconfiados de su empresa, según que las ocasiones se ofrecían prósperas o adversas, muy arrepentidos de haberlas buscado. Solamente los caudillos estaban firmes en seguir su demanda y morir en ella. Con esta determinación, acordaron que Francisco Pizarro se quedase en aquella isla y Diego de Almagro volviese a Panamá por

(26) La isla del Gallo forma parte del Archipiélago de las Perlas en el Pacífico. Se halla frente a las costas occidentales al 1º y 56' de latitud Austral. Cerca de ella se halla la isla de la Gorgona célebre también en los anales de la Conquista. El Cosmógrafo de Indias Lopez Velasco la describe diciendo: «Es isla pequeña de una legua de contorno, con unas barracas bermejas a la parte de Tierra-firme. No hay agua en ella y descubrióla el piloto **Bartolomé Ruiz.**

más gente. Muchos de los suyos desfallecidos de ánimo, quisieron volverse con él, más Almagro no quiso llevar ninguno ni aún cartas dellos, porque no contasen los trabajos que habían pasado y disfamasen su empresa, de cuyas riquezas sin haberlas visto, había dicho cosas increíbles; más su porfía las descubrió mayores y más increíbles que las había dicho.

Por mucho que los capitanes procuraron que sus soldados no escribieran a Panamá, no pudieron estorbarles la pretensión, porque la necesidad aviva los ingenios. Un fulano de Saravia, natural de Trujillo, negó a su capitan Francisco Pizarro, siendo obligado a seguirle, más que otro, por ser de su patria: envió a Panamá en un ovillo de hilo de algodón (en achaque de que le hiciesen unas medias de aguja) una petición a un amigo firmada de muchos compañeros, en que daban cuenta de las muertes y trabajos pasados y de la opresión y cautiverio presente; y que no les dejaban en su libertad para volverse a Panamá. Al pié de la petición en cuatro versos, sumaron los trabajos, diciendo:

Pues señor gobernador
mírelo bien por entero,
que allá va el recogedor
y acá queda el carnicero.

Estos versos oí muchas veces en mi niñez a los españoles que contaban estos sucesos de las conquistas del Nuevo Mundo, y los traían de ordinario, en la boca como refrán sentencioso, que había sido de tanto daño a los caudillos. Porque del todo les deshicieron la empresa, perdidas sus haciendas, y el fruto de tantos trabajos pasados. Después cuando los topé en España en la Corónica de Francisco Lopez de Gomara, holgué mucho de verlos, por la recordación de mis tiempos pasados. (27)

---

(27) El autor de la copla, que fué entonces tan repetida, como lo dice Garcilaso, se llamaba Juan de Sarabia natural de Trujillo. Cieza de Leon la da en su *Crónica del Perú*. pero con el primer verso distinto, dice asi:

¡Ah Señor Gobernador
Mirelo bien por entero, &.

y Pedro Pizarro que cambió los dos primeros versos, la trae en esta forma:

Muy magnifico Señor
Sabedlo bien por entero, &.

Ob. cit. Col. Urteaga–Romero t. VI, p. 7,

CAPITULO IX.

DESAMPARAN A PIZARRO LOS SUYOS; QUEDAN SOLOS TRECE CON EL

Cuando Almagro volvió a Panamá había más de un año que andava en las peregrinaciones dichas: halló nuevo gobernador, que fué Pedro de los Ríos, caballero natural de Córdova. El cual vista la petición de los soldados, envió un juez Fulano Tafur, a la isla de Gallo, para que pusiese en libertad a todos los que quisiesen volverse a Panamá Oyendo esta provisión, se despidieron de Almagro los que habían ofrecido ir con él, diciendo, que pues los otros se habían de volver no había para qué ellos fuesen allá; de lo cual Diego de Almagro quedó muy lastimado, porque vió destruídas sus esperanzas: lo mismo sintió Francisco Pizarro, cuando vió que todos los suyos, sin respetar la buena compañía y hermandad que les había hecho, estaban perplejos y más inclinados a volverse, que no a pasar adelante. Por sacarlos de confusiones y también por ver los que se declararan por amigos suyos, echó mano a la espada, e hizo con la punta della una larga raya en el suelo hácia la parte del Perú, donde le encaminaban sus deseos, y volviendo el rostro a los suyos les dijo: señores, esta raya significa el trabajo, hambre, sed y cansancio, heridas y enfermedades, y todos los demás peligros y afanes que en esta conquista se han de pasar hasta acabar la vida: los que tuvieren ánimo de pasar por ellos, y vencerlos en tan heroica demanda, pasen la raya en señal y muestra del valor de sus ánimos, y en testimonio y certificación de que me serán fieles compañeros, y los que se sintieren indignos de tan grande hazaña, vuélvanse a Panamá, que yo no quiero hacer fuerza a nadie, que con los que me quedaren, aunque sean pocos, espero en Dios, que para mayor honra y gloria suya, y perpetua

fama de los que me siguieron nos ayudará su eterna magestad, de manera que no nos hagan falta los que se fueren. Los españoles, oyendo esto, se fueron a embarcar a toda priesa, antes que se ofreciese alguna novedad que les estorbase la vuelta a Panamá; y así desamparando a su capitan, se volvieron con el juez; porq' como en gente vil y baja, pudo más el temor de los trabajos, que la esperanza de la honra y fama. Sólo trece compañeros quedaron con él, que no bastó el mal ejemplo y la persuación de los demás a q' desamparasen su capitán, antes cobrando la fé y ánimo que todos ellos perdieron, pasaron la raya, y de nuevo protestaron morir con él. Francisco Pizarro les dió las gracias que tal generosidad merecía, prometiéndoles lo mejor que ganasen. Pasáronse en una barca a otra isla que llaman la Gorgona, donde padecieron grandísima hambre: mantuviéronse muchos días y meses solamente con el marisco que podían haber. Forzados de la hambre llegaron a comer grandes culebras y otras malas sabandijas, que las hay muchas en aquella isla, donde llueve perpetuamente con increíble multitud de truenos y rayos. Así estuvieron padeciendo lo que no se puede decir. De estos trece heróicos varones no hace mencion Gomara mas que de dos, debió de ser la causa que no le dieron relacion de los otros once; o q' fue la poca curiosidad y común descuido que los historiadores españoles tienen de nombrar y loar los varones famosos de su nación, debiendo nombrarlos por sus nombres, parentela y patria, pues escriben hazañas tan grandes como las q' los españoles han hecho en los descubrimientos y conquistas del Nuevo Mundo para que dellos quedaran perpetua memoria y fama, y su patria y parentela se gozara y honrara de haber engendrado y criado tales hijos y aún uno de los dos que Gomara nombra, que es Pedro de Candía, no fué español sino griego, natural de Candía,: el otro se llamó Bartolomé Ruiz de Moguer, natural de aquella villa, que fué el piloto que siempre los guió en aquella navegación. El contador general Agustín de Zárate fué más curioso, que sin los dos nombrados, nombra otros siete, diciendo así: Nicolás de Ribera de Olvera, Juan de la Torre, Alonso Briceño, natural de Benavente, Cristóbal de Peralta, natural de Baeza, Alonso de Trujillo, natural de Trujillo, Francisco de Cuellar, natural de Cuellar, Alonso de Molina, natural de Ubeda. Declarando yo lo que este caballero en este paso escribe, digo que sin Nicolás de Ribera hubo otro compañero del mismo apellido Ribera, cuyo nombre se ha ido de la memoria, que no me acuerdo bien si se llamaba Gerónimo de Ribera, o Alonso de Ribera: acuérdome que por diferenciarles llamaban al uno Ribera el mozo, y

al otro Ribera el viejo, no porque fuese más viejo que el otro, que antes era más mozo en edad, sino porque era más antiguo en la compañía de Francisco Pizarro, porque fué de los primeros que con él salieron de Panamá, y el otro fué de los segundos o terceros que salieron con Diego de Almagro. Estas menudencias oí en mi tierra a los que hablaban de aquellos tiempos, que eran testigos de vista. Ambos Riberas tuvieron repartimientos de indios en la ciudad de los Reyes, donde dejaron hijo y hijas de toda bondad y virtud. El que Agustín de Zárate llama Alonso de Trujillo, se decía Diego de Trujillo natural de Trujillo: yo lo conocí, tenía indios de repartimiento en el Cosco. El año de mil y quinientos y sesenta, cuando salí de aquella ciudad, era vivo. También era de los trece Francisco Rodriguez de Villa-Fuerte, vecino del Cosco, que fué el primero que pasó la raya: asímismo vivía el año sobredicho, y yo le conocí: solo dos faltan para henchir el número trece, que no se sabe quienes fueron. Hemos hecho este suplemento a lo que Agustín de Zárate escribe por declarar más su historia, para que los hijos y descendientes de tan ilustres varones se precien de tales padres. Lo mismo haré en otros pasos que los historiadores españoles dejaron no tan declarados como los hechos pasaron, para que los que leyeren los vean escritos por entero.

CAPITULO X

FRANCISCO PIZARRO PASA ADELANTE EN SU CONQUISTA.

FRANCISCO Pizarro y sus trece compañeros estuvieron en la isla Gorgona muchos meses, padeciendo grandes trabajos, sin casa ni tienda, en tierra donde perpetuamente llueve, y que el mayor regalo que tenían y la mayor vianda que comían eran culebras grandes: parece que vivían de milagro, y que podemos decir que Dios los sustentaba, para mostrar por ellos sus grandes maravillas, y que permitió que los demás compañeros se volviesen, porque el mundo viese que aquella obra tan grande era obra divina, y no humana, porque trece hombres solos, humanamente no podían tener ánimo para emprender la conquista del Perú, que aún imaginarlo era temeridad y locura cuanto más ponerlo por obra! Pero la divina misericordia, apiadándose de la miseria de aquella gentilidad dió a estos españoles particular ánimo y valor para aquella empresa; por mostrar su potencia en fuerzas tan flacas como los cabellos de Sanson, para hacer merced de su evangelio a los que tanto lo habían menester.

Al cabo de muchos meses (porque no pudo despacharse antes) arribó la nao que Diego de Almagro les envió con algún bastimento, pero sin gente; socorro más para desmayar que volviesen atrás, que no para animarles a que pasaran adelante. Más Dios, que obra sus maravillas, ordenó que cobrasen todos tanto esfuerzo, como si todo el mundo fuera en favor dellos; porque viendo la nao se determinaron a seguir su viage, a ver qué tierras, qué gente, qué mundo había debajo de la equinocial, región hasta entonces apenas vista por los españoles. Así se embarcaron, y con grandísimo trabajo salieron de aquel seno que es malísimo de navegar: hacían oficio de marineros, y oficio de soldados, según se ofrecía la necesidad

Navegaban dando bordos a la mar y a la tierra, con mucho impedimento, que el viento sur y las corrientes de la mar hacían, las cuales en aquella costa por la mayor parte, corren del Sur al Norte. Cierto es cosa de admiración verlas: holgara saberlas pintar como son para los que no las han visto: parecen ríos furiosísimos que corren por tierra, con tantos remolinos a una mano y a otra, y con tanto ruido de las olas, y tanta espuma causada del recio movimiento del agua, que pone espanto y temor a los navegantes, porque es peligroso caer en ellas, que se hunden los navíos servidos de los remolinos. Muchas corrientes traen el agua turbia con horrura y vascosidad, que parece creciente de río; otras la traen clara como ella es; unas corrientes son muy anchas que toman mucha mar, y otras angostas; pero lo que más me admiraba dellas era ver tanta diferencia del agua q' corría a la que no corría, como si no fuera toda una. De la que corre hemos dicho la ferocidad y braveza con que corre: la otra se está queda y mansa a un lado y a otro de la corriente, como si hubiera algún muro entre la una y la otra. De dónde empiece la corriente, ni a dónde llegue, ni cuál sea la causa de su movimiento, yo no lo alcanzo. Baste decir q' con las dificultades que las corrientes y un mar tan no conocido, y la ferocidad de los enemigos les causaban, navegaron muchos días y aún meses, aquellos trece compañeros, nunca jamás bastantemente loados Padecieron mucha hambre, que por ser tan pocos no osaban saltar en tierra de temor de los indios, cuando podían haber algún bastimento, más era mendigado o hurtado, que ganado por fuerza

———∿———

CAPITULO XI

FRANCISCO PIZARRO Y SUS TRECE COMPAÑEROS LLEGAN AL PERU.

AL fin llegaron al gran valle de Tumpis al cabo de dos años, que habían salido de la Gorgona, que bastaba el largo tiempo de la navegación, sin saber dónde iban, por ser trabajo insoportable, cuanto más los trabajos que en ella pasarían que se remiten a la consideración de los que fueren leyendo este descubrimiento, porque los historiadores no lo cuentan; antes pasan por este paso más brevemente que por otro alguno, habiéndolo de contar paso por paso. En Tumpis obró el Señor una de sus maravillas en favor de su fé católica y de aquellos naturales, para q' los recibiesen, y fué q' habiendo surgido el navío cerca del pueblo, les nació a los españoles deseo de saber de qué tierra era aquella, porque la vieron más poblada y con edificios más suntuosos que los que hasta allí habían visto. Pero no sabían cómo poderlo saber, porque ni osaban enviar uno dellos, porque los indios no lo matasen ni se atrevían a ir todos juntos, porque corrían el mismo peligro. En esta confusión salió Pedro de Candía con ánimo varonil y con fé y confianza de cristiano, y dijo: yo determino ir solo a ver lo que hay en este valle: si me mataren, poco o nada habréis perdido en perder un compañero solo; y si saliere con nuestro deseo, habrá sido mayor nuestra victoria. Diciendo esto se puso sobre el vestido una cota de malla q' le llegaba a las rodillas, y una celada de hierro de las muy bravas y galanas que llevaban, y una rodela de acero, y su espada en la cinta, y en la mano derecha una cruz de palo, de más de una vara de medir en alto, en la cual fiaba más que en sus armas, por ser insignia de nuestra redención. Era Pedro de Candía muy alto de cuerpo según decían; no lo conocí: más un hijo

suyo, que fué mi condiscípulo en el beaba, mostraba bien la corpulencia de su padre, que con ser de once o doce años, tenía dos tanto cuerpo que su edad requería. Así salió de entre sus compañeros, rogándoles que le encomendasen a Dios. Fué al pueblo paso ante paso, mostrando un semblante grave y señoril, como si fuera señor de toda aquella provincia. Los indios, que con la nueva del navío estaban alborotados se alteraron mucho más, viendo un hombre tan grande cubierto de hierro de pies a cabeza, con barbas en la cara, cosa nunca por ellos vista, ni aún imaginada. Los que le toparon por los campos se volvieron tocando arma. Cuando Pedro de Candía llegó al pueblo, halló la fortaleza y la plaza llena de gente apercibida con sus armas. Todos se admiraron de ver una cosa tan estraña: no sabían qué le decir, ni osaron le hacer mal, porque les parecía cosa divina. Para hacer esperiencia de quién era, acordaron los principales, y el curaca con ellos, echarle el león y el tigre, que Huaina Capac les mandó guardar (como en su vida dijimos) para que lo despedazaran, y así lo pusieron por obra. Pedro de Cieza, capítulo cincuenta y cuatro, hablando de las conquïstas y hazañas q' Huaina Capac hizo en esta gran provincia de Tumpis, toca brevemente esta historia: parecióme sacar sus palabras a la letra porque demos autor español, de lo que vamos diciendo, los cuales también servirán para que se vean las grandezas que entonces tenía aquel hermoso valle de Tumpis: dice pues aquel autor: por estar los moradores de la isla de la Puna diferentes con los naturales de Tumbes, les fué fácil hacer la fortaleza a los capitanes del Inga, que a no haber estas guerrillas y debates locos, pudiera ser que se vieran en trabajo. De manera que puesta en término de acabar, llegó Huaina Capac, el cual mandó edificar el templo del sol, junto a la fortaleza de Tumbes, y colocar en él número de más de docientas vírgenes, las más hermosas q' se hallaron en la comarca, hijas de los principales de los pueblos. Y en esta fortaleza (que en tiempo q' no estaba arruinada, q' fué, a lo que dicen, harto de ver) tenía Huaina Capac su capitán o delegado, con cantidad de Mitimaes, y muchos depósitos llenos de cosas preciadas, con copia de mantenimientos para sustentación de los que en ella residían, y para la gente de guerra que por allí pasase; y aún cuentan que le trujeron un leon y un tigre muy fiero, y que mandó los tuviesen muy guardados; las cuales bestias deben de ser las que echaron para que despedazasen al capitán Pedro de Candía, al tiempo que el gobernador Francisco Pizarro, con sus trece compañeros (que fueron descubridores del Perú, como se tratará en la tercera parte de nuestra Historia) llegaron a esta tierra; y en esta

fortaleza de Tumbes había gran número de plateros que hacían cántaros de oro y plata, con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio y ornamento del templo, que ellos tenían por sacrosanto, como para servicio del mismo Inga, y para chapar las planchas deste metal, por las paredes de los templos y palacios. Y las mugeres que estaban dedicadas para el servicio del templo, no entendían más que en hilar y tejer ropa finísima de lana, lo cual hacían con mucho primor; y porque estas materias se escriben larga y copiosamente en la segunda parte, que es de lo que pude entender del reino de los Ingas, que hubo en el Perú, desde Mangocapa, que fué el primero, hasta Huáscar, que derechamente siendo señor, fué el último. No trataré aquí en este capítulo más de lo que conviene para su claridad, &c.

Hasta aquí es de Pedro de Cieza de León, donde escribe las grandes riquezas de Tumpis, y asoma las fieras que echaron a Pedro de Candía, y no lo cuenta a la larga, por escribirlo en su lugar como él dice, que es la tercera parte de sus obras, las cuales no han salido a luz.

CAPITULO XII

MARAVILLA QUE DIOS OBRO EN TUMPIS.

VOLVIENDO a nuestro cuento, decimos q' aquellos fieros animales, viendo al cristiano y la señal de la cruz, que es lo más cierto, se fueron a él, perdida la fiereza natural q' tenían y como si fueran dos perros, que él hubiera creado le halagaron y se echaron a sus piés. Pedro de Candía, considerando la maravilla de Dios nuestro Señor, y cobrando más ánimo con ella, se bajó a traer la mano por la cabeza y lomos de los animales, y les puso la cruz encima, dando a entender a aquellos gentiles que la virtud de aquella insignia amansaba y quitaba la ferocidad de las fieras; con lo cual acabaron de creer los indios que era hijo del sol, venido del cielo.

Con esta creencia se fueron a él, y de común consentimiento le adoraron todos por hijo de su dios el sol, y le llevaron a su templo, que estaba aforrado todo con tablones de oro, para que viese cómo honraban a su padre en aquella tierra.

Habiéndole mostrado todo el templo y la vajilla y otros ornamentos y riquezas que había para el servicio dél, le llevaron a ver la casa real de sus hermanos los Incas, que también los tenían por hijos del sol. Paseáronle por toda ella para que viese las salas, cuadras, cámaras y recámaras, y los tapices de oro y plata que tenían. Mostráronle la vajilla que había para el servicio del Inca, que hasta las ollas y cántaros, tinajas y tinajones de la cocina, eran de oro y plata

Entraron en los jardines, donde vió Pedro de Candía árboles, y otras plantas menores, y yerbas, animales y otras sabandijas que de los huertos y jardines reales hemos dicho que tenían, contrahechos al natural de oro y plata, de todo lo cual quedó el cristiano más admirado, que los indios quedaron de haberle visto tan estraño y maravilloso para ellos.

CAPITULO XIII

PEDRO DE CANDIA DA CUENTA DE LO QUE VIO, Y VUELVENSE TODOS A PANAMA.

CON el contento que se puede imaginar volvió Pedro de Candía a los suyos, con pasos más largos y apresurados, que los que llevó hácia el pueblo; y les contó muy estensamente todo lo que por él había pasado, y la riqueza nunca oída que había visto, de que los compañeros quedaron admirados, y aún duros de creerla; diéronse por satisfechos de los trabajos que por buscar tesoros y riquezas, hasta allí habían pasado, pues en tanta abundancia se las prometía su buena dicha, si fuesen hombres para ganarlas. Acordaron volverse a Panamá, pues no había para qué pasar adelante, habiendo hallado lo que deseaban y más de lo que pensaban. A la partida se quedaron tres españoles, según dice Agustín de Zárate: o dos, según Francisco de Gomara, por cudicia de ver las riquezas que Pedro de Candía había dicho, quizá no creyéndolas o por haber algo dellas, si eran tantas como habían publicado. No se sabe que fué dellos, aunque los historiadores españoles dicen que los indios los mataron, más ellos lo niegan, diciendo, que habiéndolos adorado por hijos del sol, no los habían de matar sino servirles: debieron de morir de alguna enfermedad, que aquella costa es tierra enferma para estrangeros. Estos deben de ser los que faltan del número trece, que por haberse quedado y muerto entre los indios, no quedó tanta noticia dellos como de los compañeros. Gastaron estos trece españoles más de tres años, en este descubrimiento del Perú, como lo testifican aquellos autores. Agustín de Zárate libro primero, capítulo segundo, al fin dél dice estas palabras:

y con esta noticia se tornó a Panamá, habiendo andado tres años en el descubrimiento, padeciendo grandes trabajos y peligros, así con la falta de comida como con las guerras y resistencia de los indios, y con los motines que entre su mesma gente había, desconfiando los más dellos de poder hallar cosa de provecho; lo cual todo apaciguaba y proveía don Francisco con mucha prudencia y buen ánimo, confiando en la gran diligencia con que don Diego de Almagro le iría siempre proveyendo de mantenimientos, y gente y caballos, y armas: de manera que con ser los más ricos de la tierra, no solamente quedaron pobres, pero adeudados en mucha suma. Hasta aquí es de Zárate: Gomara al fin del capítulo ciento y nueve de su historia, dice lo que se sigue: anduvo Francisco Pizarro más de tres años en es e des ubrim'ento, que llamaron del Perú, pasando grandes trabajos, hambres, peligros, temores y dichos agudos. Con esto acaba aquel capítulo, este autor.

Entre los dichos agudos y sentenciosos que deste famoso caballero Francisco Pizarro se cuentan y el que más veces repetía, cuando él y sus compañeros se veían más fatigados en los trabajos incomportables, que en este descubrimiento del Perú, y después en su conquista padecieron, era decir: ah¡ cuitados de nosotros, que perecemos afanando por ganar imperios y reinos estraños, no para nosotros ni para nuestros hijos, sino para los agenos. A muchos de los que se lo oyeron, y le ayudaron a ganar aquel imperio, se lo oí referir; y decían cuyos habían de ser los hijos, más por ser odioso, es bien que se calle. También lo repetían muchas veces los mismos conquistadores en los trabajos que pasaban en las guerras civiles, que después de la conquista tuvieron con Gonzalo Pizarro y con Francisco Hernandez Girón, en las cuales murieron los más dellos, y cada cual lo deçía por dicho suyo propio, viendo cuán general y cuán verdadero, les había salido el de su capitán Francisco Pizarro, de cuya verdad yo soy uno de los testigos

CAPITULO XIV

VIENE PIZARRO A ESPAÑA, PIDE LA CONQUISTA DEL PERU

CON la brevedad que le fué posible volvió Francisco Pizarro a Panamá y dió cuenta a Diego de Almagro y al maestre-escuela Hernando de Luque, sus compañeros, de las riquezas increíbles que había descubierto; con que todos holgaron en estremo, acordaron q' Francisco Pizarro viniese a España a pedir a la magestad de Carlos V. la conquista y gobernación de lo que habían descubierto. Diéronle para el camino mil pesos de oro, la mayor parte dellos pedidos prestados, porque con los gastos pasados estaban tan alcanzados, que ya no podían valerse de su hacienda, y pedían la agena. Francisco Pizarro vino a España, presentó su Relación en Consejo de Indias; dió noticia a su magestad de lo que había hecho y visto, suplicó le diesen la gobernación de aquella tierra por sus servicios, presentes y pasados, que se ofrecía ganarla a costa y riesgo de su vida y hacienda, y las de sus deudos y amigos. Ofreció grandes reinos y muchos tesoros. A los que le oían, les parecía que publicaba más riquezas de las que eran, porque se incitasen muchos a ir ganar tierras de tanto oro y plata; más en pocos años después vieron que había cumplido muy mucho más, que había prometido. Su magestad le hizo merced de la conquista con título de Adelantado mayor del Perú, y Capitán general y Gobernador de lo que ganase del imperio que los españoles llamaron Perú, al cual entonces llamaron la Nueva Castilla, a diferencia del otro imperio que llamaron la Nueva España, ganados ambos de una misma manera; como los estrangeros dicen, a costa de locos, necios y porfiados.

Francisco Pizarro, a quién de aquí adelante llamaremos Don Francisco Pizarro, porque en las provisiones de su mages-

tad, le añadieron el pronombre Don, no tan usado entonces por los hombres nobles, como ahora, que se ha hecho común a todos; tanto que los indios de mi tierra nobles y no nobles, entendiendo que los españoles se lo ponen por calidad, se lo ponen también ellos y se salen con ello. A Diego de Almagro llamaremos asímismo Don Diego, porque fueron compañeros y es razón que lo sean en todo, pues en nada fueron desiguales. Don Francisco Pizarro, habidas las provisiones, se apercibió con toda diligencia, y acompañado de cuatro hermanos suyos y otra mucha gente noble de Estremadura, se embarcó en Sevilla y con próspero viage llegó a Panamá; donde halló a don Diego de Almagro muy quejoso de que no lo hubiese hecho participante de los títulos, honores y cargos que su magestad le había dado, habiéndolo sido de los trabajos, peligros y gastos que en el descubrimiento habían hecho y aún con ventajas de parte de don Diego, porque había gastado más cantidad de hacienda y perdido un ojo.

No dejaban de culpar a don Francisco Pizarro los que lo sabían, de que no hubiese hecho mención del compañero ante su magestad, para que le diera algún título honroso: decían que había sido descuido suyo, o malicia de los consejeros. Con estas quejas anduvieron desvanecidos los compañeros, hasta que entraron de por medio otros amigos, que los convinieron; con lo cual pasaron adelante en su compañía, apercibieron las cosas necesarias para su empresa; más como las amistades reconciliadas siempre tengan algún olor del mal humo pasado, don Diego de Almagro a cuyo cargo era la provisión del gasto no acudía con la abundancia, que en todo lo de atrás había mostrado, ni aún con lo necesario que don Francisco y sus hermanos habían menester; de que Hernando Pizarro, como hombre bravo y áspero de condición, se indignaba, más q' otro alguno dellos, y trataba mal de don Diego de Almagro, y se enfadaba con el hermano, de que sufriese aquellas miserias y poquedades, el cual le respondió que era justo sufrir a don Diego, porque tenía mucha razón en lo que hacía, porque le había sido mal compañero en no haberle traído algún cargo honroso; que aunque era verdad que habían de partir lo que ganasen como compañeros, y se lo decían a don Diego de Almagro por le consolar, él respondía, como generoso, que sus trabajos y gastos, más habían sido por ganar honra que no hacienda; de lo cual nació un odio perpetuo entre Hernando Pizarro y don Diego de Almagro que duró hasta que el uno mató al otro, haciéndose juez en su propia causa. Al fin se volvieron a concertar los compañeros por medio de personas graves, cuya intercesión pidieron don Francisco Pizarro y los otros sus

hermanos, que eran más blandos y afables que Hernando Pizarro, porque vieron que sin la amistad de don Diego de Almagro no podía pasar adelante. Entre otras personas que entendieron en esta segunda reconciliación, fué el licenciado Antonio de la Gama, que yo conocí después en el Cosco y tuvo repartimiento de indios en aquella ciudad. Don Francisco Pizarro hizo promesa, y dió su palabra de renunciar en don Diego el título de adelantado, y suplicar a su magestad, tuviese por bien de pasarlo en él: con esto se aquietó don Diego de Almagro, y dió a su compañero casi mil ducados en oro, y todo el bastimento, armas y caballos que había recogido, y dos navíos que tenía

CAPITULO XV

TRABAJOS QUE LOS ESPAÑOLES PADECIERON DE PANAMA A TUMPIS.

DON Francisco Pizarro se hizo a la vela con sus cuatro hermanos, y los más españoles, y caballos, que en los navíos cupieron. Navegaron con intención de no tomar tierra hasta Tumpis, más no les fué posible, por el viento sur, que es contrario en aquel viage, y corre siempre. Desembarcaron en otra tierra, cien leguas antes de Tumpis: enviaron los navíos a Panamá, y quisieron continuar por tierra por parecerles que sería más fácil, que no sufrir alviento sur.

Pasaron mayores trabajos en el camino, que no los que causaba el viento contrario, porque sufrieron mucha hambre y cansancio, por la aspereza y esterilidad de la tierra, hallaron grandes ríos que entraban en la mar, y muchos esteros que salían della y entraban por la tierra muy adentro, pasábanlos con grandísimo trabajo, haciendo balsas de lo que hallaban, unas veces de madera, otras de enea y juncia, otras de calabazas enredadas unas con otras. Para las hacer y guiar era don Francisco el piloto y el maestro mayor, como esperimentado en otros semejantes trabajos: los cuales tomaba con tanta paciencia y con tan buen ánimo, que muchas veces, por acrecentar el de los compañeros, pasaba los enfermos a cuestas, por los rios y esteros. Con estas dificultades llegaron a una provincia, que llaman Coaqui, hallaron mucha comida y muchas esmeraldas, finas, quebraron las más dellas, como no buenos lapidarios, diciendo que si eran finas, no se habían de quebrar, por grandes golpes que les diesen, en una bigornia donde hacían la prueba. Lo mismo hicieron en Tumpis, donde quebraron otras muchas de grandísimo precio, que valían a dos y a tres y a cuatro mil ducados, y a más, y a menos. No fueron estos españoles solos, los q' cayeron en esta simplicidad, que también la tuvieron los q' poco después entraron en aque-

lla misma tierra con el adelantado don Pedro de Alvarado, que también quebraron, como atrás dejamos apuntado, otra muchedumbre de esmeraldas y turquesas, que valían innumerable tesoro (28). Sobre esta pérdida se les recreció a los de Pizarro una enfermedad estraña y abominable, y fué que les nacían por la cabeza, por el rostro y por todo el cuerpo, unas como verrugas que lo parecían al principio cuando se les mostraban; más después yendo creciendo, se ponían como brevas prietas, y del tamaño dellas; pendían de un pezón; destilaban de sí mucha sangre, causaban grandísimo dolor y horror; no se dejaban tocar, ponían feísimos a los que daban; porque unas verrugas colgaban de la frente, otras de las cejas, otras del pico de la nariz, de las barbas y orejas; no sabían que les hacer; murieron muchos, otros muchos sanaron; no fué la enfermedad general por todos los españoles, aunque corrió por todo el Perú, que muchos años después ví en el Cosco tres o cuatro españoles con la misma enfermedad, y sanaron; debió de ser de alguna mala influencia que pasó, porque después acá no se sabe que haya habido tan mala plaga. Con todos estos trabajos, enfermedades y muertes de sus compañeros, no desmayó don Francisco Pizarro, antes tenía el mismo cuidado de pasar adelante, que de curar sus amigos y soldados. Envió a Panamá veinte y cuatro o veinte y cinco mil ducados en oro para abonar su conquista y para que don Diego de Almagro tuviese con qué socorrerle. Parte de aquel oro fué habido de rescates, y parte de buena guerra. Pasó adelante hasta Tumpis, donde le alcanzaron otros españoles, que habían salido de Nicaragua movidos de la fama de las grandes riquezas del Perú: eran caudillos Sebastián de Belalcazar (que así se dice aquel hermoso castillo, y no Benalcazar, como escriben comunmente) y Juan Fernandez, que no se sabe de dónde era natural; con los cuales holgó en estremo don Francisco Pizarro, porque tenía necesidad de gente para la conquista. Sebastián de Belalcazar, de su alcuña, se llamaba Moyano; tomó el nombre de la patria por ser más famoso; fueron tres hermanos, dos varones y una hembra, nacidos de un parto. El hermano se llamó Fabian García Moyano, y la hembra Anastasia Moyana: fueron valerosos a imitación del hermano mayor, particularmente la hermana. Esta relación me dió un religioso de la Orden del Seráfico Padre San Francisco; morador de el famoso convento de Santa María de los Angeles, natural de Belalcazar que conocía bien toda la parentela de Sebastián de Belalcazar; diómela porque supo que yo tenía propósito de escribir esta Historia, y yo holgué de recibirla, por decir el estraño nacimiento de este famoso varón.

CAPITULO XVI

GANAN LOS ESPAÑOLES LA ISLA PUNA Y A TUMPIS

CON el nuevo socorro de los españoles, se atrevió don Francisco Pizarro ir a conquistar la isla que llama Puna, porque le dijeron que tenía mucha riqueza de oro y plata, pasó a ella en balsas con mucho peligro, porque está doce leguas la mar adentro. Tuvo batallas con los naturales, matáronle cuatro españoles, e hiriéronle otros muchos, y entre ellos a Hernando Pizarro, de una mala herida en una rodilla: vencieron los españoles con mucha mortandad de los indios; hubieron mucho despojo de oro y plata y mucha ropa que repartieron luego entre los que allí había, antes que llegasen los que Hernando de Soto traía consigo de Nicaragua, donde había ido con un navío por órden de don Diego de Almagro, para llevar socorro de gente y armas a don Francisco Pizarro, del cual Soto tenía nueva, que llegaría presto donde ellos estaban, como luego llegó al alzar de los manteles.

Viéndose don Francisco Pizarro con gente bastante, se atrevió ir a Tumpis, y para ganar la voluntad de sus moradores, les envió delante con tres españoles que iban por embajadores, seiscientos cautivos de sus naturales que halló en la isla de Puna: pidióles paz y amistad por intercesión de los cautivos, los cuales prometieron a la partida hacerles grandes servicios a los españoles, en recompensa de la libertad que les habían dado: más como gente ingrata y desconocida, viéndose entre los suyos, trocaron las manos: en lugar de hablar bien, dijeron mucho mal de los españoles, acusándoles de codiciosos y avarientos de oro y plata; y para indignar más los suyos, dijeron que eran fornicarios y adúlteros. Los de Tumpis, con la mala información se escandalizaron, que sin oir los tres españoles, los entregaron a los verdugos para que los

matasen, y así los mataron y sacrificaron con gran rabia y crueldad: esto dicen Gomara y Agustín de Zárate. Pero el P. Blas Valera, a quien se le debe todo crédito, dice que fueron imaginaciones que los españoles tuvieron de aquellos tres soldados, porque no parecieron más; pero después averiguó el gobernador q' el uno se había ahogado en un río, por su culpa, y los otros dos habían muerto de diversas enfermedades en breve tiempo, porque aquella región, como atrás se ha dicho, es muy enferma para los estrangeros, y no es de creer que los indios los matasen y sacrificasen, habiendo visto lo que el tigre y el leon hicieron con Pedro de Candía, por lo cual los tuvieron por dioses.

Al desembarcarse en Tumpis pasó mucho trabajo don Francisco Pizarro y su gente, que no sabían gobernar las balsas, y se les trastornaban con la resaca que allí y en toda aquella costa la hay muy brava. Saltaron en tierra, fueron al pueblo, tuvieron muchas peleas, más al fin los españoles quedaron con la victoria, y los enemigos tan amedrentados con la mortandad que en ellos se hizo, que se rindieron del todo: creyeron que había sido castigo del sol, tuvieron por bien de hacerles un gran presente de muchas joyas de oro y plata, entendiendo aplacarlos, pues tan ansiosos andaban por ella, y el curaca vino a darles la obediencia.

Los españoles viendo cuán prósperamente les había sucedido aquella jornada acordaron poblar un pueblo en aquella comarca, que llamaron San Miguel, porque se fundó en su día; fué el primer pueblo de españoles, que en el Perú hubo: quedaron algunos en él para recibir los que de Panamá y Nicaragua viniesen; fundóse año de mil y quinientos y treinta y uno. (29) De allí envió don Francisco Pizarro a Panamá los tres navíos que tenía para que le enviasen más gente; envió con ellos más de treinta mil pesos de oro y plata, sin las esmeraldas, por muestra de la riqueza de su conquista, para q' por esta señal y la pasada vieran cuán rica era. Es a saber, y atrás lo habíamos de decir, que don Francisco Pizarro, (entre otras mercedes que la Magestad Imperial le hizo), llevaba comisión para traer dos docenas de alabarderos para guarda de su persona y autoridad de su cargo. Pues luego que ganó a Tumpis, quiso elegirlos para entrar la tierra adentro con más solemnidad que hasta allí había traído; más no halló alguno que quisiese aceptar el oficio, aunque les hizo grandes promesas, lo

(29) Piura fué fundada el dia 29 de Setiembre del año de 1531 en el sitio actual denominado Santa Ana después mudo de lugar el asiento de la ciudad a consecuencia de la insolubridad de las tierras hasta que quedó definitivamente asentada en el sitio que hoy ocupa a la margen del rio la Chira.

cual no deja ser bizarría y braveza española, principalmente de los que entran en aquella tierra, que por humildes que sean, luego que se ven dentro, sienten nueva generosidad y nuevas grandezas de ánimo; no me atreviera a decir esto. si allá y acá no se lo hubiera oído a ellos mismos. Sólos dos aceptaron las alabardas, los cuales yo conocí; y entonces en la conquista de aquel imperio, y después en las guerras civiles se mostraron buenos soldados, y tuvieron cargos militares y grandes repartimientos de indios: murieron ambos a manos de sus enemigos: no los nombramos por buenos respectos.

El gobernador don Francisco Pizarro, después de haber sosegado la provincia de Tumpis y su comarca, y gozado de sus muchas riquezas, quiso pasar adelante a Cassamarca, a verse con el rey Atahuallpa, de cuyos tesoros tenía grandes nuevas; pero por muy grandes que fuesen eran creederas, por las que hallaron y hubieron en Tumpis. En el camino pasaron un despoblado de más de veinte leguas de arenales muertos, donde padecieron grandísima sequía, por el mucho calor y falta de agua, que como bisoños y nuevos en aquella tierra, no se habían proveído para aquella necesidad (30): llegaron a unos valles hermosos y muy bastecidos, donde se rehicieron de todo el mal pasado. En este camino tubo el gobernador un embajador del desdichado Huáscar Inca, que no se sabe como pudo enviarlo según estaba oprimido y guardado en poder de sus enemigos: sospechóse que lo envió algún curaca de los suyos, de lástima de ver cuál tenían los tiranos al verdadero Inca, señor legítimo de aquel imperio. Pedía con mucha humildad la justicia, rectitud y amparo de los hijos de su dios Viracocha, pues iban publicando que iban a deshacer agravios. La embajada no contenía más, y por esto se sospechó que no era de Huáscar, sino de alguno que se apiadó de la cruel prisión y miserias del pobre Inca. El gobernador respondió que ya iba de camino para deshacer aquellos agravios, y cualesquiera otros que hallase.

(30) Eran probablemente los desiertos de Sechura.

CAPITULO XVII

UNA EMBAJADA CON GRANDES PRESENTES QUE EL INCA HIZO A LOS ESPAÑOLES

DOS días después tuvo el general otra embajada más solemne del rey Atahuallpa, envióla con un hermano suyo, llamado Tito Austachi, hermano de padre y madre, el cual en breves palabras le dijo: que el Inca enviaba a dar la bienvenida a los hijos de su dios Viracocha, y a presentarles algunas cosas de las que en su tierra había, en señal del ánimo que tenía de servirles adelante con todas sus fuerzas y poder; que les pedía se regalasen por el camino y pidiesen lo que quisiesen y hubiesen menester, que todo se les proveería muy largamente, y que deseaba verlos ya, y servirles como a hijos del sol su padre y hermanos suyos, que así lo creían él y todos sus vasallos. Esto dijo el embajador en suma, de parte de su rey; y a lo último hablando con el gobernador, dijo de parte suya (porque así le fué mandado): Inca Viracocha, hijo del sol, pues me cupo en suerte esta felicísima embajada, quiero con la felicidad della atreverme a suplicarte, me hagas merced de concederme tres dones; la primera sea que tengas por amigo a mi Inca y rey Atahuallpa y asientes con él paz y amistad perpétua. La segunda, que perdonando cualquiera delito que los nuestros con ignorancia y poca advertencia te hayan hecho, nos mandes todo lo que fuere de tu gusto y servicio para que hagas esperiencia de nuestra voluntad, y veas el ánimo con que de hoy más te servimos a tí y a todos los tuyos; y por última merced te suplico que el castigo de muerte que por mandado del gran dios Viracocha tu padre y nuestro, hiciste en los de la isla Puna y en los de Tumpis y otras partes, no lo hagas con los de Cassamarca, ni con los de aquí adelante hallaréis; sino que temples la ira y saña que tu padre tiene por los enojos que se le han hecho, y les perdones a todos con clemencia y mansedumbre, pues eres Inca, hijo del sol. Dicho esto, mandó que trujesen ante el goberna-

dor los regalos que traían para los españoles. Luego vinieron los capitanes y ministros, a cuyo cargo venía el presente, y lo entregaron a los españoles. Traían muchos corderos y carneros, mucho tasajo del ganado bravo huanacu, vicuña, ciervos, corzos y gamos; y destas mismas reses llevaron muchas vivas, para que viesen de qué ganado era aquella carne hecha tasajos. Presentaron muchos conejos caseros y campestres, muchas perdices vivas y muertas, y otras aves del agua, inumerables pájaros menores, mucho maiz en grano, y mucho amasado en pan, mucha fruta seca y verde, mucha miel en panales y fuera de ellos; mucha pimienta de los indios, que llaman Uchu, cantidad de su brebage, así hecho del maiz como del grano que llaman Mulli. Sin esto presentaron mucha ropa fina, de las que el rey vestía, y mucho calzado del que ellos traen. Presentaron muchos papagayos, guacamayas, micos y monas, y otros animales y sabandijas que hemos dicho que hay en aquella tierra. En suma, no dejaron cosa de las que pudieron traer que no la trujesen. Presentaron muchos vasos de oro y plata para beber, y platos y escudillas para el servicio de la mesa, y muchas esmeraldas y turquesas. Y en particular trujeron al gobernador un calzado de los que el Inca traía, y dos brazaletes de oro que llaman Chipana, que traen en la muñeca del brazo izquierdo: no traen más de un brazalete: el Inca envió dos, porque tuviese que remudar: era insignia militar y de mucha honra; y no la podían traer sino los de la sangre real y los capitanes y soldados, que en la guerra hacían cosas señaladas: dabáselas el rey de su mano por grandísima honra; y así se la envió a don Francisco Pizarro, por ambas razones: la primera porque le tenía por hijo del sol y del dios Viracocha, y la segunda, porque le confesaba y pregonaba por famosísimo capitan, según lo decían sus obras, habiendo presentado sus dádivas, cada cosa de por sí. Dijo Titu Athauchi al gobernador y a los españoles perdonasen el atrevimiento de haber traído cosas tan humildes y bajas para los hijos del sol, que adelante se esforzarían a servirles mejor. El gobernador y sus capitanes estimaron en mucho sus buenas palabres y mejores dádivas, rindieron las gracias primeramente al Inca, y luego a su embajador, entendiendo que no era más que embajador de los ordinarios; más cuando supieron que era hermano del rey, le hicieron grandísima honra y cortesía; y habiendo respondido brevemente a su embajada, le enviaron muy satisfecho y contento. La respuesta en suma, fué decirle que los españoles iban de parte del Sumo Pontífice a desengañarles de su idolatría, y enseñarles la verdadera religión de los cristianos; y de parte del emperador y rey de España que era el mayor príncipe de la cristiandad, iban a hacer amis-

tad y paz perpetua, y parentesco con el Inca y todo su imperio, y no hacerles guerra ni otro daño alguno; y que adelante, más despacio, les darían a entender otras cosas que traían qué decir al Inca. Desta embajada, dádivas y presentes, con ser tan grandes y ricos, ni del embajador, con ser hermano del rey, ni de la respuesta del gobernador, no hace relación Gomara ni Agustín de Zárate; solamente dicen del calzado y brazaletes que en particular trujeron al gobernador, y ambos los llaman puñetes, como si fueran puñetes de camisas; no advirtiendo que los indios del Perú, en su hábito natural nunca trujeron camisa.

El rey Atahuallpa envió aquella embajada y dádivas a los españoles por aplacar al sol, porque le pareció que los indios de la isla Puna y los de Tumpis y otros por allí cercanos, le habían enojado y ofendido, por haber resistido y peleado con ellos, y muerto algunos españoles, como se ha dicho, que como él y los suyos los tenían por hijos de su dios Viracocha, y descendientes del sol, temieron grandes castigos por aquel desacato y muertes. A este miedo se juntó otro no menor, que fué la profecía de su padre Huaina Capac, que después de sus días entrarían en sus reinos gentes nunca jamás vistas, ni imaginadas, que quitarían a sus hijos el imperio, trocarian su república y destruirían su idolatría. Parecíale al rey Atahuallpa, que todo esto se iba ya cumpliendo muy apriesa, porque supo los pocos españoles que habían entrado en su tierra, y que siendo tan pocos habían muerto tantos indios en Puna, y en Tumpis y otras partes: lo cual atribuían a ira y enojo, y castigo del sol, temiendo otro tanto en sí, y en los de su casa y corte. Mandó al embajador su hermano, que en el galardón de su embajada suplicase al gobernador por aquellos tres dones que le pidió, y no quiso Atahuallpa que se pidiesen en su nombre, por no mostrar tan al descubierto la flaqueza de su ánimo cobarde. Estos miedos y asombros trujeron acobardado y rendido al bravo Atahuallpa hasta su muerte; por los cuales ni resistió ni usó del poder que tenía contra los españoles; pero bien mirado eran castigos de su idolatría y crueldades, y por otra parte eran obras de la misericordia divina, para atraer aquellos gentiles a su iglesia católica romana. No faltaron diversos ánimos y pareceres entre los españoles, que después de ido el embajador se descubrieron; unos q' dijeron q' aquellas dádivas y presentes, cuanto mayores y más ricos, tanto eran más sospechosos, que eran dormideras para que el gusto y contento dellos los adormeciesen y descuidasen de mirar por sí, para cogerlos descuidados y matarlos con facilidad; por tanto que anduviesen más recatados y apercibidos, que tanto bien no era bien, sino maldad y engaño. Otros es-

pañoles, y fueron los más, hablaron en contra con el buen ánimo que tenían, y dijeron que la milicia les mandaba que siempre anduviesen apercibidos: pero que no embargante eso, era mucho de loar y estimar la magnificencia del Inca, la suavidad de sus palabras, la magestad de la embajada; y que para mayor grandeza la enviase con propio hermano, cuya discreción y cortesía vieron que era mucha, porque lo uno y lo otro notaron en sus razones y buen semblante, aunque bien sintieron, que por la torpeza de su intérprete que sabía poco del lenguaje del Cosco, y menos del español, faltaban muchas palabras de las del embajador: porque vieron que la razón que decía con larga oración, haciendo sus pausas y clásulas, la interpretaba el faraute en pocas palabras, y esas mal concertadas y peor entendidas, y algunas en contrario sentido que los mismos españoles lo echaron de ver, porque no concertaban las unas con las otras; antes disonaban de la misma embajada, de lo cual recibieron mucha pena; más no pudiendo remediarlo, se pasaron con lo q' tenían. Gozaron aquella noche y otros muchos días del abundante don y presente que Atahuallpa les hizo: caminaron hácia Cassamarca, donde pensaban hallar al Inca. entraron dentro, fueron muy bien recibidos de los indios, que por mandado del rey se habían juntado muchos nobles y plebeyos, para festejar a los que tenían por descendientes del sol y hijos de su dios Viracocha; y así los alojaron y regalaron con muchas flores y yerbas olorosas, que echaron en sus aposentos, demás del mucho aparato de comida y bebida que tenían apercibida por orden del Inca, que en particular se lo mandó al curaca y señor de Cassamarca, llamado Cullqui Human (31) El cual, por mostrar la obediencia que todos tenían a su rey, hizo estremos en servir y regalar a los españoles, y entre otros servicios que les hicieron los indios fué uno, que viendo los caballos en freno de hierro, entendiendo que era manjar dellos, trujeron mucho oro y plata en tejos para labrar, y los pusieron en las pesebreras, diciendo a los caballos comiesen de aquello que era mejor pasto que el hierro: los españoles riendo la simplicidad de los indios, les decían que les diesen mucho de aquello si querían aplacar los caballos y hacerles sus amigos.

(31) Cullqui Huaman. Ambos apellidos se han perpetuado entre los indios del valle de Cajamarca. Yo he conocido en los fundos agrícolas de mis padres, familias que respondian a estos dos nombres. Cullqui, tal vez variante de Colli — *moreno*, y Huaman — *halcón*. Véase al respecto *Los reinos preincaicos del Norte del Perú y el Curacazgo de los Caxamarcas*. H. Urteaga. EL PERU. *Bocetos Históricos*, t. II. p. 322. Edi. Lima 1919,

CAPITULO XVIII

ENVIA EL GOBERNADOR UNA EMBAJADA AL REY ATAHUALLPA

EL día siguiente entró el gobernador en consejo con sus hermanos y capitanes sobre enviar una embajada al rey Atahuallpa, y avisarle de su ida y de la embajada del emperador, y mandato del Sumo Pontífice, porque no pareciese que se mostraban tan ingratos y desconocidos a los regalos y buen recibimiento que les habían hecho. Acordaron que pues el Inca había enviado un hermano suyo por embajador, que el gobernador enviase otro de los suyos, porque correspondiese en la calidad del embajador, ya que no podía en los dones y dádivas: nombraron por embajadores a Hernando Pizarro y a Hernando de Soto, que fuesen donde el Inca estaba, no lejos de Cassamarca, en unos baños y palacios reales que allí tenía, donde con gran concurso de gente noble y militar estaba celebrando ciertas fiestas de su gentilidad, y trataba de reformar y poner en buen orden algunas cosas que con las guerras se habían corrompido, entre las cuales por vía de reformación hacía nuevas leyes y estatutos en favor de su tiranía y seguridad de su persona ·diciendo que su padre el sol se las revelaba, como todos ellos las decían, por dar autoridad a sus hechos; porque es verdad que aunque Atahuallpa mató todos los que de la sangre real pudo haber, no perdió el miedo de los pocos que quedaban: temía que el tiempo adelante el reino por vía de religión había de levantar por Inca y rey legítimo al que de ellos le perteneciese: quería atajar esto con decir que el sol daba aquellas leyes, para que los indios de todo aquel imperio se aquietasen con ellas. Los dos embajadores llevaron consigo al indio intérprete que tenían, llamado Pelipe, natural de la isla Puna, que aunque torpe en ambas lenguas, no podían pasar sin él. Llevaron asímismo más de dos-

cientos indios nobles, muy bien arreados, que el curaca de Cassamarca, mandó que acompañasen a aquellos dos españoles, sabiendo que iban a visitar a su rey, y que hiciesen todo lo que les madasen hasta morir. Los dos caballeros estremeños, luego que salieron de Cassamarca, enviaron al rey Atahuallpa un indio principal de los que llevaban, para que le avisase de la ida dellos, y pidiese licencia para parecer delante de su alteza: el Inca respondió que le sería muy agradable la presencia dellos, porque había días que deseaba verlos. Mandó luego a un maese de campo, q' con su tercio saliese a recibir aquellos dos hijos del sol, y con toda veneración los trujese ante él. Los españoles con la amorosa respuesta del Inca, y con saber que salían a recibirles, perdieron el recelo que llevaban de haber sabido que tenía en su compañía treinta mil hombres de guarda. Caminaron hácia los baños y palacios reales, y a medio camino vieron venir por un llano el tercio de soldados que salía a recebirles. Hernando de Soto, por darles a entender que si no fueran amigos bastára él solo para todos ellos, arremetió el caballo, llegando a carrera dellos, y así corrió y paró cerca del maese de campo. Aquí dicen los historiadores españoles que el maese de campo (que decimos) era el rey Atahuallpa, y que llegó Soto según lo dice uno dellos, haciendo corvetas con su caballo hasta junto la silla del rey, y que Atahuallpa no hizo mudanza, aunque le resolló en la cara el caballo, y que mandó matar a muchos de los que huyeron de la carrera, y vecindad de los caballos. En lo cual fué engañado aquel autor, y el que le hizo la relación levantó testimonio al Inca y a Hernando de Soto, porque ni era el Inca, ni que lo fuera, mandara matar a nadie, aunque el delito fuera grave; cuanto más que no fué delito, sino comedimiento y cortesía, que hicieron en dar lugar para que pasaran los que tenían por hijos del sol; que hacer lo contrario fuera para ellos sacrilegio porque demás de la descortesía, era menospreciar y desacatar a los que confesaban por hombres divinos venidos del cielo: ni Atahuallpa era tan torpe de entendimiento que mandara matar delante de los mismos embajadores a los indios, que les habían respetado y honrado, que era romper la guerra con los españoles, deseando hacer paz y amistad con ellos por asegurarse de los miedos que consigo tenía. (32) Ni Hernando

(32) Sin embargo la muerte de los timoratos indios, espantados por el caballo de Soto, así como la arrogancia de este caballero en presencia del Inca, están asegurados por testigos oculares del hecho. «Hernando Soto llevaba un caballejo ponedor, y preguntóle si quería que le corriese por aquel patio, y él hizo señas que sí; y así escaramuzó por allí, con buena gracia un poco. El caballejo era animoso, echaba mucha espuma de la boca, de lo cual, de ver la presteza con que revolvia, él se maravilló; aunque más admiración ha-

de Soto, (pues lo eligieron los suyos por embajador) había de ser tan inconsiderado y descortés que llegara a echar el resuello del caballo en la cara de un rey, a quien é iba a hablar de parte del emperador y del Santo Padre; por todo lo cual es de haber lástima, que los que dán en España semejantes relaciones de cosas acaecidas tan lejos dellas, quieran inventar bravatas a costa de honras agenas. (33)

El Inca Atahuallpa, como adelante veremos, hizo algunas generosidades y realezas con los españoles; seanos lícito decir sus buenas partes de que le dotó naturaleza, y sean las que al presente usó con estos españoles, y otras muchas que adelante veremos de su buen ingenio, discreción y habilidad; pues hemos dicho ya sus tiranías y sus crueldades; que sería hacerle muy grande agravio callar lo bueno y decir lo malo; que la historia manda y obliga a escribir verdad, so pena de ser burladores de todo el mundo, y por ende infames. Lo que dijere será de relaciones de muchos españoles q' se hallaron en el hecho. a los cuales se los oí en muchas conversaciones, que en casa de mi padre todo el año tenían, porque allí eran sus mayores entretenimientos, y sus pláticas las más veces eran de las conquistas pasadas; también lo oí a muchos indios, que visitando a mi madre le contaban aquellos hechos, particularmente los que pasaron por Atahuallpa hasta su fin y muerte, como diciéndole q' tomase sus desdichas y su fallecimiento en satisfacción de las crueldades que con los suyos había hecho. Sin esto tengo relaciones, que los condiscípulos me han enviado, sacadas de las cuentas e historias anales de las provincias de donde eran sus madres naturales, como a los principios lo dije. A estas relaciones se añade la que hallé en los papeles del muy curioso y elegante P. Blas Valera, que fué hijo de uno de los que se hallaron en la prisión de Atahuallpa, y nació y se crió en uno de los confines de Cassamarca, y así tuvo larga noticia de aquellos sucesos, sacados de sus origi-

---

cia la gente común, entre si había gran murmullo; y un escuadrón de gente viendo venir el caballo para si, se retrujo hacia atrás; lo cual los que lo hicieron, pagaron aquella noche con las vidas». Miguel Estete *Conquista del Perú*. publicada por primera vez en el «Boletin de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos.» Nº. 3º, p. 322.

Pedro Pizarro dice: «Pues oido esto por Hernando Soto se desvió, y en un llano que habia hizo hacer una escaramuza junto a unos indios que estaban sentados, los indios se levantaron y desviaron de miedo. Pues vuelto Soto a Cajamarca, el Atabalipa mandó matar a estos indios que se levantaron y desviaron de miedo.» *Descubrimiento y Conquista del Perú*. Col. Urteaga-Romero, t. VI, p. 29.

(33) Parece que mayor era el celo del historiador por defender esas ajenas honras que el que demostraba por la verídica narración de estas escenas de la conquista.

nales como él mismo lo dice. Escribía estos hechos más largamente que los demás sucesos de la historia de aquel reino, y muy conformes a las demás relaciones que yo tengo, porque todas son de un mismo hecho. También digo que seguiré el camino que las historias de los españoles llevan, sirviéndoles, como atrás dije, de comento donde fuere menester y de añadidura donde hubiere falta, que algunas cosas dejaron de decir; quizá fué, como es verosimil, porque no llegaron a noticia de los escritores.

CAPITULO XIX

EL RECIBIMIENTO QUE EL INCA HIZO A LA EMBAJADA DE LOS ESPAÑOLES.

VOLVIENDO pues al hilo de nuestra historia decimos, q' el maese de campo que salió a recibir a Hernando Pizarro y a Hernando de Soto, habiéndolos recibido y adorado con suma veneración, dijo a sus capitanes y soldados, éstos son hijos de nuestro dios Viracocha. Los indios les hicieron grandísima reverencia, y los miraron con admiración de su aspecto, hábito y voz, y los acompañaron hasta ponerlos delante del Inca. Los españoles entraron admirados de ver la grandeza y riqueza de la casa real, y de la mucha gente que en ella había; de manera fué la admiración de los unos y de los otros, que no sabremos juzgar cuál fué mayor. Los embajadores hicieron al Inca, q' estaba sentado en su asiento de oro, una gran reverencia a la usanza española: el rey gustó mucho de verla, y poniéndose en pié los abrazó con mucha afabilidad, y les dijo: seáis bien venidos, Capac Viracocha a estas mis regiones. El P. Blas Valera escribe estas palabras en el lenguage indio, como quien bien lo sabía; y yo las dejé por no necesarias. El Inca se asentó, y luego pusieron a los españoles asiento de oro de los del Inca, que por su mandado los tenían apercibidos, que como los tenía por descendientes de la sangre del sol no quiso que hubiera diferencia dél a ellos, principalmente siendo el uno dellos hermano del gobernador. Sentados que fueron volvió el Inca el rostro a sus deudos que le acompañaban y les dijo: veis aquí la cara y la figura y el hábito de nuestro dios Viracocha, al propio, como nos lo dejó retratado en la estatua y bulto de piedra nuestro antecesor el Inca Viracocha, a quien se le apareció esta figura. Apenas hubo dicho esto el rey cuando entraron dos muchachas muy hermosas de

la sangre real, que llaman Ñusta; cada una dellas traía dos vasos pequeños de oro en las manos con el brebage de lo que el Inca bebía: acompañábalas cuatro muchachos de la misma sangre, aunque no de la legítima, cuyas madres eran naturales del reino de Atahuallpa. Las ñustas llegaron al Inca, y hecha su adoración, la una dellas le puso uno de los vasos en la mano, y el otro dió a Hernando Pizarro, porque el Inca se lo mandó. A este tiempo habló Tito Atauchi, hermano del rey, el que fué con la embajada a los españoles, y dijo al faraute Felipillo que les dijese que el Inca quería beber con ellos porque era usanza de los reyes Incas hacer aquello, en señal de paz y prenda de amor, y hermandad perpetua. Hernando Pizarro oyendo a su intérprete, y haciendo reverencia al Inca tomó el vaso y lo bebió. El Inca bebió dos o tres tragos del suyo, y dió el vaso a su hermano Tito Atauchi para que bebiese por él lo que quedaba. Luego tomó uno de los vasos que la otra muchacha llevaba, y mandó diese el otro a Hernando de Soto, el cual hizo lo mismo que su compañero. El Inca bebió dos o tres tragos, y dió lo que dejaba a otro hermano suyo de padre, llamado Choquehuaman. Hecha la bebida, quisieron los embajadores decir su embajada. El rey dijo que descansasen, que quería gozar de mirar sus figuras, porque en ellos veía a su dios Viracocha. A este punto entraron seis pages y seis muchachas muy bien aderezadas, con fruta verde y seca de muchas maneras, y pan del que hacían para su regalo, y vino hecho de la semilla del árbol Mulli, y tovallas muy ricas de algodón, porque no tuvieron lino, y una dellas llamada Pillac Ciza Nusta, habló a los nuevos huéspedes, y les dijo: o hijos de Capac Inca Viracocha, gustad un poco destas cosas q' os traemos, aunque no sea más de para nuestro consuelo y regalo. Los españoles se admiraron grandemente de ver tanta urbanidad y cortesanía en gente, que según la imaginación dellos, vivían en toda barbaridad y torpeza; y porque no pareciese que desechaban y menospreciaban lo que con tan buen ánimo y tanta gentileza les ofrecían, comieron algo de lo que trujeron, y dijeron que les bastaba con que los indios quedaron muy contentos.

CAPITULO XX

LA ORACION DE LOS EMBAJADORES, Y LA RESPUESTA DEL INCA

HERNANDO Pizarro viendo la gente sosegada, mandó a Hernando de Soto q' hablase, porque no se perdiese más tiempo; dijo que diese su embajada brevemente, que les convenia volverse a dormir con los suyos y no fiarse de infieles, por más regalos que les hiciesen; que no sabían si lo hacían para que se fiasen dellos, y cogerlos más descuidados. Entonces se levantó Hernando de Soto, y haciendo cortesía a la castellana, que fué descubrir la cabeza, con una gran reverencia, se volvió a sentar, y dijo lo siguiente: serenísimo Inca, sabrás que en el mundo hay dos potentísimos príncipes sobre todos los demás: el uno es el sumo Pontífice, que tiene las veces de Dios: este administra y gobierna a todos los que guardan su divina ley, y enseña su divina palabra. El otro es el emperador de los romanos Carlos Quinto, rey de España: estos dos monarcas, entendiendo la ceguera de los naturales destos reinos, con la cual, menospreciando al Dios verdadero, hacedor del cielo y de la tierra, adoran a sus criaturas y al mismo demonio, que los engaña, enviaron a nuestro gobernador y capitan general don Francisco Pizarro y a sus compañeros, y algunos sacerdotes, ministros de Dios, para que enseñen a vuestra alteza y a todos sus vasallos, esta divina verdad y su ley santa· para lo cual vinieron a esta tierra, y habiendo gozado en el camino de la liberalidad real de vuestra mano, entraron ayer en Cassamarca, y hoy nos envían a vuestra alteza para que demos principio al asiento de la concordia, parentesco y paz perpetua que ha de haber entre nosotros, y para que recibiéndonos debajo de su amparo, permita oirnos

la ley divina y que todos los suyos la aprendan y la reciban, porque a vuestra alteza y a todos ellos les será de grandísima honra, provecho y salud.

En este paso, el P. Blas Valera, como tan religioso y tan celoso de la salud de aquella gentilidad, hace una grande y lastimera esclamación, diciendo: que palabras tan importantes como las que Hernando de Soto dijo, tenían necesidad de un intérprete bien enseñado en ambos lenguages, que tuviera caridad cristiana para que las declarara como ellas eran; pero que muchas y muchas veces lloraría la desdicha de aquel imperio, q' por la torpeza del intérprete, pudiesen los primeros conquistadores y los sacerdotes, que con ellos fueron, a echar a Felipillo la culpa de tantos males, como se causaron de su ignorancia, para disculparse ellos y quedar libres, y que en parte o en todo, tuviesen razón de echársela porque declaró aquellas palabras tan bárbara y torpemente, que muchas dijo en contrario sentido; de manera que no solamente afligió al Inca, más enafadó a los oyentes; porque apocó y deshizo la magestad de la embajada, como si la enviaran unos hombres muy bárbaros, que bien entendieron los indios que muchas palabras de las que dijo el intérprete no pudo decirlas el embajador, porque no convenían a la embajada. Por lo cual el Inca, penado por su mala interpretación dijo: ¿qué anda este tartamudeando de una palabra en otra, y de un yerro en otro hablando como mudo? Esto que el Inca dijo, tiene mucha más significación en su lenguage que en la castellana. Los capitanes y señores de vasallos dijeron, que aquellas faltas debían atribuirse más a la ignorancia del faraute que no a la indiscreción de los embajadores; porque no eran de imaginar que ellos las tuviesen siendo escogidos para aquel oficio; y con esto recibieron llanamente la embajada (aunque mal entendida) y a los que la llevaron como a dioses, y así los adoraron de nuevo. El Inca respondió a los embajadores, diciendo: grandemente me huelgo, varones divinos, que vos y vuestros compañeros hayáis llegado en mis tiempos a estas regiones tan apartadas, y que con vuestra venida hayáis hecho verdaderas las adivinaciones y pronósticos que nuestros mayores nos dejaron della: aunque mi ánimo antes debía entristecerse, porque tengo por cierto que se han de cumplir todas las demás cosas, que del fin deste nuestro imperio los antiguos dejaron pronosticadas, que habían de suceder en mis días, como veo cumplido lo que esos mismos dijeron de vuestra venida. Empero también digo que tengo estos tiempos por felicísimos, por habernos enviado en ellos el dios Viracocha tales huéspedes; y que los mismos tiempos nos prometen que el estado de la república se trocará en mejor suerte, la cual mudanza

y trueque, certifican la tradición de nuestros mayores, y las palabras del testamento de mi padre Huaina Capac, y tantas guerras como mi hermano y yo hemos tenido, y últimamente vuestra divina presencia. Por lo cual aunque supimos que entrásteis en nuestra tierra, y hicisteis presidio en ella, y el estrago de muerte y otras calamidades que pasaron en Puna y en Tumpis y en otras partes, no hemos tratado mis capitanes y yo de resistiros y echaros del reino, porque tenemos y creemos que sois hijos de nuestro gran dios Viracocha, y mensageros de Pachacamac: y así por esto, y en confirmación de lo que mi padre nos dejó mandado, que os adorásemos y sirviésemos, hemos hecho ley, y en las escuelas del Cosco se ha publicado que nadie sea osado tomar las armas contra vosotros ni enojaros; por tanto podréis hacer de nosotros lo que quisiéredes y fuera vuestro gusto y voluntad, que harta gloria será para nosotros morir a manos de los que tenemos por divinos, y mensageros de Dios; que él os lo debe de mandar, pues tan de hecho habéis hecho todo lo pasado: solo deseo satisfacerme de una duda, y es que ¿cómo se compadece que digáis, que venís a tratar de amistad y parentesco y paz perpetua en nombre de aquellos dos príncipes, y que por otra parte sin hablar a ninguno de los nuestros, para ver si nuestra voluntad era buena o mala, se hayan hecho las muertes y estragos en las provincias que atrás dejáis? Que de haberse hecho tan sin culpa nuestra contra vosotros, entiendo que os lo mandaron aquellos dos príncipes, y que a ellos se lo mandó el Pachacamac: si es así, vuelvo a decir que hagáis de nosotros lo que quisiéredes: solo os suplicamos tengáis lástima de los míos, que me dolerá más la aflicción y la muerte dellos que la mía. Con esto acabó el Inca: los suyos, enternecidos de sus últimas palabras y de la pérdida del imperio, que por tan cierto tenían, derramaron muchas lágrimas con grandes suspiros y gemidos; porque es así, que sin lo que entonces dijo el Inca del fin de su imperio, lo había repetido antes muchas veces a los suyos. Porque como su padre Huaina Capae dejó este pronóstico tan declarado, con tiempo señalado y abreviado, no trataba Atahuallpa de otra cosa, y decía que era decreto y determinación del gran Pachacamac, que no se podía vedar. Esta certificación que Atahuallpa tenía de la pérdida de su imperio, lo trajo tan acobardado y rendido para no resistir a los españoles, como adelante veremos. Con la gente y cortesanos que en la sala acompañaron al Inca, estaban dos contadores e historiadores, que asentaron en sus historias anales por sus ñudos, señales y cifras, como mejor pudieron la embajada de Hernando de Soto (aunque mal declarada) y la respuesta del Inca.

Los embajadores se admiraron mucho de ver el llanto que los capitanes y curacas hicieron, de lo que el rey con tan buen semblante habló; y no sabiendo la causa de tantas lágrimas, más de verlas derramar a gente tan principal como allí estaba, hubieron lástima y compasión dellos. Aquí vuelve a lamentar el buen P. Blas Valera la desdicha de aquella gente, diciendo que si el intérprete declarara bien las razones del Inca, los moviera a misericordia y a caridad; pero dejó tan mal satisfechos a los españoles como había dejado a los indios, por no saber bien el lenguage destos ni de aquellos. Cuando los embajadores oyeron decir de las muertes y estragos que hubo en Puna y Tumpiz, sospecharon que el Inca quería vengarlas, porque el intérprete no se declaró más, y porque quedaron confusos de no haber entendido la respuesta de Atahuallpa, no supieron replicarle: que la falta de Felipillo no solamente fué en las palabras que no supo decir en español, más también en las razones, que por haber sido algo larga la relación del Inca no pudo tomarlas todas en la memoria, y así hizo falta en ambas cosas. Los embajadores pidieron licencia al rey para volverse; el les dijo que se fuesen en paz, que presto iría a Cassamarca a visitar a los hijos de su dios Viracocha y mensageros de Pachacamac. Los españoles estremeños salieron de la casa real, admirados de nuevo de sus riquezas y de la adoración que les hicieron, pidieron sus caballos, y antes que subiesen en ellos, llegaron dos curacas con muchos criados y les dijeron, que les suplicaban no se desdeñasen de recibir un pequeño presente que les traían: que para hombres divinos quisieran que fueran cosas dignas de tales dioses. Dicho esto mandaron que les pusiesen delante lo que traían, que era otro presente como el pasado, y de las mismas cosas en más abundancia, y con mucho oro y plata labrada y por labrar. Los españoles se admiraron de tanta cortesía, por la cual perdieron la sospecha que habían cobrado del Inca, y culparon de nuevo la torpeza de Felipillo en la interpretación de la respuesta del Inca, que por no entenderla bien cayeron entonces en aquellos errores, y después en otros mayores, como adelante veremos.

CAPITULO XXI

VUELVEN LOS DOS ESPAÑOLES A LOS SUYOS. APERCIBENSE TODOS PARA RECIBIR AL INCA

LOS dos embajadores volvieron a los suyos y les contaron las grandezas y riquezas que vieron en casa del Inca, y la mucha cortesía que les hicieron: repartieron entre todos el presente q' les dieron, con q' se regalaron. Más con todo eso, como buenos soldados aprestaron sus armas y caballos para lo que al día siguiente se les ofreciese; y aunque supieron la multitud de gente, q' Atahuallpa tenía, se apercibieron con su buen ánimo para pelear comoespañoles; y luego que amaneció, se pusieron en orden los de a caballo, en tres cuadrillas de a veinte caballeros, que por todos no eran más de sesenta. Los cuadrilleros, o capitanes fueron: Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcazar. Metiéronse detrás de unos paredones, porque los indios no los viesen, y por causar en ellos mayor temor y asombro, en su repentina salida. El gobernador hizo un escuadrón de cien infantes, que no eran más por todos: quiso ser caudillo dellos: pusiéronse a un cabo de la plaza del Tampu, que era como un campo, donde esperaron al rey Atahuallpa que venía en unas andas de oro, en hombros de los suyos, con tanta pompa y magestad de casa y corte, como ferocidad y pujanza de armas y guerra. Venían muchos indios delante de las andas quitando las piedras y tropezones que había por el camino, hasta quitar las pajuelas. Venían muchos señores de salva con él. La gente de guerra iba en cuatro escuadrones de a ocho mil hombres. El primer escuadrón que era la vanguardia, iba delante del rey, como van los descubridores para asegurar el camino. Los dos, que eran el cuerpo de la batalla, iban a sus lados para guarda de su persona. El cuarto iba a sus espaldas. El capitán se lla-

maba Rumiñahui, q' es ojo de piedra, por un berrueco que de una nube se le había hecho en un ojo. Con esta orden militar caminó Atahuallpa una legua de camino que había desde su real hasta el alojamiento de los españoles, en la cual tardó más de cuatro horas: no llevaba ánimo de pelear, como luego veremos, sino oir la embajada que llevaban del papa y del emperador. Estaba informado que los españoles no podían subir una cuesta arriba, y que por esto la subían en sus caballos, y que los de a pié se asían a las colas y a los pretales para que los ayudasen a subir, y que no corrían tanto como los indios, ni eran para llevar cargas, ni para tanto trabajo como ellos. Con esta relación y con tenerlos por divinos, iba Atahuallpa sin recelo alguno de lo que le sucedió. Entró en la plaza acompañado de los tres escuadrones de guerra. El cuarto. que era la retaguarda. quedó fuera. Viendo el rey que los españoles infantes eran tan pocos, que estaban apeñuscados como gente medrosa, dijo a los suyos: estos son mensageros de Dios, no hay para que hacerles enojo, sino mucha cortesía y regalo. Entonces llegó al Inca un religioso domínico llamado fray Vicente de Valverde con una cruz en la mano. a hablarle de parte del emperador.

CAPITULO XXII

LA ORACION QUE EL P. FRAY VICENTE DE VALVERDE HIZO AL INCA ATAHUALLPA.

EL P. Blas Valera, diligentísimo escrudriñador de los hechos de aquellos tiempos, como hombre que pretendía escribirlos, dice largamente la oración o plática que el P. fray Vicente de Valverde hizo al rey Atahuallpa, dividida en dos partes: dice, que la vió en Trujillo estudiando latinidad, escrita de mano del mismo fray Vicente, que la tenía uno de aquellos conquistadores que se decía Diego de Olivares: y que muerto él vino a poder de un yerno suyo, y que la leyó muchas veces, y la tomó de memoria: por lo cual me pareció ponerla aquí como el P. Blas Valera la escribe: porque conforme al original que vió, la dice más larga y más copiosamente que los demás historiadores: también la pongo por mía, porque en todo se conforma con las relaciones que yo tengo, y en la substancia difiere poco o nada de como la escriben los historiadores españoles· y decirla yo en nombre de su paternidad, será recitarla en nombre de ambos, que no quiero hurtar lo ageno, aplicándomelo a mí solo, aunque sea para honrarme con ello, sino que salga cada cosa por de su dueño, que harta honra es para mí arrimarme a tales varones. Decimos, que cuando el P· fray Vicente llegó a hablar al Inca, el Inca se admiró grandemente de ver la forma del fraile domínico de la barba y corona raída como la traen los religiosos, y del hábito largo, y de la cruz de palma que en las manos llevaba, y un libro que era la Suma de Silvestre· otros dicen que era el Breviario; otros que la Biblia: tome cada uno lo que más le agradare. El rey para saber como había de tratar aquel hombre, preguntó a uno de tres indios principales, que por su mandado los cuatro días antes habían hecho dar todo lo necesario a los españoles,

y le dijo: ¿éste español de qué calidad y condición es?. ¿Por venturas es superior a los demás?, ¿o inferior a ellos?, ¿o es igual con todos? El indio respondió: no pude saber otra cosa, Inca, más de q. este es capitan y guía de palabra (quiso decir predicador) y ministro del dios supremo Pachacamac y mensagero suyo: los demás no son como él. Entonces llegó el padre fray Vicente, y habiéndole hecho reverencia y veneración conforme al uso de los religiosos, y con licencia del rey le hizo la oración siguiente:

PRIMERA PARTE DE LA ORACION DE FRAY VICENTE DE VALVERDE

Conviene que sepas famosísimo y poderosísimo rey como es necesario que a vuestra alteza y a todos vuestros vasallos se les enseñe, no solamente la verdadera fé católica más también que oigas y creas las que se siguen.

Primeramente que Dios Trino y Uno crió el cielo y la tierra, y todas las cosas que hay en el mundo. El cual dá los premios de la vida eterna a los buenos, y castiga a los malos con pena perpetua. Este Dios al principio del mundo crió al hombre del polvo de la tierra, y le dió espíritu de vida que nosotros llamamos ánima: la cuál hizo Dios a su imagen y semejanza. Por lo cual todo hombre consta de cuerpo y ánima racional.

De este primer hombre, a quien Dios llamó Adán, descendemos todos los hombres que hay en el mundo y dél tomamos el principio y origen de nuestra naturaleza Este hombre Adán, pecó quebrantando el mandamiento de su criador y en él pecaron todos los hombres q' hasta hoy han nacido, y los q' nacerán hasta la fin del mundo: ningún hombre ni mujer hay libre desta mancha, ni lo habrá, sacando a nuestro Señor Jesucristo. El cual siendo hijo de Dios verdadero, descendió de los cielos y nació de la Virgen Maria para redimir y librar de la sujeción del pecado a todo el género humano. Finalmente murió por nuestra salud en una cruz de palo, semejante a esta que tengo en las manos; por lo cual los que somos cristianos la adoramos y reverenciamos.

Este Jesucristo, por su propia virtud, resucitó de entre los muertos, y a los cuarenta días subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Dejo en la tierra a sus apóstoles y a los sucesores dellos para que con palabras y amonestaciones y otros caminos muy santos, atrajesen a los hombres al conocimiento y culto de Dios, y a la guarda de su ley.

Quiso también que San Pedro su Apóstol fuese príncipe, así de los demás apóstoles y de los sucesores dellos, como de todos los demás cristianos y vicario de Dios; y que después dél todos los pontífices romanos, sucesores de San Pedro (a los cuales los cristianos llamamos papas) tuviesen la misma suprema autoridad q' Dios les dió. Los cuales, todos, entonces y ahora y siempre tuvieron y tienen cuidado de ejercitarse con mucha santidad en predicar y enseñar a los hombres la palabra de Dios.

SEGUNDA PARTE DE LA ORACION DE FRAY VICENTE DE VALVERDE

Por tanto, el papa romano pontífice que hoy vive en la tierra, entendiendo que todas las gentes y naciones de estos reinos, dejando a un Dios verdadero, hacedor de todos ellos, adoran torpísimamente los ídolos y semejanzas del demonio: queriendo traerlas al verdadero conocimiento de Dios, concedió la conquista destas partes a Carlos Quinto, emperador de los romanos, rey poderosísimo de las Españas, y monarca de toda la tierra: para que habiendo sujetado estas gentes y a sus reyes y señores; y habiendo echado de entre ellos los rebeldes y pertinaces reine él solo y rija y gobierne estas naciones y las traiga al conocimiento de Dios y a la obediencia de la iglesia. Nuestro poderosísimo rey, aunque estaba muy bien ocupado e impedido en el gobierno de sus grandes reinos y provincias, admitió la concesión del papa, y no la rehusó por la salud destas gentes, y envió sus capitanes y soldados a la ejecución dellas, como lo hizo para conquistar las grandes islas y las tierras de México sus vecinas; y habiéndolas sujetado con sus armas y potencias, las han reducido a la verdadera religión de Jesucristo; porque ese mismo Dios dijo que los compeliesen a entrar.

Por lo cual el gran emperador Carlos Quinto eligió por su lugar-teniente y embajador a don Francisco Pizarro (que está aquí) para que también estos reinos de vuestra alteza reciban el mismo beneficio, y para asentar confederación y alianza de perpetua amistad entre su magestad y vuestra alteza, de manera que vuestra alteza y todo su reino le sea tributario; esto es, que pagando tributo al emperador sea su súbdito y de todo punto le entregues el reino, y renuncies la administración y gobierno dél, así como lo han hecho otros reyes y señores: esto es lo primero. Lo segundo es que hecha esta paz y amistad y habiéndote sujetado por grado o de fuerza, has de dar verdadera obediencia al Papa Sumo Pontífice,

y recebir y creer la fé de Jesucristo nuestro Dios, y menospreciar y echar de tí totalmente la abominable superstición delosídolos; que el mismo hecho te dirá cuán santa es nuestra ley y cuán falsa la tuya, y q' la inventó el diablo. Todo lo cual (o rey) si me crees, debes otorgar de buena gana, porq' a tí y a todos los tuyos conviene muy mucho: y si lo negares, sábete que serás apremiado con guerra, a fuego y a sangre, y todos tus ídolos serán derribados por tierra, y te constreñiremos con la espada a que (dejando tu falsa religión), que quieras que no quieras, recibas nuestras fé católica, y pagues tributo a nuestro emperador, entregándole el reino. Si procurares porfiarlo y resistir con ánimo obstinado, tendrás por muy cierto, permitirá Dios que como antiguamente Faraon, y todo su ejército pereció en el Mar Bermejo, así tú y todos tus indios seáis destruidos por nuestras armas.

CAPITULO XXIII

LAS DIFICULTADES QUE HUBO PARA NO INTERPRETARSE BIEN EL RAZONAMIENTO DE FRAY VICENTE DE VALVERDE.

HABIENDO dicho la oración, hace el P. Blas Valera algunas consideraciones convenientes a la historia, y dice que los historiadores que escribieron estos sucesos, y hicieron mención desta oración, unos quitaron muchas cosas de la primera y segunda parte, y las dejaron de decir, y reduciéndola a compendio, la escribieron breve y desmendrada en sus historias impresas. Pero que Juan de Oliva, y Cristóbal de Molina, sacerdotes, grandes predicadores, muy sabios en la lengua de los indios, y Juan de Montalvo, sacerdote y gran intérprete, y Falconio Aragonés, doctor de ambos derechos en el libro que escribió de *Libertate Indorum servanda*, y fray Marcos de Jofre, franciscano, y otros muchos varones que dejaron libros escritos, dice que todos ellos refieren la oración de fray Vicente de Valverde, por entero, en ambas partes, como se ha dicho, y que todos ellos concuerdan que fué muy seca y áspera, sin ningún jugo de blandura, ni otro gusto alguno; y que la interpretación fué mucho peor, como luego veremos. Dice también que estos mismos autores aprueban por más modesta y más templada en palabras, la oración que Hernando de Soto y Hernando Pizarro, hicieron a Atahuallpa, que la de fray Vicente de Valverde.

Llegado a la interpretación que al rey Atahuallpa le hicieron, es de advertir en las condiciones de Felipe, indio trujaman, y faraute de aquel auto. que era natural de la isla Puna, y de gente muy plebeya, mozo que aún apenas tenía veinte y dos años, tan mal enseñado en la lengua general de los Incas, como en la particular de los españoles; y que la de los Incas la aprendió, no en el Cosco, sino en Tumpis, de los indios que allí hablaban como estrangeros, bárbara y corrup-

tamente. que como al principio dijimos, sino son los naturales de el Cosco, todos los demás indios son estrangeros en aquel lenguage; y que también aprendió la lengua española sin que nadie se la enseñase, sino de oir hablar a los españoles; y que las palabras que más de ordinario oía, eran las que usan los soldados bisoños, voto a tal, juro a tal, y otras semejantes y peores; y que con estas aprendió las que había menester para saber traer, y dar a la mano las cosas que le pidiesen; porque era criado siervo de los españoles y hablaba lo que sabía muy corruptamente, a semejanza de los negros bozales; y aunque era bautizado, había sido sin ninguna enseñanza de la religión cristiana, ni noticia de Cristo nuestro Señor, con total ignorancia del credo apostólico.

Tal y tan aventajado fué el primer intérprete que tuvo el Perú; y llegando a su interpretación es de saber que la hizo mala y de contrario sentido, no porque lo quisiese hacer maliciosamente, sino porque no entendía lo que interpretaba, y que lo decía como un papagayo; y por decir Dios Trino y Uno, dijo: Dios tres y uno son cuatro, sumando los números por darse a entender. Consta esto por la tradición de los quipus, que son los ñudos annales de Cassamarca, donde pasó el hecho, y no pudo decirlo de otra manera; porque para declarar muchas cosas de la religión cristiana, no hay vocablos ni manera de decir en aquel lenguage del Perú, como decir Trinidad Trino y Uno, Persona Espíritu Santo. Fé, Gracia, Iglesia, Sacramentos y otras palabras semejantes, porque totalmente las ignoran aquellos gentiles, como palabras que no tuvieron en su lenguage, ni hoy las tienen. Por lo cual los intérpretes españoles de estos tiempos para interpretar bien las semejantes cosas, tienen necesidad de buscar nuevas palabras y nuevas razones, o usar sabia y discretamente de las elegancias y maneras de hablar antiguas q. los indios tenían o acomodarse con las muchas palabras que los mismos indios discretos y curiosos han usurpado de la lengua española, e introducídolas en su lenguage, mudándolas a la manera de su hablar; que hacen esto los indios el día de hoy elegantísimamente por ayudar a los españoles con los vocablos que les faltan para que puedan decir lo que quisieren, y ellos entender mejor lo que les predicaren. Toda esta dificultad de aquella lengua general del Perú hemos apuntado muchas veces, donde se nos ha ofrecido hablar de ella, y de nuevo decimos de la torpeza de aquel intérprete, que fué así al pié de la letra, y no fué culpa suya sino ignorancia de todos; que aún en mis tiempos, con ser veinte y nueve años más adelante de lo que vamos hablando, con haber tratado los indios a los españoles, y

estar más acostumbrados en la lengua castellana, tenían la misma torpeza y dificultad que Felipillo que nunca hablaba con los españoles en la lengua española sino en la suya. En suma, digo que no conocí indio que hablase español sino dos muchachos, que fueron condiscípulos míos, que desde niños anduvieron a la escuela, y aprendieron a leer y escribir. El uno dellos se llamaba don Carlos, hijo de Paullu Inca. Fuera destos dos, en todos los demás indios había tan poca curiosidad en aprender la lengua española, y en los españoles tanto descuido en enseñarla, que nunca jamás se pensó enseñarla ni aprenderla, sino que cada uno dellos, por la comunicación y por el uso, aprendiese del otro lo que le conviniese saber. Y este descuido de ambas partes era tan grande, que aún los muchachos indios que conmigo se criaron, aunque me entendían las cosas manuales que en castellano les decía, en los recaudos de alguna importancia, me obligaban a que se los dijese en indio, porque por no entenderlos en el lenguage español no sabían decirlos en el suyo.

Pues si había esta ignorancia veinte y nueve años después de aquella, con haber tanta comunicación y familiaridad entre indios y españoles, ¿qué mucho q' entonces q' no había otra conversación ni otro cuidado sino de armas y guerra, tuviese aquel intérprete la falta que se ha dicho? Y para que se vea más claramente que la mala interpretación que Felipillo hizo no fué por culpa suya ni del buen fray Vicente de Valverde, ni de los españoles, sino por falta de aquel lenguage indiano, es de saber que aún hoy, con haber más de ochenta años que se ganó aquel imperio (cuanto más entonces) no tiene el indio las palabras que ha menester para hablar en las cosas de nuestra santa religión, como consta por un confesionario, que al principio del año de mil y seiscientos y tres me envió del Perú el Padre Diego de Alcobaza, impreso en los Reyes año de mil y quinientos y ochenta y cinco, en tres lenguas, en la española, y en la general del Cosco y en la particular de la provincia llamada Aimara. Donde en todo lo que se dice en ambas lenguas indianas hay muchas palabras españolas indianizadas. Que al principio del confesionario, en la segunda pregunta que el confesor hace donde dice: eres cristiano baptizado? dice la traducción del general lenguage cristiano: batizascachucanqui?, donde no hay más de una dicción en indio, que es el verbo canqui, que corresponde al verbo eres de las otras dos dicciones: la primera, que es cristiano, es pura española, y la segunda, que es adjetivo baptizado, también es castellana, sino q' está indianizada, y lo mismo es en la lengua aimara. En la cuarta pregunta, donde dice: sabes la doc-

trina cristiana? es lo mismo, que solo el verbo, sabes, está en indio, y los dos nombres sustantivo y adjetivo están en castellano en ambas lenguas indianas. Sin estos nombres hay otros muchos castellanos indianizados, que son innumerables, de los cuales, por huir la proligidad, saqué estos pocos, Dios, Jesucristo, nuestra Señora, imágen, cruz sacerdote, domingo, fiesta, religión, iglesia, penitencia, comulgar, rezar, ayunar, casado, soltero, amancebado, sin otras semejantes que tiene el confesionario. Y aunque es verdad que algunos destos y de los otros q' no saqué pudieran decirse en indio, como es el nombre de Dios, nuestra Señora, cruz, imágen, domingo, fiesta, ayunar, casado, soltero, y otros., Es muy católicamente hecho, y consideración muy piadosa y caritativa, que hablando de la religión cristiana con los indios no les hablan por los vocablos, que para decir estas cosas y otras en su gentilidad ellos tenían, porque no les acuerden las supersticiones que las significaciones de aquellas dicciones incluyen en sí, sino que del todo se les quite la memoria dellas.

Con lo dicho quedan todos los españoles y el Padre fray Vicente de Valverde, y el indio Felipillo, bien descargados de la culpa que se les podía imponer por aquella mala interpretación que hizo, que pues ahora con haber tantos sacerdotes y religiosos que estudian, y trabajan en aprender la lengua para enseñar la doctrina cristiana a los indios, se entienden con ellos con tanta dificultad como consta por el confesionario dicho ¿qué haría entonces que no había nada de esto? Volviendo pues a su buena manera de interpretar, que más fué escurecer que declarar la oración del buen religioso fray Vicente de Valverde, es así que el indio Felipe dijo otras muchas cosas semejantes a la pasada: que de la generación de Adán dió a entender que hubo tiempo en que estuvieron juntos todos los hombres del mundo, nacidos y por nacer; y dijo que todos amontonaron sus pecados en Adán, por decir que todos pecaron en Adán, nacidos y por nacer, y de la divinidad de Cristo nuestro Señor no dijo nada, más de que fué un gran varón que murió por los hombres, y de la virginidad, limpieza y santidad de nuestra Señora la Virgen María dijo mucho menos; e interpretaba las cosas que le decían o habían dicho, sin órden ni concierto de palabras, y antes las decía en el sentido contrario que no en el católico.

Llegando a la segunda parte de la oración la declaró menos mal que la primera, porque eran cosas materiales de guerra y armas; y fué tanto lo que encareció la potencia y armas del emperador, y la diligencia que tenía de enviar capitanes y soldados para conquistar el mundo, que los indios entendie-

ron que era superior a todos los del cielo. Otras muchas cosas dijo tan sin entenderlas como las pasadas, que por no ser tan prolijo las dejaré: basten las dichas, que pasaron así porque el intérprete no entendía lo que decia, ni el lenguage tenía más. De la cual falta dice el P. Blas Valera una verdad muy grande y muy de notar, y es, que el día de hoy los indios del Cosco que nacen entre los españoles y se crian con ellos, y saben muy bien la lengua española, y están bastantemente instruídos en los misterios de la fé, no osan declarar en su lenguage a los indios forasteros, lo que oyen en los sermones a los predicadores españoles, por no decir algunos errores por la falta y dificultad de aquel lenguage. Pues si esto pasa hoy en los indios, enseñados en la fé y diestros en lengua española, ¿qué haría en aquel que lo ignoraba lo uno y lo otro?.

CAPITULO XXIV

RESPUESTA DE ATAHUALLPA A LA ORACION DEL RELIGIOSO

EL rey Atahuallpa, habiendo oído lo último de la oración que era renunciar sus reinos, de grado o por fuerza, y quedar por tributario, y que lo mandaba el Papa, y que el emperador lo quería; y las amenazas que le hicieron con las armas a fuego y a sangre, y la destruición que por él y por los suyos había de venir, como la de Faraon y de todo su ejército se entristeció, imaginando que aquellos a quien él y sus indios llamaban Viracochas, creyendo que eran dioses, se les convertían y hacían enemigos mortales, pidiéndole cosas tan ásperas; y dió un gemido con esta voz Atac! que quiere decir: ay dolor! y con esta interjección dió a entender la gran pena que había sentido de haber oído la última parte del razonamiento; y templando su pasión, respondió lo siguiente:

Gran contento fuera para mí, q' ya q' me negábades todas las otras cosas que a vuestros mensageros pedí, a lo menos me concediérades sola una, y era, que diérades lugar a darme por intérprete más sabio y esperimentado, y más fiel; porque la urbanidad y vida política de los hombres, más aína se sabe y aprende por la habla que no por las mismas costumbres: q' aunque seáis dotado de muy grandes virtudes sino me las declaráis por palabras no podré por la vista y esperiencia entenderlas con facilidad: y si esta necesidad hay entre todas las gentes y naciones, mucho mayor la debe de haber entre los que son de tan alejadas naciones como nosotros; por lo cual si estos tales se quieren tratar y hablar por mensageros e intérpretes, ignorantes de la una lengua y de la otra, será tanto como hablarse por bestias domésticas; digo esto, varón de Dios, porque no dejo de entender, que significan otra cosa las palabras que has hablado, que lo que este faraute me ha dicho porque el mismo negocio lo requiere; porque habiendo de tra-

tar de paz y amistad, y de hermandad perpetua, y aún de parentesco, como me dijeron los otros mensageros que fueron a hablarme, suena ahora en contrario todo lo que este indio me ha dicho, que nos amenaza con guerra y muerte a fuego y a sangre y con destierro y destruición de los Incas y de su parentela, y que por fuerza o de grado he de renunciar mi reino, y hacerme vasallo tributario de otro. De lo cual colijo una de dos, o que vuestro príncipe y todos vosotros sois tiranos, que andáis destruyendo el mundo, quitando reinos agenos, matando y robando a los que no os han hecho injuria ni os deben nada: o que sois ministros de Dios, a quien nosotros llamamos Pachacamac, que os ha elegido para castigo y destruición nuestra. Y si es así, mis vasallos y yo nos ofrecemos a la muerte, y a todo lo que de nosotros quisiéredes hacer, no por temor que tengamos de vuestras armas y amenazas, sino por cumplir lo que mi padre Huaina Capac dejó mandado a la hora de su muerte, que sirviésemos y honrásemos una gente barbuda, como vosotros, que había de venir después de sus días, de la cual tuvo noticias años antes, que andaban por la costa de su imperio: díjonos que habían de ser hombres de mejor ley, mejores costumbres, más sabios, más valerosos que nosotros. Por lo cual, cumpliendo el decreto y testamento de mi padre, os habemos llamado Viracochas, entendiendo que sois mensajeros del gran dios Viracocha, cuya voluntad y justa indignación, armas y potencia no se puede resistir; pero también tiene piedad y misericordia. Por tanto debéis hacer como mensageros y ministros divinos, y no permitir que pasen adelante las muertes, robos y crueldades que en Tumpis y su comarca se han hecho.

Demás desto me ha dicho vuestro faraute que me proponéis cinco varones señalados que debo conocer. El primero es el Dios Tres y Uno, que son cuatro, a quien llamáis Criador del Universo, ¿por ventura es el mismo que nosotros llamamos Pachacamac y Viracocha? El segundo es, el que dices que es padre de todos los otros hombres, en quienes todos ellos amontonaron sus pecados. Al tercero llamáis Jesucristo, solo el cual no echó sus pecados en aquel primer hombre, pero fué muerto. Al cuarto nombráis Papa. El Quinto es Carlos, a quien sin hacer cuenta de los otros, llamáis poderosísimo, y monarca del universo, y supremo a todos. Pues si este Carlos es príncipe y señor de todo el mundo ¿qué necesidad tenía de que el Papa le hiciera nueva concesión y donación para hacerme guerra y usurpar estos reinos? y si la tenía, ¿luego el Papa es mayor señor que no él, y más poderoso y príncipe de todo el mundo? También me admiro que digáis que estoy obligado a pagar tributo a Carlos, y no a los otros, porque no

dáis ninguna razón para el tributo, ni yo me hallo obligado a darlo por ninguna vía. Porque si de derecho hubiese de dar tributo y servicio, paréceme que se había de dar a aquel Dios, que dices que nos crió a todos, y a aquel primer hombre, que fué padre de todos los hombres, y a aquel Jesucristo que nunca amontonó sus pecados: finalmente, se habían de dar al Papa, que puede dar y conceder mis reinos y mi persona a otros. Pero si dices que a éstos no debo nada, menos debo a Carlos, que nunca fué señor destas regiones ni las ha visto. Y si después de aquella concesión tiene algún derecho sobre mí, fuera justo y puesto en razón me lo declaràrades antes de hacerme las amenazas con guerra, fuego, sangre y muerte, para que yo obedeciera la voluntad del Papa, que no soy tan falto de juicio, que no obedezca a quien puede mandar con razón, justicia y derecho.

Demás desto, deseo saber de aquel bonísimo varón Jesucristo, que nunca echó sus pecados, que dices que murió, ¿sí murió de enfermedad o a manos de sus enemigos? ¿Si fué puesto entre los dioses antes de su muerte o después della? También deseo saber si tenéis por dioses a estos cinco que me habéis propuesto, pues los honráis tanto; porque si es así, tenéis más dioses que nosotros, que no adoramos más de al Pachacamac por supremo dios, y al sol por su inferior, y a la luna por hermana, y muger suya. Por todo lo cual holgara en estremo que me diérades a entender estas cosas por otro mejor faraute, para que yo las supiera, y obedeciera vuestra voluntad.

CAPITULO XXV

DE UN GRAN ALBOROTO QUE HUBO ENTRE INDIOS Y ESPAÑOLES

POR la esperiencia que el Inca tenía de la torpeza del intérprete, tuvo cuidado de acomodarse con ella en su respuesta en dos cosas. La una, en decirla a pedazos para q' el Faraute le entendiera mejor, y la declarara por partes: y dicha una parte le decía otra, y así todas las demás hasta la fin. La otra advertencia fué, que habló en el lenguage de Chinchasuyu, el cual entendía mejor el faraute por ser más común en aquellas provincias que no el del Cosco; y por esta causa pudo Felipe entender mejor la intención y las razones del Inca, y declararlas, aunque bárbaramente. Luego que las hubo dicho mandaron a los contadores, que son los que tienen cargo de los ñudos, que las asentasen y pusiesen en su tradición.

A este tiempo los españoles, no pudiendo sufrir la proligidad del razonamiento, salieron de sus puestos y arremetieron con los indios, para pelear con ellos, y quitarles las muchas joyas de oro, y plata, y piedras preciosas (que como gente que venía a oir la embajada del monarca del universo) habían echado sobre sus personas para más solennizar el mensage; y otros españoles subieron a una torrecilla a despojar un ídolo que allí había, adornado con muchas planchas de oro y plata, y piedras preciosas, con lo cual se alborotaron los indios, y levantaron grandísimo ruido. El Inca, viendo lo que pasaba, mandó a los suyos a grandes voces, que no hiriesen ni ofendiesen a los españoles, aunque prendiesen o matasen al mismo rey. Aquí dice el P. Blas Valera que como Dios nuestro Señor, con la presencia de la reina Esther, trocó en mansedumbre el ánimo enojado del rey Asuero, así con la presencia de la santa cruz, que el buen fray Vicente de Valverde tenía en las manos, trocó el ánimo airado y belicoso del rey Atahuallpa, no solamente en mansedumbre y blandura, sino en grandísima sumisión y humildad, pues mandó a los suyos que no peleasen aunque lo matasen o prendiesen; y así es de creer, que cierto fue,

ron obras de la misericordia divina, que con estas y otras semejantes maravillas que adelante en otros muchos pasos de la historia veremos, andaba Dios disponiendo los ánimos de aquella gentilidad, para que recibieran la verdad de su doctrina y santo Evangelio. Al P. fray Vicente de Valverde levantan testimonio, los que escriben que dió arma pidiendo a los españoles justicia y venganza por haber echado el rey por el suelo el libro que dicen que pidió al fraile; y también levantan testimonio al rey, como al religioso, porque ni echó el libro ni lo tomó en las manos. Lo que pasó fué que fray Vicente de Valverde se alborotó con la repentina grita que los indios dieron, y temió no le hiciesen algún mal: y se levantó apriesa del asiento en que estaba sentado hablando con el rey, y al levantarse soltó la cruz que tenía en las manos, y se le cayó el libro que había puesto en su regazo, y alzándolo del suelo se fué a los suyos, dándoles voces que no hiciesen mal a los indios, porque se había aficionado de Atahuallpa, viendo por su respuesta y preguntas la discreción y buen ingenio que tenía e iba a satisfacerle en sus preguntas, cuando levantaron la grita, y por ella no oyeron los españoles lo que el religioso les decía en favor de los indios. El rey no dijo lo que escriben los historiadores, que dijo: vosotros creéis que Cristo es Dios, y que murió: yo adoro al sol y a la luna que son inmortales; ¿y quién os enseñó que vuestro Dios era el Hacedor del Universo? Y que fray Vicente de Valverde respondió que aquel libro, y que el rey le tomó y hojeó, y puso al oído y como vió que no le hablaba le echó en tierra: y que entonces fray Vicente de Valverde lo alzó, y se fué a los suyos, diciendo: cristianos, los Evangelios hollados, justicia y venganza sobre estos. Ea, ea destruidlos, que menosprecian nuestra ley, y no quieren nuestra amistad. Asímesmo es fabuloso lo que escriben que respondió el Inca, diciendo: soy libre no debo tributo a nadie ni pienso pagarlo, que no reconozco por superior a ningún rey. Yo holgára ser amigo del emperador, porque muestra su gran poder en enviar tantos ejércitos a tierras tan alejadas; empero lo que decís que debo dar la obediencia al Papa, no me está bien, porque el hombre que procura dar a sus amigos lo ageno, y manda que yo dé y renuncie (a quien no conozco) el reino que hube por herencia, no muestra ser de buen juicio: y lo demás que es trocar mi religión, sabiendo que es santísima, sería torpeza y muy gran ignorancia poner en cuestión y duda la que tanto me agrada, y la que por antiquisima tradición y testimonio de mis mayores está probada.

Todo lo cual es fabuloso, y lo compuso la adulación y la mala relación que dieron a los escritores: que Atahuallpa no negó el derecho del tributo, sino que insistió en que le diesen

la causa y la razón dél; y a esta coyontura fué la grita que los indios levantaron. El general español y sus capitanes escribieron al emperador la relación q' los historiadores escriben; y en contrario, con grandísimo recato, y diligencia, prohibieron entonces q' nadie escribiese la verdad de lo q' pasó, y q' es la q' se ha dicho. la cual sin la tradición de los ñudos historiales de aquella provincia Cassamarca, la oí a muchos conquistadores que se hallaron en aquella jornada: y el P. Blas Velera dice que uno dellos fué su padre Alonso Valera, a quien se la oyó contar muchas veces. En suma, decimos, que pasaron de cinco mil indios los que murieron aquel día. Los tres mil y quinientos fueron a hierro, y los demás fueron viejos inútiles, mujeres, muchachos y niños. porque de ambos sexos y de todas edades había venido innumerable gente a oír y solemnizar la embajada de los que tenían por dioses. Destos perecieron más de mil y quinientos, que los ahogó la muchedumbre y tropel de su propia gente y la de los caballos, sin otra gran multitud de gente de todas edades, que tomó debajo la pared. que los indios, con el ímpetu de la huída, derribaron, que no se pudieron contar, porque quedaron enterrados en vida; y la gente de guerra como se ha dicho, eran más de treinta mil hombres. Dos días después de aquella rota, hallaron la cruz en el mismo lugar donde la dejó el padre fray Vicente de Valverde, que nadie había osado llegar a ella· y acordándose de lo de Tumpis la adoraron los indios. creyendo que aquel madero tenía en sí alguna deidad y poder de Dios, ignorantes de los misterios de Cristo nuestro Señor, y le pedían perdón del enojo que le habían dado. Acordáronse de la antigua tradición y pronóstico que de su Inca Viracocha tenían. de que no solamente sus leyes, pueblos y república se habían de mudar y trocar, sino q' también se habían de acabar y apagar como fuego sus ceremonias y religión; y no sabiendo cuando había de ser esto, si entonces o después, andaban con grandísimo miedo el rey y sus vasallos, sin saber determinarse a hacer cosa alguna en defensa suya. ni ofensa de los españoles; antes los respetaban como a dioses. entendiendo que eran mensageros de aquel dios Viracocha que ellos adoraban, cuyo nombre les dieron por esta creencia. Hasta aquí es sacado de nuestras relaciones y de los papeles del Padre Blas Valera, cuya historia holgara poder llevar adelante por adornar la mía. porque la escrebía como religioso y hombre curioso,.buscando la verdad del suceso en cada cosa. informándose de indios y españoles para su mayor satisfacción. Lo que hallare suyo a propósito, siempre lo referiré por su mucha autoridad, que cierto cada vez que veo sus papeles rotos, los lloro de nuevo.

CAPITULO XXVI

COTEJA EL AUTOR LO QUE HA DICHO CON LAS HISTORIAS NUEVAS

COTEJANDO ahora lo que se ha dicho con lo q' los historiadores españoles escriben, decimos que el razonamiento de fray Vicente y la respuesta de Atahuallpa están muy abreviadas en las historias impresas; y que es así que el general y sus capitanes enviaron la relación de lo que pasó, quitando lo que fué en contra, y añadiendo lo que fué en favor por no condenarse ellos mismos, pues enviaban a pedir mercedes por aquellas hazañas que habían hecho, y es cierto que las habían de dorar y esmaltar lo mejor que supiesen y pudiesen. Lo que dijimos que mandó Atahuallpa a sus indios, que no peleasen, también lo dicen los historiadores, particularmente Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y trece. No hubo indio que pelease, aunque todos tenían sus armas; cosa bien notable contra sus fieros y costumbre de guerra. No pelearon porque no les fué mandado; ni se les hizo la señal que concertaron para ello (si menester fuese) con el grandísimo rebato y sobresalto que les dieron, porque se cortaron todos de puro miedo y ruido, que hicieron a un mismo tiempo las trompetas, los arcabuces y artillería, y los caballos que llevaban pretales de cascabeles para los espantar. Poco más abajo, dice, murieron tantos, porque no pelearon y porque andaban los nuestros a estocadas, que así se lo aconsejaba Fr. Vicente, por no quebrar las espadas, hiriendo de tajo y revés. Hasta aquí es de Gomara; y casi lo mesmo dicen los demás autores, y que huyeron los indios, viendo su rey derribado y preso. Todo lo cual confirma lo que decimos, que les mandó Atahuallpa que no peleasen: lo cual fué misericordia de Dios, porque no pereciesen aquel día los cristianos que habían de predicar su Evangelio: que si el Inca no se lo mandara, basta-

ra verlo caído en tierra y preso. para que todos murieran peleando en defensa de su príncipe, pues tenían sus armas en las manos; y aunque no fuera sino a pedradas, mataran e hirieran ciento y sesenta españoles que eran. De los cuales. según los historiadores, no hubo ninguno muerto ni herido, sino don Francisco Pizarro, que sacó una pequeña herida, que uno de los suyos le dió en la mano cuando fué a asir de Atahuallpa. Fué verdad que no pelearon, porque como otras veces hemos dicho, tenían por religión y ley divina cualquier mandato del Inca, aunque fuese contra la vida dél y dellos, como lo fué en el caso presente. Lo que dicen del P. Fr. Vicente de Valverde. que tocó arma, pidiendo venganza contra los indios, y que aconsejaba a los españoles que no hirieran de tajo ni revés, sino de estocada, porque no quebrasen las espadas, y que por esto fué la mortandad de los indios tan grande. Ello mismo dice que fué relación falsa que hicieron a los historiadores que escriben en España lo que pasó tres mil leguas della; que no es de imaginar, cuanto más de creer, que un fraile católico y teólogo, dijese tales palabras que de un Neron se pueden creer, más no de un religioso, que por su mucha virtud y buena doctrina mereció ser obispo, y murió a manos de indios por predicar la fé católica. (34) Y con esto será bien volvamos a nuestra historia.

---

(34) La versión y juicios de Garcilaso están desmentidos por la aseveración de un testigo ocular del hecho, hombre recto, y muy serio cronista de los sucesos, es Miguel Estete y dice así: «. . . . Atabalipa pidió el libro, lo abrió y ojeó, mirando el molde y la orden de él, y después de visto lo arrojó por entre la gente, con mucha ira y con el rostro muy encarnizado, diciendo. Decidle a esos que vengan acá, que no pasaré de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra. Visto esto por el fraile y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro y abajó su cabeza y fuése para donde estaba el dicho Pizarro casi corriendo, díjole —¿No veis lo que pasa? Para que estais en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios, salid a él que yo os absuelvo, &.» Véase *Relación de Miguel Estete* Bol. de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos.» Quito 1918. Nº. 3, p. 323.

CAPITULO XXVII

PRENDEN LOS ESPAÑOLES AL REY ATAHUALLPA

LOS españoles de a caballo, salieron de sus puestos, y a toda furia arremetieron con los escuadrones de los indios, y alancearon todos los que pudieron, sin hallar resistencia. Don Francisco Pizarro y sus infantes acometieron al rey Atahuallpa con grandísima ansia que llevaban de prenderle; porque ganada aquella joya, pensaban tener en su poder todos los tesoros del Perú. Los indios en gran número rodearon y cercaron las andas del rey, porque no le trompillasen, ni hiciesen otro mal. Los españoles los hirieron cruelmente aunque no se defendían, más de ponerse delante, para que no llegasen al Inca· al fin llegaron con gran mortandad de los indios; y el primero que llegó fué don Francisco Pizarro, y echándole mano de la ropa, dió con él en el suelo: aunque un historiador dice que le asió por los cabellos, que los traía muy largos, engañose que los Incas andaban sin cabellos.

En suma decimos, que los españoles derribaron y prendieron al rey Atahuallpa. En este paso dice Francisco Lopez de Gomara estas palabras: no quedó muerto ni herido ningún español, sino Francisco Pizarro en la mano, que al tiempo de asir a Atahuallpa tiró un soldado una cuchillada para darle y derribarle: por donde algunos dijeron que otro lo prendió. Hasta aquí es de Gomara, con que acaba el capítulo ciento y trece. Añadiendo a su historia lo que le falta (como lo tenemos propuesto) decimos que este soldado se llamaba Miguel Astete, fué después vecino de la ciudad de Huamanca, donde tuvo indios de repartimiento. Al caer de Atahuallpa le quitó este soldado la borla colorada que en la frente traía en lugar de corona, y se quedó con ella. Por esto dijeron que lo había preso él, y no don Francisco Pizarro. Más como quiera que

haya sido, andando ambos tan juntos, se debe dar la honra al capitán. Miguel Astete guardó la borla hasta el año de mil y quinientos y cincuenta y siete que salió el Inca Sairi Tupac de las montañas donde estaba retirado, y se la restituyó como en su lugar diremos.

Los indios viendo preso su rey y que los españoles no cesaban de los herir y matar, huyeron todos y no pudieron salir por donde habían entrado, porque los de a caballo habían tomado aquellos puestos, fueron huyendo hácia una pared de las que cercaban aquel gran llano, que era de cantería muy pulida, y se había hecho en tiempo del gran Inca Pachacutec, que ganó a Cassamarca. y con tanta fuerza e ímpetu cargaron sobre ella, huyendo de los caballos, que derribaron más de cien pasos della, por donde pudieron salir para acogerse al campo. Aquí dice un autor, que aquel muro y sus piedras se mostraron más blandas y piadosas que los corazones de los españoles pues se dejaron caer por dar salida y lugar a la huída de los indios. viéndolos encerrados con angustias de la muerte. Los españoles como dicen los historiadores, no se contentaron con verlos huir, sino que los siguieron y alcansaron hasta que la noche se los quitó de delante. Luego saquearon el campo donde hubo muchas joyas de oro y plata y piedras preciosas. Francisco Lopez de Gomara en estè paso dice lo siguiente: capítulo ciento y catorce. Hallaron en el baño y real de Atabaliba cinco mil mugeres, que aunque triste y desamparadas, holgaron con los cristianos. muchas y buenas tiendas, infinita ropa de vestir y de servicio de casa y lindas piezas y vasijas de plata y oro, una de las cuales pesó (segun dicen) ocho arrobas de oro: valió en fin la valija sola de Atabaliba cien mil ducados: sintió mucho las cadenas Atabaliba y rogó a Pizarro que le tratase bien ya que su ventura asi lo quería &c. Hasta aquí es de Gomara, sacado a la letra; y casi lo mismo dice Agustín de Zárate. A estos historiadores remito al que lo quisiere ver a la larga

CAPITULO XXVIII

PROMETE ATAHUALLPA UN RESCATE POR SU LIBERTAD Y LAS DILIGENCIAS QUE POR EL SE HACEN

LA gente noble que había huido de la matanza de Cassamarca, sabiendo que su rey era vivo se volvió a servirle en la prisión: solo un maese de campo llamado Rumiñavi, q' fué el q' quedó en el campo con su tercio en retaguarda el cual nunca había sido de parecer que recibiesen de paz a los españoles, ni se fiasen dellos, sintiendo lo que dentro en Cassamarca pasaba, desdeñado de que no le hubiesen creído, se fué huyendo con toda su gente al reino de Quitu, para apercebir lo necesario contra los españoles y lo que a él le conviniese; porque llevaba ánimo de alzarse con aquel reino contra su rey Atahuallpa, siguiendo el mal ejemplo que él mismo les había dado. Para lo cual luego que llegó a Quitu se apoderó de algunos hijos de Atahuallpa, diciendo, que los quería guardar, defender y amparar de los españoles, y poco después los mató, y a Quilliscacha, que era hermano de padre y madre de Atahuallpa, (aquien los historiadores españoles llaman Illescas). Mató así mismo al maese de campo Challcuchima, y a otros muchos capitanes y curacas, como en su lugar diremos. (35)

El Inca Atahuallpa viéndose preso en cadenas de hierro, trató de su rescate por verse fuera dellas: prometió porque le soltasen, cubrir de vasijas de plata y oro el suelo de una gran sala donde estaba preso: y como vió torcer el rostro a los españoles que presentes estaban, pensó que no le creían (pala

(35) Seguramente sería un general del mismo nombre que el Maese de Campo que al frente de una parte del ejército peruano, se entregó a Hernando Pizarro en Jauja al regreso de este de Pachacamac. Calcuchimac, preso por Pizarro y conducido a Cajamarca, fué mas tarde muerto por sentencia de los españoles que lo acusaron del envenenamiento del nuevo Inca Tupac Huallpa (el Toparpa de los cronistas). Véase *Relación* de Pedro Sancho. Col. Urteaga, t. V.

bras son de Francisco Lopez de Gomara): afirmó que les daría dentro de cierto tiempo tantas vasijas, y otras piezas de oro y plata que hinchiesen la sala, hasta lo que él mismo alcanzó con la mano en la pared, por donde hizo echar una raya colorada al rededor de toda la sala para señal: pero dijo que había de ser con tal condición y promesa, que ni le hundisen ni quebrasen las tinajas, y cántaros y vasos que allí metiesen hasta llegar a la raya &c Hasta aquí es de Gomara, capítulo ciento y catorce. Y por no ir tan largo como estos historiadores, que lo dicen cumplidamente, remitiéndome a ellos en lo demás, diremos en suma lo que toca a la vida y muerte de los reyes Incas hasta el último dellos y sus descendientes que fué nuestra primera intención: y adelante, si hubiere lugar, diremos las cosas más notables que pasaron en las guerras de los españoles. Atahuallpa mandó traer oro y plata para pagar su rescate; y aunque traían muy mucho, parecía cosa impusible poder cumplir lo que había prometido: y desta causa murmuraban los españoles diciendo, que pues el prisionero no cumplía su promesa, y que el término era ya pasado era hacer dilación para juntar gente que viniese sobre ellos y los matasen y libertasen al rey. Con estas imaginaciones andaban los españoles descontentos. Atahuallpa que era muy agudo de ingenio, lo sintió y preguntó la causa, y habiéndola sabido de don Francisco Pizarro, dijo que por no saber los españoles la distancia de los lugares principales de donde se había de traer la mayor cantidad de rescate q' era del Cosco, de Pachacamac y de Quitu, y otras muchas provincias, sospechaba mal de la tardanza. Que les hacía saber que el lugar más cercano estaba más de ochenta leguas de allí, que era Pachacamac y que el Cosco estaba docientas leguas y Quitu trecientas. Que le diesen españoles, que fuesen a ver el tesoro que en aquellas partes y en todo el reino había: para que satisfaciéndose de la cantidad, se pagasen de su mano.

Viendo el Inca que los españoles dudaban de la seguridad de los que se ofreciesen a ir a ver los tesoros, les dijo: no tenéis que temer teniéndome a mí en cadenas de hierro. Entonces se determniaron Hernando de Soto y Pedro del Barco, natural de la villa de Lobon a ir al Cosco. Atahuallpa sintió mucho que Hernando de Soto quisiese ir, que por ser uno de los dos primeros cristianos que vió, le quería bien, y le era aficionado, y sabía que en cualquier suceso le había de ser amigo: más no osó contradecir su ida, porque no dijesen los españoles que él mesmo se contradecía de lo que pedía, y ellos le concedían, y tomasen mayor sospecha. Sin estos dos españoles, fueron otros cuatro a diversas provincias a ver el tesoro que en ellas había.

Uno fué a Quitu, otro a los Huaillas, otro a Huamachucu y otro a Sicllapampa. Llevaron aviso para mirar con cuidado si levantaban gente de guerra por el reino, para sacar de la prisión a su rey Atahuallpa. El cual muy ageno de poner por obra la sospechas que los españoles contra él tenían, no imaginaba sino como asegurarles de la cantidad de oro y plata, que por su libertad había prometido, por verse fuera de las cadenas de hierro en que estaba. Para lo cual mandó apregonar por todo su reino que recibiesen y hospedasen aquellos cristianos solitarios con todo el regalo y fiesta que pudiesen hacerles. Por este mandato del Inca y por las maravillas que de los españoles habían oído decir, que eran dioses y mensageros del sumo Dios, según que ellos lo iban publicando; y porque supieron lo que en Tumpis sucedió a Pedro de Candía con aquellos fieros animales, los recebían en cada pueblo con toda la mayor honra y acatamiento que podían hacerles. Presentábanles dones y dádivas de cuanto tenían hasta ofrecerles sacrificios, porque con la mucha simplicidad y abundancia de supersticiones que entonces tenían, adoraban por dioses a los españoles; y aunque supieron la mortandad de indios que en Cassamarca hicieron, de los que della escaparon huyendo por diversas partes, no dejaron de tenerlos por dioses; empero por dioses terribles y crueles; y así les ofrecían los sacrificios para que se aplacasen y no les hiciesen mal, ya que no eran para hacerles bien.

Hernando de Soto y Pedro del Barco, y los otros cuatro españoles iban en hombros de indios en sendas hamacas, que así lo mandó el Inca, porque fuesen más regalados y más apriesa. Hamaca es nombre del lenguage de los indios de las islas de Barlovento, donde por ser la región muy caliente, duermen los más regalados en redes que hacen de hojas de palma o de otros árboles; y los no tan regalados, en mantas de algodón atadas de una punta a otra al sesgo y colgadas una vara alto del suelo, donde lo pasan con menos calor, que sobre colchones. A estas camas, que las podemos llamar de viento, llaman hamaca. A esta semejanza usaron los indios del Perú atar una manta a un palo largo de tres o cuatro varas, donde metían tendido a la larga al que había de correr la posta; y las otras dos puntas de la manta añudaban encima del palo porque no se cayese el que iba adentro q' parecía ir difunto. Llevábanlo dos indios y con gran facilidad y destreza se remudaban otros y otros en poco trecho; iban veinte y treinta indios para el remudarse, y así sentían menos el trabajo. Y estos mismos se remudaban de tantas a tantas leguas, porque no llevasen ellos solos el cansancio de todo el camino; así corrían la posta los

indios. Llamaban Huantu a aquel instrumento, que quiere decir andas, y por otro nombre le llaman Rampa. Los españoles les dicen hamaca por la semejanza en las camas.

Desta manera caminaron aquellos dos animosos españoles, Hernando de Soto y Pedro del Barco, las docientas leguas que hay de Cassamarca al Cosco con más seguridad y más regalos y servicios que si fueran por su patria. Lo mismo acaeció a los otros cuatro; porque la palabra y el bando del Inca les aseguró la vida y proveyó el hospedage que les hicieron con tanto aparato de fiestas y más fiestas, que los mismos españoles cuando las contaban no hallaban encarecimiento con que decirlas.

CAPITULO XXIX

LA IDA DE HERNANDO PIZARRO A PACHACAMAC, Y LOS SUCESOS DE SU VIAGE

POCO después de la partida de Hernando de Soto y Pedro del Barco, fué Hernando Pizarro a ver el templo de Pachacamac, movido de la gran fama de su mucha riqueza. Llevó una cuadrilla de caballos (por no ir tan solo) para lo que sucediese. Un día de los de aquel camino, yendo los españoles por lo alto de un cerro, vieron que la ladera de otro que estaba delante dellos en el mismo camino, era de oro, porque con el resplandor del sol relumbraba de manera que les quitaba la vista. Caminaron con admiración no pudiendo entender qué fuése aquello. Cuando llegaron allá vieron que eran tinajas, tinajones, cántaros grandes y chicos, ollas, braceros, rodelas, y paveses, y otras muchas cosas labradas de oro y plata que un hermano de Atahuallpa llamado Quilliscacha (de quien atrás hicimos mención) llevaba para ayuda a su rescate, en cantidad de dos millones: aunque los hisoriadores no dicen más de trescientos mil pesos: debió ser yerro de cuenta, como adelante se verá por las partidas dellos mismos. Los indios que lo llevaban a cuestas, se habian descargado para descansar: y así parecia de oro el cerro. Este cuento oí en mi tierra a los que lo vieron; y en España me dijo el buen caballero don Gabriel Pizarro, inquisidor en la santa inquisición de Córdoba que entre otras cosas de aquella jornada que contaba un caballero, que se decia Juan Pizarro de Orellana, que se halló en ella con Hernando Pizarro, contaba también esta riqueza del cerro de oro, y que él se la oyó.

Decimos de Quilliscacha que luego que llegó a Cassamarca con aquel tesoro le mandó su hermano Atahuallpa q' fuese al reino de Quitu para aquietar y remediar cualquiera daño

y levantamiento que el maese de campo Rumiñavi quisiese maquinar, de cuyo mal ánimo no estaba seguro Atahuallpa; y así rescatándose dél envió al hermano en su seguimiento.

El Rumiñavi, como buen ministro que había sido de la tiranía y crueldades del mismo Atahuallpa, y que le conocía de muy atrás, y sabía sus cautelas y astucias, sospechando lo que fué, recibió a Quilliscacha como hermano de su rey, y se informó de su prisión y del concierto del rescate; para el cual ordenaron ambos que se juntase todo el oro y plata q' en aquel reino hubiese, aunque el Rumiñavi no deseaba la libertad del Inca; más como traidor, disimulando su maldad, sirvió y regaló a Quilliscacha, haciéndose muy mal ministro hasta ver tiempo y ocasión de ejecutar su mal propósito, como lo hizo.

Hernando Pizarro dejando pasar a Quilliscacha, siguió su camino hasta llegar al gran templo de Pachacamac, de cuyas increibles riquezas y de la gran poblazón y muchedumbre de indios que en aquel gran valle había, se admiraron grandemente él y los suyos. Pero mucho más se admiraron los indios de ver la figura y vestidos, armas y caballos de los nuevos huéspedes. Con lo cual, y con el mandato del Inca, los adoraron por dioses, y les hicieron los servicios y regalos que exceden a todo encarecimiento, tanto, que viendo los caballos con frenos, entendieron (como los de Cassamarca) que era el manjar que comían, y les trujeron mucho oro y plata, y les rogaban que comiesen de aquellos metales, que eran mejores que el hierro. Los españoles, holgándose de la ignorancia de los indios, también como en Cassamarca les decían que trujesen mucho manjar de aquello y lo pusiesen debajo de la yerba, y del maiz que los caballos se los comerían todo, que eran grandes comedores; los indios lo hacían así. Del oro que en el templo había tomó Hernando Pizarro lo que pudo llevar, y dejó orden que toda la demás riqueza la llevasen a Cassamarca, diciendo a los indios que era para el rescate de su rey Atahuallpa, porque la llevasen de buena gana y no la escondiesen.

En Pachacamac supo Hernando Pizarro que cuarenta leguas más adelante estaba un maese de campo de los de Atahuallpa, llamado Challcuchima, con mucha gente de guerra, al cual envió un recaudo para que se viesen y tratasen de algunas cosas necesarias para la paz y quietud de aquellos reinos. (36) El indio no quiso ir donde estaba el español, por lo cual fué Hernando Pizarro donde estaba el indio, con gran peligro de su persona y de todos los suyos, y con muchos trabajos que padecieron a ida y a vuelta por la aspereza del camino, y muchos ríos grandes que pasaron, que tenían puentes

(36) Véase la nota anterior N°. 35

de crizneja, como los que atrás hemos pintado, que se le hizo estraño pasar los caballos por ellas. Pareció a mal todos los suyos la osadía de Hernando Pizarro, irse a poner debajo del señorío de un infiel, de quien decían no debían fiarse por la mucha ventaja que con su ejército les tenía. Más el capitan español iba confiado en las promesas, señas y contraseñas que el rey Atahuallpa (cuando se despidió dél para hacer este viage) le dió, para que dellas se valiese, si topase en el camino algún capitán, o maese de campo de los suyos; y así, mediante ellas, habló Hernando Pizarro a Challcuchima y le persuadió que despidiese el ejército, y se fuese con él a ver su rey preso así lo hizo el indio y por llegar más aína fueron por unos atajos de sierras nevadas, donde hubieran de perecer de frío si los indios no los socorrieran con llevarlos a unas cuevas grandes que de las mismas peñas se hacen, de las cuales hay muchas por las sierras de todo aquel reino. (37)

Por la aspereza del camino se desherraron los caballos de manera q' vinieron a tener estrema necesidada de herraje por que salieron mal proveídos dél, no entendiendo que eran tan ásperos los caminos. Valióles la industria de los indios, que por dos herraduras de hierro vaciaron mucha de plata y de oro con que socorrieron su necesidad En este caso al fin del capítulo ciento y catorce, dice Gomara estas palabras: entonces herraron los caballos con plata y algunos con oro, porque se gastaba menos, y esto a falta de hierro &c. Con los trabajos dichos llegaron a Cassamarca, Hernando Pizarro y Challcuchima: el cual, para entrar donde su Inca estaba, se descalzó y tomó algo sobre sus hombros, en señal de sumisión y vasallage, y con gran sentimiento y ternura de ver su rey en cadenas de hierro, le dijo que por su ausencia le habían preso los españoles. El Inca respondió, que el Pachacamac lo había ordenado así, para que se cumpliesen las profecías o pronósticos que de tantos años atrás tenían de la venida de aquellas nuevas gentes y de la destruición de su gentilidad y enagenación de su imperio, como su padre Huaina Capac lo había certificado a la hora de su muerte. Sobre lo cual dijo, q' después de preso había enviado al Cosco a consultarlo con su padre el Sol y con los demás oráculos que por el reino había, particularmente con el ídolo hablador que estaba en el valle del Rimac. El cual, con ser tan parlero, había perdido la habla; y que lo que más le admiraba era que el oráculo encubierto que hablaba en el templo de Pachacamac, con haber tomado a su

(37) Cuevas que cuando no eran grutas naturales, se labraban en las peñas para servir de guaridas a los chasquis y correos. Hasta hoy se ven algunas de estas garitas de piedra en las alturas de Menochuco.

cargo responder a las preguntas y consultas que acerca de los negocios de los reyes y grandes señores le hiciesen, también había enmudecido. Y aunque le habían dicho que el Inca estaba preso en cadenas, que dijese el remedio que había para soltarle dellas, se había hecho sordo y mudo, y que los sacerdotes y hechiceros que tan familiarmente solían hablar y comunicar con los demás oráculos q' por todo el imperio había, le habían avisado que ni por sacrificios ni por conjuros que les habían hecho, no habían podido alcanzar respuesta alguna, ni aún solo una palabra. De lo cual dijo Atahuallpa estaba muy escandalizado y temeroso, sospechando si su padre el sol lo había desamparado: pues sus ídolos, que tan de ordinario solían tratar y hablar con los sacerdotes y otras personas devotas ahora tan derepente les hubiesen negado la habla y comunicación. Todo lo cual dijo que eran señales muy malas, y muy ciertas de su muerte y enagenación de su imperio. Estos temores y otros semejantes habló Atahuallpa con mucha angustia y dolor de corazón con su maese de campo Challcuchima, en la prisión en donde estaba, donde largamente esperimentó en sí mismo las ansias y pasiones que con su tiranía y crueldades había causado, y causaba en las entrañas y corazón del desdichado Huáscar Inca y de todos los suyos.

CAPITULO XXX

ENMUDECIERON LOS DEMONIOS DEL PERU CON LOS SACRAMENTOS DE LA SANTA MADRE IGLESIA ROMANA

ES así verdad que luego que los Sacramentos de nuestra Santa Madre Iglesia. una, romana. católica. apostólica entraron en el Perú, que el primero fué la consagración del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor, en las misas que los cristianos oían los días que podían, y luego el bautismo que daban a los indios, que en servicio de los españoles entraban, y el sacramento del matrimonio, desposando los indios por palabras de presente, y el de la penitencia que los españoles usaban, confesando sus pecados, y recibiendo el Santísimo Sacramento; que estos cuatro Sacramentos fueron los que primero se ejercitaron en aquella mi tierra, y los otros tres no tan presto hasta que hubo dispusición para ellos. Pues luego que entraron en el Perú perdieron la habla en público los demonios que solían tratar y hablar con aquellos gentiles, tan familiarmente como atrás hemos dicho. Solamente hablaron en secreto, y muy poco, con algunos grandes hechiceros, que fueron perpetuos familiares suyos. Y aunque a los principios los del bando de Huáscar Inca (que fueron los que primero sintieron esta falta de sus oráculos) dijeron: que el sol, enojado de las tiranías y crueldades de Atahuallpa, les mandaba que no hablasen: poco después vieron que la plaga era común; por lo cual nació en los indios universalmente un miedo y asombro de no saber la causa de haber enmudecido sus oráculos; aunque no dejaron de sospechar que lo hubiese causado la venida de la nueva gente a su tierra. Por lo cual temían y respetaban a los españoles más y más de día en día como a gente tan poderosa que quitaba la habla a sus oráculos: y les confirmaron el nombre Viracocha que era de un dios que ellos temían en mayor veneración que a las huacas, del cual hemos dado atrás larga cuenta.

CAPITULO XXXI

HUASCAR INCA PIDE SOCORRO A LOS DOS EXPLORADORES

HABIENDO caminado Hernando de Soto y Pedro del Barco más de cien leguas, llegaron a Sausa donde los capitanes de Atahuallpa tenían preso a Huáscar Inca. Los españoles sabiendo qué estaba allí, quisieron verle, y el Inca también lo procuró, con estar tan guardado como estaba. Al fin se vieron, y lo que hablaron no se entendió por entonces por falta de intérprete sino fué lo que pudieron decir por señas. Más después se averiguó, que habiendo sabido Huáscar Inca por los indios que el principal intento que los españoles llevaban, era hacer justicia y deshacer agravios (como ellos siempre desde que entraron en la tierra lo habían publicado) les había dicho (como lo refieren los historiadores españoles) que pues la intención de su magestad y la de su capitán general, en su nombre, era tener en justicia así a los cristianos como a los indios que conquistasen, y dar a cada uno lo que era suyo, les hacia saber la tiranía de su hermano: que no solamente le quería quitar el reino, que por legítima sucesión era suyo, más también la vida, y que para esto le tenía preso con tantas guardas, que les rogaba y encargaba no pasasen adelante, sino que volviesen con él para asegurarle la vida, porque yéndose ellos le habían de matar aquellos capitanes. Que cuando el capitán general se hubiese informado de su justicia le restituiría el reino, pues publicaba que venía a deshacer agravios. Y que entonces él les daría mucho mas que su hermano les había prometido: que no solamente henchiría de oro y plata hasta la raya que estaba puesta en la sala,pero que la llenaría hasta lo alto del techo, que era tres tantos más, y que él podía cumplir mejor lo que decía, que su hermano lo que ha-

bía prometido, porque sabía donde estaban todos los tesoros de su padre y de sus antepasados, que era cosa innumerable; y que su hermano había de descomponer para cumplir su promesa templos y altares, porque no tenía otra riqueza. Hernando de Soto y Pedro del Barco respondieron a lo que por señas entendieron que fué decirles que no pasasen adelante, sino que se quedasen con él; que no podían quebrantar el orden de su capitán, que les había mandado llegasen al Cosco: que ellos volverían presto y harían en su favor y servicio cualquiera cosa que bien le estuviese. Con esto se despidieron del pobre Huáscar Inca, dejándole más triste y desconsolado que antes estaba, porque había esperado algún remedio en ellos; pero ahora quedaba del todo desconfiado de su vida, y certificado que por haberlos visto y hablado le habían de apresurar la muerte, como ello fué.

CAPITULO XXXII

LLEGAN LOS DOS ESPAÑOLES AL COSCO. HALLAN CRUCES EN LOS TEMPLOS Y EN LAS CASAS REALES

LOS dos compañeros pasaron adelante hasta el Cosco, y dende lo alto de Carmenca estuvieron mirando aquella imperial ciudad, admirados de tan hermosa poblazón. Fueron recebidos con grandísimo acompañamiento, fiesta y regocijo, con muchos bailes y danzas, con arcos triunfales, puestos a trechos por las calles, hechos de muchas y diversas flores, y las calles cubiertas de juncia. Aposentáronlos en una de las casas reales, que llamaban Amarucancha, que fué de Huaina Capac: dijéronles que como a gente divina les daban por aposento la casa del mayor y más querido rey que tuvieron: era un hermosísimo cubo redondo, que estaba de por sí antes de entrar en la casa. Yo le alcancé. Las paredes eran como de cuatro estados en alto, pero de techumbre tan alta, según la buena madera que en las casas reales gastaban, que estoy por decir, y no es encarecimiento, que igualaba en altura a cualquiera torre de las que en España he visto, sacada la de Sevilla. (38) Estaba cubierto en redondo, como eran las paredes: encima de toda la techumbre, en lugar de mostrador del viento (porque los indios no miraban en vientos) tenía una pica muy alta y gruesa, que acrecentaba su altura y hermosura: tenía de hueco por derecho más de sesenta piés, llamábanla Sunturhuasi, que es cosa o pieza aventajada. No

(38) Lo aseverado por Garcilaso, y que no admite duda supuesto que el historiador vió el edificio, desmiente, de modo absoluto, las aseveraciones de Tschudi que, por apocar la civilización de los Incas, supùso que los templos y palacios del Cuzco eran tan bajos que apenas se elevaban sus techos para permitir el paso. Véase *Contribución a la Civilización y Linguistica del Antiguo Perú*. Col. Urteaga-Romero, t. II, c. I,

había edificio alguno arrimado a él. En mis tiempos se derribó por desembarazar la plaza, como ahora está porque entraba algo en ella: pero no parecía mal la plaza con tal pieza a su lado, cuanto más, que no le ocupaba nada. En este tiempo está en aquel sitio el colegio de la Santa Compañía de Jesús, como ya lo dijimos en otra parte.

Otro día sacaron los indios a los españoles en sendas andas en hombros a ver la ciudad: por do quiera que pasaban los adoraban, haciendo todas las demostraciones de adoración que en su gentilidad tenían. Los dos compañeros se admiraron grandemente de ver la majestad del Cosco, la grandeza y riquezas de los templos y casas reales, aunque ya entonces con las guerras pasadas de los Incas y prisión de Huáscar, estaban menoscabadas, porque habían escondido la mayor parte dellas. Encarecieron mucho el artificio y escelencia de las casas reales, que tan sin ayuda de instrumentos hubiesen hecho tan grandes obras. Pero mucho más estimaron ver enlosado con grandes losas todo el suelo del arroyo que pasa por la ciudad, y las paredes de la una parte y de la otra, de muy buena cantería, y que esta obra saliese más de un cuarto de legua de la ciudad. Espantáronse de la innumerable multitud de los indios, de la abundancia de los mercaderes, aunque las mercancías de muy poca cantidad y valor. Estimaron en mucho la buena crianza de los nobles: cuán blandos y amorosos los hallaban, y deseosos de agradarles: y mucho más tuvieran de todo esto sino hubieran sucedido las guerras de los dos hermanos. Ultimamente se admiraron de ver cruces puestas en lo alto de los templos y casas reales. Lo cual nació de haberse sabido en aquella ciudad lo que sucedió a Pedro de Candía en Tumpis, con los animales fieros que allí le echaron para que lo despedazaran, y que el cristiano les había amansado con la señal de la cruz que en las manos llevaba. Todo lo cual contaron (con grandes asombros) los indios que llevaron al Cosco las nuevas de aquellas maravillas. Y como entonces supiesen los de la ciudad cuál era la señal, se fueron al santuario, donde tenían la cruz de jaspe cristalino, que atrás hemos dicho, y con grandes aclamaciones la adoraron diciéndole, que pues había tantos siglos que la tenían en veneración, aunque no en la que ella merecía porque no habían sabido sus grandes virtudes, tuviese por bien de librarles de aquellas nuevas gentes que a su tierra iban, como había librado a aquel hombre de los animales fieros que le echaron. Hecha la adoración, pusieron luego cruces en los templos y casas reales, para que librase aquellos lugares y todo el reino de los enemigos que tenían.

Aquí es de notar que los propios gentiles idólatras, antes de predicárseles la fé católica, dieron a la cruz, y en ella a toda la religión cristiana, la posesión de sí mismos y de todo su imperio; pues la pusieron en sus templos y casas reales, y la adoraron, suplicándoles los librase del temor que tenían. Porque es verdad que dende la muerte de Huaina Capac anduvieron aquellos indios con grandes miedos y asombros de que muy presto se había de acabar su idolatría, su imperio, grandezas y señorío; porque aquel príncipe, como al fin de su vida dijimos, les declaró muy al descubierto los anuncios y profecías que de todas estas cosas, de muchos años atrás tenían de sus oráculos y portentos, aunque dichas con mucha obscuridad y confusión; más Huaina Capac les dijo en claro, profetizando a los suyos la ida de los españoles y la del santo Evangelio a su imperio, el Perú, y les dió término que fué el de su vida: por lo cual adoraban los indios a los españoles como a dioses con las sumisiones y ostentaciones que hemos dicho, sospechando que eran aquellos los que habían de cumplir la profecía de su rey.

Hernando de Soto y Pedro del Barco escribieron entonces a su capitán general todas estas cosas, y las riquezas increíbles que en aquella ciudad hallaron, que eran muchas más que habían imaginado, y el mucho servicio y regalo que los indios les habían hecho por el bando y pregón que Atahuallpa mandó echar por todo su reino, en favor de aquellos españoles. Lo propio escribieron los otros cuatro espías que fueron a las otras partes, porque lo mismo pasó por ellos. Más los castellanos recibieron con mucho contento la buena nueva de las riquezas; y a la adoración que les hacían por la profecía de Huaina Capac, dijeron que eran hechicerías de indios, que no había que hacer caso de ellas.

CAPITULO XXXIII

ASTUCIA DE ATAHUALLPA Y LA SUERTE DEL REY HUASCAR INCA.

AGUSTIN de Zárate habiendo contado la plática q' Huáscar Inca tuvo con Hernando de Soto y Pedro del Barco, que fué la misma que hemos dicho, y cómo se despidieron dejándole tan mal asegurado como quedó el podre Inca. dice lo que se sigue, libro segundo, capítulo sesto: y así continuaron su camino. lo cual fué causa de la muerte de Huáscar. y de perderse aquel oro que les prometía: porque los capitanes que lo llevaban preso. hicieron luego saber por la posta a Atabaliba todo lo que había pasado. Y era tan sagaz Atabaliba que consideró que si a noticia del gobernador venía esta desmanda. que así por tener su hermano justicia. como por la abundancia de oro que prometía, a la cual tenía ya entendido la afición y codicia q' tenían los cristianos. le quitarían a él ul reino, y le darían a su hermano. y aún podría ser q' le matasen, para quitar de enmedio embarazos tomando para ello ocasión de que contra razón había prendido a su hermano y alzádose con el reino. Por lo cual determinó de hacer matar a Huáscar aunque les ponía temor para lo hacer. haber oído muchas veces a los cristianos que una de las leyes que principalmente se guardaban entre ellos. era el que mataba a otro había de morir por ello; y así acordó de tentar el ánimo del gobernador para ver qué sentiría sobre el caso. Lo cual hizo con mucha industria. que un día fingió estar muy triste, y llorando y sollozando. sin querer comer ni hablar con nadie; y aunque el gobernador le importunó mucho sobre la causa de su tristeza. se hizo de rogar en decirla; y en fin le vino a decir

que le habían traído nueva que un capitán suyo, viéndole a él preso había muerto a su hermano Huáscar. Lo cual había sentido mucho, porque le tenía por hermano mayor, y aún por padre; y que si le había hecho prender, no había sido con intención de hacerle ningún daño en su persona ni reino, salvo para que le dejase en paz la provincia de Quitu, que su padre le había mandado después de haberla ganado y conquistado, y siendo cosa fuera de su señorío.

El gobernador le consoló que no tuviese pena, que la muerte era cosa natural, y que poca ventaja se llevaban unos a otros. Y que cuando la tierra estuviese pacífica él se informaría quiénes habían sido en la muerte, y los castigaría. Y como Atabaliba viese que el marqués tomaba tan livianamente el negocio, deliberó de ejecutar su propósito, y así envió a mandar a los capitanes, que traín preso a Huáscar, que luego le matasen; lo cual se hizo con tan gran presteza, que apenas se pudo averiguar después, si cuando hizo Atabaliba aquellas apariencias de tristeza, había sido antes o después de la muerte. De todo este mal suceso comunmente se echaba la culpa a Hernando de Soto y Pedro del Barco por la gente de guerra, que no están informados de la obligación que tienen las personas a quien algo se manda (especialmente en la guerra) de cumplir precisamente su instrucción, sin que tengan libertad de mudar los intentos, según el tiempo y negocios, si no llevan expresa comisión para ello. Dicen los indios que cuando Huáscar se vido matar, dijo: yo he sido poco tiempo Señor de la tierra, y menos le será el traidor de mi hermano, por cuyo mandado muero, siendo yo su señor natural.

Por lo cual los indios, cuando después vieron matar a Atabaliba, como se dirá en el capítulo siguiente, creyeron que Huáscar era hijo del sol por haber profetizado verdaderamente la muerte de su hermano.

Y así mismo dijo, que cuando su padre se despidió dél, le dejó mandado que cuando a aquella tierra viniese una gente blanca y barbada, se hiciese su amigo, porque aquellos habían de ser soñores del reino &c. Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

Cuando los historiadores españoles van tan asidos a la verdad de la historia, huelgo más de repetir sus palabras, sacadas a la letra, que no escribir las mías, por hablar como español y no como indio: y así lo haremos siempre, y si no fuere donde faltare algo que añadir a la relación que tuvieron.

Volviendo a lo que Agustín de Zárate ha dicho, es de notar, que toca brevemente muchas cosas de las que a la larga hemos dicho, en nuestra historia, como son, la tiranía de Ata-

hualipa, su cautela, astucia y sagacidad, para tentar el ánimo de don Francisco Pizarro para ver cómo tomaba la muerte de Huáscar. Que si en el español hubiera la misma cautela y sagacidad que en el indio para decirle, vos mandásteis matarlo, yo lo averiguaré y castigaré como merece vuestro delito, es cierto que no lo matara.

Más como Atahuallpa vió que el gobernador no solamente no sospechaba mal contra él, sino que antes en lugar de indignarse le consolaba, tomó ánimo y resolución para matar al Inca su rey natural, que fué la mayor de sus crueldades.

Matáronle cruelísimamente haciéndole cuartos y tasajos, y no se sabe donde lo echaron: creése entre los indios que se lo comieron de rabia. El P. Acosta dice que lo quemaron. También toca Zárate la diligencia y presteza que de los correos hemos dicho, y entonces la hubo mayor, porque mandó Atahuallpa, que el aviso de la muerte de Huáscar se la diesen por ahumadas o llamaradas que de noche o de día hacían los chasquis con semejantes avisos para mayor presteza. Y ésta fué la causa que no se pudiese averiguar después, si el llanto de Atahuallpa y aquellas apariencias de dolor y tristeza, habían sido antes o después de la muerte de Huáscar. También toca este autor el pronóstico que dijimos había dejado Huaina Capac de la ida de los españoles que habían de ser señores de su reino. Hernando de Soto y Pedro del Barco no deben ser culpados por no haberse quedado con Huáscar que lo hicieron por no entender lo que les dijo acerca del tesoro, que les daría tres tantos más de lo que había prometido su hermano: que si lo entendieran, se quedaran con él porque la comisión que llevaban no era de cosa que importaba a la conquista y pacificación del reino sino a certificarse de la promesa del rescate de Atahuallpa: si la podía cumplir o no: y prometiéndoles Huáscar tres tantos más, de creer es que no le dejaran por no perder lo que les ofrecía. Este mismo descargo daban ellos al cargo que les hacían de la muerte de Huascar, decir que no le habían entendido. Así acabó el desdichado Inca último de los monarcas de aquel imperio, habiendo visto en sus vasallos, criados, deudos, hermanos, hijos, y en su propia persona las calamidades y desventuras que hemos dicho causadas y ejecutadas por un hermano suyo y con tan mal trato en su prisión, que dice Diego Fernandez de Palencia en este paso, lo que se sigue.

Los dos capitanes de Atabalipa volvieronse para su señor, llevando preso a Huáscar, y tratábanle tan mal, que le daban a beber orines por el camino, y a comer cosas muy sucias y sabandijas. En este comedio entró en la tierra don Francisco

Pizarro con los demás cristianos, y prendieron a este Atabalipa en Cajamalca. Hasta aquí es de aquel autor. Poco más adelante dice: mataron a Huáscar en Andamarca, y Atabalipa murió en Cajamarca, ha de decir Cassamarca, que es tierra o provincia o barrio de hielo, porque Cassa significa hielo, (39) y Marca tiene las otras tres significaciones; y por el semejante Andamarca se ha de escrebir Antamarca, quiere decir provincia de cobre, porque Anta es cobre &c. (40)

(39) *Cassa* = abeirto, amplio. en aimara. La región de Cajamarca es un valle abierto y en él la temperatura es moderada.

(40) El rio Andamarca era casi el limite natural entre el pais de los Huamachucos y el de los Caxamarcas; hoy se conoce el rio histórico de Andamarca con el nombre del río de Mollobamba, ya que el actual pueblo de este nombre se halla edificado sobre las ruinas del antiguo pueblo de Andamarca, y el rio corre cerca. Véase Jeréz. *Conquista del Perú*. Herrera. *Decada* V, Lib. III, c, II. Raymondi *Historia de la Geografía del Perú*, c, III, pp. 30 y 32. Urteaga EL PERU, *Bocetos Históricos*, t. II, c. I.

CAPITULO XXXIV

LLEGA DON DIEGO DE ALMAGRO A CASSAMARCA, Y LAS SEÑALES Y TEMORES QUE ATAHUALLPA TIENE DE SU MUERTE.

CON la muerte del pobre Huáscar, que pasó como se ha dicho no aseguró Atahuallpa su reinado, ni la libertad de su persona ni su propia vida; antes parece que todo le sucedió en contra: porque dentro de muy pocos días se le ordenó el quitársela de la manera que lo dicen Agustín de Zárate y Francisco Lopez de Gomara, que ambos van conformes en este paso y en otros muchos, de aquella historia. Castigo es del cielo, muy ordinario contra los que fían más de sus astucias y tiranías, que en la razón y justicia; y así permite Dios que caigan en ellas mismas y en otras peores, como luego veremos. Para lo cual es de saber que don Diego de Almagro iba de Panamá al socorro de la conquista en un hermoso navío, con mucha y muy buena gente y segun decían sus enemigos, con propósito de tomar la delantera a don Francisco Pizarro hácia Mediodía; porque había sabido que la gobernación del don Francisco y sus límites, no se alargaban a más de docientas leguas, donde la linea equinocial hácia el Sur. Quería conquistar para sí de allí adelante. De la cual intención dicen tuvo aviso don Francisco Pizarro por un secretario del don Diego de Almagro, al cual ahorcó su amo, por este delito. Sea como fuere, don Diego supo en su viage la prisión de Atahuallpa, y la increíble riqueza que se juntaba para su rescate; acordó mudar propósito, e ir donde estaba el compañero victorioso; pues conforme a las capitulaciones de ellos, era suya la mitad de las ganancias, de el don Francisco Pizarro. Almagro llegó con su gente a Cassamarca los cuales se admiraron grandemente de ver la mucha plata y oro que hallaron recogido. Pero en breve tiempo los de don Francisco desengañaron, a

los soldados de don Diego diciendo, que pues no se habían hallado en la prisión de aquel rey, no habían de haber parte alguna de lo que hasta allí se había recogido, ni de lo que más se juntase, hasta cumplir y llenar la raya que Atahuallpa había señalado y prometido hinchir con su rescate. Lo cual les parecía imposible según la grandeza de la sala, aunque trujesen cuanto oro y plata había en el mundo. Por lo cual dieron en decir, que matasen al Inca para que ellos hubiesen su parte, de lo que de allí adelante se ganase. A esta demanda y a su buena razón, añadieron otras tan flacas y más. Pero con ser tales, fueron bastantes para que matasen un tan gran príncipe como era Atahuallpa. El cual estaba con gran temor de su muerte, viendo el descontento y desabrimiento que los españoles traían unos con otros y las muchas porfías que a gritos y voces por horas y momentos entre ellos había. Todo lo cual sospechaba el triste Inca, que había de llover sobre su salud y vida. La cual sospecha aumentaba el no responder los oráculos a sus preguntas y demandas. También se añadió a esto, que supo de sus indios que de noche corrían muchas estrellas, grandes y chicas, en las cuales y en otras cosas menores aquella gentilidad, en tiempos menos calamitosos que los presentes, miraba muy mucho para decir las supersticiones y portentos que a cada uno se les antojaba agorear.

A lo último, para su total desesperación le dijeron que entre otras señales que el cielo mostraba, era una gran cometa verdinegra poco menos gruesa que el cuerpo de un hombre y más larga que una pica, que de noche parecía, como la que vieron poco antes de la muerte de su padre Huaina Capac. Atahuallpa se escandalizó mucho de oirlo: y habiéndolo certificado de los españoles (que también hablaban sobre ella) les pidió licencia para verla; y como la hubiese visto y notado, se puso muy triste, y no habló ni conversó más con nadie, como solía. Don Francisco Pizarro le importunó muchas veces le dijese la causa de su tristeza. Atahuallpa, porque no le importunase más y porque no sospechase que era otra cosa, le dijo: Apu, (que es capitán general) yo soy certificado que mi muerte será muy presto, que así me lo ha dicho esta cometa porque otra como ella se vió, pocos días antes que mi padre muriese. Y de ver y entender que he de morir tan presto sin haber gozado de mis reinos, estoy triste; porque estas señales no se muestran sino para anunciar grandes calamidades, muertes de reyes, destruición de imperios. Todo lo cual sospechaba yo antes, viéndome en cadenas de hierro, más ahora me lo ha certificado de veras la cometa. Habrás entendido la causa de mi tristeza, y la razón que tengo para tenerla.

El gobernador le dijo, que no mirase ni creyese en agüeros que no había para qué darles crédito, que esperase que muy presto se vería libre de prisión y restituído en su reino Con esto le dejó tan triste como antes estaba: porque aquella gentilidad aprendía muy de veras lo que sus agüeros les decían, y así les dió más crédito que al gobernador Don Francisco Pizarro. Pedro de Cieza de León capítulo sesenta y cinco dice lo mismo que hemos dicho de la cometa, y cuán agoreros eran aquellos indios en éstas cosas y otras semejantes.

Atahuallpa, conforme a sus pronósticos, perdió toda la esperanza de su libertad, y se certificó en el temor de su muerte; la cual sucedió dentro de quince días, después que vió la cometa, como lo dice el mismo Cieza, capítulo sobredicho.

CAPITULO XXXV

HERNANDO PIZARRO VIENE A ESPAÑA A DAR CUENTA DE LO SUCEDIDO EN EL PERU.

EL gobernador don Francisco Pizarro (en contra de los miedos y temores de Atahuallpa) tenía grandes pretensiones y mayores esperanzas, conforme a los favores que hasta entonces su buena fortuna le había dado. Deseando pues aumentarlas en lo por venir, le pareció sería bien dar cuenta a su magestad de lo sucedido hasta allí: y comunicándolo con el compañero don Diego de Almagro, y con los hermanos, acordaron que Hernando Pizarro viniese a España con la embajada y relación de las hazañas de todos ellos, para que su magestad las gratificase como ellas merecían. Hernando Pizarro tomó del monton de oro y plata que Atahuallpa mandaba juntar para su rescate, lo que hubo menester para el gasto del camino; pues venía a negociar por todos los que tenían allí parte. Trajo para su majestad cien mil pesos de oro, y otros cien mil en plata, a buena cuenta del quinto que le había de pertenecer del rescate de aquel rey. Esta plata y oro fueron las primicias de lo que después acá, han traído y trairán para su magestad de aquella mi tierra. La plata trujo en piezas labradas, como lo dice Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo séptimo, por estas palabras: acordóse de enviar a Hernando Pizarro a dar noticia a su magestad del próspero suceso que en su buena ventura habían habido; y por entonces no se había hecho la fundición y ensaye, ni se sabía cierto lo que podría pertenecer a su magestad, de todo el montón trajo cien mil pesos de oro, y veinte mil marcos de plata, para los cuales escogió las piezas más abultadas y vistosas, para que fuesen tenidas en más en España. Y así trujo muchas tinajas, y braseros, y atambores, y carneros, figuras de hombres y mujeres con que hinchó el peso y valor arriba dicho: y con ello se fué a embarcar con gran pesar y sentimiento de Atabaliba, q' le era muy aficionado, y comunicaba con él todas sus cosas: y así despidiéndose dél, le dijo: baste capitán, pésame dello, porque yéndote tú, se que me han de matar este gordo y este tuerto. Lo cual decía por don Diego de Almagro, que como hemos dicho arriba, no tenía más de un ojo, y por Alonso Requelme, tesorero de su magestad; a los cuales había visto murmurar

contra él, por la razón que adelante se dirá. Y así fué que partido Hernando Pizarro, luego se trató de la muerte de Atabaliba por medio de un indio que era intérprete entre ellos, llamado Felipillo &c. Gomara dice (como adelante veremos): que Hernando Pizarro trujo el quinto que a su magestad pertenecía del rescate de Atahuallpa.

Lo que pasó es que Hernando Pizarro no sacó de Cassamarca más de lo que se ha dicho; pero como luego que él se partió, sucedió la muerte de aquel rey, y se hizo la partija de su rescate (el cual fué antes para abreviarle la muerte que no para librarle della) se vinieron a España sesenta conquistadores, con las partes que allí les cupieron, y trujeron, a treinta, cuarenta, cincuenta mil pesos, más y menos; y trujeron también el quinto de su magestad, y alcanzaron a Hernando Pizarro, en Nombre de Dios, que aún no se había embarcado, y se vinieron todos juntos; y con esta relación se verifica lo que estos autores escriben, sin contradición del uno al otro.

Poco después de la partida de Hernando Pizarro, volvieron del Cosco Hernando de Soto y Pedro del Barco, con las nuevas de las increíbles riquezas que en aquella ciudad vieron así en el templo del sol como en las casas de los reyes pasados, y en la fortaleza y en otros santuarios y rincones donde el demonio hablaba a los hechiceros y sacerdotes, y otros devotos suyos; los cuales lugares estaban todos adornados de oro y plata, porque los tenían por lugares sagrados. Lo mismo dijeron los otros cuatro exploradores. Con esta relación se alegraron grandemente los españoles, con el deseo de ver y gozar de aquellos grandes tesoros. Por esto se dieron priesa en la muerte de Atahuallpa por desechar cuidados, y quitar estorbos q' pudieran impedir o dilatar el haber y poseer la plata y oro, que en aquella imperial ciudad había, y en las otras partes. Y así se determinó de matarlo por salir de pena y congoja; cuyo fin y muerte escriben ambos aquellos autores, casi por unos mismos términos. Por tanto, pondré aquí lo que dice Francisco Lopez de Gomara, capitulo ciento y diez y nueve. (41), que con su título al propio es el que se sigue.

(41) Francisco Lopez de Gomara fue capellan en el ejército de Hernan Cortez, testigo ocular de muchos de los sucesos acaecidos en la conquista de México, y muy amigo de algunos de los conquistadores del Perú, que le dieron valiosas informaciones; escribió, por consejo de Cortez y de otros muchos, la «Narración de lo sucedido en México y el Perú, desde su descubrimiento hasta la definitiva implantación de la soberania española en las nuevas tierras». La obra de Gomara muy apreciable, no estuvo escenta de lagunas, falsos juicios y errores, y en su tiempo, y aún viviendo el clérigo cronista, otro soldado español, héroe en las hazañas de la conquista del Anahuac, llamado Bernal Diaz del Castillo, refutó a Gomara y señaló sus errores. El relato de la con-

CAPITULO XXXVI

DE LA MUERTE DE ATAHUALLPA, POR JUSTICIA Y CON ENGAÑO. Y FALSA INFORMACION.

URDÍOSE la muerte de Atabaliba por donde menos pensaban: cá Felipillo, lengua, se enamoró y amigó de una de sus mugeres para casar con ella, si él moría. Dijo a Pizarro y a otros que Atabaliba juntaba de secreto gente, para matar los cristianos y librarse. Como esto se comenzó a sonruir entre los españoles, comenzaron ellos a creerlo, y unos decían que lo matasen por seguridad de sus vidas y de aquellos reinos; otros que lo enviasen al emperador, y no matasen a tan gran príncipe aunque culpa tuviese. Esto fuera mejor más hicieron lo otro, a instancia (según muchos cuentan) de los que Almagro llevó; los cuales pensaban, o se lo decían, que mientras Atabaliba viviese, no tenían parte en oro ninguno hasta henchir la medida de su rescate. Pizarro en fin, determinó matarlo, por quitarse de cuidado, y pensando que muerto tenía menos que hacer en ganar la tierra. Hizóle proceso sobre la muerte de Huáscar, rey de aquellas tierras, y probósele también que procuraba matar los españoles; más esto fué maldad de Felipillo, que declaraba los dichos de los indios (que por testigos tomaban) como se le antojaba, no habiendo español que lo mirase y entendiese. Atabaliba negó siempre aquello, diciendo que no cabía en razón tratar él tal cosa, pués no podría salir con ella vivo, por las muchas guardas y prisiones que tenía. Amenazó a Felipillo y rogó que no le creyesen. Cuando la sentencia oyó, se quejó mucho de don Francisco Pizarro, que habiéndole prometido de soltarlo por res-

---

quista del Perú de Gomara escrita con menos apasionamiento que la Historia de México, está menos adulterada, pero sus asertos se deben tomar con la reserva debida al escritor que narra lo que otros vieron, y que no conoció el Perú.

Agustín de Zárate, también frecuentemente citado por Garcilaso, fué un investigador infatigable de los sucesos acaecidos en el Perú durante su conquista. Su puesto de Contador en las oficinas del Gobierno Colonial, su vecindad a los años en que se realizó el sometimiento de las nuevas tierras y sus relaciones con los españoles que actuaron en la magna empresa, le dan derecho a ser creído. Desde la aparición de su obra, la que intituló *Descubrimiento y Conquista del Perú*, ésta fué muy apreciada, muestra de este aprecio son las continuas trascripciones que de ella hacen los antiguos cronistas, entre los que figuran principalmente el Inca historiador

cate, lo mataba. Rogóle que lo enviase a España, y que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamás lo ofendió, y lo había hecho rico. Cuando lo llevaban a justiciar pidió el bautismo, por consejo de los que le iban consolando, que otramente vivo lo quemaran. Bautizáronlo, y ahogáronlo a un palo atado. Enterráronle a nuestra usanza, entre los cristianos, con pompa; puso luto Pizarro y hízole honradas obsequias. No hay que reprender a los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después: cá todos ellos acabaron mal, como en el proceso de su historia veréis. Murió Atabaliba con esfuerzo, y mandó llevar su cuerpo a Quitu, donde los reyes, sus antepasados por su madre estaban. Si de corazón pidió el bautismo, dichoso él; y si no pagó las muertes que había hecho. Era bien dispuesto, sabio, animoso, franco, y muy limpio y bien traído. Tuvo muchas mugeres y dejó algunos hijos. (42) Usurpó mucha tierra a su hermano Huáscar, más nunca se puso la borla hasta que lo tuvo preso, ni escupía en el suelo sino en la mano de una señora muy principal, por magestad. Los indios se maravillaron de su temprana muerte, y loaban a Huáscar por hijo del Sol. Acordándose, como adivinara, cuán presto había de ser muerto Atabaliba que matar lo mandaba. Hasta aquí es de Francisco Lopez de Gomara. Volviendo a lo que el autor ha dicho, es de notar lo que dice de la interpretación de Felipillo, que declaraba los dichos de los indios, que tomaban por testigos, como a él se le antojaba: no habiendo español que lo mirase ni entendiese. Con lo cual parece que se comprueba lo que atrás dijimos, de cuán mal declaró este faraute a Atahuallpa, los misterios de nuestra fé católica, así por no entenderlos él, como por faltar vocablos al lenguage, que significasen lo que había de decir: también se prueba lo que dijimos de Hernando de Soto y Pedro del Barco, que por no entender lo que Huáscar Inca les dijo no quedaron con él y causaron su muerte. De manera que podremos decir que la falta de buenos y fieles intérpretes fué la principal causa de la muerte destos dos poderosos reyes. Atahuallpa se mandó enterrar en Quitu con sus abuelos maternos, y no en el Cosco con los paternos, porque sabía cuán aborrecido era en todo aquel imperio, por las crueldades q' en él había hecho, y temió no hiciesen en su cuerpo algunos vituperios e infamias; quiso más fiarse de los suyos que de los agenos, aunque los entierros de los Incas en el Cosco eran muy desiguales, en calidad y ornamento, a los sepulcros de los caciques de Quitu. Decir que Atahuallpa no se puso la borla hasta que tuvo preso a Huáscar dice bien, porque era insignia del Inca, señor de

(42) Véase la nota Nº. 43.

todo aquel imperio; y mientras había otro señor legítimo, que era su hermano, no podía él traerla; más habiéndole preso se declaró por señor universal, y así pudo tomar la borla, aunque tan tiranamente como se ha dicho.

De que un indio idólatra, que tantas crueldades había hecho como Atahuallpa, muriese bautizado, debemos dar gracias a Dios nuestro Señor, que no desecha de su infinita misericordia, los pecadores tan grandes como él y como yo.

Llamóse don Juan Atahuallpa. (43) El P. Blas Valera dice, que Fr. Vicente de Valverde tuvo cuidado de instruirle en la fé muchos días antes que le matasen, y que en la prisión estuvo el Inca desauciado de la vida, de una gran melancolía que le dió de verse en cadenas y solo; que no dejaban entrar indio alguno donde él estaba, sino un muchacho, sobrino suyo, que le servía. Entonces los españoles le sacaron de la prisión y llamaron los indios principales que había. Los cuales trujeron grandes herbolarios que le curaron, y que para certificarse de la calentura le tomaron el pulso, no en la muñeca como los médicos de acá, sino en lo alto de la nariz, a la junta de las cejas, que le dieron a beber zumo de yerbas de gran virtud. Llama paico a la una dellas y no nombra a la otra.

Dice que la bebida le provocó un gran sudor y un sueño profundísimo y largo, con que se le quitó la calentura, y recordó sin ella, y que no le hicieron otro medicamento, que en pocos días volvió en sí, y que entonces lo volvieron a la prisión; y que cuando le notificaron la sentencia de su muerte le mandaron que se bautizase, si no, que lo quemarían vivo, como quemaron en México a Huahutimoc, rey de aquel imperio; y que la hoguera estuvo encendida, mientras le notificaban la sentencia. Al fin dice que se bautizó, y que le ahogaron atado a un palo en la plaza, con voz de pregonero, y en todo se conforma con los historiadores españoles; dice que estuvo en la prisión tres meses.

(43) Hoy está probado que no se llamó Juan sino Francisco. «En el año de 1555, por el mes de Abril (dice D. Marcos Jimenez de la Espada) D, Diego Illaquita, D. Francisco Ninancoro y D. Juan Quispe Tupac, trataron de probar que eran hijos de Atahuallpa, y por el orden que los enumeramos, de las cuncubinas Chuque Suyo, Chumbicarua y Ñusta Cuca, y el documento que para ello se instruyó y que D. Marcos Jimenez de la Espada nos asegura habar visto original, lleva este tituló: *Provanza hecha en los Reyes a pedimento de D. Diego Illaquita hijo natural de Francisco Atabalipa, Señor que fué de estos Reynos a la entrada de los españoles, y especialmente de las provincias de Quito, por mandado y subcesión de Guaynacaba su padre.*» Véase TRES RELACIONES DE ANTIGUEDADES PERUANAS, p. 326. Juan Santa Cruz Pachacuti asegura lo mismo que la *Provanza*, esto es, que Atahuallpa tomó en el bautismo el nombre de Francisco. Compúlsese el testimonio de este cronista, del partido de Atahuallpa y hermano de dos capitanes que asistieron a la hecatombe de Cajamarca, y se verá que tenia motivos para saber lo que afirmaba.

CAPITULO XXXVII

LA INFORMACION QUE SE HIZO CONTRA ATAHUALLPA

EL proceso que contra Atahuallpa se hizo fué solemne y muy largo, aunque Gomara lo dice en suma.

Nombróse el gobernador por juez de la causa; y tomó por acompañado a su compañero don Diego de Almagro. El escribano fué Sancho de Cuellar: el fiscal acusador fué otro, y otro fué defensor de Atahuallpa, como abogado; otros dos fueron procuradores nombrados para cada una de las partes, y otro que buscase y trujese los testigos, para los presentar: otros dos nombraron por letrados, para que como tales diesen su parecer en la causa; no los nombramos por buenos respetos; yo alcancé algunos dellos. Hicieron un interrogatorio de doce preguntas.

La primera, si conocieron a Huaina Capac y a sus mugeres, y cuántas eran. La segunda si Huáscar Inca era legítimo y heredero del reino, y Atahuallpa bastardo, no hijo del rey, sino de algún indio de Quitu. La tercera, si tuvo el Inca otros hijos sin los dichos. La cuarta, si Atahuallpa heredó el imperio por testamento de su padre o por tiranía. La quinta, si Huáscar Inca fué privado del reino por el testamento de su padre, o si fué declarado por heredero. La sesta, si Huascar Inca era vivo o muerto, y si murió de enfermedad, o lo mataron por orden de Atahuallpa, y cuándo, si antes o después de la venida de los españoles. La séptima, si Atahuallpa era idólatra, y si mandaba y forzaba a sus vasallos a que sacrificasen hombres y niños. La octava, si Atahuallpa había hecho guerras injustas, y muerto en ellas mucha gente. La novena, si tenía Atahuallpa muchas concubinas. La décima, si Atahuallpa había cobrado, gastado y desperdiciado los tributos del imperio, después que los españoles tomaron la posesión dél.

MUERTE DEL INCA ATAHUALLPA



Condenado a muerte Atahuallpa, salió al suplicio en la tarde del domingo 29 de agosto de 1533, acompañado de un fúnebre cortejo formado por los soldados españoles y los representantes de la Iglesia. Como ya entraba la noche, el camino al cadalso y la ejecución, fueron alumbrados por hachones que llevaban muchos de los soldados. En sus últimos momentos el Inca, convino en bautizarse a condición de morir en el garrote y no en la hoguera. Al hacerse cristiano tomó el nombre de Francisco, como lo tenemos probado con documentos incontrovertibles (pág. 219 nota No. 43). Después de muerto, dice el cronista Pedro Sancho, se arrimó a sus pies algún fuego para que así, en forma simulada, tuviera cumplimiento la sentencia. Su cadáver fué sepultado en el atrio de la Iglesia de San Francisco, pero a los pocos días fué sustraído por los indios que lo condujeron a Quito para ser sepultado en la capital de su reino; probablemente así lo había aconsejado el Soberano.

La undécima, si sabían que Atahuallpa, después de la venida de los españoles, había dado a sus parientes y a los capitanes y a otra mucha gente de todas suertes, muchas dádivas de la hacienda real, y que tenía gastados y disipados los pósitos públicos y comunes. La duodécima, sí sabían que el rey Atahuallpa, después de preso, había tratado con sus capitanes de rebelarse y matar a los españoles; para lo cual había mandado juntar gran número de gente de guerra, y mucho aparato de armas y otros pertrechos. Por estas preguntas examinaron los testigos. Diez fueron los que se presentaron y examinaron: los siete fueron de los mismos criados de los españoles, y los tres de los que no lo eran, porque no fuesen todos domésticos. Declararon lo que el intérprete Felipe quiso decir, como lo dice Gomara. Un testigo de los no domésticos, llamado Quespe, capitán de una compañía, que fué el postrero que examinaron, (temiendo que el intérprete no quitase o añadiese algo a lo que él dijese) respondía, con una sola palabra diciendo: Y, que es sí, y Manan, que es no. Y para que los que estaban presentes lo entendieran, y el intérprete no trocase lo negativo por afirmativo, o en contra: cuando decía sí, abajaba la cabeza dos y tres veces, señalando el sí. Y cuando decía no, señalaba con la cabeza y con la mano derecha la negativa, de lo cual se admiraron muchos de los jueces y sus ministros, viendo la sagacidad del indio. Más con todo eso se determinaron a condenar a muerte un rey tan grande y tan poderoso como Atahuallpa, y le notificaron la sentencia como se ha dicho. Lo cual, sabido por los españoles, se alborotaron muchos dellos, así de los que fueron con don Francisco Pizarro, como de los que fueron con don Diego de Almagro, que eran de ánimo generoso y piadoso. Entre los cuales los más señalados fueron Francisco de Chaves, y Diego de Chaves hermanos, naturales de Trujillo; Francisco de Fuentes, Pedro de Ayala, Diego de Mora, Francisco Moscoso, Hernando de Haro, Pedro de Mendoza, Juan de Herrada y Alonso de Avila y Blas de Atienza (44) y otros muchos. Los cuales dijeron que no se permitía matar un rey q' tanta cortesía les había hecho y ningun agravio; que si alguna culpa le hallaban lo remitiesen al emperador, y lo enviasen a España, y no se hiciesen jueces contra un rey que no tenía jurisdicción sobre él: que mirasen por la honra de la nación española, que en todo, el mundo se diría la tiranía y crueldad que se hacía en matar a un rey, prisionero debajo

(44) Mas que de ánimo generoso y piadoso, ha debido declarar el historiador que fueron los únicos que revelaron caracter caballeresco, recta conciencia y nobleza de alma; manifestaron ser verdaderos cristianos, y su protesta, salvó el honor de España, contra la vileza de los demás ambiciosos y desalmados aventureros.

de palabra que le habían dado de soltarle por su rescate, del cual tenían ya recebida la mayor parte. Que no manchasen sus grandes hazañas con hecho tan inhumano: temiesen a Dios, que les negaría el favor que hasta entonces les había dado. Que de un hecho tan bárbaro y tan injusto no podían esperar que de allí adelante les sucediese cosa buena, antes se debían temer desastres, y mal fin para todos ellos; que no era lícito matar a nadie sin oirle y sin dar lugar a que se defendiese: por todo lo cual dijeron, que apelaban de la sentencia para ante el emperador Carlos Quinto, y dende luego se presentaban ante su magestad, y nombraban a Juan de Herrada por protector del rey Atahuallpa. Estas cosas y otras muchas se dijeron, no solamente de palabra, más también por escrito, y se notificaron a los jueces, con grandes protestaciones que les hicieron de los daños e inconvenientes que la ejecución de aquella sentencia causase. De lo otra parte dijeron a los que volvían por Atahuallpa que eran traidores a la corona real de Castilla y al emperador su señor, pues impedían el aumento de sus reinos y señoríos, que con la muerte de aquel tirano se aguardaba aquel imperio y la vida de todos ellos, y con su vida se perdía lo uno y lo otro: de lo cual, y de las demás alteraciones y motines que causaban, dijeron que darían cuenta a su magestad, para que viese y supiese quiénes eran los leales y de provecho en su servicio, y quiénes los traidores y dañosos en el aumento de su corona, para que se castigase a estos y se remunerase a aquellos Por lo cual hubieran de reñir y matarse, según se había encendido el fuego, si Dios no lo remediara, con que otros, menos apasionados que los unos ni los otros, entraron de por medio, y aplacaron a los del bando Inca, diciéndoles que mirasen lo que convenía al servicio de su rey y a sus propias vidas· que no era justo que hubiese bandos ni pasiones entre los fieles por los infieles, que advirtiesen que ellos apenas llegaban a cincuenta, y q' los del otro bando pasaban de trescientos y cincuenta; que si llegaban a las manos no podían ganar nada sino perderse todos, y perder un reino tan rico como el que tenían entre manos, que lo aseguraban con matar su rey. Con estas amenazas o buenas razones, se aplacaron los protectores de Atahuallpa, y consintieron en su muerte, y los contrarios la ejecutaron.

CAPITULO XXXVIII

UNA AGUDEZA DEL INGENIO DE ATAHUALLPA, Y LA CANTIDAD DE SU RESCATE.

ATAHUALLPA, como se ha dicho, fué de buen ingenio y muy agudo. Entre otras agudezas q' tuvo, q' le apresuró la muerte, fué que viendo leer, y escribir a los españoles, entendió que eran cosa que hacían con ella; y para certificarse desto, pidió a un español de los que le entraban a visitar, o de los que le guardaban, que en la uña del dedo pulgar le escribiese el nombre de su dios. El soldado lo hizo así; luego que entró otro le preguntó: como dice aquí? El español se lo dijo, y lo mismo dijeron otros tres o cuatro. Poco después entró don Francisco Pizarro y habiendo hablado ambos un rato, le preguntó Atahuallpa: ¿qué decían aquellas letras? Don Francisco no acertó a decirlo, porque no sabía leer. Entonces entendió el Inca que no era cosa natural sino aprendida. Y desde allí adelante, tuvo en menos al gobernador; porque aquellos Incas (como dijimos en la aprobación que sus noveles hacían para que los armasen caballeros) tuvieron en su filosofía moral que los superiores, así en la guerra como en la paz, debían hacer ventaja a los inferiores, a lo menos en todo lo que les era necesario aprender y saber para el oficio; porque decían que hallándose en igual fortuna no era decente al superior, que su inferior le hiciese ventaja. Y de tal manera fué el menosprecio y el desdeñar, que el gobernador lo sintió y se ofendió dello. Así lo oí contar a muchos de los que se hallaron presentes. De aquí podrían los padres, principalmente los nobles, advertir a no descuidarse en la enseñanza de sus hijos, siquiera que sepan leer y escribir bien, y una poca de latinidad, y cuando fuere mucha, tanto mejor les será, porq' no se vean en semejantes afrentas; q' en estos tiempos serán más culpados, los q' en esto fueren negligentes que en los pasados; porque entonces

no había en España tantos maestros de todas ciencias como los hay ahora. Y pues los caballeros se precian de la nobleza que heredaron, deberían preciarse de lo q' por sí ganasen; pues son engastes de piedras preciosas sobre oro fino. Otra cosa contaban de Atahuallpa, encareciendo la viveza de su entendimiento; y fué que entre otras cosas, que algunos españoles llevaban para rescatar con los indios, o como los maliciosos decían, para engañarles, se halló un vaso de vidrio de los mui lindos que en Venecia se hacen. A su dueño le pareció presentarlo al rey Atahuallpa, porque entendía le sería bien pagado. como lo fué, q' aunq' estaba preso, envió a mandar a un señor de vasallos, diése por él al español, diez vasos de los que tuviese de oro o de plata, y así se hizo. El Inca estimó en mucho la lindeza y labor del vaso, y con él en las manos, preguntando a los españoles, dijo: ¿de vasos tan lindos no se servirán en Castilla sino los reyes? Uno dellos, entendiendo que lo decía por ser de vidrio, y no por su linda hechura, respondió: que no solamente los reyes sino también los grandes señores y toda la gente común qüe quería, se servia dellos. Oyendo esto Atahuallpa dejó caer el vaso de las manos diciendo: cosa tan común no merece que nadie la estime. Con lo cual admiró a los que le oyeron.

Atahuallpa fué muerto por justicia, como se ha visto, sin cumplir la cantidad de su rescate que prometió; porque no le dieron más lugar, aunque otros dicen que después de recebido el rescate lo mataron Eso que dió lo repartieron los españoles entre sí, como ganancias habidas en la guerra. En suma, deste rescate andan diversos, Agustín de Zárate y Francisco Lopez de Gomara, historiadores de aquellos tiempos: creo que son erratas del molde: pondré aquí algunas dellas para que se vean mejor. Zárate, libro segundo, capítulo siete, sacado a la letra, dice: a su magestad le perteneció de su real quinto treinta mil marcos de plata blanca, fina y cendrada; y del oro cupo a su magestad de quinto ciento y veinte cuentos de marcos &c. Gomara, capítulo ciento y diez y ocho dice: Francisco Pizarro hizo pesar el oro y la plata, después de quilatado: hallaron cincuenta y dos mil marcos de buena plata, y un millón trescientos y veinte, y seis mil y quinientos pesos de oro &c.

Queriendo conformar estos dos autores, decimos: que a Gomara le faltan cien mil marcos de plata para ajustarse con Zárate; porque para que haya treinta mil marcos de quinto, es menester que haya ciento y cincuenta mil marcos de principal. El mismo yerro, y aún mayor, hay en el oro; porque en decir Zárate que cupo a su magestad de quinto del oro ciento y veinte cuentos de marcos, se ve claro el yerro de la impresión; porque si hacemos la cuenta por el valor de los marcos,

dando setenta y dos ducados a cada marco de oro, hace un número de ducados que no hay para qué ponerlo en cuenta, por ser tan escesivo. Y si dijo marcos por decir maravedís, también consta claro el yerro: porque ciento y veinte cuentos de maravedís, montan trescientos y veinte mil ducados, y como adelante veremos, por las partidas que estos mesmos autores dan en la partija deste rescate sumó el quinto de oro reducido con su interés, a ducados de plata, setecientos y ochenta y seis mil y seiscientos ducados. Por lo cual me pareció sacar la cuenta por las partidas que ellos dan en el repartimiento que se hizo de aquel oro y de aquella plata, sin hacer cuenta de las sumas mayores; porque en ellas está el yerro como se ha visto. Seguiré a Zárate en lo que habla determinadamente, a quien por haber sido contador general de la hacienda de su magestad en el Perú, y que hubo allá la relación de lo que escribió, se le debe más crédito, que no al que escribió en España por relación de yentes y vinientes. Lo que Agustín de Zárate deja de decir, que es la cantidad de plata que cupo a cada uno, lo tomé de Gomara. Y también lo que cupo a los capitanes como se podrá ver por su historia. Sola la partida del general pusimos, de relación de los que se hallaron presentes. La gente de a caballo ambos autores dicen, que eran sesenta. Los infantes dice Gomara, que serían ciento y cincuenta y, aunque Pedro de Cieza de León, hablando de Cassamarca, donde fué la prisión de Atahuallpa, capítulo setenta y siete, dice que los que le prendieron fueron sesenta de a caballo y cien infantes. En el número de los infantes sigo a este autor, y no a Gomara, porque demás de que estuvo en el Perú, y escribió allá, soy amigo de seguir en toda cosa la parte menor, antes que la mayor, porque más aína quería dar cinco de corto que de largo.

En las particiones, como consta por los mismos autores también hay diferencias, porque a los soldados dieron seis partes en oro, y una en plata; y al gobernador, y a los capitanes, y a la gente que fué con don Diego de Almagro dieron tres partes en oro, y una en plata. La causa de que en aquel tiempo había tanto oro y tan poca plata (en contra de lo q' en todo el mundo se usa) era, porque los reyes Incas tuvieron más oro que plata; porque como entonces no sacaban estos metales para tesoro ni caudal de hacienda, sino para ornamento de sus templos y casas reales; no procuraban buscar mineros de plata. Porque la plata se saca con mucha dificultad y trabajo, como se vé hoy que entran en las minas de Potocchi (44) más de docientas brazas debajo de tierra, a sacar el metal, como lo

(44) Léase Potosi, región minera del Alto Perú, hoy Bolivia.

dice el P. M. Acosta, libro cuarto, capítulo octavo, donde remito al que quisiere ver y saber el increíble trabajo con que se saca este metal. Por lo cual, los reyes Incas no procuraban buscar minas de plata, ni aún de oro, porque, como en su lugar dijimos, no lo pedían ellos de tributo, sino que se lo daban los indios presentado, solo para el servicio de sus casas y templos, Y porque el oro se saca con más facilidad, porque se cria y se halla sobre la haz de la tierra, y en los arroyos donde lo llevan las avenidas de las lluvias, y se halla generalmente en todo el Perú, en unas partes más que en otras, y lo sacan lavándolo, como hacen acá los plateros, sus escobillas: por esto había en aquellos tiempos mucho más oro que plata; porque los indios mientras no tenían qué hacer en sus haciendas, se ocupaban en sacar oro para tener que presentar a sus reyes.

Volviendo pues a nuestro intento, que es de verificar la cantidad de aquel increíble rescate, pondremos las partidas como las dicen aquellos autores: en las de oro pondremos su interés del oro a la plata, que son veinte por ciento, como allá valía en mis tiempos, y hoy vale en España, y antes más que menos; y para mayor claridad reduciremos los pesos o castellanos de oro y plata a ducados de Castilla de a once reales y un maravedí por ducado, que contados por maravedís, según el uso castellano son trescientos y setenta y cinco maravedís. Entrando pues en la partición decimos que Agustín de Zárate, dice en este paso: a cada hombre de a caballo le cupieron más de doce mil pesos en oro, sin la plata: porque estos llevaron una cuarta parte más, que los peones: y aún con toda esta suma no se había concluído la quinta parte de lo que Atabaliba había prometido dar por su rescate. Y porque a la gente que vino con don Diego de Almagro que era mucha y muy principal, no le pertenecía cosa ninguna de aquella hacienda, pues se daba por rescate de Atabaliba en cuya prisión ellos no se habían hallado, el gobernador les mandó dar todavía mil pesos para ayuda de costa. Hasta aquí es de Zárate. Gomara dice que cupo a cada hombre de a caballo trecientos y sesenta marcos de plata, sin el oro; y a los capitanes a treinta y a cuarenta mil pesos. Juntando ahora lo que estos autores dicen, sacaremos por estas partidas todas las de aquella partija, y de todas sacaremos el quinto para mayor verificación de lo que fué cada parte, y el todo.

Al gobernador le dieron de su parte docientos mil pesos, los ciento y cincuenta mil en oro, y los cincuenta mil en plata. La joya que tomó del montón como capitán general, que fueron las andas del Inca, pesó veinte y cinco mil pesos de oro y treinta mil pesos en plata. A tres capitanes de caballo, dieron noventa mil pesos en oro y treinta mil pesos en

plata. A cuatro capitanes de infantería otros noventa mil pesos en oro, y otros treinta mil pesos en plata. A sesenta hombres de a caballo setecientos y veinte mil pesos en oro. y ciento y ochenta mil pesos en plata. A los cien, infantes novecientos mil pesos en oro y ciento y treinta y cinco mil pesos en plata. A docientos y cuarenta españoles que fueron con don Diego de Almagro, ochenta mil pesos en oro, y sesenta mil en plata. A don Diego de Almagro. dieron treinta mil pesos en oro, y diez mil en plata: sin lo que su compañero le dió desu parte, como adelante se dirá. El quinto del oro sacado por estas partidas, son quinientos y cuarenta y seis mil y docientos y cincuenta pesos. El quinto de la plata, son ciento y cinco mil y setecientos y cincuenta pesos; y porque como dicen los historiadores, toda esta plata era fina, de la que llaman cendrada la cual vale cuatro reales más por marco que la que llaman de ley; y porque la cuenta que hemos hecho es de plata de ley. y no de la cendrada, añadimos treinta y ocho mil y ciento y sesenta ducados, que valió más de la cendrada que la de ley, en toda la cantidad de plata, que se ha puesto en esta cuenta. Y porque no cansemos a los oyentes con largas cuentas, de cada una de las partidas, diré en suma la cantidad de ducados que valió cada partida de oro, con su interés de veinte por ciento del oro a la plata; y otros veinte de pesos a ducados. De manera que cien pesos en oro, valen ciento y veinte pesos en plata; y ciento veinte pesos en plata, son ciento y cuarenta y cuatro ducados. De manera que cien pesos en oro, valen ciento y cuarenta y cuatro ducados. Por esta cuenta sacaremos toda las del oro; y porque los historiadores no dijeron si el oro, era oro fino, como dijeron de la plata que era cendrada: hicimos la cuenta del oro, por de veinte y dos quilates y medio como se usa en el Perú: que si le diéramos veinte y cuatro quilates (como es la ley del oro fino) añadiéramos en toda la cantidad del oro, docientos y diez y ocho mil y quinientos ducados, que vale el quilate y medio que le falta; pero porque los autores españoles no lo dicen, no los añadiré yo, por no poner nada sin la autoridad dellos. La plata no tiene interés, más de las crezas de pesos a ducados. que son veinte por ciento. Decimos pues, que valió el oro que cupo al gobernador con la joya que tomó de el monton.

nador con la joya que tomó de el monton.	252000	ducados
La plata valió	60000	ducados
A los tres capitanes de a caballo, en oro. ..	129600	ducados
Y en plata	36000	ducados
A los cuatro capitanes de infantería, en oro	129600	ducados
Y en plata	36000	ducados
Van.........	643200	ducados

Vienen......	643200	ducados
A los sesenta de a caballo, en oro........	1036800	ducados
Y en plata.....	129600	ducados
A los cien infantes, en oro.............	1.296.000	ducados
Y en plata........................	162000	ducados
A los docientos cuarenta hombres de Almagro, en oro...................	259200	ducados
Y en plata......	72000	ducados
A don Diego de Almagro en oro.........	43200	ducados
Y en plata.........................	12000	ducados
Al quinto real, cupo en oro..	786600	ducados
Y en plata.....	126900	ducados
Las crezas de la plata cendrada.	38170	ducados
De manera que sumó y montó todo este rescate de Atahaullpa	4.605.670	duc.(45)

De los cuales los tres cuentos y novecientos y treinta y tres mil ducados, son del valor del oro; y los seiscientos y setenta y dos mil seiscientos y setenta ducados, son del valor de la plata con las crezas de la cendrada, y ambos números hacen la suma de los cuatro millones y seiscientos y cinco mil y seiscientos y setenta ducados. Esta suma de ducados hubieron los españoles en Cassamarca; mucho mayor fué la que hubieron en el Cosco, cuando entraron en aquella ciudad como lo dicen los mismos autores, (46) Gomara y Zárate, que adelante en su lugar citaremos. El P. Blas Valera dice, que valió el rescate de Atahuallpa, cuatro millones y ochocientos mil ducados. El dijo lo q' juntaron los indios q dellos lo averiguó sacando de los ñudos y cuentas, lo que trujeron de cada provincia; nosotros lo sacamos de la cuenta y repartimiento que los historiadores dicen. El desperdicio que hubo fué de ciento y noventa y cuatro mil y trescientos y treinta ducados, que faltan de nuestra cuenta, para ajustarse con la del P. Blas Valera. No causa en estos tiempos mucha admiración esta cantidad de oro y plata, pues es notorio que demás de treinta años a esta parte entran cada año diez, doce millones de oro y plata por el río Guadalquivir, (47) los cuales envía aquella

(45) Valuado en marcos castellanos y pesos de oro, el tesoro del rescate ascendió a 40,860.3 marcos de plata y 971,125 pesos de oro, fuera de los quintos al Rey, apartados con anticipacion. Vease *Testimonio del Acta de Reparticion*. Col. URTEAGA. t. V. Apendice B.

(46) Consúltese Pedro Sancho. *Relación para Su Magestad*. Según este cronista oficial, el oro hallado en el Cuzco ascendió a 580,200 y tantos pesos de oro, y la plata a 215.000 marcos. Col. cit. t. V, párrafo XIV, p. 180.

(47) Los Galeones españoles y despues las Armadas de Registro, importaron a la Metropoli durante los siglos XVI y XVII, diez veces más que lo declarado por los Virreyes en sus Memorias Oficiales. Consúltese las declaraciones de Mugabur. *Diario de Lima*. Col. URTEAGA, tt. VIII y IX.

mi tierra a toda España y a todo el mundo viejo, mostrándose cruel madrasta de sus propios hijos, y apasionada madre de los agenos (48) Gomara, hablando deste rescate, capítulo ciento y diez y ocho dice lo que se sigue: envió Pizarro el quinto y relación de todo al emperador con Hernando Pizarro su hermano; con el cual se vinieron a España muchos soldados ricos, de veinte, treinta, y cuarenta mil ducados. En fin, trujeron casi todo aquel oro de Atabaliba, y hincheron la contratación de Sevilla de dinero, y todó el mundo de fama y deseo. Hasta aquí es de Gomara. Los que se vinieron fueron sesenta conquistadores: fué bien notada allá esta venida. El gobernador dió al compañero ciento y veinte mil ducados de la parte que a él le cupo. Al maestre escuela, Hernando de Luque, no cupo cosa alguna, porque se supo entonces que era ya fallecido; y por esto no hablan dél, los historiadores.

---

(48) «El oro de las Indias llegado a la Metrópoli se escurrió, como entre los dedos, dice Malet, para ir a recupletar las arcas de los franceses, ingleses, flamencos y holandeses» las naciones industriales que surtian de productos a la Casa de Contratación de Sevilla. Los españoles apenas tenian el pueril regocijo de ver esas manufacturas bautizadas en América con el nombre de *manufacturas de Castilla.*

CAPITULO XXXIX

DISCURSO QUE LOS ESPAÑOLES HACIAN SOBRE LAS COSAS SUCEDIDAS.

CON la muerte de los dos reyes hermanos (más antes enemigos) Huáscar y Atahuallpa, quedaron los españoles hechos absolutos señores del un reino y del otro; porque no hubo quien les defendiese ni contradijese cosa alguna, de las que de allí adelante quisieron hacer: porque los indios del un bando y del otro, muertos los Incas, quedaron como ovejas sin pastor, sin tener quien los gobernase en paz ni en guerra, ni en beneficio propio, ni en daño ageno: antes quedaron enemistados los de Huáscar con los de Atahuallpa. Y por prevalecer los unos contra los otros, procuró cada uno de los bandos servir y agradar a los españoles, por hacerlos de su parte contra la contraria. Y así los capitanes que quedaron de Atahuallpa, unos resistieron a los españoles como adelante veremos: otros deshicieron los ejércitos que tenían a su cargo, y procuraron hacer un Inca de su mano, porque no les fuese tan contrario como si fuera por la agena. Eligieron a Paullu, hijo de Huaina Capac, uno de los que escaparon a la crueldad de Atahuallpa Fué el principal autor de esta elección el maese de campo Quisquis q' estaba en Cuntisuyu, donde le tomó la nueva de la prisión de Atahuallpa: aunque hasta entonces era contrario de Paullu.

Más la necesidad hace hacer grandes bajezas, principalmente a los tiranos cuando van de caída; y a los de ánimo vil y bajo, aunque estén constituídos en grandes señoríos; porque no miran a quien son, sino a sus desdichadas pretensiones. Quisquis era ministro de Atahuallpa, bravo soldado muy experimentado en la guerra. A Paullu dieron la borla, más él hizo poco caso della, porque no tenía derecho al reino; que Manco

Inca era el legítimo heredero. Pues viendo Quisquis que Paullu no hacía diligencias para reinar, le dejó, y pretendió valerse por sus brazos y esfuerzo; y así recogió su gente, y caminó hácia el Cosco, a ver lo que sucedía de su rey Atahuallpa, donde le dejaremos hasta su tiempo.

Los españoles,viendo la honra y veneración que generalmente los indios les hacían, hablando sobre ello, decían muchas cosas en sus conversaciones, principalmente cuando en ellas se hallaban los seis españoles que fueron a ver las riquezas del reino y contaban la veneración y servicio que les habían hecho. Muchos lo atribuían a su valentía: decían que por haberles visto los indios tan fuertes y animosos, y en las armas invencibles, se habían rendido de puro miedo, y que no les convenía hacer otra cosa. Preciábanse de sí mesmos, con jactancia y falta de buena consideración, por no tener noticia de las supersticiones de aquella gente, ni de la profecía que el gran Huaina Capac les dijo, acerca de la ida de los españoles a su tierra, y de la destruición de su dolatría y de su imperio. Otros más bien considerados y celosos de la honra de Dios, y del aumento de la santa fé católica y lo miraban de otra manera, y decían q' aquellas hazañas q atribuían a sus fuerzas y, valentía, eran maravillas que el Señor obraba en favor de su evangelio; para que mirándolas con atención, fieles e infieles, los infieles ablandasen y acudiesen a recebirlo con más amor y menos resistencia, y los fieles se animasen y esforzasen a predicarlo con más hervor y caridad del prójimo y respeto de Dios, acudiendo a las maravillas, que por ellos hacía. Afirmaban con mucha verdad, que caminar un español, o dos solos, docientas y trecientas leguas por tierra de enemigos, y que ellos mismos los llevasen en hombros, haciéndoles la honra y acatamiento que hacían a sus dioses, pudiendo echarlos de una puente abajo, o despeñarlos de un risco, pues los había tantos y tan grandes, no eran hazañas de hombres, sino milagros de Dios; por ende q' no se los atribuyesen a si proprios, sino que hiciesen como buenos cristianos, predicadores de Jesucristo. Otros pasando adelante en su consideración, y plática (que algunas veces fué en presencia del gobernador) decían, que ya que Atahuallpa se había bautizado, fuera mejor para la quietud del reino, y para el aumento de la fé católica no haberlo muerto, sino tenerlo vivo, haciéndole toda la honra y cortesía que se le debía; y pedirle que pues era cristiano, hiciera otro edicto en favor de la religión como el que había hecho en favor de los españoles, y que mandara que todos sus vasallos se bautizaran dentro de tanto tiempo. Es cierto sin duda ninguna, que se bautizaran todos a porfía unos de otros,

porque concurrían tres o cuatro cosas, que cada una de por sí les obligaba a ello, cuanto más todas juntas. La primera, el mandado del Inca, que aún en cosas de poca importancia lo tenían por ley divina; cuanto más en cosa tan grave como era tomar la religión de los que ellos tenían por dioses. La segunda la obediencia natural que los indios tenían a sus reyes. La tercera, que el mismo rey les había dado ejemplo en bautizarse, para que todos hicieran lo mismo; porque el ejemplo es lo que más miran los indios. La cuarta, y para ellos más obligatoria y que más fuerza les hiciera, y abrazaba en sí todas las otras razones era decirles el mismo Atahuallpa que a imitación suya cumpliesen lo que su padre Huaina Capac les había profetizado y mandado en su testamento; que obedecieran la nueva gente que a su tierra había de ir; cuya ley sería mejor que la dellos y que en todo lo demás les harían ventaja. Toda esta ayuda de costa tuvieron los predicadores del santo Evangelio en aquella tierra, si acertaran a tomar este camino; más Dios nuestro Señor por sus secretos juicios, permitió que sucediera, como sucedió.

ARTE PERUANO



Los funerales del Inca Atahuallpa, celebrados en Cajamarca. *(Cuadro del pintor peruano Luis Montero, existente en el Museo Nacional de Lima).*

CAPITULO XL

LOS EFECTOS QUE CAUSO LA DISCORDIA DE LOS HERMANOS REYES INCAS.

LA guerra de los dos reyes hermanos Huáscar y Atahuallpa, fué la total destruición de aquel imperio, que facilitó la entrada de los españoles en la tierra para que la ganasen con la facilidad que la ganaron, que de otra suerte la tierra es de suyo tan áspera y fragosa y de tan malos pasos, que muy poca gente bastaba a defenderla. Más Dios nuestro Señor, habiendo misericordia de aquella gentilidad, permitió la discordia de los dos hermanos, para que los predicadores de su Evangelio y fé católica, entrasen con más facilidad y menos resistencia.

El P. M. Acosta hablando brevemente y sumariamente destos dos reyes libro sesto, capitulo veinte y dos, dice lo que se sigue: a Huaina Capac sucedió en el Cosco un hijo suyo, que se llamó Tito Cusi Hualpa (ha de decir Inti Cusi Hualpa) después se llamó Huascar Inga, y su cuerpo fué quemado por los capitanes de Atahuallpa, que también fué hijo de Huaina Capac; y se alzó contra su hermano en Quitu, y vino contra él con poderoso ejército. Entonces sucedió que los capitanes de Atahuallpa Quisquis y Chilicuchima, prendieron a Huáscar Inca en la ciudad del Cosco, después de admitido por señor y rey; porque en efecto era legítimo sucesor. Fué grande el sentimiento que por ello se hizo en todo el reino, especial en su corte. Y como siempre en sus necesidades, ocurrían a sacrificios, no hallándose poderosos para poner en libertad a su señor así por estar muy apoderados dél los capitanes, que le prendieron como por el grueso ejército con que Atahuallpa venía, acordaron, y aún dicen que por orden suya, hacer un gran sacrificio al Viracocha Pachayachachic (ha de decir Pachacamac que es el criador universal, pidiéndole que, pues no podían li-

brar a su señor, él enviase del cielo gente que le sacase de prisión. Estando en gran confianza deste su sacrificio, vino nueva cómo cierta gente que vino por la mar había desembarcado y preso Atahuallpa. Y así por ser tan poca la gente española que prendió a Atahuallpa en Caxamalca, como por haber esto sucedido luego, que los indios habían hecho el sacrificio referido al Viracocha, los llamaron Viracochas, creyendo que era gente enviada de Dios y que así se introdujo este nombre hasta el día de hoy, que llaman a los españoles viracochas. Y cierto que si hubiéramos dado el ejemplo que era razón, aquellos indios habían acertado en decir que era gente enviada de Dios. Y es mucho de considerar la alteza de la providencia divina, como dispuso la entrada de los nuestros en el Perú, la cual fuera imposible a no haber la división de los dos hermanos, y sus gentes, y la estima tan grande que tuvieron de los cristianos como de gente del cielo. Obliga cierto, a que ganándose la tierra de los indios ganáran mucho más sus almas para el cielo. Hasta aquí es del P. Acosta, con que acaba aquel capítulo, en el cual brevemente dice la guerra de los hermanos; la tiranía del uno y la derecha sucesión del otro; la prisión de ambos, cuan pocos españoles prendieron a Atahuallpa; la providencia divina para la conversión de aquellos gentiles; el nombre que pusieron a los cristianos, y la estima que dellos hicieron, entendiendo que eran venidos del cielo. Todo lo cual hemos dicho largamente en sus lugares. Resta decir ahora del nombre Viracocha, el cual nombre dieron a los españoles luego que los vieron en su tierra, porque en la barba y en el vestido semejaban a la fantasma que se apareció al Inca Viracocha, como en su vida dijimos. La cual fantasma adoraron desde entonces los indios por su dios, hijo del sol, como ella dijo que lo era. Pero cuando poco después vieron que los españoles a la primera vista prendieron al rey Atahuallpa y que dentro en pocos días lo mataron, con muerte tan afrentosa, como fué darle garrote en pública plaza (que la daban sus leyes a los ladrones y malhechores) y que se ejecutó con voz de pregonero, que iba publicando las tiranías que había hecho, y la muerte de Huáscar, entonces creyeron muy de veras que los españoles eran hijos de aquel su dios Viracocha, hijo del sol y que los había enviado del cielo para que vengasen a Huáscar y a todos los suyos, y castigasen a Atahuallpa. Ayudó mucho a esta creencia la artillería y arcabuces que los españoles llevaron, porque dijeron que como a verdaderos hijos, les había dado el sol sus propias armas, que son el relámpago, trueno y rayo, que ellos llaman Illapa, y así dieron este nombre al arcabuz, y a la artillería dan el mismo nombre con este adjetivo Hatun Illapa, q' quiere decir, el gran rayo o el gran true-

no (49) &c. Sin el nombre Viracocha dieron también a los españoles el nombre o apellido Inca, diciendo que pues eran hijos de su dios Viracocha. hijos del sol, derechamente les pertenecerá el nombre Inca, como a hombres divinos venidos del cielo. y así llamaron Viracocha Inca a todos los conquistadores del Perú, desde los primeros, que fueron los que entraron con don Francisco Pizarro, hasta los segundos que fueron con don Diego de Almagro y con el adelantado don Pedro Alvarado, y los adoraron por dioses. Duró esta adoración hasta que la avaricia, lujuria, crueldad y aspereza con que muchos dellos les trataban, los desengañaron de su falsa creencia, por do les quitaron el nombre Inca, diciendo que no eran verdaderos hijos del sol; pues en el trato que les hacían, no semejaban a sus Incas los pasados, y así les quitaron el apellido Inca, y les dejaron el nombre Viracocha, por la semejanza con la fantasma en barbas y hábito. Esto hicieron los indios con los españoles que se mostraron ásperos y crueles y de mala condición; y en lugur de los nombres augustos, los llamaron Supay, que es el demonio. Empero a los que reconocieron por piadosos, mansos y afables, que los hubo muchos, no solamente les confirmaron los nombres ya dichos; pero les añadieron todos los q· daban a sus reyes, que son: Intipchurin, hijo del sol, Haucchaucuyao. amador de pobres; y no satisfaciéndoles estos nombres para engrandecer y ensalzar la más bondad y virtud de los españoles, que les trataban bien, les llamaban hijos de Dios, tomando de los españoles el nombre Dios, viendo la estima en que le tenían; aunque por no tener en su lenguage letra d, decían entonces, Tius por decir Dios. Y así les llamaban Tiuspachurin, que es hijo de Dios. Ya en estos tiempos, con la doctrina que se les ha dado están más despiertos en la pronunciación española. Tanto como se ha dicho honraron y adoraron en aquellos principios a los españoles, que mostraron religión cristiana y costumbres humanas, y hoy hacen lo mismo a los que las tienen, sean eclesiásticos, sean seglares, que conociéndolos mansos y piadosos, y sin avaricia ni lujuria, los adoran interior y exteriormente con grandísimo afecto; porque cierto es gente humilde y amorosísima de sus bienhechores, y muy agradecida a los beneficios, por pequeños que sean. Quedóles este reconocimiento de la antigua costumbre de sus reyes, que no estudiaban sino en cómo hacerles bien. por lo cual merecían los renombres que les daban.

(49) Esta creencia se pone de manifiesto principalmente en la Relación del Inca Tito Cussi Yupanqui. Col Urteaga, t. II. *Illapa* = el rayo, y también el trueno y el relámpago. Asi lo asegura el mismo Garcilaso. Lib. II, c. XXIII. Cobo. *Historia del Nuevo Mundo*, t. III p. 166.—*Relaciones Geográficas*, t. II, c. 58. *Yllapantac*, es verbo induce en su significación la de tres verbos, *tronar*, *relampaguear y caer truenos.*

CAPITULO XLI

LEALTAD DE LOS INDIOS DEL PERU CON LOS ESPAÑOLES QUE LE RENDIAN EN LA GUERRA

OTRA virtud usaron los indios del Perú con los españoles y fué: que el indio rendido y preso en la guerra, se tenía por más sujeto que un esclavo, entendiendo que aquel hombre era su dios y su ídolo, pues le había vencido, y a como tal, le debía respetar, obedecer y servir, y serle fiel hasta la muerte, y no le negar ni por la patria, ni por los parientes, ni por los propios padres, hijos y muger. Con esta creencia posponía a todos los suyos por la salud del español su amo; y si era necesario (mandándolo su señor) los vendía, sirviendo a los españoles de espía, escucha y atalaya; y mediante los avisos destos tales, hicieron los cristianos grandes efectos en la conquista de aquella tierra. Creían de veras que estaban obligados a dar la obediencia y la obligación natural, a la deidad del que en particular les había rendido y preso. Y así eran lealísimos sobre todo encarecimiento; peleaban contra los suyos mismos, como si fueran enemigos mortales, y no dudaban matar su propia parentela en servicio de su amo y de los españoles, porque ya lo habían hecho de su bando, y habían de morir con ellos. Cuando algunas cuadrillas de españoles corriendo el campo, prendían indios, y el capitán los repartía por los que no tenían indios de servicio, no quería el indio ir, sino con el que le había preso, decía: este me prendió, a este tengo obligación de servir hasta la muerte; y cuando el capitán le decía que era orden militar, que los cautivos que prendían se repartiesen por los que no tenían servicio, y que su amo lo tenía, que era necesario que el fuese a servir a otro español, respondía el indio: yo te obedeceré, con condición que en prendiendo este cristiano a otro indio quede yo libre para

volverme con mi señor; y si no ha de ser así, mátame, que yo no quiero ir con otro. Prometiéndole que sería así, iba muy contento, y él mismo ayudaba al español a prender y cautivar otros indios para volverse con su amo. Lo mismo era de las indias, en el servicio y regalo de sus amos. De los indios así presos dejé tres en casa de Garcilaso de la Vega, mi señor; el uno de ellos se llamaba Alí, que quiere decir bueno. Fué preso en una batalla de las muchas que hubo en el Collao después de el levantamiento general de los indios, en el cual peleó este indio como buen soldado; y embebecido en la batalla con otros pocos no miró por sí, hasta que vió los suyos ir huyendo, y que los españoles seguían el alcance. Parecióle no poder salvar la vida sino era haciéndose muerto, para huírse, venida la noche, que estaba ya cerca; quitóse la camiseta, echóse entre los muchos muertos que halló cabe sí, y revolcose en la sangre derramada por parecer uno dellos.

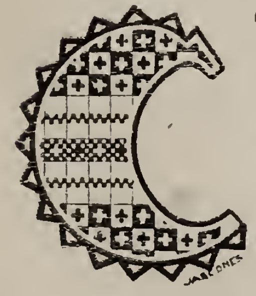
Los españoles, habiendo seguido el alcance, se volvieron a su alojamiento por diversas partes. Tres o cuatro compañeros acertaron a venir por donde estaba echado el indio, y admirados de ver los muertos que por el campo había, Garcilaso de la Vega, mi señor, que era uno de los compañeros, puso los ojos en el indio, y vió que estaba hijadeando; tocole con el regatón de la lanza para ver si lo sentía. El indio con gran presteza se puso en pié pidiendo misericordia, temiendo que querían matarle. Desde entonces quedó en servicio de mi padre, con la sujeción y lealtad que hemos dicho, y se preciaba de mostrarla en toda cosa. Y después se bautizó, y se llamó Juan, y su muger Isabel.

LIBRO SEGUNDO

Contiene la ida de don Pedro de Alvarado al Perú. La traición y crueldades de Ruminahui con los suyos. Dos batallas que hubo entre indios y españoles. Las capitulaciones que entre fieles e infieles se hicieron. El concierto entre Almagro y Alvarado. Otras tres batallas entre indios y españoles, y el número de los muertos. La paga que a don Pedro de Alvarado se le hizo y su desgraciada muerte. La fundación de la ciudad de los reyes y la de Trujillo. La muerte del maese de campo Quisquis. La ida de Almagro a Chili: su vuelta al Perú. El levantamiento del Inca. Milagro de Dios en favor de los cristianos. Los sucesos del Cerro del Cosco y de los Reyes. El número de los españoles que los indios mataron. El destierro voluntario del Inca. Las diferencias de Almagros y Pizarros. Los socorros que el marqués pide, y los que envia al Cosco. La batalla del rio de Amancai, y la prisión de Alonso de Alvarado. Nuevos conciertos y desconciertos entre Almagros y Pizarros. La cruel batalla de las Salinas. La muerte de Almagro y de otros famosos capitanes. La venida de Diego de Alvarado a España, y la de Hernando Pizarro, y su larga prisión. Contiene cuarenta capitulos.

CAPITULO I

DON PEDRO DE ALVARADO VA A LA CONQUISTA DEL PERU



OMO la fama pregonase las grandes riquezas del Perú, acudió a él tanta gente española, como lo dice Francisco Lopez Gomara, capítulo ciento y veinte y seis: acudían al Perú con la fama del oro tantos españoles, q' aína se despoblaran Panamá, Nicaragua, Quahutemallan, Cartagena, y otros pueblos e islas &. Entre estos españoles decimos, que fué el adelantado don Pedro Alvarado, famoso entre los más famosos, que no contento con las hazañas que en la conquista del imperio de México, Utlatlán y Quahutemallan había hecho, quiso también emprender la del Perú. Para lo cual alcanzó de su magestad el emperador Carlos Quinto licencia,

para que tantas leguas fuera de la jurisdición y gobierno de don Francisco Pizarro pudiese conquistar y poblar, y ser gobernador de lo que ganase. Hizo mucha y muy buena gente para esta jornada: fueron caballeros muy principales de todas las provincias de España, y los más fueron estremeños, porque don Pedro era natural de Badajoz.

Este caballero, que entre otros dones que tuvo naturales, fué mucha agilidad y ligereza, pues mediante ella se libró de la muerte en la retirada que el marqués del Valle hizo de México, que en una puente que los indios quebraron por donde salían los españoles, saltó con una lanza que llevaba en las manos, más de veinte y cinco pies de hueco que tenía la puente, poniendo el regatón sobre cuerpos muertos. Quedaron los indios tan admirados de este salto, que le llamaron hijo de Dios. Francisco Lopez de Gomara toca este paso en la conquista de México, donde hablando de Hernando Cortés, capítulo ciento y siete, dice lo que se sigue sacado a la letra: pero cuando llegó a ellos (aunque algunos pelearon reciamente) halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros, y en fin, no halló hombre con hombre ni cosa con cosa, de como le dejó y sacó del real. Recogió los que pudo, echose delante, siguió tras ellos y dejó a Pedro de Alvarado a esforzar y recoger los que quedaban. Más Alvarado no pudo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban. Y mirando la mortandad de sus compañeros, vió que no podía él escapar si atendía; y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caídos, y oyendo muchas lástimas. Llegó a la puente Cabera y saltó de la otra parte sobre la lanza: deste salto quedaron los indios espantados, y aún españoles, cá era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron, &c. Hasta aqui es de Gomara.

En mis niñeces oí decir a los españoles que hablaban de las proezas deste caballero, que después de ganado México segunda vez, habían puesto dos mármoles del un cabo al otro del arco, para que viesen de donde a donde y cuán grande había sido el salto. A estos testigos, me remito, si son vivos, si la envidia no los ha destruido, que será maravilla no haberlo hecho.

Estando en Sevilla don Pedro de Alvarado, para pasar a Indias la primera vez, que fué a ellas, subió a la torre de la iglesia mayor con otros caballeros mozos, sus compañeros, por gozar de la buena vista, que se alcanza de aquella hermosísima torre. En una de las ventanas más altas, hallaron una almoxaya, que salía diez o doce pies fuera de la torre, que había servido de sustentar un tablado, para cierta obra que pocos días antes en ella se había hecho. Uno de aquellos caba-

lleros, llamado Fulano de Castillejo, natural de Córdoba, sabiendo cuanto se preciaba don Pedro de su ligereza, y no preciándose él menos de la suya, viendo el almoxaya, se quitó la capa y espada, y sin hablar palabra salió de la torre, midiendo el almoxaya a pies, hasta el cabo della, y volvió para atrás el mismo paso hasta entrar en la torre.

Don Pedro de Alvarado que lo vió, sintiendo que lo había hecho por motejarle, de que no sería para otro tanto, no quiso dejar la espada ni la capa, echó la media della sobre el hombro izquierdo, y la otra media puso debajo del mismo brazo, pasándola por debajo del derecho, y tomó la espada con la mano izquierda, y así salió por el palo adelante, midiéndolo a pies y cuando llegó al cabo dél, dió una vuelta en redondo, y volvió con el rostro a la torre, con el mismo paso y compás hasta entrar en ella.

Por cierto fué osadía temeraria, la del uno y la del otro, y no sé cuál dellas fué la mayor. Otra vez acaeció que andando a caza don Pedro de Alvarado y otros mozos caballeros, hallaron unos gañanes, que por mostrar su ligereza saltaban a porfía un pozo ancho, que allí había, y teníase por ligero el que le saltaba a pie juntillas. Los caballeros se apearon para lo mismo, algunos saltaron el pozo, otros no osaron. Don Pedro llegó a la postre, y puesto de pié sobre el borde del pozo dijo: buen salto es, a pie juntillas, y no sé si me atreva a darlo. Diciendo esto, emprendió el salto, y hizo que no alcanzaba bien al otro borde: dió en él con los pulpejos de los piés, y surtió para atrás con tanta ligereza, que volvió a ponerse donde estaba antes. Estas gentilezas y otras semejantes oí contar deste caballero, y de otros muchos, que fueron en ganar el Nuevo Mundo, que parece que los crió Dios y la naturaleza con dotes aventajados, así del ánimo como del cuerpo, para que pudiesen llevar y vencer tantos y tan grandes trabajos, como los esperaban en la conquista de aquel Nuevo Mundo, tan grande y tan áspero que aún para andar en paz por él es dificultoso: cuanto más para verlo de ganar a fuerza de armas. Pero al fin fué obra de Dios, que milagrosamente les ayudó y favoreció, como adelante veremos y atrás hemos visto; que de otra manera las fuerzas humanas no eran parte para tan grande hecho. Hemos dicho la ligereza y agilidad de don Pedro de Alvarado o Pedro de Alvarado, como otros le llaman, que todo es uno. Sus hazañas y trabajos están escritos en la conquista de México, Nicaragua y del Perú, aunque no tan largamente como él lo merecía. Fué de lindo aire, a pie y a caballo, tanto que volviendo una vez de México a España, a descargarse de ciertas cosas mal hechas, que sus émulos con falsedad, el habían impuesto, tuvo necesidad de besar la mano al empera-

dor, y darle cuenta de sus servicios. Fué a besársela a Aranjuez. Su magestad estaba en una de las calles de aquellos jardines reales: viendo el buen aire que don Pedro llevaba, preguntó a los que con él estaban, ¿quén era?, y habiéndolo sabido, dijo: no tiene este hombre talle de haber hecho lo que de él me han dicho: y así le dió por libre de aquellas calumnias, y le hizo mucha merced.

Desta jornada volvió casado a la Nueva España: llevó muchas mugeres nobles para casarlas con los conquistadores, que habían ayudado a ganar aquel imperio, que estaban prósperos, con grandes repartimientos. Llegado a Huahutimallan don Pedro de Alvarado, fué bien recibido: hiciéronle por el pueblo muchas fiestas y regocijos, y en su casa muchas danzas y bailes, que duraron muchos días y noches. En una dellas acaeció que estando todos los conquistadores sentados en una gran sala mirando un sarao, que había; las damas miraban la fiesta desde una puerta que tomaba la sala a la larga. Estaban detrás de una antepuerta por la honestidad, y por estar encubiertas, una dellas dijo a las otras: dicen que nos hemos de casar con estos conquistadores. Dijo otra: ¿con estos viejos podridos nos habíamos de casar? Cásese quien quisiere, que yo por cierto no pienso casar con ninguno dellos: dólos al diablo, parecen que escaparon del infierno según están estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una y dos y más veces. Dijo la primera: no hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen: que según están viejos y cansados se han de morir presto, y entonces podremos escojer el mozo que quisiéremos en lugar del viejo, como suelen trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva. Un caballero de aquellos viejos que estaba a un lado de la puerta (en quien las damas, por mirar a lejos, no habían puesto los ojos) oyó toda la plática, y no pudiendo sufrirse a escuchar más, la atajó vituperando a las señoras con palabras afrentosas sus buenos deseos y volviéndose a los caballeros les contó lo que había oído, y les dijo: casaos con aquellas damas, que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hiciéredes. Dicho esto se fué a su casa y envió a llamar un cura, y se casó con una india, muger noble, en quien tenía dos hijos naturales: quiso legitimarlos para que heredasen sus indios y no el que escogiese la señora, para que gozase de lo que él había trabajado, y tuviese a sus hijos por criados o esclavos. Algunos ha habido en el Perú q' han hecho lo mismo, que han casado con indias, aunque pocos: los más han dado lugar al consejo de aquella dama. Sus hijos dirán, cuán acertado haya sido, pues desde los hospitales en que viven, ven gozar

a los hijos agenos de lo que sus padres ganaron y sus madres y parientes ayudaron a ganar. Que en aquellos principios, viendo los indios alguna india parida de español, toda la parentela se juntaba, a respetar y servir al español como a su ídolo, porque había emparentado con ellos; y así fueron estos tales de mucho socorro, en la conquista de las Indias. Una de las ordenanzas que se hicieron para los conquistadores del Nuevo Mundo fué que gozasen de los repartimientos de indios por dos vidas, por la suya y la de un hijo; y no la teniendo, heredase la muger, anteponiéndola a los hijos naturales, como si hubieran hecho más que las madres dellos, en ganar la tierra. Por esta herencia tenía por bien aquella dama de casar con el viejo, para trocarlo, como ella decía, por un mozo.

CAPITULO II

TRABAJOS QUE DON PEDRO DE ALVARADO Y LOS SUYOS PASARON EN EL CAMINO

CON el buen adelantado don Pedro de Alvarado pasó al Perú, Garcilaso de la Vega, mi señor; fué por capitán, como lo dice Pedro de Ciezade León, capítulo cuarenta y dos, por estas palabras: el adelantado don Pedro de Alvarado, acompañado de Diego de Alvarado, de Gomez de Alvarado, de Alonso de Alvarado, mariscal que agora es del Perú, y del capitán Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra, Gomez de Alvarado, y de otros caballeros de mucha calidad, que en la parte por mí alegada tengo nombrados. Llegó cerca de donde estaba el mariscal don Diego de Almagro, y pasaron algunos trances; tanto, que algunos creyeron, que allegaran a romper unos con otros. &c. Hasta aquí es de Pedro de Cieza, donde sólo a Garcilaso de la Vega nombra capitán entre todos aquellos caballeros: a todos los cuales yo alcancé a conocer, sino fué a don Pedro de Alvarado y a Diego de Alvarado. Por la mar, desde Nicaragua hasta Puerto Viejo, pasaron mucha, necesidad de comida y agua, porque con la priesa que llevaban y por entender que no sería tan larga la navegación, no advirtieron en embarcar en los navíos, toda la que habían menester. La misma hambre y sed pasaron en tierra, después de desembarcados, como luego veremos, por relación del contador Agustín de Zárate, y del sacerdote Francisco Lopez de Gomara. Los cuales escriben casi por unas mismas palabras esta jornada, que don Pedro de Alvarado hizo de la Nueva-España al Perú: solo difieren en el Don y en el precio de los caballos, que con hambre mataron en el camino, para comer. Por tanto me pareció sacar aquí a la letra, lo que Gomara dice en el ca-

pítulo ciento y veinte y siete, donde sumariamente toca los muchos y grandes trabajos, que don Pedro y los suyos pasaron en aquel viage, que parte dellos son los que se siguen.

Publicada la riqueza del Perú, negoció Pedro de Alvarado con el emperador una licencia, para descubrir y poblar en aquella provincia, donde no estuviesen españoles; y habida envió a Garci Holguín con dos navíos, a entender lo que allá pasaba y como volvió loando la tierra, y espantado de las riquezas, que con la prisión de Atabaliba todos tenían, y diciendo que también eran muy ricos Cusco y el Quitu, reino tan cerca de Puerto Viejo, determinóse de ir allá el mismo. Armó en su gobernación el año de mil y quinientos y treinta y cinco, más de cuatrocientos españoles y cinco navíos, en que metió muchos caballos. Tocó en Nicaragua una noche, y tomó por fuerza dos nuevos navíos que se aderezaban para llevar gente, armas y caballos a Pizarro. Los que habían de ir en aquellos navíos, holgaron de pasar con él antes que esperar otros; y así tuvo quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto Viejo con todos ellos, y caminó hácia Quitu, preguntando siempre por el camino. Entró en unos llanos de muy espesos montes, donde aína perecieran sus hombre de sed, la cual remediaron acaso: cá toparon con unas muy grandes cañas llenas de agua. Mataron la hambre con carne de caballo, que para eso degollaban, aunque valían a mil y a más ducados. (Zárate, dice, con valer cada uno cuatro y cinco mil castellanos, esto es lo más cierto, porque lo supe en el Perú). Llovióles muchos días ceniza, que lanzaba el volcán de Quitu a más de ochenta leguas. El cual echaba tanta llama, y trae tanto ruído cuando hierve, que se vé más de cien leguas; y según dicen espanta más que truenos y relámpagos. Abrieron a manos buena parte del camino; tales boscages había. Pasaron también unas muy nevadas sierras; y maravilláronse de el mucho nevar que hacía tan debajo la equinoccial. Heláronse allí sesenta personas, y cuando fuera de aquellas nieves se vieron, daban gracias a Dios que dellas los librara, y daban al diablo la tierra y el oro tras que iban hambrientos y muriendo. Hasta aquí es de Gomara. Agustín de Zárate, al pasar la Sierra Nevada, añade lo que se sigue: iban corriendo, sin esperar ni socorrerse los unos a los otros; donde aconteció, que llevando un español consigo a su muger y dos hijas pequeñas, viendo que la muger y hijas se sentaron de cansadas, y que él no podía socorrer, ni llevar, se quedó con ellas, de manera que todos cuatro se helaron: y aunque él se podía salvar, quiso más perecer allí con ellas. Y con este trabajo y peligro pasaron aquella Sierra, temiendo a muy gran buena ventura, haber podido verse de la otra parte. Hasta aquí es de Zárate, libro segundo,

capítulo nono. Es de mucha lástima ver que la primera española que pasó al Perú, pereciese tan miserablemente.

Acerca de los quinientos hombres que estos autores dicen que llevó consigo don Pedro de Alvarado, se me ofrece decir, que a muchos de los que fueron con él, les oí que fueron ochocientos españoles. Pudo ser que salieran de Nicaragua quinientos, y que desembarcados en el Perú se les juntaron los demás, y así llegaron ochocientos a los campos de Rivecpampa, donde se hicieron las amistades y el concierto (que luego diremos) entre don Pedro de Alvarado y don Diego de Almagro. Otro historiador antepone tres años de tiempo: sea lo que fuere, que poco importa. Las cañas en que hallaron el agua llaman Ypa. Son tan gruesas como la pierna y como el muslo, tienen el canto tan grueso como el dedo de la mano. Donde las hay (que no se crían sino en tierras calientes) se sirven dellas para enmaderar las casas. Los indios les dieron el aviso del agua, que como gente que conocía las cañas, sabía el secreto dellas. De cada caña sacaban más de una arroba de agua: porque conforme a su grosura tenía el altura. Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo diez, escribiendo esta jornada de don Pedro de Alvarado, dice de las cañas, lo que se sigue: En el camino pasó su gente gran trabajo de hambre, y muy mayor de sed; porque fué tanta la falta del agua, que si no toparan con unos cañaverales, de tal propiedad, que en cortando por cada ñudo se hallaba lo hueco lleno de agua dulce y muy buena. Las cuales cañas son tan gruesas ordinariamente como la pierna de un hombre; de tal suerte, que en cada cañuto hallaban más de una azumbre de agua, que dicen recoger estas cañas (por particular propiedad y naturaleza que para ello tienen) del rocío que de noche cae del cielo, como quier que la tierra sea muy seca, y sin fuente ninguna. Con esta agua se reparó el ejército de don Pedro, así hombres como caballos, porque duran grande espacio, &. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, donde dejaremos al adelantado don Pedro de Alvarado, por volver a los de Cassamarca, así españoles como indios.

CAPITULO III

LLEVAN EL CUERPO DE ATAHUALLPA A QUITU, Y LA TRAICION DE RUMIÑAHUI.

DON Francisco Pizarro, y don Diego de Almagro, luego que enterraron a Atahuallpa, se fueron al Cosco, y de camino visitaron el riquísimo templo que había en el valle de Pachacamac, y le quitaron el oro y plata que Hernando Pizarro no pudo llevar. De allí fueron al Cosco, (50) y aunque el camino es asperísimo de grandes cuestas, y ríos caudalosos y quebradas muy hondas, no tuvieron contradici n, sino fué una que adelante veremos

Dejándolos pues en su buen viage, será bien volvamos al maese de campo,Challcuchima, y a los capitanes de Atahuallpa, y señores de vasallos y gente noble de su corte, que quedaron en Cassamarca, porque pongamos cada hecho en su lugar. Luego que los españoles salieron de aquella provincia para irse al Cosco, desenterraron los indios el cuerpo de su rey, porque les pareció que a la magestad de su Inca era indecente, y contra la costumbre de sus pasados, quedar enterrado en una pobre sepultura debajo de tierra. También lo hicieron por cumplir su mandato, que, como se ha dicho, mandó enterrase en Quitu, donde lo llevaron los suyos, con esa poca solemnidad y pompa, que como gente ya rendida a otro imperio, pudieron hacer.

El maese de campo Rumiñahui que lo supo, hizo en público el mayor aparato que pudo para recebir y embalsamar el cuerpo de su rey, aunque ya iba corrompido. Y en secreto

---

(50) No es exacta la aseveración de Garcilaso. Pizarro salió de Cajamarca con dirección al Cuzco y no visitó Pachacámac sino después de haber tomado la capital del Imperio, y haber establecido en ella el Cabildo español. El viaje del Gobernador, de Cajamarca al Cuzco, se encuentra detallado en el itinerario que escribiera su secretario Pedro Sancho. Véase *Relación para su Magestad.* Col. cit. t. V.

apercibió lo que le pareció que convenía para la tiranía y levantamiento que pensaba hacer. Mostróse muy obediente a Quilliscacha, hermano de Atahuallpa, y para ver si tenía ánimo de reinar, lo persuadió que se pusiese la borla y corona real, siquiera hasta vengar la muerte de su hermano. Todo lo cual decía Rumiñahui para quitar cualquier sospecha q· Quilliscacha pudiese tener de su mal ánimo, y por asegurarle para cojerle más descuidado, y hacer más á su salvo lo que tenía imaginado. Quilliscacha respondió q' era vana pretensión la del reino, porque le parecía que los españoles no lo soltarían de las manos, y cuando quisiesen dejarlo no faltarían hijos de Huaina Capac de los que habían escapado, que lo pretendiesen, que tenían más derecho que no él, a quien acudirían todos los demás señores del imperio, así por estar lastimados y ofendidos de las guerras pasadas, como por tenerle por legítimo heredero, y que no era parte para contradecirles.

No se apartó Rumiñahui de su mala intención aunque oyó la buena respuesta de Quilliscacha, tan discreta y tan puesta en razón; antes como un gran tirano bárbaro, se determinó del todo en su mal propósito, y en sus consejos secretos decía a sus amigos, que según los ejemplos que había visto, le parecía que no había más derecho al reinar, que tener ánimo para quitar el reino y matar a su dueño, como quiera que pudiese, según lo había hecho Atahuallpa con su hermano Huáscar Inca, y los españoles con Atahuallpa, y que él haría lo mismo con ellos no faltándole ánimo para ello. Precipitado en esta determinación, estuvo aguardando que los capitanes y curacas llegasen a Quitu con el cuerpo de Atahuallpa. Rumiñahui le hizo un gran recibimiento de mucha gente que había juntado para llorar a su Inca; los unos y los otros hicieron grandísimo llanto sobre su cuerpo, y abreviaron las obsequias, que habiendo de durar un año se concluyeron en quince días. Al fin dellos le pareció a Rumiñahui no dejar pasar la ocasión que en las manos tenía para su pretensión; pues su buena dicha le había juntado todos los que deseaba matar (para rebelarse más aseguradamente) como eran los hijos y el hermano de Atahuallpa y el maese de campo Challcuchima y tantos capitanes y señores de vasallos que tenía presentes para que adelante no hubiese quien le contradijese. Con este acuerdo apercibió a todos ellos que otro día siguiente comiesen juntos, para tratar lo que les conviniese hacer contra los españoles, y para elegir y nombrar a Quilliscacha por visorey y gobernador del reino de Quitu, entre tanto que el hijo mayor de Atahuallpa era pupilo, y le faltaba edad para gobernar por sí. Los capitanes y curacas se juntaron a consejo con Quilliscacha en la casa real del Inca, y propusieron algunas cosas de las que conve-

nian, más no determinaron alguna. En esto se llegó la hora del comer; Rumiñahui q' tenía apercibido un solemne banquete les convidó a comer. Pasada la comida que fué muy abundante, trujeron de beber del brebage que llaman Sora, y en otra lengua Huiñapu, que como se ha dicho, los reyes Incas tenían prohibido, que no se hiciese, so pena de la vida; porque priva de sentido con grandísima violencia a quien lo bebe, y lo embriaga repentinamente y lo deja como muerto, de quien el P. Acosta dice, que embriaga mas presto que el vino; y es así, pero no el brebage común que beben de ordinario; porque de aqueste es menester beber mucho, y en largo tiempo, para emborracharse. Pues como Rumiñahui viese los capitanes y curacas caídos sin sentido alguno, los degolló todos, y entre ellos al maese de campo Challcuchima y a Quilliscacha, y a los muchachos y muchachas hijos de Atahuallpa, porque no quedase quien le fuese bando contrario. Y para que su rebelión sonase y atemorizase más, desolló a Quilliscacha, y con el pellejo cubrió una caja de atambor de guerra, y en ella dejó colgada la cabeza, que no quiso quitarla; porque viesen cuyo era el pellejo, y la crueldad se viese al descubierto, y su memoria se renovase cada día y cada hora; porque este buen discípulo y ministro de Atahuallpa, pretendió hacerse temer y obedecer por miedos y horrores y no por amor: condición natural de los tiranísimos, peores que tigres ni basiliscos. Agustín de Zárate dice muy en suma esta bárbara crueldad, y la que se dirá. Pedro de Cieza dice de Challcuchima que el marqués don Francisco Pizarro lo quemó en Sacsahuana: fué otro capitán, deudo suyo, de menos cuenta y del mismo nombre: que el maese de campo Challcuchima, se halló presente a la muerte de Atahuallpa, y llevó su cuerpo a Quitu, como se ha dicho, y murió a manos de los suyos mesmos. (51)

---

(61) Véase lo que hemos apuntado en la nota N°. 35.

CAPITULO IV

RUMIÑAHUI ENTIERRA VIVAS TODAS LAS ESCOGIDAS DE UN CONVENTO.

UNA inhumanidad de mucha lástima, que entre otras hizo entonces Rumiñahui, que fué más abominable que la pasada, tocan dos historiadores españoles, dicen que llegando Rumiñahui a Quitu, hablando con sus mugeres les dijo: alegraos que ya vienen los cristianos con quienes podéis holgar, y que algunas como mugeres se rieron, no pensando mal ninguno. El entonces degolló las risueñas, y quemó la recámara de Atahuallpa: palabras son de uno dellos, y casi las mismas dice el otro. Lo que pasó en hecho de verdad, es, que aquel tirano fué un día de aquellos a visitar la casa de las vírgenes llamadas escogidas, con intención de sacar para sí las que mejor le pareciesen, de las que estaban dedicadas para mugeres de Atahuallpa, como que tomándolas por suyas, se declaraba por rey, y tomaba posesión del reino. Hablando con ellas los sucesos de aquella jornada, entre otras cosas, contó el traje y figura de los españoles, mostrando con grande encarecimiento la valentía y braveza de ellos: como disculpándose de haber huído de gente tan feroz y brava. Dijo que eran unos hombres tan extraños que tenían barbas en la cara, y que andaban en unos animales que llamaban caballos, que eran tan fuertes y recios, que mil y dos mil indios no eran parte para resistir un caballo; q' solo con la furia de el correr, les causaba tanto miedo que les hacían huir. Dijo que los españoles traían consigo unos truenos con que mataban los indios a docientos y a trecientos pasos, y que andaban vestidos de hierro, de piés a cabeza: y para mayor admiración y encarecimiento, dijo a lo último, que eran tan estraños, que traían casas hechas a manera de chozas pequeñas en que encerrar los genitales, dijo

por las braguetas, que no se sabe con qué indiscreción se inventaron, ni con que honestidad se sustentan en la república.

Las escogidas se rieron del encarecimiento desatinado de Rumiñahui, más por lisonjearle que por otra cosa. El se enojó cruelmente juzgando mal de la risa, atribuyéndola a deseos deshonestos; y como a su crueldad y la rabia que con los españoles tenía, corriesen a la par (que quisiera hacer dellos otro tanto) fué menester poca o ninguna ocasión para mostrar la una y la otra; y así con grandísima ira y furor les dijo: ¡ah malas mugeres, traidoras, adúlteras! Si con la nueva sola os holgáis tanto, ¿qué me hará con ellos cuando lleguen acá? Pues no los habéis de ver, yo lo prometo. Diciendo esto, luego al punto mandó que las llevasen todas, mozas y viejas, a un arroyo cerca de la ciudad; y como si hubieran pecado en el hecho, mandó ejecutar en las pobres la pena que su ley les daba, que era enterrarlas vivas. Hizo derribar sobre ellas parte de los cerros q' a una mano y a otra de el arroyo estaban, hasta que la tierra, piedras y peñascos que de lo alto caían, las cubrieron; porq' la manera de la muerte y de el entierro descubriesen más las entrañas del tirano, y el hecho fuese más abominable y más lastimero que el pasado; porque a los varones fuertes y robustos, y hechos a la guerra, mató cuando no sentían la muerte; y a las pobres mugeres, tiernas y delicadas, hechas a hilar y tejer, enterró vivas con piedras y peñascos, que las tristes venían venir de lo alto sobre ellas. Hallóse presente a su crueldad aquel rabioso perro; porque el gusto mayor de los tales, es verla ejecutar por sus ojos, por el deleite que sienten de mirarla; que no hay colores tan agradables a su vista, ni salsa tan sabrosa a su gusto, como ver ejecutar sus propias maldades. ¡O tiranos, como puede sufriros la tierra ni los otros elementos! Así acabaron aquellas pobres vírgenes por culpa tan liviana, como una risa fingida, que causó el disparate que el mismo tirano dijo. El cual después de otras muchas maldades que en su rebelión hizo; y después de haber tenido algunos recuentros con Sebastián de Balalcazar, que fué a castigar su levantamiento, como adelante diremos: viendo que ni podía resistir a los españoles, ni vivir entre los indios por las crueldades y tiranías que con ellos había usado, se metió con los pocos de su familia la tierra adentro, en las montañas de los Antis, donde pereció miserablemente, como perecen todos los tiranos.

CAPITUULO V

DOS REFRIEGAS QUE HUBO ENTRE INDIOS Y ESPAÑOLES

EL gobernador don Francisco Pizarro y sus compañeros de Almagro, se iban al Cosco descuidados como gente que tenía por suyo todo el reino. y que no había cabeza que los contradijese. Por esta causa caminaban a la hila sin recelo de enemigos. acomodándose de pueblo en pueblo para ír más a su placer, como si hubieran de caminar por su tierra. Así lo toca Agustín de Zarate, libro segundo, capítulo ocho, aunque trueca los capitanes indios, q' en aquel viage hicieron un bravo hecho, que luego veremos. El Inca Tito Atauchi. hermano de Atahuallpa, viendo al rey su hermano preso, y que se trataba de su rescate, fué a diversas partes del reino a juntar oro y plata para sacar presto de la prisión a su hermano. Viniendo para Cassamarca con grandísima cantidad de aquellos metales, supo en el camino que su hermano era muerto. y que los españoles iban al Cosco a la hila, unos en pos de otros; lo cual sabido y considerado por el Inca Tito Atauchi, desamparó la riqueza que llevaba y recogido la gente de guerra que pudo, y siguió a los españoles hasta la provincia Huaillas. y un pueblo que llaman Tocto. dió de sobresalto en ellos con seis mil hombres que llevaba, y prendió ocho españoles que aún no habían partido, y entre ellos a Sancho de Cuellar. escribano que fué de la información, sentencia y muerte de Atahuallpa. Lo cual toca Agustín de Zárate, y dice. que fué Quisquis. más no dice que prendió a nadie: tomó al uno por el otro. Entre tanto que esto pasó en Huaillas, hubo otra refriega en el camino entre los españoles y el maese de campo Quisquis, que era un capitan famoso de los ministros de Atahuallpa de quien hemos hecho mención. El cual sabiendo en el Cosco que su rey estaba todavia preso fué con once o doce mil hombres de guerra de su tercio hácia Cassamarca a ver si por paz o por guerra pudiese sacar de la prisión a su Inca; y en el camino topó los españoles: hubo con ellos una brava batalla, la cual cuentan los historiadores, breve y confusamente, y muy en

favor de los castellanos. Lo que pasó en hecho de verdad fué, que el maese de campo Quisquis, sabiendo por sus corredores que los españoles venían cerca, y a la hila, les hurtó el cuerpo, y encubriéndose con unas sierras, hizo un gran cerco para tomarles la retaguardia. Dió en ella con gran ímpetu, hirió cuatro españoles y mató diez o doce indios de los criados dellos. La nueva deste sobresalto, llegó al gobernador que iba en la vanguardia: el cual con parecer de los suyos envió dos capitanes de a caballo al socorro, pareciéndoles que los indios, viendo caballos, huirían a más no poder, como hicieron en Cassamarca, desamparando a su rey. Los de a caballo llegaron donde Quisquis estaba, el cual los recibió con gran astucia (disimulando que huía) y se fué retirando con los suyos a las sierras y montes, donde los caballos no pudiesen ser señores dellos; pero no dejaban de pelear por entretenerlos con la batalla. Así anduvieron más de tres horas hasta que sintieron los caballos desalentados. Entonces dieron los indios un gran alarido, llamando los dos tercios de los suyos que estaban emboscados, por mandado de Quisquis; porque los españoles no viesen que eran tantos los enemigos. Los indios salieron con gran ferocidad y pelearon valerosamente. Los españoles hicieron lo mismo, aunque los muchos soprepujaron a los pocos. Mataron diez y siete españoles, aunque un historiador dice, cinco o seis, y hirieron otros; otros quedaron presos, y otros se escaparon a uña de caballo. De los indios murieron setenta. Los que quedaron presos fueron Francisco de Chaves, que era uno de los caudillos y Pedro Gonzales que después fué vecino de Trujillo, y Alonso de Alarcón, y Hernando de Haro, y Alonso de Ojeda, que años después cayó en tanta melancolía que perdió el juicio, y murió en Trujillo. Cristóbal de Orozco, natural de Sevilla, Juan Díaz, caballero portugués, y otros de menos cuenta, cuyos nombres ha borrado el olvido. A Alonso de Alarcón, tomó su caballo debajo, al caer, y le quebró una pierna por la rodilla, y aunque los indios a él y a los demás heridos curaron con toda diligencia, quedó cojo. El maese de campo Quisquis, como capitán plático, no quiso aguardar a que llegase todo el ejército de los españoles: antes con la victoria habida, recogió su gente y caminó hácia Cassamarca: porque hubo nueva que estaba en el camino Tito Atauchi, hermano de su rey. Fué por unos atajos, pasó un río grande, cortóle la puente, o la quemó, que era de mimbre, porque los españoles no le siguiesen. Encontróse con el Inca Atauchi, que venía en seguimiento de los españoles. Acordaron volverse ambos a Cassamarca para tratar allí lo que les conviniese: y así lo pusieron por obra.

CAPITULO VI

MATAN A CUELLAR, Y HACEN CAPITULACIONES CON LOS DEMAS PRISIONEROS.

LUEGO que el Inca Tito Atauchi y el maese de campo Quisquis, entraron en Cassamarca, con los españoles sus prisioneros, hicieron pesquiza con sus indios de la muerte de su rey Atahuallpa: hallaron que Cuellar había sido el escribano de la causa y notificado la sentencia de muerte a su rey, y hallándose presente para darle garrote, para dar testimonio de la ejecución de aquella justicia. También averiguaron que Francisco de Chaves y Hernando de Haro y otros de los que tenían presos, habían sido en favor del Inca Atahuallpa, y que desearon su vida y libertad, y la procuraron y se pusieron a riesgo de perder las suyas. De todo lo cual, bien informado y certificado el Inca Tito Atauchi, y el maese de campo Quisquis, y los demás capitanes que entraron en consejo, acordaron que el escribano Cuellar, por el atrevimiento y desacato que tuvo de notificar sentencia de muerte a su Inca, y haberse hallado presente a ella le diesen la misma muerte como que en él se vengaban de todos los que habían sido la causa, y dádosela a su rey; y que a los demás españoles prisioneros los curasen y tratasen con todo el regalo posible, por respeto de Francisco de Chávez y Hernando de Haro, que fueron del bando de su Inca, y cuando los viesen sanos y buenos los enviasen libres y con dádivas: que por la bondad de aquellos buenos perdonasen a los demás. Como lo determinaron en su consejo, así lo ejecutaron luego otro día. A Cuellar sacaron de la prisión, que fué el aposento donde estuvo preso Atahuallpa. Llevándole a la plaza con voz de pregonero, que iba delante diciendo: a este Auca manda el Pachacamac que ahorquen, y a todos los que mataron a nuestro Inca: Auca, como en otra parte dijimos, significa, tirano, traidor, alevoso, fementido, y todos

los demás adjetivos que se pueden dar a la tiranía. Sacaron un pregonero que fuese dando el pregón, no porque se usase antes en aquella república, sino porque supieron que habían llevado así a su rey. Llegaron con Cuellar al palo donde dieron garrote y ahorcaron al Inca. No habían llegado antes los indios a aquel palo por tenerlo por maldito: y entonces llegaron y ataron a él al escribano, y lo ahogaron, y le dijeron: así morirán todos tus compañeros. Dejáronle así muerto todo el día, y a cerca de la noche hicieron un hoyo donde lo enterraron. Todo esto hicieron, imitando a los españoles en la muerte y entierro de Atahuallpa. A Francisco de Chaves y a sus compañeros curaron y trataron con mucho regalo; y cuando los vieron sanos, y que estaban para poder caminar, les dieron dádivas de oro y plata y esmeraldas, y muchos indios que los acompañasen y llevasen en hombros. Capitularon con ellos en nombre de todos los españoles, ciertas capitulaciones de paz y amistad que los indios pidieron, que las más notables fueron: que todas las injurias, delitos y agravios hasta entonces sucedidos de una parte a otra, se borrasen y olvidasen perpetuamente: que hubiese paz entre indios y españoles para no hacerse mal los unos a los otros: que los españoles no contradijesen la corona del imperio a Manco Inca, porque era el legítimo heredero; que indios y españoles en sus tratos y contratos se hubiesen como amigos y que quedasen confederados para socorrerse y ayudarse unos a otros: que los españoles soltasen los indios que tenían presos en cadenas, y de allí adelante no los aherrojasen, sino que se sirviesen dellos libremente: que las leyes de los Incas pasados, hechas en beneficio de los vasallos que no fuesen contra la ley cristiana, se guardasen inviolablemente. Que el gobernador don Francisco Pizarro, dentro en breve tiempo, enviase estas capitulaciones a España para que la magestad imperial las confirmase. Todo esto dieron a entender los indios a Francisco de Cháves, y a sus compañeros, parte por señas, parte por palabras de los indios criados de los españoles, que con ellos prendieron. A los cuales Tito Atauchi, antes que hablase a los españoles, instruyó palabra por palabra de todo lo que quería decirles, porque supiesen declararlo bien. Los españoles viendo la generosidad con que Tito Atauchi y todos los suyos los habían tratado en la prisión, y el regalo con que les habían curado, y que les daban libertad, y dádivas de oro y plata, y piedras preciosas, y mucho acompañamiento que los llevasen a los suyos, pudiendo hacerlos pedazos como gente agraviada y ofendida con la muerte de su rey; y que a lo último les pedían partidos y condiciones tan justificadas y tan puestas en razón, se confundieron y admiraron del todo; y como hombres que por horas ha-

bían estado esperando la muerte, y estaban compungidos de los descuidos que en la doctrina de los indios y predicación del santo Evangelio habían tenido, deseando enmendarlo en lo por venir, viendo los indios tan pacíficos se atrevieron a decirles q' pues ellos pedían cosas en su favor, querían los españoles pedir en el suyo, que les diesen licencia para ello, que no pedirían más de dos. Los indios les dijeron que pidiesen todo lo que quisiesen, que se les daría muy largamente. Entonces dijo Francisco de Cháves, que en nombre del gobernador y de todos los españoles rogaba y encargaba a los Incas y a todos sus capitanes y señores de vasallos recibiesen la ley de los cristianos y consintiesen que la predicasen por todo el imperio. Lo segundo era, que pues los españoles eran estrangeros, y no tenían pueblos ni tierras de qué mantenerse les diesen alimentos como a los demás naturales del reino, y les diesen indios y indias de servicio que les sirviesen, no como esclavos sino como criados. Respondiéronles que lo que tocaba a recebir la ley de los cristianos, que no solamente no la repudiaban, más que les suplicaban que luego que llegasen donde el general estaba, les enviasen predicadores y sacerdotes que les enseñasen su ley, que deseaban saberla, que ellos les regalarían y servirían como a dioses. Que bien sabían que era mejor que la ley suya, que así lo había dicho su Inca Huaina Capac a la hora de su muerte; que para ellos no era menester otra razón más del mandamiento del Inca; y que también les dejó mandado que obedeciesen y sirviesen a los que nuevamente habían de venir a su imperio, que sería gente que les haría ventaja en todo. Que por este mandato estaban obligados a obedecer y servir a los españoles, como lo había hecho su Inca Atahuallpa, hasta dejarse matar. Por tanto, que pidiesen todo lo que bien les estuviese, que en todo les daría contento. Asentadas estas cosas por los historiadores en sus ñudos, dijeron a los españoles que podían irse cuando quisiesen. Ellos tomaron luego licencia, y se fueron en busca de su gobernador, cargados de dádivas y mucho acompañamiento. Por los caminos iban hablando Francisco de Chaves y sus compañeros en las cosas referidas, y como hombres bien considerados decían que aquellas obras y palabras tan puestas en razón no eran de bárbaros idólatras, sino milagros e inspiraciones de Dios nuestro Señor, que andaba disponiendo los ánimos de aquella gentilidad, para que con amor y suavidad recibiesen su doctrina y santo Evangelio, y así iban con grandes propósitos de persuadirlo al gobernador y a todos los demás españoles entre los cuales había muchos que deseaban lo mismo, y el mismo gobernador era uno dellos. Mas el demonio, enemigo del género humano, procuraba en contra con todas sus fuer-

zas y mañas estorbar la conversión de aquellos indios, y aunque no pudo estorbarla del todo, a lo menos la estorbó muchos años con el ayuda y buena diligencia de sus ministros, los siete pecados mortales, que en tiempo de tanta libertad y ocasiones podía cada cual de los vicios lo que quería; y así levantaron las guerras que poco después hubo entre indios y españoles, por no cumplirse estas capitulaciones, porque la soberbia no consintió la restitución del reino a su dueño, y causó el levantamiento general de los indios. Luego sucedieron las de los dos compañeros Almagro y Pizarro, que las levantó la envidia y la ira de gobernar y mandar el uno más que el otro: duraron hasta que ambos perecieron, Almagro degollado por un hermano de Pizarro, y Pizarro muerto por un hijo de Almagro. A estas guerras sucedieron las del buen gobernador Vaca de Castro (que yó conocí en Madrid año de mil y quinientos y sesenta y dos) y don Diego de Almagro, el mozo, porque la soberbia y la discordia no quisierón que aquel mozo obedeciese a su rey y señor, y así acabó; que no bastaron sus valentías para que no le entregase la traición de un ministro suyo a quien lo degollase. Luego se siguieron las del Visorrey Blasco Núñez Vela, y Gonzalo Pizarro que las causó la avaricia y la tiranía. Pocos años después sucedieron uno en pos del otro, los levantamientos de don Sebastián de Castilla y de Francisco Hernandez Girón, que los movió la gula y la lujuria. Todas estas guerras ejercitó el demonio sucesivamente por espacio de veinte y cinco años: las cuales con el favor divino diremos en sus tiempos. Por estos impedimentos no se predicó el Evangelio: ¿cómo se predicara si no las hubiera?; que ni los fieles podían enseñar la fé por los alborotos que cada día tenían, ni los infieles recebirla, por que en todo aquel tiempo no hubo sino guerra y mortandad a fuego y a sangre, de la cual no participaban menos los indios que los españoles, antes llevaban lo peor della, porque los de un bando y los del otro la hacían a costa dellos, porque les pedían los bastimentos y mandaban llevar a cuestas las cargas de los ejércitos, y cualquiera otro trabajo mayor o menor, como yo ví parte dello.

CAPITULO VII

ENTRAN LOS ESPAÑOLES EN EL COSCO. HALLAN GRANDES TESOROS.

EL Inca Tito Atauchi, luego como despachó a Francisco de Cháves y a sus compañeros, con las capitulaciones dichas, hizo mensagero propio a su hermano paterno Manco Inca con las mismas capitulaciones, dándole aviso de lo que pasaba, porque estuviese apercebido en lo que con los españoles hubiese de tratar y capitular. El maese de campo Quisquis le envió a decir que no deshiciese el ejército que tenía; antes procurase aumentarlo hasta haber dado asiento con los españoles, de qué manera hubiesen de vivir los unos y los otros, y que se recatase dellos, no hiciesen dél lo que habían hecho de su hermano Atahuallpa.

Estos avisos y otros enviaron aquellos indios a Manco Inca, y la obediencia y reconocimiento de supremo señor, de todo aquel imperio, que aunque hasta entonces eran sus enemigos, y deseaban matarle, porque Atahuallpa quedara sin contraditor. Más viéndole ya muerto, y que sus pretensiones y esperanzas se habían aniquilado, acordaron con buen consejo militar restituir el imperio a quien legítimamente le pertenecía, y porque todos los indios fuesen a una para resistir y echar del reino a los españoles, o para vivir juntamente con ellos, porque así serían más estimados y más temidos, que no estando divididos en bandos y parcialidades.

El príncipe Manco Inca recibió los avisos de su hermano y del maese de campo Quisquis: holgó mucho con ellos por ver que aquellos personages, que tan contrarios y enemigos le habían sido, se mostrasen ahora de su bando para restituirle su imperio. Entendió que lo mismo harían los españoles, pues se publicaban tan justicieros. Con estas esperanzas se

apercibió para ir a visitar los españoles, y pedirles por vía de paz y amistad y llaneza de justicia, el mando y señorío de su reino, conforme a las capitulaciones que su hermano Titu Atauchi les había enviado. Dejarlo hemos en sus apercibimientos hasta su tiempo y lugar, por volver al gobernador D. Francisco Pizarro. El cual después del daño pasado por Tito Atauchi y el maese de campo Quisquis hicieron en su gente, (52) la recogió toda y caminó con más recato que hasta entonces. No tuvo más recuentros que fuesen de cuenta, sino algunas armas y rebatos de pocos momentos. Cerca la ciudad del Cosco salieron sus moradores con armas a defenderles el paso, más con poca resistencia que hicieron se volvieron a sus casas, y llevando sus mugeres y hijos y lo que más pudieron de sus haciendas, se fueron a los montes, porque supieron lo que pasó en Cassamarca (53). Hizo aquella ciudad la resistencia, porque estaba sujeta al gobierno de Atahuallpa, que la tiranizó con la prisión de Huáscar; deseaban los della vengar su muerte si pudieran. Gomara dice en este paso lo que se sigue: entraron otro día los españoles en el Cosco sin contradición alguna, y luego comenzaron, unos a desentablar las paredes del templo, que de oro y plata eran: otros a desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban; otros a tomar ídolos que de lo mesmo eran. Saquearon también las casas y la fortaleza, que aún tenía mucha plata y oro de lo de Huaina Cápac. En fin, hubieron allí y a la redonda más cantidad de oro y plata que con la prisión de Atabaliba habían habido en Cassamarca (54): empero como eran muchos más que no allá, no les cupo a tanto. Por lo cual, y por ser la segun-

---

(52) Según las *Informaciones de Toledo*, reproducidas en la Historia Indica de Gamboa, Tito Atauchi, fué hijo legítimo de Huaina Capac, y por consiguiente hermano de Huáscar. Nombrado general de uno de los ejercitos durante la guerra civil, luchó contra los de Quito, y al fin en la batalla del puente de Cotabambas, cayó prisionero en poder de Quisquis, y mas tarde pereció en las matanzas que el furor general de Atahuallpa, hizo de la familia imperial cuzqueña. Dejó Tito Atauchi un hijo del mismo nombre que su padre, que recibió el bautismó y tomó el nombre de Alonso, el cual vivía en la época de las informaciones del Virrey citado, pero se habia distinguido por su adhesión a los conquistadores. Consúltese Sarmiento de Gamboa. Ob. cit. pp. 105, 114, 118, 120, 125 y 128. Informaciones de Toledo p. 249. El Palentino, *Historia del Perú*. Segunda Parte, p. 226.

(53) La fuerza española tuvo que vencer, en el viaje de Cajamarca al Cuzco, la resistencia de Quisquis y los quiteños. partidarios de Huáscar; algunos de estos encuentros fueron de consideración como la batalla de Vilcas, narrada por Pedro Sancho. Las dificultades en este viaje y los incidentes ocurridos nos los ha contado detalladamante el Secretario de Pizarro en su famosa *Relación*, tantas veces citada por nosotros en estas notas. Consúltese en Col. cit. t. V. pp. 151 a 157 y 162 a 167.

(54) Véase lo dicho en las notas Nos. 45, 46 y 47.

da vez y sin prisión de rey, no se sonó acá mucho. Tal español hubo que halló, andando en un espeso soto, sepulcro entero de plata que valía cincuenta mil castellanos. Otros los hallaron de menos valor, más hallaron muchos: açusaban los ricos hombres de aquella tierra enterrarse así por el campo a par de algún ídolo. Anduvieron asímismo buscando el tesoro de Huaina Capac, y reyes antiguos del Cusco, que tan afamado era: ni entonces ni después no se halló. Más ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios, cavando y trastornando cuanto había, y aún hicieron hartos malos tratamientos y crueldades porque dijesen dél y mostrasen sepoltoras. Hasta aquí es de Gomara, sacado a la letra del capítulo ciento y veinte y cuatro. Y Agustín de Zárate en este paso, libro segundo, capítulo octavo, hablando de unos españoles que iban en alcance de un indio capitán, dice lo que se sigue: y no le pudiendo alcanzar se volvieron al Cosco, y allí hallaron tan gran presa como la de Cassamarca de oro y de plata, la cual el gobernador repartió entre la gente. Hasta aquí es de Zárate. Con estas autoridades quedó bastantemente probado lo que atrás dijimos, que en el Cosco hallaron los españoles tanta y más riquezas que en Cassamarca. Huelgo mucho de sacar los semejantes pasos en nombre de sus autores, porque no parezca que quiero, como la graja, adornarme con plumas agenas, y también por dar testigos españoles en lo que voy diciendo.

Volviendo a lo que Gomara dice de los tesoros que los españoles hallaron enterrados en el Cosco y sus derredores. Es así q' a la continua los siete y ocho años después de lo q' vamos diciendo, estando ya ellos en pacífica posesión de aquel imperio, hallaron tesoros dentro y fuera de aquella ciudad: que en una casa de las que en la partición della dividieron los españoles, que era casa real, que llamaban Amarucancha (55), que fué de Antonio Altamirano, acaeció que trayendo un caballero en el patio unos galopes, se le hundió al caballo un pie en un hoyo que antes de los golpes no lo había. Cuando fueron a ver de qué era el hoyo, si era alguna madre vieja que pasaba por la casa, hallaron que era la boca de un cántaro de oro, de ocho, nueve arrobas, que los indios los hacen mayores y menores en lugar de tinajas, para cocer su brebaje; y que con el cántaro hallaron otras muchas vasijas de oro y de plata que valieron más de ochenta mil ducados. Y en las casas de las vírgenes escogidas, en la parte que dellas cupo a Pedro del

(55) *Amarucancha*. — Cerco de la serpiente, o templo de la serpiente. En el sitio ocupado por este santuario se elevó mas tarde la Iglesia y Colegio de la Compañía de Jesús.

Barco, que después la hubo un Hernando de Segovia, boticario que yo conocí, halló el Segovia, acaso sacando unos cimientos, un tesoro de setenta y dos mil ducados, con los cuales, y más de otros veinte mil que había ganado al oficio, se vino a España, y yo le ví en Sevilla, donde en pocos días después, que llegó, murió, de puro pesar y tristeza de haber dejado la ciudad del Cosco. La misma tristeza y muerte han pasado por otros que han venido que yo conocí allá y acá. De manera que fueron muchos los tesoros que en aquella ciudad se hallaron, cuando se ganó. y los que después acá se han hallado, y se cree que hay muchos más porque con la entrada de los españoles escondieron los indios la mayor parte de sus tesoros, como en otra parte lo hemos dicho.

CAPITULO VIII

CONVERSION DE UN IDNIO QUE PIDIO LA VERDADERA LEY DE LOS HOMBRES.

ESTE día, que fué el primero que los cristianos vieron aquella imperial ciudad del Cosco, caeció un caso maravilloso entre un español y un indio, que fué que un hijodalgo, natural de Truxillo, llamado Alonso Ruiz, andando saqueando la ciudad, como todos los demás, acertó a entrar en una casa y el dueño della salió a recebirle, y con semblante pacífico le habló en su lengua, y dijo: seáis bien venido, que muchos días ha que te espero, que el Pachacamac me ha prometido por sueños y agüeros que yo no moriría hasta que viniese una gente nueva, la cual me enseñaría la verdadera ley que hemos de tener; porque toda mi vida he vivido con deseo della en mi corazón: tengo por muy cierto que debes ser tú el que me la has de enseñar. El español, aunque por entonces no entendió lo que el indio le dijo, todavía entendió las dos primeras palabras, que ya tenía alguna noticia de las más ordinarias que se hablaban; y el lenguage indio en solas dos comprehenden las cuatro del castellano que dice: séas muy bien venido. Pues como las entendiese y viese el contento y alegría que el indio mostraba de verle en tiempo y ocasión más de tristeza que de placer, sospechó que quería algo de él; y para saberlo tuvo por bien de quedarse con el indio, el cual procuró regalarle lo mejor que pudo. Al cabo de dos o tres días que la gente (así fieles como infieles) estaba más sosegada del saco pasado, salió Alonso Ruiz a buscar a Felipe, faraute, y con él volvió a hablar a su huésped; y habiendo entendido bien lo que al principio le había dicho, le hizo preguntas y repreguntas acerca de su vida y costumbres. Por las respuestas entendió que había sido un hombre pacífico, contento con su vida natural, sin

haber hecho males y agravios a nadie, deseoso de saber la verdadera ley de los hombres; porque dijo, que la suya no le daba la satisfacción que su ánimo le pedia. Con esto procuró el español lo mejor que pudo enseñarle los principios de nuestra santa fé católica, que creyese en un verdadero Dios, Trino y Uno; porque al lenguage de los indios, como atrás hemos dicho, le faltaban todos estos vocablos, y aún el verbo creer, le decía que tuviese en su corazón lo que tenían los cristianos, que era lo que la Santa Madre Iglesia Romana tiene. Habiéndole dicho esto muchas veces y respondiendo siempre el indio que sí: llamó a un sacerdote, el cual, habiendo sabido todo el suceso, y que el indio quería ser cristiano, como lo decía muchas veces, lo bautizó con mucho contento de todos tres, del ministro, del bautizado y de Alonso Ruiz que fué el padrino. El indio murió dende a pocos días, muy contento de morir cristiano. Alonso Ruiz se vino a España con más de cincuenta mil pesos que hubo de las partes de Cassamarca y del Cosco, y de otras ganancias; y como buen cristiano, siempre anduvo con escrúpulos que aquello no era bien ganado; y así se fué al emperador y le dijo: sacra magestad, yo soy conquistador del Perú, de cuyos despojos me cupieron más de cincuenta mil pesos que truje a España. Vivo con pena y cuidado de que no son bien ganados: yo no sé a quien los restituir, sino a vuestra magestad, que es señor de aquel imperio. Si vuestra magestad me hiciere merced de algo dello, recebirlo hé, como de señor que puede dármelo; y si no quiere hacérmela entenderé que no la merezco. El emperador admitió la restitución, y por su buen ánimo y cristiandad le hizo merced de cuatrocientos mil maravedís de renta en cada un año de juro perpetuo, y de una aldehuela pequeña que está cerca de la ciudad de Truxillo, que há por nombre Marta. Todo lo cual posée hoy en mayorazgo perpetuo un nieto de Alonso Ruiz. El cual fué bien aconsejado en hacer la restitución, porque demás de aquietar su conciencia, le dieron en calidad y cantidad más que él pudiera comprar con su dinero; y lo que es más de notar, es que se lo dieron en mayorazgo perpetuo, y así lo poséen hoy sus descendientes. Y los repartimientos de las Indias fueron por dos vidas, que el día de hoy son ya acabadas casi todas. Esta hacienda se gozará para siempre, y la que se ha traído de Indias (aunque no son de repartimientos, sino habida por otros caminos) se ha notado allá y acá, que no llega al tercer poseedor; y con esto volvamos al hilo de nuestra historia.

CAPITULO IX

DON DIEGO DE ALMAGRO VA A VERSE CON DON PEDRO DE ALVARADO Y BELALCAZAR AL CASTIGO DE RUMIÑAHUI.

OCUPADOS andaban don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro en sacar los muchos tesoros, que Gomara dice que hallaban en el Cosco y en sus derredores, cuando les llegó nueva cómo don Pedro de Alvarado iba en demanda del Perú para ser gobernador de lo que conquistase, y que llevaba quinientos hombres, y que los más dellos eran caballeros muy nobles de la flor de España, con muchas armas y caballos, y grandes pertrechos de guerra. Los del Cosco se alteraron, temiendo que iba a quitarles lo que ellos poseían; porque no hay placer humano que no tenga su mezcla de pesar. Con este recelo mandó el gobernador que su compañero don Diego de Almagro, fuese con cien hombres a remediar los inconvenientes que podían suceder. Que le defendiese la tierra, de manera que don Pedro de Alvarado no desembarcase, y cuando no le pudiese resistir le comprase el armada. Lo cual hiciese con toda la buena maña que pudiese. Don Diego fué como se lo ordenó, y adelante diremos lo que sucedió, que es forzoso decir otras cosas grandes que acaecieron al mismo tiempo. Y así es de saber, que poco después de la partida de don Diego de Almagro, llegaron al Cosco Francisco de Cháves y sus compañeros, y dieron cuenta al gobernador y a los demás españoles, de las generosidades que Tito Atauchi y sus capitanes habían usado con ellos: las curas y regalos que les habían hecho; las dádivas y acompañamiento que les habían dado; las capitulaciones que entre indios y españoles habían asentado; y a lo último dijeron la justicia que en el escribano Cuellar habían ejecutado los indios, con solemnidad de pregonero y verdugo.

El gobernador y todos los suyos holgaron en estremo de ver a Francisco de Cháves, y a sus compañeros, que los habían llorado por muertos; y se admiraron grandemente de que los indios los hubiesen tratado como decían. También notaron la muerte de Cuellar, que hubiesen querido vengarse en él solo, y no en todos los que prendieron. De las capitulaciones se maravillaron más que de otra cosa, viendo el ánimo que los indios mostraban a la paz y amistad con los españoles, y a la doctrina del santo Evangelio; y así propusieron por entonces cumplirlas todas. Más las alteraciones de la ida de don Pedro de Alvarado, no dieron lugar a que por entonces se hablase de quietud y de religión, sino de guerra y crueldades, para destruición de indios y españoles, como se verá en el proceso de la historia.

Casi en aquellos mismos días le vinieron nuevas al gobernador de la mortandad y tiranías que Rumiñahui había hecho y hacía en Quitu, y que juntaba gente de guerra contra los españoles. El gobernador para castigo de aquel tirano, y para remedio de los inconvenientes que su levantamiento pudiese causar, envió al capitán Sebastián de Belalcazar con gente bien apercebida, así de a caballo como de a pié, con orden que socorriesen a don Diego de Almagro si lo hubiese menester. Los cuales fueron a toda diligencia y mucho recato porque no les acaeciese lo que a Francisco de Chaves y a sus compañeros. Por los caminos hallaron algunos capitanes de Atahuallpa, fortalecidos en peñones y plazas fuertes, porque no tenían gente para esperar en campaña. Estos eran capitanes menores, los cuales luego que supieron la prisión de su rey, levantaron gente sin orden del Inca en sus distritos, para lo que fuese menester. Y aunque supieron la muerte de Atahuallpa, no habían despedido los soldados, aguardando a ver si los llamaba algún pariente de su rey para vengar su muerte; y ansí andaban aquellos capitanes derramados por el reino de por sí, como gente sin caudillo ni cabeza que los gobernase. Que si se juntaran todos, pudieran hacer mucho daño a los españoles, aunque no fuera sino en los pasos dificultosos y peligrosos que hay por aquellos caminos. Con estos capitanes tuvo Sebastian de Belalcazar algunos rencuentros de poco momento, que como no tenían gente bastante para resistir, desamparaban la pelea al mejor tiempo. Solo uno, que se decía Supay Yupanqui, que quiere decir Diablo Yupanqui, peleó conforme al nombre, que mató cinco españoles, y hirió catorce y si tuviera más gente, hiciera carnicería de todos ellos. Francisco Lopez de Gomara capellan real de la magestad católica, escribiendo estos reencuentros, capítulo ciento y veinte y ocho, dice que se llamaba ese capitan Sopo Sopagui. El

contador imperial, Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo décimo, le llama Sapa Sopagui que es más semejante al nombre que él tenía. Para declarar su propio nombre es de saber que se llama Sumac Yupanqui, que quiere decir el hermoso Yupanqui; porque este indio cuando mozo, fué muy hermoso de rostro, y gentil hombre de cuerpo: llamábase Yupanqui: diéronle por el renombre el Hermoso, que eso significa el participio Sumac, como dijimos en la poesía de los Incas.

Era hijo bastardo de uno de los de la sangre real: su madre era del reino de Quitu: habíase criado con Atahuallpa, y por su buena soldadesca mereció ser capitan suyo. En las muchas y diversas crueldades que aquel rey mandó ejecutar después que venció y prendió a su hermano Huáscar Inca: este capitan por agradar a su príncipe, viendo que gustaba tanto dellas, se estremó y aventajó de todos los demás ministros que las ejecutaron; e inventó otras cruelísimas que ño cabían en la inventiva de los otros, ni en la de su rey, como lo hacen muchos criados de señores y príncipes, sin temor de Dios, ni vergüenza de las gentes, por ganar la voluntad de sus amos. Por lo cual los mismos capitanes y gente de Atahuallpa, viendo sus obras tan semejantes a las del demonio, le trocaron el renombre, y en lugar de Sumac, le pusieron Supay, que quiere decir diablo. Este indio, después de haber resistido a Sebastian de Belalcazar, y héchole el daño que pudo, se retiró y huyó donde no pudiesen haberle españoles ni indios: porque éstos le aborrecían por sus obras, y el temía a aquellos por sus armas. Entendióse que desesperado de no poder vivir entre los suyos por las diabluras pasadas, ni atreverse a fiar de los agenos, se hubiese metido en las bravas montañas de los Antis, entre tigres y culebras, como lo hicieron otros capitanes, compañeros suyos.

Sebastian de Belalcazar pasó adelante y llegó a Quitu a castigar y atajar las crueldades de Rumiñahui. El cual salió a recebirle, y como atras dijimos, tuvieron algunos reencuentros de poco daño para los españoles, y de mucho para los indios, porque eran pocos y mal avenidos. Que como este maese de campo hubiese hecho las cruledades que contra los suyos mesmos hizo en matar los capitanes sus compañeros, y al hermano y hijos de su propio rey, y enterrar vivas las vírgenes escogidas, tan sin causa, razón, ni justicia, quedó tan aborrecido de los indios que aunque hizo llamamiento de gente, diciendo que era para vengar la muerte de Atahuallpa, no le acudió nadie; y así, no pudiendo resistir a Belalcazar, se retiró a las montañas deseperado de la vida. Este remedio para contra sus enemigos lo tomaron algunos españoles, como adelante veremos.

CAPITULO X

TEMORES Y ESPERANZAS DE ALMAGRO. LA HUIDA DE SU INTERPRETE, Y LA CONCORDIA CON ALVARADO.

EL buen don Diego de Almagro, que iba en demanda de don Pedro de Alvarado, tuvo asímismo rencuentros con los capitanes de Atahuallpa que halló por el camino que llevaba, más fueron de tan poco momento que no hay que decir dellos (56). Así caminó don Diego poco a poco, aguardando saber de cierto dónde quedaba don Pedro de Alvarado, por no errarle en el camino, que ya sabía que se había desembarcado y entrado la tierra adentro.

Sebastian de Belalcazar, que llevaba orden de socorrer a don Diego de Almagro, habiendo ahuyentado de Quitu a Rumiñahui, y a los demás capitanes que halló, bajó a toda diligencia hacia la costa en busca de Almagro; y habiéndose juntado con él, se ocuparon ambos en deshacer las capitanías de indios que andaban derramadas por aquellas provincias. Esto hacían porque no osaban ir a buscar a don Pedro de Alvarado, porque supieron que traía mucha y muy buena gente, y aún estuvieron por desemparar la empresa si la vergüenza no lo estorbara. Así estuvieron hasta que se le acercó don Pedro de Alvarado, y les prendió siete de a caballo, que don Diego había enviado a correr el campo; más soltólos luego que se informó de la gente que Almagro llevaba, y de las demás cosas que le convenía saber; porque este caballero nunca llevó ánimo de contradecir ni estorbar la conquista del Perú, a los que andaban en ella, sino de ayudarles en cuanto pudiese; y así soltó libremente aquellos prisioneros pudiendo retenerlos consigo. Con esta generosidad de don Pedro de Alvarado holgó el buen don Diego de Almagro, y perdió algo de sus temores.

(56) Véáse para todo lo referente a los indios alzados de Quisquis la *Relación* de Tito Cussi Yupanqui. Col. URTEAGA-ROMERO, t. II.

porque imaginó en su favor y provecho que eran indicios de paz y concordia; mas por no haberle enviado a decir nada con los corredores libertados, no los perdió del todo; y así estuvo entre miedos y esperanzas, aguardando el fin de su jornada.

En tiempo y ocasión de tantas congojas para don Diego de Almagro, sucedió una novedad que se las aumentó grandemente, y fué que Felipe, indio intérprete, que había ido con él, sabiendo que don Pedro de Alvarado estaba cerca, se huyó una noche: y llevó consigo un cacique principal y se fué a don Pedro, y le dió aviso de la poca gente que don Digo tenía, y que todos los curacas que con él estaban deseaban huírse y venirse a servirle, y que lo mismo harían los demás que había en el reino, que él se ofrecía traerlos a su servicio y obediencia y guiarle a donde Almagro estaba; para que hallándole desapercebido, lo prendiesen con más facilidad. Más don Pedro, aunque holgó de saber lo que en su favor había, rehusó de hacer lo que Felipe decía: porque esperaba negociar mejor por otro camino. Este indio hizo aquella traición, porque como malhechor, acusado de su conciencia, andaba temeroso que le habían de castigar por el testimonio que levantó al rey Atahuallpa, de que procuraba matar los españoles, lo cual fué causa de su muerte. Abreviando pues el cuento decimos, que don Pedro de Alvarado y don Diego de Almagro se vieron en los campos de Rivecpampa, que los españoles llaman Riobaba, donde estuvieron puestos en armas, a punto de pelear unos con otros. Más llegando a romper, como todos eran españoles y los más estremeños, movidos del natural parentesco, sin licencia de los generales, se hablaron unos a otros, ofreciéndose paz y amistad de una parte a otra, como acaeció cerca de Lérida, entre los soldados del muchas veces grande Julio César, y de los capitanes pompeyanos, Petreyo y Afranio. De la cual plática don Diego de Almagro holgó mucho, porque no tenía la cuarta parte de la gente que don Pedro de Alvarado traía: aunque él y los suyos estaban determinados de morir antes q' dar la ventaja a sus contrarios. Los unos y los otros estuvieron sosegados, y de común consentimiento asentaron treguas por veinte y cuatro horas, para que los generales se viesen y tratasen lo que a todos conviniese. Ellos se vieron, y por medio del licenciado Caldera, natural de Sevilla, se concertaron, que igualmente fuesen todos compañeros en lo ganado y por ganar: para lo cual don Pedro de Alvarado fuese con su armada por la costa adelante hácia el mediodía, a descubrir los reinos y provincias que por allí hubiese; y que don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro quedasen pacificando lo que tenían descubierto y casi conquistado. Y que los soldados así del uno como del otro, libremente pudiesen ir don-

de quisiesen; o al nuevo descubrimiento por la mar, o a la conquista de la tierra. Esto fué lo que se publicó del concierto, por no indignar la de don Pedro de Alvarado; que como Pedro de Cieza y Gomara, y Zárate dicen, había entre ellos muchos caballeros muy principales, que se habían de sentir de que no les hubiesen gratificado de presente, &c.

Lo que en secreto reservaron, que no osaron publicar fué: que don Diego de Almagro prometió de dar a don Pedro cien mil pesos de buen oro (que se entiende cuatrocientos y cincuenta maravedís cada peso) por la armada, caballos y pertrechos que llevaba, que él se volviese a su gobernación de Huahutimallan, y jurase como luego juró, de no volver más al Perú durante la vida de los dos compañeros Pizarro y Almagro: con esto quedaron ambos muy satisfechos.

Hecho el concierto don Diego de Almagro, quemó vivo al curaca que se huyó con Felipe, intérprete, por la traición que le hizo en huirse: y del faraute hiciera lo mismo, si don Pedro de Alvarado no intercediera por él. En este paso, capítulo ciento y veinte y nueve, dice Gomara lo que se sigue:

No tuvo Almagro de qué pagar los cien mil pesos de oro, a Pedro de Alvarado, con cuanto se halló en aquella conquista: aunque hubieron en Caramba (57) un templo chapado de plata, o no quiso sin Pizarro, o por llevarlo primero donde no pudiese deshacer la venta: así que fueron ambos a San Miguel de Tangarara. Alvarado dejó ir muchos de su compañía a poblar en Quitu con Belalcazar, y llevó consigo los más y mejores. Hasta aquí es de Gomara: yo lo había de decir, y porque él lo dijo, lo pongo su nombre. De todo lo cual dió luego aviso don Diego de Almagro al gobernador don Francisco Pizarro.

57).—¿Curumba?, donde existen ruinas de pueblos y santuarios.

CAPITULO XI

ALMAGRO Y ALVARADO VAN AL COSCO. EL PRINCIPE MANCO INCA VIENE A HABLAR AL GOBERNADOR, EL CUAL LE HACE UN GRAN RECEBIMIENTO.

HABIENDO celebrado los españoles su concordia con regocijo común de todos ellos, los dos gobernadores que son don Diego de Almagro y don Pedro de Alvarado (a quien por razón de la confederación llamaron gobernador, como a don Francisco Pizarro y a su compañero D. Diego de Almagro) ordenaron, que el capitán Sebastian de Belalcazar se volviese al reino de Quitu a ponerlo en paz y quietud, porque no faltaban capitanejos indios de poca cuenta, que andaban desasosegando la tierra; procuraban los españoles estorbar cualquier levantamiento que pudiese haber. Despachando esto, proveyeron otras cosas necesarias, como fué un presidio donde se asegurasen los españoles que de Panamá o de Nicaragua fuesen a hallarse en la conquista del Perú; porque a fama de sus muchas y grandes riquezas, acudían de todas partes como quiera que pudieran a gozarlas. Proveyeron el presidio de armas y bastimento, y dejaron bastante gente para lo guardar. Don Pedro de Alvarado que conforme a las capitulaciones que se publicaron, había de volverse a sus navíos e ir la costa adelante al Mediodía, a conquistar nuevos reinos y provincias, dijo que quería ir por tierra a verse con el gobernador don Francisco Pizarro, y gozar de ver aquel reino y sus buenas partes. Esto dijo por disimular las capitulaciones que quedaron en secreto. Con esta ocasión acordaron que don Diego enviase un ministro suyo, que se decía Diego de Mora, que yo conocí después, a que se entregase en la armada; y don Pedro envió a Garci Holguín para que se la entregase, y el Diego de Mora

la tuviese por ambas las partes: pues conforme a la concordia, los navíos y cuanto había en ellos eran comunes. Despachadas las provisiones que tomaron los gobernadores a su camino para ir al Cosco, donde estaba don Francisco Pizarro. Dejarlos hemos caminar, por decir lo que sucedió a don Francisco Pizarro en el Cosco, mientras don Diego de Almagro anduvo en lo que hemos dicho: porque no volvamos de más lejos a contarlo, sino que se diga cada hecho en su tiempo y lugar.

Manco Inca, con los avisos que su hermano Tito Atauchi, y el maese de campo Quisquis le enviaron, se apercibió, como atras dijimos, para ir a visitar al gobernador y pedirle la restitución de su imperio, y el cumplimiento de los demás capítulos que su hermano y todos los capitanes principales del reino habían ordenado. Entró en consejo con los suyos una y dos y más veces, sobre como iría, si acompañado de gente de guerra, de paz. En lo cual estuvieron dudosos los consejeros, que unas veces les parecía mejor lo uno, y otras veces lo otro; pero casi siempre se inclinaban a que fuese asegurado con ejército poderoso, conforme al parecer de Quisquis, porque no le acaeciese lo que a su hermano Atahuallpa, q' se debía presumir q' los forasteros harían más virtud por temor de las armas, y por agradecimiento de los comedimientos; por que los de Atahuallpa antes le habían dañado q' aprovechado. Estando los del Consejo para resolverse en este parecer, habló el Inca diciendo: hijos y hermanos míos, nosotros vamos a pedir justicia a los que tenemos por hijos de nuestro Dios Viracocha; los cuales entraron en nuestra tierra publicando que el oficio principal dellos era administrarla a todo el mundo. Creo que no me la negaran en cosa tan justificada como nuestra demanda; porque conforme a la doctrina que nuestros mayores siempre nos dieron, les conviene cumplir con las obras lo que han prometido por sus palabras para mostrarse que son verdaderos hijos del sol. Poco importará que los tengamos por divinos, si ellos lo contradicen con la tiranía y maldad. Yo quiero fiar más de nuestra razón y derecho, que no de nuestras armas y potencia. Quizá, pues dicen que son mensageros del dios Pachacamac, le temerán, pues saben (como enviados por él) que no hay cosa que tanto aborrezca, como que no hagan justicia los que están puestos por superiores para administrarla; y que en lugar de dar a cada uno lo que es suyo, se lo tomen para sí. Vamos allá armados de justa demanda, esperemos más en la rectitud de los que tenemos por dioses que no en nuestras diligencias; que si son verdaderos hijos del sol, como lo creemos; harán como Incas, darnos han nuestro Imperio. Que nuestros padres los reyes pasados, nunca quitaron los señoríos que conquistaron, por

más rebeldes que hubiesen sido sus curacas. Nosotros no lo hemos sido, antes todo el imperio se les ha rendido llanamente. Por tanto vamos de paz, q' si vamos armados, parecerá que vamos a hacerles guerra, y no a pedirles justicia, y daremos ocasión a que nos la nieguen. Que a los poderosos y codiciosos cualquiera les basta, para hacer lo que quieren y negar lo que les piden. En lugar de armas, llevémosles dádivas de lo que tenemos, que suelen aplacar a los hombres airados, y a nuestros dioses ofendidos. Juntad todo el oro y plata y piedras preciosas que pudiéredes. Cácense las aves y animales que se pudieran haber, recójanse las frutas mejores y más delicadas que poseemos; vamos como mejor pudiéremos, que ya que nos falta nuestra antigua pujanza de rey, no nos falta el ánimo de Inca. Y si todo no bastare para que nos restituyan nuestro imperio, entenderemos claramente que se cumple la profecía de nuestro padre Huaina Capac, que dejó dicho: había de enajenarse nuestra monarquía, perecer nuestra república, y destruirse nuestra idolatría: ya vemos cumplirse parte desto. Si el Pachacamac lo tiene así ordenado, ¿qué podemos hacer sino obedecerle? Hagamos nosotros lo que es razón y justicia; hagan ellos lo que quisieren. Todo esto dijo el Inca con gran magestad. Sus capitanes y curacas se enternecieron de oir sus últimas razones y derramaron muchas lágrimas, considerando que se acababan sus reyes Incas.

Pasado el llanto, apercibieron los curacas y ministros lo que el Inca les mando, y lo de más necesario para q' su rey fuese con alguna magestad real, ya que no podía con la de sus pasados. Así fué al Cosco acompañado de muchos señores de vasallos y mucha parentela dellos: pero de la suya llevó muy pocos, porque la crueldad de Atahuallpa los había consumido todos. Hizósele un gran recebimiento, salieron a él todos los españoles, así los de a pié como los de a caballo, buen trecho fuera de la ciudad. El gobernador se apeó llegando cerca del Inca el cual hizo lo mismo, que iba en unas andas, no de oro como eran las de sus padres y abuelos, sino de madera; que aunque los suyos le habían aconsejado que fuese como rey, pues lo era de derecho, que llevase sus andas de oro, y su corona en la cabeza, que era la borla colorada. El Inca no quiso llevar ni lo uno ni lo otro, porque dijo que era desacato contra el gobernador y sus españoles llevar puestas las insignias reales, yendo a pedir la restitución del reino. Que era decirles que aunque ellos no quisiesen había de ser Inca; pues llevaba tomada la posesión del imperio con la borla colorada. Dijo que llevaría la amarilla para que los viracochas (que así llaman los indios a los españoles, y así les llamaré yo

también, pues soy indio) entendiesen que era el príncipe, heredero legítimo.

El gobernador hizo su cortesía al Inca a la usanza castellana, y le dijo que fuese muy bien venido. El Inca respondió que venía a servìr y a adorar a los que tenía por dioses, enviados por el sumo Pachacamac. Habláronse pocas palabras, por falta de buenos intérpretes. Luego que el gobernador hubo hablado al Inca, se apartó para dar lugar a que los demás españoles le hablasen: entonces llegaron sus dos hermanos, Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro.

El Inca sabiendo que eran hermanos del Apu, que es capitan general, les abrazó y hizo mucha cortesía, porque es de saber q' antes q' el Inca llegase a hablar, los españoles, había prevenido que un indio de los que con ellos hubiese andado, que tuviese noticia del os capitanes de guerra, y de los demás ministros, estuviese adelante al hablarles, y les diese a conocer; y así estuvo un indio criado de los españoles, que decía a uno de los señores de vasallos, que estaban cabe el rey, el cargo q' tenían cada uno, de los que llegaban a hablarle y el curaca lo decía al Inca, para que estuviese advertido. Desta manera habló a los capitanes y oficiales de la hacienda imperial, con alguna diferencia que a los demás soldados que llegaron en cuadrillas, a hablar al Inca; y a todos en común les hizo mucha honra, y les mostró mucho amor en el aspecto y en las palabras; y al cabo dijo a los suyos lo mismo que Atahuallpa, cuando vió a Hernando Pizarro y a Hernando de Soto: verdaderos hijos son estos hombres de nuestro dios Viracocha, que así semejan a su retrato en rostro, barbas y vestido; merecen que les sirvamos como nos lo dejó mandado nuestro padre Huaina Capac.

CAPITULO XII

EL INCA PIDE LA RESTITUCION DE SU IMPERIO; Y LA RESPUESTA QUE SE LE DA.

CON lo dicho se acabó la plática. Los españoles subieron en sus caballos, y el Inca en sus andas. El gobernador se puso a la mano izquierda del Inca, y sus hermanos y los demás capitanes y soldados iban delante, cada compañía de por sí. El gobernador mandó, que una dellas fuese en retaguarda del Inca y que dos docenas de infantes se pusiesen en derredor de las andas del rey; de lo cual se favorecieron los indios muy mucho; porque les pareció que en mandarles ir todos juntos en una cuadrilla, los igualaban, subiéndolos a la alteza de los que tenían por divinos. Así entraron en la ciudad con gran fiesta y regocijo. Los vecinos della salieron con muchos bailes y cantares, compuestos en loor de los viracochas; porque sintieron grandísimo contento de ver a su Inca; y por entender que había de reinar el legítimo heredero; pues las tiranías de Atahuallpa se habían acabado. Tenían la calle por donde el Inca había de pasar cubierta de juncia, y algunos arcos triunfales puestos a trechos, cubiertos de flores, como solían hacerlos, en los triunfos de sus reyes. Los españoles llevaron al Inca a una de sus casas reales que llamaban Cassana, que estaba en la plaza mayor, frontero de donde está agora el colegio de la Compañía. Allí le dejaron muy contento y lleno de esperanzas, imaginando que sería la restitución de su imperio a medida del recebimiento de su persona; y así lo dijo a los suyos, de que todos ellos quedaron muy contentos, pareciéndoles de que vendría presto la paz, quietud y descanso que solían gozar con el reino de sus Incas. Aposentado el rey, llevaron luego sus ministros el presente que traían para el gobernador y sus viracochas. Los cuales rindieron las gracias

con tan buenas palabras, que quedaron los indios tan ufanos, que no cabían en sí de placer. Este fué el día de mayor honra y contento q· este pobre Inca tuvo en todo el discurso de su vida; porque los de antes de aquel día fueron de gran tormento y congoja, huyendo de las tiranías y persecuciones de su hermano Atahuallpa, y los que después sucedieron hasta su muerte, no fueron de menos miseria, como adelante veremos.

El Inca luego q' se vió en su casa, envió a decir a Francisco de Chaves, y a sus compañeros, que deseaba conocerlos y verlos a parte, por la relación que dellos le habían dado los suyos. Venidos que fueron, los abrazó con muestras de mucho amor, y después de haber bebido con ellos, según la costumbre de los Incas, entre otras palabras de caricias les dijo: que por sus obras mostraban bien ser hijos verdaderos del dios Viracocha, y hermanos de los Incas, que así habían deseado librar de la muerte a su hermano Atahuallpa, y que él lo agradecía y esperaba gratificarlo largamente; que lo tuviesen por hermano, pues eran todos de un linage, hijos y descendientes del sol. Mandó les diesen muchos vasos de oro y plata y piedras preciosas, que traían aparte para este caballero y sus compañeros. El cual dijo al Inca, en nombre de todos, que ellos eran muy servidores de su alteza, y lo mostrarían en todo lo que se ofreciese. Y que lo que habían hecho por el rey su hermano, había sido por cumplir sus propias obligaciones, que les mandasen lo que por bien tuviesen para hacer esperiencia de sus ánimos y voluntad, que los hallaría muy apercebidos en su servicio. El Inca volvió a abrazarlos, y los envió muy contentos y ricos de joyas de oro y plata, esmeraldas y turquesas.

Dos días después de su venida, propuso el príncipe Manco Inca al gobernador, le restituyesen la posesión de su imperio, y el cumplimiento de las capitulaciones que entre indios y españoles se habían asentado para paz y hermandad de todos ellos. Y que les diesen sacerdotes y ministros para que predicasen y enseñasen la ley de los cristianos a los indios, como lo habían propuesto los mismos cristianos cuando hicieron las capitulaciones. Que el Inca los enviaría con toda veneración y regalo a los reinos y provincias más prncipales del imperio para que doctrinasen a los suyos. Que bastaba haberlos dicho su padre Huaina Capac a la hora de su muerte que era mejor ley que la suya, para que ellos la recibiesen de su buena voluntad. Que mirasen cómo querían ser servidos los viracochas, y cuál parte, y cuánto querían del reino, que luego se les daría contento y se les obedecerían, porque también había mandado su padre en su testamento, que les obedeciesen y sirviesen con todo amor y regalo.

El gobernador respondió, que su alteza fuese bien venido a su ciudad imperial, que descansase, que holgaba mucho saber su voluntad para cumplirla, que las capitulaciones eran tan justificadas que era mucha razón que se cumpliesen todas. Dicho esto, hablaron en otras cosas, más la plática fué muy corta por la falta de los intérpretes.

Otro día el gobernador habiendo consultado con sus hermanos y los demás capitanes la demanda del Inca; sobre la cual hubo diversos pareceres; más sabiendo que la posesión del reino era ponerse la borla colorada, fué a casa del Inca acompañado de los suyos, y sin buscar más razones le dijo: que le suplicaba tomase luego la posesión de su imperio, que si supiera antes lo que era, no consintiera que estuviera una hora sin su corona real en la cabeza; y que en la partición del reino se trataría más adelante, cuando los unos y los otros hubiesen hecho asiento y tuviesen quietud, porque al presente andaban alborotados indios y españoles, y la paz que habían de tener, lo ordenase el Inca, porque fuese más a su gusto y voluntad; que esa obedecerían los españoles de mejor gana, y que no daban luego los ministros para enseñar la ley de Dios; porque había tan pocos sacerdotes, que aún ellos no tenían los que habían menester. Que venidos que fuesen, que los esperaban, les darían todo recaudo. Que los cristianos no habían ido a aquellas partes sino a desengañar a los naturales dellas, de los errores y torpezas de su idolatría. Con esto se quedaron los indios muy contentos y satisfechos, y el Inca se puso la borla; cuya fiesta y solemnidad fué grandísima, aunque muy desigual de las pasadas, porque faltaban todos los de la sangre real, que en todas las cortes del mundo son los que más engrandecen la magestad de ellas. También faltaban muchos señores de vasallos, que las crueldades de Atahuallpa consumieron. Este menoscabo de la casa y corte de su Inca lloraron los viejos, que la vieron en tiempo del gran Huaina Capac: los mozos, que no alcanzaron aquella magestad antigua, se regocijaron por todos

CAPITULO XIII

LOS DOS GOBERNADORES VAN EN BUSCA DEL MAESE DE CAMPO QUISQUIS

DON Pedro de Alvarado y don Diego de Almagro, como atrás dijimos, caminaron con su lucida compañía hácia el Cosco, donde sabían que estaba el gobernador don Francisco Pizarro. En su camino supieron que el maese de campo Quisquis estaba hácia la provincia de los Cañaris con mucha gente de guerra, mucho oro y plata, y gran cantidad de ropa de la muy preciada, e innumerable ganado. Todo esto decía la fama, acrecentando cada cosa mucho más de lo que era, como suele hacerlo siempre en semejantes casos. Los gobernadores caminaron hácia allá para deshacer aquel ejército y matar aquel tirano, porque sabían de los indios que en todo aquel imperio no había otras armas en pié sino las suyas. Quisquis, aunque tenía su gente consigo, estaba quieto, sin ánimo de pelear con los españoles: porque como él y el Inca Tito Atauchi habían enviado al gobernador las capitulaciones q' atrás se han dicho, (57) q' hicieron con Francisco de Chaves y sus compañeros; estaban esperando la confirmación dellas y la paz universal q' había de haber entre indios y españoles, y descuidado de que fuesen a matarle. Acrecentábale este descuido y quietud el mandato y persuación que el Inca Tito Atauchi le había hecho a la hora de su muerte. Porque es de saber, que aquel pobre Inca murió pocos días después de haber despachado a Francisco de Chaves y a sus compañeros. Causóle la muerte la pena, dolor y tristeza de la muerte del rey Atahuallpa su hermano, y saber lo q' el traidor de Rumiñahui había hecho en Quitu con sus sobrinos y hermanos, y con los demás capitanes y con las vírgenes escogidas. Consideró que atrevimientos y desacatos tan grandes, de un vasallo contra la sangre de su proipo Inca, eran señales muy claras de la

(57) No se concilia la amistad de Tito Atauchi con Quisquis y sus aficiones al partido de Huáscar si hemos de creer lo que de él contaron los quipocamayos a Toledo. Por lo demás en el Perú como en México la antigua tradición de la llegada de gentes blancas que había de ganar al reyno enviadas por el rey Viracocha, favoreció mucho la sumisión de los indios al menos en los primeros momentos de la conquista.

pérdida y destruición de todo el imperio y de la magestad de los suyos. Viéndose con estas aflicciones, ya cerca de morirse, llamó al maese de campo Quisquis y a sus capitanes, y les dijo: procurasen la paz con los viracochas, que les sirviesen y respetasen; que se acordasen de que su Inca Huaina Capac lo dejó así mandado en su testamento, cuyo oráculo y pronóstico dijo se había de cumplir por entero, como ya veían cumplida la mayor parte de él. Por tanto, procurasen agradar a los que tenían por descendientes de su padre el sol, y hijos de su dios Viracocha, y que esto les mandaba y encargaba como hijo de ese mismo Inca Huaina Capac.

Por estas persuaciones y con la esperanza del cumplimiento de sus capitulaciones, estaba Quïsquis descuidado de la guerra, y aunque supo que los gobernadores iban hacia él, no se escandalizó ni hizo alboroto de armas, solamente envió una compañía de cien soldados, que eran los menores que los Incas traían en la guerra y con un centurión que los historiadores Gomara y Zárate llaman Sotaurco, por decir Soctaorco, que quiere decir, seis cerros. Socta es el número seis, y Orco quiere decir cerro, porque este capitan nació en el campo entre altísimas sierras (como las hay en aquella tierra) andando su padre en la guerra y su madre en él, debió de ser por alguna necesidad forzosa. Ahora es de saber q' por guardar la memoria de su estraño nacimiento, que fué en la guerra, que nunca tal acaecía, porque las mugeres no andaban en ella con sus maridos, les dieron este nombre, porque a una mano y a otra donde nació había seis cerros muy altos que se aventajaban de los demás que por allí había. De manera, que solo en el nombre encerraron aquella historia con el tiempo y el lugar de nacimiento de aquel capitan. A esta semejanza eran las tradiciones de sus historias anales, que porque se conservasen en la memoria, las cifraban en pocas palabras, que comprendiesen el suceso del hecho, o lo encerraban en versos breves y compendiosos, para que les acordasen la historia, la embajada, la respuesta de el rey o del otro ministro, la oración hecha en paz o en guerra, lo que mandaba tal, o tal ley, con sus penas y castigos, y todo lo demás que tenían, y por tiempo sucedía en su república. Lo cual tomaban en la memoria los historiadores y contadores, y por tradición lo enseñaban a sus hijos, y sucesores, que las cifras y los versos breves, y las palabras sueltas como el nombre deste capitan, y otros que hemos declarado y declararemos si se nos ofrecieren, no servían más que de traer lo que en sí contenían, a la menoria del contador o historiador, que ya lo sabía por tradición. El cual, tomando sus memoriales, q' eran los ñudos, señales y cifras, leían por ellas sus historias mejor y más a priesa que un español por su libro,

como lo dice el P. Acosta, libro sesto, capítulo octavo, y era porque lo sabía de memoria, y no estudiaba en otra cosa de día y de noche, por dar buena cuenta de su oficio. Todo esto hemos dicho atrás, fuénos forzoso repetirlo aquí, por el ejemplo tan apropriado, como se ofreció con el nombre del capitan Soctaorco. Al cual envió el maese de campo Quisquis, sabiendo que los españoles iban hácia él, para que supiese el ánimo dellos, y le avisase con lo que alcanzase a saber. El capitan fué, no tan recatado como le conviniera, pues le prendieron los que él iba a espiar, y lo llevaron a don Pedro de Alvarado. El cual, habiéndose informado dónde, y cómo quedaba Quisquis y la gente que tenía, determinó caminar a priesa, y viéndose cerca, dar una trasnochada para tomarlo desapercebido. Y así fué que con una muy buena banda de caballos, que llevó consigo. Los cuales hallaron los caminos tan ásperos, que cuando llegaron una jornada de Quisquis, llevaban desherrados casi todos los caballos. Aquella noche la pasaron sin dormir, herrando los caballos con lumbres, como lo dicen ambos autores. Y que otro día caminaron a gran priesa, porque alguna de la mucha gente que topaban no volviese a dar mandado al Quisquis de su venida; y nunca pararon, hasta que otro día, tarde, llegaron a vista del real de Quisquis. Y como él los vido, se fué por una parte con todas las mugeres y gente servil, &c. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, sacado a la letra, y casi lo mismo dice Gomara. Lo cual es bastante prueba de que el maese de campo Quisquis iba descuidado de dar guerra a los españoles, ni recbeirla dellos, porque si lo pensara dar no fuera rodeado de mugeres y gente servil, ni sus soldados eran tan bisoños, que si su capitan los hubiera apercebido, dejaran de avisarle sin volver atrás. Que bastaba pasar la palabra de unos a otros para que el aviso llegara en un momento. Más todo este descuido de Quisquis y de los suyos era providencia del cielo, en favor de los españoles, porque habían de ser predicadores del santo evangelio; y ellos también iban ignorantes de la paz y amistad, que Quisquis pretendía, y de las capitulaciones que Francisco de Chaves llevó: porque cuando él llegó con ellas al Cosco, donde el gobernador estaba, ya don Diego de Almagro que era el que podía llevar las nuevas de ellas, habia salido del Cosco en busca de don Pedro de Alvarado; y así iban los españoles deseosos de destruir a Quisquis, porque no sabían su buena intención, que si tuvieran aviso della, la aceptaran muy de grado, porque también deseaban ellos la paz como los indios. Más el demonio con todas sus artes y mañas, andaba sembrando la discordia y estorbando la enseñanza de la fé católica, porque aquella gentilidad no se le fuese de las garras, ni se librase de su cruel tiranía.

CAPITULO XIV

TRES BATALLAS ENTRE INDIOS Y ESPAÑOLES, Y EL NUMERO DE LOS MUERTOS

EL maese de campo Quisquis viendo la priesa que los españoles llevaban por llegar donde él estaba, conoció el ánimo que tenían de pelear con el. Por lo cual, arrepentido de su mucha confianza, y enojado, corrido y afrentado de su gran descuido y bisoñería, no pudiendo hacer otra cosa, porque no tenía gente de guerra sino la de servicio, que en semejantes ocasiones antes suele estorbar y dañar que no ayudar, la recogió como mejor pudo, y se retiró a una sierra alta, por asegurar de los caballos aquella gente inútil. Mandó a un capitan (que los españoles llaman Guaipalcon, y dicen que era hermano de Atahuallpa, siendo pariente materno y llamándose Huaipallca, por ser del lenguage de Quitu, no sé que signifique este nombre) que recogiendo la gente de guerra; entretuviese a los españoles hasta que él hubiese puesto aquella chusma en salvo. Huaipallca, con la gente que pudo recoger, no acometió a don Pedro de Alvarado porque llevaba muchos caballos, e iba por tierra donde podia aprovecharse dellos. Acometió a don Diego de Almagro, que por coger a Quisquis en medio entre él y Alvarado, había tomado una cuesta tan áspera, que se hubiera de perder en ella, como lo dice Zárate por estas palabras. Huaipallcon con la gente de guerra con los cuales fué a topar a don Diego de Almagro en la subida de una cuesta, llevando tan cansados los caballos, que aún de diestros no podían subir, y que los indios desde lo alto echaban muchas piedras, que llaman galgas, de tal suerte que con echar una piedra cuando llega a cinco o seis estados, lleva tras sí mas de otras treinta de las que ha removido, así cuando llega

abajo no tiene número las que lleva &c. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y lo mismo dice Gomara, como luego veremos.

Almagro se vió bien fatigado de las galgasa que le mataron gente y caballos, y él estuvo a peligro de muerte; por lo cual le convino retirarse apriesa, y a tomar otro camino menos áspero con que atajó a Huaipallcon. El cual viéndose entre los dos gobernadores, se recogió a unas peñas asperísimas, donde se defendió valerosamente hasta la noche, porque los caballos no podían ofenderles, ni los infantes tampoco; porque para acometer y huir en sierras tan ásperas como son aquellas, hacen los indios ventaja a los Viracochas, porque no andan cargados de ropa y armas defensivas como ellos. Venida la noche, con la escuridad della, se retiró Huaipallca, con los suyos y se puso en salvo. El día siguiente se vieron los españoles con la retaguarda de Quisquis, que como no pensaba pelear, caminaba con su ejército dividido en vanguardia y retaguardia con mangas a los lados, quince leguas y más en medio de los unos a los otros: como lo dice Zárate, libro segundo, capítulo doce, y en el mismo capítulo poco adelante, dice lo que se sigue: don Diego y don Pedro recogieron todos los españoles, y los indios con la escuridad se salieron y se fueron a buscar a Quisquis, y hallaron después que los tres mil indios que iban a la parte izquierda, habían descabezado catorce españoles, que tomaron por un atajo; y así procediendo por su camino, toparon con la retaguardia de Quisquis. Y los indios se hicieron fuertes al paso de un río, y en todo aquel día no dejaron pasar a los españoles; antes ellos pasaron por la parte de arriba, adonde los españoles estaban, a tomar una alta sierra, y por ir a pelear con ellos hubieron de recebir mucho daño los españoles; porque aunque se querían retraer no podían por la maleza de la tierra, y así fueron muchos heridos, especialmente el capitan Alonso de Alvarado, a quien pasaron un muslo, y a otro comendador de San Juan; y toda aquella noche los indios tuvieron mucha guardia. Más cuando amaneció tenían desembarazado el paso del río, y ellos se habían hecho fuertes en una alta sierra, donde se quedaron en paz, porque don Diego de Almagro no se quiso más allí detener, &. Hasta aquí es de Agustín de Zárate; Gomara dice lo mismo, capítulo ciento y treinta, que es lo que se sigue: a pocas leguas del camino, ya que Quisquis iba huyendo, toparon nuestros españoles en su retaguarda, que como los vido, se puso a defender que no pasasen un río. Eran muchos, y unos guardaron el paso, y otros pasaron el río por muy arriba a pelear, pensando matar y tomar en medio los cristianos. Tomaron una serrezuela muy áspera por ampararse de los caballos: y allí pelearon con ánimo y ventaja. Mataron algunos caballos,

que con la maleza de la tierra no podían revolverse, y hirieron muchos españoles, y entre ellos a Alonso de Alvarado de Burgos, en un muslo, que se lo pasaron, y aína mataran a don Diego de Almagro &c. Hasta aquí es de Francisco Lopez de Gomara. Los españoles que murieron peleando, y los que después murieron de las heridas que sacaron de aquellos tres reencuentros, fueron cincuenta y tres con los catorce que Zárate dice, y otros diez y ocho sanaron de las heridas. Los caballos que mataron fueron treinta y cuatro, y uno dellos fué el de don Diego de Almagro, que le dió una galga en una pospierna a soslayo y se la quebró, y cayeron ambos en tierra, de que escapó don Diego bien fatigado: fué ventura no cogerlos la galga de lleno, que al caballo y al caballero hiciera pedazos. De los indios murieron poco más de sesenta, porque la aspereza del lugar era guarida para ellos, y muerte para los españoles y sus caballos. Por esta causa no quiso don Diego de Almagro detenerse a combatir los indios, que se habían fortificado en aquel cerro; porque el sitio era de mucha ventaja para los indios, y muy en contra de los españoles, porque no podían valerse ni de sí, ni de sus caballos; y así no quiso don Diego ver más daño y pérdida de sus compañeros, que fué muy grande la de aquellos dos días; y el P Gomara lo dá bien a entender en suma, en el título de el capítulo donde cuenta este hecho. Que dice capítulo ciento y treinta, de un mal recuentro q' recibieron los nuestros de la retaguarda de Quisquis &c. Y el P. Blas Valera haciendo mención, de las batallas memorables y perdidosas de parte de los españoles que en el Perú hubo, nombra ocho, las mayores y más peligrosas, sin otras de menos cuenta; y esta pone por la primera, y la nombra la batalla de Quitu, porque fué en sus confines En las cuales dice, que se perdieran los castellanos, si no peleara la Providencia Divina en favor de su Evangelio· y así lo decían también los mismos españoles que se hallaron en ellas, y yo se lo oí a muchos dellos, que certificaban haberse todos ellos hallado muchas veces tan perdidos, peleando con los indios, que humanamente no podían escapar, y que en un punto se hallaron victoriosos habiéndose dado por vencidos y que aquello no era sino particular favor del cielo Y contando el mucho peligro que tuvieron en esta batalla decian, que si con venir los de Quisquis sin pensamiento de pelear y divididos en cuatro tercios les habían hecho tanto daño, y puéstolos en tanto peligro, ¿qué hicieran si vinieran juntos y apercebidos y debajo del gobierno de su maese de campo Quisquis? que fué tenido por famoso capitan, como lo dice Gomara cuando cuenta la muerte que los suyos mismos le dieron. Don Diego de Almagro mandó

recoger el despojo que según los historiadores fueron más de quince mil cabezas de ganado y más de cuatro mil indias e indios de servicio que venían forzados; y cuando se vieron libres se fueron luego a los españoles. De la ropa fina no hubieron nada porque no pudiendo llevarla o no queriendo estorbo con ella la quemaron los indios. Lo mismo hicieron del oro y plata que llevaban, que la escondieron donde nunca más pareció. Todo lo cual escribió don Diego por vía de los indios al gobernador y el suceso de aquellas batallas, y como don Pedro de Alvarado iba al Cosco a verse con su señoría que lo supiese y proveyese lo que mejor que le pareciese

CAPITULO XV

SALE EL GOBERNADOR DEL COSCO: VEESE CON DON PEDRO DE ALVARADO: PAGALE EL CONCIERTO HECHO.

EL gobernador don Francisco Pizarro sintió mucho la pérdida de los españoles y de los caballos que los soldados de Quisquis mataron; porque parecía que perdían los suyos con los indios la reputación que hasta allí habían ganado, mas no pudiendo remediar lo pasado, determinó y aconsejó que anduviesen más recatados en adelante. Y sabiendo que don Pedro de Alvarado iba al Cosco á verse con él, quiso escusarle parte del camino y del trabajo, y despacharlo con brevedad, conforme al concierto que don Diego de Almagro había hecho con él, porque deseaba verlo ya fuera de su gobernación, porque no se causase algún alboroto habiendo tres cabezas en ella como al presente las había. Que aún los dos que quedaron, viéndose ricos, no pudiendo sustentar la paz y hermandad que cuando pobres tuvieron, porque el reinar no sufre igual, ni aún segundo; y así esta ambición fué causa de la total destruición de todos ellos, como adelante veremos. Al gobernador le pareció, para abreviar el despacho y la partida de don Pedro de Alvarado, ir hasta el valle de Pachacamac, porque don Pedro no se alejase de la costa, ni caminase las docientas y cuarenta leguas, q' de ida y vuelta hay de Pachacamac al Cosco, ni viese aquella imperial ciudad ni las grandezas della, porq' no le causasen alguna novedad y alteración en los conciertos hechos, que siempre después que lo supo le parecieron bien y deseó verlos cumplidos. Para su jornada tomó parecer de sus hermanos y de los demás personages de su ejército. Encomendóles mirasen por la persona del Inca, y por todo lo demás necesario, para conservar la paz y quietud, que con los indios tenían. Habló al Inca; díjole, que por algunos

días le convenía ausentarse y llegar hasta el valle de Pachacamac, a dar asiento en ciertas cosas que se habían tratado con unos españoles, que de nuevo habían entrado en la tierra, que para indios y cristianos eran de mucha importancia, principalmente para el cumplimiento de las capitulaciones que tenían hechas; las cuales se cumplirían luego que él volviese. Que le suplicaba le diese licencia para hacer aquel viage, que él volvería presto: que entretanto le servirían sus dos hermanos, y los demás españoles que con su alteza quedaban. Que los hubiese por encomendados, pues los tenía por hermanos suyos, hijos del sol. El Inca respondió que fuese muy enhorabuena y volviese en breve, que holgaría mucho fuése próspero su viage; y que de sus hermanos y de los demás viracochas, que dejaba no llevase cuidado: que él los regalaría como vería cuando volviese. Dicho esto, mandó a los señores que tenían sus estados, por donde el gobernador había de ir, que enviasen a mandar a sus vasallos les sirviesen como a su propia persona y que apercibiesen docientos hombres de guarda, que acompañasen al gobernador, y se fuesen remudando a cada tres jornadas, porque fuesen más descansados y sirviesen mejor.

El gobernador habiendo entendido lo que el Inca mandaba se despidió de él y eligió treinta de a caballo que fuesen en su compañía. Llegó a Saussa, donde tuvo aviso, que don Diego y don Pedro habían de pasar por Pachacamac, y ver de camino aquel gran templo que allí había. Entonces se dió más priesa en su viaje, por recebirles en aquel hermoso valle, y hospedar y regalar a don Pedro de Alvarado, y hacerle la honra que un tan valeroso capitan merecía. Así lo tuvo apercebido para cuando los huéspedes llegasen; los cuales llegaron a Pachacamac veinte días después del gobernador; fueron muy bien recebidos y regalados como convenía. A don Pedro dió don Francisco todo su poder, y mandó a los suyos que absolutamente le llamasen, gobernador, y que a don Diego de Almagro y a él los llamasen por sus nombres, sin otro título. No quiso conocer de su causa alguna grave ni facil, todo el tiempo que don Pedro estuvo en Pachacamac. Mandaba, que con todas fuesen a él, y le obedeciesen y sirviesen como a superior de todos. Holgó en estremo de ver tantos caballeros tan ilustres, como D. Pedro llevó consigo: hízoles la honra, caricias y regalos q' le fué posible. Con este común regocijo estuvieron algunos días, y al fin dellos dió el don Francisco Pizarro a don Pedro de Alvarado los cien mil pesos de oro del concierto y otros veinte mil pesos de ayuda de costa, y muchas esmeraldas y turquesas de mucho precio, y muchas vasijas de oro y plata para su servicio· porque como hombre bien intencionado y esperimentado en las cosas de la guerra, estimó y entendió

como era razón el socorro y beneficio que don Pedro le hizo con la gente, tanta y tan buena que en tal ocasión le llevó con tantas armas y caballos que fué bastantísima causa para que los maeses de campo de Atahualllpa y todo el imperio de los Incas se le rindiesen de veras. Y así estimándolo como era justo, pagó el concierto con las ventajas que hemos dicho: aunque muchos (como lo dice Gomara y Zárate) le aconsejaban q' no le pagase, sino q' le prendiese y enviase a España por haber entrado en su jurisdicción con mano armada; y que el concierto lo había hecho don Diego de Almagro de temor por la mucha ventaja q' don Pedro de Alvarado le tenía. El ya que quisiese pagarle, no le diese más de cincuenta mil pesos, porque los navíos no valían más, y que los dos dellos, eran suyos; y que la gente, armas y caballos no entraban en el concierto; porque fuera vender lo que era libre y lo que era ageno. Empero don Francisco Pizarro, mirando los consejos (que los suyos le daban) mas como caballero que no como trampista y papelista pagó a don Pedro de Alvarado tan magníficamente como se ha visto; porque reconoció la obligación y respeto q' los caballeros en semejantes casos y en cualesquiera otros deben tener a quien son También miró los avisos a ley de buen soldado, porque no se le hiciese cargo por ninguna de las dos profesiones. Y así estimó en más cumplir la palabra que su compañero en nombre de los dos había dado que no el interés del concierto, por mucho mayor que fuera Y no quiso aceptar lo que en su favor alegaban los consejeros, como decir que don Diego de Almagro había dado la palabra por necesidad, y que los navíos no valían la mitad de lo que por ellos había prometido A lo cual respondió don Francisco, q' el caballero debía antes que diese su palabra mirar como la daba porque después de haber dado la fé y hecho la promesa, estaba obligado en ley de caballería, y en rigor de soldadesca, a cumplir lo prometido como lo había hecho Atilio Régulo en su propio daño. Y que a las alegaciones hechas en su favor, podía replicar don Pedro, que se volviesen a poner las cosas en el estado en que estaban, cuando se hicieron los conciertos para q' alzase la palabra q' se le había dado Que esta era ley de la milicia, y que aún con todo eso dijo, que no satisfacían los que tal consentían, porque la fe empeñada no tenía otro rescate, sino el cumplimiento de la promesa. Y a lo del precio excesivo de los navíos respondió que si consideraran el buen socorro que les habían llevado de armas, caballos y artillería, para ganar y pacificar aquel grande y riquísimo imperio, vieran que de solo fletes merecían los cien mil ducados, cuanto más comprados. Por todo lo cual dijo que era cosa muy noble y generosa cumplir la promesa con todas las más ventajas que

pudiesen, que todas eran muy bien empleadas. Y a lo último, porque los consejeros querían replicar, les dijo: que no le diesen consejos en aumento y provecho de la hacienda, y en perjuicio y menoscabo de la honra, que no los quería admitir. Con esto despidió los lisonjeros, y convirtió el ánimo en servir y regalar al buen don Pedro de Alvarado, con toda la mayor ostentación de acatamiento, palabras y obras que pudo mostrar.

CAPITULO XVI

LA DESGRACIADA MUERTE DE DON PEDRO DE ALVARADO.

EL adelantado don Pedro de Alvarado, muy agradecido de la cortesía q· el gobernador don Francisco Pizarro le hizo, se despidió de él ofreciéndose el uno al otro, el ayuda y socorro que cada cual dellos hubiese menester en las grandes conquistas que ambos andaban engolfados, y se volvió a Huahutimallan su gobernación, donde no descansó como pudiera pues estaba rico y próspero, lleno de trofeos y hazañas, que desde muy mozo hizo por su persona. Antes parece que cuanto mayores las hacía, tanto más le crecia el ánimo para emprender otras grandísimas hasta hallar en ellas la muerte, como luego veremos. Que aunque no es de nuestra historia, será bien demos cuenta della que según fué desgraciada y no pensada, fué de mucha lástima para todos los que conocieron tan principal caballero, que tantas hazañas hizo en el descubrimiento de muchas tierras, que descubrió con el famoso Juan de Grijalva y en la conquista del imperio de México con el grande Hernando Cortés y en la de Guatimala o Huahutimallan, que ganó por sí, y en la de otras grandes provincias de la Nueva-España: sin lo que hemos dicho que hizo en favor de la conquista del Perú, q' a él se le atribuye la seguridad de aquel grande imperio. Murió como lo cuenta Francisco Lopez de Gomara, en el capítulo docientos y diez de su Historia de las Indias: que porque en aquel capítulo dice en suma muchas cosas notables, me pareció sacarlo a la letra como se sigue: Estando Pedro de Alvarado muy pacífico y muy próspero en su gobernación de Huahutimallan y de Chiapa, la cual hubo de Francisco Montejo por la de Honduras, procuró licencia de el emperador para ir a descubrir y poblar en el Quitu de el

Perú, a fama de sus riquezas donde no hubiese otros españoles. Así que armó el año de mil y quinientos y treinta y cinco, cinco naves, en las cuales, y en otras dos que tomó en Nicaragua, llevó quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto Viejo, fué al Quitu, pasó en el camino grandísimo frío, sed y hambre. Puso en cuidado, y aún en miedo a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro. Vendióles los navíos y artillería en cien mil castellanos, según muy largo se dijo en las cosas del Perú. Volvióse rico y ufano a Huahutimallan. Hizo después diez o doce navíos, una galera y otras fustas de remo con aquel dinero, para ir a la Especeria o descubrir por la Punta de Ballenas, que otros llaman California. Entraron Fray Marcos de Niza, y otros frailes franciscanos por Tierra de Culhuacan, año de treinta y ocho, y anduvieron trecientas leguas hacia poniente, mas allá de lo que ya tenían descubierto los españoles de Xalixco; y volvieron con grandes nuevas de aquellas tierras, encareciendo la riqueza y bondad de Sibola y otras ciudades. Por relación de aquellos frailes quisieron ir o enviar allá con armada de mar y tierra, don Antonio de Mendoza, visorey de la Nueva-España, y don Fernando Cortés, marqués del Valle, Capitan general de la misma Nueva España, y descubridor de la Costa del Sur, más no se concertaron; antes riñeron sobre ello, y Cortés se vino a España, y el virrey envió por Pedro de Alvarado, q' tenía los navíos arriba dichos, para concertarse con él. Fué Alvarado con su armada al puerto (creo de Navidad) y de allí a México por tierra, concertóse con el virrey para ir a Sibola sin respecto del perjuicio e ingratitud que usaba contra Cortés, a quien debía cuanto era. A la vuelta de México fuese por Xalixco para remediar y reducir algunos pueblos de aquel reino, que andaban alzados y a las puñadas con españoles. Llegó a Ezatlan do estaba Diego Lopez de Zúñiga haciendo guerra a los rebeldes: fuése con él a un peñol, donde estaban fuertes muchos indios; combatieron los nuestros el peñol y rebatiéronles aquellos indios de tal manera, que mataron treinta y les hicieron huir; y como estaban en alto y agro, cayeron muchos caballos la cuesta abajo. Pedro de Alvarado se apeó para mejor desviarse de un caballo, que venía rodando derecho al suyo, y púsose en parte que le pareció estar seguro: más como el caballo venía tumbando de muy alto, traía mucha furia y presteza. Dió un gran golpe en una peña, y resurtió a donde Pedro de Alvarado estaba y llevóle tras sí la cuesta abajo, dia de San Juan del año de cuarenta y uno; y dende a pocos días murió en Ezatlan, trescientas leguas de Quahutemallan con buen sentido y jucio de cristiano; Preguntado ¿qué le dolía?, respondió siempre, que

el alma. Era hombre suelto y alegre, &c. Hasta aquí es de Gomara. Al fin del mismo capítulo dice: no quedó hacienda ni memoria dél, sino ésta, y una hija que hubo en una india, la cual casó con don Francisco de la Cueva. Con esto se acaba aquel capítulo. Decimos, que la misma Relación pasó al Perú, con las propias circunstancias que este autor dice: solo difiere la una de la otra que la del Perú decía, que había sido una gran piedra la que le había dado, que un caballo había removido por la cuesta abajo: pudo ser que lo uno y lo otro le diese porque el caballo yendo rodando, llevaba muchas piedras atrás y adelante de sí. Sin la hija conocí un hijo suyo mestizo, que se decía don Diego de Alvarado, hijo digno de tal padre. Asemejóle en todas sus virtudes, hasta en la desgracia de morir; porque a él y a otros muchos españoles muy nobles que habían escapado de la batalla de Chelqui Inca, los mataron indios por los caminos, como lo diremos en su lugar si llegamos allá. Así acabó el buen don Pedro de Alvarado: fué del hábito de Santiago, y una de las mejores lanzas que han pasado al Nuevo Mundo. En el Cosco sintieron mucho su desgraciada muerte los que fueron con él a aquel imperio: hicieron decir muchas misas por su ánima entonces y años después: que yo soy testigo de alguna dellas que se dijeron en mi tiempo. Siempre que se ofrecía hablar de él decían aquellos caballeros grandes loores de su bondad y virtud, y muchos dellos contaban en particular las generosidades que en cada uno de ellos había hecho: que entre otras que de su agradable condición les oí en casa de mi padre, que, como se ha dicho, eran en ella sus mayores conversaciones y entretenimientos, fué que cuando fueron al Perú, pasaron por la mar grandísima necesidad de agua, tanta, que cuando llegaron a Tumpis, muchos dellos iban maltratados de calentura de pura sequía, que no pudieron saltar en tierra. Don Pedro de Alvarado habiéndose desembarcado, y habiéndole traído agua para que bebiese, no quiso gustarla aunque corría parejas con los más sedientos, sino que la envió a los navíos para los enfermos; y no bebió él hasta que supo que estaban todos proveídos. A semejanza desto era todo lo que contaban de las buenas partes deste caballero, bien en contra de la relación que tuvo Gomara, según lo que se escribe en aquel mismo capítulo de la condición de don Pedro de Alvarado. A lo cual podremos decir, que se la debió dar algún envidioso de los muchos que tuvo. El cual, no pudiendo encubrir sus hazañas, porque fueron notorias a todo el mundo, quiso deslustrarle con decir de su condición y virtud muy en contra de la que fué. De lo cual quiso el mismo autor disculparse, entendiendo que habían de ser falsas algunas de

las relaciones que le daban. Y así en el capítulo ciento y noventa y dos, hablando en el propósito de las relaciones dice: Quien bien hizo y no es loado, eche la culpa a sus compañeros &c. Dícelo porque sabía que en todos estados hay muchos compañeros envidiosos y maldicientes, indignos de la compañía de los buenos, que en lugar de decir verdad, dicen mentira. Y con esto será bien volvamos al Perú, y digamos lo que pasó después que don Pedro de Alvarado salió dél.

CAPITULO XVII

LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE LOS REYES Y LA DE TRUXILLO

LUEGO que el gobernador despachó a don Pedro de Alvarado, envió al Cosco a su compañero don Diego de Almagro con la mayor parte de los caballeros que fueron con don Pedro de Alvarado, para que se entretuviese con el príncipe Manco Inca, y con sus dos hermanos Juan Pizarro y Hernando Pizarro. Encomendóles el buen servicio del Inca, y el tratamiento de los indios, porque no se ensañasen, ni el Inca perdiese el afición que les tenía, pues se había venido a los españoles de su grado. El gobernador se quedó en el valle de Pachacamac con deseo de poblar una ciudad en la costa, por gozar del trato y comercio de la mar; para lo cual, habiendo consultado con los suyos, envió hombres esperimentados en la mar que fuesen a una mano y a otra de la costa, a descubrir algún buen puerto, que era lo más importante para su pretensión. Supo dellos que cuatro leguas de Pachacamac, al Norte, había un muy buen puerto, en derecho del valle de Rimac. Fué allá, y habiendo visto el puerto y el valle, y sus buenas partes, determinó pasar allí el pueblo que había comenzado a poblar en el valle de Saussa, treinta leguas de Rimac, la tierra adentro. Fundóse la ciudad de los Reyes, año de mil y quinientos y treinta y cuatro.

En esto de los años de aquellos tiempos, andan diversos los autores, con ser años de la edad dellos, que unos posponen los hechos y otros los anteponen; y otros, aunque ponen los números mayores de los años, como decir mil y quinientos y treinta, dejan el número menor en blanco por no engañarse. Por lo cual, dejando opiniones a parte; iremos contando los años por los hechos más notables que acaecieron. Lo cierto es, y en esto concurren todos los autores, que don Francisco Pi-

zarro y don Diego de Almagro, y el maestre-escuela Hernando de Luque, hicieron un triunvirato año de mil y quinientos y veinte y cinco. Gastaron tres años en el descubrimiento hasta llegar la primera vez al Tumpis. Gastaron otros dos años en venir a España a pedir la conquista, y en volver a Panamá con los preparamentos hechos para la jornada. Entraron en la isla Puna y en Tumpis año de mil y quinientos y treinta y uno: el mismo año por diciembre, fué la prisión de Atahuallpa, y su muerte fué por marzo del año mil y quinientos y treinta y dos. Y aquel mismo año entraron en el Cosco por octubre, donde estuvo el gobernador hasta abril del año mil y quinientos y treinta y tres, que supo la ida de don Pedro de Alvarado. Y por setiembre del mismo año salió del Cosco a pagar el concierto que se hizo con el; y entrado el año de mil y quinientos y treinta y cuatro, día de los Reyes, fué la fundación de aquella ciudad. Y por ser así, tomó por blasón y divisa las tres coronas de aquellos santos Reyes, y la estrella resplandeciente que se les apareció. Trazáronla hermosamente, con una plaza muy grande, si no es tacha que lo sea tan grande; las calles muy anchas y muy derechas, que cualquiera de las encrucijadas se ven las cuatro partes del campo. Tiene un río que pasa al Norte de la ciudad, del cual sacan muchas acequias de agua, que riegan los campos y pasan por todas las casas de la ciudad. La cual mirada de lejos es fea, porque no tiene tejados de teja; que como aquella región (ni en muchas leguas a una mano y a otra) no llueve en la costa, cubren las casas con esteras de aquella buena paja que allá hay. Echan sobre ella dos o tres dedos de barro pisado con la misma paja, que basta para sombra que les defiende del sol. Los edificios de fuera y dentro de la casa son buenos, y cada día se van ilustrando más y más. Está dos leguas pequeñas de la mar. Dícenme que lo que se va poblando de algunos años acá, es acercàndose a la mar. Su temple es caliente y húmedo, poco menos que el de Andalucía por el estio, y si no lo es tanto, es porque allá no son los días tan largos, ni las noches tan cortas como acá, por julio y agosto. Y lo que el sol allá deja de calentar, con salir más tarde y ponerse más temprano, y lo que la noche refresca, con ser más temprana e irse más tarde, es lo que tiene de menos calor que el sitio del Andalucía. Pero como aquel calor es perpétuo, y siempre de una manera, los moradores de aquella ciudad se habitúan a él, y se previenen de los remedios necesarios contra el calor, así en los aposentos frescos y vestidos, y camas de verano, como en los reparos, para que las moscas y mosquitos (que hay muchos en aquella costa) no los molesten ni de noche ni de día; que en aquella tierra en los valles muy calientes, hay mosquitos diurnos y nocturnos. Los noc-

turnos son como los de acá, zancudos y del mismo talle y color, sino que son muchos mayores. Los españoles por encarecer el mucho y muy bravo picar destos, dicen que pasarán unas botas de cordoban. Dícenlo, porque las medias de aguja, ni que sean de caricea o estameña, no defienden nada, aunque tengan otras de lienzo debajo; y son más crueles en unas regiones que en otras. Los mosquitos diurnos son pequeños, ni más ni menos que los que acá se crian en las bodegas de vino, salvo que son amarillos como una gualda, tan golosos de sangre, que me han certificado que han visto reventar a algunos chupándola, que no se contentan con hartarse. Por esperimentar esto me dejé picar de algunos hasta que reventasen; los cuales después de muy hartos, no podían levantarse, y se dejaban rodar para irse. Las picaduras destos mosquitos menores son en alguna manera ponzoñosas, y particularmente en los que son de mala carnadura, que se les hacen llaguillas aunque son de poco momento. Por el temple caliente y húmedo de aquella ciudad de los Reyes, se corrompe la carne en breve tiempo; es menester comprarla cada día para comer, bien en contra de lo que hemos dicho de las calidades del Cosco, que en todo son contrarias las de la una a las de la otra, por ser la una fría y la otra caliente. Las ciudades y los demás pueblos de españoles que hay en aquella costa del Perú, todas son de el temple de la ciudad de los Reyes. porque la región es toda una. Las ciudades que están la tierra adentro. desde Quitu hasta Chuquisaca, en espacio de setecientas leguas que hay Norte Sur de la una a la otra. son todas de muy lindo temple, que no son tan frías como el Cosco, ni tan calientes como Rimac, sino que participan de uno y otro en mucha templanza; salvo el asiento de Potocchi, donde son las minas de plata que es tierra muy fría y de aires frigidísimos. Los indios llaman Puna a aquella región que quiere decir, inhabitable por frialdad; más el amor de la plata ha llevado allí tantos españoles e indios, que es hoy uno de los mayores pueblos, y más bastecido de todos los regalos que hay en el Perú. El P. Acosta, entre otras grandezas, dice de aquel pueblo, libro cuarto, capitulo sexto, que tendrá dos leguas de contorno. Y esto baste que quede dicho en común, de todas las ciudades y pueblos que los españoles han fundado en el Perú, para que no sea menester repetirlo en cada una dellas. Y volviendo al particular de la ciudad de los Reyes, decimos, que habiéndola fundado el gobernador don Francico Pizarro, y repartido los solares y campos, y heredades e indios, entre los españoles que allí habían de poblar, bajó al valle de Chimo, ochenta leguas al Norte de los Reyes, en la misma costa, y allí fundó la ciudad que hoy llaman de Truxillo. Dióle el nombre de su patria, por-

que quedase alguna memoria dél. Dió repartimientos de indios a los primeros conquistadores, señalando por sus nombres la provincia o provincias que a cada uno se le daba, en pago de los trabajos que en ganar aquel imperio pasaron. Lo mismo hizo en la ciudad de los Reyes, con mucho aplauso, satisfacción y común regocijo de todos, porque les parecía que la tierra se iba sosegando y poblando, y que empezasen a gratificar a los primeros según los méritos de cada uno, y que así se haría con todos. En esta ocupación tan buena, como fueron todas las que este famosísimo caballero tuvo en todo el discurso de su vida, lo dejaremos por decir otras cosas, que en el mismo tiempo pasaron entre los indios.

CAPITULO XVIII

MATAN LOS SUYOS AL MAESE DE CAMPO QUISQUIS

PORQUE no quede en olvido cosa alguna de las memorables, que en aquellos tiempos pasaron en el Perú, será bien digamos el suceso del maese de campo Quisquis y del capitan Huaipallca, y de todo su tercio. Los cuales quedando victoriosos de los tres reencuentros que con don Pedro de Alvarado y con don Diego de Almagro tuvieron, estaban ensoberbecidos, y presumían echar los españoles de todo aquel imperio, particularmente el capitan Huaipallca. El cual por la ausencia del maese de campo Quisquis, en aquellos trances de batalla, fué el principal ministro de ellos, y como le hubiese sucedido bien, estaba ufano y muy presuntuoso de sí mesmo. Asi caminaron estos dos capitanes hácia Quitu, con propósito de hacer llamamiento de gente, y de juntar mucho bastimento, para la guerra que pensaban hacer a los españoles. Más a pocas jornadas que caminaron, se fueron desengañando de sus vanas presunciones, porque los curacas y los indios en común, escarmentados de la traición del maese de campo Rumiñahui, y temerosos de otra tal, antes les huían que seguían, ni obedecían en lo de los bastimentos. Porque en todo aquel ejército, no veían un caudillo Inca de la sangre real a quien obedecer, ni sabían quien había de reinar en aquel imperio de Quitu, si algún sucesor de Atahuallpa, o Manco Inca, que era legítimo y universal heredero de todo aquel imperio. Con estas dificultades y necesidades de comida, caminaba Quisquis, cuando sus corredores cayeron en manos de Sebastian de Belalcazar, porque los indios amigos le dieron aviso dellos; que como deseaban gozar de la paz que esperaban tener con los españoles, aborrecían a los que train las armas. Y como ya no había otro ejército en pie sino éste, deseaban verlo deshe-

cho, y así avisaron dél a Belalcazar. El cual desbarató con mucha facilidad los corredores de Quisquis y prendió muchos dellos. Los que escaparon le dieron la nueva de la rota de los suyos, y que los Viracochas eran muchos, porque se desengañase, de q' no iban todos los españoles con don Pedro de Alvarado y con don Diego de Almagro, como Quisquis y los suyos lo habían pensado, cuando vieron tantos juntos como iban en la jornada pasada. El maese de campo Quisquis llamó a los capitanes a consejo para determinar en aquel caso lo que conviniese. Propúsoles, que sería bien se retirasen para proveerse de bastimento, que era la mayor falta que tenían, y que luego volverían sobre los viracochas, y no pararían hasta acabarlos. Los capitanes, y Huaipallca entre ellos, a quien después de la victoria pasada reconocían superioridad, le dijeron que les parecía más acertado y mejor consejo, irse a los españoles y rendírseles, pidiéndoles paz y amistad, porque esperar sujetarlos por las armas era desatino, pues la esperiencia les decía que eran invencibles: que mirasen el mal recaudo que había para juntar bastimentos, porque los indios huían de obedecerles, que no teniendo que comer, mal podían hacer guerra y vencer a los victoriosos; que mejor era llevarlos por bien que no por mal, y fiar dellos y no resistirles, que como gente venida del cielo, les harían toda buena amistad. Y no tentasen más la fortuna de la guerra, pues veían cumplirse por hora las profecías de su Inca Huaina Capac que aquellos hombres no conocidos, habían de ser señores de su imperio. Quisquis, como hombre animoso y belicoso, no inclinado a rendirse, se enfadó de ver a sus capitanes acobardados, y les reprendió la pusilanimidad y cobardía que mostraban: y con altivez y soberbia les dijo: que él no tenía necesidad de consejo, que él sabía lo que le convenía en aquel caso y en cualquiera otro que le sucediese; que como su capitan, les mandaba que le obedeciesen, y siguiesen donde él fuese, que así convenía para alcanzar la victoria de aquella empresa. Los capitanes que dende que tuvieron los rencuentros con don Pedro de Alvarado y con don Diego de Almagro, habían ido perdiendo el respeto a Quisquis, por parecerles q' por su cobardía, y no haber querido pelear en aquellos trances con los españoles, no habían alcanzado entera victoria dellos, incitados de la discordia quisieron mostrar el poco respeto que le tenían. Y así, con mucha lbertad, le dijeron: que pues tanto aborrecia la paz y amistad de los Viracochas, y tanta gana tenía de sustentar la guerra, y tan certificadamente se prometía la victoria, que no la dilatase, sino que fuese luego a dar la batalla a los castellanos, pues los tenía cerca; y no tratase de retirarse, que era verdadera cobardía, que habiéndola hecho él,

se la imputaba a ellos; que más honra era morir peleando como buenos soldados, que no perecer de hambre, buscando mantenimientos en los desiertos como gente desdichada; y que esto decían por última resolución de aquel caso. Quisquis se alteró de ver a hablar a sus capitanes con tanta libertad, y se certificó en la sospecha q días había, traía consigo, de que en su ejército se tramaba algún motin, porq' bien había sentido como aquellos capitanes de día en día le iban menoscabando el respeto que solian tenerle, y lo pasaban en el capitan Huaipallca: quiso darles a entender que les entendía, para que dejasen cualquiera mal pensamiento que tuviesen, y se enmendasen antes que llegase el castigo, y así les reprendió de su libertad y atrevimiento y les dijo: que olía a motin mostrar tan poca obediencia a su capitan y maese de campo, que él haría la pesquisa y castigaría severamente a los amotinados y al amotinador. Huaipallca, que lo tomó por sí se indignó grandemente, y como estaba ensoberbecido de la victoria, pasada, y sentía la estima en que los demás capitanes le tenían, se atrevió a lo que ninguno dellos imaginó, que fué tirarle la insignia de capitan que en las manos tenía que era un dardo, a semejanza de las ginetas que por acá traen los capitanes Llámanles Chuquiapu, que es lanza capitana. Dióle con ella por los pechos, y lo pasó de una parte a otra. Los demás capitanes hicieron lo mismo, que cada uno le dió con la arma que tenía en las manos Así acabó Quisquis, el último y más famoso de los capitanes y ministros de Atahuallpa. Murió a manos de los suyos como todos los demás sus compañeros; porque es permisión del cielo que para tiranos nunca falten tiranos. Huaipallca y los otros capitanes despidieron los soldados, y deshicieron el ejército, y cada uno dellos, disimulado y disfrazado se fué donde imaginó que estaría más oculto y encubierto, para vivir con perpetuo miedo y sospecha de los más suyos.

CAPITULO XIX

DON DIEGO DE ALMAGRO SE HACE GOBERNADOR SIN AUTORIDAD REAL Y EL CONCIERTO QUE HIZO CON EL MARQUES.

LA discordia, habiendo hecho entre los indios, una de sus hazañas, que fué la muerte de Quisquis, se metió entre los españoles a hacer otras semejantes. si pudiera: si la paz y amistad (sus enemigas) no se la contradijeran y estorbaran. Porque es de saber que pocos meses después de lo q' se ha dicho, tuvieron nuevas en el Perú de la llegada de Hernando Pizarro a España; y del buen recebimiento que a él y al tesoro que traía se le hizo. y de lo bien que con su magestad negoció que para el gobernador su hermano alcanzó merced y título de marqués. En este paso libro tercero, capítulo quinto dice Agustín de Zárate lo que se sigue:

Entre otras cosas que el gobernador don Francisco Pizarro envió a suplicar a su magestad en remuneración de los servicios que había hecho en la conquista del Perú, fué una que le diese veinte mil indios perpetuos para él y sus descendientes en una provincia que llaman los Atabillos con sus rentas y tributos, y jurisdicción, y con título de marqués dellos. Su magestad le hizo merced de darle título de marqués de aquella provincia; y en cuanto a los indios, que se informaría de la calidad de la tierra, y del daño o perjuicio que se podía seguir de dárselos, y le haría toda la merced que buenamente hubiera lugar. Y así, desde entonces en aquella carta le intituló marqués; y mandó que se lo llamasen de hoy adelante como se lo llamó; y por este dictado le intitularemos de ahí adelante en esta historia. Hasta aquí es de Zárate. Sin esta merced alcanzó que los términos de su gobernación se prorrogasen ciertas leguas: así lo dice Zárate, sin decir cuantas. Y

para sí alcanzó Hernando Pizarro un hábito de Santiago y otras mercedes, entre las cuales le dijeron que a don Diego de Almagro le hacía merced del título de mariscal del Perú, y de una gobernación de cien leguas en el largo, Norte Sur, pasada la gobernación del marqués. Llamaron a esta segunda gobernación la Nueva Toledo, porque la primera se llamó la Nueva Castilla. Todas estas nuevas tuvo don Diego de Almagro en el Cosco, donde estaba con el príncipe Manco Inca, y con los hermanos del marqués Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro que se las escribieron de España. El cual sin aguardar la provisión de su magestad, ni otra certificación más que la primera nueva, (como el gobernar y mandar sea tan deseado de los ambiciosos) no puede conteners ea no llamarse gobernador dende luego. Y porque le parecía que el término de la gobernación del marqués era de docientas leguas de largo dende la Equinocial hácia el Sur, (como quiera que se midiese, o por la costa, o por la tierra adentro, o por el aire) no llegaba su jurisdicción al Cosco, y que aquella ciudad entraba en su gobernación (en lugar de la provisión de su magestad, como si ya la tuviera) dió indios de repartimiento. Y para dar a entender que los daba como gobernador absoluto, y no por autoridad agena, renunció el poder que de su compañero el marqués tenía, para gobernar aquella ciudad. Todo lo cual hizo aconsejado e incitado de muchos españoles, ministros de la discordia que no faltaron. Los cuales (demás de su propria ambición) le dijeron que así le convenía, y favorecieron su bando, declarándose por él. De la otra parte lo contradijeron Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y otros muchos caballeros estremeños de los que fueron con don Pedro de Alvarado. Entre los cuales fueron Gabriel de Rojas, Garcilaso de la Vega, Antonio Altamirano, Alonso de Alvarado y la mayor parte del regimiento. Y andaban los unos y los otros tan apasionados, que muchas veces vinieron a las manos, y hubo muertos y heridos de ambas partes. De todo lo cual avisado el marqués, tomó la posta solo dende Truxillo donde le halló la nueva, y corrió en hombros de indios las docientas leguas que hay hasta el Cosco. Atrevióse a fiar de los indios su persona, eir solo un viage tan largo, porque tenía en poder de sus hermanos al príncipe Manco Inca (llamámosle príncipe y no rey, porque nunca llegó a reinar) por cuyo amor los indios, por obligar al marqués, y a sus españoles que les restituyesen el imperio, procuraban estremarse en servirles y regalarles. Así llegó el marqués y con su presencia se apagaron los fuegos, que la discordia y ambición habían encendido; porque la hermandad y amistad antigua que siempre vivió entre estos dos insignes varones (quitados de en medio los malos consejeros) en cualquier enojo y pesa-

dumbre los reconciliaba con facilidad. Don Diego se halló confuso de lo que hizo, sin haber visto la provisión, aunque decía que hecha la merced por su magestad, le parecía que no eran menester papeles. El marqués le perdonó y le restituyó en su gracia, como si no hubiera pasado cosa alguna de enojo. Y de nuevo volvieron ambos a jurar en presencia del Santísimo Sacramento, de no quebrantar esta confederación, ni ser el uno contra el otro; y para mayor seguridad desta paz y concordia, acordaron de común consentimiento dellos, y de sus parciales, que don Diego fuese a ganar el reino de Chili, del cual tenía nueva por los indios del Perú que era rico de mucho oro, y que era del imperio de los Incas. Que siendo tal, pedirían a su magestad la gobernación de él para don Diego de Almagro; y que si no se contentase, partirían el Perú entre ambos. Desto quedaron todos muy contentos, aunque no faltaron maliciosos que dijeron que los Pizarros echaban del Perú a Almagro con haber sido tan buen compañero, y tanta parte para lo ganar, por gozárselo ellos asolas; y q' le cebaban con el gobierno de un reino grande y entero en lugar de cien leguas de tierra, por echarlo de entre ellos. Proveyeron así mismo q' por cuanto a la fama de la riqueza de aquel imperio, habían acudido muchos españoles de todaspartes, y que en lo ganado aún, no había para los primeros conquistadores, según lo que cada uno con mucha razón, presumía por sus méritos se hiciesen nuevas conquistas a semejanza de la de don Diego de Almagro, para que hubiese tierras e indios que repartir y dar a todos, y para que los españoles se ocupasen en ganarlas, y no estuviesen ociosos y maquinasen algún motín, incitados de la envidia de ver tan grandes repartimientos, como los que se daban a los primeros conquistadores. Con este acuerdo proveyeron que el capitan Alonso de Alvarado fuese a la provincia de los Chachapuyas, los cuales, aunque eran del imperio de los Incas, no habían querido dar la obediencia a los castellanos, confiados en las asperezas de sus tierras, donde los caballos eran poca parte contra ellos, y atrevidos de sus fuerzas y ánimo belicoso. Al capitan Garcilaso de la Vega proveyeron para la conquista de la provincia que los españoles por ironía, llaman la Buenaventura. Al capitan Juan Porcel enviaron a la provincia que los castellanos llaman Bracamoros, y los indios Pacamuru. También ordenaron que llevasen socorro al capitan Sebastian de Belalcazar que andaba en la conquista del reino de Quitu

Hecho el concierto entre don Diego de Almagro y el marqués don Francisco Pizarro, y publicadas las demás conquistas, cada cual de los capitanes se apercibió y hizo gente para la suya. Alonso de Alvarado hizo trecientos hombres para su

conquista, y Garcilaso de la Vega docientos y cincuenta para la suya; y el de los Pacamurus hizo otros tantos, y todos tres entraron en sus distritos, donde cada uno de por sí pasó grandes trabajos por las bravas montañas y grandes ríos que aquellas provincias tienen, de que adelante haremos mención. A Sebastián de Belalcazar enviaron ciento y cincuenta hombres de socorro. Don Diego de Almagro hizo más de quinientos y cincuenta hombres: entre ellos fueron muchos de los que ya tenían repartimientos de indios, que holgaron de dejarlos, pensando mejorarlos en Chili, según la fama que de sus riquezas tenían. Que en aquellos principios a cualquiera español, por pobre soldado que fuera, le parecía poco para él solo todo el Perú. Almagro prestó más de treinta mil pesos de oro y plata entre los suyos, para que comprasen caballos y armas, y fuesen bien apercibidos, y así llevó muy lucida gente. Envió a Juan de Saavedra, natural de Sevilla, que yo conocí, con ciento y cincuenta hombres, para que fuesen adelante como descubridores de la tierra, aunque toda ella estaba en paz y muy segura de andar; porque el príncipe Manco Inca estaba con los españoles, y todos los indios esperaban la restitución de su imperio. Dejó Almagro en el Cosco al capitan Ruiz Díaz y a su íntimo amigo Juan de Herrada, para que hiciesen más gente y se la llevasen en socorro: que le pareció sería toda menester, según la gran fama del reino de Chili, de áspera y belicosa.

CAPITULO XX

DON DIEGO DE ALMAGRO ENTRA EN CHILI CON MUCHO DAÑO DE SU EJERCITO, Y EL BUEN RECIBIMIENTO QUE LOS INCAS LE HICIERON.

DEJANDO proveído lo que atrás se ha dicho, salió don Diego de Almagro del Cosco al principio del año de mil y quinientos y treinta y cinco: llevó consigo a un hermano de Manco Inca, llamado Paullu, de quien atrás hemos hecho mención, y al Sumo sacerdote que entonces tenían los indios, que se llamaba Villac-Umu, que los españoles llaman Villa Oma. Llevó asímismo muchos indios nobles que le acompañaron, y otros muchos de servicio que llevaron las armas y los bastimentos que entre los unos y los otros pasaron de quince mil indios; porque el príncipe Manco Inca con las esperanzas de la restitución de su imperio, pensando obligar a los españoles a que se lo diesen, hacía estremos en servicio dellos. Y así mandó al hermano y al sumo sacerdote, que fuesen con los Viracochas, para que los indios los repetasen y sirviesen mejor. Aunque los historiadores en este paso, anteponiendo los sucesos, dicen que consertó con ellos que matasen a don Diego y a todos los suyos en los Charcas, o donde más aparejo hallasen. Lo cual les envió a decir después, por mensageros, cuando se certificó que no querían restituirle su imperio, como adelante diremos. Juan de Saavedra, q' iba delante llegó a las Charcas, que estàn docientas leguas del Cosco, sin que por el camino le acaeciese cosa que sea de contar, sino toda paz y regalo que los indios le hacían a él y a los suyos. En los Charcas halló a Gabriel de Rojas, que días antes había enviado el marqués con sesenta soldados, para que como capitan asistiese por él en aquella provincia. Quiso Saavedra prenderle sin que hubiese causa. Porque la discordia, no pudiendo con

los indios hacer lo que ella quisiera, por la blanda y pacífica natural condición que ellos tienen, se metía entre los españoles a encender los fuegos que pretendía. Gabriel de Rojas, siendo avisado se ausentó disimuladamente, y se fué a los Reyes por diferente camino del que don Diego de Almagro llevaba por no encontrarle; los más de sus sesenta compañeros, se fueron a Chili Don Diego llegó a las Charcas sin haberle sucedido cosa notable por el camino. Mandó apercebir lo necesario para el viage: quiso ir por la sierra, y no por la costa, porque supo que era más breve camino; y aunque Paullu y Villac Umu le dijeron, que aquel camino no se caminaba sino a ciertos tiempos del año, cuando había menos nieve en las abras y puertos de aquella brava cordillera de Sierra Nevada, no quiso creerles, diciendo, que a los descubridores y ganadores del Perú habían de obedecer la tierra y los demás elementos; y los cielos les habían de favorecer como lo habían hecho hasta allí. Por tanto no había que temer las inclemencias del aire. Con esto siguió el camino de la Sierra que los Incas (después que ganaron el reino de Chili) descubrieron: porque el camino de la costa por donde entraron a ganarlo, se les hacía largo de andar; mas tampoco se andaba este camino de la Sierra sino de verano, por Navidad (cuando acá es invierno) y con mucho recato por la nieve, porque todo el año se hace temer.

Don Diego de Almagro salió de los Charcas, siguió el camino de la Sierra, huyendo del consejo de Paullu, teniéndolo más por sospechoso q' por fiel. Mas a pocas jornadas que hubieron caminado por la Sierra, se arrepintieron de no haberlo tomado, porque hallaron grandes dificultades en el camino. Lo primero, que no podían caminar por la mucha nieve, que muchas veces la apartaban a fuerza de brazos para pasar adelante, de cuya causa eran las jornadas muy cortas. Empezaron a faltar los bastimentos, porque los llevaban tan tasados para tantos días, y fueron tres tantos más. Sintieron grandísimo frío, porque según los cosmógrafos y astrólogos, aquella gran cordillera de Sierra Nevada llega con su altura a la media región del aire, y como allí sea el aire frigidísimo, y el suelo cubierto de nieve y los días de los mas cortos y fríos del año, que era cerca de San Juan, se helaron muchos españoles y negros e indios, y muchos caballos. Los indios llevaron la peor parte por la poca ropa que visten. Heláronse de quince mil que iban más de diez mil, y aún de los españoles, con prevenirse de ropa para defenderse del frío, murieron más de ciento y cincuenta, y hubo muchos, sin los que murieron, que sin sentirlo se les helaban los dedos de los piés, y no los sentían hasta que ellos se les caían. Yo conocí uno dellos, que se decía Gerónimo Costilla, natural de Zamora, de la muy noble

sangre q' hay en aquella ciudad. Perdieron el fardage, no por que se lo quitasen los enemigos, que no los hubo en aquel paso, sino por que se murieron los indios que lo llevaban. Llegaron los españoles de la otra parte de la Sierra bien destrozados y fatigados de los trabajos pasados; donde en lugar de enemigos hallaron indios amigos, que los recibieron, sirviendo y regalando con mucho amor, como propios hijos, porque estos eran del imperio de los Incas y del pueblo Copayapu. (58) Loscuales sabiendo que Paullu, hermano de su Inca, y el Sumo sacerdote dellos iban con los españoles, salieron a recibirlo, y los festejaron en todo en estremo que pudieron; que si como halla ron amigos que los hospedaron. hallaran enemigos que les hicieran guerra, perecieran del todo segun iban mal parados.

Entre tanto que los Viracochas se reformaban de los trabajos pasados, que fueron mayores que ningún encarecimiento puede decir. Paullu Inca y su pariente el Villac Umu, hicieron un parlamento a los capitanes y curacas del imperio de los Incas, en que les dieron cuenta de lo sucedido en el Perú por Huascar Inca y Atahuallpa; y como los españoles lo mataron en vengaza de la muerte de su rey, y de toda su real sangre, y que al presente tenían en su poder al príncipe Manco Inca, legítimo heredero de aquel imperio, y que le trataban con mucho respeto y honra, y con grandes promesas de restituirle en su alteza y magestad. Por tanto, estaban todos los indios obligados a servir y a regalar a los Viracochas, de manera que con los servicios les obligasen a cumplir la promesa de la restitución del imperio, la cual esperaba su príncipe Manco Inca con gran confianza, porque aquellos hombres eran hijos y descendientes del sol, padre de los Incas; y que así les llamaban Incas, y los reconocían por parientes y en particular les habían dado el nombre de su dios Viracocha; y que el general que allí iba, era compañero y hermano del q' quedaba en el Cosco; que los servicios que a cualquiera dellos les hiciesen iban a cuenta de ambos, y que el mayor regalo que les podían hacer, era darles mucho oro y plata, y piedras preciosas, porque eran muy amigos destas cosas; y ya que en aquella tierra no había sino oro. juntasen todo lo q' pudiesen para hacerles un gran presente, que su príncipe Manco Inca se daría por muy servido dello. Los indios de Copayapu se holgaron mucho con la esperanza de la restitución del imperio; y aquel mismo día juntaron más de doscientos mil ducados en tejos de oro. que estaban represados de los presentes que solían hacer a sus Incas; porque es así que luego que en Chili se supo la guerra de los dos hermanos, Huascar y Atahuallpa, los capitanes Incas, que sustentaban y gobernaban

(58) Copiapó, léase; [illegible]

aquel reino, cesaron de los servicios y presentes que hacían a su Inca, y estuvieron a la mira a ver cuál de los dos quedaba por señor.

No fueron a socorrer su rey por no desamparar a Chili, y por la mucha distancia del camino; y lo principal, porque no tuvieron orden de su Inca. Paullu llevó el oro a don Diego de Almagro, y se lo presentó en nombre de su hermano Manco Inca y de todo el reino de Chili. Almagro y los suyos holgaron mucho de ver que en solo un pueblo, y en tan breve tiempo, diesen los indios tanto oro, que era señal de la mucha riqueza de aquella tierra. Dijo a Paullu que se lo agradecía, y que en las ocasiones presentes y por venir lo satisfaría con muchas ventajas. Paullu viendo las buenas promesas de don Diego, procuró de regalarle más y más, con semejantes dádivas, y así envió a los demás pueblos y valles a pedir le trujesen el oro que para presentar a su Inca tuviesen recogido, porque era menester para presentarlo a los Viracochas, que eran hermanos del Inca. Con este mandato, trujeron los indios en pocos días, más deotros trecientos mil ducados de oro, y se los dieron a don Diego de Almagro; el cual vista la riqueza de la tierra que le había cabido en suerte (teniéndola ya por suya) hizo una gran magnificencia en albricias de su buena dicha, para ganar honra y fama que era amigo della; y para obligar a los suyos a que le fuesen buenos compañeros, sacó en presencia dellos las obligaciones y conocimientos que tenía, de los dineros q' para esta jornada (y antes della) les había prestado q' pasaban de cien mil ducados, y una a una las rompió todas, diciendo a sus dueños que les hacía gracia de aquella cantidad, y que le pesaba de que no fuese mucho mayor; y a los demás dió socorros y ayuda de costa, con que todos quedaron muy contentos. Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y cuarenta y dos, habiendo contado este hecho dice: fué liberalidad de príncipe más que de soldado, pero cuando murió no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero, &c. (59)

(59) Concordante con Agustin de Zárate. *Historia del Perú*,

CAPITULO XXI

NUEVAS PRETENSIONES PROHIBEN LA CONQUISTA DE CHILI. ALMAGRO TRATA DE VOLVERSE AL PERU, Y POR QUE

HABIENDO descansado Almagro y su gente, y reformado los caballos de los trabajos pasados, trató de conquistar los demás valles y provincias de aquel reino de Chili, que no estaban sujetas al imperio del Inca, porque las q' lo estaban, viendo que Paullu, hermano de su rey, iba con él, todas le habían dado la obediencia. Dió cuenta de su intención a Paullu, pidiéndole su favor y ayuda para aquella conquista. El Inca Paullu viendo q' era en beneficio de el imperio de su hermano, sacó la gente que pudo de los presidios y guarniciones que en aquel reino había. Mandó recoger mucho bastimento, lo cual proveído, fué con don Diego a la conquista de las provincias Purumauca, Antalli, Pincu, Cauqui, y otras comarcanas, hasta la provincia Araucu. Tuvo grandes recuentros con los naturales dellas, que se mostraron valientes y diestros en las armas que usan, particularmente en los arcos y flechas, con los cuales hicieron bravos tiros de mucha admiración, que por volvernos a nuestro Perú, no lo contamos en singular, ni las batallas que tuvieron, más de que fueron muy reñidas. Empero por mucho que resistían los contrarios, iban ganando los españoles felicísimamente con la buena ayuda y servicio q' Paullu y sus indios les hacían; de manera que todos esperaban, que en menos de dos años ganaran aquel reino. Esta prosperidad y buena andanza atajó la discordia, que siempre anduvo buscando ocasiones y encendiendo fuego entre estos dos famosísimos hermanos, y no paró hasta que los consumió ambos, como adelante veremos.

Andando Almagro en sus victorias, aunque las alcanzaba a mucha costa de sangre española e india, al cabo de cinco me

ses y más que había entrado en Chili, fueron allá el capitan Ruiz Díaz y Juan de Herrada, con cien españoles, que como atrás se dijo, quedaron en el Cosco haciendo gente para llevarla en socorro de don Diego de Almagro. Fueron por el propio camino, y aunque hallaron los puertos con menos nieve, porque era ya por noviembre, y allá es verano, murieron muchísimos indios y algunos españoles, del mucho frío q' pasaron; y los que dél escaparon hubieran de perecer de hambre porque la pasaron grandísima. Socorriéronse con la carne de los caballos q' hallaron muertos, de los que se helaron cuando pasó don Diego de Almagro. Estaban tan frescos con haber pasado cinco meses, que parecían muertos de aquel día.

Habiendo padecido estos trabajos, y más los que no se cuentan, llegaron ante su capitan general; fueron recebidos con mucho regocijo y alegría, y mucha más, cuando supieron que Juan de Herrada llevaba la provisión de su magestad, de la gobernación de cien leguas de tierra, pasada la jurisdicción del marqués. Esta provisión llevó Hernando Pizarro cuando volvió de España al Perú, y de la ciudad de los Reyes se la envió por la posta a Juan de Herrada, porque supo que estaba de partida para Chili. En este paso, capítulo ciento y treinta y cinco, dice Gomara, sacado a la letra, lo que se sigue: estando Almagro guerreando a Chili, llegó Juan de Herrada con las provisiones de su gobernación, que había traído Hernando Pizarro; con los cuales (aunque le costaron la vida) se holgó más, que con cuanto oro ni plata había ganado; cá era codicioso de honra. Entró en consejo con sus capitanes, sobre lo que hacer debía, y resumiose, con parecer de los más, de volverse al Cosco a tomar en él (pues en su jurisdicción cabía) la posesión de su gobernación. Bien hubo muchos que le dijeron y rogaron poblase allí, o en los Charcas, tierra riquísima, antes de ir. Y enviase a saber entretanto la voluntad de Francisco Pizarro y del Cabildo del Cosco, porque no era justo descompadrar primero. Quien más atizó la vuelta fueron Gomez de Alvarado. Diego de Alvarado y Rodrigo Orgoños, su amigo y privado: Almagro en fin, determinó volver al Cosco a gobernar por fuerza, si de grado los Pizarros no quisiesen. Hasta aquí es de Gomara. La pasión que Almagro, y sus capitanes tenían por volver al Perú no era por gozar de las cien leguas de jurisdicción que su gobernación tenía, que muchas más hallaron ganadas en Chili, cuyos naturales los recibieron como hemos visto, y muchas más leguas que iban ganando; y las unas y las otras de tierra de mucho oro, según que al principio hallaron las muestras. Pero nada les agradaba como no poseyesen aquella imperial ciudad del Cosco, la cual fué la manzana de la discordia, que el demonio echó entre estos gobernadores,

por cuyos amores tuviesen guerras civiles, con que se estorbase la predicación del santo Evangelio, y muriesen muchos fieles e innumerables infieles, sin el Sacramento del bautismo; porque el enemigo del género humano y sus ministros estorbaban la administración dél y de los demás Sacramentos, que son remedios de nuestras ánimas. Con esta afición o pasión que Almagro y los suyos tenían a la imperial ciudad del Cosco, se resolvieron a dejar a Chili y volverse al Perú, no por el camino que a la ida llevaron, porque los escarmentó malamente para que no volviesen por él, sino por otro dificultoso, porque el pasado los hubiera de ahogar con nieves y aguas, y el venidero con falta dellas y sobra de arena, como luego veremos; y porque los historiadores Zárate y Gomara en esta jornada que Almagro hizo a Chili andan muy confusos, porque dicen que Almagro volvió por el mismo camino que fué y que hizo odres para llevar agua, porq' según dicen, pasaron mucha necesidad de agua. Y donde hay nieve no hay falta de agua; de donde se vé claro que el que les dió la relación dijo en confuso, juntando en uno las cosas que sucedieron a la ida y a la vuelta de este viaje, haciendo el camino uno solo siendo dos; y tan diferentes como se verán. Y el oro que Paullu y los de Chili presentaron a don Diego de Almagro, dicen aquellos autores que Juan de Saavedra lo quitó en los Charcas a los indios que lo llevaban para presentarlo a su rey; habiéndose cerrado aquel camino, luego que se levantaron las guerras entre los dos hermanos Huascar y Atahuallpa. Por todo lo cual aquel conquistador antiguo, de quien hemos hecho mención en otra parte, que marginó la historia de Gomara, viendo en este paso la confusa relación que al autor hicieron; como enojado della, dice sobre el capítulo ciento y treinta y cinco, lo que se sigue:

En todo lo que el autor escribió del Cusco y de Chili hay mucho que quitar y que añadir, porque según lo que aquí dice, parece que lo escribió por relación de algunos que ignoraban el hecho tanto como él, porque así lo muestra en este paso. La verdad del hecho es, que Almagro no volvió de Chile por el camino que fué a la ida; porque fueron por la sierra con mucho trabajo de frío y hambre. Y al pasar de los puertos para entrar en Copayapu, que es el primer valle de Chile, por aquel camino, cayó tanta nieve, y hizo tan grandes fríos, que se heló mucha gente, indios y españoles, y caballos, y muchos escaparon con los dedos de los piés caídos, helados de frío, así de negros como de indios y españoles. Dende a cinco meses llegaron al mismo paso Ruy Díaz y Juan de Herrada con la gente que quedaron haciendo en el Perú, por orden de Almagro. Pasaron mucho frío, hambre y trabajo. Aquel paso, por mucha priesa que se dén, se tarda en pasarlo cuatro y cinco

días; donde se hallaron muy faltos de comida, a causa de haberla alzado los indios. Hallaron los puertos con menos nieve, pasáronlos con mejor tiempo, aunque el frío los maltrató mucho, de manera que murieron algunos. Remediaron su hambre, que fué muy grande, con los caballos que hallaron helados y tan frescos, como lo dice la historia.

Almagro, como está dicho, no volvió por el camino de la Sierra, que llevó, sino por el que ahora se anda que es por la costa de la mar, que por otro nombre se llama los Llanos. Hay un despoblado desde Atacama, que es el postrer pueblo del Perú hasta Copayapu, que es el primero de Chile, de ochenta leguas, donde hay por el camino algunos manaderos de agua, que no corre. De cuya causa y por el poco uso que hay de sacalla, siempre huele mal; y estos son a trechos, a seis, siete leguas, y a más y a menos. Y por la poca agua que tenían, que no había recaudo de agua para todo el ejército, mandó Almagro que comenzasen a pasar el despoblado los de a caballo, en cuadrillas de cinco en cinco y de seis en seis. Y como los delanteros iban limpiando los pozos, acudía más agua; de manera que pudieron ir creciendo el número de los caballos, y el de los infantes, hasta que pasó todo el ejército. Embarcóse Almagro pasando el despoblado en un navío, que llevó Noguerol de Ulloa, capitan suyo. Este era hijo del alcaide de Simancas, que el obispo de Zamora mató. Gerónimo de Alderete, que muchos años después fué gobernador de Chile, estando en Copayapu, viendo los puertos con poca nieve, quiso ir, y otros muchos con él, a ver si había alguna señal o rastro de aquella mortandad tan memoranda, que sucedió cuando los pasó Almagro. Hallaron un negro arrimado a las peñas, en pié sin haberse caido, y un caballo, también en pie, como si fuera de palo, y las riendas en las manos del negro ya podridas; y esto fué cinco o seis años después que fué Valdivia por gobernador, a quien sucedió Alderete. Hasta aquí es del conquistador antiguo, que marginó la historia de Gomara. Lo dicho se declara más, en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXII

ALMAGRO DESAMPARA A CHILI, Y SE VUELVE AL COSCO. EL PRINCIPE MANCO INCA PIDE SEGUNDA VEZ LA RESTITUCION DE SU IMPERIO; Y LO QUE SE LE RESPONDE. LA IDA DE HERNANDO PIZARRO AL PERU, Y LA PRISION DEL MISMO INCA.

DON Diego de Almagro habiendo determinado volverse al Perú para destruición de todos ellos, viendo la fidelidad y el amor q' Paullu Inca le tenia, le dió cuenta de su intención, y le pidió su parecer, q'le dijese por donde volvería: que temió caer en otro peligro como el pasado, que por despreciar y no admitir el aviso de este Inca, se vió en el de manera que pereciera con todo su ejército, si la misericordia de Dios no los librara, como los libró de otros muchos peligros que hemos visto, y muchos más que veremos, que los guardaba, porque habían de ser predicadores de su Evangelio y fe católica, y la habían de enseñar a aquellos gentiles. El Inca Paullu habiendo consultado con sus indios los caminos, dió cuenta a don Diego de Almagro del camino que había por la costa; y dijo, que después de las guerras que sus hermanos los Incas Huascar y Atahuallpa tuvieron, se había cerrado, y que los pozos o fuentes que por él había, de donde bebían los caminantes, por no haberse usado en tanto tiempo, estaban ciegos con el arena que el viento les echaba encima, y no tenían agua, sino muy poca, y esa hedionda, que no se podía beber. Empero que él enviaría indios delante, que lo fuesen limpiando y sacando el agua sucia; y que con el aviso que éstos le enviasen de las cantidades de agua que los manantiales tenían, así enviaria su ejército en cuadrillas, aumentando el número de la gente conforme a la cantidad del agua; porque aquellas fuentes cuanto más las usaban, tanta más agua da-

ban de sí y que la gente podía ir dividida, porque no había enemigos por el camino. Y porque las fuentes, algunas dellas estaban lejos unas de otras, a seis y a siete leguas, se harían odres en q' llevasen agua de unas fuentes a otras, porque la gente no padeciese trabajo con la sequía, mientras llegaban a ellas; y que esta orden era de los Incas, sus padres y abuelos. A don Diego de Almagro y a sus capitanes, pareció muy acertado lo que Paullu Inca les dijo; y fiándose dél, le dijeron que lo ordenase como viese q era menester para la salud de todos ellos, conforme al consejo y prudencia de los Incas sus pasados, pues era uno dellos. El Inca Paullu muy ufano de q'el gobernador y sus españoles fiasen dél la salud y vida de todos ellos, envió a toda diligencia, indios que fuesen limpiando las fuentes: mandóles que avisasen de lo que fuesen haciendo. Dió orden que desollasen las ovejas, que le pareció serían menester para las odres y que sacasen los pellejos enterizos. Mandó que se juntase el bastimento necesario para las ochenta leguas de despoblado. Entre tanto que estas cosas se proveían, enviaron aviso los indios, que fueron a limpiar las fuentes, de lo que iban haciendo, y que podían los españoles empezar a caminar.

A don Diego de Almagro le pareció no hacer tan absoluta confianza de los indios, en negocio de tanta importancia, como la salud de todo su ejército, sino que fuesen algunos españoles que le certificasen de lo que los indios le decían, de el camino y de las fuentes. Para lo cual envió cuatro de a caballo, que por escrito y no de palabra, le avisasen de lo que hallasen a cada jornada del camino y de sus partes. Con el aviso destos españoles fueron saliendo otros, y otros en mayor número, hasta que no quedó ninguno en Chili. Así caminaron, hasta que llegaron a Tacama, donde supo Almagro, que cerca de allí estaba Noguerol de Ulloa. El cual había ido en un navío por orden del marqués don Francisco Pizarro, a descubrir los puertos que en aquella costa hubiese; y que llegase hasta Chili, y supiese como le iba a don Diego de Almagro y volviese con la Relación q' haber pudiese, de las buenas partes de aquel reino para enviar socorros a don Diego si lo hubiese menester. Almagro escribió a Noguerol de Ulloa que se viesen, para informarse de lo que en su ausencia había pasado en el Perú. Con la respuesta de Noguerol se vieron los dos y hablaron largo; y por tener más lugar de hablar de los sucesos de ambos reinos, sin que su ejército perdiese de caminar, y por regalar a Noguerol de Ulloa, q' era mucho su amigo, le dijo q' quería entrar en su navío, y ser su soldado y marinero, por tres o cuatro días, mientras su gente caminaba por tierra tres o cuatro jornadas, que en breve los alcanzaría por mucho que se alejasen. Con este común regocijo caminaron por mar y por tierra; y pasada

la navegación que fué corta, Almagro volvió a los suyos, donde le dejaremos hasta su tiempo, por dar cuenta del general levantamiento de los indios, que sucedió mientras don Diego anduvo en Chili. Para lo cual es de saber que luego que Almagro salió del Cosco para Chili, y los demás capitanes para sus conquistas, como atrás queda dicho, el príncipe Manco Inca, viendo al gobernador sosegado después de la partida de don Diego de Almagro, le propuso segunda vez el cumplimiento de las capitulaciones, que entre indios y españoles se habían hecho, diciendo que su señoría había prometido ponerlas en ejecución con la restitución de su imperio que le pedía, y encargaba las cumpliese, para q' los naturales viviesen en quietud, y supiesen como habían de acudir a servir a los españoles. El gobernador y sus hermanos se hallaron confusos, de no tener ni hallar razones competentes para entretener la demanda y esperanzas del Inca; pero como pudieron y supieron, le dijeron por no desconfiarle que ellos tenían cuidado de las capitulaciones, porque eran en favor y beneficio de todos, así de indios como de españoles: más que las alteraciones pasadas y ocasiones presentes, no habían dado ni daban lugar al cumplimiento dellas; y que la principal causa era, que por horas esperaban la respuesta del emperador, su señor, a quien habían dado larga cuenta de las capitulaciones y de la restitución de su imperio; y que entendían la traería Hernando Pizarro, su hermano y que sería muy a gusto de su alteza· porque no se podía esperar menos de un tan gran príncipe, tan justo y tan religioso, sino que ratificaría las capitulaciones. Que esperasen la llegada de Hernando Pizarro, que él les quitaría de todo aquellos cuidados, con el mandato del emperador. Con estas esperanzas vanas entretuvieron al Inca algunos días. Entretanto llegó la nueva de como Hernando Pizarro había desembarcado en Tumpis. El marqués, viendo la buena ocasión que se le ofrecía para salir del Cosco, que lo deseaba, así para huir de la demanda del Inca, como por volver a la nueva población de la ciudad de los Reyes, que por haberla fundado él deseaba verla perficionada, habló al Inca, y le dijo que para cumplir con más brevedad lo q' la magestad del emperador mandase, en lo que su alteza pedía, era necesario ir a recebir a su hermano Hernando Pizarro, que le suplicaba le diese licencia para aquella jornada, que vuelto della, que sería muy breve, se daria el asiento que a todos convenía; y que en el entretanto, para más quietud de su alteza y más regalo y seguridad de los españoles, tuviese por bien de recogerse a su real fortaleza, y estarse en ella hasta que él volviese, que sus hermanos y los demás compañeros le servirían como tenían obligación. Pidió esto el marqués al Inca, porque a él, y a sus hermanos y

a todos los suyos les pareció convenirles, porque sentían en Manco Inca un ánimo bravo y altivo, y que lo sabía templar y disimular, como hasta allí lo había hecho. Temían no hiciese alguna novedad viendo que le dilataban la restitución de su imperio y el cumplimiento de las capitulaciones: quisieron tenerle puesto en cobro para asegurarse dél. El Inca aunque vió que no eran buenos pronósticos aquellos para su demanda y restitución de su reino, disimulando con su discreción lo que sentía, por no alterar al marqués, a que le hiciese mayores agravios, consintió en lo que le pedía o mandaba; y así con muy buen semblante se fué a la fortaleza, y subió aquella larga cuesta a pie, que no quiso ir en andas, por mostrar mayor llaneza. Luego que le vieron dentro, le echaron prisiones, como también lo dice Gomara, capítulo ciento y treinta y cuatro, por estas palabras:

Mango, hijo de Huaina Capac, a quien Francisco Pizarro dió la borla en Vilcas, (60) se mostró bullicioso y hombre de valor, por lo cual fué metido en la fortaleza del Cosco en prisiones de hierro. Hasta aquí es de Gomara. Los indios sintieron grandemente la prisión de su Inca, y que las esperanzas y promesas que les habían dado, se les trocasen en contra: hicieron grandes llantos y lamentaciones. El príncipe Manco Inca les consoló, diciendo, que en todo quería él obedecer a los españoles con buen ánimo, y que ellos debían hacer lo mismo, pues su Inca Huaina Capac lo había mandado dejado así en su testamento, y que no se fatigasen hasta ver la última resolución de aquellos sucesos, que él esperaba, que su prisión era para usar de mayor liberalidad con él, porque el soltarle y restituirle su imperio, se haría todo junto, para que por todo el mundo sonase más la magnificencia de los Viracochas, que fiasen dellos, pues era gente venida del cielo. El marqués se despidió del Inca, cuya persona y guarda encomendó a sus hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y se fué a la ciudad de los Reyes, donde recibió con gran fiesta y regocijo a su hermano Hernando Pizarro, y las nuevas mercedes que su magestad les hizo, que las cuenta Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y treinta y tres, por estas palabras.

Poco después que Almagro se partió para Chili, llegó Fernando Pizarro a Lima, ciudad de los Reyes: llevó a Francisco Pizarro título de marqués de los Atabillos, y a don Diego

(60) Según Pedro Sancho; que es el mejor informado al respecto, por haber sido testigo ocular, Manco recibió la borla imperial en la ciudad del Cuzco: «al dia siguiente que el Gobernador entró (en la gran ciudad del Cuzco) hizo señor al hijo de Guinacapac, por ser joven prudente y vivo, el principal de cuantos habia alli en aquel tiempo y a quien venia de derecho aquella señoría, &ª. Ob. cit. Col. cit. párrafo XI, p. 170,

de Almagro la gobernación del nuevo reino de Toledo, cien leguas de tierra contadas de la raya de la Nueva Castilla, jurisdicción y distrito de Pizarro, hácia el Sur y Levante. Pidió servicio a los conquistadores para el emperador, que decía pertenecerle como a rey todo el rescate de Atabaliba, que también era rey. Ellos respondieron que ya le habían dado su quinto, que le venía de derecho, y aína hubiera motín, porque los motejaban de villanos en España y corte, y no merecedores de tanta parte y riquezas. Y no digo entonces, pero antes y después lo acostumbran decir acá los que no van a Indias. Hombres que por ventura merecen menos lo que tienen, y que no se habían de escuchar. Francisco Pizarro los aplacó diciendo que merecían aquello por su esfuerzo y virtud, y tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al rey D. Pelayo, y a los otros reyes, a ganar a España de los moros. Dijo a su hermano, que buscase otra manera para cumplir lo que había prometido; pues ninguno quería dar nada, ni él les tomaría lo que les dió. Fernando Pizarro entonces tomaba un tanto por ciento de lo que hundían; por lo cual incurría en gran odio de todos, más él no alzó la mano de aquello, antes se fué al Cusco a otro tanto, y trabajó de ganar la voluntad a Mango Inga, para sacarle alguna gran cantidad de oro para el emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronación, del Turco, en Viena y en Tunez. Hasta aquí es de Gomara con que acaba aquel capítulo. Nosotros decimos que el marqués envió a su hermano al Cosco con bastante poder y comisión, para que en su nombre gobernase aquella ciudad, y mirase por el Inca, que él pretendía quedarse en los Reyes para la poblar y engrandecer.

CAPITULO XXIII

LAS PREVENCIONES DEL PRINCIPE MANCO INCA PARA RESTITUIRSE EN SU IMPERIO

EL príncipe Manco Inca, que quedaba preso en la fortaleza (aquella que con tanta grandeza y magestad edificaron sus pasados para trofeo de sus trofeos, que no imaginaron que había de ser cárcel de sus descendientes) procuró con discreción y buena maña aligerar sus prisiones, con acariciar, regalar a los españoles, no solamente a los superiores, más también a los inferiores, con muchas dádivas y presentes, así de frutas, aves y carnes, y otros regalos para comer, como de oro y plata, esmeraldas y turquesas q' les dió. Y el tratar con ellos era con tanta afabilidad y hermandad, y tan sin muestra de pesadumbre de la prisión, que los aseguró a todos de manera que le quitaron las prisiones, y le dejaron andar libremente por la fortaleza. En este medio supo el Inca que Hernando Pizarro iba al Cosco, a ser superior en aquella ciudad. Entonces procuró con mayores diligencias, que le diesen libertad para bajar a la ciudad a una de sus casas, y vivir en ella. Alcanzólo con facilidad, porque estaba tan bien quisto con los españoles, que le concedían cuanto les pedía. El Inca procuró con tanta instancia salir de la fortaleza, porque Hernando Pizarro no le hallase aprisionado, y sospechase mal dél y se recatase, y no le diese crédito, ni fiase de él en lo que le pidiese o le prometiese; y así le sucedió bien, como lo dicen Gomara y Zárate, casi por unas mismas palabras. Las de Zárate, libro tercero, capítulo tres, son las que se siguen. Pues llegado Hernando Pizarro al Cosco, tomó gran amistad con el Inga, y le trataba muy bien, aunque siempre le hacía guardar. Creyóse que esta amistad era a fin de pedirle algún oro para su magestad o para sí mismo, y dende a dos meses que llegó

al Cusco, el Inca le pidió licencia para ir a la tierra de Incaya, a celebrar cierta fiesta, prometiéndole traer de allá una estatua de oro macizo, que era al natural, de su padre Huainacava. Y ido allá, dió conclusión en el camino que concertado tenía, desde que don Diego partió para Chili, &c. Hasta aquí es de Agustín de Zárate. El Inca pidió licencia para ir a Y-ucay, que como atrás se ha dicho, era el jardin de aquellos reyes: y una legua el rio abajo estaba el entierro dellos, llamado Tampu, donde enterraban los intestinos que les sacaban para embalsamar los cuerpos; y era verisimil que allí estuviese la estatua de oro como retrato de su padre. Viéndose allá el Inca en achaques de la fiesta que se había de celebrar, hizo llamamiento de algunos capitanes viejos, que de su padre habían quedado, y de algunos señores principales; a los cuales propuso la rebeldía y pertinacia que los españoles tenían en no querer cumplir las capitulaciones, que su hermano Titu Atauchi había hecho con ellos, y la prisión en que al mismo Inca habían puesto con prisiones de hierro, sin haberles hecho por qué, y la ausencia que el capitan general había hecho dos veces por entretenerle con esperanzas falsas, y no restituirle su imperio. (61) Dijo, que aunque le había conocido este mal ánimo desde el principio, había disimulado y sufrido por justificar la causa para con Dios y con las gentes, que no dijesen que había perturbado la paz que entre los españoles y y él se había capitulado. Más ya que de su parte había hecho lo que estaba obligado, no quería esperar mas en promesas vanas; que había visto y sabía que aquellos españoles repartían la tierra entre sí mesmos, así en el Cosco como en Rimac y en Tumpis; lo cual era señal manifiesta de no restituirle su imperio, y que no quería poner su persona a riesgo de que se la tratasen como la vez pasada, que no habían tenido respeto a echarle grillos y cadena, sin haberlos enojado ni dado ocasión para ello. Por tanto les encargaba y mandaba, que como leales criados y fieles vasallos, aconsejasen a su príncipe lo que en empresa tan grande y tan importante le convenía; porque él pretendía restituirse en su imperio, por las armas, confiado en que no permitiría el Pachacamac ni su padre el sol, que se lo quitasen tan injustamente. Los capitanes y curacas eligieron un capitan de los más ancianos que hablase por todos. El cual, habiendo hecho el acatamiento que a sus reyes debían, dijo: solo señor, nunca a los del consejo de vuestra magestad les pareció

(61) Tito Cussi Yupanqui es el cronista que con más detalles nos habla de las exortaciones que el Inca hacía a sus súbditos. Muy significativo es el discurso que les dirije, después que se persuadió que los españoles no eran personajes divinos, hijos del sol. Véase Tito Cussi Y. Ob. cit, Col. cit. p. 32

seguro ni decente que vuestra magestad pusiese su persona en poder de estos estrangeros, ni que fiase dellos la restitución de su imperio; pero sujetáronse a vuestra voluntad, por verla tan inclinada a la paz y concordia que vuestro hermano Titu Atauchi capituló con ellos, de la cual no hay que esperar, por lo que hemos visto que hicieron con vuestro hermano Atahuallpa, que después de recebido el rescate que prometió por su libertad, le mataron. Ha sido gran merced del Pachacamac que no hayan hecho lo mismo con vuestra real persona, pues la tuvieron en su poder y en prisiones. De la restitución de vuestro imperio tampoco hay que esperar, porque de gente que tanto amor y codicia ha mostrado a la fruta, no es de creer que les pase por la imaginación restituir el árbol a su dueño; antes se debe temer que procuren su muerte, y la de todos los suyos, porque no haya quien aspire al imperio. Por lo cual, pues ellos mesmos nos enseñan, debe vuestra magestad desconfiar de sus promesas, y mandar que luego a toda diligencia se levante la más gente de guerra, que se pudiere levantar, y recoger el bastimento necesario, y que no perdamos la ocasión que nos han dado en haberse dividido en tantas partes, que será más fácil el degollarlos que estando todos juntos. Acometerlos hemos a un tiempo a todos ellos, para que no puedan socorrerse unos a otros. Los caminos se atajarán y acortarán para que no sepan estos de aquellos, y nadie de nadie; y así perecerán todos en un día, que según la muchedumbre q' de vuestros soldados cargarán sobre ellos (donde quiera que estén) les echarán las sierras encima, si vuestra magestad lo mandare, que no socorriéndoles vuestros vasallos, como no los socorrerán, sin duda morirán a nuestras manos, o a manos del hambre que padecerán en el cerco. La brevedad del acontecimiento es lo que más conviene, que del buen suceso del hecho no se puede dudar, pues tenemos la justicia de nuestra parte. Así acabó el capitan, y luego se resolvieron en su levantamiento. Enviaron con mucho secreto mensageros a todo el reino, que levantasen toda la gente que hubiese de guerra, y para tal día señalado, acudiesen a degollar los advenedizos de Castilla. Que trujesen todo el bastimento que hubiese en los pósitos reales o comunes, y si por las guerras de Atahuallpa se hubiesen menoscabado o consumido, lo trujesen de las casas particulares, donde quiera que lo hubiese, que muertos aquellos enemigos, se satisfaría cualquier daño o menoscabo que cualquiera de los vasallos hubiese recebido. Mirasen que en aquel hecho consistía la vida, salud, y libertad de todos ellos, desde el mayor hasta el menor, y la de su Inca particularmente. Con este mandato del príncipe Manco Inca se levantó la gente de guerra, que había dende la ciudad de los Reyes

hasta los Chinchas, que son trecientas leguas, y más de largo. La otra parte del reino que es de los Reyes a Quitu, no pudo levantar gente, por haber perecido toda la que había en aquellas provincias con las guerras de Atahuallpa, y con el estrago que los españoles en ella hicieron, con la prisión y muerte de aquel rey. Asímesmo envió el Inca mensageros disimulados al reino de Chili, que en público dijesen que iban a saber de la salud del infante Paullu y del Sumo sacerdote Villac Umu, y que en secreto les avisasen la determinación del Inca; y que ellos ayudasen por su parte y degollasen a don Diego de Almagro y a todos los suyos, porque así convenía para restituirse en su imperio, q' de aquellos hombres no había de esperar que se lo diesen por bien. Levantada la gente, mandó el Inca que los mediterráneos desde Antahuailla, y los de la costa desde Nanasca, que eran del partido de Chinchasuyu, acudiesen a Rimac a matar al gobernador, y a los que con él estaban, y los de Cuntisuyu, Collasuyu y Antisuyu acudiesen al Cosco, para degollar a (62) Hernando Pizarro, y a sus hermanos, y a los demás españoles, que por todos eran docientos. Nombró capitanes y ministros para el un ejército y el otro. En el capítulo siguiente, diremos los sucesos que hubo en aquella ciudad, que los mayores fueron misericordias de la mano del Señor, hechas en favor de los españoles, para remedio de aquellos gentiles idóatras.

---

(62) Garcilaso llama al hermano mayor de Pizarro unas veces Hernando y otras Fernando.

CAPITULO XXIV

EL LEVANTAMIENTO DEL PRINCIPE MANCO INCA. DOS MILAGROS EN FAVOR DE LOS CRISTIANOS

EL Inca mandó que la gente de guerra se recogiese hácia el Cosco, y hácia la ciudad de los Reyes, a combatir los españoles y a destruirlos. Mandó que matasen todos los que estaban derramados por el reino, sacando oro por las minas, que con la paz y buen servicio, que los indios les hacían, se atrevían a andar tan sin recato, como si estuvieran en sus tierras. (63) Delos cuales mataron muchos en diversas partes. Con este principio llegaron al Cosco con el mayor secreto que pudieron, el día que les señalaron; y luego la noche siguiente acometieron a los españoles repentinamente con gran alarido y estruendo, porque eran más de docientos mil indios los que vinieron. Los más dellos traían arcos y flechas, y fuego en ellas, con yesca encendida. Tiráronlas a todas las casas de la ciudad, generalmente, sin respetar las casas reales: solamente reservaban la casa y templo del sol, con todos los aposentos que tenía dentro, y las casas de las vírgenes escogidas con las oficinas que había de las cuatro calles adentro, donde la casa estaba. En estas dos casas no tocaron por tener respeto a cuyas eran; que aunque estaban despojadas de sus riquezas y desamparadas de la mayor parte de sus habitadores, quisieron tenerles veneración, por no caer en el sacrilegio que ellos tanto temían de su vana religión, por ser la una casa del sol, y la otra de sus mugeres. Reservaron también del fuego tres salas grandes, de las q' les servían de plazas para sus fiestas en días lloviosos; porq' querían tener donde las hacer, cuando hubiesen degollado a los españoles. La una destas salas estaba en lo alto de la ciudad, en las casas que fueron del primer Inca Manco Capac, como dijimos en la descripción de aquella ciudad. La otra sala era de las casas del Inca Pachacutec, llamada Cassana.

(63) Léase lo que dejamos expuesto en la nota N.º 61 respecto a las arengas de Manco II consignadas en la Relación de Tito Cussi Yupanqui.

La tercera sala estaba en las casas, que fueron de Huaina Capac, que llamaron Amarucancha, que ahora son de la santa Compañía de Jesús. También reservaron un hermosísimo cubo redondo que estaba delante destas casas. Todas las demás abrazaron, que no quedó ninguna en pie. Los indios más valientes, que venían escogidos para quemar la casa del Inca Viracocha, donde los españoles tenían su alojamiento, acudieron a ella con grandísimo ímpetu, y le pegaron fuego dende lejos, con flechas encendidas; quemáronla toda, y no quedó cosa della. La sala grande que en ella había, que ahora es iglesia catedral, donde los cristianos tenían una capilla para oir misa, reservó Dios nuestro Señor del fuego, que aunque le echaron innumerables flechas, y empezaba a arder por muchas partes, se volvía a apagar como si anduvieran otros tantos hombres echándoles agua. Esta fué una de las maravillas que nuestro Señor obró en aquella ciudad, para fundar en ella su santo Evangelio; y así lo ha mostrado ella, que cierto que es una de la más religiosas y caritativas que hay en el Nuevo Mundo, así de españoles como de indios.

Hernando Pizarro y sus dos hermanos, y los docientos compañeros que allí estaban, viendo que eran pocos, siempre se alojaban juntos; y como hombres de guerra y buenos soldados no dormían; antes como gente recatada, tenían centinelas puestas al derredor de su alojamiento, y atalayas en lo alto de la casa. Luego que sintieron el ruido de los indios, se armaron y enfrenaron sus caballos, que cada noche tenían treinta dellos ensillados para estar apercebidos cuando se ofreciese algún rebato: y así salieron los primeros a reconocer los enemigos. Más viendo la multitud dellos, no sabiendo que armas traían para ofender los caballos (que era lo que los indios más temían) acordaron recogerse todos a la plaza, qué por ser tan grande, eran más señores de los enemigos en ella, que en las calles. Así lo hicieron y estuvieron puestos en escuadrón. Los infantes que eran ciento y veinte, estaban en medio, y ochenta que eran los de a caballo, se pusieron de veinte en veinte a los lados y a la frente y espaldas del escuadrón, para que pudiesen resistir a los indios por donde quiera que acometiesen. Los cuales viendo los españoles juntos, arremetieron a ellos por todas artes con gran ferocidad, pensando llevárselos del primer encuentro. Los caballeros salieron a ellos y les resistieron valerosamente. Así pelearon unos y otros con gran porfía, hasta que amaneció. Con el día reforzaron los indios la batalla. Sobre los españoles llovían flechas y piedras, tiradas con hondas, que era admiración, más con los caballos y las lanzas, se vengaban dellos. Que ninguna arremetida hacían, que por lo menos no dejasen muertos ciento y cincuenta, y

docientos indios; porque no tenían armas defensivas ni usaron de las picas (aunque las tuvieron) contra los caballos; porque no habían tratado con caballeros, sino q' sus guerras y batallas eran pie a pie, unos con otros, y desarmados con desarmados. Más la pujanza de la mucha gente que tenían, les hacía sufrir las ventajas que los españoles en armas y caballos les hacían, con tanta mortandad de los indios; pero ellos lo llevaban todo, con la esperanza que tenían de degollarlos presto.

Con la porfía que hemos dicho, estuvieron diez y siete días los indios apretando a los españoles en aquella plaza del Cosco, sin dejarles salir della. Todo aquel tiempo, de noche y de día, estuvieron los españoles en escuadrón formado para valerse de los enemigos; y así en escuadrón iban a beber en el arroyo, que pasa por la plaza, y en escuadrón iban a buscar por las casas quemadas, si había quedado algún maiz que comer, que la necesidad de los caballos sentían más que la suya propia. Todavía hallaban bastimento, aunque maltratado del fuego; más la hambre, lo hacía todo bueno. En este paso dice Agustín de Zárate lo que se sigue.

Así vino el Inga con todo su poder sobre el Cusco, y la tuvo cercada más de ocho meses, y cada lleno de luna la combatía por todas partes, aunque Hernando Pizarro y sus hermanos la defendían valientemente, con otros muchos caballeros y capitanes que dentro estaban, especialmente Gabriel de Rojas, y Hernando Ponce de León, y don Alonso Enriquez y el tesorero Riquelme, y otros muchos que allí había, sin quitar las armas de noche ni de día, como hombres que tenían por cierto que ya el gobernador y todos los otros españoles eran muertos de los indios, que tenían noticia que en todas las partes de la tierra se habían alzado. Y así peleaban y se defendían como hombres que no tenían más esperanza de socorro sino en Dios, y en el de sus propias fuerzas: aunque cada día la disminuían los indios, hiriendo y matando en ellos.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. El cual en pocas palabras dice el gran aprieto y peligros que aquellos conquistadores pasaron en aquel cerco, donde la mucha y muy esforzada diligencia que hacían para buscar de comer, no los libraría de muerte de hambre, según lo que pasaban, si los indios que tenían domésticos no les socorierran como buenos amigos. Los cuales dando a entender que negaban a los amos, se iban a los indios enemigos y andaban con ellos de día, y por ganar crédito hacían que peleaban contra los españoles, y a la noche volvían a ellos con toda la comida que podían traer. Lo cual también lo dice Gomara y Zárate, aunque muy brevemente; y en todo este alzamiento del Inca van cortos, principal-

mente en las maravillas que Jesucristo nuestro Señor obró en el Cosco en favor de los españoles, donde fué el mayor peligro dellos y la mayor furia de los indios. Llegó el peligro a tantos, que a los once o doce días del cerco andaban ya muy fatigados los españoles y también sus caballos de los muchos rebatos, y peleas q' cada día tenían, y de la hambre que padecían, q' ya no podían llevarla. Eran ya muertos treinta cristianos y heridos casi todos, sin tener con qué curarse. Temían que a pocos días más habían de perecer todos; porque ni ellos podían valerse, ni esperaban socorro de parte alguna sino del cielo, donde enviaban sus gemidos y oraciones, pidiendo a Dios misericordia y a la Virgen María su intercesión y amparo. Los indios habiendo notado que la noche que quemaron toda la ciudad no habían podido quemar el galpón donde se habían alojado todos los españoles, fueron a él a quemarlo de hecho, pues no había quien los contradijese. Pegáronle fuego muchas veces y muchos días, y a todas las horas, ya de día ya de noche, más nunca pudieron salir con su intención; admirábanse no sabiendo qué fuese la causa. Decían que el fuego había perdido su virtud contra aquella casa porque los Viracochas habían vivido en ella. Los españoles viéndose tan apretados determinaron morir, como esforzados, todo en un día peleando, y no aguardar a morir de hambre y de heridas, o que los enemigos los matasen cuando de flaqueza no pudiesen tomar las armas. Con este acuerdo se apercibieron para cuando los indios los acometièsen salir a ellos, y hacerles lo que pudiesen hasta morir. Los que pudieron (como podían y los indios les daban lugar) se confesaron con tres sacerdotes que tenían; los demás se confesaban unos a otros, y todos llamaban a Dios y a los santos sus devotos, para morir como cristianos. Luego que amaneció el día siguiente salieron los indios como solían con gran ferocidad, corridos y avergonzados de que tan pocos españoles, de tanta multitud de enemigos se hubieran defendido tantos días, y para cada español había mil indios. Propusieron de no apartarse de la pelea hasta haberlos degollado todos. Con la misma ferocidad y ánimo salieron los españoles para morir como españoles, sin mostrar flaqueza. Arremetieron a los indios, llamando a grandes voces el nombre de la Virgen, y el de su defensor Apóstol Santiago. Los unos y los otros pelearon obstinadamente, con mucha mortandad de los indios, y muchas heridas de los españoles. Al cabo de cinco horas que así pelearon se sintieron los fieles cansados, y sus caballos andaban ya desalentados del mucho trabajo de aquel día y de los pasados. Esperaban la muerte, que la sentían muy cerca; y los indios por el contrario más feroces cada día, viendo la flaqueza de los caballos y más animosos de matar

los españoles por vengar la mortandad de los suyos. El príncipe Manco Inca, que miraba la batalla desde un alto, esforzaba a los suyos nombrándolos por sus provincias y naciones, con gran confianza de verse aquel día señor de su imperio. A esta hora y en tal necesidad, fué nuestro señor servido favorecer a sus fieles con la presencia del bienaventurado apóstol Santiago, patrón de España, que apareció visiblemente delante de los españoles, que lo vieron ellos y los indios encima de un hermoso caballo blanco, embrazada una adarga, y en ella su divisa de la órden militar, y en la mano derecha una espada que parecía relámpago, según el resplandor que echaba de sí. Los indios se espantaron de ver al nuevo caballero, y unos a otros decían: ¿quién es aquel Viracocha que tiene la Illapa en la mano, que significa relámpago, trueno y rayo. Donde quiera que el Santo acometía, huían los infieles como perdidos y desatinados; ahogábanse unos a otros huyendo de aquella maravilla. Tan presto como los indios acometían a los fieles por la parte donde el Santo no andaba, tan presto lo hallaban delante de sí, y huían de él desatinadamente. Con lo cual los españoles se esforzaron y pelearon de nuevo, y mataron innumerables enemigos, sin que pudiesen defenderse, y los indios acordaron de manera que huyeron a más no poder, y desampararon la pelea.

Así socorrió el apóstol aquel día a los cristianos, quitando la victoria que ya los infieles tenían en las manos, y dándoselas a los suyos. Lo mismo hizo el dia siguiente, y todos los demás que los indios querían pelear; que luego que arremetían a los cristianos, se atontaban, y no sabían a qué parte echar, y se volvían a sus puestos, y allá se preguntaban unos a otros diciendo: ¿qué es esto? ¿como nos hemos hecho Utic, Sampa Llaclla? que quiere decir tonto, cobarde, pusilánime. Mas no por esto dejaron de porfiar en su demanda, como veremos, que más de ocho meses mantuviesen el cerco.

CAPITULO XXV

UN MILAGRO DE NUESTRA SEÑORA EN FAVOR DE LOS CRISTIANOS, Y UNA BATALLA SINGULAR DE LOS INDIOS.

RECOGIDOS los indios a sus cuarteles mandó el Inca llamar los capitanes y en público los reprendió ásperamente la cobardía y flaqueza de ánimo que aquel dia habían mostrado: que huyesen todos indios de tan pocos Viracochas cansados y muertos de hambre. Díjoles que mirasen otro día lo que hacían, porque si no peleaban como hombres, los enviaría a hilar con las mugeres, y eligiría otros en lugar dellos que mereciesen los oficios de capitanes. Los indios daban por descargo que un nuevo Viracocha que traía la Illapa en las manos los atontaba y acobardaba, de manera que ni sabían si peleaban o si huían: y qué harían como buenos soldados para enmendar el yerro pasado. El Inca les dijo, que apercibiesen sus soldados para de allí a dos noches, que quería que peleasen de noche, porque con la escuridad no viesen al que así los amadrentaba. Los cristianos conociendo la merced que nuestro Señor les había hecho, le dieron muchas gracias, y le hicieron grandes promesas y votos. Quedaron tan esforzados y animosos para adelante como tenían la razón. Hiéronse por señores del reino pues tales favores alcanzaban del cielo: apercibieron las armas, regalaron los caballos para lo que se ofreciese, con certificación de la victoria, en contra de lo que hasta allí habían tenido.

Venida la noche que el Inca señaló, vinieron los indios apercebidos de sus armas con grandes fieros y amenazas de vengar las injurias pasadas. con degollar los españoles. Los cuales avisados de sus criados, los indios domésticos (que les servían de espías) de la venida de los enemigos, estaban armados de sus armas y con gran devoción llamando a Cristo, nuestro Señor, y a la Virgen María, su Madre, y al apostol Santia-

go, que les socorriesen en aquella necesidad y afrenta. Estando ya los indios para arremeter con los cristianos, se les apareció en el aire nuestra Señora con el niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante dellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados; sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que no sabían donde estaban. Tuvieron por bien de volverse a su alojamiento antes que los españoles saliesen a ellos. Quedaron tan amedrentados q' en muchos días no osaron salir de sus cuarteles.(64) Esta noche fué la décimaséptima que los indios tuvieron apretados a los españoles, que no los dejaron salir de la plaza, ni ellos osaban estar sino en escuadrón de día y de noche. De allí adelante con el asombro que nuestra Señora les puso, les dieron más lugar, y les cobraron gran miedo. Pero como la infidelidad sea tan ciega (pasados algunos días, que bastaron para perder parte del miedo) volvió a incitar a los suyos a que volviesen a guerrear a los fieles. Así lo hicieron con el gran deseo q' tenían de restituir el imperio a su príncipe Manco Inca. Más lo que les sobraba de deseo, les faltaba de ánimo para restituírselo, por las maravillas que habían visto, y así, como gente acobardada, no hacían más que acometimientos, y dar grita y arma de día y de noche para inquietar los españoles, ya que no fuese para pelear con ellos. Los cuales viendo que los indios les daban lugar, se volvieron a su alojamiento que era el galpon ya dicho. Entraron dentro con grandísimo contento dando gracias a Dios que les hubiese guardado aquella pieza donde se curasen los heridos, que lo habían pasado mal hasta entonces, y donde se abrigasen los sanos que también lo habían menester. Propusieron dedicar aquel lugar para templo y casa de oración del Señor, cuando les hubiese librado de aquel cerco.

Para curar las heridas, como para todas las demás necesidades, fueron de gran provecho los indios domésticos, que también traían yerbas para curarlas como para comer: que según al principio dijimos, hay muchos dellos grandes herbolarios. Viendo esto, decían los mismos españoles, que no sabían qué fuera dellos según estaban desamparados, si no fuera por el socorro destos indios q' les traían maiz y yerbas, y de todo

---

(64) El transe fue tan apurado y tan inaudito el peligro, que se generalizó el milagro. Al poco tiempo se elevó en el sitio donde habia tenido lugar la pelea, y en donde se decia apareció la Virgen y el Apóstol, una capilla, a la que se le bautizó con el nombre de «El Triunfo». En el Cuzco me han señalado una loza colocada en el centro de la nave del templo; dicha loza se considera sagrada y con la mayor ingeniudad, asegura el pueblo haber posado allí sus plantas la Virgen María.

lo que podían haber para comer y para curarse; y lo dejaban ellos de comer porque lo comiesen sus amos, y les servían de espías y atalayas para avisarles de día y de noche con señas y contraseñas de la determinación de los enemigos. Todo lo cual lo atribuían también a milagro de Dios, viendo que aquellos indios en su misma tierra, y contra los suyos propios se mostrasen tan en su favor y servicio de los españoles. Demás de la Providencia divina, también es prueba del amor y lealtad que atrás dijimos, que aquellos indios tienen a los que les rinden en la guerra: que como todos estos eran rendidos en ella, en las batallas y reecuentros pasados (por su natural inclinación, y por su milicia, demás de la voluntad divina) tenían aquella fidelidad a sus amos, que murieran cien muertes por ellos. Y de aquí nació que después de apaciguado aquel levantamiento de los indios, los naturales del Cosco y las demás naciones que se hallaron en aquel cerco, viendo que la Virgen María los venció y rindió con su hermosísima vista, y con el regalo del rocío q' les echaba en los ojos, le hayan cobrado tanto amor y afición (demás de enseñárselo la fé católica, que después acá han recebido) que no contentos con oir a los sacerdotes los nombres y renombres que a la Virgen le dan en la lengua latina y en la castellana, han procurado traducirlos en su lengua natural, y añadir los q' han podido por hablarle y llamarle en la propia, y no en la estrangera, cuando la adorasen y pidiesen sus favores y mercedes. De los nombres pondremos algunos, para que se vea la tradución y la interpretación de los indios.

Dicen Mamanchic, que es Señora y Madre nuestra. Coya, reina. Ñusta, princesa de sangre real. Sapay, única. Yurac Amancay, azucena blanca. Chasca, lucero del alba. Citoccoillor, estrella resplandeciente. Huarcarpaña, sin mancilla. Huchanac, sin pecado. Mananchancasca, no tocada, que es lo mismo que inviolada. Tasque, Virgen pura. Diospa Maman, madre de Dios. Pachacamacpa Maman, que es madre del Hacedor y sustentador del Universo. Dicen Huac chacuyac, que es amadora y bienhechora de pobres, por decir madre de misericordia, abogada nuestra; que no teniendo estos vocablos en su lengua con las significaciones al propio, se valen de las asonantes y semejantes. Demás de la afición de la Virgen, pasan con la devoción y amor a la bienaventurada Señora Santa Ana, y la llaman Mamanchicpa Maman, madre de nuestra madre. Coyanchicpa Maman, madre de nuestra reina, y por el semejante los demás nombres que arriba hemos dicho. Dicen también Diospa Payan, que es abuela de Dios. Este nombre Paya, propiamente quiere decir vieja; y porque las abuelas de fuerza han de ser viejas, y más donde se casan tan

tarde como en aquel imperio, les daban el nombre no por afrenta, sino por mucha honra, porque significa lo mismo que abuela.

Volviendo al príncipe Manco Inca, y a sus capitanes y soldados, es de saber que quedaron tan asombrados y faltos de ánimo de las maravillas que vieron, que aún hablar en ellas no osaban; porque sola la memoria della les causaba gran miedo. Más con todo eso se porfiaron en el cerco a ver si se mudaba la ventura; pero no osaban llegar a las manos, porque siempre llevaban lo peor, para el socorro que el divino Santiago hacia a los suyos. Y así los indios viendo que sólo aquel caballero los amedrentaba y ahuyentaba más que todos los otros juntos, decían a voces: haced que ese Viracocha del caballo blanco no salga a nosotros, y veréis en que paráis todos vosotros. Durante el cerco, pasados los cinco meses dél sucedió que un indio capitan que se tenía por valiente, por animar a los suyos quiso tentar su fortuna, a ver si le iba mejor en batalla singular que no en las comunes. Con esta presunción pidió licencia a los superiores para ir a desafiar un Viracocha, y matarse con él uno a uno; y porque vió que los españoles de a caballo peleaban con lanzas, llevó él la suya, y una hacha de armas pequeña, que llaman Champi, y no quiso llevar otra arma. Así fué y puesto delante del cuerpo de guardia, que los españoles siempre tenian en la plaza, porque era junto a su alojamiento, habló a grandes voces diciendo: que si había algún Viracocha que con él osase entrar en la batalla singular, saliese del escuadrón que allí le esperaba con las armas que le veian. No hubo español que quisiese salir al desafio, por parecerles poquedad y bajeza reñir y matarse con un indio solo.

Entonces un indio Cañari de los nobles de su nación, que cuando niño y muchacho habia sido paje del gran Huaina Capac, y después fué criado del marqués don Francisco Pizarro, que lo rindió en uno de los recuentros pasados, y por su amo se llamó don Francisco, que yo conocí y dejé vivo en el Cosco, cuando vine a España, pidió licencia a Hernando Pizarro y Juan Pizarro, y a Gonzalo Pizarro, hermanos de su señor, y les dijo: que pues aquel atrevido venía de parte de los indios a desafiar a los Viracochas, que él quería como criado dellos salir al desafío; que les suplicaba lo permitiesen, que él esperaba en la buena dicha dellos volver con la victoria. Hernando Pizarro y sus hermanos le agradecieron y estimaron su buen ánimo y dieron la licencia. El Cañari salió con las propias armas que el otro traía, y ambos pelearon mucho espacio; llegaron tres o cuatro veces a los brazos, hasta luchar, y no pudiendo derribarse, se soltaban y tomaban las armas, y volvían de nuevo a la batalla. Así anduvieron hasta que el

Cañari mató al otro de una lanzada que le dió por los pechos, y le cortó la cabeza, y asiéndola por los cabellos, se fué a los españoles con ella, donde fué bien recebido, como su victoria lo merecía.

El Inca y los suyos quedaron extrañamente escandalizados de la victoria del Cañari, que si la ganara un español no la tuvieran en tanto, y por ser de un indio vasallo dellos, lo tomaron por malísimo agüero de su pretensión, y como ellos eran tan agoreros, desmayaron tanto con este pronóstico que de allí en adelante no hicieron en aquel cerco cosa de momento, si no fué la desgraciada muerte del buen Juan Pizarro, que luego diremos.

Siempre que me acuerdo destas maravillas y de otras, que Dios nuestro Señor obró en favor de los españoles en aquel cerco, y en el de los Reyes, que adelante veremos, me admiro de que los historiadores no hicieron mención dellas, siendo cosas tan grandes y tan notorias, que en mis niñeces las oí a indios y a españoles, y los unos y los otros las contaban con grande admiración: y en memoria dellas, después del cerco, dedicaron a nuestra Señora aquel galpon donde los españoles posaban (y hoy es Iglesia Catedral de la advocación de Santa María de la Asunción) y la ciudad dedicaron al español Santiago, y cada año en su día, le hacen grandísima fiesta, en memoria de sus beneficios: por la mañana es de procesión, sermón y misa solemnísima, y a la tarde es la fiesta de toros y juegos de cañas y mucho regocijo. En el hastial de aquel templo que sale a la plaza, pintaron al señor Santiago encima de un caballo blanco; con su adarga embrazada, y la espada en la mano, y la espada era culebreada: tenía muchos indios derribados a sus piés, muertos y heridos. Los indios viendo la pintura, decían: un Viracocha como este era el q' nos destruía en esta plaza. La pintura dejé viva el año de mil y quinientos y sesenta cuando me vine a España. (65) El levantamiento del Inca fué el año de mil y quinientos y treinta y cinco, y se acabó el de treinta y seis, y yo nací el año de mil y quinientos y

(65) El apóstol Santiago, caballero combatiente y armado de punta en blanco, aparece siempre, según las tradiciones de la conquista, para socorrer a los españoles en momentos de suprema angustia. Los soldados de Cortes contaban muchas de estas apariciones, que no escasearon en la conquista del Perú. El padre Ruiz Naharro nos ha contado, con la mayor ingenuida, del socorro del Apóstol, patrón de España, en la hecatombe de Cajamarca, socorro que no lo necesitaban entonces los españoles; y por los métodos emdleados para prender al Inca, al poderlos ayudar el Apóstol de Cristo, buen cuidado habría tenido un no hacerlo, Véase Ruiz Naharro. Rel. cit. Col. cit. t. VI. p, 203. Hasta hoy se ostenta en la parte alta del frontispicio de la iglesia del Triunfo en el Cuzco una escultura del Apóstol, montado en su caballo blanco y armado de lanza y adarga.

treinta y nueve, y así conocí muchos indios y españoles que se hallaron en aquella guerra; y vieron las maravillas que hemos dicho, y a ellos se las oí; y yo jugué cañas cinco años a las fiestas del señor Santiago. Por todo lo cual me admiro de los que enviaban relaciones, que no las hiciesen a los historiadores de cosas tan grandes, sino es que quisiesen aplicar a si solos la victoria dellas. Muchos días después de haber escrito este capítulo, hojeando el libro del padre maestro Acosta, se me ofreció al encuentro lo q' su paternidad dice de muchos milagros que Cristo nuestro Señor, y la Virgen María, reina de los ángeles, su Madre, han hecho en el Nuevo Mundo en favor de su santa religión. Entre los cuales cuenta los que hemos dicho que pasaron en el Cosco, de que recibí el regocijo que no puede encarecer; que aunque es verdad que me precio de escrebirla, porque es la parte más principal de las historias, todavía quedo encogido, cuando en las cosas grandiosas no hallo que las hayan tocado los historiadores españoles en todo o en parte para comprobarlas con ellos, porque no se imagine que finjo fábulas, que cierto las aborresco, y también el lisonjear: dice pues el padre Acosta lo que se sigue, libro séptimo, capítulo veinte y siete.

En la ciudad del Cosco cuando estuvieron los españoles cercados y en tanto aprieto, que sin ayuda del cielo fuera imposible escapar, cuentan personas fidedignas, y yo se los oí, que echando los indios fuego arrojadizo sobre el techo de la morada de los españoles que era donde es agora la iglesia mayor, siendo el techo de cierta paja, que allá llaman Chicho (ha de decir Ychu) y siendo los hachos de tea muy grandes, jamás prendió ni quemó cosa; porque una señora que estaba en lo alto apagaba el fuego luego; y esto visiblemente lo vieron los indios, y lo dijeron muy admirados. Por relaciones de muchos, y por historias que hay, se sabe de cierto que en diversas batallas que los españoles tuvieron, así en la Nueva España, como en el Perú, vieron los indios contrarios en el aire un caballero con la espada en la mano en un caballo blanco peleando por los españoles. De donde ha sido y es tan grande la veneración que todas las Indias tienen al glorioso apóstol Santiago. Otras veces vieron en tales conflictos la imagen de nuestra Señora, de quien los cristianos en aquella parte han recibido incomparables beneficios. Y si estas obras del cielo se hubiesen de referir por extenso como han pasado, sería relación muy larga &c. Hasta aquí es del P. M. Acosta el cual alcanzó (como él lo afirma), la noticia de aquellos milagros, con pasar al Perú casi cuarenta años después que sucedieron. Y con esto volveremos a nuestros españoles que con tales favores ¡qué mucho que ganen cien mundos nuevos!

CAPITULO XXVI

GANAN LOS ESPAÑOLES LA FORTALEZA CON MUERTE DEL BUEN JUAN PIZARRO.

EN el capítulo quinto del libro octavo de la primera parte prometimos decir la lealtad que los Cañaris tuvieron con los Incas sus reyes, y como los negaron después, por la amistad que uno dellos tuvo con los españoles. De la lealtad dellos hablamos en el capítulo treinta y siete del libro nono, de la primera parte: resta ahora decir la causa por qué los negaron. Es así que fueron tantos los favores que entonces (cuando la victoria) y después della hicieron los españoles a este Cañari, que los de su nación se les aficionaron de manera que no solamente negaron el amor y la obediencia que a los Incas como vasallos naturales les debían, sino que se trocaron en crueles enemigos, y sirvieron entonces a los españoles; y después acá les sirven de espías, malsines y verdugos contra los demás indios, y aún en las guerras civiles que los españoles tuvieron unos con otros, hasta la de Francisco Hernandez Giron, los Cañaris que vivían en el Cosco debajo del mando deste don Francisco Cañari que eran muchos, servían de espías dobles y atalayas a los del bando del rey y a los del tirano, dividiéndose con astucia en dos partes, los unos con los del rey, y los otros con el traidor; para que cuando la guerra se acabase, los Cañaris del bando vencido se guareciesen de la muerte a la sombra del bando vencedor, diciendo que todos habían sido dél. Y podían disimularse bien, porque como no trataban ellos con los españoles para tomar ni dar recaudos, sino los superiores, los demás no eran conocidos; y así pasaban todos por leales, habiendo sido muy grandes traidores; porque los unos y los otros, como parientes, se descubrían, y avisaban de lo que pasaba en el un ejército y en el otro. Esta astucia yo se la oí después de la guerra de Francisco Hernan-

dez a uno de los Cañaris, que le dijo a otro indio que le preguntó, cómo se habían escapado los que habían andado, con el tirano. El don Francisco Cañari quedo tan agradecido como soberbio, que se atrevió, años después, a matar con tósigo, según fama pública, a don Felipe Inca, hijo de Huaina Capac, de quien atrás hicimos mención. Confirmóse la fama, porque poco después casó con la muger del don Felipe, que era muy hermosa, y la hubo más por fuerza que de grado, con amenazas y no ruegos, que los aficionados del Cañari le hicieron con mucho agravio y queja de los Incas: más sufriéronlo porque ya no mandaban ellos. Adelante diremos otro cuento del atrevimiento deste indio, que fué de grande escándalo para los indios, moradores de aquella ciudad.

Los españoles, viéndose cada día más y más favorecidos de la divina mano, y viendo a los indios por horas más acobardados, y que ya no entendían en darles asaltos, sino tener los sitiados, quisieron salir del cerco, y mostrar, que aunque los enemigos eran tantos, y ellos tan pocos, no les habían temor; y para que lo viesen por esperiencia los acometieron y llevaron retirando hasta donde quisieron, sin que hiciese defensa alguna; y esto pasó muchas veces y muchos días, tanto que veinte y cinco y treinta españoles acometían cualquiera escuadrón de los indios por grande que fuese, y los ahuyentaban como si fueran niños; porque si Dios peleaba por los suyos ¿quién había de ser contra ellos? Así los arredraron de todo el sitio de la ciudad y de sus campos, que no paraban sino en algunos riscos y peñascos, donde los caballos no pudiesen señorearlos. Más tampoco se podían valer en ellos, que los caballos andaban por los riscos como si fueran cabras. Esta comparación es mía; pero otra mejor oí a un conquistador que se decía Francisco Rodriguez de Villafuerte, uno de los trece que quedaron con don Francisco Pizarro, cuando los demás compañeros le desampararon, de quien hicimos mención en aquel lugar. Este caballero con otros muchos que iban acompañando por el camino que va a Arequepa a ciertas personas nobles que se venían a España yo iba con ellos, aunque muchacho, que esto era fin del año mil y quinientos y cincuenta y dos. El D. Francisco de Villafuerte todo el camino q' hay del Cosco a Quespecancha, que son tres leguas, fué dando cuenta de los sucesos de aquel cerco, de los que hemos dicho y vamos diciendo, que con el dedo señalaba los lugares donde habían pasado tales y tales hazañas, q' por ser tales las contaba él, y nombraba los que las habían hecho, y decía: aquí hizo fulano esta valentía, y allí fulano estotra, y acullá zutano la otra, y todas eran de grande admiración, y entre ellas dijo una de Gonzalo Pizarro, que adelante diremos, que aún no

hemos llegado a su tiempo, y la contó parado en el mismo puesto donde sucedió, que fué en el camino; y habiendo contado un gran número de ellas dijo: no hay para que espantarnos destas cosas, aunque son tan grandes, que Dios nos ayudaba visiblemente y milagrosamente; y uno de los milagros que veíamos era, que andaban y corrían nuestros caballos tan ligeros y con tanta facilidad por aquellas sierras, como va ahora por ellas aquella banda de palomas. Las sierras eran las que están al Oriente del camino, y que son harto ásperas. Yo holgara que no se me hubiera ido de la memoria lo que aquel día le oí, para escribir ahora aquí muchas hojas de papel, de las hazañas que los españoles hicieron en aquel cerco: pero baste decir que ciento y setenta hombres resistieron a docientos mil hombres de guerra, sufriendo la hambre, y el sueño, cansancio y las heridas, sin cirujano ni medicinas, y los demás trabajos y incomodidades que en los cercos de tantas ventajas y tan apretados se pasan. Todo lo cual queda a la imaginación del que leyere esta historia; que trabajos tan grandes, imposible es que se escriban por entero como pasaron. Aquellos españoles los sufrieron y vencieron con el valor de sus ánimos, porque Dios los había escogido y críadolos tales, para que predicaran su Evangelio en aquel imperio. Habiendo apartado los indios de sí, les pareció a los españoles acometer la fortaleza, porque allí era el mayor recurso de los enemigos; y mientras no le ganaban aquella plaza, les parecía no haber hecho nada. Con este acuerdo subieron a ella, dejando presidio en su alojamiento. Los indios se defendieron valerosamente, que en seis días no pudieron sujetarlos. Una noche de aquellas habiendo peleado todo el día los unos y los otros con mucho valor, se retiraron a sus puestos, donde Juan Pizarro hermano del marqués don Francisco Pizarro, que de días atrás andaba herido, y podia sufrir mal la celada que traía, se la quitó antes de tiempo, que luego que se la quitó, llegó una piedra tirada con honda, y le dió una mala herida en la cabeza, de que murió dentro de tres días: la cual muerte, como lo dice Agustín de Zárate por estas mismas palabras: fué gran pérdida en toda la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y esperimentado en las guerras de los indios, y bien quisto y amado de todos.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Así acabó este buen caballero, con gran lástima que entonces hizo su muerte; y después acá la ha hecho su fama, de que un hombre tan generoso, tan valiente, tan afable, tan amado por todas las virtudes, que en un caballero se podían desear, muriese tan desgraciadamente. Su cuerpo dejé enterrado en la capilla mayor de la catedral de aquella ciudad, con una gran loza de piedra azul

sobre la sepultura sin letra alguna, que fuera razón ponérsela cual la merecía. Debió de quedar por falta de escultores, que entonces y muchos años después no usaron en mi tierra de cinceles, sino de lanzas, espadas y arcabuces. A tanta costa, y con tanta pérdida, como la que se ha dicho ganaron los españoles la fortaleza del Cosco, y echaron los indios della. Los historiadores anteponen este hecho a todos los de aquel cerco; pero los indios en su relación llevan la sucesión que hemos dicho, no apartándose de la verdad historial; antes se conforman en ella con los españoles. (66)

---

(66) D. Alonso Henríquez de Guzman que combatió en el sitio del Cuzco nos ha dejado una relación de los sucesos que fué testigo, principalmente en este famoso del Cuzco. Dicha relacion se encuentra en el tomo 95 de la Col. de Doc. Inéditos para la Historia de España.

Véase también la interesante RELACION DEL SITIO DEL CUZCO 1535 — 1539, de autor anónimo pero testigo presencial en COL DE LIBROS ESPAÑOLES RAROS Y CURIOSOS t. XIII, Madrid 1879.

CAPITULO XXVII

HAZAÑAS ASI DE INDIOS COMO DE ESPAÑOLES QUE PASARON EN EL CERCO DEL COSCO

CON la muerte del buen Juan Pizarro cobraron ánimo los indios, viendo que era hermano del gobernador, y hombre por sí tan principal y tan valiente, que con los tales tenían mucha cuenta los indios. Esforzáronse de nuevo a dar batalla y recuentros, y aunque perdían en todos ellos, no perdían el deseo de matar los españoles, por restituir el imperio a su príncipe Manco Inca. Con esta ansia andaban fatigados sin apartarse de su porfia. Los cristianos tenían libertad de correr una legua de derredor de la ciudad, que los indios ya no los apretaban tanto, más no dejaban de molestarles en lo que podían, principalmente en impedir que los indios criados de los españoles, no les llevasen bastimentos. Por lo cual les era forzoso a los cristianos correr el campo para traer que comer; porque mientras duró el cerco, siempre tuvieron necesidad de comida, y la ganaban a fuerza de brazos; porque la que sus criados, los indios domésticos, les traían hurtada, era poca y no bastaba a sustentarlos. Una destas correrías cuenta Agustín de Zárate, y dice lo que se sigue:

Durante esta guerra y cerco, Gonzalo Pizarro salió con veinte de a caballo a correr la tierra hasta la laguna de Chinchero q' está a cinco leguas del Cosco, donde tanta gente sobre él vino, que por mucho que peleó, ya los indios le traían casi rendido si Hernando Pizarro y Alonso de Toro no lo socorrieran con alguna gente de a caballo, porque él se había metido más adentro en los enemigos de lo que convenía, según la poca gente que llevaba, con más ánimo que prudencia Hasta aquí es de Agustín de Zárate. La laguna Chinchiru (que así la llaman los indios) está dos leguas de la ciudad al Norte. Es un hermoso lago, tiene desaguadero, de cuyas aguas man-

daron llevar los Incas una hermosa acequia de agua, para ayuda, de regar las sementeras del valle del Cosco, la cual se perdió con las guerras y malas venturas q' entre los españoles hubo. Después el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco y quinientos y cincuenta y seis, la renovó Garcilaso de la Vega mi señor, siendo corregidor de aquella ciudad; y así la dejé yo cuando me vine, y así estará ahora porque era muy nece saria. Volviendo a lo que Agustín de Zárate dice del peligro en que Gonzalo Pizarro estaba cuando su hermano lo socorrió, es de saber, (como en nuestra Historia de la Florida dijimos) que sin contradición alguna fué su lanza la mejor de cuantas al Nuevo Mundo han pasado; y así él y los suyos pelearon aquel día valientísimamente; pero no dejaran de perderse si no los socorrieran; porque fueron tantos los indios que cargaron sobre ellos, que ya les traían ahogados. Túvose a providencia y misericordia divina darles el socorro, porque ni ellos lo pidieron ni Hernando Pizarro sabía que lo habían menester. Otro día de aquellos tuvieron una gran batalla indios y españoles en el campo de las Salinas, que está una legua pequeña al Mediodía de la ciudad, donde hubo hechos famosos de los unos y de los otros. Pelearon bravamente de ambas partes, y aunque los indios hicieron todo lo que pudieron, y eran muchos, al fin fueron vencidos, y huyeron del campo. Quedaron peleando algunos capitanes, que tuvieron por mejor morir ante su Inca, que los miraba de un otero, que antes huir en su presencia. Con uno destos indios que estaba en medio del camino que va al Collao, arremetió un caballero que yo conocí; iba encima de su caballo con una lanza en la mano. El indio le esperó con ánimo y semblante de buen soldado, con un arco y sus flechas apercibidas; y al tiempo que el español le tiró una lanzada, el indio, se la rebatió con el arco, y soltándolo en el suelo le asió con la lanza, y de un tirón se lo llevó en las manos. Otro caballero que también conocí yo, que había estado mirando la batalla singular, que por ser de un indio solo, no había acometido juntamente con el compañero, viendo que el enemigo le había quitado la lanza, arremetió con él, y le tiró una lanzada. El indio se la rebatió con la que tenía en las manos, y soltándola, asió la del español, y se quedó con ella para defenderse de los dos, cuyos nombres se callan por respeto a los descendientes, q' uno dellos fué mi condiscípulo en la gramática. Gonzalo Pizarro, que había peleado en otra parte, y había ahuyentado los enemigos, acertó hallarse entonces cerca de aquel hecho, y viendo lo que pasaba, arremetió, diciendo a grandes voces: afuera, afuera, porque vió que iban sobre el indio los dos españoles; los cuales, conociendo a Gonzalo Pizarro, se detuvieron para ver si les iba mejor o peor

que a ellos. El indio viendo venir al caballero, se puso de pies sobre la primera lanza que quitó, que lo notaron los españoles, y con la segunda en las manos recibió al tercer caballero, y antes que llegase a herirle, dió un bote de lanza al caballo en el rostro que le hizo enarbolarse; de manera que hubiera de derribar al caballero por las ancas. El indio, viéndose así embarazado, soltó la lanza q' tenia y echó mano de la de Gonzalo Pizarro para quitársela, como habia hecho con las otras. El cual por no perder la cabeza echó mano della con la mano izquierda, y con la derecha sacó la espada para cortar las manos al enemigo. El indio, viendo la espada sobre sí, soltó la lanza, y se abajó por una de las que ganó. A este tiempo los dos caballeros que estaban a la mira, pareciéndoles mal el atrevimiento del indio, arremetieron ambos a matarle. Entonces Gonzalo Pizarro les dió grandes voces, diciéndoles: no merece que le hagan mal, sino mucha merced y regalo. Con esto pararon los caballeros, y el indio reconociendo que las voces de Gonzalo Pizarro, le habían socorrido, soltó la lanza (que alzó del suelo) en señal de que se rendía, y se fué a él y le besó la pierna derecha, diciéndole: tú eres mi Inca. y yo soy tu criado; y así de allí adelante le sirvió lealísimamente, y Gonzalo Pizarro le amaba como a su hijo, hasta que el indio murió en la jornada de la Canela, como adelante diremos. Este cuento oí a Francisco Rodriguez de Villafuerte, que se halló en aquella batalla, y a otros muchos sin él, y Gonzalo Pizarro decía, que nunca en hechos de armas se había visto en tanto aprieto y peligro como el indio le había puesto.

Poco más adelante hácia el Mediodía, donde sucedió otro caso estraño, que también lo contó Francisco Rodriguez de Villafuerte aquel mismo día, y fué que yendo poco a poco un caballero encima de su caballo por el camino adelante, porque ya no parecía indio alguno con quien pelear, cayó el caballo repentinamente con él; y aunque el dueño salió dél apriesa, el caballo se levantó muy mal, y quedó en tres pies, porque por los menudillos de una mano tenía atravesada una flecha. Mirando quien pudiese haberla tirado, porque en buen espacio en derredor no parecía indio alguno, vieron al Levante del camino un indio arrimado a unas barrancas muy largas y altas que allí hay; más parecía imposible que de donde estaba llegase con la flecha donde el caballo cayó; pero por certificarse del hecho, porque la flecha según la herida, parecía haber venido de aquella parte, fueron allá, y hallaron un indio muerto en pie, arrimado a la barranca, con su arco en la mano y en la otra una flecha. Tenía una lanzada que un español le había dado, y que le pasaba de un hombro a la pretina, y se había echado de la barranca abajo por huir del caballo; y viéndose

tan mal herido, por hacer algo antes que acabase de morir, tiró la flecha al caballero que pasaba por el camino. El indio había hecho una buena puntería, sino que la distancia del lugar y el cuerpo tan mal herido no le ayudaron a dar con la flecha donde quisiera, q' era en el rostro o en el cuerpo del español, y dió al caballo en la mano. Estos dos hechos famosos, entre otros, hicieron los indios aquel día, que fué de los últimos de aquel cerco; y dejando las cosas del Cosco en este punto, nos pasaremos à dar cuenta de las del Rimac donde estaba el gobernador don Francisco Pizarro, a los principios bien descuidado de lo que sus hermanos padecían en aquella guerra; más luego que la sospechó y se certificó della, hizo como buen capitan, lo que pudo, según luego veremos

CAPITULO XXVIII

EL NUMERO DE LOS ESPAÑOLES QUE LOS INDIOS MATARON POR LOS CAMINOS; Y LOS SUCESOS DEL CERCO DE LA CIUDAD DE LOS REYES

EL marqués don Francisco Pizarro, luego que sus hermanos dejaron de escrebirle a la continua como solían, sintió mal dello; y no pudiendo atinar qué fuese la causa cierta para proveer lo que conviniese, andaba congojado. Valióse de los indios domésticos y familiares que los españoles tenían; mandándoles que supiesen de sus parientes, lo que en el Cosco y en todo el reino pasaba, porque temía que no sin causa se hubiesen cerrado los caminos. Los Yanacunas (67) que así se llaman los indios criados, hicieron sus diligencias; supieron que el Inca se había alzado, y que tenía mucha gente de guerra en el Cosco: más no supieron las particularidades que pasaban allá; y así confusamente dieron la relación al marqués. El cual con gran diligencia escribió a Panamá y a Nicaragua, y a México y a Santo Domingo, pidiendo socorro. En este paso dice Agustín de Zárate lo que se sigue.

Viendo el marqués tanta multitud de indios sobre la ciudad de los Reyes, tuvo por cierto que Hernando Pizarro y todos los del Cosco eran muertos; y que había sido tan general este levantamiento, que habrían en Chili desbaratado a don Diego, y a los que con él iban; y que porque los indios no pensasen que por temor detenía los navíos para huir en ellos, y también porque los españoles no tuviesen alguna confianza en que poderse salir de la tierra por la mar, y que por esto peleasen menos animosamente de lo que debían, envió a Panamá los navíos y de camino envió al visorrey de la Nueva España y a todos los gobernadores de las Indias, pidiéndoles socorro, y dándoles a entender el grande aprieto en que na-

(67) *Yanacuna* equivale a gente oscura. *Yana* = negro, oscuro, turbio *cuna*. partícula de pluralidad.

daba. Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Sin las cuales diligencias decimos que por medio de los yanacunas fieles, escribió también a Alonso de Alvarado que estaba en la conquista de los Chachapuyas, y a Sebastian de Belalcazar, que estaba en la de Quitu, donde al uno y al otro les iba felizmente. Escribió también a Garcilaso de la Vega, a quien por el contrario iba mal en la conquista de la tierra y provincia que por desprecio llamaron Buena Ventura; donde corren y entran en la mar los cinco ríos que llaman Quixinales, cada uno muy bravo y caudaloso. Ibale mal, no por la resistencia de los naturales, que casi no los hay, sino por la aspereza de la tierra, que es inhabitable por las bravas montañas que tiene. Adelante diremos algo de los trabajos de su jornada. Escribió también a Juan Porcel que andaba en la conquista de los Pacamurus. Mandóles que con toda brevedad se viniesen a la ciudad de los Reyes, para que juntándose todos resistiesen a los indios. Entre tanto que estos capitanes llegaban, procuró el marqués enviar socorro a sus hermanos con toda brevedad, como quiera que pudiese: no entendiendo por entero la mucha necesidad que tenían, ni que hubiese tanta gente sobre ellos. Apercibió luego los que pudo, y con el capitán Diego Pizarro, deudo suyo, envió setenta de a caballo, como lo dice Agustín de Zárate, y treinta infantes.

Los indios que de diversas partes iban a matar al marqués y a los españoles que con él estaban, sabiendo por sus espías q' enviaba socorro a sus hermanos, dejaron de ir a los Reyes y trataron de tomar los caminos y atajar los del socorro, y matarlos en los malos pasos; que por toda aquella tierra, desde el Cosco hasta Quitu, los hay muchos y malísimos. Con esta determinación y con mucha astucia, dejaron caminar a Diego Pizarro y a sus compañeros setenta leguas, sin hacerles enojo, porque se alejasen del gobernador: que aunque hay otros pasos malos en aquel camino no quisieron acometerlos, porque el gobernador no tuviese tan presto la nueva dellos, sino que entendiese que habían llegado al Cosco en salvo. Viéndolos pues en una cuesta muy áspera que llaman la cuesta de Parcos, les echaron tantas piedras que llaman galgas, que sin llegar a golpe de espada, ni lanza, los mataron todos, que no escapó ninguno. Lo mismo hicieron al capitan Francisco Morgovejo de Quiñones, que llevaba sesenta de a caballo y setenta infantes; y en pos de él mataron al capitan Gonzalo de Tapia, que llevaba ochenta de a caballo y sesenta infantes. Y luego al capitan Alonso de Gahete, que iba con cuarenta de a caballo, y otros sesenta infantes. De manera que murieron en aquel camino en diversos pasos, cuatrocientos y setenta españoles, los docientos y cincuenta de a caballo (aunque Zá-

rate dice que fueron trecientos) y los docientos y veinte de a pié. Pedro de Cieza de León acerca de los españoles que los indios mataron en este levantamiento general, capítulo ochenta y dos, dice lo que se sigue.

Afirman que los indios desta provincia Cunchucu fueron belicosos, y los Ingas se vieron en trabajo para sojuzgarlos, puesto que algunos de los Ingas siempre procuraron atraer a sí a las gentes por buenas obras que les hacían, y palabras de amistad. Espñaoles han muerto algunos estos indios en diversas partes; tanto que el marqués don Francisco Pizarro envió al capitan Francisco de Chaves con algunos cristianos, y hicieron la guerra muy temerosa y espantable, porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios. Y a la verdad, en aquellos tiempos y poco antes, sucedió el alzamiento general de las provincias, y mataron tambien los indios en el término que hay del Cusco a Quitu más de setecientos cristianos españoles; a los cuales daban muertes muy crueles, a los que podían tomar vivos y llevar entre ellos. Dios nos libre del furor de los indios, que cierto es de temer, cuando pueden efectuar su deseo. Aunque ellos decían que peleaban por librarse y por eximirse del tratamiento tan áspero que se les hacía: y los españoles por quedar por señores de su tierra y dellos, &c.

Hasta aquí es de Pedro de Cieza. Lo mismo dice el P. Blas Valera que fueron más de setecientos españoles los que mataron en aquel levantamiento: que cerca de trecientos fueron los que degollaron en las minas y heredades, donde andaban derramados buscando sus provechos: y los cuatrocientos y setenta fueron los del socorro. Los cuales envió el marqués a la hila, como se iban juntando y aprestando; y no los envió juntos porque los primeros llegasen con el socorro más presto; porque no entendió jamás que había tanto peligro en el camino, ni que los indios fueran poderosos para matar diez de a caballo, cuanto más sesenta y setenta, y ochenta juntos sin los infantes. Más aunque tenía esta presunción de los suyos, estaba congojadísimo de no saber dellos· porque ni los primeros ni los postreros le escrebían. Para salir desta congoja y saber de sus hermanos, envió otro capitan llamado Francisco de Godoy, natural de Cáceres, con cuarenta y cinco de a caballo muy a la ligera; no para que llegasen al Cosco sino para que volviecen del camino con cualquiera relación que pudiesen haber de sus compañeros. Gomara en este paso dice lo que se sigue, capítulo ciento y treinta y seis.

Pizarro estaba espantado, cómo no le escrebían sus hermanos, ni aquellos sus capitanes, y temiendo el mal que fue, despachó cuarenta de a caballo con Francisco de Godoy, para

que le trujese nuevas de todo. El cual volvió (como dicen) rabo ante piernas, trayendo consigo dos españoles de Gahete, que se habían escapado a uña de a caballo y dieron a Pizarro las malas nuevas: las cuales le pusieron muy en gran cuita. Llegó luego a los Reyes, huyendo Diego de Agüero, que dijo como los indios andaban todos en armas, y le habían querido quemar en sus pueblos: y venía muy cerca un gran ejército dellos: nueva que atemorizó mucho la ciudad, y tanto más cuanto menos españoles había. Pizarro envió a Pedro de Lerma de Burgos con setenta de a caballo, y muchos indios amigos y cristianos a estorbar que los enemigos llegasen a los Reyes, y él salió detrás con los demás españoles que allí había. Peleó Lerma muy bien, y retrajo los enemigos a un peñol, y allí los acabaran de vencer y deshacer, si Pizarro a recoger no tañera.

Murió en aquel día y batalla un español de a caballo, fueron heridos muchos otros, y a Pedro de Lerma quebraron los dientes. Los indios dieron muchas gracias al sol, que los escapó de tantos peligros, haciéndole grandes sacrificios y ofrendas: pasaron su real a una sierra cerca de los Reyes, el rio en medio, do estuvieron diez días haciendo arremetidas y escaramuzas con españoles: que con otros indios no querian, &c. Hasta aquí es de Gomara; y lo mismo dice Agustín de Zárate, casi por las mismas palabras. Las cuales si bien se notan, más dan a entender la victoria de los indios que la de los españoles. Lo que pasó en hecho de verdad fué que los infieles, habiendo muerto tantos españoles por los caminos, viéndose victoriosos, caminaron a los Reyes con gran confianza de matar al marqués y a todos los suyos. Yendo con esta determinación, toparon ocho o diez leguas de la ciudad a Pedro de Lerma y a sus compañeros, donde los unos y los otros pelearon valientísimamente; y porque la batalla al principio fué en un llano, mataron los de a caballo muchos indios, por la ventaja que en las armas y en los caballos les tienen. Por lo cual se retiraron los indios al peñol, donde a grandes voces con muchas trompetas y atambores, se apellidaron y juntaron más de cuarenta mil indios. Y como la tierra era áspera y los caballos no andaban tan alentados como al principio, se atrevieron los indios a salir a ellos y pelearon bravamente. Quebraron los dientes a Pedro de Lerma de una pedrada con honda, que quedó muy maltratado, y hirieron otros muchos españoles de los cuales murieron después treinta y dos con mucha lástima de todos ellos; y murieron ocho caballos que fueron estropeados, aunque en la batalla no mataron más de un español y un caballo. El gobernador que iba en pos de los suyos, viéndolos apretados, llamó a recojer para q' entendiesen que iba en socorro dellos,

y los indios temiesen y dejasen de pelear; y así cesó la batalla de aquel día, que fué muy sangrienta. Los españoles se recogieron y se fueron a la ciudad; los indios hicieron lo mismo, que apellidándose unos a otros, se juntaron más de sesenta mil indios, y con su general Titu Yupanqui (a quien Zárate llamó Tiso Yopangui y Gomara Tisoyo) fueron a poner su ejército cerca de la ciudad, el rio en medio, por estar más seguros de los caballos.

Allí hicieron sacrificios y dieron muchas gracias al sol, porque les pareció que aquel día habían hecho ventaja a los españoles, pues se habían retirado a la ciudad y dejado la pelea; aunque los historiadores dicen, que porque los escapó de tanto peligro: más en el mismo paso vuelven a decir, que peleaban a la continua con los españoles, y que con otros indios no querían. Esto era porque se desdeñaban de pelear con sus vasallos, habiendo peleado con los españoles, y así los combatían cada día; pero con poco daño dellos, porque la tierra allí es llana, y los caballos los arredraban de sí. Más con todo eso, con ser los indios tantos, los tenían apretados por las contínuas armas, y rebatos que de día y de noche les daban, con que los traían muy alcanzados de sueño y cansancio y falta de bastimento. Por lo cual los indios domésticos, amigos y criados de españoles, se iban de día, (también como lo hicieron en el cerco del Cosco) con los enemigos, y fingian enemistad con sus amos, y a la noche se volvían con ellos y les llevaban de comer, y los avisos de lo que pensaban hacer los contrarios. Lo cual les valía mucho para prevenir los remedios y estar apercebidos para cuando viniesen los enemigos. Diego de Agüero y otros vecinos que a uña de caballo, como lo dice Zárate, se acogieron a la ciudad de los Reyes, fué por aviso que sus indios domésticos les dieron del alzamiento del Inca y de los ejércitos que sobre ellos iban a matarlos. Estos españoles estaban gozando de los repartimientos de indios que el marqués les había dado, los cuales escaparon de la muerte por la lealtad y beneficio de los indios sus criados. Sin estos socorros humanos también hubo maravillas de Dios en aquel cerco como en el de el Cosco en favor de los cristianos. Que el rio que los infieles tomaron por guardia y amparo de su ejército, se les trocó en ruina y destruición de todos ellos; porque durante el cerco todas las veces que lo pasaban para ir a ofender a los fieles, o cuando volvían retirándose dellos, se les hacía un gran mar, donde nunca les faltaban desgracias, que muchos se ahogaron con la priesa que sus contrarios les daban, y sin ella; por no ser el rio tan caudaloso como otros que hay por la costa aquella, sino es cuando en la sierra es invierno, que entonces tiene muy grandes crecientes. Los

españoles lo pasaban con crecientes y sin ellas, como si fuera tierra llana. Los indios notaban lo uno y lo otro; como tan agoreros decían, que hasta los elementos se habían hecho enemigos y contrarios suyos, y amigos de los viracochas. Y que el Pachacamac, que es el sustentador del mundo, los desamparaba a ellos y favorecía a sus enemigos; porque en viéndolos en el campo, sin llegar a las manos ni saber de qué, decían que se acobardaban y perdían el ánimo que llevaban de pelear. Y que tantos millares de hombres no pudiesen vencer ni aún resistir a tan pocos españoles, era cosa manifiesta que el Hacedor lo quería, y que él los guardaba y defendía.

Con estas imaginaciones, y por mejor decir, obras de Dios, fueron los indios desmayando de día en día: que de allí adelante no hicieron cosa de momento, más de asistir al sitio por cumplir con sus mayores, más que por esperar de hacer cosa que bien les estuviese. Los indios familiares daban cuenta a sus amos de todo lo que los contrarios hablaban y temían. Los españoles habiendo notado las maravillas que Dios nuestro Señor hacía por ellos; y sabiendo q' los indios las sentían y hablaban en ellas, le daban muchas gracias por todo, y decían que aquel río había sido para ellos y para los indios, lo q' el mar Bermejo para el pueblo de Israel y para los egipcios. Y porque las mayores batallas y victorias que tuvieron fueron en las riberas de la una parte y otra de aquel río, cobraron particular devoción al bienaventurado Señor San Cristobal, trayendo a la memoria lo que en común se dice, y en las iglesias se pinta de la merced y favor que el Señor al santo hizo en el río. Y así en aquellas batallas y recuentros apellidaban su nombre, juntamente con el del apóstol Santiago; y después de aquel cerco en memoria deste santo, llamaron cerro de San Cristobal, al cerro donde los indios tuvieron la mayor fuerza de su ejército, que está cerca de la ciudad, río en medio, porque en él acabaron de vencer y destruir a los indios.

CAPITULO XXIX

LA HUIDA DE VILLAC UMU. EL CASTIGO DE FELIPE INTERPRETE EL PRINCIPE MANCO INCA SE DESTIERRA DE SU IMPERIO.

ATRAS dijimos que el príncipe Manco Inca envió mensageros a Chili, avisando a su hermano Paullu y al sacerdote Villac Umu de la determinación que tenía de matar todos los españoles que en el Perú había, para restituirse, su imperio; y que ellos hiciesen lo mismo de don Diego de Almagro y de los suyos. Ahora es de saber, que los mensageros llegaron a Chili antes que don Diego saliera de aquel reino y dieron el aviso de su príncipe. Más Paullu y los suyos, habiendo entrado en consulta, no se atrevieron a hacer cosa alguna contra los españoles, por parecerles que para acometerles al descubierto tenían pocas fuerzas, por haberles ahogado y muerto el frío y la nieve más de diez mil indios en la Sierra Nevada, como allí vimos. Tampoco se atrevieron a acometerles con secreto de noche, porque veían que los españoles andaban tan recatados y tan vigilantes en su milicia, que no les quedaba esperanza a los indios de salir con cosa alguna que contra ellos intentasen. Por lo cual acordaron disimular su intención y servir los españoles fielmente hasta que se les ofreciese alguna ocasión en que pudiesen ejecutar su deseo. Pues como Paullu y Villac Umu se viesen en Tacama, tierras del Perú, fuera de los despoblados de Chili, como atrás, en el capítulo veinte y uno deste libro dijimos, acordaron que el sumo sacerdote de los indios se huyese, y que Paullu se quedase con los españoles para lo que se ofreciese, siquiera para dar aviso al Inca su hermano, de lo que quisiesen hacer contra él. Y aunque Gomara dice que se huyeron ambos, Agustín de Zárate en el capítulo primero del libro tercero, no dice más que la huida del sacerdote; y en el capítulo cuarto del mismo libro, dice de Paullu estas palabras: don Diego de Almagro

hizo Inga y dió la borla del imperio a Paullu, porque su hermano Mango Inga, visto lo que había hecho, se fué huyendo con mucha gente de guerra a unas muy ásperas montañas que llaman Andes.

Hasta aquí es de Zárate. Y ya hemos dicho que cuando difieren estos autores, es más de seguir Zárate, porque estuvo en el Perú y no el otro. El intérprete Felipe que fué con Almagro, también huyó, porque después de la muerte de Atahuallpa, siempre anduvo temeroso, y quisiera estar muy lejos de los españoles: y así en esta ocasión se huyó, no porque sabía la intención de los Incas, que antes se habían recatado dél, que descubiértosela; sino por imitar a los otros indios que huyeron, y por verse libre de los que él aborrecía. Más fué desdichado, que como no sabía bien la tierra, cayó en poder de los de Almagro, el cual, trayendo a la memoria la huída que hizo a don Pedro de Alvarado, y sospechando que ahora sabía la huída del sacerdote, y que no le había querido avisar, mandó que lo hiciesen cuartos. En este paso, aunque anticipado el tiempo, dice Gomara, capítulo 135, sacado a la letra, lo que se sigue.

Confesó el malvado al tiempo de su muerte haber acusado falsamente a su buen rey Atabaliba, por yacer seguro con una de sus mujeres. Era un mal hombre Felipillo de Poechos liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y sangre y poco cristiano, aunque bautizado. Hasta aquí es de Gomara. Donde se debe considerar y llorar de nuevo, que aquel intérprete que aquel imperio tuvo para la predicación de la fé católica, hubiese sido tal. Almagro sin hacer caso de la huída de Villac Umu, porque Paullu quedaba con él, pasó adelante hácia el Cosco, certificado del alzamiento del Inca, que aunque de atrás tenía las sospechas, no se certificaba en ellas, por la diligencia y buena voluntad que Paullu y los suyos mostraban en servirle. Fué por el Collao, sin que los indios le enojasen; porque como aquella tierra sea tan llana, no tiene malos pasos donde pudiesen acometerle con ventaja, como la que hay del Cosco a los Reyes. Cuando llegó al Cosco el príncipe Manco Inca había aflojado del todo el cerco, sabiendo que venía cerca don Diego de Almagro para socorrer los suyos; aunque no sabía la intención que traía contra los Pizarros. Don Diego procuró ver y hablar al Inca para atraerlo a su bando, porque se conocían de atrás. El Inca consintió el verse y hablarse, con propósito de prenderle y matarle si pudiese; porque alcanzado, esto le parecía que todavía podría esperar a matar a los demás. Estos se vieron y hablaron, más ninguno salió con su intención; porque don Diego, como buen soldado prudente fué bien acompañado de los suyos, así de a pie como de

a caballo, de manera que no se atrevieron los indios a intentar cosa alguna contra él, ni el Inca quiso inclinarse al bando de don Diego; y así apartado dél dijo: que deseando restituirse en su imperio, no le estaba bien favorecer y ayudar ninguna de las partes; y aunque los suyos les dijeron que aceptase la demanda, y entretuviese la guerra hasta que los mismos españoles se hubiesen gastado y muerto unos a otros, y que entonces con más facilidad podrían dar sobre los que quedasen, y acabarlos todos. El príncipe respondió que no era de reyes Incas faltar la palabra a los que una vez se la hubiese dado, ni dañar a los que hubiese recebido debajo de su favor y amparo; que más quería perder su imperio que hacer cosa que no debiese a Inca. Entretanto que don Diego de Almagro fué a verse con el Inca, envió Hernando Pizarro a tentar a Juan de Saavedra, que quedaba con la gente de Almagro, que se la entregase, que le haría grandes partidos de honra y provecho. Más Juan de Saavedra, que era caballero de la muy noble sangre q' deste apellido hay en Sevilla, y él por sí de gran bondad y virtud, no hizo caso de los partidos, por no hacer cosa contra su honra. Así quedaron los tres bandos a la mira unos de otros, sin quererse avenir. El Inca, viendo y considerando que don Diego de Almagro, había vuelto de Chili, y que traía más de cuatrocientas y cincuenta españoles, aunque allá había perdido casi docientos en el paso de la Sierra Nevada y en la conquista de aquel reino; y que pues en tantos meses no había podido sujetar ciento y setenta dellos, menos sujetaría ahora seiscientos, que aunque al presente estaban divididos y enemistados, en acometiendo cualquiera de las partes se habían de juntar todos y ser contra los indios; y que llevar adelante la guerra, no era sino muerte y destruición de los suyos, como la experiencia lo mostraba, que en poco más de un año que se habían alzado, faltaban más de cuarenta mil dellos, que habían muerto a manos de sus enemigos, y de la hambre, y de los demás trabajos y persecuciones que la guerra trae consigo, y que no se permitía dejarlos perecer todos por alcanzar una cosa que cada día se mostraba más dificultosa. Habiendo consultado estas cosas con los pocos parientes que tenía, se resolvió dejar la guerra. Con esto mandó llamar los maeses de campo y los capitanes más principales, y en público les dijo: hermanos y hijos míos, bien he visto el amor que habéis mostrado en mi servicio, pues con tanto ánimo y tanta prontitud habéis ofrecido vuestras vidas y haciendas, mugeres y hijos para verme restituído en mi imperio: paréceme que visiblemente lo ha contradicho el Pachacamac; y pues él no quiere que yo sea rey, no es razón que vamos contra su voluntad. Creo que a todos es notorio que si yo deseé y pocuré restituír-

me en mi imperio, no fué tanto por reinar, como porque mis reinos gozasen de la quietud y regalo que solían gozar con el suave gobierno de mis padres y abuelos, que el buen rey debe estudiar y procurar la salud y prosperidad de los vasallos, como lo hacian nuestros incas. Temo que ha de ser muy diferente el destos hombres, a quien hemos llamado dioses, enviados del cielo; pero pues no lo puedo remediar, no es bien porfiar en mi demanda tan a costa de vuestras vidas y salud, deséandoos yo lo contrario. Más quiero verme privado y desposeído de mi imperio, que ver muertes de mis vasallos, que los amo como a hijos. Por no ser causa de que por mí os maltraten los viracochas, viéndome en alguno de los reinos, sospechando que deseareis restituírme en mi imperio, quiero desterrarme dél, para que perdiendo la sospecha os traten mejor y os tengan por amigos. Ahora veo cumplida por entero la profesía de mi padre Huaina Capac, que gentes no conocidas habían de quitarnos nuestro imperio destruir nuestra república y religion. Que si antes de levantar la guerra que levantamos contra los viracochas, miramos bien lo que el rey mi padre nos mandó en su testamento, no la levantáramos; porque él nos manda que obedezcamos y sirvamos a estos hombres, porque dice que su ley será mejor que la nuestra, y sus armas más poderosas que las nuestras; lo uno y lo otro ha salido verdad, pues que luego que ellos entraron en nuestro imperio enmudecieron nuestros oráculos, que es señal que se rindieron a los suyos. Pues sus armas también han rendido las nuestras, que aunque al principio matamos algunos dellos, solo ciento y setenta que quedaron nos resistieron, y aún podemos decir que nos vencieron, pues no salimos con nuestra intención, antes nos retiramos dellos. Verdad es que podemos decir que no nos vencieron ellos, ni ellos se pueden loar de habernos vencido, sino las maravillas que vimos; porque el fuego perdió su fuerza, pues no quemó la casa donde ellos moraban, y quemó todas las nuestras. Después, cuando más apretados los teníamos, salió aquel hombre que traía el relámpago, trueno y rayo en la mano, que nos destruyó a todos. Luego vimos de noche a aquella hermosísima Princesa con su Niño en brazos, que con la suavidad del rocío que nos echaba en el rostro nos cegó, y desatinó de manera que no acertamos a volver a nuestro alojamiento, cuanto más pelear con los viracochas. Sin esto hemos visto, que tan pocos hombres se han defendido de tanto número de los nuestros, sin comer, ni dormir, ni descansar una hora; sino que cuando pensábamos que estaban muertos o rendidos, se mostraban más fuertes y valerosos. Todo lo cual bien mirado, nos dice a las claras que no son obras de hombres, sino del Pachacamac; y pues él los favorece, y a

nosotros desampara, rindámonos de grado, no veamos más males sobre nosotros. Yo me voy a las montañas de los Antis, para que las asperezas dellas me defiendan y aseguren destos hombres, pues toda mi potencia no ha podido. En ellas viviré quieto sin enojar a los estrangeros, porque no os maltraten por mi causa. En mi soledád y destierro, me será alivio y contento saber que os va bien con el nuevo gobierno de los españoles. En lugar de testamento, conformándome con el de mi padre, os mando y encargo les obedezcáis y sirváis lo mejor que pudiéredes, porque os traten bien y no mal. Quedaos en paz, que yo holgara llevaros todos conmigo, por no dejaros en poder ageno. Con esto acabó el Inca su plática. Los suyos derramaron tantas lágrimas con tantos gemidos y sollozos, que se ahogaron en ellos: no le respondieron, ni osaron resistirle, porque vieron que aquella era su determinada voluntad. Luego despidieron la gente de guerra con sus caciques, mandándoles que se fuesen a sus provincias, y que obedeciesen y sirviesen a los españoles. El Inca recogió de los de su sangre real todos los que pudo, así hombres como mugeres, y se fué a las bravas montañas de los Antis, a un sitio que llaman Villcapampa, donde como se puede imaginar de un príncipe desposeído y desheredado, vivió en destierro y soledad, hasta que un español (a quien él amparó y guareció de los enemigos y de la muerte que le querían dar), lo mató, como en su lugar diremos.

CAPITULO XXX

LO QUE UN AUTOR DICE DE LOS REYES INCAS Y DE SUS VASALLOS

EL P. Blas Valera, hablando de la habilidad e ingenio, esfuerzo y valentía de los indios del Perú, dice lo que se sigue: que por ser tan a propósito de lo que en muchos pasos de nuestra historia se ha dicho, me pareció ponerlo aqui, para autorizar todo lo de atrás, y mucho de lo de adelante. La habilidad y agudo ingenio de los de el Perú, excede a nuestras naciones del otro orbe: parte, porque sin letras pudieron alcanzar muchas cosas, que con ellas no alcanzaron los egipcios, griegos, y caldeos: parte, porque ya que se arguye, que si tuvieran letras como tuvieron ñudos, excedieran a los romanos y galos y a otras naciones. Lo otro, que la rudeza que agora muestran no es por falta de habilidad e ingenio, sino por estar desacostumbrados a las costumbres y cosas de Europa, y porque no hallan quien les enseñe cosas de habilidad, sino cosas de grangeria e intereses. Lo cuarto, porque los que alcanzan maestro o tiempo desocupado, y libertad para deprender, aunque no sea más de imitando lo que ven, sin que les enseñen, salen oficiales en todas las artes mecánicas, y hacen ventaja a muchos españoles; y lo mismo en el leer y escribir, en la música e instrumentos y otras facultades, que aún en el latin no fueran las peores si quisieran los españoles enseñarles. Lo otro, que más torpe estamos nosotros en entender la manera de los libros dellos, que no ellos en entender los nuestros. Pues ha más de setenta años que tratamos entre ellos, y nunca acabamos de saber la traza y reglas de sus ñudos y cuentas, y ellos en breve tiempo entienden no sólo nuestras letras, pero las cifras, que es argumento de grande habilidad. Y en la memoria y tenacidad della exceden general y notablemente a todos los españoles, por muy aventaja-

dos que sean en ella. Porque son artificiosos en hacer memoria local, en ñudos, en las coyunturas de las manos, y en los lugares. Y lo que es más, que unos mismos ñudos sirven para diversos argumentos e historias: y con apuntarles el argumento, van leyendo la historia con tanta velocidad como un buen lector su libro: lo cual ningún español hasta ahora ha podido alcanzar ni saber cómo se hace aquello. Todo lo cual en los indios nace de habilidad y gran memoria.

En lo que toca al aire militar, tanto por tanto, igualadas las armas exceden los del Perú a los de Europa; porque dénme los capitanes más famosos, franceses y españoles, sin los caballos, arneses, armas, sin lanzas ni espada, sin bombardas y fuegos, sino con una sola camisa y sus pañetes, y por cíngulo una honda, y la cabeza cubierta, no de celadas o yelmos, sino de guirnaldas de plumas o flores, los piés descalzos por entre las breñas, zarzas y espinas; la comida yerbas y raíces del campo; por broquel un pedazo de estera en la mano izquierda; y que desta manera entrasen en campo a sufrir las hachas y tridentes de bronce, las piedras tiradas con la hondas, las flechas enarboladas, y de flecheros que tiran al corazón y a los ojos. Si desta manera saliesen vencedores, diríamos que merecían la fama de valerosos entre los indios. Más así como no fuera posible poder ellos sufrir tal género de armas y batallas, así también, humanamente hablando, era imposible poder salir con la victoria. Y en contra, si los indios tuvieran la potencia de las armas que los de Europa tienen, con industria y arte militar, así por tierra, como por mar, fueran más dificultosos de vencer que el Gran turco. De lo cual es testigo la misma esperiencia, que a la vez que se hallaron españoles e indios iguales en armas, murieron los españoles a manadas, como en Puno de México: más antes con mucha desigualdad de armas, esto es, estando los españoles cargados dellas, y los indios con su desnudez, fueron vencidos los españoles en batalla campal muchas veces, como en Quitu, en Chachapuya, en Chuquisaca, en Tucna y en Cunti, en Sausa, en Parcos, en Chili y en otras partes. Asi que no hay que hacer comparación de los españoles para con los indios de México y del Perú, para probar por aquí la fortaleza de los españoles; pues las armas son tan desiguales, y la invención del fuego hace toda la obra, más que las obras humanas. Y la victoria que ha habido en el Nuevo Orbe, y mucho más en el Perú, más fué providencia de Dios y batalla suya en favor del Evangelio, que no fortaleza de los españoles. La comparación ha de ser con los de Europa y Asia, donde son iguales las armas: y aquí cierto es que España lleva la ventaja. Más dejando esto aparte, y comparando indios con indios en igualdad de armas, no

hay duda sino que los del Perú y los Incas llevan la palma; pues pudieron en breve tiempo conquistar tanta tierra como gozamos, y no de ayer acá como algunos finjen, sino mas de quinientos y seiscientos años atras de donde estamos ahora. Entre los cuales fueron esforzadísimos muchos reyes dellos, como Manco Capac, Inca Roca, Viracocha Inca, Pachacutec, y los descendientes, hasta el gran Huaina Capac que fué emperador, y muchos capitanes de la misma sangre. De todos los cuales tratamos largo en otros lugares. Hasta aquí es del P. Blas Valera; y con esto volveremos a los españoles.

CAPITULO XXXI

DIFERENCIAS DE ALMAGROS Y PIZARROS, Y LA PRISION DE HERNANDO PIZARRO

DON Diego de Almagro y Hernando Pizarro, viendo que el Inca se había ido y deshecho su ejército y dejádoles su imperio libre, mostraron al descubierto sus pasiones, y convirtieron contra sí las armas, el uno por mandar y reinar, y el otro porque no reinase ni mandase; porque este oficio no sufre q' haya mayor ni aun igual. Almagro requirió a Hernando Pizarro le desembarazase la ciudad, y se la dejase libre, pues sabía que era de su gobernación y no de la de su hermano; porque don Diego de Almagro alegaba que la ciudad del Cosco entraba en su gobernación. Decía que las docientas leguas de la gobernación del marqués se habían de medir dende la Equinocial hácia el Sur por la costa de la mar, midiendo las puntas y los senos que la mar hace en la tierra. Y que si quisiesen medirlas por la tierra adentro, se habían de medir por el camino real que va de Quitu al Cosco. Proponían estas medidas los de Almagro, porque si se medían por la costa, no pasaban de Tumpis las docientas leguas; y aunque su magestad le hubiese alargado el término otras cien leguas, no llegaba su jurisdicción a los Reyes. Lo mismo y aun mucho menos era midiéndolas por tierra; porque comunmente ponen de Quitu al Cosco quinientas leguas de camino. De manera que por la una vía ni por la otra, no llegaba la jurisdicción del marqués a la ciudad de los Reyes, cuanto más al Cosco. Por lo cual decía Almagro que le pertenecía el dominio de aquella imperial ciudad. Estas medidas y razones impertinentes, imaginaron Almagro y los de su bando para precipitarse a desamparar el reino de Chili y volverse al Cosco y al Perú, donde tantos males se causaron con su vuelta. Hernando Pizarro, con parecer de los suyos, res-

pondió: que él no estaba en aquella ciudad por su autoridad, sino por la del gobernador, que era su capitan general, en cuyas manos había hecho pleito homenage de no entregarla a otro sino a él. Que no cumpliría con la ley de caballero, ni con la obligación militar, si se la entregase sin orden de su capitan, y sin que le diesen por libre del juramento hecho. Que escribiesen al marqués le enviase la contraseña, que él se la entregaría luego. Y dejando esto aparte, decía que aquella imperial ciudad entraba en la gobernación de su hermano; porque a las razones de don Diego de Almagro y a sus medidas, alegaba otras en contra. Y decía, que medir la docientas leguas por la costa, midiendo puntas, senos y ancones, era engaño y manifiesto agravio; porque un seno que la mar hacía en la tierra, o una punta que la tierra hacía en la mar, ocupaba la mitad del término, como lo mostraba la esperiencia en la misma costa, en los senos y puntas que había desde la isla de Palmas, hasta el cabo de San Francisco. Tampoco se habían de medir por tierra, por las leguas del camino real; porque el camino, por ser aquella tierra tan áspera, iba dando vueltas, ya al Poniente, ya al Levante, buscando lo menos áspero; y que sin vueltas y revueltas, tenía aquel camino muchas quebradas y cuestas de a dos, tres, cuatro leguas de subida, y otras tantas de bajada; y que por el aire no había media legua de un cerro a otro. Por todo lo cual decían, que se habían de medir por los grados de el cielo, como miden los marineros el mar. Pedían esta medida los Pizarros, porque no habiendo más de once grados de la equinocial a la ciudad de los Reyes, y dando a cada grado diez y siete leguas y media, como las dan los marineros yendo Norte Sur, o en contra, había ciento y noventa y dos leguas y media hasta la ciudad de los Reyes; y hasta el Cosco, que está en catorce grados, había docientas y cuarenta y cinco leguas. Por lo cual pretendía que la una ciudad y la otra entraba en la gobernación del marqués don Francisco Pizarro, con las leguas que su magestad le había añadido, aunque no decían cuántas eran. Los de Almagro replicaban que ya que se midiesen por el aire, no había de ser Norte Sur, sino de Levante a Poniente, que dan a cada grado ochenta leguas; y ya que no admitiesen por entero esta medida, decían que se habían de juntar las leguas de ambas medidas marinerescas, y partirlas por medio, y dar a cada grado cuarenta y nueve leguas, recompensando la una medida con la otra. Y que desta manera no llegaba la gobernación del marqués más de hasta los seis grados de la equinocial, dando a cada grado cuarenta y nueve leguas. Que tomasen los Pizarros destas tres

maneras de medir las que quisiesen, que por cualquiera dellas quedaba el Cosco, y aun los Reyes, fuera de su gobernación.

En estas demandas y respuestas anduvieron muchos días los unos y los otros. Y llegaran muchas veces a las manos, sino fuera por don Diego de Alvarado, que era un caballero muy principal, muy discreto, muy cuerdo, tío del adelantado don Pedro de Alvarado, y de Gomez de Alvarado, y había ido a Chili con don Diego de Almagro. El cual deseando paz y concordia entre aquellos gobernadores, porque imaginaba el mal que a todos les podía venir si llegaban a rompimiento, entró de por medio a concertarlos; y al fin de muchas voces acabó, que Hernando Pizarro escribiese al marqués su hermano, lo que don Diego de Almagro pedía, y que entre tanto que el marqués respondía, estuviesen en sus alojamientos, y tuviesen paz; sobre la cual se asentaron treguas de ambas partes. Así estuvieron algunos días. Mas la discordia que no deseaba paz entre aquellos que tan hermanos habían sido hasta entonces despertó a los que tenia por ministros y les incitó a que dijesen a don Diego de Almagro, que había hecho mal en poner plazos y consentimiento ageno en lo que por voluntad y merced del emperador era suyo. Que Hernando Pizarro no escribiría a su hermano lo que se había concertado, por no verse desposeído del gobierno de aquella ciudad, ni su hermano, aunque se lo escribiese, responderia por no enagenar de sí una imperial ciudad como el Cosco. Y que con la palabra y concierto que se había hecho de que estuviesen así mientras el marqués respondía, lo entretendrían toda su vida. Y q' pues era notorio que aquella ciudad era de su gobernación, tomase la posesión de ella sin aguardar comedimientos de sus émulos, que sería maravilla haberlos en ellos, para desposeerse de joya tan grande y tan rica. Que mirase lo que importaba, y hiciese con brevedad lo q' le convenía. Almagro, que había menester pocas centellas para encender la pólvora que para este hecho en su ánimo tenía apercibida, aceptó con grande aplauso, los incitativos que los malos compañeros le dieron, que semejantes consejos nunca salen de los buenos, y sin consultarlos con los amigos verdaderos, se precipitó a ejecutarlos. Y una noche de aquellas que hizo oscura, fué con gente armada a la posada de Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro, que con las treguas puestas estaban descuidados (aunque muy poco antes había ido a ellos uno de los de Almagro, y dícholes como iba don Diego a prenderles). Al cual respondió Hernando Pizarro, que no era posible, que siendo Almagro caballero, quebrantase la palabra que en las treguas había dado. Estando ellos en esto, oyeron el ruido de la gente

Entonces el que daba el aviso dijo: pues vuesa merced no me cree, velos ahí donde vienen.

Los Pizarros y sus huéspedes y criados, se armaron apriesa, y se pusieron a defenderse a las puertas de su posada, la cual habían reparado después que el Inca las dejó. con otras muchas que por la ciudad había, donde posaban los españoles. Los de Almagro, no pudiendo entrarles, pegaron fuego a la casa por todas partes. Los de dentro se dieron por no morir quemados. Prendieron a Hernando Pizarro, y a Gonzalo Pizarro, y a otros muchos deudos y amigos dellos, que eran estremeños de su patria, pusiéronlos todos en Cassana, en un aposento muy estrecho. aherrojáronlos fuertemente por asegurarse dellos. Los ministros de la discordia aconsejaban a don Diego de Almagro que matase a Hernando Pizarro: deciánle, que se acordase que siempre, dende la primera vez que vino de España, se había mostrado su enemigo, y nunca había hablado bien dél, y que era hombre áspero y vengativo, de muy diferente condición de la de sus hermanos, y que se habia de vengar en pudiendo, y que hombre tal estaba mejor quitado de entre ellos. Almagro estuvo por hacerlo, más Diego de Alvarado, y Gomez de Alvarado, y Juan de Saavedra, y Bartolomé de Terrazas, y Vasco de Guevara, y Gerónimo de Costilla, y otros que eran hombres nobles, amigos de paz y quietud, lo estorbaron diciéndole, que no era razón quebrar tan del todo con el marqués, habiendo sido tan buenos compañeros en todo lo pasado: que hasta volver por su reputación y tomar la posesión de su gobernación, se podía sufrir; aunque no dejaba de parecer mal haber quebrantado las treguas puestas. Pero que matar a Hernando Pizarro sería cosa muy odiosa a todo el mundo, y de grande infamia para él. Que mirase, lo que hacía y se aconsejase con la razón y con la prudencia, y no con la ira y la venganza, que le llevarían a mayores despeñaderos. Con estas razones y otras semejantes, quietaron aquellos caballeros a don Diego de Almagro; el cual se hizo jurar del cabildo por gobernador de aquella ciudad, y de cien leguas de término, conforme a la provisión de su magestad: donde lo dejaremos, por decir de otras cosas que pasaron en el mismo tiempo.

———— ^ ————

CAPITULO XXXII

TRABAJOS QUE GARCILASO DE LA VEGA Y SUS COMPAÑEROS PASARON EN EL DESCUBRIMIENTO DE LA BUENA VENTURA

ATRAS dijimos que el marqués don Francisco Pizarro, viéndose en el aprieto del cerco y levantamiento de los indios, temiendo que sus hermanos en el Cosco, y don Diego de Almagro en Chili, eran todos degollados, pidió socorro a México, a Nicaragua, y a Panamá, y Santo Domingo, y a las demás islas de Barlovento. Y a sus capitanes Alonso de Alvarado, Sebastian de Belalcazar Garcilaso de la Vega y Juan Porcel, les mandó que dejando las conquistas en que andaban, acudiesen a socorrerle, porque había necesidad de que se juntasen todos para recibir la pujanza de los indios.

A lo cual acudió Alonso de Alvarado primero que otro, porque estaba más cerca que los demás; pero no tan presto que ya los indios no hubiesen aflojado el cerco de los Reyes, y con su llegada lo dejaron del todo. El capitan Sebastian de Belalcazar ni el capitan de los bracamoros, Juan Porcel, no fueron al socorro, porque no llegó a ellos el mandato del gobernador, porque mataron los indios que lo llevaban. Garcilaso de la Vega acudió poco después que Alonso de Alvarado de la bahia que llaman de San Mateo y la Buenaventura. En la cual como atrás apuntamos, le fué muy mal: porque la tierra es allí inhabitable, donde él y toda su gente pasaron grandes trabajos por las montañas increíbles que hay en aquella región, que son más cerradas y más fuertes de romper que un muro, porque los árboles son tan gruesos que no los abrazaran ocho ni diez hombres, y de madera tan fuerte que son muy malos de cortar: y de unos a otros hay tanta multitud de matas y otros árboles menores, que espesan y cierran la montaña de manera, que ni hombres ni animales pueden andar por ella, ni el fuego tiene dominio en aquellas montañas, porque perpetuamente está lloviendo agua.

A los principios cuando entraron en aquella conquista, entendieron hallar indios la tierra adentro. y así entraron como mejor pudieron. abriendo los caminos a fuerza de sus buenos brazos, y subiendo y bajando por los arroyos que hallaban. Los cuales servían de camino abierto para caminar, como se camina hoy por muchas partes de aquellas montañas; porque la corriente del agua no deja crecer el monte en los arroyos. Con esta dificultad y trabajo caminaron muchos días: y aunque los indios del servicio que del Perú llevaban les decían muchas veces que se volviesen, que iban perdidos, que no había gente en muchas leguas de aquella región, que por inhabitable la habían dejado de poblar los reyes Incas, nunca los españoles quisieron creerles, entendiendo que desacreditaban aquella tierra por volverse a las suyas. Con esta porfía caminaron más de cien leguas con mucha hambre, que llegaron a sustentarse con yerbas y raíces, zapos y culebras, y cualquiera otra sabandija q' podían matar: decían que para aquella necesidad eran liebres y conejos. De las culebras hallaban las mayores por menos malas para comer que las pequeñas. Al cabo de aquel largo y trabajoso camino, viendo que de día en día crecían las dificultades, y la hambre, que era la que aumentaba los trabajos, se fueron los oficiales del ejército y los de la hacienda real al capitan, y le dijeron, que pues le constaba por larga esperiencia que los afanes de aquel descubrimiento eran incomportables, y que en cinco meses que había que andaban en aquellas montañas, no habían visto indio que conquistar, ni aún tierra por cultivar y poblar, sino montes y ríos, lagos y arroyos, y un perpetuo llover sería bien que atendiesen a su propia salud, y a la de su gente, que parecía según lo había porfiado, que a sabiendas la quería matar, y matarse a si mismo en aquella hambre y desventura: que tratase de volverse, y no porfiase más en peligro tan nifiesto. El capitan respondió, que había muchos días que había visto y notado lo que al presente le decían, de las dificultades de aquel descubrimiento y conquista, y que dentro de dos meses que habían entrado en aquellas montañas, procurara salir dellas; sino que el respeto de la honra y de todos ellos y de la suya propia, le había hecho porfiar hasta entonces. Y que todavía le instaba y aquejaba, que pasase adelante en su porfía, porque no le dijesen sus émulos que se volvían a los corderos gordos del Perú y a sus regalos. Que les rogaba y encargaba tuviesen por bien no volver las espaldas al trabajo. pues cuanto mayor lo hubiesen pasado, tanta más honra y fama se les seguiría adelante. Que siendo ella el premio de la victoria procurasen ganarla como buenos soldados, porfiando

hasta salir con su empresa, o a lo menos hasta quitar la ocasión a los maldicientes, que la tomarían de verles volver tan presto. Que los trabajos de cualquiera dellos, le dolían tanto como los propios; y que pues él no los huía, le hubiesen merced de seguirles como a su capitan· pues la milicia y su nobleza, y ser españoles, les obligaba a ello. Con estas palabras se rindieron aquellos buenos soldados, y pasaron adelante en su demanda, y anduvieron porfiando en su descubrimiento casi otros tres meses. Más como los trabajos fuesen tan incomportables, vencieron la salud, enfermaron muchos españoles e indios, murieron muchos de los unos y de los otros, más de hambre que de otro mal. Viendo pues que cada día iba creciendo el número de los enfermos y de los muertos, no pudiendo pasar adelante, de común consentimiento acordaron volverse, no por el camino que habían llevado, sino dando cerco al Oriente y volviendo al Mediodía, que esta fué la guía que tomaron, por ver si topaban algunos indios en aquel cerco, y llevarlo todo andado para mayor satisfacción dellos. Pasaron por otras montañas, no mejores que las pasadas, antes peores, si peores podían ser. Creció la hambre y con ella la mortandad; fueron matando los caballos menos buenos para socorrer los hambrientos y enfermos. Lo que más se sentía era, que los más de los que perecieron fué por no poder andar de flaqueza, y los dejaban desamparados en aquellas montañas, por no poderse valer unos a otros, que todos iban por lo mismo. Día hubo que dejaron once vivos, y otro dia quedaron trece. Cuando los rendía la hambre y la flaqueza, se les caía la quijada abajo, de manera que no podían cerrar la boca; y así cuando los desamparaban les decían: quedaos con Dios, y los tristes respondían: anda con Dios, sin poder pronunciar la palabra, más de menear la lengua. Estos pasos, en particular sin la fama común, los contaba un soldado que se decía Fulano de Torralva; yo se lo oí más de una vez, y lloraba cuando los contaba, y decía que lloraba de lástima de acordarse que quedasen sus compañeros vivos, que si quedaran muertos no se acordara dellos. Desta manera perecieron de hambre más de ochenta españoles, sin los indios que fueron más. Pasaron grandísimo trabajo al pasar de aquellos ríos que llaman Quiximis, porque la madera que cortaban para hacer balsas, no les era de provecho, que se les hundía en el agua por ser tan pesada y tan verde; y los ríos no tenían vado, que son muy raudos y caudalosos, y con muchos lagartos que llaman Caimanes, de veinte y cinco y a treinta pies de largo, y mucho de temer en el agua, por que son muy carniceros. Hacían las balsas de rama bien atada, y así pasaban con el trabajo que se puede imaginar. En un río de aquellos acaeció que habién_

dolo de pasar y buscando por dónde, hallaron dos árboles grandes uno enfrente de otro, el uno en la una ribera, y el otro en la otra; cuyas ramas se juntaban por lo alto unas con otras. Parecióles cortar parte del pié, del que tenían a su banda, para que quedando todavía asido al tronco, cayese sobre el otro árbol, y de ambos se hiciese una puente. Como lo imaginaron así les salió el hecho: pasaron por ellos todos los españoles y los indios a la hila, de tres en tres, y de cuatro en cuatro, asiéndose a las ramas como mejor podían. Para el postrer viage quedaron seis hombres, tres indios y tres españoles y el capitan entre ellos, el cual quiso ser el último al pasar. Echaron los indios por delante, que llevaban sus armas y las de otros dos de sus camaradas, y dos sillas ginetas; y así pasaron todos. Yendo en lo más alto del arbol cortado, cerca del otro sano, dió el árbol un gran crugido, desgajándose del tronco la parte que le habían dejado por cortar. Los dos españoles y los tres indios se asieron fuertemente de las ramas a que iban asidos. El capitan que advirtió mejor el peligro dió un salto para adelante por encima de los compañeros, y acertó a asir una rama de las del árbol sano, y llevando con el peso la rama tras sí, se hundió debajo del agua. Los que se asieron del otro árbol, se fueron con él por el río abajo, que no parecieron más. Dos o tres de la camarada del capitan, que estaban de la otra parte aguardando a que pasase, viéndole en aquel peligro, aguijaron con las lanzas a dárselas. El capitan, sintiendo el socorro, se asió a una dellas: el que la tenía llamó a los otros dos, y así todos tres lo sacaron a tierra, dando gracias a Dios que le hubiese librado de la muerte. En aquellos caminos donde quiera que topaban algún socorro para comer como fruta silvestre y raíces, mejores que las comunes, se detenían dos y tres días a cogerlas, para llevar qué comer donde no las hubiese. A una parada destas, a fin de un año y más que andaban en aquellas montañas, se subió el capitan por un cerro alto, que estaba cerca del alojamiento, bien congojado de su trabajo y de los suyos, a ver si de lo alto de aquel cerro pudiese descubrir alguna salida de aquella mazmorra. Y porque el monte, donde quiera era tan alto y tan cerrado, que aunque estaba en la cumbre del cerro no podía descubrir la tierra, se subió en un árbol de los mayores, que son como torres muy altas; de allí descubrió a todas partes mucha tierra de aquellas montañas; pero no parecía que hubiese salida della. Estando así mirando, vió pasar una gran banda de papagayos, con su mucho graznar, y notó que llevaban siempre un camino derecho, y era entre el Levante y el Mediodía, que los marineros llaman Sueste. Y a al cabo de una muy gran volada, se abajaron todos de gol-

pe al suelo. El capitan tanteó lo que podía haber de donde estaba, adonde las aves cayeron, y le pareció que habría de seis a siete leguas: y que según los papagayos son amigos de maiz, podría ser que los hubiese en aquel sitio. Con estas imaginaciones y flacas esperanzas, marcó muy bien el lugar por no perder el tino, y volvió a los suyos y les dijo, que se esforzasen que él traía pronósticos y señales de salir presto a tierra poblada. Todos se animaron: otro día salieron de aquel lugar, y a golpe de hacha, y de hocino abrieron la mayor parte de ocho leguas de camino que había del uno al otro, en que tardaron treinta días; y al fin dellos salieron a un pueblo pequeño de indios, de hasta cien casas, muy abundante de maiz y otras legumbres, con muy buenas tierras de labor, para mucha gente de la que allí había. Dieron gracias a Dios de que les hubiese sacado de aquel desesperadero. Los indios viendo gente con barbas, y los más dellos en cueros, que se les había podrido toda la ropa por traerla siempre mojada, y que el más bien librado llevaba en lugar de pañetes cortezas y hojas de árboles, se espantaron de verlos, y mucho más cuando vieron caballos, que algunos habian escapado de ser comidos. Apellidáronse unos a otros para ir al monte, más luego se aplacaron por las señas que se les hicieron que no hubiesen miedo. Llamaron a su cacique, que estaba en el campo, el cual los recibió con mucha afabilidad y mayor lástima de verlos desnusos, llenos de garranchos, flacos y descoloridos que parecían difuntos. Regalóles como si fueran hermanos, dióles de vestir de las mantas de algodón que tenían para si. Aficionóse tanto a ellos, particularmente el capitan, que le rogaba que no se fuese de su tierra, o si se fuese lo llevase consigo a la suya. Allí pararon treinta días, y pararan más según lo habían menester; pero por no gastarles toda la comida que aquellos pobres indios tenían (que la daban de muy buena gana) salieron de aquella tierra, habiéndose reformado tanto cuanto; y no supieron como se llamaba, porque el cuidado era de salir della, y no de buscar hombres. El cacique salió con ellos por acompañarles y guiarles, y sacó treinta indios cargados de la comida que pudieron juntar, que fué bien menester para lo que les quedaba de despoblado, y fué de mucho provecho la compañía de los indios para pasar uno de los rios grandes que les quedaba por pasar, que hicieron balsas y las supieron marear mejor que los españoles. Así llegaron al primer valle del distrito de Puerto Viejo. El cacique y sus indios se volvieron de allí con muchas lagrimas que derramaron de apartarse de la compañía de los españoles, en particular de la del capitan, que se le habían aficionado muy mucho por su mucha afabi-

lidad. Los españoles entraron en Puerto Viejo: eran pocos más de ciento y sesenta que ochenta y tantos murieron de hambre, de docientos y cincuenta que entraron en aquella conquista. En Puerto Viejo supieron el levantamiento del Inca, más no supieron nada de lo que había pasado. Con la nueva se dieron priesa a caminar a la ciudad de los Reyes. En el camino les encontró el mandato del marqués, que fuesen a socorrerle; con lo cual doblaron las jornadas, y llegaron a Rimac, algunos días después del capitan Alonso de Alvarado; fueron recebidos con mucho consuelo del marqués, por la necesidad tan grande en que se hallaba.

CAPITULO XXXIII

ALONSO DE ALVARADO VA AL SOCORRO DEL COSCO, Y LOS SUCESOS DE SU VIAGE

LUEGO que el marqués tuvo socorro de los dos capitanes Alonso de Alvarado y Garcilaso de la Vega, dió orden como enviar socorro a sus hermanos, bien ignorante de todo lo que en el Cosco había sucedido, así de la retirada del príncipe Manco Inca, como de la vuelta de don Diego de Almagro de Chili, y de la prisión de sus hermanos. Apercibió trecientos hombres de los más bien reparados que aquellos capitanes llevaron, y de los que él tenía consigo: los ciento y veinte fueron de a caballo, y los ciento y ochenta de a pie. Nombró por general a Alonso de Alvarado, quitando el oficio a Pedro de Lerma, natural de Burgos, que hasta entonces lo había administrado en todo el levantamiento del Inca, como buen capitan y como buen soldado, peleando valientemente siempre que fué menester; y que en una batalla de indios y españoles, como atrás dijimos, le quebraron los dientes de una mala pedrada. Y no bastó quitarle el cargo y dárselo a otro, sino que le mandó que fuese con Alonso de Alvarado, aunque le nombró por capitan de caballos. De lo cual notaron al marqués por inadvertido o mal aconsejado. Decían que ya que le quitaba el oficio, fuera menos agravio tenerlo consigo, que dárselo por soldado a sus émulos. Lo cual sintió más Pedro de Lerma que el quitarle el oficio, porque eran ambos de una patria y ambos nobles. Y la natural arrogancia y presunción de los hombres sufre más aína a un estraño por superior (aunque sea de menos calidad) que al de su patria, siendo iguales. Deste desdén nació después la pérdida desta jornada, como se verá adelante. Garcilaso de la Vega, viendo que se acercaba el día de la partida, suplicó al marqués le diese licencia para ir con aquellos capitanes al socorro de sus hermanos. El mar-

qués le dijo que se sufriese, que pensaba enviar presto más gente, y que iría por caudillo della. Garcilaso replicó, diciendo, que su señoría tuviese por bien que fuese luego, porque no se le aquietaba el ánimo a ser de los segundos estando los hermanos de su señoría en el peligro en que estaban, siendo todos de una patria y tan amigos, y la amistad y la naturaleza no le daban lugar a sufrir dilación alguna; que para la gente que hubiese de enviar no le faltarían ministros. Con esto concedió el marqués se fuese con Alonso de Alvarado. Acordaron ir por el camino de los Llanos hasta Nanasca, por escusar los muchos malos pasos que hay por el camino de la sierra. Cuatro leguas de los Reyes, en aquel hermoso valle de Pachacamac, tuvieron una batalla muy sangrienta con los indios, que todavían andaban levantados, aunque su príncipe estaba ya retirado en las montañas. Los cuales, como vencedores que hasta allí habían sido, de los socorros que al Cosco habían ido, acometieron a Alonso de Alvarado, con grande ánimo, y pelearon mucho espacio con gran ferocidad; más murieron muchos indios, que no habiendo sierras o montes que los defendiesen de los caballos, siempre les iba mal y al contrario, en las tierras fragosas; aunque también mataron en esta batalla once españoles y siete caballos. De allí pasó Alonso de Alvarado adelante, y por darse priesa en su jornada, camino de día un día de aquellos, aunque los indios se lo estorbaban diciendo, que no se podía caminar de día por aquellos arenales muertos, sino de noche, porque la arena era mucha, y el sol muy recio; que peligraban los caminantes de sed si no llevaban provisión de agua. Los españoles no quisieron creerles, antes imaginando que por ser aquella jornada contra su Inca rehusasen el camino, les amenazaron de muerte sino caminaban muy de hecho. Los indios, como tan humildes, obedecieron, y a lo último de la jornada de aquel día, que sería la una de la tarde, ellos y los españoles se hallaron en gran aprieto de sequia. Los indios, como iban cargados, la sintieron más y no se pudiendo valer, se ahogaron más de quinientos dellos. Lo mismo sucediera de los españoles infantes, sino que los de a caballo, sabiendo que pasaba cerca un río, fueron a él corriendo con los caballos, y trujeron socorro de agua, como lo dice Agustín de Zárate, libro tercero, capítulo sesto, por estas palabras.

Y prosiguiendo Alonso de Alvarado su camino la vía del Cosco adelante, al pasar de un despoblado pasó gran trabajo, porque se le murieron más de quinientos indios de servicio, de sed; y si los de a caballo no corrieran, y con vasijas llenas de agua volvieran a socorrer los de a pie, creese que todos perecieran según estaban fatigados. &c.

Hasta aquí es de Zárate Por la falta de los indios que se ahogaron pararon algunos días, hasta que trujeron otros que llevaron las cargas; y por no verse en otra necesidad como la pasada, dejaron el camino de los arenales, y se fueron a salir al de la sierra, donde les alcanzaron otros docientos hombres, los setenta de a caballo, y los demás de a pie, que el marqués envió de socorro con Gomez de Tordoya de Vargas, deudo muy cercano de Garcilaso de la Vega, para reforzar la gente que Alonso de Alvarado llevaba, que eran ya quinientos españoles. Con los cuales fué siempre ganando tierra, y peleando con los enemigos, que por ser la tierra áspera se atrevían a ponérseles delante a cada paso. Más los españoles escarmentando en cabeza agena, de los socorros pasados que los indios degollaron, iban recatados porque no les acaeciera alguna desgracia. Así fueron hasta la puente que llaman Rumichaca, que quiere decir puente de piedra, donde los indios, por ser el paso dificultoso, hicieron la última prueba de su esfuerzo, y tomaron muchos pasos para atajar en ellos a los españoles; los cuales, para ganar aquellos pasos, enviaban cuarenta, cincuenta españoles arcabuceros con una gran banda de indios, de los muchos que llevaban de servicio, que guiando a los españoles tomasen las espaldas a los enemigos, y los divirtiesen mientras pasaban el mal paso. En la puente cargaron innumerables indios, y pelearon valientísimamente: lo mismo hicieron los españoles; y al fin de muchas horas que duró la batalla, vencieron con gran mortandad de los indios, por la ventaja de los arcabuces, que llevaban más de ciento, con que ojeaban a los enemigos de los pasos estrechos y peligrosos. Que si no fuera por ellos, tenían ventaja los indios en el sitio, porque los españoles no podían valerse de sus caballos; más los arcabuceros hicieron la guerra, y hubieron la victoria, aunque con pérdida de veinte y ocho compañeros, y nueve caballos, y muchos indios de servicio, como lo dice Gomara, capítulo ciento y treinta y ocho, por estas palabras.

Alvarado caminó sin embarazo hasta Lumichaca, puente de piedra, con todos quinientos españoles. Allí cargaron muchísimos indios, pensando matar los cristianos al paso, a lo menos desbaratallos. Más Alvarado y sus compañeros, aunque rodeados por todas partes de los enemigos, pelearon de tal manera que los vencieron, haciendo en ellos muy gran matanza. Costaron estas batallas hartos españoles, y muchos indios amigos que los servían y ayudaban, &c.

Hasta aquí es de aquel imperial capellán sacado a la letra. De Rumichaca pasó adelante Alonso de Alvarado, peleando siempre con los indios; los cuales, aunque maltratados y perdidosos, no escarmentaban; que a todos los pasos

que había dificultosos y peligrosos, acometían a los españoles, ya que no fuese para vencerlos, a lo menos para inquietarlos y aunque los acometimientos no eran para batalla campal, como las pasadas, no dejaban de hacer daño de la una parte y de la otra. Así caminaron veinte leguas hasta la puente de Amancay, donde supo Alonso de Alvarado de los indios la retirada del Inca, la venida de don Diego de Almagro de Chili y la prisión de Hernando Pizarro y la muerte de Juan Pizarro, y de los demás que murieron en aquel cerco, y el demás suceso. De todo lo cual estaba bien ageno Alonso de Alvarado. Parecióle por el buen consejo de los suyos no pasar mas adelante, hasta tener nueva orden del marqués, a quien avisó de todo lo sucedido; y para lo que sucediese si don Diego viniese sobre el, se fortificó y recogió el bastimento que pudo haber. Don Diego de Almagro, sabiendo que Alonso de Alvarado estaba en la puente de Amancay con gente de guerra, le envió un requirimiento con don Diego de Alvarado y otros ocho caballeros de los más nobles que consigo tenía, por vía de paz y amistad, diciendo, que pues le era notoria la merced q' su magestad le había hecho de aquel gobierno, se fuese con Dios y lo dejase en paz; donde no, q' le protestaba las muertes y daños que de no dejarle sucediesen. Alonso de Alvarado prendió los mensageros en oyéndolos, y después de presos les dijo: que al marqués, y no a él, habían de hacer aquella notificación y requerimiento: que él no era parte para hacer lo que le pedían sin orden del gobernador. Y aunque Garcilaso de la Vega y Peralvarez Holguín, y Gomez de Tordoya, y otros principales de su ejército le dijeron que los soltase, para que fuesen a hacer su requerimiento al marqués. Que mirase que los mensageros y embajadores en todas las naciones del mundo, por bárbaras que fuesen, aunque estuviesen en crueles guerras y discordias, eran privilegiados y libres de toda molestia. Y que aquel camino más era para aumentar y encender los fuegos de las pasiones, que entre los dos gobernadores había que no para apagarlos. Que mirase que todos habían sido en ganar aquel imperio, que no era razón que en lugar de gozar el fruto de sus trabajos en paz y quietud se matasen sobre la partija. Que advirtiese que en todo el mundo serían vituperados y abominados por este hecho, y por esta discordia que ellos mismos levantaban contra sí propios. Alonso de Alvarado no condescendió a estas razones, antes con el rigor de su natural condición, perseveró en lo que había comenzado. De lo cual quedó toda su gente muy descontenta, porque todos deseaban gozar en paz y amistad las riquezas que tantos trabajos y afanes les habían costado.

CAPITULO XXXIV

LA BATALLA DEL RIO AMANCAY, Y LA PRISION DE ALONSO DE ALVARADO Y DE LOS SUYOS.

DON Diego de Almagro que había salido del Cosco, siguiendo sus embajadores, viendo que no volvían a su tiempo, sospechó mal del caso, y se retiró a la ciudad donde estuvo con pena y cuidado de aquel suceso, que lo temía, porque Alonso de Alvarado llevaba más gente y más bien armada que la suya, y que él no podía fiar de muchos de los que consigo tenia. porque eran de los de Hernando Pizarro que le negarían en viendo los de su bando; por lo cual no le convenía llevarlos por las armas.También le parecía que las puertas de la paz se habían cerrado con la prisión de sus mensageros. Estando Almagro rodeado destas congojas y temores no sabiendo a qué parte echar, tuvo cartas del capitan Pedro de Lerma, el cual sintiéndose agraviado del marqués, por lo que atrás dijimos, y viendo la ocasión presente para poderse vengar, escribió a don Diego todo lo que en su pecho tenía; y le avisó del disgusto que los de Alvarado llevaban, por la aspereza de su condición y por la prisión de sus embajadores, que todos ellos habían condenado aquel hecho. Que no dudase de volver por su reputación y honra, que él lo ayudaría a cobrarla con mucha facilidad; que le certificaba que tenia de su parte cien amigos que se pasarían con él a su bando luego que le viesen cerca. Y que esperaba reducir a su devoción los que quedaban, según el descontento oue de su capitán tenían. Con esta nueva se esforzó don Diego de Almagro; y habiéndose apercebido de bastimentos, en que se ocupó más de quince días, salió del Cosco en busca de Alonso de Alvarado, y en el camino prendió a Pedro Alvares Holguín. que iba a descubrir la tierra y saber qué ordenaba hacer Almagro de sí. Prendiólo

con mucha facilidad, porque los más de los que iban con él, iban apalabrados y sobornados de Pedro de Lerma. Lo mismo tenía concertado con los más de los que quedaban con Alonso de Alvarado. El cual sabida la prisión de Pedro Alvarez Holguin, quiso prender a Pedro de Lerma, porque como dice Gomara, capítulo ciento y treinta y ocho, se desmandó de lengua, y era de Burgos y conocía a Alvarado: palabras son de aquel autor sacadas a la letra. Pedro de Lerma, que por horas tenía aviso de los consejos más secretos de Alvarado, se huyó con algunos de sus amigos casi al descubierto, porque estaba tan enseñoreado de la gente, como si fuera cuatro días después se la llevara toda. A don Diego le dijo que se diese priesa, y no dudase de la victoria, que él se la tenía ya grangeada con la gente que dejaba, y le dió orden y aviso de lo que debía de hacer, cómo y por dónde, y a qué hora habia de acometer, según lo había concertado. Dijo que había de ser de noche porque era capa de pecadores: guióles él mismo hasta la puente, donde sabía que habían de estar muchos de los conjurados: mandó que los de a caballo fuesen por el vado; díjoles que podían pasar seguramente.

Así fueron con grandes esperanzas de la victoria, y aunque Alonso de Alvarado y sus capitanes y ministros ordenaron lo que convenía para pelear y defenderse no fueron obedecidos; porque como era de noche, y los más eran del concierto, los de a caballo, con achaque de que se les había hurtado sus lanzas y echádolas por el río abajo y los infantes con que les habían escondido los arcabuces, ballestas y picas (no habiendo sucedido lo uno ni lo otro) no acudieron al mandato de los capitanes; antes se desordenaron y fueron todos donde quisieron. Y los que acudieron a defender el paso de la puente y del vado, en lugar de pelear, decían a los de Almagro que pasasen sin recelo, que seguro estaba el vado y la puente y mucho más segura la gente. Y porque los de Almagro, por ser de noche y no saber el vado, no osaban entrar en el río, los de la otra banda entraban a guíarles. Lo mismo pasó en la puente, que les convidaban y persuadían a que pasasen sin temor. Desta manera venció don Diego de Almagro, y prendió a Alonso de Alvarado y a Garcilaso de la Vega, y a Gomez de Tordoya, y al capitan Villalva, y a los demás capitanes y ministros de aquel ejército, y otros cien soldados que no entraron en la conjuración. Y esto fué sin muerte ni herida de ninguna de las partes: solo Rodrigo de Orgoños pagó por todos, que una piedra q' vino desmandada, sin saberse quien la tiró, le quebró los dientes. Almagro y los suyos volvieron victoriosos y ufanos al Cosco hablando libertades contra los Pizarros: decían q' no habían de dejar en todo el Perú una pizarra en qué

tropezar; y si querían gobernación fuesen a gobernar los manglares y montañas bravas que hay en la costa de la mar debajo de la equinocial. Echaron en prisión a los sospechosos y porque eran muchos, los dividieron en dos cárceles; los unos llevaron a la fortaleza, los otros dejaron en la ciudad, en la casa llamada Cassana.

Del marqués don Francisco Pizarro decimos, que habiendo despachado a Alonso de Alvarado, y poco después a Gomez de Tordoya, para que socorriesen a sus hermanos, se estuvo en la ciudad de los Reyes, recogiendo la gente que le venía de todas partes, que la envió a pedir como lo dice Gomara, capítulo ciento y treinta y siete. Alonso de Fuenmayor, presidente y obispo de Santo Domingo, envió con don Diego de Fuenmayor, su hermano, natural de Yanguas, muchos españoles arcabuceros que habían llegado entonces con Pedro de Vergara. Fernando Cortés envió con Rodrigo de Grijalva en un propio navío suyo, desde la Nueva España muchas armas, tiros, jaeces, aderezos, vestidos de seda, y una ropa de martas. El licenciado Gaspar de Espinoza llevó de Panamá, Nombre de Dios y Tierra Firme, buena compañía de españoles. Diego de Ayala volvió con harta gente de Nicaragua y Huahutemallan. También vinieron otros de las otras partes; y así tuvo Pizarro su florido ejército y más arcabuceros que nunca; y aunque no los hubo mucho menester para contra indios, aprovecháronle infinito para contra Diego de Almagro, como después diremos, &c.

Hasta aquí es de Gomara. Pues como el marqués se viese con tanta y tan buena gente, que según Zárate tenía más de setecientos españoles de a pie y de a caballo, determinó dar el socorro por su persona a sus hermanos, por salir de la congoja que el esperar nuevas de lejos suele causar. Salió con su gente por el camino de los Llanos, y a pocos jornadas que hubo caminado, tuvo el aviso que Alonso de Alvarado le envió de la retirada del Inca, de la vuelta de Almagro, de la prisión de sus dos hermanos, y de la muerte del tercero, de q' el marqués recibió mucho pesar y sentimiento: y porq'lo llorase todo junto, le llegó dos dias después la segunda nueva de la pérdida de los suyos y prisión de Alvarado; lo cual sintió fuera de todo encarecimiento: y porque la gente que llevaba iba más apercebida para pelear con los indios que con los españoles, le pareció volverse a la ciudad de los Reyes, aunque estaba ya veinte y cinco leguas fuera della, para apercibirse a propósito de armas y pertrechos para la nueva empresa. También le pareció tentar las puertas de la paz y concordia; porque habiendo recebido dos golpes tan contrarios de la fortuna, temía el tercero; porque veía a su émulo con mucha gente, con mu-

chas armas y caballos, y deseaba que aquel fuego se acabase y reviviese la compañía, amistad y hermandad pasada, tantas veces ratificada y jurada por ellos. Y pues debajo della había ganado aquel grande y riquisimo imperio, debajo della lo gozasen; y no que se matasen al cabo de la vejez. Con estas consideraciones envió al licenciado Espinosa al Cosco para que si fuese posible, diese y tomase algún medio entre él y don Diego de Almagro. Y entre otras cosas le advirtió que dijese a don Diego que mirase, que si su majestad sabía lo que había pasado, y que sus gobernadores no estaban conformes, sino muy discordes y apasionados, el uno contra el otro, enviaría otro gobernador en lugar de ambos, que a manos enjutas gozase de lo que ellos a costa de sus haciendas y sangre, con tanto trabajo habían ganado. Que mirase que era mejor buena paz que mala guerra; aunque se solía decir en contra, pero que en ellos sonaba mejor. Y a lo último le dijo, que cuando no pudiese alcanzar otra cosa, acabase con don Diego que soltase sus hermanos, y que el se estuviese en el Cosco sin salir hácia los Reyes, y que los gobernase muy en hora buena hasta que su magestad (sabido lo que pasaba) proveyese y mandase lo que cada uno dellos hubiese de gobernar. Con esta comisión y embajada fué el licenciado Espinosa, y la propuso ante don Diego de Almagro y sus capitanes; más ellos que estaban ensoberbecidos y pujantes con las victorias pasadas, no admitieron partido alguno. Y aunque Diego de Alvarado con su discreción y cordura les dijo, que mirasen que los partidos que les ofrecían eran los que hasta entonces habían deseado, pues les dejaba gozar y poseer libremente la ciudad del Cosco, no aceptaron su consejo y parecer, antes respondieron que no les habían de enseñar límites, ni mandarles que no pasasen hácia los Reyes. Que en su jurisdicción y en la mayor pujanza de su prosperidad y buena fortuna no había de obedecer leyes agenas, ni tomar partidos, sino darlos. Y aunque Diego de Alvarado replicó, que los partidos, según eran aventajados en favor de ellos, antes parecía que ellos los daban, y no que los recibían, no quisieron escucharle. Es muy de notar que hasta entonces cada uno de los gobernadores pedía al otro que le dejase la ciudad del Cosco por suya, y que tomase de las canales afuera todo el término de su gobernación; el uno al Setentrion y el otro al Mediodía. Y ahora que se le concedían llanamente a don Diego de Almagro no quiso aceptarlo; porque le pareció que ya él tenía aquella ciudad en posesión, y que ofrecérsela ahora su émulo de su grado, habiéndola deseado tanto, era manifiesta señal que temía perder toda su gobernación. Y que pues su fortuna le favorecía a banderas desplegadas, quería seguirle hasta ver en qué paraba; a ver

si podía poseer todo aquel imperio a solas. Movido Almagro de esta ambición y codicia, que son pasiones insaciables, no quiso admitir los partidos que el gobernador les ofreció. A lo cual ayudó también la muerte breve del licenciado Espinosa, que falleció en el mayor hervor de estas conveniencias sin poderlas concluir. De cuyo buen juicio, prudencia, y consejo se esperaban buenos medios y fines; más la muerte no le dió lugar a que viese el fruto de sus deseos y diligencias; ni Dios lo quiso por sus secretos juicios. Murió el licenciado Espinosa pronosticando las muertes y total destruición de ambos los gobernadores; porque vió cuan mal le acudían a lo que tan bien les estaba. Don Diego de Almagro en testimonio de que no aceptaba los partidos que el marqués le enviaba, salió del Cosco con ejército de guerra. Dejó en ella a Gabriel de Rojas por su teniente y por guarda, y alcaide de todos los presos: que de los primeros que prendieron con Hernando Pizarro, y de los segundos con Alonso de Alvarado, pasaban de ciento y cincuenta, puestos en dos cárceles como se ha dicho.

Llevó don Diego a Hernando Pizarro preso, que no osó dejarle con los demás, porque no se le fuese de la prisión. Fué por el camino de los Llanos, salió de los términos del Cosco, y entró en los de la ciudad de los Reyes hasta llegar al valle de Chincha, poco más de veinte leguas de los Reyes; donde en señal de posesión, fundó un pueblo, dando indicios, y aún señales manifiestas de que pretendía ambos gobiernos. Paró allí con su ejército a ver como tomaba el marqués aquel atrevimiento, dando a entender, que si le pareciese mal, le desafiaba sobre ello, y le esperaba en el campo, a fuer de guerra y buen capitan.

CAPITULO XXXV

EL MARQUES NOMBRA CAPITANES PARA LA GUERRA. GONZALO PIZARRO SE SUELTA DE LA PRISION. LA SENTENCIA DE LOS JUECES ARBITROS SOBRE EL GOBIERNO LA VISTA DE LOS GOBERNADORES Y LIBERTAD DE HERNANDO PIZARRO

LUEGO que el marqués llegó a la ciudad de los Reyes, se apercibió para la guerra que pensaba tener con don Diego de Almagro. Tocó atambores, y envió el aviso por la costa para que supiesen lo que pasaba; y como con la nueva cada día le acudiese gente, engrosó el ejército. nombró capitanes y ministros, hizo maese de campo a Pedro de Valdivia, y a Antonio de Villalva hijo de el Coronel Villalva: hizo sargento mayor. Y a Peranzures, y a Diego de Rojas, y a Alonso de Mercadillo, nombró por capitanes de a caballo. Y a Diego de Urbina, natural de Orduña, sobrino del maese de campo Juan de Urbina, nombró por capitan de Piqueros. Y a Nuño de Castro, y a Pedro Vergara, (el cual como soldado que había sido en Flandes, había llevado a Indias una gran banda de arcabuces con toda la munición necesaria) nombró por capitanes de arcabuceros. Estos capitanes hicieron ochocientos soldados escogidos, los seiscientos de a pie y los docientos de a caballo; con los cuales salió el marqués, de los Reyes al encuentro de Almagro, publicando que iba a defender su gobernación que se la usurpaba don Diego de Almagro. Entretanto que pasaban las cosas que del marqués y de don Diego hemos dicho, los prisioneros que quedaron en el Cosco no dormían, antes con el deseo de la libertad, como cosa tan preciada, procuraban los medios posibles. Y como en las guerras civiles todas las cosas sean vendibles principalmente las mayores. hallaron quien les vendiese la lealtad y fidelidad que a su capitan don Diego de Almagro y a su teniente Gabriel de Rojas debían tener. Y no la vendieron al contado sino al fiado, por

promesas que Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado (que con otros cincuenta o sesenta estaban en la prisión de Cassana) le hicieron. Fueron cuarenta los vendedores, que eran las guardas de aquella prisión. Los cuales entrando y saliendo de visitar los presos, les dejaban las armas que llevaban y quitaban las chavetas de los grillos y cadenas en que estaban. Demás desto, procuraron haber las cabalgaduras que pudieron: que como los demás soldados eran amigos, fiaban dellos cuanto les pedían. Estando ya los prisioneros y sus confederados apercebidos para irse con el silencio de la noche, acaeció que buen rato ya della, Gabriel de Rojas los visitó como solía otras muchas noches. Y abriendo la cárcel halló que todos los prisioneros estaban sueltos y libres, y él solo preso y cautivo; porque le rodearon todos, y le dijeron: que se había de ir con ellos o morir allí luego. Gabriel de Rojas no pudiendo hacer otra cosa, consintió en lo que le pedían o forzaban: y así se fueron cerca de cien hombres en busca del marqués don Francisco Pizarro. Pudiendo irse libremente por el camino de la sierra, porque don Diego de Almagro estaba en los llanos de la costa de la mar. No faltaron maliciosos que dijeron que Gabriel de Rojas había sido en la conjuración con los demás, pero ellos se engañaron en su malicia; porque si lo fuera, no dejara en la prisión a los que en la fortaleza quedaron, que eran casi otros ciento, y entre ellos muchos de los primeros conquistadores, como fueron Francisco de Villafuerte, Alonso de Mazuela, Mancio Sierra de Leguizamo, Diego Maldonado, y Juan Julio de Ojeda, Tomás Vasquez, Diego de Trujillo, Juan de Pancorvo. Los cuales yo alcancé a conocer, y todos tuvieron grandes repartimientos de indios en el Cosco. Sin estos quedaron presos, Garcilaso de la Vega, y Gomez de Tordoya, y Perálvarez Holguín. Fuera gran victoria de los conjurados llevárselos todos; más el hecho pasó como se ha dicho. El marqués holgó en estremo con la presencia de su hermano y de sus amigos, que temía los degollasen los contrarios incitados de la ira y desdén. Holgóse también de ver el ánimo que los suyos cobraron con el buen socorro que les vino. Hizo a Gonzalo Pizarro general de la infantería, y a Alonso de Alvarado general de la caballería. Muchos de la caballería se hicieron infantes por llamarse soldados de Gonzalo Pizarro; porque fué muy amado aún de los que le eran contrarios.

Don Diego de Almagro, sabiendo la mucha y muy buena gente que el marqués llevaba, y la libertad de sus prisioneros, y la prisión de su teniente general: vió en un punto trocada la suerte que pensaba tener ganada. Y antes que la perdiese del todo pidió partidos, arrepentido de no haber aceptado los

que le habían ofrecido. Envió para ello, con bastante poder, tres caballeros, que fueron don Alonso Enriquez y el fator Diego Núñez de Mercado y al contador Juan de Guzman, que eran ministros de la hacienda de su magestad. Eligiólos, porque como criados de su rey y señor, tratasen sin pasión lo que al servicio real conviniese. El marqués los recibió y entre todos se trataron muchos y grandes partidos; más no pudieron avenirse en algunos dellos. Por lo cual dijo el marqués lo comprometiesen en una persona de ciencia, y conciencia, y pasasen por lo que él sentenciase. A esto consintió don Diego de Almagro, y ambos se sujetaron a los que fray Francisco de Bobadilla, provincial en aquellas partes de la orden de la Merced, sentenciase. Aquí difieren los autores, que Zárate no hace mención más que de este religioso; y Gomara nombra a otro, a quien dice que nombró don Diego, y le llama Fray Francisco Husando. Que sean dos los jueces o uno solo, ambos los historiadores conforman con la sentencia por unas mismas palabras; y las de Zárate, libro tercero, capítulo octavo, son éstas:

Fray Francisco, usando de su poder, dió entre ellos sentencia, por la cual mandó que ante todas cosas fuese suelto Hernando Pizarro, y restituída la posesión del Cusco al marqués, como de primero la tenía; y que se deshiciesen los ejércitos, enviando las compañías, así como estaban hechas, a descubrir la tierra por diversas partes, y que diesen noticia de todo a su magestad, para que proveyese lo que fuese servido. Y para que en presencia se viesen y hablasen el marqués y don Diego, trató que con cada doce de a caballo se viesen en un pueblo que se llamaba Malla, que estaba entre los dos ejércitos, y así se partieron a la vista: aunque Gonzalo Pizarro no se fiando de las treguas ni palabras de don Diego, se partió luego en pos dél con toda la gente, y se fué a poner secretamente junto al pueblo de Malla. Y mandó al capitan Castro que con cuarenta arcabuceros se emboscase en un cañaveral que estaba en el camino por donde don Diego había de pasar, para que si don Diego trujese más gente de guerra de la concertada, disparasen los arcabuces y él acudiese a la seña dellos. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y no dice nada de Almagro. Del cual dice Gomara en este paso, capítulo ciento y cuarenta, lo que se sigue.

Almagro dijo que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenía por muy grave la sentencia; y cuando se partió a las vistas con doce amigos, encomendó a Rodrigo Orgoños su general, que con el ejército estuviese a punto por si algo Pizarro hiciese, y matase a Hernando Pizarro, q' le dejaba en su poder si a él fuerza le hiciesen. Pizarro fué al puesto con otros

doce, y trás él Gonzalo Pizarro con todo el campo. Si lo hizo con voluntad de su hermano o sin ella, nadie creo que lo supo. Es empero cierto que se puso junto a Malla, y que mandó al capitan Nuño de Castro se emboscase con sus cuarenta arcabuces en un cañaveral junto al camino, por donde Almagro tenía de pasar. Llegó primero a Malla Pizarro, y en llegando Almagro se abrazaron alegremente, y hablaron en cosas de placer. Acercóse uno de Pizarro (antes que comenzasen negocio) a don Diego de Almagro, y díjole al oído, que se fuese luego de allí, cá le iba en ello la vida. El cabalgó presto y volvióse sin hablar palabra en aquello, ni en el negocio en que viniera. Vió la emboscada de arcabuceros y creyó. Quejóse mucho de Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decían, que de Pilatos acá no se había dado sentencia tan injusta. Pizarro aunque lo aconsejaban que lo prendiese, le dejó ír diciendo que había venido sobre su palabra; y se disculpó mucho, en que ni mandó venir a su hermano, ni sobornó los frailes. Con esto acabó Gomara aquel capítulo, y lo mismo dice Zárate de aquella vista. Y en el capítulo siguiente dice Francisco Lopez de Gomara: aunque las vistas fueron en vano, y para mayor odio e indignación de las partes, no faltó quien tornase a entender muy de veras y sin pasión entre Pizarro y Almagro; Diego de Alvarado en fin los concertó, que Almagro soltase a Hernando Pizarro, y que Francisco Pizarro diese navío y puerto seguro a Almagro, que no le tenía, para que libremente pudiese enviar a España sus despachos y mensageros. Que no fuese ni viniese uno contra otro, hasta tener nuevo mandamiento del emperador. Almagro soltó luego a Hernando Pizarro sobre pleitesía, que hizo a ruego y seguro de Diego de Alvarado; aunque Orgoños lo contradijo muy mucho, sospechando mal de la condición áspera de Fernando Pizarro; y el mismo Almagro se arrepintió presto y lo quizo detener, más acordó tarde. Y todos decían que aquel lo había de revolver todo, y no erraron, cá suelto él, hubo grandes y nuevos movimientos; y aunque Pizarro no anduvo muy llano en los conciertos, porque ya tenía una provisión real, en que mandaba el emperador, que cada uno estuviese donde, y como la real provisión notificada les fuese, aunque tuviese cualquiera dellos la tierra y jurisdicción del otro. Pizarro, pues que tenía libre y por consejero a su hermano, requirió a Almagro que saliese de la tierra que había descubierto y poblado, pues era ya venido nuevo mandamiento del emperador. Almagro respondió, (leída la provisión) que la oía y cumplía, estándose quedo en el Cosco y en los otros pueblos, que al presente poseía, según y como el emperador mandaba y declaraba por aquella su real cédula y voluntad. Y que con ella

misma la requería y rogaba lo dejase estar en paz y posesión, como estaba. Pizarro replicó, que teniendo él poblado y pacífico el Cosco, se lo había tomado por fuerza diciendo, que caía en su gobernación del nuevo reino de Toledo: por tanto que luego se lo dejase y se fuese, si no que lo echaría sin quebrar el pleito homenage que había hecho, pues teniendo aquella nueva provisión de el rey, era cumplido el plazo de su pleitesía y concierto. Almagro estuvo firme en su respuesta que concluía llanamente; y Pizarro fué con todo su ejército a Chincha, llevando por capitanes los que primero, por consejero a Hernando Pizarro, y por color. que iba a echar sus contrarios de Chincha, que manifiestamente era de su gobernación. Almagro se fué la vía del Cusco por no pelear. Empero como lo seguían cortó muchos pasos del camino, y reparó en Guaitara, sierra alta y áspera. Pizarro fué tras él, que tenía más y mejor gente; y una noche subió Fernando Pizarro con los arcabuceros aquella sierra que le ganaron el paso. Almagro entonces (que malo estaba) se fué a gran priesa y dejó a Orgoños atrás, que se retirase concertadamente y sin pelear. El lo hizo como se lo mandó, aunque según Cristobal de Sotelo y otros, decían, hiciera mejor en dar batalla a los pizarristas que se marearon en la sierra: cá es ordinario a los españoles que de nuevo o recien salidos de los calurosos llanos, suben a las nevadas sierras, marearse: tanta mudanza hace tanta distancia de tierra. Así que Almagro recogida su gente, se fué al Cosco, quebró las puentes, labró armas de plata y cobre, y arcabuces y otros tiros de fuego: basteció de comida la ciudad, y reparóla de algunos fosados, &c.

Hasta aquí es de Gomara, y lo mismo dice Agustín de Zárate, aunque más breve. Y porque estos autores van escuros en algunos destos pasos que les dijeron, así por huir de la prolijidad, me pareció servirles de comento en el capítulo que se sigue, porque éste no sea tan largo.

———∿———

CAPITULO XXXVI

DECLARACION DE LO QUE SE HA DICHO, Y COMO HERNANDO PIZARRO VA CONTRA DON DIEGO DE ALMAGRO

DIEGO de Alvarado, como atrás dijimos, fué un caballero muy caballero, en todas sus cosas; fué muy cuerdo y discreto, y como tal vió en lo que estos gobernadores habían de parar, si sus pasiones pasaban adelante: deseó atajarlas como en los sucesos pasados se ha visto, y se verá en los presentes y en los por venir.

Cuando vió que la sentencia de los religiosos había antes aumentado los fuegos que aplacádolos, entró de por medio, y con todas veras solicitó y procuró la paz y concordia entre el marqués y don Diego de Almagro, yendo y viniendo muchas veces del uno al otro. Y no paró hasta que con sus buenas razones persuadió a don Diego que soltase libremente de la prisión a Hernando Pizarro; y del marqués alcanzó que diese navío y puerto seguro a don Diego. Y para que esta paz y conformidad permaneciese entre ellos, les hizo hacer pleito homenaje a todos tres en sus manos, y él se hizo fiador de ambas las partes, por obligarles a que cada una dellas como su fiador, le tuviesen respeto y cumpliesen el juramento (que como cristianos lo habían hecho) y la palabra que como caballeros le habían dado. Y por esto dice Gomara, que fué a ruego y seguro de Diego de Alvarado; porque demás de rogarles se hizo fiador dellos. Orgoños contradijo la libertad de Hernando Pizarro, y cuando vió la determinación de don Diego, y que no le admitía sus razones, pronosticando su destruición le dijo: vuesa señoría suelta el toro, pues él arremeterá con vuesa señoría, y le matará sin respeto de cumplir palabra ni juramento.

Lo que Gomara dice, que se marearon los pizarristas, es de saber, que así los bisoños que nuevamente van de España,

(q' en la lengua de los Barloventanos se llaman Chapetones) como los pláticos en la tierra que llaman Baquianos, si están mucho tiempo en los Llanos, que es la costa de la mar, cuando vuelven a la sierra se marean, como los que nuevamente entran en la mar, y mucho peor; porque (según la diversa complexión de cada uno) están un día y dos, q' no pueden comer, ni beber, ni tenerse en pie, sino vomitando si tienen qué. También la nieve les ofende la vista, que muchos ciegan por dos o tres días, y luego vuelven en sí. Dicen que la causa desto es la mudanza de la región tan caliente como de los Llanos, a la región tan fría como la Cordillera y Sierra-Nevada, que hay entre la costa y la tierra adentro, y ser tan poca la distancia, que en menos de seis horas pasan la una región a la otra; lo cual no acaece a los que van de la Sierra a los Llanos.

El P. Acosta escribe este marearse la gente en aquella Cordillera, y como maestro dice las causas y los efectos muy copiosamente en el libro tercero de la Historia natural de las Indias, capítulo nono, donde remito al que lo quisiere ver. Siendo esto así, era buen consejo el de Cristobal de Sotelo y de otros, que decían a Orgoños que revolviese sobre sus contrarios, y les diese batalla, q' con mucha facilidad los desbarataría según iban maltratados, y así lo dice Zárate por estas palabras sacadas a la letra. Lo cual Rodrigo Orgoños no quiso hacer por no ir contra la orden de su gobernador, aunque se crée que le sucediera bien si lo hiciera; porque la gente del marqués iba mareada y maltratada de las muchas nieves que había en la Sierra, y recibiera mucho daño. Y por ir tales, el marqués se volvió con el ejército a los Llanos, y don Diego se fué al Cusco, &c.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Don Diego de Almagro dejó mandado a su capitan general que no pelease, porque siempre estos dos gobernadores desearon conformarse en sus pretensiones, y no llegar a rompimiento, como se podrá notar de la vista que tuvieron en el Cosco antes que don Diego fuera a Chili. Cuán facilmente se conformaron y apagaron el fuego que entre ellos se había encendido. Lo mismo pasó en esta vista de Malla, como lo dicen ambos historiadores, que cuando llegaron a juntarse (con haber pasado lo que había pasado) se abrazaron ambos amorosamente y alegremente, y hablaron en cosas de placer. Pero los malos consejeros que nunca faltaron al uno y al otro, jamás los dejaron libres para que hicieran lo que deseaban; antes les forzaron a que vinieran a lo que vinieron, que fué a matarse y destruirse. Ni los consejeros ganaron nada, sino que todos participaron de el fruto de sus malos consejos, como siempre suele acaecer en los tales.

Pasando adelante en la historia dice Agustin de Zárate, libro tercero, capítulo once, lo que se sigue: estando el marqués con todo su ejército en los Llanos de la vuelta de la Sierra, halló entre su gente diversos pareceres de lo que debía hacer; y al fin se resumió en que Hernando Pizarro fuese con su ejército que tenía hecho por su teniente a la ciudad del Cosco, llevando por capitan general a su hermano Gonzalo Pizarro. Y que la ida fuese con título y color de cumplir de justicia a muchos vecinos del Cosco que con él andaban. Que se le habían quejado que don Diego de Almagro les tenía por fuerza entradas y ocupadas sus casas, y repartimientos de indios, y otras haciendas que tenían en la ciudad del Cosco. Y así partió la gente para allá, y el marqués se volvió a la ciudad de los Reyes; y llegando Hernando Pizarro por sus jornadas a la ciudad una tarde, todos sus capitanes quisieron bajar a dormir al llano aquella noche. Más Hernando Pizarro no quiso sino sentar real en la sierra, y cuando otro día amaneció, ya Rodrigo Orgoños estaba en campo aguardando la batalla con toda la gente de don Diego. Por capitanes de a caballo Francisco de Chaves, y Juan Tello, y Vicente de Guevara (ha de decir Vasco de Guevara). Francisco de Chaves era primo hermano de otro de su nombre, íntimo amigo del marqués. Por la parte de la sierra tenía con algunos españoles muchos indios de guerra para se ayudar dellos. Y dejó presos en dos cubos de la fortaleza de el Cusco todos los amigos y servidores del marqués y de sus hermanos que en la ciudad estaban, que eran tantos, y el lugar tan estrecho, que algunos se ahogaron.

Y otro día de mañana habiendo oído misa Gonzalo Pizarro y su gente, bajaron al llano, donde ordenaron sus escuadrones, y caminaron hácia la cuidad, con intento de irse a poner en un alto que estaba sobre la fortaleza, porque creían que viendo don Diego la pujanza de gente que tenían, no le osaría dar batalla, la cual ellos deseaban escusar por todas vías por el daño que de ella esperaban. Más Rodrigo Orgoños estaba en el camino real, con toda su gente y artillería, aguardando muy fuera deste pensamiento &c.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, y lo mismo dice Francisco Lopez de Gomara. Sobre lo cual diremos algo de lo que estos autores dejaron de decir, para que se entienda mejor la historia, que son cosas dignas de memoria. Y cuanto a lo primero (para los que no han visto el sitio do fué la batalla) decimos que fué yerro del molde decir que se iban a poner los de Pizarro en un alto que estaba sobre la fortaleza; porque la batalla se dió en un llano q' los indios llaman Cachipampa, que es campo de sal, que está más de una legua al mediodía de

la fortaleza, cerca de una hermosísima fuente de agua muy salobre, de que los moradores de aquella ciudad y su comarca hacen sal en unas grandes salinas, que siguiendo la corriente del agua tienen hechas. Que están entre la ciudad y el sitio do fué la batalla, que por haber sido tan cerca dellas la llamaron la batalla de las Salinas.

Orgoños se puso con su gente en escuadrón, con determinación de morir peleando, y no mostrar flaqueza, aunque supo y vió la pujanza de gente y arcabuces que sus contrarios llevaban; porque este caballero había militado en Italia, y en ella vencido a caballo, que era hombre de armas, una batalla singular; y como buen soldado estaba sentido de un recaudo, que dos días antes Hernando Pizarro le envió en lugar de desafío, diciendo que él y un compañero entrarían en la batalla a caballo, armados de cota y coracinas, y que sobre las armas llevarían sendas ropillas acuchilladas de terciopelo naranjado. Y que le enviaba aquel aviso para que si él o cualquiera otro le quisiese buscar, le hallase por las señas. Esto envió a decir Hernando Pizarro, como sentido de alguna cosa que en la prisión le habían hecho, indignas a su persona. Orgoños las recibió por desafío campal, y llamó al capitan Pedro de Lerma (que como se ha dicho estaba agraviado de los Pizarros, y el los había ofendido en la jornada de Amancay) y le dijo: nuestro enemigo viene tan pujante, que viene ya cantando la victoria que ha de haber de nosotros; que eso quiere decir enviarnos las señas de su persona, porque no duda del vencimiento, ni nosotros podemos quitárselo, porque nos falta de fuerza lo que nos sobra de ánimo. Pero podemos hacer que él no goce de la victoria ni la vea. Ellos son dos compañeros con las señas que dicen: pongámonos vos y yo al encuentro dellos, y hagamos de manera que mueran a nuestras manos; llevaremos siquiera vengada nuestra muerte y nuestra afrenta. Con este acuerdo se apercibieron para el día de la batalla, que fué tan cruel y sangrienta, como se verá en los capítulos siguientes.

———∾———

CAPITULO XXXVII

LA SANGRIENTA BATALLA DE LAS SALINAS.

RODRIGO Orgoños, como bravo soldado que era, apercibió su gente bien de mañana, y puso en escuadrón los infantes, con sus mangas de arcabuceros a una mano y a otra del escuadrón, aunque sus arcabuceros eran pocos, y muchos los de su contario, que fueron las que le destruyeron y vencieron. Los capitanes de la infantería eran Cristóbal de Sotelo, Hernando de Alvarado, Juan de Moscoso, Diego de Salinas. La gente de a caballo partió en dos cuadrillas; en la una fueron Juan Tello y Vasco de Guevara, y en la otra Francisco de Chaves y Rui Diaz Orgoños, como caudillo, quiso andar suelto con su compañero. Pedro de Lerma, con achaque de gobernar el campo; pero su intención no era sino tener libertad, para pasarse de una parte a otra buscando a Hernando Pizarro para encontrarse con él. Su artillería puso a un lado del escuadrón donde pudiese ofender a sus enemigos. Puso por delante un arroyo que pasaba por aquel llano, y una ciénaga pequeña que allí hay, entendiendo que fueran pasos dificultosos para sus contrarios.

Pedro de Valdivia, que era maese de campo, y Antonio de Villalva, sargento mayor, ordenaron su gente por los mismos términos que Rodrigo Orgoños la suya. Pusieron el escuadrón con muy hermosas mangas de arcabuceros que fueron los que hicieron el hecho. Hicieron dos escuadrones de a cien caballos contra los de Orgoños. Hernando Pizarro con su compañero, que se llamaba Francisco de Barahona, tomó la delantera del un escudarón de los caballos, y Alonso de Alvarado la de los otros. Gonzalo Pizarro, como general de la infantería. quiso pelear a pié. Así fueron a encontrarse con los de Almagro, y pasaron el arroyo y la ciénaga, sin contradición

de los enemigos; porque antes de pasar, les echaron una rociada de pelotas que les hizo mucho daño, y aun los desordenó de manera que con facilidad pudieron romperlos; porque los infantes y caballos se retiraron del puesto donde estaban por alejarse de la arcabucería. Lo cual visto por Orgoños desconfiado de la victoria, mandó jugar la artillería, y una pelota que entró por el escuadrón contrario, llevó cinco soldados de una hilera que los atemorizó de manera que si entraran otras cuatro o cinco, desbarataran del todo el escuadrón. Mas Gonzalo Pizarro y el maese de campo Valdivia, se pusieron delante, y esforzaron los soldados y les mandaron que con las pelotas que llevaban de alambre, tirasen a las picas de los contrarios que les hacían ventaja en ellas. Porque los de Almagro a falta de arcabuces, se habían armado de picas, y querían los de Pizarro quitárselas, porque sus caballos rompiesen el escuadrón con mas facilidad. De dos rociadas quebraron mas de cincuenta picas, como lo dicen Agustín de Zárate, y Francisco Lopez de Gomara.

Las pelotas de alambre (para los que no las han visto) se hacen en el mismo molde que las comunes, toman una cuarta o una tercia de hilo de hierro, y a cada cabo del hilo hacen un garabatillo como un anzuelo pequeño, y ponen el un cabo del hilo en el un medio molde, y el otro en el otro medio; y para dividir los medios moldes, ponen en medio un pedazo de una hoja de cobre o del hierro delgado como papel, y luego echan el plomo derretido; el cual se encorpora con los garabatillos del hilo de hierro, y sale la pelota en dos medios divididos asidos al hilo de hierro. Para echarlos en el arcabuz los juntan como si fuera pelota entera; y al salir del arcabuz se apartan, y con el hilo de hierro que llevan en medio, cortan cuanto por delante topan. Por este cortar mandaron tirar a las picas, como lo dicen los historiadores; porque con las pelotas comunes no pudieran quebrar tantas picas como quebraron. No tiraron a los piqueros por no hacer tanto daño en ellos: quisieron mostrar a sus contarios la ventaja que en los arcabuces les tenían.

Esta invención de pelotas llevó de Flandes al Perú el capitan Pedro de Vergara con los arcabuces que allá pasó. Yo alcancé en mi tierra algunas dellas, y en España las he visto y las he hecho, y allá conocí un caballero que se decía Alonso de Loaysa, natural de Trujillo, que salió de aquella batalla herido de una pelota destas que le cortó la quijada baja con todos los dientes bajos y parte de las muelas; fué padre de Francisco de Loaysa, que hoy vive en el Cosco, uno de los pocos hijos de conquistadores que gozan de los repartimientos

de sus padres. La invención de las pelotas de alambre debieron de sacar de ver echar los pedazos de cadena que echan en las piezas de artillería para que hagan mas daño en los enemigos. Volviendo al cuento de nuestra batalla, decimos, que Rodrigo Orgoños, y su compañero Pedro de Lerma, viendo el daño q' la arcabucería había hecho en los suyos, arremetieron con el escuadrón de caballos en que iba Hernando Pizarro, a ver si pudiesen matarle, que era lo que deseaban: porque la victoria de la batalla ya la veían declinarse al bando de sus enemigos. Pusiéronse bien enfrente dél y de su compañero, que por las señas de las ropillas de terciopelo naranjado, eran bien conocidos. Arremetieron con ellos los cuales salieron al encuentro con grande ánimo y bizarría. Rodrigo Orgoños que llevaba lanza de ristre, encontró a Francisco de Barahona, y acertó a darle en el barbote (en el Perú, a falta de celadas borgoñonas, ponían los de a caballo barbotes postizos a las celadas de infantes con que cubrían el rostro): la lanza rompió el barbote que era de plata y cobre, y le abrió la cabeza, y dió con él en el suelo; y pasando adelante atravesó a otro la lanza por los pechos, y echando mano al estoque, fué haciendo maravillas de su persona, más duró poco, porque de un arcabuzaso le hirieron con un perdigón en la frente, de que perdió la vista y las fuerzas.

Pedro de Lerma y Hernando Pizarro, se encontraron las lanzas, y porque eran ginetas, y no de ristre, será necesario que digamos cómo usaban dellas. Es así que entonces y después acá, en todas las guerras civiles que los españoles tuvieron, hacían unas bolsas de cuero asidas a unos correones fuertes que colgaban del arzón delantero de la silla y del pescuezo del caballo, y ponían el cuentro de la lanza en la bolsa, y la metían debajo de el brazo, como si fuera de ristre. Desta manera hubo bravísimos encuentros en las batallas que en el Perú se dieron entre los españoles; porque el golpe era con toda la pujanza del caballo y del caballero. Lo cual no fué menester para con los indios, que bastaba herirles con golpe del brazo y no de ristre. Después del primer encuentro, si la lanza les quedaba sana, entonces la sacaban del bolsón, y usaban della como de lanza gineta. Damos particular cuenta de las armas defensivas y ofensivas, que en aquella mi tierra se usaban, para que se entienda mejor lo que fuéremos diciendo. Volviendo al encuentro de Hernando Pizarro, y Pedro de Lerma, es así que por ser las lanzas largas, y blandear más de lo que sus dueños quisieran, fueron los encuentros bajos. Hernando Pizarro hirió malamente a su contrario en un muslo, rompiéndole las coracinas y la cota que llevaba puesta. Pedro de Lerma dió

al caballo de Hernando Pizarro en lo alto del copete: de manera que con la cuchillada del hierro de la lanza, cortó algo de el pellejo, y rompió las cabezadas y dió en lo alto del arzón delantero: que (con ser la silla de armas) lo desencajó y sacó de su lugar, y pasando delante la lanza, rompió las coracinas y la cota, y hirió a Hernando Pizarro en el vientre, no de herida mortal, porque el caballo del bravo encuentro de la lanza, se deslomó a aquel tiempo, y cayó en tierra, y con su caída libró de la muerte al caballero; que a no suceder así se tuvo por cierto que pasara la lanza de la otra parte. En este paso, loando ambos historiadores las proezas de Orgoños, dicen casi unas mismas palabras: las últimas de Agustín de Zárate en aquella loa, son las que se siguen: y cuando Rodrigo Orgoños acometió, le hirieron con un perdigón de arcabuz en la frente, habiéndole pasado la celada, y él con su lanza, después de herido, mató dos hombres, y metió un estoque por la boca a un criado de Hernando Pizarro, pensando que era su amo, porque iba muy bien ataviado. Hasta aquí es de Zárate. Sobre lo cual es de advertir que quien dió en España la relación desta batalla, debió de ser del bando contrario de Hernando Pizarro; porque en su particular la dió siniestra. Que dijo que Hernando Pizarro vistió a un criado suyo con las vestiduras y divisa que había dicho que sacaría el día de la batalla; para que los que le buscasen (mirando por el criado ataviado) se descuidasen dél. En lo cual le motejó de cobarde y pusilanimo; y esta fama se divulgó por toda España; y fué al Perú; y el Consejo real de las Indias para certificarse deste particular, llamó a un soldado famoso que se halló en aquella batalla, de don Diego de Almagro, que se decía Silvestre Gonzalez; y entre otras cosas le preguntó, si en el Perú tenían a Hernando Pizarro por cobarde. El soldado, aunque de bando contrario, dijo, abonándole todo lo que de Hernando Pizarro y de su desafío, y de Orgoños, y de los compañeros, hemos dicho que era la pública voz y fama de aquella batalla. Esto pasó en Madrid en los últimos años de la prisión de Hernando Pizarro, y que fueron veinte y tres; y el soldado me contó a mí lo que le pasó en el Consejo real de las Indias. El que echó la mala fama para darle color, dijo que era criado, el que decimos que era compañero. Dijo que iba muy ataviado: y fué verdad, porque llevaba la misma divisa de Hernando Pizarro, que era la ropilla de terciopelo naranjado muy acuchillada. Quitó de la verdad, y añadió de lo falso en hacer criado al que era compañero. Viendo los suyos a Hernando Pizarro caído, entendiendo que era muerto, arremetieron con los de don Diego de Almagro, y los unos y los otros pelearon bravísimamente con mucha mortan-

dad de ambas partes; porque encendió el fuego más de lo que pensaron, y se hirieron y mataron con grandísima rabia y desesperación como si no fueran todos de una misma nación ni de una religión, ni acordándose que habían sido hermanos y compañeros en armas, para ganar aquel imperio con tanto trabajo como lo ganaron. Duró la pelea sin reconocer la victoria mucho más tiempo del que se imaginó; porque los de Almagro aunque eran muchos menos en número, eran iguales en valor y ánimo a los de Pizarro, y así resistieron la pujanza de los enemigos y la ventaja de los arcabuces a costa de sus vidas, vendiéndolas bien hasta que se vieron consumidos, muertos y heridos; y los que pudieron volvieron las espaldas. Entonces se mostró más cruel la rabia con q' habían peleado; que aunque los vieron vencidos y rendidos, no los perdonaron; antes mostraron mayor saña, como lo dicen casi por unas mismas palabras, Agustín de Zárate, libro tercero, capítulo once, y Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y cuarenta y uno; y las de Gomara, sacadas a la letra, son las que se siguen en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXVIII

LAMENTABLES SUCESOS QUE HUBO DESPUES DE LA BATALLA DE LAS SALINAS

ACUDIERON luego los de Almagro y Gonzalo Pizarro por su parte, y pelearon como todos los españoles bravísimente; mas vencieron los Pizarros, y usaron cruelmente de la victoria, aunque cargaron la culpa dello a los vencidos con Alvarado en la puente de Amancay, que no eran muchos y queríanse vengar. Estando Orgoños rendido a dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando también uno rendido, y a las ancas el capitán Rui Diaz, le dió otro una lanzada que lo mató; y así mataron otros muchos, después que sin armas los vieron. Samaniego a Pedro de Lerma, a puñaladas en la cama de noche. Murieron peleando los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Alvarado, y tantos españoles, que si los indios como lo habían platicado dieran sobre los pocos heridos que quedaban, los pudieran fácilmente acabar: mas ellos se embebecieron en despojar a los caídos dejándolos en cueros, y en robar los reales, que nadie los guardaba; porque los vencidos huían, y los vencedores perseguían. Almagro no peleó por su indisposición, miró la batalla de un recuesto, y metióse en la fortaleza como vió vencidos los suyos. Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado lo siguieron y prendieron, y lo echaron en las prisiones en que los había tenido.

Hasta aquí es de Gomara, con que acaba aquel capítulo. De las cosas notables que aquel día pasaron, que este autor dejó de decir, diremos algunas; la una dellas fué, que llevando un caballero a las ancas a Hernando de Sotelo, deudo de Cristóbal de Sotelo; que iba rendido, le tiró un soldado un arcabuzaso y lo mató, y hirió al que lo llevaba a las ancas, aun-

que la herida no fué mortal. Hicieron esta crueldad con Hernando de Sotelo, entendiendo que era su pariente Cristóbal de Sotelo; al cual traían los de Pizarro entre ojos, por haber dado a Orgoños el consejo que atrás se dijo, que diese la batalla a Hernando Pizarro cuando él, y su gente estaban mareados, a la salida de los Llanos. Causóle la muerte otro soldado que dijo: aquí traen a Sotelo, y el arcabucero no le conociendo le tiró, entendiendo que hacía servicio muy agradable a los de su bando por el odio común que le tenían. Otras muchas crueldades hicieron los victoriosos, indignas de la nación española; tanto que afirmaban haberse muerto después de rendidos mas gente que no en la batalla peleando. La muerte de Pedro de Lerma fué otra crueldad barbarísima; y porque lo fué tanto, será bien que se cuente cómo pasó. Como se ha dicho, Lerma salió muy mal herido de la batalla, así de la herida que Hernando Pizarro le dió, como de otras que recibió peleando: fuése a curar a casa de un amigo suyo, que yo en mis niñeces alcancé, que se decía Pedro de los Ríos. de la muy noble sangre que (muchas entre otras) hay en esta real ciudad de Córdoba. Un soldado que se decía Juan de Samaniego, estaba afrentado de Pedro de Lerma; por lo cual anduvo a buscarle después de la batalla para vengarse de él. Dos días después supo que estaba herido en casa de Pedro de los Ríos: fué allá, y como hombre victorioso, hallando la casa desamparada de gente que le contradijese, porque todo andaba como en tiempo de guerra, la anduvo toda, hasta que halló a Pedro de Lerma en una pobre cama y sentándose sobre ella, le dijo con mucha flema: señor Pedro de Lerma, yo vengo a satisfacer mi honra, y a mataros, por una bofetada q' me disteis en tal parte. Pedro de Lerma dijo: señor, bien sabeis que fuisteis vos el agresor de esa pendencia, y por vuestras demasías fuí forzado a dárosla, porque no cumplía con menos. Poca o ninguna satisfacción será para vuestra honra matar ahora a un hombre herido que se está muriendo en una cama. Si Dios me diere la vida, os empeño la fé de daros la satisfacción que me pidiéredes, de palabra o por escrito, con todos los requisitos que en todo rigor de soldadesca fueren menester, porque quedéis satisfecho y contento. No, voto a tal, dijo Samaniego, que no quiero aguardar tanto, sino mataros luego, porque así conviene a mi honra. Antes la perdéis que la ganáis, dijo Pedro de Lerma, en matar a un hombre que está medio muerto. Pero si yo vivo, yo os la satisfaré por entero. Estas propias palabras del uno y del otro las repitieron ellos mesmos tres y cuatro veces, amenazando el uno con la muerte, y ofreciendo el otro la satisfacción; y al cabo de todo aquel espacio, cuando

Pedro de Lerma pudo entender que su contrario se contentaba con la promesa, y con haberle puesto en aquel trance (que en todo el rigor de la soldadesca bastaba para quedar satisfecho) se levantó Samaniego, y echando mano a la daga, le dió muchas puñaladas, hasta que lo vió muerto. Luego salió a la plaza, y se loó de haber muerto a puñaladas al capitán Pedro de Lerma, en satisfacción de su honra. Y pareciéndole que engrandecía mucho su hazaña, contaba palabra por palabra, las que cada uno dellos había dicho, y las veces que se habían repetido; con lo cual traía enfadados a todos los que le oían, porque donde quiera que se hallaba no hablaba en otra cosa, hasta que su misma jactancia le causó la muerte, porque el castigo fuese de su propia mano, como lo había sido el delito. Y aunque lo anticipemos de su tiempo y lugar, será bien lo contemos aquí, porque los oyentes pierdan el enojo que las crueles entrañas de Samaniego pueden haberles causado, que cierto fueron abominadas en el Perú. Es así, que cinco años después de lo q· se ha dicho, estando ya el reino quieto y pacífico de las pasiones q· entre Pizarro y Almagro habían pasado, Juan de Samaniego, residiendo en Puerto Viejo, no olvidaba las suyas, antes las traía perpétuamente en su boca loando su hazaña; y para mas la engrandecer decía a cada paso, que en satisfacción de su honra, había muerto a puñaladas un capitán q' había sido teniente general del gobernador don Francisco Pizarro, y que no le había hablado nadie sobre eso: con esto decía otras cosas de gran soberbia. Cansado ya de oírselas un alcalde ordinario de aquel pueblo, le envió a decir con un amigo del Samaniego, que no dijese aquellas cosas, que sonaban mal, ni convenía a su honra decirlas: que pues ya había vengado su injuria, se diese por contento y no hablase mas en ello. Samaniego en lugar de tomar y agradecer el buen consejo, se enojó malamente; y saliendo a la plaza, vió que el alcalde y otros quince o veinte españoles (que pocos mas moradores había en el pueblo) estaban hablando en buena conversación, fuése a ellos y entrando en la rueda, con aspecto airado dijo: basta, que no falta a quien le pesa de la satisfacción de mi honra, y de la muerte que dí a Pedro de Lerma. Quien quiera que es, hable claro y en público, y no con recaudos secretos: que voto a tal, que soy hombre para responderle y darle otras tantas puñaladas, aunque sea quien se quisiere. El alcalde, viendo que lo decía por él, arremetió a Samaniego y echándole mano a los cabezones, dijo en alta voz: aquí del rey, favor a la justicia contra un traidor homicida. Los circunstantes asieron de Samaniego, y lo metieron en una casa, que todos estaban enfadados de sus demasías. El alcalde hizo

una información de cuatro testigos de las mismas cosas que habían oído decir a Samaniego, cómo había muerto a Pedro de Lerma, el cual era capitán de su majestad, y que en la conquista había servido mucho a la corona real, haciendo oficio de teniente general del marqués don Francisco Pizarro, y que lo mató herido en la cama, y no en la batalla. Con esta información le condenó a muerte; y entre tanto que los testigos hacían sus dichos, hicieron los indios en la plaza una horca de tres palos. Sacaron a Samaniego a pié, y haciendo los indios el oficio de pregonero en su lengua, y el de verdugo, lo ahorcaron. Fué una justicia que agradó a cuantos la vieron y oyeron.

Volviendo al hilo de nuestra historia, decimos, que los indios no ejecutaron contra los españoles, lo que habían concertado de matarlos a todos después de la batalla, porque bien imaginaron cuáles habían de quedar los unos y los otros. Dejaron de hacerlo, porque Dios que los guardaba para la enseñanza de su santo Evangelio, no permitió que la discordia entrase entre los indios; porque los criados familiares de los españoles, por la natural lealtad que a sus amos tenían, no consintieron en la muerte de ellos. Dijeron que antes morirían defendiéndoles, que ofenderles: que se acordasen q' sus reyes Huaina Capac, y Manco Inca su hijo les habían mandado que sirviesen y agradasen a los españoles. Por esta contradición cesó la mala intención que los indios no familiares tenían. También fué mucha parte para no ejecutar su maldad, no tener los indios caudillo que los gobernara, que si lo hubiera, no libraran bien los vencidos ni los vencedores, como dicen sus historias.

Dióse aquella batalla a seis de abril, de año de mil y quinientos y treinta y ocho, sábado siguiente al viernes de Lázaro; por cuya devoción por haber sido tan cerca de su día, hicieron los españoles una iglesia que yo dejé en pié en el mismo llano do fué la pelea. En la cual enterraron todos los que de una parte y de la otra murieron; y aunque hay quien diga que fué a veinte y seis, decimos que fué yerro del impresor o relator, que por decir seis dijo veinte y seis. El P. Blas Valera, escribiendo las grandezas de la ciudad del Cusco toca esta batalla y dice: hay en el campo aquel una iglesia de San Lázaro, donde estuvieron mucho tiempo enterrados los cuerpos de los que en ella iban muriendo. Un español noble y piadoso de los conquistadores iba muchas veces a ella a rogar a Dios por aquellos difuntos. Acaeció que al cabo de muchos días que continuaba su devoción, oyó en la iglesia gemidos y voces llorosas, y se le apareció un amigo suyo de los que allí murieron; pero no le dijo nada, mas de visitarle muchas veces de día y de noche

a ciertas horas. A los principios hubo el español gran temor, mas con la costumbre y por las amonestaciones de su confesor que era el P. Andres López, de la Compañía de Jesús, lo fué perdiendo, y pasó adelante en su devoción, orando no solo por su amigo, sino por todos aquellos difuntos, pidiendo a otros que ayudasen con sus oraciones y limosnas. Y por su consejo y solicitud, los mestizos, hijos de aquellos españoles y de indias, pasaron año de mil y quinientos y ochenta y uno los huesos de sus padres a la cuidad del Cosco, y los enterraran en un hospital, donde hicieron decir muchas misas, y hicieron grandes limosnas y otras obras pías, a las cuales acudió toda la ciudad con gran caridad, y desde entonces cesó aquella visión.

Hasta aquí es del P. Blas Valera. Resta decir la suma de las crueldades que después de aquella lamentable batalla se hicieron, que fué la muerte del buen Diego de Almagro, que causó la total destruición del un gobernador y del otro, y !a de los más de sus valedores, y la de todo el Perú en común. La cual cuentan los dos historiadores por unos mismos términos. Agustín de Zárate, libro tercero, capítulo doce, y Francisco López de Gomara, capítulo ciento y cuarenta y dos, cuyas palabras, sacadas a la letra, son las del capírtulo siguiente.

———

CAPITULO XXXIX

LA MUERTE LASTIMERA DE DON DIEGO DE ALMAGRO

CON la victoria y el prendimiento de Almagro enriquecieron unos y empobrecieron otros; que usanza es de guerra, y mas de la que llaman civil, por ser hecha entre ciudadanos, vecinos y parientes. Fernando Pizarro se apoderó del Cosco sin contradición, aunque no sin murmuración. Dió algo a muchos, que a todos era imposible; mas como era poco para lo que cada uno que con él se halló en la batalla pretendía, envió los más a conquistar nuevas tierras donde se aprovechasen; y por no quedar en peligro y cuidado enviaba los amigos de Almagro con los suyos. Envió también a los Reyes, en son de preso, a don Diego de Almagro el mozo, porque los amigos de su padre no se amotinasen con él. Hizo proceso contra Almagro, publicando que era para enviarlo juntamente con él preso a los Reyes, y de allí a España; mas como le dijeron que Mesa y otros muchos habían de salir al camino y soltarlo, o porque lo tenía en voluntad, por quitarse de ruido sentencióle a muerte. Los cargos y culpas fueron que entró en el Cusco mano armada, y causó muchas muertes de españoles: que se concertó con Mango Inga contra españoles; que dió y quitó repartimientos sin tener facultad de el emperador: que había quebrado las treguas y juramentos; que había peleado contra la justicia del rey en Abancay y en las Salinas. Otros hubo también que calló, por no ser tan acriminadas. Almagro sintió grandemente aquella sentencia, dijo muchas lástimas que hacían llorar a muy duros ojos. Apeló para el emperador, mas Fernando (aunque muchos se lo rogaron ahincadamente) no quiso otorgar la apelación. Rogóselo el mismo que por amor de Dios no lo matase: díjole que mirase como no lo había el muerto pudiendo, ni derramado sangre de pariente o amigo suyo, aunque los había tenido en

su poder. Que mirase como él había sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, a la cumbre de la honra que tenía. Díjole que mirase cuán viejo, flaco y gotoso estaba, y que revocase la sentencia por la apelación, para dejarle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes días que le quedaban, para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro a estas palabras que ablandaran un corazón de acero, y dijo: que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto a la muerte. El replicó, que pues Cristo la temía, no era mucho temella él; mas que se confortaría, que según su edad no podía vivir mucho. Estuvo Almagro recio de confesar, pensando librarse por allí, ya que por otra vía no podría; empero confesóse, hizo testamento, y dejó por herederos al rey y a su hijo don Diego. No quería consentir la sentencia de miedo de la ejecución, ni Fernando Pizarro otorgar la apelación, porque no la revocasen en consejo de Indias, y porque tenía mandamiento de Francisco Pizarro. En fin la consintió. Abogáronle por muchos ruegos en la cárcel, y después lo degollaron públicamente en la plaza del Cusco, año de mil y quinientos y treinta y ocho. Muchos sintieron mucho la muerte de Almagro y lo echaron menos; y quien más lo sintió (sacando a su hijo) fué Diego de Alvarado, que se obligó al muerto por el matador, y que libró de la muerte y de la cárcel al Fernando Pizarro, de el cual nunca pudo sacar virtud sobre aquel caso por más que se lo rogó. Y así vino luego a España a querellarse de Francisco Pizarro y de sus hermanos, y a demandar la palabra y pleitesía a Fernando Pizarro delante del matador; y andando en ello murió en Valladolid donde la corte estaba. Y porque murió en tres o cuatro días, dijeron algunos que fué de yerbas. Era Diego de Almagro natural de Almagro: nunca se supo de cierto quien era su padre, aunque se procuró: decían que era clérigo. No sabía leer, era esforzado, diligente, amigo de honra y fama, franco, mas con una vanagloria, ca querían supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Perdonó más de cien mil ducados, rompiendo las obligaciones y conocimientos a los que fueron con él a Chili: liberalidad de príncipe más que de soldado; pero cuando murió no tuvo quien le pusiese un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto menos cruel fué: cá nunca quiso matar a hombre que tocase a Francisco Pizarro. Nunca fué casado; empero tuvo un hijo en una india de Panamá que se llamó como él, y se crió y enseñó muy bien; mas acabó mal, como después diremos.

Hasta aquí es de Gomara, y como arriba se dijo también lo dice Agustín de Zárate. Sobre lo cual para mayor inteligencia es necesario digamos algo. Pretendió Fernando Pizarro después de la victoria alejar de sí los enemigos, por no quedar en peligro de que lo matasen: porque con las crueldades que después de la batalla se hicieron quedaron tan enemistados y tan odiosos los dos bandos, que aunque Hernando Pizarro hizo todo lo que pudo para hacer amigos, los más principales no le fué posible; antes de día en día mostraban más al descubierto su odio y su rencor, hablando libremente de vengarse en pudiendo. Por otra parte los amigos también se le hacían enemigos, por verse engañados de sus esperanzas, porque cada uno se había prometido toda una provincia. Y aunque Hernando Pizarro, como dice Gomara, dió algo a muchos, que a todos era imposible, quedaron los más de los amigos muy descontentos tan bien como los enemigos. Y para librarse del cuidado de la gratificación destos, y del temor y recato de guardarse de aquellos, dió en enviar los unos y los otros a nuevas conquistas, como se dirá en el capítulo siguiente.

Almagro fué condenado a muerte, y sus bienes confiscados para la cámara de su majestad. A los pirncipios no tuvo Hernando Pizarro intención de matarle, sino de enviarle a España con la información contra él hecha; más como vió que se tomaba mal su prisión, y que muy al descubierto decían que lo habían de soltar, porque decían que las culpas que le imponían mas eran suyas que de Almagro, porque el había sido principal causa de las discordias de los dos gobernadores. Que si él no incitara al marqués su hermano contra Almagro, nunca llegaran sus pasiones a lo que llegaron, y que quería vengar sus enojos haciéndose justicia, y despojar de su gobernación al que había sido mas parte y gastado más hacienda para ganar aquel imperio que todos los Pizarros: todo lo cual no era de sufrir, sino que las piedras se habían de levantar contra ellos. Oyendo estas cosas Hernando Pizarro, y sabiendo en particular que uno de los capitanes, llamado Gonzalo de Mesa, que le había servido de capitán de su artillería (por haber quedado sin paga y agraviado, como luego diremos) trataba de salir con sus amigos al camino, y soltar a Almagro cuando lo llevaran preso, se precipitó y determinó de matar a don Diego, por parecerle que quitándole de enmedio se acabarían aquellas pasiones, y quedarían todos en paz y quietud. Todo lo cual sucedió en contra, como se verá por la historia. Lo que Gomara dice que nunca se supo quien fué su padre de don Diego aunque se procuró. Es así que lo mismo dice

Agustín de Zárate, y que se decía que fué echado a las puertas de la iglesia. Todo lo cual se puede llevar bien, porque a los tales la iglesia católica los dá por bien nacidos, y los admite a todas sus dignidades y prelacías, mas lo que Gomara añade que decían de ser algunos envidiosos de malas entrañas y de ánimas condenadas los que lo decían, que no pudiendo deslustrar sus grandes hazañas, le hiciesen con sus lenguas ponzoñosas mal nacido, sin averiguación ni apariencia de verdad. Los hijos de padres no conocidos deben de ser juzgados por sus virtudes y hazañas; y siendo sus hechos tales como los del adelantado y gobernador don Diego de Almagro, se ha de decir que son muy bien nacidos, porque son hijos de su virtud y de su brazo derecho. A los hijos de los padres muy nobles ¿qué les aprovecha su nobleza si ellos las desmerecen, no confirmándola con sus virtudes?. Porque la nobleza nació dellas, y con ellas se sustentan. De manera que podemos decir con mucha verdad que don Diego de Almagro fué hijo de padres nobilísimos que fueron sus obras. Las cuales han engrandecido y enriquecido a todos los príncipes de el mundo, como largamente quedó atrás probado.

Decimos pues, que este hombre tan heroico, fué ahogado en la cárcel (que bastaba) y degollado en la plaza para mayor lástima y dolor de los que le vieron: porque su edad pasaba de los sesenta y cinco años, y su salud andaba tan quebrantada, que cuando no le apresuraran la muerte, se entendia que estaba ya muy cerca. Decían los maldicientes, que para mayor muestra de el odio que le tenían, y por vengarse de él, le habían muerto dos veces. El verdugo, por gozar de su preminencia y despojo, le desnudó y dejó en camisa y aun esa le quitara si no se lo estorbaran. Así estuvo en plaza mucha parte del día, sin que hubiese enemigo ni amigo que della lo sacase; porque los amigos vencidos y rendidos no podían, y los enemigos, aunque muchos de ellos se dolieron del muerto, no osaron en público hacer nada por él, por no enemistarse con sus amigos. Porque se vea de que manera paga el mundo a los que mayores hazañas hacen en su servicio. Ya bien cerca de la noche vino un negro que había sido esclavo del pobre difunto, y trujo una triste sábana, cual la pudo haber, o de su pobreza o de su limosna, para enterrar a su amo, y envolviéndole en ella en compañía de algunos indios que habían sido ciervos de don Diego, lo llevaron a la iglesia de nuestra Señora de las Mercedes. Y los religiosos usando de su caridad, con muchas lágrimas lo enterraron en una capilla que está debajo del altar mayor. Así acabó el gran don Diego de Almagro, de quien

no ha quedado otra memoria que la de sus hazañas, y lástima de su muerte. La cual parece que fué dechado y ejemplar de la que en venganza de esta dieron al marqués don Francisco Pizarro, porque fué muy semejante a ella como adelante veremos, para que en todo fuesen iguales y compañeros estos dos ganadores y gobernadores de aquel grande y riquísimo imperio del Perú.

CAPITULO XL

LOS CAPITANES QUE FUERON A NUEVAS CONQUISTAS, Y LA VENIDA DE HERNANDO PIZARRO A ESPAÑA, Y SU LARGA PRISION.

HABIENDO preso Hernando Pizarro a don Diego de Almagro, envió muchos capitanes a nuevas conquistas, así por librarse de la importunidad de los amigos, como de la sospecha y temor de los enemigos. Envió a su mease de campo Pedro de Valdivia, con mucha y muy buena gente a la conquista del reino de Chili, que don Diego de Almagro desamparó. Donde tuvo Valdivia la fortuna tan próspera, cuan adversa, como se vió en la vida del Inca Yupanqui, décimo rey que fué del Perú. Fué con él Francisco de Villagra (que yo conocí después) y Alonso Monroy. A la bahía de San Mateo donde anduvo Garcilaso de la Vega, envió al capitán Franscico de Olmos. Gomara hablando de estas conquistas, capítulo ciento y cuarenta y tres, dice lo que se sigue.

Gomez de Alvarado fué a conquistar la provincia de Guanucu. Francisco de Chaves a guerrear a los Conchucos que molestaban a Trujillo y a sus vecinos, y que traían un ídolo en su ejército, a quien ofrecían el despojo de sus enemigos, y aun sangre de cristianos. Pedro de Vergara fué a los Bracamoros, tierra junto al Quito por el Norte. Juan Perez de Vergara fué hácia los Chachapoyas; y Alfonso de Mercadillo a Mullubamba; y Pedro de Candía a encima del Collao. El cual no pudo entrar donde iba, por la mucha maleza de aquella tierra, o por la de su gente, cá se le amotinó mucha de ella, que amigos eran de Almagro con Mesa, capitán de la artillería de Pizarro. Fué allá Fernando Pizarro, y degolló al Mesa por amotinador, y porque había dicho mal de Pizarros, y tratando de ir a soltar a Diego de Almagro, si a los Reyes lo llevasen. Dió los trecien-

tos hombres de Candia a Peranzures, y enviole a la misma tierra y conquista. De esta manera se desparcieron los españoles, y conquistaron más de trecientas leguas de tierra en largo, Leste o casi Oeste, con admirable presteza, aunque con infinitas muertes. Fernando y Gonzalo Pizarro sujetaron el Collao, tierra mas rica de oro, que chapan con ellos los oratorios y cámaras, y abundante de ovejas, que son algo acamelladas de la cruz adelante, aunque mas parecen ciervos.

Hasta aquí es de Gomara, y poco más abajo en el mismo capítulo dice: tornóse Fernando Pizarro al Cusco, donde se vió con Francisco Pizarro, que hasta entonces no se habían visto, desde antes que Almagro fuera preso. Hablaron muchos días sobre lo hecho, y en cosas de gobernación. Determinaron que Fernando viniese a España, a dar razón de ambos al emperador, con el proceso de Almagro y con los quintos y relaciones de cuantas entradas habían hecho. Muchos de sus amigos que sabían las verdades, aconsejaron a Fernando Pizarro que no viniese, diciendo, que no sabían cómo tomaría el emperador la muerte de Almagro, especial estando en corte Diego de Alvarado, que los acusaba, y que muy mejor negociarían desde allí que allá. Fernando Pizarro decía, que le había de hacer grandes mercedes el emperador por sus muchos servicios, y por haber allanado aquella tierra, castigando por justicia a quien la revolviera. A la partida rogó a su hermano Francisco, que no se fiase de almagrista ninguno, mayormente de los q' fueron con él a Chile, porque los había hallado muy constantes en el amor al muerto. Y avisóle que no los dejase juntar porque le matarían, cá el sabía que en estando juntos cinco dellos, trataban de lo matar. Despidióse con tanto, y vino a España y a la corte con gran fausto y riqueza: mas no se tardó mucho, que lo llevaron de Valladolid a la Mota de Medina del Campo, de donde aún no ha salido. Con esto acaba Gomara aquel capítulo, para cuya mejor inteligencia es de saber, que Gonzalo de Mesa, aunque había servido a Hernando Pizarro de capitán de artillería, quedó como otros muchos muy desdeñado dél, así porque no le había gratificado, como que lo había mandado a la conquista debajo de la bandera del capitan Pedro de Candia, que quisiera le honraran con hacelle caudillo de todos. Viéndose pues sin honra ni provecho, se atrevió a hablar mal de Hernando Pizarro, y decir que había de quitar de la prisión a don Diego de Almagro cuando lo llevasen preso a los Reyes. Para lo cual, muy al descubierto y sin considerar el riesgo de su vida, convocó amigos haciéndolos del bando de Almagro, y halló muchos que le acudieron. Lo cual obligó a Hernando Pizarro, a que fuese a toda diligencia

a donde Mesa estaba, que era en el Collao, que se había vuelto con Pedro de Candía de la entrada do habían ido, que era la de los Mussus, que está al Oriente del Collao, tierra de grandes montañas y ríos caudalosos, como dijimos largo en la vida del rey Inca Yupanqui. Por estas dificultades no habían podido aquellos españoles hacer la conquista, y se habían vuelto al Collao, donde Hernando Pizarro los halló y degolló al Gonzalo de Mesa, y quitó la gente a Pedro de Candía, y se la dió a un caballero que se decía Peranzures de Campo Redondo. El cual fué a la entrada, y hizo más que los pasados; pero sus trabajos por grandes que fueron, también salieron vanos y sin provecho por la maleza de la tierra. Pedro de Candía se dió por agraviado de que le descompusiesen de la gente para componer a otro con ella, y guardando este desdén en su pecho, se pasó el tiempo adelante al bando de los Almagros; donde acabó mal como en su lugar diremos. Hernando Pizarro, por mucho que Candía disimuló su queja, no dejó de entendérsela, porque el rostro del hombre, aunque la lengua calle, dice lo que en su corazón hay de pesar o de placer: lo mismo sintió de otros muchos. Por lo cual, viendo que cuanto más procuraba menoscabar los enemigos, tanto más se multiplicaban, determinó matar a don Diego de Almagro, como lo hizo volviendo al Cosco, del viaje del Collao. Pareciéndole que quitada la causa de aquellos motines y discordias, se acabarían todas, y quedarían en toda paz y quietud, y sucedió en contra. Porque con la muerte tan lastimera de don Diego de Almagro se hizo tan odioso Hernando Pizarro, que tuvo por mejor y más seguro venir a pleitear a España, aunque Diego de Alvarado estaba en ella acusándole, que quedar en el Perú, donde sin duda alguna lo mataran los de Almagro. Y como Hernando Pizarro era discreto, elijió por menos mal la venida a España. contra el parecer de sus amigos; porque entendió, que justificando su causa con haber allanado aquel imperio, y con los muchos servicios que en la conquista dél hizo, y por los excesivos trabajos que en el cerco del Cosco pasó, y mediante la mucha riqueza que de su majestad y suya traía, negociara mejor por mal que negociase, que aguardar que le matasen sus enemigos. Los cuales viéndole fuera del reino, y que no podían vengarse dél, pasaron el odio q' le tenían al marqués su hermano, y no pararon hasta que lo mataron, como adelante se dirá. Llegado Hernando Pizarro a España, le acusó Diego de Alvarado rigurosísimamente, pidiendo que le hiciesen justicia, en una de las dos salas, o en la de la justicia civil, o en la de lo militar, donde su majestad fuese servido; porque dijo, q' lo desafiaba a batalla singular donde le probaría con las ar-

mas que era quebrantador de su fe y palabra, y que eran suyas las culpas que imponía a don Diego de Almagro. Acusóle otras muchas cosas, que por escusar prolijidad las dejaremos. Por las cuales llevaron a Hernando Pizarro preso a la Mota de Medina del Campo; y siguiendo su pleito Diego de Almagro, le acusó de algunos presentes y dádivas muy ricas que había hecho de oro y plata, y piedras preciosas, y algunas probó con la demostración dellas mesmas, que fué causa de que se descompusiesen algunas personas graves. Decimos esto en confuso, por ser materia odiosa, y porque Diego de Alvarado falleció siguiendo con tantas veras su demanda; y porque su muerte fué muy en breve, se sospechó (como dice Gomara) que fué de yerbas; pero él dejó su queja tan bien formada, que hubo graves sentencias sobre ella. Mas al cabo se moderaron, y salió de la prisión Hernando Pizarro el año de mil y quinientos y sesenta y dos; habiendo estado en ella veinte y tres años, con gran valor de ánimo, que lo mostró tal en todas las adversidades, que la fortuna le envió con la muerte de sus hermanos, y las de sus sobrinos, con la enagenación de sus indios, con el increíble gasto y costas de su prision y pleitos. Todo lo cual le dió el mundo en pago de sus grandes hazañas, e innumerables trabajos que pasó en ayudar al marqués don Francisco Pizarro su hermano, en la conquista de aquel imperio, haciendo oficio de capitán general, como siempre lo hizo. Y con esto será bien demos fin al libro segundo, dando gracias a Dios nuestro Señor que nos dejó llegar aquí.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

LIBRO NOVENO

PAG.

PAG.

LIBRO PRIMERO

DE LA SEGUNDA PARTE

LIBRO II

PAG.

PAG.

Lista de los suscritores a la Colección de historiadores clásicos del Perú

Supremo Gobierno
H. Concejo Provincial de Lima
Beneficencia del Callao
Universidad Mayor de San Marcos
Facultad de Letras
Facultad de Ciencias
Facultad de Medicina
Profesores de Jurisprudencia
Sociedad Geográfica de Lima
Escuela de Ingenieros
Escuela Normal de Preceptores
Biblioteca de la Escuela Militar
Colegio de Guadalupe
Federación Universitarios del Perú
Cuerpo de Ingenieros de Minas
Excmo. Sr. Pdte. de la República

Aljovín Miguel Dr.
Almeida Arnaldo Dr.
Aspíllaga Antero
Alvarez Sáenz Jorge
Avendaño Leonidas Dr.
Alcántara César A.
Arnao Aurelio
Alayza y Paz Soldán Francisco
Albertis Alfredo de
Alvarado L.
Ayarsa Victor
Alaiza y Roel Carlos
Antunes Caytano
Astete y Concha Enrique

Barreda y Laos Felipe Dr.
Barreto Anselmo Dr.
Balta José Ing.
Bentín Ricardo
Bernales José Carlos
Beas Lizardo
Belaúnde Victor A. Dr.
Benvenutto M.
Basadre Carlos
Borja García y U. H.
Borja G. Ernesto
Biblioteca del Estado Mayor del Ejército
Barreto Benjamin Dr (Buenos Aires)
Boza E.
Balarezo Román
Biblioteca Ministerio de Fomento
Biblioteca Pública (Arequipa)
Bonilla M. C.
British Mureum
Ballivián Manuel Vicente

Castro Fr, Gregorio (Obispo)
Castillo Daniel I. Dr.
Cornejo Mariano H. Dr.
Cáceres Zoila Aurora
Cúneo Vidal Rómulo
Cazorla José Alberto
Calvo Perez Manuel
Casinelli Pablo
Corta Fr. Ladislao de
Casimir Cipriano
Cosio José Gabriel Dr.
Castañón José Dr.
Cancino J. T. Dr.
Canaval Mansueto Dr.
Cáceres Vega Fray Inocencio (Buenos Aires)
Carbajal Ascención
Cornejo Gustavo Dr.
Concha Carlos Dr.
Caparó Muñiz J. L.
Convento de San Francisco
Carcovich Aquiles
Centro Cerreño
Castro y Sanchez J. A.
Cámara de Senadores
« « Diputados
Casanova Juan Antonio (Canóng.)
Calle Juan José Dr.
Club de la Unión
Club Nacional
Carmona Nicanor M.
Convento de Santo Domingo
Chopitea J. Ignacio
Costa y Cavero Ramón
Costa y Laurant F.

Dávalos Lissón Pedro
Director Colegio Alemán
Dirección General de Correos
Director Colegio de Guadalupe.

Dávila Fernández G. Dr.
Denegri Luis Ernesto
Delgado Tomás Fr.

Eléspuru Juan N. Gral.
Elguera Federico
Encinas J. A. Dr.
Eguiguren Luis Dr.
Einfelt Carlos
Eizaguirre R. Dr.
Escuela Nacional de Bellas Artes
Eceta S. M.

Falconl Teófilo Dr.
Festini Esther Dra.
Florez Ricardo Dr.
Ferreyros Manuel O.
Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires.)
Fernández Concha Aurelio Dr.
Hernández Fernando

Gálvez Aníbal Dr.
Gamarra Hernández Enrique
García Calderón E.
García Arturo Dr.
García Irigoyen David Dr.
Gardini Federico
Góngora Luis
Gagliniffi Pascual
González Olaechea M. Dr.
Gamio Ignacio
Giraldo Santiago Dr.
Girón Manuel N.
Graña Francisco Dr.
Garland Antonio
Garay Juen H. (Canónigo)
Goytizolo Enrique
Gómez Teodomiro
Gálvez Luis Dr.
Gusmán Alfredo
Hurtado Pedro Dr. (párroco)
Hessler Michelsen
Herrera Genaro Dr.
Herrera Fortunato L. Dr.
Haward Calleja Library

Iberlco Rodriguez M. Dr.
Ibarra Manuel
Ibarra Eliseo Miguel
Izaguirre Bernardino (Rdo. P.)
Irigoyen Pedro Dr.
Izcue José Augusto de
Izcue Luis

Jancke F.
Jerí Ricardo

Lavalle Juan Bautlsta de Dr.
Lavalle y García José A. Ing.
Legula A—(Chiclayo)
Leguía y Martínez German Dr.
Larco A.

La Jara y Ureta José María, Dr.
Loayza Francisco A.
Library of the University of Ilinois—Urbana
Larco Herrera Alberto (Trujillo)
Lafone Quevedo Samuel A. (Buenos Aires)
Loayza Luis
López Lizardo
Luna Ricardo José
Llerena Enrique
Lloza y Rivero E. R.

Morales Macedo Carlos Dr.
Menéndez Julio Dr.
Means Amsworlh P.
Mac-Lean Ricardo
Muro Felipe S.
Mendoza Valdemaro
Molina Wenceslao Dr.
Martinelli Enrique Dr.
Miranda José María
Morales Justo
Mackehenie y García Carlos
Ministerio de Relaciones Exteriores
Malpartida Elías
Museo Histórico Nacional
Museo La Plata (Argentina)
Molinari Diego Luis (Ministerio RR. EE. Buenos Aires)
Miranda Catalido S. Ing.
Masías Doctor
Morozini Doctor
Mendoza del Solar José A (Arequipa)

Napanga Agüero C. Dr.
Northwestern University Library
Novella Andrés

Olaechea Abel S.
Ocaña Antonio B
Oviedo Pedro F. Dr.
Osma Felipe de Dr.
Ortiz de Zevallos C. L.
Ortega J. Y.
Osores Arturo Dr.
Arzobispo de Lima Iltmo. Sr.
Obispo de Huarás Iltmo. Sr.
" de Trujillo Iltmo. Sr.
" de Ayacucho Iltmo Sr.
" de Chachapoyas Iltmo. Sr.
Osma Pedro Dr.

Prado y Ugarteche Javler Dr.
Prado Marlano Ignacio Dr.
Piérola Carlos de
Piérola Isaías de
Paz Soldán Carlos E. Dr.
Porras Melitón Dr.
Pando Edelmira del
Philipps Belisario Dr.
Polo José Toribio (hijo)

Portal Ismael
Pinzas Teobaldo
Portocarrero V. M.
Porras y Berrnaechea Raúl Dr.
Podesta Luis
Pazos Varela Hernán Dr.
Peña Barrenechea Ricardo
Peña y Prado Juan M.
Pérez Valvin Ascencio
Paz Soldán J. P.
Palomino y Salcedo Leonidas
Peña Enrique (Buenos Aires)
Pizarro José R. Gral.
Puente Benjamin (General)

Quintana Tobías N.
Quiroga Adolfo Dr.

Restrepo y Sanz Dr. (Colombia)
Ramírez Barinaga M. A. Dr.
Riva Aguero José Dr.
Reinere Carlos Rv. P.
Rodó Matilde
Romero Eleodoro Dr,
Rosay María
Ramos Liborio
Rodríguez José Enrique
Ráez Luis A.
Ritchic John
Rebagliati Raul Dr.
Ruíz Albino José
Rojas Franco S.
Rey de Castro A. D.
Ramos Enrique del C.
Ramirez Carlos A. Dr.
Ramos Murga Bartolomé

Supr. Colegio Recoleta
" " Jesuitas
" , S. Agustín
" " Sto. Domingo
" Convento Sto. Domingo
Supra. Colegio S. Corazón (S. Pedro)
" " S Corazón (Belén)
" " S. Corazón (Chalet-Chorrillos)
Supr. de la Congregación de los PP. Redentoristas
" Colegio de la Merced

Solano Alberto
Soto Isaac
Salazar C. R.
Segura José María
Samanez Juan Gmo.
Swayne y Mendoza Guillermo
Sociedad Geográfica
Sevilla Ricardo Coronel
Salazar Constantino Dr.
Shaw E. Alejandro Dr (Buenos Aires)
Sousa Aurelio Dr.
Solar Amador Dr.
Sivirichi Francisco Dr
Sotomayor M.
Seminario Manuel

Tassara M.
Tassara Glicerio
Tudela y Varela Francisco Dr.
Thol Juan Dr.
Talleri y Raineri Angela
Trillo A. V.
Torres Luis M.

Ureta Alberto
U. y Chávez Moises
Ugarte Angel Dr.
Uceda C. E. Dr.

Varela y Orbegoso Luis Dr.
Villarán Manuel Dr.
Valdelomar Abraham
Velarde Carlos Aureo
Valdeavellano Fausto
Valdez de la Torre Carlos Dr.
Valcárcel Luis Dr.
Valdizán Hermilio Dr.
Vásquez y Romero S.

Wiesse Carlos Dr.
Whilar Agustín Dr.
Webster Smith I.

Yuychud Moisés A.
Ynfante Luis C.

Zapata Ernesto
Zúñiga Andrés.

❧❧❧❧❧

